3 1761 07803015 2

PIPIOLOS I PELUCONES

—

LS
B2782p

PIPIOLOS I PELUCONES

TRADICIONES

DE AHORA CUARENTA AÑOS

POR

DANIEL BARROS GREZ

Vol. 2.

Segundo i último tomo.

373804
14.12.39

SANTIAGO DE CHILE.

Imprenta de la Esperanza, calle de Lira, num. 11.

1876

JUAN CEPEDA A. EDITOR

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/pipiolosipelucon02barr

PIPIOLOS I PELUCONES.

CAPITULO I.

MANERA ESPEDITA I GRACIOSA DE ELEJIR UN PRESIDENTE,

DESCUBIERTA I PUESTA EN PRÁCTICA POR EL PARTIDO PELUCON.

> «Mi presencia en aquel sitio invadido i profanado por los satélites de una faccion conspiradora, les pareció un favorable pretesto para consumar el crímen que habian meditado.»
>
> MANIFIESTO DE FREIRE. (1830.)

Al mismo tiempo que la poblada invadia el palacio, una comision se habia dirijido a casa de Freire. Este, huyendo de las influencias que lo acediaban, habia tratado de ocultarse en casa de un amigo; pero perseguido hasta allí mismo, fué rogado i estrechado para que autorizase con su presencia el desórden que acabamos de ver. Freire supo resistir, sin embargo, a los ruegos de la amistad i a las insinuaciones de la perfidia; hasta que viendo que nada podian conseguir, fueron a decirle que la seguridad de la patria recla-

maba su presencia; que el mismo Presidente Vicuña la deseaba, i que no pusiese a la seguridad pública en peligro de sufrir mayores contrastes con su obstinacion.

Fatalmente persuadido de la necesidad de aquel paso, vistióse con su uniforme i se presentó en la plaza. Su presencia hizo el efecto que se deseaba, i fué recibido con una jeneral aclamacion. Hé aquí la causa de la conmocion que se habia dejado sentir.

El jeneral se dirijió entónces a la sala de gobierno «dispuesto a prestar sus servicios a las autoridades legales i a la conservacion del órden.» Pero el Presidente habia salido, i se encontró solo en medio de sus fatales amigos. Su posicion no podia ser mas embarazosa. Rodeado i acediado de propuestas i ruegos para que tomara el timon del Estado, espuso ante los amotinados que esto no podria ser, miéntras la República tuviese el Presidente que ella misma habia nombrado.

—Pero ese Presidente es cero, dijo Dorriga. Ya ve Ud. cómo ha abandonado el campo porque su conciencia lo acusa i su impotencia se lo ordena.

—Señor, le dijo el clérigo Franco: venga Ud. a ocupar el asiento a que sus virtudes i sus glorias lo hacen tan acreedor.

Diciendo esto, entre él i otro caballero lo tomaron en brazos; i al modo como se coloca a un niño en la cuna, lo llevaron a la silla i allí lo sentaron, sin que el jeneral hubiese podido evadirse de representar aquel ridículo papel. En seguida, sin darle tiempo a que manifestase su desagrado, Franco, haciéndose el intérprete de la concurrencia, le dijo:

—Jamas olvidaré, señor jeneral, la dicha que me ha cabido en coadyuvar a vuestra elevacion al mando supremo del Estado. Permaneced en él para la felicidad de la patria: tal es la espresion de mis mas ardientes deseos i de los de esta noble reunion, así como los de la República entera.

—Agradezco, señor presbítero, esas demostraciones de afecto i deferencia, contestó Freire alzándose del asiento, en el cual se le habia arrojado mas bien que colocado; pero no me podrá Ud. negar que «es mui inusitada esta manera de conferirme la autoridad.»

—Tiene razon, murmuró Gacetilla, quien colocado en un ricon de la sala todo lo miraba, escudriñaba i escuchaba con la mas decidida i activa curiosidad. Eso no es elevar a un hombre a la silla presidencial, sino dejarlo caer en ella. En seguida, dirijiéndose Freire a la concurrencia, le dijo del modo mas formal:

—No puedo aceptar un puesto para el cual no he sido elejido por la nacion. Solo a los pueblos pertenece la facultad de elejir a sus mandatarios, i miéntras ellos usan de este sagrado derecho, yo trataré de corresponder a vuestra confianza, trabajando por la conservacion del órden público.

—Pero miéntras tanto, dijo Hipocreitía; es preciso que se lleve a cabo el acuerdo del Consulado sobre la instalacion de la Junta.

—Sí, sí, agregaron Dorriga i Franco ¿cómo hemos de salir de aquí sin dejar concluido este asunto?

Entónces, aquellos mismos hombres que poco rato ántes tachaban de atentatorios e irregulares los actos del gobierno de Vicuña, decidieron de comun acuerdo, la instalacion de la Junta en el mismo lugar que debia ocupar el Presidente nombrado por la nacion.

Freire se engañó creyendo que el único medio de apagar aquella conflagracion, era acceder en parte a las exijencias de los amotinados, cuando esto no era otra cosa que alentarlos en sus pretensiones, escitándolos a nuevas intrigas i maquinaciones contra el réjimen democrático que comenzaba a plantearse. En consecuencia, aprobó el nombramiento de la Junta de gobierno; i miéntras se firmaba la sentencia de muerte contra la República, el Presidente Vicuña salia por la puerta falsa del palacio, i cubierto de las insignias del mando supremo, se dirijia a su casa por en medio de la turba del pueblo, que sin saber aun de lo que se trataba, le cedió el paso, con muestra de consideracion i respeto.

Dado este paso, los pelucones creyeron que nada tenian que temer, i comenzaron a obrar audaz i abiertamente contra el gobierno que se desmoronaba.

——:o:——

CAPITULO II.

MIGUEL TURRA SE RETIRA DEL MUNDO I DON POLICARPO DE SANTIAGO.

«La famosa *Partida del Alba* fué el terror de la capital por los meses de noviembre i diciembre del año de 1829.

(F. Errázuriz.)

Al salir a la plaza, fueron los amotinados saludados con estrepitosos vivas a la relijion, al órden i a la patria. Se habia tenido cuidado de preparar a la multitud por medios de dádivas i promesas, a fin de que manifestara su adhesion a los de la poblada.

Varios comisionados, entre los cuales un ojo observador habria podido descubrir a Juan Diablo, recorrian los diversos grupos que llenaban la plaza, i el pobre pueblo entonaba un cántico de triunfo al borde del precipicio en que bien pronto debia hundirse.

Acompañaba a Juan Diablo un hombre a quien no era fácil reconocer, por llevar sobre el ojo izquierdo un gran parche verde que le cubria casi la mitad de la cara.

—Compadre, dijo a Juan ¿qué clase de revoluciones son las de estos tiempos?

—¿Qué quieres decir, Miguel?

—Que yo no sé cómo los ricos entienden las cosas: estas revoluciones son mas desabridas que la agua clara... Ni un saqueito siquiera para despuntar el vicio.

—Calla la boca, hombre. No se trata de eso por ahora, dijo Juan Diablo.

—I ¿cómo nos habian dicho que íbamos a tener saqueo jeneral?... Nos han engañado; pero no les creeré otra vez. Mire Ud. cómo se van todos para su casa, mano sobre mano... ¿Es esto saber hacer revoluciones? Pero otra vez no me pillarán!

—Vámonos al bodegon, le dijo el otro. Allí se te quitará el sentimiento con un traguito que te daré.

—Vamos, contestó el del parche, en quien habrá reconocido el lector a Miguel Turra.

Ambos amigos se dirijieron al bodegon de Juan Diablo, i allí empezaron a beber amigablemente.

—¿Sabe en lo que estoi pensando, *ño* Diablo? dijo Miguel.

—En hacer alguno de tus milagros, contestó el otro riendo.

—No se ria Ud., *ño* Diablo, porque ¿quién sabe si llego a hacer milagros? Con el tiempo todo se alcanza, i ya sabe Ud. que de ménos nos hizo Dios... Estaba pensando en dejar el mundo i retirarme de estos bullicios!

—¿A algun convento? ¡Seria gracioso verte vestido de *mocho*, porque de fraile no es fácil! Ya estás viejo para el latin.

—No me gustan los latines, contestó Turra, aunque si tuviera aficion, bien pudiera haberlo aprendido en todo el tiempo que le sirvo a mi patron don Cándido... Sabe el latin al derecho i al reves... Pero no es al convento donde pienso retirarme... Venga otro trago.

—¿I a donde?

—Al partido de Colchagua. Hoi hablé con Manuel Barragan, que ha llegado de San Fernando, i me dice que don Anjelito Calvo ha levantado del humo de la vela un escuadroncito que llaman la *Partida del Alba*, con el fin de perseguir a los enemigos de la relijion.

—He oido hablar de la *Partida del Alba*; pero no sé si será verdad lo que se cuenta del tal don Calvo.

—Es un cuerpo compuesto de jente escojida entre los de la *carda*; i Barragan que no es tan *rastra* que digamos, me ha asegurado

que todos son hombres de pelo en pecho. Han pillado pipiolos como moscas, i no dejan hacienda de hereje que no visiten i *beneficien*... Comen vacas gordas; beben de lo rico, i cabalgan siempre en *cosa buena*, sin que les haga falta sus cuatro reales en el bolsillo, que es bendicion de Dios, como me dice Barragan que lo pasan esos hombres. Esto es lo que se llama saber hacer revolucion, compadre, i nó como las que se están acostumbrando en la capital, que ni alegran siquiera, ni le dejan a uno para echar un trago...!

—Pero no te puedes quejar, Miguel, pues en la otra revolucion te chupaste tus veinte pesitos fuertes.

—Los cuales quedaron aquí en su bodegon... Nó, *ño* Diablo: yo no soi para vivir así a medio morir saltando... Me voi a reunir con los de la *Partida del Alba*; i en ménos de dos meses me verá Ud. otro. Estoi aburrido en esta *ciudá de Chile*... Otro vasito... Ya van cuatro revoluciones, i ni un solo saqueo siquiera; como si un pobre na sudara el quilo por esas calles, gritando *vivas* i *mueras*... i todo para qué...? para volver a su casa con el bolsillo lleno de viento... Estos ricos no saben hacer mas que revoluciones de títeres... Dígame, *ño* Diablo ¿le ha puesto agua a este aguardiente?

—Ni una gota, hombre!

—I sin embargo, está tan simple como la revolucion de hoi... ¡Si nos hubieran dado siquiera unas dos horas de *uñas libres*!... Ya le estaba echando el ojo a un par de candelabros de plata que divisaba en uno de los cuartos del palacio.

Aquel mismo dia Miguel arregló sus trevejos; ensilló su caballo; elijió para su uso los objetos que pudo llevarse de la chacra que don Cándido tenia a su cargo; vendió algunos animalitos para *abrigar su bolsillo*, como él decia, i sin decir a su patron *aquí quedan las llaves*, se dirijió acompañado de Manuel Barragan, su digno amigo, hácia el lugar endonde, por entónces, se hallaba la célebre *Partida del Alba*.

No era Miguel Turra el único de nuestros conocidos que habia formado el proyecto de dejar la capital. Don Policarpo Tragantilla, importunado por las contínuas exijencias del padre Hipocreitía, habia resuelto irse a establecer en un pueblo de provincia. A la fecha ya habia realizado sus negocios i acomodado sus petacas. Solo le faltaba despedirse de su amigo Hipocreitía, con el cual no queria romper, cuando éste mismo le ahorró el viaje al convento apareciéndose en persona.

El padre i don Marcelino habian ya ajustado con don Meliton

el dia del matrimonio de Lucinda; i teniendo necesidad de dinero para hacer los arreglos necesarios en la casa del novio, (que era donde la boda debia celebrarse segun el convenio, a fin de evitar los llantos de doña Trinidad) no habia mas remedio que recurrir a la inagotable bolsa de don Policarpo.

—¿Qué es esto, amigo mio? dijo el fraile, viendo desmantelado el almacen del avaro, i a doña Estefanía i Pepita ocupadas en el arreglo del equipaje.

—Que me voi al campo! padre mio. No puedo ya vivir en la ciudad. Aquí no se gana ni para mantener a la familia.

—Pues ántes de irse, me hará Ud. el favor de....

—¿Dinero? le interrumpió don Policarpo; apénas tengo para el viaje... No sé si me alcance para llegar a X*, que es adonde me dirijo.

—¿Al pueblo de X* se va Ud?

—Sí, mi padre. ¿En qué puedo servirlo?

—Servirme a mí, nó: al contrario, se me ocurre la idea de hacerle a Ud. un servicio.

—¿Cuál? Estoi a su disposicion.

—¿No le convendria a Ud. ser gobernador de X*?

—¡Pues no me ha de convenir! respondió don Policarpo abriendo tamaños ojos.

—La gubernatura es un buen elemento para ganar plata en los campos.

—Lo creo!

—Da respetabilidad, i al señor gobernador nadie se le pone por delante en los negocios.

—Así es ¿cómo podria su paternidad conseguir esa gubernaturita?

—No es difícil... Ya ve Ud. que nuestro partido va subiendo.

—Ah! mi padre! ¡I qué obra de caridad haria su reverencia en conseguirme el destinito!

—Ya le digo que no será difícil conseguirlo; pero...

—Pero qué?

—Ud., no podrá servirlo.

—¿Cree su paternidad que yo no sabré servir una gubernatura como otro cualquiera?

—No es eso, amigo mio, sino que como el puesto requiere cierto brillo para conservar el respeto a la....

—Habrá brillo: yo me haré respetar. Si álguien me falta en un contrato, prometo qué irá a la cárcel derechito.

—Quiero decir, del respeto a la autoridad...

—Eso es: en estando con la vara de la justicia en la mano ¿quién se quedará con un cuartillo que me pertenezca?

—No me entiende Ud.

—Vaya, si entiendo!

—Ya le digo...

—Esplíquese entónces, mi padre.

—En una palabra: para ser gobernador necesita Ud. gastar, vestirse bien, vivir en una casa correspondiente a su posicion.

—Eso será segun el sueldecito.

—El sueldo será bueno... Pero ántes, es preciso hacer ciertos desembolsos...

—Se hará, padre; se hará.

—I como Ud. me dice que apénas tiene para llegar a X*....

—Sin embargo, estoi dispuesto a...

—Debemos renunciar a este proyecto.

—No lo crea, padre mio: yo no renuncio: acepto la gubernatura... No crea que me falta para presentarme con decencia. Tengo algo.

—¿Cómo cuánto tendrá en caja?

—Puedo tener unos... unos quinientos pesos.

—Es poco. Hablemos de otra cosa.

—Pero trajinando por ahí, podemos juntar hasta mil...

—I ¿qué podrá Ud. hacer con mil ni con dos mil pesos?

—Buena cosa! ¿Conque de tanta plata se necesita para principiar a ser gobernador?

—Se echa de ver que Ud. no conoce el mundo, don Policarpo.... Con ménos de cuatro mil pesos, no crea que hará nada en la carrera de la política.

—Vaya, pues, supongamos que yo tenga esos cuatro mil pesos!

—Proyectar sobre suposiciones, es edificar castillos en el aire.

—Pues le digo de veras. Los cuatro mil pesos están prontos.

—Entónces me da Ud. dos mil pesos... i los otros dos mil pesos los lleva para sus necesidades. Cuente con el destino i no hablemos mas. Puede creer que la cosa es hecha porque nuestro partido sube como la espuma.

Reflexionó un momento don Policarpo; i como sabia que era tiempo perdido tratar de que el jesuita rebajase algo de la cantidad que demandaba, le entregó, suspirando, los dos mil pesos.

—Son prestados, decia el fraile, miéntras los recibia de las temblorosas manos de don Policarpo... No le doi recibo porque la regla

de la Orden no me lo permite; pero cuente con que este dinero será reembolsado, si nó de mi peculio, al ménos con las pingües ganancias del destino. Adios ¡que el cielo lo proteja en su viaje! i no se olvide de escribirme. Yo cumpliré mi palabra.

---Amen! respondió don Policarpo.

——:o:——

CAPITULO III.

DETRAS DEL PLACER ESTÁ EL DOLOR.

> «La fuerza armada pertenece a la nacion entera, i no puede, sin hacer traicion a un deber el mas sagrado, apoyar las deliberaciones de un pueblo o pueblos en particular.»

(Acta del Consejo de guerra verificado en Tango, el 9 de noviembre de 1829.)

Fuerza es que el condescendiente lector se trasporte al campamento de Tango, endonde Anselmo seguia recibiendo de sus camaradas las mas inequívocas muestras de aprecio.

Uno de los que mas se empeñaba en obsequiarle, era un antiguo camarada llamado José Tronera, que aunque de mucho mas edad que la mayor parte de los oficiales, parecia el mas niño segun la manera como se conducia. Por una parte, vivo, travieso, decidor, amigo de las jugarretas i de los lances chistosos; i por la otra, franco, jeneroso, valiente i decidido por sus amigos. Era Pepe Tronera un carácter verdaderamente orijinal. Mas de una vez le habia su-

cedido lances desagradables con las víctimas de sus jugarretas i truhanerías; pero habia sabido sostener siempre el honor del pabellon, como él decia. Nadie podia aplicarle el apodo de cobarde; i aunque era hablador hasta la crueldad, no se conocia ejemplo de que hubiese descubierto un secreto importante. Su bolsillo era de todos, i miraba el de los demas como su propia caja. Cierto dia, enojado con un compañero porque le cobraba con instancias cierta cantidad, le dijo: «yo me vengaré de tí, no valiéndome jamas en lo sucesivo de tu bolsillo.» Hijo de padres ricos, habíase apresurado a gastar toda su herencia materna con el fin de asimilarse mas a los liberales, como él decia, i de que nadie lo tuviese por pelucon. Su dinero habia pasado a manos de los usureros, de las mujeres de mala vida, de las viudas pobres, de las familias sin recursos, de los bodegoneros, de las comisiones de beneficencia etc... i no era estraño verlo en un mismo dia dotar a la cantora de una chingana i asentarse en la cofradía de Nuestra Señora del Socorro... Por la mañana acompañaba con semblante devoto al Santísimo Sacramento, i en la tarde se afiliaba en una partida de tunos para ir a dar un *malon* en una chacra de campo a las mas lindas muchachas de los contornos. En una palabra, este hombre orijinal presentaba los fenómenos mas extraños i contradictorios, i un fisiólogo sagaz, habria tenido mucho que estudiar en su multiforme carácter. Sin embargo, sus mutaciones eran verdaderas i naturales, i jamas hubo uno de sus compañeros que lo llamara hipócrita.

Al segundo dia del arribo de Anselmo, dijo Pepe a sus camaradas:

—Es preciso solemnizar la llegada de nuestro amigo a estas filas patrióticas.

—Pero cómo? preguntáronle.

—Con una merienda, por ejemplo.

—Eso seria si se nos hubiese dado nuestros sueldos, replicó un oficial.

—Ya se ve! la patria se olvida de pagarnos... Pase por lo mucho que nos solemos olvidar de ella. Pero ¿el no tener dinero es una razon para no festejar a Anselmo? Que me traspasen las bayonetas peluconas si esta misma noche no tenemos la mesa puesta. Tengo un proyecto... ¿quién se atreve a ayudarme?

—¿Cuál es el proyecto?

—¿Qué gracia harias en entrar en él si yo te lo dijera? Esa pre-

gunta me manifiesta que no tienes fe en mí. Por consiguiente, no mereces ayudarme.

—Aquí estoi yo, Pepe! dijo un mozo, cuyo carácter se avenia mui bien con el de Tronera.

—Acepto tu cooperacion, Tristan, dijo Pepe. Ven acá, hijo mio; tomarás parte en la empresa así como has tenido fe en mi talento.

En seguida, tomando del brazo a Tristan se fué con él a la caballeriza; ensillaron i salieron del cuartel a trote largo. Dos horas despues estuvieron de vuelta.

—¿Cómo te ha ido, Pepe? le preguntaron.

—Mui bien. Hemos cumplido la comision con que ustedes nos nan honrado.

—¿Nosotros? qué comision?

—La de ir a convidar para la merienda de mañana a don Pedro Contreras.

—Ese viejo rico, padre de las niñas.....

—El mismo. Ha agradecido mucho la atencion, i me aseguró que no faltaria a la merienda.

—Pero, hombre, nos has ido a comprometer! ¿Cómo pondremos una mesa digna de ese caballero si no tenemos con qué?

—Si no es mas que una ternera asada con un poco de chicha! Yo le dije que era solo una cosa así a la rústica para festejar a un amigo.

—¿No es mas que una ternera, dices?

—Nada mas, nada ménos.

—No nos falta mas que la ternera.

—Así se lo dije a don Pedro; i él me la prometió con la patriótica jenerosidad que lo carácteriza.

—Acabáramos! Pero este cuartel no presenta ninguna pieza decente para el convite.

—Don Pedro sabe esto mejor que nosotros i nos ofreció su casa... Nos comeremos la ternera debajo de los parrones de la huerta, i como la bodega de don Pedro está mui aperada, beberemos a la salud de sus hijas.

—Já! já! já! Vaya con este Pepe! ¿Conque has ido a convidar a don Pedro para comernos una de sus terneras i beber de su vino en su propia casa?

—Con sus propias niñas i todo, agregó Pepe, encendiendo un cigarro. El hombre es una alhaja. No hai mas remedio... Es preciso que nadie falte, porque el convite fué hecho a nombre de todos los

oficiales i aceptado de la manera mas formal por don Pedro i sus preciosas hijas.

—Nos resignaremos a cumplir con este compromiso, contestaron riendo algunos oficiales, miéntras otros, ménos acostumbrados al carácter de Pepe, recibian la noticia un si es no es disgustados.

Don Pedro era un vecino acomodado, jeneroso i amigo de la vida alegre. El mismo vino esa tarde en persona a convidar a Viel i a sus oficiales para la merienda del siguiente dia, a la cual asistieron todos, ménos el coronel Tupper que se quedó en el cuartel.

El convite fué animado; la mesa abundante i regularmente servida, i los convidados encontraron la mas cordial franqueza en la familia de Contreras. Miéntras tanto, Tronera que iba i venia de un estremo a otro de la mesa charlando con todos i revolviéndolo todo, decia de cuando en cuando a sus compañeros:

—Ya ven ustedes que sé cumplir mi palabra!

Pero el contento jeneral fué turbado repentinamente por la llegada de Tupper, quien, con unos papeles en la mano se presentó á Viel i le dijo al oido:

—Comandante, todo está perdido!

—¿Qué hai? preguntó Viel, alzándose de su asiento.

Tupper, sin contestar una palabra, puso las comunicaciones en manos del comandante jeneral. Este, retirándose a un lado, pasó rápidamente la vista por los papeles, i miéntras leia, su cara se iba poniendo mas i mas pálida. En seguida, dirijiéndose a los oficiales les dijo:

—Caballeros, al cuartel!

—¿Qué sucede, señor comandante?

—La patria está en peligro. ¡Al cuartel en diez minutos!

I despues de pedir a los dueños de casa lo disculpasen por aquella brusca retirada, salió seguido de todos sus oficiales.

—Señorita, decia Tronera a una de las niñas al tiempo de retirarse: no he tenido tiempo de concluir mi brindis; pero volveré, si las balas de los pelucones me lo permiten. ¡Esto huele a peluconada!

Un cuarto de hora despues se encontraban los de la merienda reunidos en consejo de guerra.

Era el 9 de noviembre. Habiendo tomado Viel la palabra para imponer a los circunstantes del objeto del consejo, narró todos los hechos acaecidos el dia 7, i concluyó diciendo:

—La Junta de gobierno nombrada por los enemigos del órden, carece de autoridad, nó solo de derecho sino de hecho, porque ni aun

ha podido ser su nombramiento publicado por bando. Se le ha negado la obediencia por los comandantes de los cuerpos que existen en Santiago, i la Asamblea de la capital la ha declarado nula. Dictaminemos ahora sobre lo que le corresponde hacer a este ejército de mi mando.

—Defender hasta el último trance nuestras instituciones amenazadas, respondieron muchos.

—Ser fiel a la Constitucion hasta la muerte, dijeron otros.

En consecuencia decidieron:

«Obedecer las órdenes del Poder Ejecutivo constitucional, pro-«testando a la faz de la nacion, que jamas harian uso de las armas «para hostilizar a los ciudadanos, cuyos derechos defenderian hasta «derramar la última gota de sangre, con lo cual creian obrar con-«forme al voto de la jeneralidad de la República.»

El noble ejército, despues de esperar en balde órdenes del poder supremo, mal alimentado i mal equipado como estaba, se dirijió a Santiago, adonde llegó el mismo dia en que esta capital era abandonada por el Gobierno i entregada a las intrigas reaccionarias. El Gobierno se trasladó a Valparaiso; pero si no habia podido dominar las circunstancias estando en Santiago, es decir, en el centro mismo de las influencias peluconas ¿cómo podria hacerlo desde aquel puerto? Sin embargo, no estaba todo perdido todavía: el ejército permanecia fiel a sus banderas i juraba morir por la causa de la libertad. Solo habia menester de un jefe de prestijio, i al mismo tiempo leal a los principios de la Constitucion.

Ese jefe no podia ser otro que Freire; i en consecuencia, un consejo verificado el dia trece de noviembre, acordó poner al ejército bajo las órdenes de dicho jeneral, «nó como a jefe de la Junta de Gobierno, sino como a jefe de mayor graduacion.»

Freire no comprendió toda la nobleza de este acto; i creyéndose herido, ordenó al ejército la sumision ante la autoridad de la misma Junta, que, pocos dias ántes habian jurado no reconocer. Tenia confianza en su prestijio; pero aquella vez se equivocó, porque al dia siguiente el ejército puso a su cabeza al coronel Viel. Este segundo acto i las instigaciones del partido reaccionario, concluyeron por exasperar hasta lo sumo al jeneral Freire, haciéndole concebir el proyecto de presentarse él en persona ante los soldados.

—:o:—

CAPITULO IV.

ANSELMO I ANJELINA

«Mujer! oh gota pura
Del cálice divino!
Calmar con tu dulzura
Al hombre, es tu destino,
El amargoso líquido
Del vaso del dolor:
Tú eres, mujer, la urna
Que encierra su consuelo;
La antorcha eres nocturna
Que le platea el cielo;
I en fin, en turbio piélago
Su estrella eres de amor.»

(J. Chacon---*La mujer*)

EE cuanto Anselmo estuvo libre de las ocupaciones de su puesto, quiso verse con Andres; pero éste se encontraba en Valparaiso a las órdenes del teniente coronel de artillería, don Gregorio Amunátegui.

De doña Estrella no pudo sacar otra cosa, sino que esperaba contestacion a cierta carta que habia escrito a una de las *madres*

mas graves del convento, parienta de don Cándido.

Doña Trinidad seguia enferma; pero no por eso habia podido conseguir de su marido el que le permitiese ver a su hija. Don Marcelino habia jurado que Lucinda no saldria del monasterio sino para casarse con su amigo don Meliton «o con la sepultura.»

Tales eran las palabras del cruel viejo. En cuanto a la solicitud elevada a la Curia eclesiástica, aun no habia obtenido providencia, en razon a los inconvenientes que se habian presentado i que, a no dudarlo, provenian de las maquinaciones del reverendo Hipocreitía, uno de los hombres de mas influencia en el tribunal eclesiástico, segun la espresion del señor secretario con el cual habia hablado doña Estrella.

Las noticias que el jóven obtuvo de su protector, don Ramon, no fueron mas felices. A pesar de haber conferenciado varias veces sobre el asunto con Su Ilustrísima, el señor Obispo de Ceran, no habia podido obtener otra contestacion sino que «el negocio era mui delicado i debia pensarse maduramente.»

El pobre jóven no hallando qué hacer, quiso hablar con su hermana i se dirijió al convento. Llamó en el torno i solicitó hablar con Anjelina, como lo solia hacer, aunque de tarde en tarde, segun encargo de su misma hermana. Vino ésta al torno i apénas saludó a Anselmo cuando le dijo sollozando:

—Ya concibo cuál es el objeto de tu venida, pero nada puedo decirte.

—¿Por qué?

—Me es prohibido, hermano mio!

—Pero.....

—La *escucha* nos oye, dijo a media voz Anjelina.

Anselmo se acordó entónces de que una monja no podia hablar ni aun con su hermano, sin que su conversacion fuese fiscalizada por ese testigo llamado la *escucha*.

—Ah! esclamó el jóven: pero cómo podré conformarme con tener que separarme de aquí sin saber noticias de ella?

—Vamos, hermana! dijo con voz seca i dura la monja que acompañaba a Anjelina: «Retírese de la reja porque esta conversacion toma un carácter prohibido.»

—Hermana, amiga mia! esclamó Anjelina con voz suplicante ¿no ve que la persona que ahí habla es mi pobre hermano que sufre tan cruelmente?

—¡Qué Dios le dé paciencia! respondió la *escucha*; pero yo no

puedo faltar a lo que se me ha ordenado. Retirémonos de aquí!

La órden era imperiosa i Anjelina debia obedecer al momento, so pena de sufrir un castigo correccional. Pero ántes de retirarse dijo a Anselmo:

—Adios, hermano mio! Voi a rezar por tí. ¡Ten esperanza!

El jóven no contestó sino que lanzó un doloroso jemido al mismo tiempo que la *escucha* decia a Anjelina:

—Hermana! Ud ha pecado gravemente con no obedecer al instante!

Pero Sor María de los Dolores no oyó estas palabras, i preocupada del quejido de su hermano, que repercutió en su sensible corazon, corrió nuevamente hácia el torno.

—Anselmo! hermano mio! esclamó con voz entrecortada por la emocion. Ten esperanza, te he dicho: confia en Dios! Lucinda está buena, i yo sé que te ama cada dia mas! En cuanto a esa carta que le han obligado a escribirte...

Anselmo no oyó mas. La voz de su hermana habia sido cortada de repente como si le hubieran puesto la mano en la boca. Al mismo tiempo se oyó gritar a la *escucha*:

—Socorro! socorro!

Bien pronto concurrieron tres o cuatro monjas que esclamaron:

—¡Ave Maria Purísima!

—¿Qué es lo que sucede?

—Que Sor María de los Dolores ha desobedecido formalmente...!

—¡Jesus, María i José! Materia grave!

—Ha hablado contra la prohibicion espresa...

—¡Qué escándalo!

—Aquí viene la madre abadesa!

—Madre mia! esclamó Anjelina dirijiéndose a Sor Agueda: he pecado gravemente! Estoi pronta a recibir con humildad el castigo que su reverencia tenga a bien imponerme.

—Anjelina de mi corazon! esclamó Anselmo ¡Vas a sufrir por mí!

—¿Quién habla en el torno? preguntó la madre Agueda despues de haber ordenado a dos monjas que llevaran a Sor María de los Dolores al lugar endonde debia sufrir la penitencia de su pecado... ¿Quién es Ud?

—Madre mia! respondió el jóven: soi Anselmo Guzman, el hermano de Anjelina.....

—Aquí no hai ninguna persona de ese nombre, señor. Retírese Ud!

—Anjelina Guzman, señora, que con el nombre de Sor María de los Dolores.....

—Sor María de los Dolores no saldrá mas al locutorio! interrumpió la abadesa...Olvide Ud. para siempre que tiene aquí una hermana!

En seguida ordenó a la hermana portera que cerrase todas las puertas, i en breve rato se encontró Anselmo solo i sin tener quién le contestase. Retiróse de allí con el corazon traspasado de dolor, i sostenido su espíritu solamente por esa forzada esperanza de los últimos momentos. Sus ilusiones habian ido cayendo una a una como caen de los árboles las hojas que el huracan arrastra en tumultuosos remolinos. Miéntras mas pensaba en su destino, mayor era su angustia. Echando una mirada a la sociedad, temblaba al considerar en ella una reunion de elementos para sacrificar a su querida, i ninguno para salvarla.

Un sacerdote en quien la niña debió encontrar el consuelo que necesitaba, habia pronunciado la sentencia, i su propio padre era el verdugo. En seguida, echaba otra mirada sobre sí mismo i lo aflijía su debilidad ¿Qué podia hacer él, pobre i sin ningun prestijio contra sus poderosos enemigos que encontraban en las preocupaciones sociales su principal apoyo? El tenia conciencia de la justicia de su causa i de los derechos de su amor; pero esto era precisamente lo que lo martirizaba hasta la desesperacion, pues, miéntras mas reflexionaba, mas claramente veía su impotencia.

——:o:——

CAPITULO V.

LA INTENTONA FRUSTRADA.

> «Yo llego en aquellos momentos; penetro en el medio del patio, i con una pistola en una mano i la espada en la otra, me presento al jeneral Freire.....
>
> (Carta del coronel Tupper.)

Tales eran poco mas o ménos las reflexiones de Anselmo al dirijirse a su cuartel, que entónces ocupaba el convento de San Agustin, cuando al llegar a la plaza de Armas, fué distraido de sus meditaciones por una voz mui conocida:

—Anselmo! pobre amigo mio! ¡qué flaco i pálido te encuentro!

—Tan flaco i pálido como gordo i colorado estás tú, Catalino, respondió Anselmo dando la mano a Gacetilla.

—I ¿qué hai de nuevo?

—No sé nada, hombre.

—Nada! Yo no sé qué clase de jóvenes son los de estos tiempos;

parece que no se interesan por el porvenir de la República. Nunca sabes nada!

—I ¿qué he de saber yo, cuando acabo de llegar del campo?

—Ya lo sé; pero hace mas de veinticuatro horas que llegaste a la capital i debes saber muchas cosas. ¿Te parece poco veinticuatro horas?.... Pues yo te diré entónces lo que sé. He oido que Freire está *como un quique* contra los pipiolos.....

—¿Por qué?

—Porque el ejército le ha negado la obediencia, i él dice que todo esto se hace por instigaciones del pipiolaje.... Tú debes saberlo. ¿No eres amigo del jeneral?

—Sí; pero no tratamos sino mui poco de estos asuntos.

—Mal hecho, hombre; mal hecho, dijo don Catalino con cierta gravedad cómica. Tu posicion cerca del jeneral te pone en un serio compromiso.

—¿Cuál?

—El de inquirir por medio de él las mejores noticias para contestar a los amigos. Ahora me acuerdo, prosiguió Gacetilla; se dice ademas, que Freire piensa presentarse al ejército en persona. Su objeto es sin duda influir sobre el ánimo de los soldados a fin de hacerlos respetar la autoridad de la Junta de los pelucones.

—No creo que el jeneral tenga ese pensamiento, dijo Anselmo.

—Digo lo que se cuenta.... Como las cosas estan así así, tan revueltas.... ¡No es nada! tenemos a la fecha una multitud de gobiernos i no es posible saber a qué autoridad atenerse.... Autoridad del Presidente Vicuña, autoridad de la Junta, autoridad de Prieto i ahora, autoridad del ejército del sur.... Pero ¿qué jente es aquella?

Ambos amigos habian llegado a la esquina oriente del Portal de los Baratillos, (hoi conocido con el nombre de Sierra-Bella) i pudieron ver cómo un grupo de jente de a caballo i de a pié se dirijia por la calle del Estado hácia la portería del convento de San Agustin.

—¿Qué podrá ser eso? preguntó Gacetilla.... ¡Ai, Anselmo! se me ocurre que será Freire.... Sí! él es! Viene acompañado de otro jeneral i entran en el convento!

Anselmo no contestó sino que se fué corriendo hácia el cuartel endonde entró seguido de Gacetilla. Freire habia hecho formar la tropa de los dos batallones allí acuartelados, i en ese momento dirijia la palabra a los oficiales. Anselmo se colocó prontamente en su puesto. Los soldados atónitos i sin saber de lo que se trataba,

habian obedecido por no encontrarse allí sus principales jefes. Entónces, el capitan don Gregorio Barril contestó a Freire diciendo:

—No podemos recibir órdenes mas que de nuestro comandante, señor jeneral.

Irritado éste, volvió a ordenar a los oficiales que saliesen de sus filas; pero ninguno se movió de su puesto.

—Tú tambien, Anselmo! gritó Freire fuera de sí: tú tambien desconoces mi autoridad!

Anselmo no contestó una palabra i solo inclinó la cabeza, manifestando en su actitud el dolor que sentia al verse en la necesidad de desobedecer a un hombre que estaba acostumbrado a amar i respetar como a su propio padre.

En aquel momento un oficial a caballo, con su espada desnuda, se abrió paso por entre la jente que obstruia la puerta del cuartel. Era Tupper, que, sabedor de lo que pasaba, iba a librar de una sorpresa a las tropas de su mando.

—Señor jeneral, dijo, encarándose a Freire: yo no puedo recibir vuestras órdenes, ni consiento que mi batallon las reciba sino de la suprema autoridad!

Freire no escuchaba, i dirijiéndose a los soldados, les dijo:

—¿Qué se hizo el amor por vuestro antiguo jeneral? No puedo creer lo que veo. ¿Cómo es posible que prefirais obedecer a un estranjero ántes que a vuestro antiguo compatriota que mil veces os ha llevado a la victoria?

Tupper mandó entónces a los oficiales dar un paso adelante: los oficiales obedecen, i él les pregunta:

—Decid ¿a quién reconoceis por vuestro jefe?.... si a mí, con quien ayer no mas jurasteis defender las instituciones de la República, o a un jeneral que traiciona al Gobierno lejítimo?

—Moriremos con vos, coronel! contestaron todos, i no obedeceremos sino las órdenes del poder constitucional!

Al oir estas palabras, todos los soldados gritaron a una:

—Viva la Constitucion! Viva el coronel Tupper!

—¿Os convenceis ahora, dijo éste a Freire, de que mis tropas no reconocen otro jefe que yo?

—Vos daréis cuenta a la nacion de vuestra conducta, respondió el jeneral.

—Sí, señor, replicó el coronel: yo responderé ante la nacion de mi deber i de mi batallon. Conozco mi responsabilidad, agregó, i no seréis vos quien me haga olvidar mis deberes.

—Es tiempo de retirarnos, dijo a esta sazon el jeneral Blanco que acompañaba a Freire.

Ambos salieron del cuartel i se dirijieron hácia la plaza de Armas.Tupper envió entónces a buscar a Rondizzoni, jefe del *Concepcion*, tambien acuartelado allí; i miéntras tanto, se quedó tomando las medidas necesarias para evitar otra intentona.

En aquel mismo dia fué nombrado jeneral en jefe del ejército constitucional, don Francisco de la Lastra, a cuya valentía i arrojo se unia un carácter de proverbial integridad.

Lastra habia encanecido en la guerra de la Independencia i amaba a su país con un corazon verdaderamente republicano. El nombramiento no podia ser mas oportuno, i el ejército entero lo recibió con muestras de la mayor satisfaccion.

——:o:——

CAPITULO VI.

ANSELNO SE ENCUENTRA ENTRE LA ESPADA I LA PARED.

«Jamas el odio insano mi mente ha conturbado.»
«Ni la venganza impía manchó mi corazon!»

(Señora O. de Uribe.)

Media hora despues de los últimos acontecimientos bosquejados en el capítulo anterior, llegó Rondizzoni al cuartel de San Agustin.

---Compañero, le dijo a Tupper, debemos salir pronto de Santiago.

---¿Por qué órden?

---Por órden del señor jeneral Lastra.

---¿Con qué objeto?

---Con el objeto de protejer la llegada a la capital de dos compañías de artillería que vienen de Valparaiso a las órdenes del teniente coronel Amunátegui. Se presume que haya pasado para el norte la vanguardia de Prieto.

---¿No dicen que el ejército de Prieto se halla a estas horas en Codegua?

---Sí; pero una gran parte de su caballería, es decir, mas de seiscientos hombres, al mando del coronel Búlnes, se ha adelantado

i espera a Amunátegui en el camino de Valparaiso. Lastra ha mandado ir en su defensa, i hoi mismo deben partir de aquí las fuerzas constitucionales.....

—Así sea, dijo Tupper, i nos iremos preparando miéntras nos llega la órden.

En seguida llamó a sus oficiales i les advirtió de que era preciso estar listos cuanto ántes. Anselmo recibió con gran disgusto esta noticia, pues lo obligaba a separarse del lugar endonde sufria su amada. Pero era preciso obedecer al imperio de las circunstancias, i se fué a su casa con el fin de arreglar su lijero equipaje de soldado, i sobre todo, a buscar el querido paquete de las cartas de Lucinda que tenia guardado en su cuarto.

Esas cartas eran para él tanto mas preciosas, cuanto mayores eran las dificultades que se presentaban para unirse a su amada. Iba a separarse de Santiago; talvez tendria que entrar en el combate, i mui bien podria ser que una bala atravesase su pecho. El jóven no queria morir sin llevar sobre su corazon el inapreciable tesoro.

Encontrábase en su cuarto cuando oyó la voz de Freire que entraba a la casa. Venia el jeneral sumamente ajitado, i en cuanto vió al jóven, le dijo en tono de agrio reproche:

—Anselmo! Si no lo hubiera visto, no lo habria creido: ¿qué has hecho?

—Mi deber, contestó respetuosamente el jóven, cruzándose de brazos delante del jeneral.

—¿I te mandaba tu deber, replicó éste con un jesto de marcado disgusto; te mandaba tu deber, el ser desleal a tu antiguo jefe?...

—Señor! le interrumpió Anselmo ¿yo desleal?

—Sí! gritó Freire, coléricamente; sí, desleal con tu amigo, con el íntimo amigo de tu padre.

Habia en estas últimas palabras de don Ramon una mezcla de indignacion i de dolor que traspasó el pecho del pobre jóven.

—Señor jeneral! contestó éste: mi corazon me recuerda todos los dias cuánto debo a Ud., i mis labios no han cesado jamas de publicarlo, pues ésta es la única manera como puedo pagar tan santa deuda. Ud. ha dirijido mi vida con sus consejos; i con su noble ejemplo, me ha hecho seguir siempre en los combates el camino del honor. Débole, pues, lo que soi! Suyo es mi corazon, mi respeto, mi vida; pero.....

—Pero, qué?

—Mis convicciones, mi conciencia, mi honor, son de mi patria, respondió el jóven en voz mas baja.

El jeneral que se habia ido acercando poco a poco a Anselmo, dió un paso atras, i lo miró de arriba abajo como preguntándole lo que significaban sus palabras.

—Recuerda Ud., prosiguió con calor el mozo, cnando despues de la batalla de Pudeto, se apeó Ud. repentinamente de su caballo, i abrazándome me dijo: «Anselmo, quisiera que tu padre estuviese aquí para que gozase con tu conducta.»

—Ah! entónces! esclamó el jeneral acercándose al jóven.

—Esas palabras resuenan aun en mis oidos, prosiguió éste: Ud. se sacó entónces su propia espada; esta espada, señor, que llevo aquí, i que nadie me arrebatará sino con la vida, i poniéndola en mis manos, me dijo:

—Aun cuando tuviera el puño cubierto de diamantes, no alcanzaria a premiar tu valor.

Freire enmudecido, miraba a Anselmo como trasportado a aquellos sitios de gloriosos recuerdos.

—Pero yo no habria estimado ese puño de diamantes: i si besé con reconocimiento esta arma, fué porque estaba consagrada por Ud. en mil combates gloriosos en defensa de Chile. Ahora bien, ¿querria Ud. que yo hubiese empañado el brillo de esta espada traicionando mi propia conciencia, i ultrajando las instituciones que hemos jurado defender?

—Entónces, crees, prosiguió Freire, que mi conducta de hoi....

—No debo calificarla, le interrumpió Anselmo.

—Pues yo te pido que lo hagas!

—Señor!...

—Es un amigo que te ruega, dijo el jeneral, tomando la mano de Anselmo.

—Creo que su buen corazon ha sido sorprendido, contestó éste.

Freire soltó bruscamente la mano del jóven, quien prosiguió con acento triste i firme a la vez:

—No sé si he hablado demasiado, señor jeneral: de todos modos le ruego perdone la franqueza de mi corazon. Ud. me ha enseñado a decir la verdad. Despues de lo que ha pasado, creo que no debo permanecer mas en esta casa. Mi mala suerte me condena a vivir separado de las personas que mas amo. Bien pronto partiremos; nos han dicho que nos vamos a batir, i ¡quién sabe!... Le ruego que

diga a Lucinda que mis últimos pensamientos le pertenecen.... ¡Adios: sea Ud. feliz, señor!

La voz del jóven era lúgubre: su último encargo se asemejaba al de un moribundo. Cuando tendió la mano a su protector, le dijo éste con mal reprimida ternura:

—Ingrato! llevas el presentimiento de la muerte, i te separas de mí sin abrazarme!

Anselmo se precipitó en los brazos de su bondadoso amigo, miéntras éste murmuraba:

—¿Cómo te has atrevido a creer que yo podia guardarte rencor por lo que has dicho?... yo que no lo he tenido ni aun contra los enemigos de Chile?

Diciendo esto, separóse precipitadamente del jóven i entró en su cuarto.

—Ah! esclamó ¡si mi pobre amigo viviera, cuál no seria su satisfaccion i su orgullo al ver a su hijo!

En seguida empezó a pasearse por el cuarto diciendo:

—Bien puede ser... ¡Si me habré equivocado! Este jóven es de una razon clara... ¡Quién sabe si he sido el juguete de estos malvados! ¡Quién sabe si creyendo hacer un servicio a mi querida patria, me he convertido, sin saberlo, en el enemigo de sus instituciones!... En todo caso, mi conciencia está tranquila; pero esto seria para mí como caer en un horrible precipicio!

Llegado al cuartel, Anselmo recibió de manos de un sarjento la carta siguiente traida por una mujer.

Estimado amigo:

Me causa un verdadero dolor tener que dar a Ud. una mala noticia; pero no puedo dejar de hacerlo, tanto por haberle prometido a Ud. hoi que le diria lo que la monja me contestase sobre su asunto, como porque es preciso que Ud. esté al corriente de lo que sucede.

La monja me dice que han resuelto casar a Lucinda. Ella lo sabe todo por ser mui amiga de la abadesa. El matrimonio será en casa de don Meliton.

La funcion no podrá tener lugar en casa de don Marcelino, porque la Trinidad está bastante enferma. Ya están mandados hacer los dulces i las tortas de biscochuelo. Me dicen que no habrá muchas personas.

A mí no se me ocurre qué inventar para que esta maldita union

fracase. En todo caso, estoi a su disposicion para servirle en lo que pueda serle útil.

S. S. S. Q. B. S. M.

ESTRELLA C. DE LA RUEDA.

P. D. Como tengo la cabeza tan mala, se me habia olvidado decirle que el matrimonio será pasado mañana a las nueve de la noche, hora en que se traerá a Lucinda del monasterio.

A nosotros nos tienen convidados para la cena, i, segun creo, es con el objeto de quebrarnos los ojos. Nada hemos contestado sobre esto.

Vale.

——:o:——

CAPITULO VII.

A DESESPERADO MAL, DESESPERADO REMEDIO.

«Núblase mi esperanza;
La noche es ai! oscura,
I la borrasca ajita
El mar de mi fortuna!»

(E. del Solar.)

Anselmo leyó dos veces la carta, pues la primera lectura no le hizo posesionarse bien de su contenido. Hai desgracias a las cuales es preciso acostumbrarnos para que aceptemos su existencia. La de Anselmo era ya casi un hecho consumado; pero la última esperanza, esa esperanza de la desesperacion, luchaba aún en su interior contra la fria realidad que tendia a paralizar la accion de su espíritu. En medio del abatimiento que en él producia la conviccion de su impotencia, solia sufrir por algunos instantes los efectos de la reaccion, i entónces, cual sucede siempre a los jóvenes de constitucion robusta i de caráter severo i reservado, sentia ajitarse su espíritu con una fuerza desconocida. ¡Ai, del que en aquellos momentos hubiese osado decirle que la realizacion de sus esperanzas era un imposible! ¿Cómo habia de ser imposible ser feliz? ¿Cómo no habia de prevalecer la justicia? I la justicia consistia para él en la realizacion de sus deseos, cuyo objeto doraba su imajinacion de los mas

bellos colores. Pero bien pronto volvia a caer en ese anonadamiento que sigue a toda exitacion. La realidad aplastaba sus esperanzas, como el granizo que cayendo sobre la sementera i los árboles del prado, eshoja las flores i deshace el delicado fruto que comenzaba a jerminar. Cuando mas bello se le presentaba el arco íris de sus deseos, al irlo a tocar, veíalo desvanecer i perder sus vivos colores, allá en el azul de la atmósfera.

Presa de tan encontrados i dolorosos pensamientos, paseábase Anselmo a lo largo del cuarto de la Mayoría, cuando oyó la voz de Pepe Tronera que lo saludaba cordialmente.

—¿Qué tienes, amigo mio? Estás pálido i triste, cuando dentro de poco rato talvez nos vamos a ver enfrente del enemigo? Si no te conociera tanto, diria que tienes miedo.

—Miedo! le interrumpió Anselmo, sonriendo: sí, amigo mio, prosiguió: tengo miedo a la vida!

El tono de profunda melancolía con que Anselmo pronunció las últimas palabras, hizo recordar a Tronera los motivos de sufrimiento que su amigo tenia.

Este le habia contado una gran parte de los sucesos que se referian a sus amores, i Pepe, aunque lijero i atolondrado, era demasiado sensible para permanecer indiferente a las penas de un camarada como Anselmo.

—Entónces ¿has recibido malas noticias? preguntó a éste.

Anselmo por toda contestacion, puso en manos de Pepe la carta que acababa de leer. Habiéndola éste leido, dijo:

—Pobre, amigo mio! dispénsame que te haya hablado con tanta lijereza... Ya ves: yo soi así; pero ¿no podria tocarse algun recurso para quitársela al viejo?

—Yo casi he perdido toda esperanza, contestó el otro, apretándose la cabeza entre sus manos.

—Perder la esperanza es hacerse indigno del premio, replicó Tronera, volviendo poco a poco a su natural, pues en él las mas fuertes impresiones tenian mui corta duracion. ¿Perder la esperanza?... No digas eso, amigo mio!

—Pero ¿qué quieres tú cuando un imposible se me pone por delante?

—No hai cosas imposibles sino para el que no tiene voluntad de hacerlas, replicó Tronera. Dime ¿no está Lucinda en el monasterio de las Capuchinas?

—Sí.

—I la casa de don Meliton...?

—En la calle de Santo Domingo, cuatro cuadras al poniente de la iglesia.

—Bueno, bueno, respondió Tronera, haciendo al mismo tiempo unas rayas en la blanqueada pared de la celda de la Mayoría con una llave que sacó de su bolsillo.

Anselmo miraba a Pepe sin saber lo que aquello significaba.

—Sí, sí, decia éste hablando consigo mismo, con una flema singular i apuntando con la llave sobre las diversas intersecciones de las líneas que habia trazado. Sí, esto es... De aquí acá tenemos dos cuadras... luego darán vuelta la esquina... I por si siguen la calle derecho, pondremos aquí dos hombres... Un silbido bastará para estar prontos en esta otra esquina... Vaya! es un hecho.....

—Qué dices? preguntó Anselmo.

—Estoi combinando un plan de ataque, a la pelucona.

—¿Cómo?

—Te diré en dos palabras: sacan del convento a Lucinda para traerla a casa de don Meliton... La salida será de noche... Se vienen por esta calle... Cuatro o seis amigos los esperamos en esta esquina... Uno arrebata a la niña; la entrega a un hombre de a caballo que irá preparado al efecto.....

—¿Estás loco?

—Entre tanto, los otros les ponen a los conductores sus pañuelos en la boca a modo de.....

—Pero, hombre!

—Te aseguro que ninguno podrá gritar... Tenemos aquí muchachos de puños.

—Pero yo no permitiré que.....

—Sí, hombre, de puños, i arrojados como el mismo diablo. Te aseguro que mi proyecto es digno de San Martin. Por fortuna, agregó, puedo ponerlo en práctica porque el comandante me ha encargado cierta comision que viene ahora como de molde con mis deseos, pues así tendremos dos cosas que hacer a un mismo tiempo, i ¡viva la patria! Já! já! já! Al momento voi a hablar con Tristan que es muchacho de empresa.

—Dejémonos de locuras, amigo mio, dijo Anselmo. Mi fatal destino quiere que padezca!

—Pero nosotros debemos pelear contra ese caballero *don Destino Fatal*. Te repito que mi proyecto es bueno. A gran mal gran re-

medio, amigo mio. ¿Piensas guardar consideraciones cuando te arrebatan a tu Lucinda?

—No me tientes, Pepe!

—I te la arrebatan no solamente contra tu voluntad, sino contra la voluntad de ella misma... lo cual significa que ella va a sufrir tanto como tú, i para siempre! entiendes? para siempre!... Miéntras que con un buen golpe de mano... Pero veo que te disgusta este proyecto... Pues bien: voi a proponerte otro para que veas que tengo recursos en mi caletre, i no soi como esos jenerales cuyo amor propio los hace apegarse tanto a los proyectos que una vez conciben... Pero ¡ah, se me habia olvidado decirte que es preciso obtener pronto una carta de recomendacion del coronel Tupper, por ejemplo, o de otro cualquiera.

—Carta ¿para quién?

—Para el cónsul francés, M. La Forest... Esto entra en el proyecto que voi a esplicarte... Porque es mui probable que Lucinda tenga que refujiarse bajo la bandera francesa... Pero voi a decirte mi segundo proyecto.

En ese momento entró Tristan que venia a llamar a Anselmo de parte del coronel Tupper.

—Vete, dijo Pepe, i pídele a tu jefe esa carta para el gabacho de que te he hablado. Aquí trataremos el negocio con Tristan.

Anselmo salió casi sin atender a las palabras de Pepe.

—Tristan, dijo éste, nuestro amigo Anselmo es mui desgraciado.

—Lo sé todo, contestó Tristan.

—Pero no sabes lo que dice esta esquela.

I en seguida leyó la carta de doña Estrella.

—Caramba! esclamó Tristan, la cosa es séria. ¡Ya don Meliton se llevó la muchacha! ¡Qué suerte de viejo! Si no hai mas que atraerse a un clérigo para ganar la lotería!

—Pues no ha de ser así! Yo me he propuesto arrancarle la presa de las manos. Es preciso que hagamos esto por Anselmo. ¿Estás dispuesto a ayudarme?

—De mil amores, pero no encuentro el medio de...

—Yo habia concebido un proyecto para robar a Lucinda.

—Robarla.!

—Pero tiene sus pelos i lo abandono. Se me ocurre otra cosa... ¿No tienes amistad con las cómicas?

—Muchísima.

—Entre ellas hai cantoras...Tú les hablas de un *esquinazo* que debemos dar una noche de desposorios en casa de un rico...

—Sí; hai buenas cantoras.

—Miéntras ellas dan el *esquinazo*, nosotros llegamos con otras muchachas en una carreta de paseo. ¿Comprendes? Las niñas se apean; entran a la casa como de visita; las cantoras se desgañitan gritando miéntras nosotros damos el golpe. Uno toma a Lucinda i la saca; los demas se quedan dentro, evitando que salgan a pedir auxilio, i al mismo tiempo varias de nuestras compañeras estarán en la puerta protejiéndonos con sus habladurías i risotadas...

—A tí te parece todo fácil.

—Los que pasan por la calle creen que todo aquello es gusto i gresca: por último, amarramos a los convidados i los dejamos bien amordazaditos...¿Entiendes?

—Entiendo, pero hai peligro...

—I si no lo hubiera ¿mereceria este proyecto ser ejecutado por nosotros?

—Esta razon me convence, contestó Tristan, riéndose. Te acompañaria si me quedase aquí.

—Ya lo habia pensado. Voi a hablar con el comandante para que te ponga a mi disposicion.

—¿A tu disposicion?

—Sí: me ha dado una comision importante, i le diré que tengo necesidad de tí.

—Está bien. Pero ¿no seria bueno ponernos en relacion con doña Estrella?

—Le diremos lo que convenga...En cuanto a las cómicas, punto en boca...no deben saber nada. Diles que solo se trata de un *malon* en una casa rica. Por ahora no tenemos tiempo para hablar mas, porque voi a verme con el comandante. Nos quedan cerca de cuarenta horas para masticar i poner en práctica el proyecto...Tú debes irte al momento a preparar a las cantoras. Yo hablaré pronto con doña Estrella a quien indicaré solo lo necesario.

—Cuenta con el marido!

—Don Cándido es lo que su nombre dice....No sabrá una palabra i se quedará tan en ayunas de lo que se va a hacer como yo me suelo quedar con su conversacion. En seguida, me iré a ver con tres amigos de los de la cáscara amarga. Ellos me proporcionarán las muchachas para la carreta...Como hace tanto tiempo que estoi fuera de la capital, no me será fácil a mí, encontrar las niñas para el

caso... Pero, ¿i la carreta? De dónde la sacamos? Ah! ya estoi: no hai mas que rogarle a doña Estrella que nos preste una de las entoldaditas que tiene en su chacra para los paseos a la pampa... La cosa es hecha!... ¡I luego dirás tú que yo no sirvo para jeneral! Já! já! já!! ¡cómo nos vamos a reir despues!

I Tronera salió de la pieza sobándose las manos de satisfaccion i entonando a toda voz una *zamacueca*, cuyo compas seguia con los golpes de sus tacones sobre los ladrillos del corredor.

Poco rato despues, toda la division se puso en marcha por el camino de Valparaiso.

——:o:——

CAPITULO VIII.

VIVAN NOVIOS I PADRINOS.

«¡Ai, de quien al comenzar
De esta vida la jornada,
Siente el alma lacerada,
Siente un inmenso dolor!

!Ai, de aquel cuyo destino
Decretó para su daño
Que su primer desengaño
Fuese su primer amor!»

(Abel Villamil.)

En la noche de ese mismo dia, Andres hablaba con Tronera.

—Veníamos de Valparaiso, dijo el capitan; pero dimos con las fuerzas de Búlnes, que eran el triple de las nuestras. El coronel Amunátegui no pudo hacer otra cosa que capitular... Yo me he venido a escape para traer a Lastra esta mala noticia... He hablado con Anselmo, prosiguió: este pobre amigo ha quedado enfermo en una chacra no léjos de aquí. Está mui triste i temo que la fiebre se lo lleve.

—¡Pobre compañero! esclamó Tronera, pasando de la risa a la seriedad, tal como la flexibilidad de su carácter se lo permitia. Siempre ha sido Anselmo, prosiguió, un compañero fiel i amigo de servirnos; ahora es preciso que le paguemos...¿Te habló de mi proyecto?

—Sí, pero me rogó que te hiciese desistir de toda accion que pudiera comprometer el honor de Lucinda. «Mas bien quiero perderla para siempre, me dijo, que esponerla a sufrir las consecuencias de un acto impremeditado. ¿Qué diria mañana la sociedad de Santiago, al saber que ella habia sido arrebatada entre las sombras de la noche por unos hombres que todo el mundo tendria por bandidos?»

—¿I qué piensas tú de todo esto?

—Casi estoi por decirte que Anselmo tiene razon.

—Te engañas, hijo mio, replicó Tronera chanceándose. Tú i Anselmo son mejores para frailes capachitos que para soldados. Pero, a pesar de tu repugnancia, creo que no me negarás el favor de entregar esta carta al señor La Forest.

—¿Al cónsul francés?... I de parte de quién?

—Léela.

Andres leyó la carta de Tupper, i preguntó:

—¿Tambien está el coronel Tupper metido en esta tramoya?

—Tal vez, contestó Tronera sin querer decir la verdad. ¿Te haces cargo de entregar esa carta en mano propia?

—No tengo inconveniente: conozco algo al cónsul i aun podré imponerlo de este asunto; pero yo no sé si acepte.

—Mañana vendré a las doce en punto a saber de tí qué jesto le ha puesto el gabacho a la carta. Por ahora, buenas noches, hijo mio, porque es hora de irse a dormir.

Tronera salió, miéntras Andres decia sonriéndose i meneando de arriba abajo la cabeza:

—¡No he visto un loco mas rematado!

Al dia siguiente decia don Cándido a su mujer:

—Es un hecho, hijita!...Van a casar a mi ahijada esta noche.... ¡Es un hecho!

—Tanto mejor, contestó la señora.

—¿Cómo es eso? Apruebas?

—¿Pues no he de aprobar que un padre como don Marcelino establezca a su hija con el hombre que mas aprecia?

—No te entiendo, Estelita, repuso don Cándido. Ayer te oponias a este matrimonio, i hoi lo apruebas... ¡Lo que es la mujer! esclamó, volviéndo los ojos hácia el cielo.

—Eso quiere decir que yo me avengo a todo, le interrumpió la señora, jugando distraidamente con su abanico.

—I no es esto solo, prosiguió don Cándido. Mi compadre me ha vuelto hoi a pedir que nosotros seamos los padrinos... pero siem-

pre con sus guiñaditas de ojo que me hacen cosquillas en el orgullo. Parecia como que se burlaba de mí, pues me hablaba con cierto retintin que me calentó... ¿Piensa él que yo no entiendo sus retintínes?

—Pues a pesar del retintin, es preciso que seamos los padrinos.

—¿Qué oigo?... Tambien aceptas?

—No podemos hacer un agravio a don Marcelino.

—¡Lo que son las mujeres! ¿I qué dirá Freire, Estelita, cuando sepa que yo he autorizado este matrimonio con mi asistencia?

—Freire está ahora de capa caida, dijo la señora. ¿Qué nos importa que diga lo que quiera?

Esta razon convenció a don Cándido, quien dijo:

—Iremos, Estelita... iremos... ¡Lo que son las mujeres!... Vaya! ¡Cómo ellas son tan variables, hacen variar al hombre a cada rato!

Admirado se quedó don Marcelino de la buena voluntad con que su compadre i doña Estrella aceptaban el padrinazgo. Hallábase el viejo en casa de su futuro yerno acompañado de éste i del padre Hipocreitía, i no cesaba de admirar el lujo con que don Meliton habia arreglado su vivienda.

—¡Qué talento tienen estos españoles para hacerse ricos! decíase don Marcelino. Ayer no mas llegó éste, i ya está gastando a troche i moche. Yo le dí esta casita toda desmantelada, i ¡vean cómo la tiene! Parece un relicario.... ¡Hija mia! cuando abras los ojos, me agradecerás la buena vida que vas a pasar aquí, i verás la diferencia que hai entre un *pelajiano* sin relijion i un español neto, sin mezcla de indio, timorato a Dios i cristiano a las derechas!

El padre Hipocreitía, al notar la admiracion de don Marcelino, se sonreia i murmuraba:

—Mucho te queda que ver, viejo inocente!

Llegada la hora en que Lucinda debia salir del monasterio, se fué allí don Marcelino con don Cándido, que quiso acompañar a su compadre.

Habíase arreglado la vieja calesa del señor de Rójas para traer a la niña. Un par de mulas, negras como el azabache, arrastraba la máquina, miéntras un lacayo con galones se pavoneaba en la zaga con todo el orgullo de un servidor de *casa grande.*

La abadesa condujo a Lucinda al locutorio, endonde se encontraba el padre Hipocreitía. La niña estaba pálida como un cadáver; i a la viveza de su mirada, habia sucedido una expresion de enajenacion mental que no llamó la atencion de don Marcelino.

En cuanto la niña vió a su padre, rompió en llanto; pero pronto volvió a su constante indiferencia. Cuando le dijeron que era preciso ponerse en marcha, se levantó del escaño en que su debilidad la habia obligado a sentarse i siguió a sus conductores. Al llegar a la calesa, preguntó:

—¿I mi mamita?

—No ha podido venir, contestó don Marcelino.

—Oh! dígame *su merced*... ¿Ha muerto? preguntó la niña con voz lúgubre.

—Nó, hija mia: no lo permita Dios!... Pronto verás a la Trinidad.

La pobre niña, sin hacer resistencia ni manifestar deseos de llegar pronto a ver a su madre, se dejó tomar en brazos por don Cándido, quien la puso dentro de la calesa como quien pone un cadáver en su ataud.

La calesa rodó pesadamente sobre el desigual pavimento de la calle; i despues de un cuarto de hora de marcha, llegó a la casa de don Meliton. Lucinda fué entregada a dos señoras viejas, quienes tenian el encargo de arreglar el traje i tocado de la novia. En cuanto a don Marcelino con su compadre i don Meliton, se fueron a las piezas principales a recibir a los convidados, que ya habian empezado a llegar. Miéntras tanto, una multitud de muchachos atraida por la esperanza de que se *botaría plata*, gritaba en la puerta de la calle:

—¡Vivan novios i padrinos!

Ya era completamente de noche. Las velas de cera, puestas en candelabros de plata, ardian en la cuadra reflejando sus luces en las piedras de los tocados de las señoras cuyos maridos conversaban en voz baja.

Sobre una mesa colocada en medio de la habitacion, estaba un gran Cristo de marfil, a cuyo pié ardia un par de luces. Un gran rosario pendia de la cruz, i cerca de ella se veia un atril soportando un libro abierto. Por último, don Meliton, vestido de *punta en blanco*, se paseaba por la cuadra entreteniendo a las señoras con las mas finas galanterías.

—Parece un mocito de veinte años, decia una vieja almibarada meneando la cabeza para lucir los brillantes de sus tembleques.

—Solo la novia falta para que todo esté completo, agregaba otra, arreglándose la gran peineta de carei que se elevaba sobre el descomunal moño.

—Ya es hora de que Lucinda se presente, dijo el padre a don Marcelino.

Este salió a buscar a su hija; i bien pronto volvió trayéndola de un brazo, miéntras doña Estrella la sostenia del otro. Despues de los saludos, abrazos i adelantados parabienes, se arrojó la pobre niña, muerta de fatiga, sobre la silla que se le habia preparado.

——:o:——

CAPITULO IX.

LA SORPRESA.

«La honda a la piedra le dijo:
Usted fué quien lo mató;
I le respondió la piedra:
Usted fué quien me tiró.»

(Versos populares.)

—Comencemos, dijo el padre acercándose a la mesa... ¡En el nombre de Dios!...

Doña Estrella condujo a Lucinda, i don Cándido a don Meliton, hácia la mesa del Santocristo.

—Pueden sentarse, dijo el padre, miéntras leo en este libro las sagradas obligaciones del matrimonio.

—Escuchemos, dijo una vieja a su amiga del lado. Ye no me acuerdo una palabra de lo que leyó el padre cuando me casé... ¡Estaba tan turbada!

—Lo mismo está Lucinda.

—Pero no don Meliton... Míralo cómo se sonrie de gusto!... A estos hombres no se les da nada, niña, miéntras que a una....

Un ruido que se sintió en el patio interrumpió el coloquio de las viejas i las primeras palabras del padre.

—¿Qué es eso? preguntó don Marcelino.

—*Esquinazo* tenemos! dijo don Cándido, oyendo puntear las cuerdas de una guitarra.

—Hágalos callar, don Marcelino, dijo el padre con severidad.

—Nó, señor, observó doña Estrella... ¿I si el *esquinazo* es de alguna de nuestras amigas?

—Dice bien Estelita, agregó don Cándido: no es bueno agraviar a nadie; i ya que quieren ayudarnos a festejar este casorio, dejémolos que canten!

Entónces se dejaron oir dos guitarras, una harpa i un rabel; i poco despues las entonadas voces de tres cantoras. Don Cándido sacó al momento una gran bolsa llena de dinero, i vaciándola en la mano, empezó a escojer la moneda menuda.

—A mí me toca botar la plata, decia. ¡Cómo me gustan los *esquinazos!* A mí me toca! Soi el padrino.

En aquel momento se abrió la puerta esterior, i cuatro hombres enmascarados se presentaron en ella, armados de pistolas i sables. Un grito de horror salió de todas las bocas. Los concurrentes quisieron salir por otra puerta, pero encontraron en ella otros cuatro asaltantes. Entónces, mujeres i hombres se dirijieron al patio interior pidiendo socorro a grandes voces.

—Por aquí! vénganse por aquí, decia doña Estrella...Yo conozco la casa!

I llevando a la atemorizada concurrencia hácia a una pieza interior, entró con todos i torció la llave de la puerta, despues de cerciorarse de que don Cándido estaba con ella. En cuanto a los demas, no habian sido tan felices: los asaltantes no habian perdido el tiempo. Lo primero que hicieron fué atrapar a don Marcelino, al fraile i a don Meliton, a quienes, poniéndoles sendas mordazas en la boca, ataron juntos en un solo lio con un cordel que llevaban al efecto.

Dos caballeros viejos que habian querido hacer resistencia, fueron encerrados en una pieza interior. Lucinda, medio desmayada, se dejó llevar como un niño por Tronera i Tristan que la sostenian casi en el aire. Miéntras tanto, el *esquinazo* proseguia como de primeras; i cuando hubieron concluido la tonada, gritaron dos de los asaltantes como si fueran los dueños de casa:

—¡Otra i otra, hijitas!

Las cantoras comenzaron de nuevo. Lucinda fué puesta en la carreta, miéntras tres o cuatro mujeres platicaban i reian a toda boca en la puerta de calle.

Eran las cómicas que representaban su papel.

—Mucho siento que te vayas tan temprano, hijita.

—Yo tambien quisiera quedarme; pero tengo al niño enfermo..

—Anjelito de Dios!

—Le tengo hecha una manda a la Vírjen del Cármen!

—Adios, pues!

—Adios... Ten mucho cuidado con el niño: mira que estos granitos que andan... *Si yo fuera que tú* le daria el QUIMAGOGO: es santo remédio.

—Así lo haré, contestó la otra subiendo a la carreta con su compañera i Lucinda.

Los hombres tambien subieron, diciendo:

—Tira, carretero! Pica lijerito a los bueyes!

La carreta crujió haciendo rechinar sus altas ruedas, i toda la mole se puso en movimiento, tirada por la poderosa yunta. El carretero silbaba una tonada sentado en el pértigo. En seguida la cómica que habia quedado en la puerta, dijo a las cantoras:

—Ya es tiempo de que callen i de que se vayan.

I habiéndoles pagado su trabajo, se dirijió a la esquina de la calle, i allí se juntó con sus otras compañeras, las cuales se habian bajado de la carreta sin que lo notase el conductor. En seguida se dirijieron prontamente hácia su alojamiento, acariciando el dinero que Tristan i Tronera les habian dado, dinero que, es preciso decirlo, habia salido de la caja de don Cándido, sin que éste tuviera la menor noticia.

No bien quedó solo el patio, cuando los muchachos de la calle entraron gritando:

—¡Vivan novios i padrinos!

—Viva!

I se pusieron a buscar el dinero que ellos habian oido caer; pero no encontraron mas que pedazos de vidrios i hojas de lata. Entónces, oyendo gritos en el interior de la casa, salieron a dar parte a una patrulla que en aquel momento pasaba por la calle. La patrulla entró, i guiada por los gritos, se fué al cuarto en que estaba doña Estrella con las señoras i varios de los convidados.

—Abran la puerta! gritó el jefe de la patrulla.

Bien conoció doña Estrella que se llamaba en nombre de la lei; pero queriendo dar tiempo a los raptores, dijo a los demas:

—Son ladrones! no abran!

—Nó, por Dios! ¡no abran! esclamaron algunas viejas.

—Atrincherémonos, dijo don Cándido. Yo sigo el consejo de Estelita. Estos pícaros nos descuartizan si nos pillan!

—I si nos pillan a nosotras, harán otra cosa peor! esclamaba la relamida vieja de los tembleques.

—Pues, a la obra! dijeron los hombres, arrimando a la puerta todos los muebles que habia en la pieza.

Miéntras tanto, el oficial seguia golpeando; i viendo que nadie contestaba, mandó echar la puerta abajo. Esta se hizo astillas a los golpes de las carabinas, viniendo al suelo el encastillado de mesas, taburetes i bancos que se habia hecho por dentro.

—¿Por qué no abrian? preguntó el oficial.

—Porque creíamos que eran los ladrones.

—¿Qué ladrones? Qué significa esto?

Entónces doña Estrella contó minuciosamente el hecho, parándose en cada circunstancia con el fin de ganar tiempo.

—Vamos a la cuadra, señor oficial, dijo don Cándido. Allí está el verdadero campo de batalla, endonde nos hemos batido con esos infames. Ah! señor! Yo creo que no encontraremos mas que cadáveres! Pobre compadre de mi alma! Pobre don Meliton! i sobre todo, pobre padre Hipocreitía! sobre el cual deben haber descargado esos herejes todo el peso de su furor!

Llegados al salon quedaron pasmados, pues encontraron todo en su lugar i no se echaba de ménos ningun objeto.

—Aquí no han estado ladrones, dijo el oficial. ¿Quién es el dueño de casa?

—¿Dónde está don Meliton? ¡Compadre, compadre! gritó don Cándido, llamando. ¡Nadie responde!

En esto el oficial acertó a ver en un ricon de la pieza, una especie de envoltorio arrojado en el suelo. Parecia un cuerpo montruoso con las convulsiones de la muerte.

—¿Qué es esto? dijo.

Acercóse una luz i todos retrocedieron horrorizados.

—Su reverencia! mi compadre! don Meliton! esclamó don Cándido.

—Parecen un mazo de tabaco, dijo uno de los soldados.

En efecto, aquellos tres hombres atados como estaban, no habian podido hacer otra cosa que jirar por el suelo en torno de sí mismo. El semblante de aquellos infelices era terrible; los ojos fuera de sus órbitas amenazaban furiosos a los ojos de enfrente. San-

gre i espuma les salia por las bocas amordazadas, i se conocia los esfuerzos que habian hecho por deshacerse de sus ligaduras.

Desatáronlos; pero apénas se vieron libres, cuando se lanzaron como perros rabiosos los unos sobre los otros, diciendo:

—Ud. tiene la culpa de lo que ha sucedido.

—Nó; que es Ud!

—Son Uds. dos! Pícaros!

Tales eran las palabras que se dirijian al mismo tiempo que trataban de herirse mutuamente. Separáronlos, i cuando se hubo restablecido un tanto la calma, salió la patrulla en persecucion de los malhechores.

—¿I Lucinda? gritaba fuera de sí, don Marcelino.

Pero Lucinda no se encontró en ninguna parte.

——:o:——

CAPITULO X.

TRONERA.

«La cancion que éste entonaba era a propósito para el caso, i terminaba con el verso: «TIRA, TIRA, CARRETERO.»

(A BLEST GANA—*Martin Rivas*)

Pronto se convenció el jefe de la patrulla de que era preciso seguir la carreta, de cuya direccion fué informado por los muchachos i demas jente que habia en la calle. Habiánle dicho al carretero que se dirijiera hácia una chacra situada en los suburbios del costado occidental de la ciudad. Luego que la carreta se hubo retirado unas dos cuadras de la casa de don Meliton, torció hácia el sur i despues hácia el poniente, por la calle de la Catedral. Lucinda habia vuelto en sí, i no viendo a Anselmo ni oyendo su voz, tuvo miedo i quiso pedir socorro. Pero Tronera se lo impidió, poniéndole un pañuelo en la boca, miéntras le esplicaba en voz baja todo el hecho. En seguida se puso a cantar:

Bien dicen que el mundo no es
Mas que una mala comedia,
En la que cada uno sabe
El papel que representa,
Hacerlo del mejor modo;

Pero con la diferencia
Que si allá el cómico trata
De engañar la concurrencia,
Aquí, en engañar, tan solo,
Un cómico al otro, piensa.

En seguida entonó, variando la voz e imitando el sonsonete del mas cumplido borracho:

—Tira, carretero,
Que *pa* Renca vamos;
I en habiendo niñas,
Allá nos quedamos!
Tira, carretero!...

A lo cual los demas respondieron en coro:

—Tira, tira, carretero.!

Tristan, afectando mal humor esclamó:

—Calla tu boca, Tarabilla; déjame dormir.

—Yo tambien voi que me caigo de sueño, esclamó otro con voz ronca.

—Aquí no hemos venido a dormir sino a divertirnos! replicó Tronera. Conmigo no hai sueño que valga. Vamos niñas! *Denle guasca* a la guitarra i siga la jarana que para esto hemos nacido. ¿No es así, amigazo? le preguntó al carretero.

—Así no mas es, pues, señor, respondió el hombre del pértigo, acentuando sus palabras con picanazos dados a los bueyes.

—Me gusta el amigo! esclamó Tronera, golpeando el hombro del carretero. Se conoce que usted es hombre que lo entiende. Vaya!... Tómese ese vasito a la salud de la mejor niña que va aquí.

El carretero bebió el vaso de aguardiente que le pasaban. En seguida se tomó otro i otros, hasta que empezó a bostezar de una manera nada equívoca. Tronera que lo observaba por una abertura del toldo, dijo en voz baja a Tristan:

—Ya el hombre va abriendo mucho la boca, lo cual indica que pnego comenzará a cerrar los ojos.

I así fué, porque no bien hubo apurado el quinto o sesto vaso, cuando el pobre conductor apénas podia ya sostenerse en su lugar i solo abria los ojos i alzaba la cabeza esgrimiendo furiosamente su larga picana al oir los recios gritos del incansable Tronera:

—Tira, carreterito!

—Hombre! dijo Tristan a Tronera. Ya el carretero va que se cae: es preciso apearnos.

—¿I los caballos?

—Están en la bocacalle que sigue.

—Salta a tierra i prepárate a recibir a Lucinda, dijo Tronera.

Hízolo así Tristan: bajáronse los demas, poco a poco, sin que el conductor lo echase de ver, i en cuanto enfrentaron a la calle atravesada en que habian dejado sus caballos, se dirijieron todos por ella. La calle estaba oscura; pero pronto dieron con sus caballos. Tronera sentó a Lucinda sobre la delantera de la silla; i seguido de sus compañeros, se dirijió a la Chimba por el puente de cal i canto.

Miéntras tanto, el carretero seguia cantando con aguardientosa voz sus tonadas favoritas, cuando oyó que le gritaban de atras:

—Pára, carretero.!

—¿Quién manda? preguntó éste.

—Yo; contestó el jefe de una patrulla, que les venia siguiendo la pista ¿A dónde va esta carreta?

—Llevo a unos caballeros i unas señoritas.

—Hóla! gritó el oficial mirando dentro del toldo: ¿Quiénes son ustedes?

Ninguna voz contestó.

—¿Conque pensabas engañarme a mí? dijo entónces el oficial dirijiéndose al carretero. Aquí no viene nadie!

—Nadie! esclamó el conductor entrando dentro del toldo. Entónces son ustedes los que venian en la carreta...i...Sí! prosiguió: me acuerdo de que venian a caballo...Ustedes son..Se han apeado i por no pagarme lo que me han ofrecido, me vienen ahora con esas!

—¡Calla la boca, imbécil.

—Si no me pagan mis seis pesos los demando.

—Ya te digo que no me muelas la paciencia. ¿No ves que somos la patrulla de seguridad?

—Ya caigo, señor oficial! dijo el carretero temblando. Perdónenme *sus mercedes*... Yo creia que *sus mercedes* eran caballeros... quiero decir, los caballeros que esta tarde me vieron para que los llevara en esta carreta al llanito de Portales... ¿quién me pagará mis seis pesos?

—Contéstame, i no mientas, le dijo el oficial, porque puede costarte caro.

—Les diré la verdad, señor *Usia*, como sí me fuera a confesar.

—¿Qué personas eran esas?

—Eran unas personas... sí, señor, unas personas que se han ido, llevándome mis seis pesos.

—Te pregunto qué clase de hombres eran.

—Eran a modo de militares, contestó el carretero, dominado siempre por la idea de su pérdida. ¡Me han llevado mi plata!

—¿No conoces a ninguno?

—A ninguno, señor... Ya no me juntaré jamas con mis seis pesos!

—¿Venian a pié o a caballo cuando te contrataron?

—A caballo, señor... Se apearon por aquí *por estos medios*, i montaron en la carreta. Despues los llevé a la casa de un rico, endonde habia un casamiento, i despues me dijeron que tirara para abajo. *Buen dar!* No haber pedido adelantado mis seis pesos!

—I ¿dónde se apearon de la carreta?

—Si los hubiera visto apearse, no se habrian ido con mi plata, respondió el carretero.

—De este hombre no sacamos nada, dijo el oficial.

En seguida dió órden para que dos hombres llevaran al carretero al cuartel; i a fuerza de preguntar a los vecinos, encontró la pista de los fujitivos.

Al pasar éstos por el puente de cal i canto, la guardia del vivac gritó:

—¡Quién vive!

—La patria, contestó Tronera con entonada voz.

I luego preguntó:

—¿Ha visto usted pasar por aquí una partida de jente de a caballo con mujeres a la grupa?

—Nó, señor! contestó el centinela.

—Pues entónces, vamos adelante, dijo Pepe, dirijiéndose a sus hombres.

Al bajar la rampa que conduce al barrio de la Recoleta, oyeron el ruido de jente de a caballo.

—Alguna patrulla nos persigue, dijo Tronera. ¡Alerta! Tú, Tristan, toma a Lucinda i marcha adelante. ¿No conoces la casa del cónsul?

—Como a mis manos.

—Pues adelante. Nosotros te cuidaremos la retaguardia... Para que te den alcance, será preciso que pasen por sobre nosotros. ¿No es verdad, amigos mios?

—Sí! contestaron a una los demas compañeros.

El tropel de caballos se acercaba.

—Son muchos, dijo Tronera, i no es prudente que les hagamos

cara sino en el último caso.... Cábula quiere la guerra..... Antes de todo, veamos si podemos engañarlos.... Salgámosles al encuentro!

Diciendo esto, corrieron todos en peloton hácia la patrulla.

—Dense a presos! gritó Pepe con voz de trueno.

—¿Quiénes son ustedes? preguntó el jefe de la patrulla.

—Somos sus perseguidores, contestó Tronera. Ustedes traen una niña robada, hija de mi tio, don Marcelino Rójas.

—Se engaña usted, señor, dijo el jefe de la patrulla. Nosotros tambien venimos persiguiéndolos.

—¿I no han encontrado noticia?

—Ninguna.

—Yo habia creido que eran ustedes porque acabo de saber que estaban del otro lado del rio... Talvez se hán ido Tajamar arriba... Vaya usted por allá, que nosotros los perseguiremos por este otro lado.

—Está bien, señor!

—Bueno pues! vivo, i sin perder tiempo.... ¡Pobre prima de mi alma! Nuestro punto de reunion será en la plaza del Reñidero. El que llegue primero espera... ¿Está usted?

—Convenido, dijo el otro, haciendo volver grupa a su cuadrilla.

Tronera se dirijió entónces con los suyos hácia adonde se hallaba Tristan, quien no podia marchar sino mui al paso. Apuraron la marcha, i en ménos de veinte minutos estuvieron en casa del cónsul francés, Mr. La Forest.

Ya Andres habia hablado con éste, i tanto él como Mme La Forest se prestaron gustosos a protejer a Lucinda.

Puesta la niña en seguridad, dijo Andres a Tronera:

—Lo estoi viendo i no lo creo!

—Otro dia lo creerás, dijo éste. Por ahora es preciso que me des alojamiento en tu casa.

—Con mucho gusto.

—¿Tienes caballo aquí?

—Sí: está listo.

—Pues, entónces, en dispersion! dijo a su jente. ¡A la casa del capitan Muñoz!

Separáronse todos como una bandada de pájaros, introduciéndose por diversas callejuelas. Media hora despues estaban en casa de Andres, riéndose del chasco que habian dado a don Marcelino i comparsa.

CAPITULO XI.

EL ULTIMO PENSAMIENTO DE UNA MADRE.

«Madre infeliz! esposa sin ventura
¿Qué nuevo golpe de dolor ha herido
Tu corazon, cual hórrido estampido
De un rayo que despide nube oscura?
¿Por qué lloras sin fin, por qué tu pecho
Henchido de afliccion, doble palpita
I sentido clamor el aire ajita
Como en el mar, el huracan deshecho?
Ah! la hija de tu amor! Tu compañera!...»

(M. M. de Solar).

Al dia siguiente se supo todo lo sucedido en casa de don Meliton. Cada uno apreciaba el hecho segun su propio carácter, sus creencias o preocupaciones, i sobre todo, segun el conocimiento que del caso mismo tenia. Hai en toda sociedad nueva cierto apresuramiento para juzgar de las cosas, i éste es uno de los principales motivos de nuestros estravíos. Los hechos mas sencillos i fáciles de esplicar se convierten en intrincados laberintos o en historias fantásticas, a fuerza de comentaciones i suposiciones gratuitas.

Esto era lo que sucedia respecto de la desgracia de don Marcelino. Cada cual veia en el hecho lo que queria. Para los padres de familia, era aquello un crímen digno del fuego de la inquisicion. ¡Atre-

verse a ultrajar de esa manera la autoridad paterna! Para los ricos, no era menor el desacato. La casa de don Marcelino era una casa rica, poderosa: no podia, pues, ser mayor el atrevimiento de los raptores... Merecian un castigo ejemplar. Los mozos no encontraban tan malo el hecho, i aun habia solterones, de buena edad, que lo perdonaban. La niña es mui linda! esclamaban unos. ¡Cosas de muchachos! decian otros suspirando. Las niñas cuchicheaban entre sí sin que las oyeran sus madres, i decian:

—Don Marcelino tiene la culpa.

—¿Por qué habian de obligar a Lucinda a tomar un marido contra su voluntad?

—Eso es injusto!

—Bien hecho que se haya dejado robar!

—Yo tambien habria hecho lo mismo! agregaba, riendo, una de las mas vivarachas.

En cuanto a las beatas, hablaban del caso i lo comentaban en voz baja con su acomodaticia caridad, porque decian: «no es bueno echar a la calle la honra de nadie.» Pobre Lucinda! i parecia una santa! quién lo habria de creer? Ella se ha dejado robar... Por supuesto! quién será capaz de eso... si una no quiere? Pero de todos modos, es preciso callar... Sí: no hai que echar a los cuatro vientos lo que pasa... La caridad con el prójimo, niñas... I sobre todo con las pobres mujeres, que cuando empiezan a manosearle su honor... Dios nos libre!

Otras beatas, mas beatas todavía, le echaban la culpa al diablo, de todo lo sucedido. Satanas era el ladron... Muchas de ellas habian tenido sueños i apariciones... A otras se les habia revelado el hecho cuando estaban en la oracion mental... Por último, las señoras que habian asistido a la funcion, se veian a cada rato estrechadas en un círculo de preguntas.

—¿Cuántos eran?

—¿Parecian jóvenes decentes?

—¿Eran buenos mozos?

—¿Estaria Anselmo entre ellos?

—¿Se prestó Lucinda a seguirlos con buena voluntad?

—O talvez se hizo que no queria para hacer la deshecha!

Algunas de las señoras aseguraban que los jóvenes aquellos parecian ser mui buenos mozos, a pesar de que venian enmascarados. Otras decian que el susto no les habia dejado ver nada, i una vieja agregaba:

—Es cierto, niñas: jamas he tenido un susto igual desde que me pusieron bendiciones. Cuando ví entrar aquellos desalmados, me creí perdida, i solo me acordé de poner en salvo mi honor. ¿Qué no habrian sido capaces de hacer con nosotras si nos hubiésemos quedado en la cuadra? Me descoyunto toda de solo pensarlo: así se lo digo siempre a mi marido, que como ustedes saben, es mui ríjido en estas materias!

El padre Hipocreitía no decia una palabra, sino que dejaba hablar i escuchaba. Pero por mas que ponia la oreja, no daba con el *quid*, como decia don Cándido. Sin embargo, el jesuita no era hombre de los que se dan por vencidos. Al fin pareció como que daba en el *quid*, porque hai quien lo vió mover satisfactoriamente la cabeza de arriba abajo; sacar su caja; tomar una narigada i sonreirse, como acostumbraba sonreirse a veces el reverendo. Era indudable que éste masticaba su idea. El padre era hombre de ideas, i tenia el hábito de llevar siempre una entre manos, o mejor dicho, entre mientes.

—No se me ocurre, decia, quién podrá ser el autor del rapto; pero es preciso descubrirlo. Anselmo está enfermo i un amigo me lo vijila de cerca. ¿Habrá llegado Andres de Valparaiso? Es indudable que han sido personas decentes; talvez oficiales mandados por el jeneral Freire... La muchacha debe estar en alguna *casa grande*, puesto que aun no han dado con ella nuestros hombres... ¿Cómo descubrir su paradero?... Ah! qué idea! Gacetilla nos puede ayudar... pero es amigo de Andres i de Anselmo. Nada sacaremos de él... si no se le mete miedo ántes.

El padre se puso a reflexionar. Tomó otra narigada i prosiguió su interrumpido soliloquio:

—Pero por leal que don Catalino quiera ser con sus amigos, no lo será si lo ponemos en apuro...Es un hecho: lo acusamos de ser el autor del rapto...Como es tan hablador, nada nos costará hacerlo decir palabras que lo comprometan. Se le echa a la cárcel; en seguida se le deja libre, pero con la espada de la justicia suspendida sobre su cabeza. Entónces veré yo si no se empeña en buscar a los verdaderos culpables...El es un verdadero buzo; no hai rincon que se le escape...Si él no los encuentra, es preciso creer que los raptores están protejidos por los espíritus infernales.

El arte del reverendo consistia en hacer servir a sus propósitos las pasiones ajenas. Animado de tales ideas, se encaminó a casa don Marcelino.

Al llegar notó que toda la casa estaba conmovida. La intranquilidad reinaba allí, i hasta don Marcelino parecia haber derramado algunas lágrimas.

—¿Qué sucede? preguntó el padre.

—La Trinidad se muere! Lucinda ha desaparecido! contestó el viejo con ajitado ademan.

—Cómo? qué tiene la señora?

—Acaba de entrar el Viático...Es asunto concluido...El médico dice que ella muere de sentimiento... yo no creo esto, pero.....

Ese *pero* de don Marcelino salia de lo mas profundo de su conciencia.

—Rehágase usted, le dijo el padre, i prepárese a sufrir los golpes con que Dios prueba a sus criaturas.

—La pobre mujer ha estado delirando, prosiguió don Marcelino sin atender a lo que decia el padre. Acabo de estar junto a su cama...Da lástima verla...Llama a su hija, llorando; otras veces se sonrie como si la viera enfrente de ella i trata de abrazarla... Pero bien pronto lanza quejidos dolorosos al encontrarse con el desengaño...Sí, padre mio! da lástima! pobre mujer! Le aseguro, prosiguió el viejo, bajando la voz; le aseguro a su paternidad, que yo no quisiera que hubieran sucedido estos hechos.

—Pero dígame, por Dios ¿quiénes son los autores del rapto? preguntó el padre ¿se han capturado?

—¡Qué mas quiere que le diga! esclamó don Marcelino... Ella misma me ha llamado a su cabecera...Me besó la mano; se despidió de mí, i.....

—¿I qué?

—I me pidió perdon, dijo don Marcelino, limpiándose el sudor de la frente... Oh! era una buena mujer...! Talvez yo he sido demasiado.....

No alcanzó a concluir don Marcelino, pues fué interrumpido por una voz que se oyó en el interior de las piezas.

—¡La señora se muere!

—Se muere! voi allá, dijo el viejo, lanzándose hácia el interior.

Siguióle el padre poco a poco hasta el cuarto de la enferma. Estaba ésta tendida de espaldas en su cama, i parecia no tener fuerza ni aun para mover los párpados de los ojos. Sin embargo, su voz era clara i sonora, i al oirla, creíase escuchar a un cadáver en cuya boca tuviera puesto un ventrílocuo la voz humana. En cuanto vió a su marido, se estremeció como por un movimiento galvánico.

—Venga usted, don Marcelino, dijo: quiero hacerle el último encargo ¡Ame a nuestra hija como yo lo he amado a usted! Adios! yo me muero...Recen por mí!

Todos los circunstantes cayeron de rodillas sobre el suelo. Solo se oyó el murmullo de la oracion, que envuelta en sollozos, se elevaba hasta el trono de Dios por el alma de aquella mujer mártir. El sacerdote a la cabecera de la cama con un crucifijo en las manos, oraba acompañado de los demas; i doña Estrella, teniendo entre sus manos una de las de su amiga, le decia llorando:

—Amiga mia! te prometo ser la madre de tu hija!

Doña Trinidad oyó la promesa: apretó la mano de su amiga, i lanzó el último suspiro.

—Está muerta! dijo el sacerdote que la auxiliaba, tocándole la frente! Qué Dios premie su alma anjelical! Su último pensamiento ha sido la felicidad de su hija!

—Ah! esclamó don Marcelino, mirando como alelado el cadáver de su esposa ¡La felicidad de su hija! de mi hija!

I se puso a llorar como un niño sin atender a las palabras del jesuita que trataba como de consolarlo.

Pocos instantes despues, salia de la casa el santo Viático llevado bajo de palio por el sacerdote. Al ruido de la campanilla, los circunstantes del patio se pusieron de rodillas i luego los de la calle i demas puntos por donde pasaba el acompañamiento. Don Marcelino se fué a un cuarto i no quiso hablar con nadie ni aún con el padre Hipocreitía. Este se dirijió entónces a doña Estrella i le preguntó:

—¿Es verdad que se han encontrado a los raptores?

—Todavía nó, contestó la señora; pero se sabe que Lucinda está en una casa de respeto.

—¿Dónde?

—En casa del cónsul francés...Al momento de saberlo vine para avisárselo a su pobre madre, creyendo que esto le daria ánimos; pero segun creo, no he hecho mas que acelerar su muerte...Lo que mas siento, prosiguió doña Estrella, es que Lucinda no haya podido venir a ver a su madre.

—Oh! esclamó el padre, es preciso que venga aun cuando no sea sino para que ayude a velarla ¡Los últimos deberes de la relijion son mui sagrados! Oh! la relijion! sí! mui sagrados!...

—Es imposible, la niña está enferma.

—Pero para huir con sus raptores estuvo sana, eh?

Doña Estrella no contestó, sino que dió vuelta las espaldas i dejó al padre admirado de tanto atrevimiento en una mujer que se decia cristiana.

——:o:——

CAPITULO XII.

EL PADRE SIGUE RASTREANDO.

«Aunque está inundado el mundo
De primorosos papeles,
La virtud está en menguante
I la maldad en creciente.
La ambicion i el egoismo
Alzando su odiosa frente
Anuncian la destruccion:
¡Raro monstruo! Buen primor!»

(Camilo Henríques.)

Viendo el padre que le era imposible obtener mayores noticias, se encaminó hácia la Curia eclesiástica con el fin de hablar con el señor Obispo i manifestarle la gravedad del caso.

Era de todo punto necesario volver a meter a la niña en el convento, a fin de evitar un matrimonio casi misto, pues Anselmo era casi hereje, (i esto sino era hereje del todo.)

Estaba a la cabeza de la Iglesia Chilena, el Iltmo. señor don M. Vicuña, Obispo de Ceran, hombre de una alma anjelical, de un espíritu sumamente bondadoso i timorato, i de cuya debilidad se prometía el reverendo sacar un gran partido.

Habiendo encontrado en el camino a uno de los oficiales encar-

gados para hacer dilijencias del paradero de la niña, le preguntó si se habia dado con los culpables.

—Nó, padre mio, contestó el oficial. La niña está en casa del señor cónsul de Francia, quien se niega a decir el nombre de las personas que allí la han depositado. Ademas, Lucinda está enferma i nadie puede hablar con ella.

—¿Se niega? interrumpió el padre frunciendo las cejas. El *gabacho* no conoce la tierra que pisa. Veremos si se niega a contestar una nota de la autoridad!

—La ha contestado ya, negándose redondamente. Se le ha escrito de parte del juez, pidiéndole el nombre de los hechores; pero ha contestado formalmente: —que no lo sabe: que la niña acompañada de un caballero, a quien él no conoce, ha ido allí a pedir auxilio; que el caballero salió dejando allí a Lucinda, i que ésta se encuentra al presente en territorio francés, dedonde no se le hará salir sin su consentimiento.

—Bueno! bueno! dijo el padre encaminándose a la Curia.

Allí se encontró con Freire. El jeneral, en cuanto supo el caso, corrió a verse con Mr. La Forest, i en seguida se vino a hablar con el señor Obispo. Este se encontró, pues, bien pronto, entre la espada i la pared, es decir, entre la negativa del cónsul con las razones de Freire por un lado, i los escrúpulos que los razonamientos del jesuita hicieron jerminar en su espíritu, por el otro. Casi no sabia qué hacer.

En cuanto a Anselmo, habia sido impuesto de todo por Tronera, i esto le hizo concebir nuevas esperanzas de felicidad.

—Ya ves, pues, hombre, que no está todo perdido, le dijo Pepe.

Esa misma noche sucedió en el comedor del *Café de la Nacion* una escena que debe saber el lector.

Varios grupos en el patio del *Café*, se entretenian en charlar; otros estaban en el comedor ocupados en tomar chocolate o en jugar a los dados i a la primera. Don Catalino Gacetilla iba i venia i charlaba con todos. Hablábase de política i de riñas de gallos. etc.

—Dicen que el ejército de Prieto ha pasado la Angostura.

—I el Gobierno en qué piensa?

—Pero ¿qué gobierno tenemos ahora que el Presidente i los Ministros se han ido a Valparaiso? Estamos como moros sin Señor.

—¡Dejar sola la capital! ¿Habráse visto mayor locura?

—Tanto mejor para los...

—¿Para quiénes?

—Para los amigos de la relijion... Este gobierno de los pipiolos está dejado de la mano de Dios.

—Agoniza... Solo falta echarle la tierra encima.

—*Requiescant in pace!*

—*Amen!*

En ese momento entró al *Café*, don Pablo Motiloni. En cuanto Gacetilla lo vió, corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¿Cómo está, don Pablo? le preguntó, tendiéndole la mano ¿Dónde ha estado todos estos dias? Ud. se pierde i aparece como los duendes.

—He andado en el campo, contestó Motiloni.

—Luego ¿no sabe Ud. lo que pasa...? Venga acá, prosiguió, tomemos... ¿qué quiere que pida?

—Tomaré un poco de ponche, contestó el italiano.

—Yo tambien: mozo!... Dos vasos i un frasco de ponche!

Miéntras ambos amigos se instalaban en una mesa, dos individuos entraban al comedor i se sentaban en otra mesa de enfrente, disponiéndose a jugar a los dados.

—Vaya, amigo mio, dijo Gacetilla llenando los vasos... Bebamos a la salud de... ¿De qué bando es Ud. partidario?

—De ninguno. Yo soi estranjero i no meto en política.

—¡Pues a la salud del gobierno de los estranjeros! dijo don Catalino, bebiendo la mitad de un vaso. En seguida prosiguió.

—No se puede hablar de política porque están así las cosas que... no sabe uno a qué atenerse... Vea no mas... Gobierno en Valparaiso, que parece no tomar parte en nada... Gobierno en Santiago, quiero decir, a lo militar, que ha tomado las riendas, mandado no sé por quién, i luego... Gobierno del Sur... Hablo del ejército de Prieto, que tambien quiere ser gobierno... ¿Cabe embolismo mayor? Es una madeja sin cuenda. Por eso es que yo no hablo de política ni de nada... Me lo paso los dias enteritos con la boca seca, i si alguna vez vengo a echar mis cucharadas aquí, es solo *por despuntar el vicio*... Están los tiempos revueltos!... Mui revueltos!

Hablaba Gacetilla con tanto calor que no notó las miradas de intelijencia cambiadas entre el italiano i los dos individuos que acaban de entrar i que parecian mui entretenidos en su partida de dados. Uno de los jugadores iba vestido de paisano; pero el otro dejaba ver a veces por debajo del capote que lo cubria, su casaca de militar.

—Así es la verdad, prosiguió Gacetilla, repitiendo los trágos: el

mundo está de no conocerlo; no parece sino que se hubiera acabado la patria i todo ¿qué se hizo, (pregunto yo) aquella patria vieja de que los chilenos estábamos tan orgullosos? Ahí está esa infinidad de papeles que hablan de virtudes cívicas, pero el patriotismo anda por las nubes. Otro vasito, amigo mio!

Motiloni bebia callado i dejaba hablar a Gacetilla. Este continuó como de primera.

—Afortunadamente ha sucedido anoche una cosa que ha dado que hablar..... En fin, así no se pega la lengua al cristiano...

—¿Qué es lo que ha sucedido? preguntó Motiloni con distraccion.

—¿No sabe usted nada? Vaya que está en el limbo!... Ah! ya se ve que viene del campo!... El caso es que se han robado a la hija de don Marcelino de Rójas...

—Sí?

—I no pueden encontrar a los ladrones... Es estraño que usted no sepa nada, siendo tan amigo de don Meliton.

—Hace mas de un mes que no sé de don Meliton. Acabo de llegar i no me he visto con él, dijo Motiloni.

—Pues la cosa fué en la misma noche del matrimonio... Ud. sabrá que don Meliton estaba para casarse con Lucinda de Rójas.

—Algo he oido.

—Pues, amigo: la boda estaba arreglada, cuando a tiempo de ponerles las bendiciones, entran seis u ocho hombres, arrebatan la niña, encierran a los circunstantes, i... no es nada esto.

—¿I todavía mas? dijo riendo Motiloni.

—Vaya, si hubo mas! Los pícaros tuvieron tiempo para tomar a don Meliton, a don Marcelino i al padre Hipocreitía, i hacer de los tres un atado que echaron a rodar por el suelo... Já, já, já! qué figura hacian!

La risa de don Catalino produjo un efecto estraño en su interlocutor, cuyo semblante se puso pálido por un momento.

—Pues nada sabia de eso, dijo Motiloni con un lijero temblor en la barba, i estoi por creer que todo es mentira.

—Mentira! ¿cree usted que yo...?

—No digo que usted mienta, sino que lo han engañado.

—A mí no se me engaña: el hecho es cierto, amigo mio.

—Puede serlo en el fondo, pero las circunstancias...

—Es cierto el hecho hasta en sus menores detalles.

—Sin embargo, se me hace duro creer que hayan podido hacer todo eso.

—Cuando yo se lo digo! ¿Por quién me tiene usted a mí? Lo sé de buena tinta!

—No obstante, yo lo dudo.

—Yo no permito que se dude de lo que digo, replicó don Catalino, que, como todo hablador, no podia sufrir que nadie pusiera en duda su veracidad.

—Pero yo me permito dudar tanto mas, cuanto que usted solo habla de oidas.

—I si yo le dijera que he visto...

—¿Ha presenciado usted la escena?

—No tanto; pero es como si la hubiese presenciado porque he hablado con...

—¿Con alguno de los raptores?

—Sí, contestó Gacetilla bajando la voz, pues queria ser creido a todo trance.

—:o:—

CAPITULO XIII.

GACETILLA SE ENREDA DE LA LENGUA I CAE A LA CÁRCEL.

«En esta casa, señor,
Nos castigan al reves:
Los yerros de la cabeza
Nos los ponen en los piés!»

(El padre López.)

En aquel momento sintió que álguien le tocaba el hombro por detras. Volvióse i vió a un oficial. Era éste uno de los dos individuos que estaban jugando a los dados en la mesa de enfrente i que se habia acercado poco a poco a los interlocutores.

—¿Qué quiere usted, señor? preguntó Gacetilla.

—Que me siga, contestó el oficial.

—¿Adónde?

—Al cuartel; quiero decir, a la cárcel.

—¿Yo al cuartel? Talvez no es a mí quien usted busca, señor mio.

—Es a usted, señor.

—Permítame que le diga que yo no tengo nada que hacer allí, replicó Gacetilla. Estoi hablando con este caballero....

—Puede ser, pero talvez otro tendrá allí que hacer con usted.

Gacetilla se habia vuelto hácia la mesa, i no viendo a Motilon i en su asiento, esclamó:

—¡I me abandona el cobarde al verme en el peligro!....

—Señor, repitió el oficial, decídase usted a seguirme pronto porque no puedo perder tiempo.

—Entónces ¿esta es una prision?

—Cabalmente.

—¿I por qué?

—Porque tengo órden de tomar presos a todos los que entraron en el rapto de la señorita de Rójas. Aquí tiene usted la órden del señor Juez del crímen.

Vió la órden don Catalino i dijo:

—Yo no soi de esos, señor mio!

—Pero a mí me parece que si no es de ellos, está por lo ménos comprometido en el asunto, segun se deja ver por las últimas palabras que dijo usted a ese caballero que acaba de salir de aquí.

—Ah! eso me pasa por hablar demasiado.... ¡Si aquí no puede uno mover la lengua! Sin embargo le juro a usted que yo no sé nada!

—Eso se lo dirá usted al juez. Por ahora debo cumplir con la órden. Vamos pronto.

Gacetilla vió que no habia qué replicar, i siguió al oficial hácia la cárcel.

—Caramba! murmuraba: si uno habla de política, malo; si de relijion, peor; si de chismes que pasan, *repeor*.... ¿En qué querran que un hombre honrado se entretenga en unos tiempos tan calamitosos como estos?

Aquella noche durmió en la cárcel, o mas bien dicho, no durmió, porque pasó toda la noche sentado sobre las tablas desnudas que habian de haberle servido de cama. Como no podia hablar sino con las paredes de su calabozo, tomó el partido de agachar la cabeza i ponerse a reflexionar. ¡Reflexionar don Catalino! Vano empeño! pero hacia como quien reflexiona, es decir, agachaba la cabeza por algunos momentos. En seguida empezaba a pasearse, i luego volvia a sentarse. Su mayor martirio era estar sin tener a quién dirijirle la palabra.

—¡Qué suerte la mia! esclamaba. Apénas salgo de un aprieto político i doi con otro aprieto....Ah! i qué aprieto es este de estar entre cuatro paredes como las sardinas en su caja!.... I luego, luego, este Motiloni ¡qué mal compañero es! Ya se ve: yo tambien lo abandoné una noche.... Sí, es verdad; pero ¿es acaso esto una razon para que él me abandone a mí? ¿Acaso un mal puede autorizar a otro? Nó, señor: él ha hecho mal.... I yo! yo no hice mal!... Cierto es que huí, pero ello fué porque soi nervioso.... I arranqué sin pen-

sar en lo que hacia.... Cosas de nervios!... Pero él, un hombre tan sanguíneo i tan así así.... ¿no es verdad que si se ha ido es por su poca lei?.... No se puede dudar.... Ademas, mi retirada fué de noche, a oscuras; tuve razon.... La suya ha sido a la luz, delante de todos ¿ha podido irse dejándome en mano de ese diablo de oficial?... Siempre me ha cargado este Motiloni.... No lo puedo pasar.... I luego otra.... ¿no parece cosa de milagro? Casi estoi por creer que él me trae los carcelazos.... Sí, señor, en el del otro dia acababa de retirarse él de mí, cuando se me vino el de la patrulla encima.... I aquellas malditas proclamas ¿no pudo él habérmelas echado en el bolsillo cuando se despidió?.... Me acuerdo que estuvo tan cariñoso conmigo.... Sí! cariñoso! No lo conoceré yo al bribon! Me parece que lo estoi viendo cuando queria matarme con la pistola.... Es un hecho; él me puso las proclamas en el bolsillo.... I ahora! Acababa él de entrar cuando tambien entraron los oficiales... ¿no podian ser traidos por él? El es amigo de don Meliton, i ese señor no me quiere bien....Pícaro italiano! él es quien trajo los oficiales. ¿Por qué se fué sin decirme palabra?..... Ello es que él se parece tanto a un traidor como un huevo a otro... ¡Pero yo no escarmiento jamás!... Siempre lo sigo i platico con él como si fuera hombre de provecho!... El es un hombre inútil!... No sabe jamás una noticia!... Sí, señor! inútil, inservible en toda la extension de la palabra!

Al dia siguiente fué conducido Gacetilla al juzgado para que prestase su declaracion. Apénas podia andar, pues la gruesa barra de grillos que le habian puesto por instigaciones de Motiloni, no le dejaba marchar tan rápidamente como él quisiera para llegar cuanto ántes al juzgado i decirle al juez la injusticia con que se le tenia preso. Pero el embarazo de sus piés no le impedia mover la lengua con la verbosidad de costumbre; i en cuanto vió al oficial que habia de conducirlo, empezó a probarle su inocencia. I como notara que el referido oficial no hacia el menor caso de sus palabras, se dirijió a los soldados que iban custodiándolo, sin cesar de hablarles a pesar de la órden de marchar en silencio que el oficial le habia repetido varias veces.

—¡Qué permanezca callado! (esclamó al oir la órden) ¡Qué permanezca en silencio! despues de haberme tenido veinticuatro horas mortales entre cuatro paredes sin hablar con cristiano viviente!

Al fin llegó al juzgado, i no bien hubo visto al juez, cuando sin esperar a que éste lo interrogara, le dijo:

—Señor juez! se me ha tomado preso porque se me ha supuesto comprometido en el rapto de una niña...

—Calle Ud! le interrumpió severamente el juez, i espere que se le interrogue para contestar.

—Sí, señor, callaré; pero es bueno que Usía sepa que yo no sé nada de ese rapto, ni he visto nunca a la niña, ni conozco a los raptores, ní...

—Le repito a Ud. que calle, porque si no...

—Pero, señor, por Dios! ¿Es caridad mandarme callar la boca, despues de hacerme pasar veinticuatro horas mortales con la lenigua pegada al paladar? Usía no me conoce! Yo soi mui nervioso, i no puedo sujetar mi lengua cuando me veo bajo el peso de una injusticia... quiero decir, de un error cometido por la justicia. Entónces es preciso que hable, hable i hable; i si así no lo hiciera, me caeria muerto. Verdad es que dije ayer que conocia a los raptores; pero ello fué para dar gusto a esta lengua, causa de mi actual desgracia. I ¿será justo que se me engrille i se me emparede por una sola palabra que el viento se lleva? Hasta un juez de palo veria que esto es un rigor inmerecido! I por último: si esto es un pecado, la culpa es de mi mala cabeza i de mi soltura de lengua, mas nó de mi mal corazon, porque yo jamas le he hecho mal a nadie, no digo haber ayudado a robarse a una niña principal....

—Lleven a ese hombre al calabozo, dijo el juez. Despues prestará su declaracion.

—Ah! señor! señor juez! esclamó Gacetilla, juntando sus manos en ademan de suplicar. ¡Tenga compasion de mí! Prefiero dar mi declaracion al momento.

—Pero, hombre! si Ud. no calla i se dispone a responder ¿cómo quiere que se le interrogue?

—Señor: yo quisiera callar porque encuentro mui justo lo que Usía dice; pero ya le digo que me hallo bajo el influjo de una escitacion nerviosa que me impele a hablar como el sediento trata de beber cuando se le presenta el agua que desea! Sin embargo, ya he satisfecho algun tanto la sed que me devoraba i estoi dispuesto a contestar lo que se me pregunte.

En seguida se procedió al interrogatorio, concluido el cual, fué trasladado nuevamente al calabozo despues de haber ordenado el juez que se le quitase los grillos.

Dos horas despues vino a visitarlo su amigo Motiloni, a quien salió a recibir con los brazos abiertos:

—¿Qué se hizo anoche? le preguntó con tono de reproche.

—Me separé de Ud. para volverle la mano, respondió Motiloni... Así aprenderá Ud. a ser leal.

—Ah! ya me acuerdo; pero...

—Dejemos esto, i vamos a lo que importa. Acabo de verme con el juez; he abogado por la inocencia de Ud....

—Gracias! don Pablo... Siempre he dicho que Ud. es un buen amigo. Anoche me he acordado mucho de Ud... ¿I qué dice el juez?

—Lo creo, respondió Motiloni, sonriendo. El juez dice que no puede ponerlo a Ud. en libertad sino bajo una fianza segura, i le he ofrecido la mia.

—Gracias! gracias! I aceptó el juez?

—Acepta... Luego se le hará saber a Ud. la órden de escarcelacion.

Poco rato despues, salia de la cárcel don Catalino acompañado de su fiador, don Pablo Motiloni.

—Esta prision, decia Gacetilla, es enteramente injusta, porque hablando en plata, yo no solo no he acompañado a los raptores, sino que ni aun sé sus nombres.

—I ¿cómo me aseguró Ud. que sabia.....?

—Fué en un rato de calor; pero ahora que me importa descubrirlos, trabajaré con empeño para conseguirlo.

—I hará Ud. bien, contestó don Pablo, porque ese es el mejor medio de probar su inocencia. Acuérdese Ud. de que yo soi el fiador, i no me debe dejar mal puesto.

—Confie Ud. en mí: Duplicaré mi lengua, mis ojos i mis orejas, contestó Gacetilla, despidiéndose de su amigo don Pablo.

Este se quedó mirándolo; i cuando se hubo perdido de vista detras de la primera esquina, dijo:

—¿Piensas duplicar tu lengua? Dios tenga compasion de los infelices que encuentres! Pero estoi seguro de que me servirás, i esto me basta. Ahora dejemos este capítulo i pensemos en otra cosa, que el pandero queda en manos que sabrán tenerlo.

———¡O!———

CAPITULO XIV.

ESFUERZOS DEL GOBIERNO PARA OBTENER LA PAZ.

> «El ejército insurrecto se apellidaba *libertador*, en tanto que los fautores de la revolucion no tenian otro propósito que reaccionar contra la única Administracion liberal que ha tenido la República, destrozando la Constitucion democrática de 1828.»

(J. V. Lastarria—*Juicio histórico sobre Portales.*)

El padre Hipocreitía dejó a cargo de Gacetilla el descubrimiento de los raptores porque le faltaba el tiempo para ocuparse de este negocio, pues otros asuntos mas importantes ocupaban su atencion. Puesto entre su venganza i su ambicion, no dudó en olvidar por un momento aquella, i entregarse con todas sus fuerzas al servicio de ésta. Habia entrado de lleno en la política, i ya no le era posible volver atras. Por último, una vez satisfecho el logro de sus miras ambiciosas, podia contar con elementos suficientes para satisfacer su venganza. El diestro jesuita era lójico en su proceder, i no tiraba la piedra sino al punto que convenia. Sabia emplear solo la fuerza necesaria, i sabia, aún mucho mejor, esconder la mano cuando la piedra habia partido hácia el punto de mira. Dotado de una vista prespicaz, despejaba los hechos de las circunstancias inútiles para

no ver en ellos sino lo que podia aprovechar. No perdia ni su tiempo ni sus fuerzas en combinaciones inconducentes; era avaro de sus palabras, i tenia una paciencia a toda prueba. «Quien sabe esperar, sabe obrar:» tal era su divisa. No se precipitaba jamas, porque decia: es preciso dar tiempo a la naturaleza, tanto en lo físico como en lo moral, para que los acontecimientos se realicen. *Solo dando huelga* a los acontecimientos, se evita las colisiones que hacen fracasar toda combinacion, por sábia que sea. El tiempo es una especie de caja en la cual deben caber los sucesos de la vida: esta caja debe tener la capacidad suficiente para que quepan los objetos que se quiere encerrar en ella. Si se estrecha el tiempo, como éste no puede romperse para aumentar de capacidad, tendrán que dislocarse los acontecimientos. De aquí resultan los trastornos, los inconvenientes, i aun la imposibilidad de los hechos mismos que se desea.

Otras veces solia decir: ¿«no veis cómo las jentes del campo engrasan los ejes de sus carros para que las ruedas no rechinen? Así tambien es preciso engrasar los elementos i resortes de la máquina social para que los sucesos no rechinen miéntras están verificándose. De lo contrario, se quebrará el eje en torno del cual jiran, i la sábia combinacion vendrá al suelo como carreta quebrada»

Hé aquí por que el jesuita miraba la paciencia como un poderoso elemento de accion. Esta era la grasa de que hablaba.

Esta vez el reverendo estaba contento i las cosas iban a pedir de boca, i él se frotaba las manos debajo de su manteo. Las últimas noticias del sur eran alarmantes, i él gozaba con la intranquilidad que se habia derramado en toda la capital. Cada dia llegaban chasques trayendo desconsoladoras noticias. Prieto adelantaba con su ejército, atravesando un campo preparado por las maquinaciones peluconas. En todos los puntos por donde aquél pasaba, encontraba guardias avanzadas del partido reaccionario. Aquí era un cura que predicaba abiertamente a sus feligreces contra ese gobierno estranjero, hereje, pelajiano etc; allá un padre de espíritu, director de una familia influyente, que se valia del confesonario para preparar los ánimos de sus hijos en el Señor; mas allá un fanático que se creía tanto mas amigo de la relijion cuanto mas enemigo de la libertad se mostraba; acullá mujeres devotas, (nó de Dios i sus santos, sino de los clérigos) que rezaban rosarios i novenas cantadas, por la victoria de la relijion i del órden. En balde pugnaban algunos amigos de la democracia por contrarestar el fanatismo de unos, por aplacar la ambicion i el odio de otros, i por deshacer las ca-

lumnias que muchos difundian contra la liberal administracion. ¿Cómo se les habia de creer si los defensores eran tan herejes como los defendidos?...I el pueblo miraba esta lucha casi sin apercibirse de ello ¡fatal ignorancia que lo entregó maniatado al partido monárquico!

No es posible recordar, sin un profundo agradecimiento, los esfuerzos que los liberales de Santiago hicieron por evitar la fratricida lucha. Ofreciéronse a sacrificarlo todo en aras de la paz: todo, todo; sus afecciones, los puestos públicos que ocupaban, i hasta sus odios personales. Solo querian conservar las instituciones democráticas. Pero sus enemigos desoyeron todas las propuestas, porque esas instituciones eran precisamente la principal causa de su odio liberticida.

Un dia ántes de trasladarse el gobierno a Valparaiso, el Presidente Vicuña habia despachado un emisario al jeneral Prieto, prometiéndole por medio de una nota, que si abandonaba su actitud hostil, «oiria gustoso las quejas que se le dirijiesen i atenderia a toda solicitud que tuviese por base esa Constitucion, objeto de la adoracion de todos los chilenos, i en cuya gloriosa obra tuvo el mismo jeneral Prieto tanta parte, como uno de los representantes en el último Congreso»

Pero el jeneral revolucionario, incapaz de comprender tanta nobleza de proceder, no solamente desoyó estas conciliadoras palabras, sino que cometió la torpe indignidad de poner preso al comisionado, el valiente coronel Godoi.

Esta indigna accion no desanimó a los amigos de la paz i de las instituciones democráticas. El intendente de Santiago, don Rafael Bilbao, i el jefe de las fuerzas constitucionales, don Francisco de la Lastra, enviaron a Prieto una segunda comision compuesta de cinco personas respetables con el fin de proponerle medios de conciliacion. Prieto convino en permanecer a cierta distancia de Santiago, miéntras se verificaba un arreglo por medio de otras personas que el Gobierno mandaria suficientemente autorizadas para *transijir de una manera estable i con arreglo a la Constitucion, las diferencias políticas de los pueblos.* Pero el jeneral revolucionario principió por faltar a este pacto, trayendo sus tropas a una legua de la capital.

Prieto estableció su cuartel jeneral en las casas de la chacra de Ochagavía, adonde fueron luego a reunírsele nuestros conocidos Aldeano, Dorriga i otros. El clérigo Franco iba i venia. En cuan-

to al reverendo padre, nadie supo de él: se decia que andaba en sus misiones. Cualquiera que tuviera que hacer con su reverencia, debia hablar con don Pablo Motiloni, quien tenia poder ámplio para representar al jesuita en todos sus asuntos.

El cinco de diciembre hubo un nuevo convenio entre Prieto i las autoridades constitucionales. Acordaron reunirse al dia siguiente para concluir un tratado de paz, i ademas un armisticio hasta la ratificacion de dicho tratado, en caso que tuviese lugar.

El dia seis se reunieron los comisionados por una i otra parte; pero los de Prieto traian instrucciones de no proceder a un tratado definitivo de paz sino en caso de ser ratificado en el término *de dos horas*, cosa imposible, desde que el gobierno que debia ratificarlo se hallaba en Valparaiso. Se buscaba un pretesto para romper las hostilidades. A pesar de esto, los comisionados convinieron en algunas operaciones de detalle, i en varios cambios que debia hacerse en el personal de los poderes públicos, i en reunirse esa misma noche con el fin de tratar sobre la ratificacion. Pero Prieto, en vez de esperar i ver el modo de cortar las diferencias, declaró rotas las hostilidades «por no querer (el jeneral Lastra) consentir en «ratificar por *sí mismo a las dos horas* de firmado, el tratado que se «celebrase.»

Hé aquí cómo obraba un jeneral que decia haber tomado las armas para defender la Constitucion. Declaraba rotas las hostilidades porque el jeneral enemigo no violaba esa misma Constitucion que él venia a defender. La lucha parecia ya inevitable. El llano intermedio entre los dos campamentos, principió desde entónces a ser el teatro de pequeños encuentros que no podian tener ningun resultado serio. Los habitantes inmediatos dejaron sus casas i se refujiaron en el interior de la ciudad, pues los suburbios estaban continuamente amenazados por las partidas de caballería de Prieto que los recorria en todas direcciones, i sobre todo, por la célebre *Partida del Alba* al mando del tristemente célebre, don Alejo Calvo, que se ocupaba en saquear las chacras i haciendas de los vecinos, supuestos o verdaderos partidarios de los liberales. La falta de caballería del ejército constitucional, hacia imposible el evitar los daños causados por el mas brutal vandalaje.

Miéntras tanto, los ejércitos acantonados el uno enfrente del otro, no venian a las manos. Lastra esperaba que Prieto saliera del atrincheramiento de tapias i fosos de Ochagavía; pero Prieto no salió... La alarma de los habitantes de Santiago crecia por momentos.

Entónces el Señor Obispo, don Manuel Vicuña, animado de los mas evanjélicos sentimientos, quiso tocar los últimos medios de conciliacion, i escribió a Lastra i a Prieto, diciéndoles: *que estaba dispuesto a no omitir sacrificio alguno por buscar la paz, valiéndose de todos los medios que fuesen permitidos.*

Hé aquí las

COMUNICACIONES ENTRE EL SEÑOR OBISPO VICUÑA I LOS JENERALES LASTRA I PRIETO

☞«Señor jeneral don Francisco de la Lastra.

Santiago, diciembre 10 de 1829.

«Ya presumo que estará US. enterado de la reunion que he tenido hoi, para ver si se adoptaban medidas de conciliacion. El señor jeneral don José Manuel Borgoño, uno de los concurrentes, ha quedado encargado de hacerlo presente a US., como asimismo cuáles son los sentimientos que me animan. Mi carácter de pastor no pide mas que paz i tranquilidad: debo procurarla sin omitir sacrificio i buscarla por cuántos medios me sean permitidos. No creo que US. dista de lo mismo, i por lo tanto, espero que no se negará a una transaccion que vuelva la paz a mi aflijida grei. Para ello será necesario una entrevista con el señor jeneral don Joaquin Prieto, i al efecto le suplico me indique el lugar i hora a fin anunciarlo oportunamente a US. Luego, pues, que tenga el aviso lo daré a US., previniéndole desde ahora, se sirva estar pronto por su parte i sacrificarse nuevamente en obsequio de una paz tan deseada.—Dios guarde a US. muchos años. Su afectísimo capellan Q. S. M. B.—*Manuel*, obispo de Ceran.»☜

Lastra contestó:

☞«Ilustrísimo señor Obispo de Ceran.

«Campamento en la cañada de Santiago: 10 de diciembre de 1829.

«Estimado Señor de toda mi veneracion:

«Desde el momento que me hice cargo del mando de este ejército,

tuve por objeto evitar la efusion de sangre i cortar las desavenencias que desgraciadamente aflijen nuestro país, por medio de una amistosa transaccion. Desde aquel mismo instante no he cesado de trabajar por procurarla; i ciertamente ya se hubiera conseguido, si por la otra parte no se hubiese encontrado oposicion en proposiciones ya transadas de antemano i mutuamente convenidas. En esta virtud acepto gustoso la entrevista que U. S. I. se sirve proponerme, señalándole al efecto la quinta del señor jeneral Blanco, endonde, a las once o doce de este dia, podrá terminarse asunto tan importante. Esta ocasion me proporciona la satisfaccion de ofrecer a V. S. I. mi mayor respeto i consideracion. B. L. M. de V. S. I. su atento servidor»☞

«Francisco de la Lastra.»

La contestacion de Prieto forma notable contraste con la anterior. Héla aquí:

☞«Si de buena fe se quiere la paz, yo estoi pronto a ella en «estos términos: demuélanse las trincheras de la plaza; salga la di«vision del jeneral Lastra, i todo hombre armado a distancia de «cuatro leguas de la capital, a la misma me pondré con este «ejército, mediando solo dos leguas de uno a otro: reúnase el vecin«dario, i elija éste una autoridad provisional, i un plenipotenciario, «quien en union con los que ya tienen nombrados Concepcion, el «Maule i Colchagua, i viniendo otro por Aconcagua, elijirán un go«bierno jeneral provisorio, con el cual se conformarán seguramente «las otras tres provincias, luego que vean que esta es una transaccion «en que han entrado cinco provincias hermanas a propuesta de ambos «ejércitos i por la mediacion de S. I. No hai, pues, otro medio legal i «decente para terminar las diferencias, que el dejo propuesto. Elejir «en Santiago un plenipotenciario del modo dicho, o concurriendo «un elector nombrado por cada cabildo de la provincia, cuyo pleni«potenciario en union con los otros cuatro, nombrarán el ejecutivo «nacional provisorio, para que gobierne miéntras se elije conforme a «la Constitucion.»☞

«Joaquin Prieto»

Esta carta prueba las intenciones del partido cuyo instrumento fué Prieto. La sequedad con que está escrita, raya en descortesía, i es notable en el jeneral de un ejército del partido *relijioso*, así como del respetuoso tono de la de Lastra, admira en el jefe de las fuerzas del partido tenido por hereje.

CAPITULO XV.

HIPOCREITÍA I FRANGO.

> «Pero los liberales querian «evitar a toda costa la efusion «de sangre... Imajináronse que «todo podia concluirse dejando «los puestos que ocupaban para «que los revolucionarios los reem«plazaran i organizaran el go«bierno, respetando i conservan«do la Constitucion.»

(J. V. Lastarria—*Juicio histórico sobre don Diego Portales, IV.*)

En cuanto el ejército de Prieto acampó en Ochagavía, el reverendo jesuita fué de opinion que algunos hombres de palabra i de pluma del partido, se trasladasen al campamento para servir de consejeros al jeneral revolucionario. «*Prieto sin direccion, es como un cuchillo sin mango.*» (decia el padre). En consecuencia, se decidió que Aldeano, Dorriga i el clérigo Franco marchasen al campamento. Pero Dorriga tuvo que encargarse bien pronto de una comision en Valparaiso; i en cuanto al prebístero Franco, no le fué posible separarse de los círculos del interior de la capital, que encontraban en él su principal ajitador. Convirtióse, pues, en el correveidi-

le del partido, quedando Aldeano encargado de la direccion cotidiana de Prieto.

El padre Hipocreitía se habia perdido de repente. ¿Adónde estaba? Unos decian que se hallaba enfermo i lo encomendaban a Dios; otros aseguraban que andaba predicando en las costas de Colchagua, i admiraban su contraccion al cultivo de la viña del Señor, en unos tiempos en que los ánimos estaban tan exitados; i por último, no faltaba quien jurase que se habia ido a pasar unos dias de retiro a la Recoleta Domínica (segun era su costumbre todos los años) huyendo del tumulto de la sociedad.

—Oh! ustedes no conocen a este siervo de Dios, agregaban los amigos oficiosos del padre. Aborrece la bulla i huye de mezclarse en los asuntos mundanos!

—Cierto! es un hombre entregado al cultivo de la viña del Señor!

—Un apóstol!

—Un verdadero apóstol!

Una tarde de esos dias, al oscurecerse, marchaba por la alameda un clérigo, que no era otro que el *verdadero apóstol.* Parecia recien llegado del campo, pues iba con las sotanas arremangadas i seguido de un mozo que llevaba de las riendas un caballo ensillado. Cubria un gran poncho sus hombros, i un sombrero de pita su cabeza, e iba platicando mano a mano con otro clérigo, el cual contestaba a lo que su compañero le decia solo con esta palabra:

—*Intosidle!* Eso *es intosidle!*

La pronunciacion de esta palabra hacia ver que el interlocutor del jesuita, era el clérigo Franco, quien, faltándole el labio superior a consecuencia de una enfermedad que habia sufrido, convertia siempre la *p* en *t* i la *b* en *d.*

—A mí tambien me parece imposible (decia el jesuita en voz baja) que pueda haber arreglo despues de lo sucedido; pero es preciso no mostrarse terco. Bueno es no hacer ninguna concesion que pueda perjudicarnos; pero ello debe hacerse con ese señor modo que aparenta dar, haciéndose dueño de todo. Si ellos solicitan una entrevista, concedámosela.

Franco hizo un jesto de marcado disgusto i dijo:

—Lo que yo encuentro vergonzoso es que seamos nosotros los que, en cierto modo, hemos provocado esta entrevista. Don Francisco Ruiz Tagle es de nuestro partido, i él es quien mas ardientemente la desea.

—El caso es que Ruiz Tagle está medio arrepentido porque como tiene amigos entre ellos.....

—Sí, ya sé que es una especie de *anfibio* en política, interrumpió Franco.

—Por lo mismo nos conviene, pues podemos servirnos de él en cualquier reves de fortuna. Ademas, prosiguió, puede suceder que los liberales cedan.

—¿No conoce usted lo que son?

—Antes creeria yo que se convirtiese Satanas.

—Sin embargo, yo sé que están dispuestos a hacer las mayores concesiones. Les he oido hablar de sacrificios personales.

—Lo dudo.

—No dude usted: son unos inocentes, unos aquijotados, a quienes se les maneja por medio de esa palabra hueca del *patriotismo.* Si conseguimos lo que deseamos, sin necesidad de esponer nuestra suerte al azar de las armas, no debemos perder esta oportunidad que Dios nos presenta.

—Todo esto es perder tiempo, replicó el caprichoso Franco, i mañana le preguntaré yo si se ha conseguido algo!

—Pero no será porque no hayamos nosotros hecho todo lo posible por nuestra parte.

—Pero este Ruiz Tagle, este don Francisco ¿quién lo habia de creer? Despues de los serios compromisos que ha contraido, se nos viene ahora con sus arrepentimientos. ¡Cómo si no perteneciera a una familia que siempre fué enemiga de todos estos diablos! En tiempo de la guerra de la Independencia eran realistas, i ya sabe Ud. que de un honrado realista no puede salir un maldito pipiolo!

—Ya le he dicho que Tagle tiene sus escrúpulos, dijo el padre pasando la caja de rapé a su interlocutor, i es preciso respetar los escrúpulos de los hombres.

—No me gustan los hombres escrupulosos, i por esto es que....

—No levante tanto la voz: mire que las paredes oyen.

—Es que cuando me caliento, hablo *tzuerte!* gritó Franco.

—No hai que calentarse. ¡Piés de plomo, amigo mio! Cierto es, prosiguió el padre en voz baja, que los escrúpulos de Tagle son una verdadera necedad... Ahora está medio arrepentido despues de habernos ayudado; pero ¿de qué le servirá su arrepentimiento? Palabra dicha i piedra arrojada no vuelven atras.

—¿I en dónde será la reunion?

—No lo sé; pero nos lo dirá Aldeano que debe estarme esperando en casa.

Ambos interlocutores apuraron el paso; i doblando por la calle de Santa Rosa, en breve rato llegaron al cuarto del padre. Don Rodrigo Aldeano esperaba en la puerta.

—La entrevista tendrá lugar esta noche a las doce, dijo al padre.

—¿En dónde?

—En la casa de don Joaquin Echeverría. ¿No sabe su paternidad dónde está?

—Ah! lo conozco: en la calle de las Monjitas.

—Eso es!

—¿I tendremos allí a Portales?

—Nó. Me ha encargado a mí que lo represente. Tengo sus instrucciones.

—¿I por qué se niega Portales a ir? preguntó Franco. Yo no sé por qué este don Diego anda siempre reculando la carta!

—Me parece bien que no vaya, observó el padre.

—A mí no me gusta esa conducta. ¿Tiene miedo? que se retire.... ¿Le gusta el partido? marche de frente.

—Oiga Ud., amigo mio....

—Es mi manera de ver las cosas. De frente! de frente! Todo el partido mira ya a don Diego como a su jefe.

—I lo merece, contestó Aldeano.

—Por lo mismo debiera aparecer a su cabeza; pero siempre se está a la capa. I esto que ahora estamos fuertes!

—En estas tierras, le interrumpió el padre, conviene no echar al trajin a los jefes...Dejémoslo guardadito miéntras nos llegue el caso de proclamarlo.

—Por otra parte, agregó Aldeano: desde que estamos dispuestos a no ceder en nada ¿para qué sirve allí la presencia de don Diego?

En aquel momento entró al cuarto una vieja, criada de la casa, que dijo al padre presentándole una carta:

—Acaba de llegar un mozo de Valparaiso trayendo este papel para su paternidad.

Tomó el padre la carta; la abrió i la leyó a la lijera.

—Magnífico! esclamó.

—¿Qué le escriben? preguntó Franco.

—Es Dorriga. Oigan ustedes lo que me dice:

Valparaiso, diciembre 9 *de* 1829.

A las 2 de la mañana.

«Mi reverendo amigo:

«Despáchole un propio para avisarle que anoche hemos atacado «este puerto con don Pablo Silva. No teníamos mas que ciento cin«cuenta hombres, pero hemos hecho fuego sobre la ciudad endonde «introdujimos la alarma a poca costa. La oscuridad de la noche nos «protejia, i sobre todo, el encontrarse la ciudad casi abandonada po «el gobierno. Hoi ya somos dueños de los castillos, i creo que el viejo «Presidente Vicuña tendrá que emplumar pronto. Me acaban de «decir que se piensa embarcar hoi o mañana para dirijirse a Co«quimbo. Buen viaje...Desgraciadamente ha fracasado una sublevacion que yo habia hecho prender en la marina. Con algunos sa«crificios, se logró poner de nuestra parte al teniente Ruedas i a un «oficial del bergantin «Aquiles.» Ya el bergantin era nuestro cuan«do el hereje capitan Bingham, de la marina británica, se prestó a «auxiliar al gobierno. No pudiendo contestar a los cañonazos de la «Thetis» que nos atacaba, hubo que arriar bandera. Es lástima que «se haya perdido este golpe, pues de este modo habríamos podido en«viar auxilios a nuestros amigos del sur. Pero como quiera que sea, «de poco le servirán a Vicuña sus buques, sino es para huir, i en «este caso diré: *a enemigo que huye, puente de plata.* Écheme su «paternidad su bendicion.»

«*V. Dorriga.*»

—Soi de la opinion de don Víctor, dijo Aldeano.

—Ahora es mas difícil el arreglo, observó el padre.

—*Intosidle!* agregó Franco.

Púsose éste en seguida a conversar con don Rodrigo, miéntras el jesuita escribia en su cartera de memorias las siguientes notas:

☞ Encargo al cura T*, que prosiga en sus plátícas doctrinales contra los pipiolos, i que lance anatemas especiales contra los que mantegan relaciones con los *pelajianos.*

☞ Hacer que el padre N*, mantenga abierta la confesion de doña A*, o la absuelva bajo la condicion de obligar a su hijo, el oficial, a que abondone las banderas de Lastra.

☞ Doña Pilar M* está enferma de gravedad: Su testamento a favor de la Compañía··· Escribir a su padre de espíritu...

☞ En la estancia del Quillai se fundó unas capellanías el año 1783, a favor de P*. R*. que murió en 1813... Goza la hacienda don N*. O*.... Consultar a un abogado sobre el particular...

☞ Doña R*. S*. ofrece terrenos para una iglesia i colejio de la Compañía... Escribir a Roma sobre la dispensa que la señora pretende...

☞ El sindicato de las Capuchinas, vacante por la separacion de don Policarpo... le conviene a don Meliton...

☞ Idem, idem, respecto del puesto de tesorero de la esclavonía del Santísimo...

Al llegar aquí, preguntó a sus amigos:

—¿Qué horas son?

Las nueve i media, contestó don Rodrigo.

El padre prosiguió sus apuntaciones, murmurando:

—Es preciso aprovechar el tiempo: la memoria es frájil.

☞ Don Catalino dice que el autor del rapto es un oficial llamado Pepe Tronera. Sirve a las órdenes de Viel. Es un mozo de mala conducta. Buscar informes...

☞ Lucinda sigue enferma... Es preciso que se confiese... Hablar con el médico... El padre O*. llegará pasado mañana...

☞ El médico da esperanzas sobre la salud de don Marcelino. Consultar al facultativo sobre su monomanía... ¿Se convertirá en verdadera locura?...Hacer que firme ántes la escritura de donacion. .Idem de compra-venta... La otra está firmada...

☞ Escribir a don Alejo Calvo, pidiéndole que dé un *malon* al *gabacho* con su *Partida del Alba*...

En seguida el padre se puso a reflexionar:

—Creo, dijo, que convendrá hacer insertar en «La Clave» las noticias de Valparaiso.

—¿Abultándolas un poquito? preguntó Franco.

—No está demas. Lo que abunda no daña en estos casos.

—¿I lo podremos conseguir? dijo Aldeano. ¡Como «La Clave» es de ellos!...

—No importa, contestó Franco. Yo me encargo de esto. El rejente de la imprenta es mi amigo.

—Mui bien, dijo el jesuita mostrando con el dedo el recado de escribir... Voi a dictarle, amigo Franco.

Este se sentó a la mesa i escribió lo que le dictó el jesuita.

Habiendo concluido de escribir, dijo el clérigo:

—Ya son las once: si han de ir, vayan *pronto!*

Los tres amigos salieron con direccion a la Alameda, endonde se separó el presbítero Franco, prosiguiendo los otros dos su camino sin hablar una palabra.

Las calles estaban solas i silenciosas; las puertas de las casas cerradas, i sus habitantes temiendo un asalto del dia a la noche. Dirijiéronse por la calle de San Antonio, pues la del Estado estaba cortada por una de las trincheras que rodeaban la plaza de Armas.

Al llegar a la plazuela de la Universidad (hoi del Teatro) fueron detenidos por una patrulla de la guardia urbana.

—¿Quién vive? preguntó el oficial.

—Jente de paz, contestó el padre... Soi un sacerdote.

—¿Adónde se dirije su paternidad?

—Voi a casa de este caballero (i mostró a Aldeano) a confesar una enferma. Hai peligro de muerte i no puedo demorarme, agregó el jesuita pasando adelante.

El oficial no preguntó mas i siguió su ronda.

——:o:——

CAPITULO XVI.

A NUEVOS ESFUERZOS, NUEVAS RESISTENCIAS.

> «Largamente se disputó en aquel conciliábulo sobre esa proposicion, que los pelucones no admitian, sin querer comprender la abnegacion de sus adversarios. Ellos exijian un sacrificio imposible porque era deshonroso: querian que los liberales disolvieran el Congreso.»

(J. V. Lastarria.—*Juicio histórico sobre Portales.*)

Llegados nuestros amigos a la calle de las Monjitas, torcieron sobre su derecha, i al entrar en el zaguan de la casa de la cita, se encontraron con un hombre de a caballo, que pareció sorprenderse.

—Perdónenme *sus mercedes:* yo no soi de aquí, dijo el hombre titubeando. ¿Es ésta la casa del señor don Joaquin Echeverría?

—Sí, amigo, contestó el padre ¿qué se le ofrece a Ud.?

—Vengo a dejarle una carta al caballero, contestó el hombre, entrando al patio.

El padre i su compañero lo siguieron.

—Me parece que conozco esta voz, dijo Aldeano al oido de su amigo.

—Puede ser, contestó éste.

En seguida se dirijieron a un cuarto endonde se veia una luz, i dieron algunos golpes en la puerta. Abrióse ésta i entraron a la pieza en la cual se hallaba el dueño de casa con otros caballeros.

El hombre del caballo habia entrado tras de ellos sin la menor ceremonia. Llevaba un gran poncho, botas de lana i bulliciosas espuelas. Cubríale el rostro un pañuelo de algodon atado debajo de la barba, i la cabeza un bonete maulino que no se quitó al entrar sino despues de haber cerrado tras de sí la puerta del cuarto.

—Buenas noches, señores, dijo con voz clara i echándose el pañuelo atras.

—Señor jeneral! esclamó Aldeano: vaya que no lo habia conocido!

—Está Ud. mui bien disfrazado, agregó el padre, dándole la mano.

—He creido que debia disfrazarme de este modo, contestó Prieto, para evitar cualquier encuentro peligroso.

—Por supuesto! La prudencia ántes de todo, dijo el jesuita.

—¿Todavía no han llegado los otros? preguntó Prieto. A la verdad que no son mui exactos porque ya han dado las once i media.

En aquel momento sonaron tres golpecitos en la puerta.

—Ellos son! dijo Echeverría, quitando la tranca.

La puerta se abrió dando paso a dos caballeros que fueron saludados cortésmente por los circunstantes. Era el uno don Melchor de Santiago Concha, antiguo patriota, que habia formado parte del Congreso Constituyente; i el otro, don Rafael Bilbao, Intendente de Santiago, quien habia hecho poderosos esfuerzos para evitar la fratricida lucha. Ambos pertenecian al partido liberal, i venian autorizados por dicho partido para tentar todos los medios de conciliacion que estuviesen acórdes con la dignidad del país i la conservacion de las instituciones democráticas.

—Creíamos habernos atrasado, dijo don Melchor sentándose; pero observo, que aun no han llegado los señores Ruiz Tagle i Portales.

—Yo estoi encargado por don Diego para representarlo en esta entrevista, contestó Aldeano.

—En cuanto a don Francisco, agregó el padre Hipocreitía, tampoco vendrá porque ha creido innecesaria su presencia aquí. Todos

los presentes saben que soi su íntimo amigo; no necesito otro justificativo para probar que vengo autorizado por él mismo para hablar en su nombre. Desde luego, repito lo que el mismo don Francisco dijo ayer al señor don Melchor, a saber: que deseaba ardientemente el que se encontrase un medio como cortar estas dificultades que aflijen al país.

—Para mí ha sido una gran satisfaccion dar este paso, contestó Concha. He hablado con casi todos los de mi partido, i puedo asegurar que todo él desea la paz.

—Si se desea la paz de buena fe, dijo Prieto a media voz, nada mas fácil....

—El partido liberal no ha dado derecho a nadie para que se dude de su buena fe, interrumpió Bilbao con un movimiento de espontánea enerjía.

En seguida añadió con tono mas suave:

—Al contrario, la sanidad de conciencia con que obramos, nos hace creer, como creemos, en la buena fe i patriotismo de los que siendo nuestros enemigos políticos, no por esto dejan de ser nuestros compatriotas, a quienes deseamos dar el abrazo de hermano ántes que la estocada del enemigo.

—Palabras huecas i sin sentido! murmuró el padre al oido de Aldeano. Estos liberales son así; sueñan como las campanas, segun sean las manos que las tocan.

—El señor intendente nos hace justicia, contestó don Rodrigo, i debemos felicitarnos de tener que tratar este delicado asunto con personas dignas de nuestra estimacion.

—Esperamos obrar como tales, dijo Concha, i estamos dispuestos a sacrificar todos nuestros intereses personales en aras de la felicidad pública. ¡Os hablo con mi corazon en la mano i a nombre de mis amigos! ¿Cuáles son los motivos de la sublevacion?

—La ilegalidad de las elecciones, contestó Aldeano.

—Eso es contestable. Sin embargo, estamos dispuestos, en beneficio de la paz, a que se repita la eleccion de Senadores en las dos provincias de Concepcion i del Maule. Fernandez i Novoa renunciarán, i en su lugar serán elejidos los señores Prieto i Tagle, o los que designeis vosotros. Ademas, os damos la eleccion del Presidente del Senado, quien se hará cargo interinamente de la presidencia de la República, para que, bajo vuestro mismo amparo se haga la eleccion de Presidente.

—No es mucho conceder eso, observó uno de los circunstantes,

desde que los hombres de vuestro partido quedarán siempre ocupando los mismos puestos, ejerciendo las mismas influencias.....

—Es verdad, agregó el jesuita. Aun cuando el mismo señor Prieto llegase a ser nuestro Presidente interino, su voluntad tendria que estrellarse ante la oposicion sistemática de sus subalternos.

—¿Qué quiere decir su paternidad?

—Que los mandatarios de provincia, (hoi ministeriales porque sirven a un Ejecutivo de su devocion) pasarán mañana a ser opositores cuando el personal del Ejecutivo cambie.

—Es evidente, respondieron algunos.

—I sin embargo, observó Bilbao, no es posible que desconozcais la equidad con que nuestro Gobierno ha repartido los puestos públicos. ¿No veis en ellos todos los colores políticos? Uno de vuestros candidatos, el señor Ruiz Tagle ¿no era ayer Ministro de Hacienda?

—Sí, ayer! dijo el jesuita, haciendo un jesto acompañado de una sonrisita falsa. I hoi ¿qué es?

—¿No se le ha lanzado injustamente del ministerio? preguntó uno.

—Vamos a la cuestion, dijo Echeverría, i no agriemos una discusion cuyo objeto debe ser uniformar las opiniones.

—Si ello es posible, murmuró el fraile. I luego agregó para sí mismo:

—No parece sino que estos hombres creyeran que las palabras sirven para quedar de acuerdo en algo.

—Tiene razon nuestro amigo don Joaquin, dijo gravemente Concha: es preciso que pospongamos nuestra personalidad al bien jeneral. De otro modo no llegaremos nunca a convenir en nada que sea útil a la patria. Acordémonos de que somos hijos de una misma tierra i que hemos combatido juntos contra un mismo enemigo. Acordémonos de que esta misma tierra será mañana la patria de nuestros hijos, a los cuales tenemos el deber de legar buenos ejemplos de honradez i cordura. Ahorremos la sangre de nuestros compatriotas; ahoguemos la discordia i no presentemos ante los enemigos de la democracia, el triste espectáculo de un país libre que se desgarra las entrañas con sus propias manos: no les demos el placer de ver desacreditada la república por nosotros mismos que nos decimos republicanos.

—Palabras! murmuró a media voz el padre Hipocreitía, bellas palabras que sirven para ocultar otra cosa diversa de lo que significan.

En seguida agregó en voz alta:

—Nosotros tambien podríamos pronunciar un discurso análogo, señor don Melchor; pero en lugar de bellas palabras, quisiéramos ver ejemplos de abnegacion. Hablais de hacer sacrificios; pero esas jeneralidades nada dicen. Ya os hemos indicado que miéntras permanezcais en los puestos públicos.....

—Pues bien, interrumpió Concha con vehemencia. Voi a probaros que cuanto acabo de deciros no son vanas palabras. ¿Decis que la ocupacion de los puestos públicos por los liberales será un estorbo para el Ejecutivo? Oid la última espresion de nuestro pensamiento, prosiguió, poniéndose de pié: «Os prometemos aquí, a nombre de nuestro partido, que los liberales se separarán de los destinos públicos que creais conveniente ocupar por hombres de vuestra adhesion; os prometemos que saldrán del país todos aquellos individuos que designeis como contrarios al órden público, a trueque de evitar esta lucha atroz entre hermanos.

—Yo ratifico todo cuanto ha dicho el señor don Melchor, agregó Bilbao.

Hubo un momento de silencio, durante el cual nadie se atrevió a pronunciar una palabra. Muchos de los circunstantes parecian haber comprendido la abnegacion de los liberales; i ya iban a manifestar sus sentimientos, cuando el padre jesuita se adelantó i dijo:

—Hablais de desocupar los destinos administrativos: pero ¿teneis administracion? La mayor parte de los jefes de provincia nos pertenecen.

—I entónces ¿cómo decíais que nosotros ocupábamos los destinos?

—Dejadme concluir. Eso no obsta, replicó el padre, para que vuestros jefes administrativos i militares estén minados. Acabo de recibir una carta en la cual me dan noticia de la toma de Valparaiso por Dorriga. Tambien me dice éste que hoi o mañana el gobierno evacuará aquel puerto.

—¿Será posible? se dijeron todos.

—Es un hecho. Aquí está la carta, prosiguió el jesuita, sacándola de entre los pliegues de su sotana. Ya no teneis administracion ¿qué es lo que ofreceis, pues? Nada... Vuestro pretendido sacrificio es nulo... Por otra parte, agregó, no es en el órden administrativo endonde nuestro presidente provisorio encontrará los principales estorbos.....

—¿I endónde ha de ser? preguntó Bilbao.

—En el lejislativo, contestó Aldeano.

—Entónces ¿qué es lo que pretendeis?

—Yo no pretendo nada por mi parte; hablo a nombre de mi mandante. Don Diego es de opinion que se disuelva el Congreso.

—¿El Congreso?

—Sí, i que en seguida se declare nulos todos sus actos.

—¿I nuestras queridas instituciones democráticas?

—Claro es que esas queridas instituciones tendrán que correr la misma suerte que los demás actos del ilegal Congreso, contestó el jesuita abriendo su caja de tabaco.

—Oh! eso es demasiado! dijo Bilbao tomando su sombrero i su baston. ¡Nos falta el valor para ser traidores a la República!

—Es admirable, agregó don Melchor disponiéndose a retirarse, que un partido que se arma para defender nuestra Constitucion, exija la disolucion del Congreso que la ha dictado.

—Sin embargo, dijo Prieto, la condicion espresada por Aldeano, es la única que puede evitar la guerra civil. Yo no puedo aceptar otra porque mis compromisos son mui fuertes.

—I yo carezco del poder necesario para desligar al jeneral de esos compromisos, agregó don Rodrigo.

—¿Es decir, preguntó Bilbao, dirijiéndose a Prieto, es decir, señor jeneral, que os habeis comprometido a echar por tierra nuestras instituciones republicanas? Pero sabed, prosiguió, que tambien nosotros nos hemos comprometido a defenderlas, sacrificando nuestro reposo i nuestra vida, si necesario fuera!

—Pues las armas decidirán la cuestion, ya que os empeñais en que así sea, murmuró Prieto saludando a los circunstantes i saliendo de la pieza.

—Que sea! esclamó Bilbao, i que la sangre que se derrame caiga sobre la cabeza de los culpables!

—Amen! contestó el fraile, doblando la carta que habia sido leida por algunos de los de la concurrencia i guardándola en el bolsillo de su sotana.

—Por nuestra parte aceptamos la responsabilidad que nos toque, dijo Aldeano.

Deshízose en seguida el conciliábulo, i cada cual se dirijió a su casa, tratando de evitar el encuentro con las patrullas que custodiaban las calles de la consternada ciudad.

——:o:——

CAPITULO XVII.

EN VÍSPERAS DE LA BATALLA.

«Por qué, pues, siento retemblar el suelo,
Al eco de la guerra;
I en cambio de la oliva i los laureles,
De los suaves cantares
De ciudadanos fieles,
Escucho de aguerridos batallones,
Los belicosos sones;
I miro solo sables, bayonetas.»

(M. Blanco Cuartin.)

Las cuatro de la mañana serian, del 10 de diciembre de 1829, cuando se deshizo aquel conciliábulo que no sirvió para otra cosa sino para hacer perder a los liberales toda esperanza de honrosa conciliacion En ese mismo dia leíase por las calles de la ciudad, en una hoja suelta firmada por el jeneral Lastra, lo siguiente:

«¡Pueblos de Chile! ¡Hombres imparciales que no estais afecta-
«dos de intereses particulares! ¡Habitantes inocentes de la campaña
«que vais a ser la víctima de la mas injusta guerra! Pronunciad vues-
«tro juicio sobre el cuadro que os presento de mi conducta i la del
«gobierno supremo. Comparadla i examinadla detenidamente. El
«jeneral Prieto no quiere la paz, que le ha sido propuesta infinitas
«veces. Tampoco quiere decidir las cuestiones en una batalla que
«le ha sido presentada. Preguntadle qué quiere, i a qué viene. El
«ha hecho sus proposiciones i le han sido admitidas, buscando
«luego pretestos para eludir una paz acordada casi, i que segun
«los comisionados estaba en sus intereses. El pretende que los tra-
«tratados sean ratificados por mí solo, por el jeneral de un ejército,
«i en el término preciso de dos horas para que no pueda dar cuenta
«al gobierno que reconocemos, i contraviniendo espresamente la
«constitucion en el artículo 83 del capítulo 7.° sobre las atribucio-
«nes del poder ejecutivo. Pretende que un jeneral de una República
«constituida suscriba a la renuncia de su presidente, que solo pue-
«de ser voluntaria, i que sin embargo se le ha prometido a su nom-
«bre; que suscriba a la reunion del senado para hacer la eleccion
«de un nuevo presidente, facultad que solo al gobierno le está re-
«servada en casos extraordinarios segun esa misma constitucion
«que ha tomado por pretesto. No hai ya medios que proponerle para
«el restablecimiento de la paz que él mismo ha perturbado. Ya no
«queda otro recurso que el de la fuerza, i talvez será preciso em-
«plearla contra los sentimientos de mi corazon. El responderá a
«vosotros de los males que orijina a la nacion!—Cuartel jeneral en
«la cañada de Santiago, diciembre 8 de 1829.»

«Francisco de la Lastra.»

La proclama de Lastra decia la verdad. Prieto atrincherado en su cuartel de Ochagavía, parecia no estar dispuesto a trabar el combate a que el jefe constitucional lo desafiaba. Los hechos prueban que no eran ni el horror al derramamiento de sangre, ni el amor a la tranquilidad pública, los motivos de aquella inaccion del ejército reaccionario. Despues de haberse negado obstinadamente a todo medio de conciliacion, se empeñaba Prieto en ahondar mas i mas

el abismo que separaba a los dos partidos, haciendo que sus soldados saqueasen algunas casas de sus enemigos políticos, despues de haber robado los animales de sus potreros. Miéntras los pelucones eran no solamente respetados sino ocupados en los destinos públicos por el gobierno, los pipiolos se veian diariamente espuestos a sufrir los efectos de la rabia reaccionaria que no despreciaba jamas la ocasion de hacer una presa. Los vecinos de los alrededores de Santiago que algo tenian que temer a este respecto, se refujiaron dentro de la ciudad; mas nó por esto encontraron allí la seguridad que buscaban, pues la ciudad misma fué varias veces invadida por los soldados enemigos, sin otro resultado práctico que aumentar la consternacion i el terror de los pacíficos habitantes.

La ciudad estaba poco ménos que indefensa. Custodiaban su interior unas tres compañías de infantería, la mayor parte reclutas al mando de un teniente. Toda la fuerza constitucional se encontraba en el campamento de Lastra, situado en los terrenos que se estendian al poniente de la Alameda. La ciudad no tenia nada que temer por ese viento; pero no sucedia así respecto de los otros costados, pues los revolucionarios, cuyo cuartel de Ochagavía estaba situado unas dos millas hácia el Sudoeste, podian, haciendo un rodeo, atacar la ciudad por el sur i por el oriente.

Las fuerzas de Lastra, compuestas de poco mas de mil infantes i de solo cien hombres de caballería, eran insuficientes para rodear a Santiago de una línea de defensa. Prieto tenia mil doscientos hombres de infantería i seiscientos de caballería, lo que le proporcionaba una verdadera ventaja sobre el ejército constitucional, especialmente para las escaramuzas que tuvieron lugar entre los dos ejércitos, i mui principalmente para alarmar i aflijir a los consternados habitantes de la capital espuesta, hora por hora, a aquellos salvajes *malones* que en nada podian aprovechar al ejército pelucon. La ciudad, pues, vivia temblando como si a sus puertas hubiese las amenazadoras tríbus de Arauco para las cuales el arte, de la guerra consiste en hacer todo el daño posible, por innecesario que sea; i no parece sino que un ejército que pretendia ser *protector de los intereses del pueblo,* creyese cumplir con su mision, haciéndole la guerra al pueblo indefenso. Pero era menester que ese ejército obrase siempre en conformidad con sus antecedentes: una traicion lo habia formado, volviendo contra la patria las armas que ésta habia puesto en sus manos para su defensa. Traiciones, mentiras i calumnias lo habian sostenido i hecho llegar hasta las

puertas de Santiago: así pues, era lójico que siguiese marchando por el camino de las mentiras i traiciones; que se titulase *defensor* del pueblo, cuando venia a hacerle la guerra al pueblo; i que se apellidase *libertador*, cuando venia a hundir a los pueblos en la esclavitud; que se llamase *defensor de la Constitucion*, cuando venia a echar por tierra esa misma Constitucion arrancando de raiz nuestras nacientes instituciones liberales.

La plaza de Armas era el centro adonde concurrian los habitantes, ya buscando noticias de lo que diariamente pasaba, ya creyendo encontrar allí un asilo contra los insultos salvajes de un enemigo que nada sabia respetar.

Los dos principales puntos de reunion eran los conocidos Cafés de la *Nacion* i de *Hevia*. En el primero se reunian comunmente los pipiolos, miéntras que el *Café de Hevia*, célebre por la abundancia de los comestibles, así como la riqueza de su vajilla de plata, servia de punto de cita a los pelucones. Sin embargo, habia en uno i otro Café cuartos que podemos llamar *neutrales*, en atencion a que se veian indistintamente llenos de pelucones i pipiolos en torno de las mesas de malilla i de *monte*, las que, no solo tienen el poder de enemistar a los amigos sino que poseen tambien la virtud de unir, siquiera por un momento, hasta a los enemigos políticos.

Una de estas piezas neutrales, en el *Café de Hevia*, se encontraba, en la noche del 12 de octubre, llena de individuos que jugaban, bebian o charlaban. La voz de don Catalino Gacetilla sobresalia por encima de las demas, así como se veia descollar la talla de don Pablo Motiloni sobre las cabezas de todos.

En los cuartos vecinos, otros grupos se quejaban en voz baja, de la conducta del ejército revolucionario. Como las quejas se remojaban con ponche en leche, los dolientes iban alzando la voz poco a poco, con tanta mayor razon cuanto mayor era la concordancia de opiniones a este respecto.

Las quejas prosiguieron; i aunque algunos pelucones o apeluconados trataron de acallarlas, nadie pudo hacer callar a don Catalino, el cual hablaba como si recientemente le hubieran dado cuerda.

—¿No es cierto, pues, amigo Motiloni (decia) que esto ya pasa de raya? Si Prieto ha venido a pelear i quiere guerra ¿por qué no le presenta el cuerpo a Lastra? Pero nó, señor! ahí está metido en su cueva de Ochagavía como zorro que oye ladrar a los perros i solo sabe venir de vez en cuando a cazar gallinas aquí a la ciudad.

Dígolo porque él parece mirar a nuestra capital como a un gallineo abierto, segun es la poca cortesía con que nos trata!

—Al cabo habia de hablar en razon este Gacetilla, dijo uno.

Motiloni miró de reojo al que habia hablado, i parecia querer contestar, cuando viendo que una gran parte de los circunstantes dió muestras de aprobacion, tomó el partido de callarse. Gacetilla, alentado por la aprobacion jeneral, o talvez animado por los vapores del ponche, continuó:

—Porque, una de dos; o quiere la guerra, o desea la paz. Si quiere la guerra ¿por qué no se la hace luego al gobierno para que los hombres honrados i pacíficos sepamos pronto a qué atenernos? Ha venido por acaso el señor *Jeneral Libertador i Protector de los pueblos* a hacerle la guerra al pueblo de Santiago? Muchas gracias, señor jeneral, por esa proteccion que nos tiene aquí como en capilla i con el credo en la boca. Ah! si yo me metiera en estos asuntos, quiero decir, si yo fuera el jeneral....

El orador se paró de repente al oir un ruido de caballos en la plaza.

—¿Qué haria usted, si fuera el jeneral? le preguntó Motiloni, sonriendo.

—Oiga usted, don Pablo! esclamó Gacetilla asustado ¿quién sabe si son de la caballería de Prieto?

—Así parece, respondió otro, poniendo el oido.

El rüido creció de repente, i luego se dejaron sentir algunos tiros que metieron la alarma en el *Café*. Unos salieron a la calle i otros quisieron atrancar las puertas, mas no pudieron conseguirlo porque en aquel mismo instante entró al patio una partida de mas de diez hombres.

Al oir esto, Gacetilla esclamó:

—¡Invasion tenemos! No hai que tener miedo! Vámonos al último patio. Yo sé el camino, síganme! No hai que turbarse! gritaba: al último patio!

—Pero, hombre! volvió a preguntarle don Pablo, sujetándolo de un brazo, ¿qué haria usted si fuera el jeneral?

—Despues se lo diré, mi don Pablo. Por ahora, importa corrrer pronto! ¿qué es lo que sucede, amigo? preguntó al primero que encontró en el corredor.

—Que Baquedano acaba de invadir la plaza con mas de cien jinetes i se está tiroteando con el teniente Banderas, respondió el otro.

Don Catalino no oyó el resto porque echó a correr hácia el interior de la casa. Pero viendo que el comedor (por el cual tenia que pasar para llegar a los otros patios) estaba lleno de los asaltantes, volvió atras seguido de los que lo acompañaban, en lo cual hicieron mui bien, pues la catadura de los que habian asaltado el comedor no era para inspirar confianza. Miéntras unos recojian los objetos del servicio que habia sobre la mesa, otros forzaban la cerradura de un gran escaparate que habia en el testero de la pieza.

—Manuel Barragan! gritaba Miguel Turra, forcejando con la gruesa puerta de roble i con el cerrojo del escaparate: tráeme tu catana que la mia se ha quebrado en esta chapa de todos los diablos! Déjate de arrollar manteles, hombre de Dios! Esos no son mas que trapos. Aquí están las cucharas i platos de plata, que es lo que importa! Pégale, Chato, por ese lado!

—Ya está!

—Ya se abrió!

—Esto sí que vale la pena de trabajar para agarrarlo! esclamó Turra, mirando con satisfaccion la brillante vajilla.

I miéntras cada cual agarraba lo que mejor le parecia, el bandido decia riendo:

—Eso es, hijos mios! Hagamos la obra de caridad de quitar de aquí esta maldita plata, que segun dice el cura de la Estampa, es la causa de las riñas i de las disputas.

—Busquemos bien, decia Barragan: que no quede nada!

—Sí! sí! agregaba otro: hagamos la obra de caridad por completo!

En tanto que los bandidos se burlaban de las mismas personas a quienes estaban despojando, el hotelero habia salido a pedir auxilio. Algunos parroquianos habian abandonado el Café; otros se habian ocultado en los cuartos, i mas de uno de los criados ayudaban a los salteadores en su caritativa tarea.

——:o:——

CAPITULO XVIII.

DON CATALINO VISITA, SIN QUERERLO, EL CAMPAMENTO ENEMIGO.

> «En América no han faltado «caudillos que, levantando la «voz hayan dicho *¡Queremos el «bien de los pueblos!* Con este «pretesto han reunido prosélitos; i por mas que no se les haya admitido su bien, ellos han «dicho *¡Aquí lo teneis!* i para «darlo les ha sido necesario regar con sangre infructuosa el «suelo de los países que elejian «por campo de sus especulaciones ambiciosas.»

(J. Villarino—*Revoluciones en América. Páj.* 1281.)

Don Catalino i sus medrosos compañeros habian corrido hácia la plaza, i huyendo de un peligro dieron con otro no menor, pues la plaza era el teatro de una verdadera refriega entre la caballería

del coronel Baquedano i la infantería inesperta del teniente Banderas que custodiaba la ciudad.

No viendo Gacetilla abierta otra puerta que la del *Café de la Nacion*, corrió allá con dos o tres de los fujitivos.

—Amigos mios! esclamó al entrar. ¿Hasta cuándo se abusará de la paciencia de esta canonizable ciudad? Ya no es vida la que este Prieto nos hace pasar!

—¿De dónde vienes? le preguntó un amigo.

—Del *Café de Hevia* endonde he dejado una partida de peluconeS araucanos que han ido allí a dar un *malon* por encargo, sin duda, de su digno jefe *el Libertador*, el *Protector de los pueblos de Chile, el defensor de nuestra Constitucion*.....

—Calla la boca, por Dios! le dijo uno de los mas prudentes. ¿No ves que pueden oirte?

—¡Qué me calle la boca! interrumpió el sempiterno hablador, cuando vengo respirando venganza! Si tú hubieras pasado por lo que yo acabo pasar!

—Ah! entónces ¿tuviste que sufrir algo de parte de los asaltantes?

—He sufrido el mayor de los miedos! I luego quieres que calle!:... Ah! esos vándalos me la pagarán!

—Entónces, baja un poco la voz.

—Nó! nó! Digo i diré en alta voz que el jeneral Prieto tiene una manera rara de protejer a los pueblos enviándonos sus soldados al mando de un caball.....

—¿Quién dice que mi coronel es un caballo? interrumpió un soldado entrando. Ah! es usted? prosiguió, echándose sobre don Catalino, quien mas muerto que vivo, decia:

—¡Yo, señor mio! Yo he dicho tal cosa!

—Sí! usted! contestó el soldado, arrastrando hácia afuera a Gacetilla.

—A este Catalino lo ha de perder su lengua, decian los que quedaron en la pieza.

Don Catalino al verse arrastrado sin consideracion alguna, protestaba, diciendo:

—Oiga usted, señor soldado, señor sarjento, señor... ¿cuál es su graduacion? Oiga usted, por el amor de Dios! Usted se ha equivocado porque no me dejó concluir. Yo iba a decir que el señor Baquedano era un caballero.

—Esa no cuela! dijo el soldado.

—Es como se lo digo, repuso Gacetilla. Yo iba a decir que era un caballero; pero cortándome la palabra en la mitad, le ha parecido a usted que yo... Señor don Pablo! gritó divisando a Motiloni, que a cuarenta pasos de distancia conversaba en la plaza con un hombre de a caballo: amigo don Pablo! venga usted a socorrerme!

Pero Motiloni no contestó, e internándose en los grupos que pululaban por la plaza, se perdió de vista.

El combate habia cesado i los asaltantes se habian retirado llevándose consigo algunas armas. El mismo Bandera, hombre de una talla extraordinaria i de fuerzas hercúleas, habiendo querido echarse sobre Baquedano para luchar cuerpo a cuerpo con el jefe enemigo, logró desarmar a dos de los soldados que rodeaban al coronel, arrojando caballo abajo a uno de los oficiales. Pero rendido al fin de fatiga i acosado por el número, tuvo que entregarse prisionero, i, en calidad de tal, fué conducido al campamento enemigo.

Como dejamos dicho, la vanguardia de los vencedores habia partido con direccion a la Cañada, llevándose el botin de la victoria. Luego siguió el grueso del cuerpo, en grupos mas o ménos desordenados, llenando de terror a los vecinos con sus gritos descompasados i los groseros insultos que lanzaban al pasar por enfrente de las casas tenidas por pipiolas.

Solo quedaba en la ciudad la parte mas indisciplinada de la retaguardia, compuesta de soldados de línea desbandados, de guasos acompañantes i de bandidos de la *Partida del Alba.* Uno de dichos soldados era el que habia tomado preso a Gacetilla, i ya iba a soltarlo, no se sabe si por haber quedado satisfecho con las esplicaciones de don Catalino, o porque deseaba reunirse cuanto ántes con sus compañeros, cuando se le acercó el hombre que poco rato ántes habia hablado con Motiloni, i le dijo:

—No suelte a ese caballero, amigo, porque es una buena presa!

—¿I quién es usted? preguntó el soldado, tomando la rienda de su caballo que otro soldado le tenia.

—Soi Manuel Barragan, respondió el interpelado; i yo le aseguro, como que me he de morir, que este caballero Gacetilla es una buena alhaja.

—Me conoce usted, señor mio? preguntó don Catalino.

—Sí, señor, respondió Barragan, i sé ademas que usted es uno de los que mas hablan contra nuestro ejército.

—¿Yo hablar contra el gran ejército restaurador de nuestras libertades?...

—Sí, mi señor, i contra nuestro jeneral.

—Ah! señor de Barraganes, o como es su gracia: Ud. se equivoca, al creer que yo puedo motejar en una tilde al defensor de nuestra Constitucion. Yo siempre he dicho i sostendré que ni el mismo Bolívar merece tan bien el nombre de *gran Libertador* como el benemérito en grado eminente, jeneral de division, don Joaquin Prieto.

—I no solo habla mal de nuestro jeneral, agregó el soldado que aun tenia de la mano a don Catalino, sino que acaba de decir que nuestro coronel Baquedano es un caballo.

—Ah! conque eso ha dicho? preguntó Barragan.

—Entónces no hai que soltarlo, dijeron cuatro o seis compañeros de éste.

—Ah! esclamó Gacetilla, ¡cuánto no es lo que las jentes se equivocan en tiempo de revueltas! Yo no he dicho tal cosa!

—Sí, lo ha dicho! replicó Barragan, i estoi pronto a jurar que lo he oido.

—Yo tambien lo he oido con estas orejas que se ha de comer la tierra, agregó otro que venia llegando.

—I nosotros juramos lo *mesmo*! esclamaron ocho o diez mas.

—Pues entónces, al caballo con él! ordenó Barragan. Allá contestará al señor jeneral.

—Por los clavos de Cristo! interrumpió Gacetilla, viendo que los bandidos se disponian a ponerlo a la grupa de un soldado. ¡No me pierdan! Miren que soi un honrado padre de familia, cargado de hijos, con la pobre mujer enferma, i ademas mi suegra...

Por este estilo prosiguió don Catalino enumerando los motivos para que se le diera libertad, miéntras los bandidos lo montaban en ancas, atándole los piés por debajo de la barriga del caballo para que no tratase de escaparse.

—Ah! murmuraba entre dientes el desolado prisionero, bien me decia el Ñato que mi lengua me habia de perder! Si de esta escapo (que lo dudo) prometo mandarme hacer una buena modarza i llevarla siempre en los bolsillos para cuando me venga la tentacion de hablar a destiempo. Pero, señores, prosiguió en voz alta ¿cómo pueden ustedes figurarse que yo haya dicho que el coronel Baquedano es un caballo, cuando todo el mundo habla del esclarecido talento de este dignísimo jefe?... Ah! no me aprieten tanto, por Dios;

miren que soi un honrado padre de familia, un ciudadano pacífico que vive sin meterse en nada; un hombre, en fin, incapaz de desplegar sus labios...

El resto de la palabrería de don Catalino se perdió en el ruido que los caballos hicieron al partir a todo galope hácia el campamento.

Cuando éstos llegaron al cuartel jeneral de Prieto, ya Baquedano habia hecho desensillar a su tropa i puesto en su cuarto con centinela de vista al teniente Banderas. El coronel era de cortos alcances, i no pudo contener su cólera cuando supo que Gacetilla habia dicho a gritos, en el *Café de la Nacion*, que élera *un caballo*. Al momento mandó poner al pobre prisionero en cepo de campaña, ordenando que se le aplicase a la boca una mordaza para que no hablase. Así pasó el resto de la noche el desdichado parlanchin; por manera que cuando vino el dia, se hallaba casi exánime de fatiga i de ganas de charlar. Quitáronle la mordaza i las ligaduras; i aunque apénas podia tenerse en pié, no por esto dejaba de hablar i jurar que su intencion no habia sido otra que decir *caballero*, i que su aparente culpabilidad nacia de haberle cortado la palabra en la boca. Pero viendo que mas de diez hombres juraban por su parte haberle oido decir *caballo*, pensó defenderse de otro modo.

—¿Conque usted ha tenido la desvergüenza de decir que yo soi un caballo? le preguntó Baquedano con airado ceño.

—Nó, señor, replicó Gacetilla con aplomo; lo que he dicho es que Ud. *es un buen caballo!*

—¿Está usted loco? Quiere que lo mande fusilar?

—¿Mandarme fusilar porque lo alabo a Ud., señor Baquedano?

—Bonita la alabanza!

—Cuando debiera usted estimar el coraje que he necesitado para ensalzarlo a Ud. delante de sus propios enemigos!

—Buen modo de ensalzar tiene Ud.; mas le advierto que yo no entiendo de burlas.

—Ni yo me atreveria a burlarme de un jefe tan digno como el señor coronel que me hace el honor de escucharme. Pero le ruego que no me juzgue Ud. sin oirme. He dicho eso, pero es en sentido figurado. Ud. no ignora lo que es un tropo.

—Tropa, querrá usted decir, interrumpió el coronel. Hable Ud. claro si quiere que le entienda. ¿Pues no he de saber lo que es una tropa?

—Demasiado bien sabe usted eso, señor coronel; pero yo no le hablo de tropas, sino de tropos.

—I no me dirá usted, con mil diablos, ¿qué cosa es un tropo? preguntó Baquedano mirando de hito en hito a Gacetilla.

—Es una figura de retórica, señor, que yo he empleado para....

—No le entiendo palabra, interrumpió el coronel ya amostazado. Venga Ud. a esplicarse ante nuestro jeneral, que desea interrogarlo. Veremos si él entiende sus tropos i figuras.

—Pues no me ha de entender! esclamó Gacetilla, cuando el señor jeneral es de reconocida capacidad! Sí, señor, prosiguió, como que él ha sido capaz de comprender lo que muchos que se tienen por sabios no entienden, a saber: las violaciones de nuestra Constitucion cometidas por los pipiolos, i la necesidad que el país tenia de que se nos libertara de los liberales!

En esto llegaron a la pieza, endonde el jeneral Prieto estaba hablando con don Manuel Jifreno i don Rodrigo Aldeano.

—Oh! señor Aldeano, señor Jifreno! dijo Gacetilla en cuanto los vió: ruego a ustedes que intercedan ante el ilustrísimo jeneral del ejército libertador de los pueblos, en favor de un honrado ciudadano que jamas le ha hecho mal a nadie....

—I sin embargo, le interrumpió Prieto, usted se ha atrevido a espresarse de una manera indecorosa en contra mia i de los jefes que me acompañan.

—Lo han engañado a Usía, respondió don Catalino, i pongo por testigo al cielo de que jamas he dicho una palabra en contra del leal, del noble, del desinteresado jeneral que, poniendo su invicta espada al servicio de la mas justa de las causas, viene a vengar nuestra naciente Constitucion. En ese sentido hablaba en el Café de la Nacion cuando....

—Déjese de esas engañifas i farsas, interrumpió Baquedano. Lo cierto es que Ud. ha dicho que yo soi....

—Un buen caballo? Así lo dije; pero fué en sentido figurado. Si esto merece castigo, tambien deberá castigárseme porque dije a gritos que el ilustre jefe del ejército del sur era la mejor espada de Chile. ¿Quiere por acaso decir esto, que el invicto jeneral que tiene la complacencia de escuchar mi defensa, sea un cuchillo de Chile, un pedazo de fierro, o cosa parecida? Nó, señor; ser una buena espada, un buen florete, es manejar diestro i valientemente estas armas. Así pues, al referirme al señor Baquedano, uno de los mas apuestos jefes (sin agraviar a lo presente) de nuestras milicias

ecuestres, he podido decir con justicia que es un *exelente caballo*, en sentido figurado, se entiende.

Aldeano i Jifreno no pudieron contener la risa, i aun el mismo Prieto los acompañó en su hilaridad. Amostazado Baquedano, se acercó a don Rodrigo i le preguntó en voz baja, pero ruda:

—¿Qué significa esa risa, señor Aldeano?

—Que este hombre tiene razon, respondió don Rodrigo, tratando de cohonestar su proceder. Si nos hemos reido, prosiguió, es por las circunstancias que él ha agregado.

—Por manera que esos tropos que él dice....

—Esos tropos, amigo mio, son figuras de retórica, es decir, maneras de hablar elegantemente, por las cuales no se debe entender las palabras como suenan.

—Ya, ya!

—¿No ha solido usted esclamar al hacer una chambonada en la malilla? ¡soi un bruto! ¡Qué bestia soi!...

—Muchas veces!

—Pues ahí tiene usted un tropo, puesto que nadie debe entender esas espresiones al pié de la letra; así como tambien, cuando de un hombre valiente dicen que es un tigre, un leon; o de un cobarde, que es una gallina, etc.

—Acabáramos! esclamó Baquedano. Ahora sí que entiendo eso de los tropos; i muchas veces los he echado de a pares sin pensarlo yo mismo, como por ejemplo, anoche cuando ví pelear tan bien al teniente Banderas, eché un reniego i dije: me gusta este hombre! Es como perro de bravo!

Miéntras Aldeano daba lecciones de retórica al coronel, Prieto i Jifreno seguian interrogando a Gacetilla; i así por las contestaciones de éste como por el conocimiento que Jifreno tenia de su carácter, se encontró prudente i ademas mui político, el hacer sufrir al parlanchin un castigo correccional. Pero la fatal órden no alcanzó a darse, pues en aquel momento entró un oficial que, saludando militarmente a Prieto, le dijo:

—Señor jeneral: uno de nuestros espías acaba de llegar de la ciudad trayendo esta carta.

Tomó Prieto la carta i leyó el sobre:

«Al señor jeneral Prieto, para entregar al señor Aldeano.»

—Veamos: qué dice la epístola, dijo éste recibiendo el papel de mano de Prieto.

Rompió el sobre i leyó lo siguiente:

Estimado señor i amigo:

A estas horas debe encontrarse en ese campamento don Catalino Gacetilla, preso anoche en esta ciudad por un error de concepto. Don Catalino es amigo mio, i puedo asegurar a Ud. que en él tendremos siempre un ardiente partidario. Yo garantizo su conducta con mi propia persona; i en esta virtud, si de algo valen mis servicios a la justa causa, le ruego que interponga su influjo para con el señor jeneral a fin de que ponga prontamente en libertad a este amigo. Lo saluda afectuosamente.

S. S. Q. B. S. M.

MOTILONI.

En otro pedazo de papel aparte, habia una posdata que decia:

El parlachin nos conviene aquí: necesitamos de hombres que hablen a nuestro favor; trátenlo bien i muéstrele usted la carta para que vea que me debe a mí su libertad, a fin de que se preste a mis indicaciones.

Leida esta posdata, Aldeano le mostró a Prieto todo lo escrito.

—Está bien, dijo el jeneral a media voz: haga usted lo que le parezca de ese hombre.

Aldeano se acercó entónces a Gacetilla i le dijo al oido:

—Sígame Ud.!

—Me van a mandar fusilar sin duda alguna, pensó en su interior don Catalino miéntras salia detras de don Rodrigo. Por lo ménos, son azotes o una carrera de baqueta.... Ah! yo me contentaria con veinticinco, con cincuenta.... Vaya! me contentaria con tres veces veinticinco azotes! Pero carrera de baqueta!....

Llegados al corredor, le dijo Aldeano:

—Amigo mio: se ha escapado usted de una i buena!

—Me he escapado, señor Aldeano! esclamó Gacetilla... ¿Es decir que estoi libre?

—Sí; lo está, merced a esta carta que acabo de recibir. Léala Ud.

—Ah! es de mi amigo Motiloni! dijo don Catalino al ver la firma.

—Mi digno amigo! tiene muchísima razon: siempre he sido partidario de la *santa causa* que ustedes defienden!

—Está bien, le dijo don Rodrigo. Ud puede quedarse aquí o volverse a Santiago.

—Prefiero lo segundo, señor, porque deseo testificar mi reconocimiento a mi amigo don Pablo, i luego publicar a gritos la jenerosidad e hidalguía de nuestro jeneral Prieto.

Un cuarto de hora despues, nuestro incorrejible hablador atravesaba el campamento, custodiado por cuatro soldados, los cuales haciendo un gran rodeo por el lado del oriente, lo llevaron hasta cerca del convento de San Francisco, desde donde se dirijió solo hácia la plaza, montado en el buen caballo que le habian proporcionado.

—Catalino! esclamaron sus amigos al verlo entrar al Café de la Nacion. ¡Te creiamos muerto!

—Ah! mis amigos! respondió Gacetilla ¡yo mismo me palpo i me admiro de encontrarme sano i salvo!

—Pero ¿cómo has podido escapar?

—I no solo he escapado sino que he salido ganando este magnífico caballo con su silla de granadero. Todo ello me cuesta algunas horas de cepo de campaña, fuera del miedo i del galope que me hicieron dar de aquí al campamento ¡Qué galope aquel, amigos mios! Iba ya como ánima que se lleva el diablo! i hubo momentos en que deseaba que se abriera la tierra i nos tragase a todos juntos! I luego la noche que pasé! Ah! me rio de los calabozos de la Inquisicion!

—Pero cuéntanos cómo.....

—Oh! es mui largo de contar, hombre! Por ahora no tengo tiempo sino para cumplir con los compromisos que he contraido.

—¿Qué compromiso es ese?

—El de alabar la hidalguía, grandeza, honradez i talentos del jeneral Prieto. Ja! ja! jááá!! ¡Qué de cosas no le pasan a uno en las guerras!

——:o:——

CAPITULO XIX.

LA BATALLA.

«Despues de inútiles negociacio-
«nes de paz, durante las cuales las
«divisiones de Lastra i Prieto no de-
«jaron de prepararse para el combate,
«ambas fuerzas vinieron a las manos,
«en el campo de Ochagavía donde la
«victoria se inclinó al ejército de los
«liberales.»

(R. Sotomayor V.—*El Ministro Portales.*)

«En efecto, la victoria fué de la justicia.»

(F. Bilbao.—*Sociabilidad chilena III.*)

Los dos ejércitos vinieron por fin a las manos el dia 14 de diciembre por la mañana, i el llano endonde se verificó esta accion (memorable bajo mas de un concepto) es el mismo en donde hoi se halla el *Campo de Marte.* Las fuerzas liberales estaban acampadas al oeste de la línea que hoi recorre la calle del *Dieziocho;* i pocas cuadras hácia el sur se divisaba el campamento enemigo, cuya ventajosísima posicion no queria abandonar.

El jeneral Prieto habia desarrollado su ejército formando un ar-

co abierto, cuya cuerda estaba en direccion de oriente a poniente, poco mas o ménos. La artillería ocupaba el punto medio de este arco, a cargo del sarjento mayor don Justo Arteaga; la infantería, el estremo poniente, i la caballería al mando del coronel Búlnes, formaba sus escuadrones en el estremo oriente. Esta posicion, si bien no mui estratéjica para el ataque, estaba admirablemente elejida para la defensa, porque la infantería con su flanco izquierdo apoyado en las casas de la chacra de Ochagavía que le servian de defensa por el poniente, tenia su flanco derecho protejido por la artillería, la cual era a su vez defendida por los escuadrones de Búlnes, que con toda facilidad podian atacar el flanco izquierdo del enemigo con solo describir un pequeño arco de círculo en el campo parejo i sin estorbos que se estendia hácia el oriente. Por desgracia, el ejército constitucional carecia de esta arma, pues solo contaba con cien carabineros i cincuenta Húzares.

Para que el lector se haga cargo por completo de la topografía del campo, solo nos falta decir que de las mencionadas casas de Ochagavía, partia hácia el norte la tapia de un potrero que completaba la defensa del flanco izquierdo de la infantería pelucona. Esta tenia a su retaguardia una gran viña, i hácia el sudeste una serie de potreros cerrados con tapias de adobon.

Bien comprendia el jeneral Lastra la dificultad del ataque; pero tambien veia la necesidad de atacar para dar término al estado de intranquilidad i zozobra que aflijia dia i noche a toda la poblacion.

La accion comenzó por una pequeña escaramuza iniciada por el jeneral de los liberales, la cual no podia tener otro objeto que llamar la atencion del ejército reaccionario hácia su flanco derecho, a fin de comenzar el verdadero ataque contra la izquierda del enemigo, que, como queda dicho, era el lugar ocupado por la infantería de Prieto. El valiente coronel don Francisco Porras, con solo setenta carabineros reclutas, se echó sobre la veterana i bien equipada caballería de Búlnes, hasta llegar a incorporarse con ella, i al mismo tiempo empezó a cruzar sus fuegos, la artillería de uno i otro bando. El ataque de Porras no podia llamarse una carga: solo era un acto de arrojo en el cual los soldados patriotas se vieron envueltos por los escuadrones enemigos. Peleaban uno contra nueve: así es que el éxito no podia ser dudoso. Porras fué rechazado; i perseguido por cuatrocientos cazadores i granaderos, llegó a la alameda cerca del lugar endonde ahora se eleva la estatua de San Martin. Aquel sitio estaba lleno de hoyos, zanjas i matorrales que impedian

maniobrar rápidamente a una gran caballería; i tanto por esto como porque una buena parte del enemigo se habia vuelto al lugar de la batalla, el jefe patriota hizo volver cara a su diminuta tropa. La lucha se trabó allí de nuevo, cuerpo a cuerpo, maniobrando al mismo tiempo con el sable, el machete i el puñal. La victoria estuvo indecisa un cuarto de hora, pero a ese tiempo se vió aparecer por el poniente una partida como de doscientos hombres que, a todo el correr de sus caballos, venia por el centro de la cañada gritando desaforadamente: *¡Mueran los pipiolos!.. ¡Viva la relijion!*

Era la *partida del Alba* entremezclada de jinetes de poncho i machete. Los liberales, viéndose atacados de frente i por su flanco derecho por fuerzas cuádruples, torcieron riendas sobre su izquierda, i echaron a correr por la Alameda hácia el oriente, perseguidos por la Partida del Alba, que venia de refresca, i por algunos soldados de los escuadrones enemigos, que prefirieron entremezclarse con los bandidos de don Alejo Calvo, ántes que volver al campo de batalla con sus demas compañeros. Los perseguidos, entrando por varias bocacalles, atravesaron el centro de la ciudad i se dirijieron al puente de cal i canto, endonde no tuvieron que hacer resistencia sino a mui pocos de sus perseguidores, pues la mayor parte se habia desbandado por las calles de la consternada ciudad, con el objeto de asaltar las casas de los pipiolos ricos. Porras entónces no pensó sino en volver con los pocos soldados que le quedadan al campo de batalla, endonde encontró la accion fuertemente empeñada.

Al mismo tiempo que los carabineros de Porras eran perseguidos, como acabamos de decir, el coronel Búlnes, describiendo un gran arco de círculo, se echó sobre la izquierda de los liberales, miéntras el ala derecha i el centro contestaban los fuegos de la infantería i de los cañones enemigos. Búlnes fué rechazado dos veces; pero la ventajosa posicion del ejército revolucionario lo hacia, como queda dicho, inatacable por su flanco izquierdo. Viendo Lastra que no podria avanzar sin grandes pérdidas, miéntras la infantería de Prieto ocupase el ángulo formado por las líneas de las casas de Ochagavía i la tapia de la viña, ántes mencionada, mandó que una compañía de cien hombres del Chacabuco, a las órdenes del arrojado teniente Concha, se fuese por entre las casas i el ejército enemigo hasta tomarle su retaguardia. La comision era difícil i por demas peligrosa; pero tambien era digna del valiente jóven a quien se la encargaba. Sin disparar un solo tiro, i recibiendo un nutrido fuego de fusilería, condujo Concha a sus soldados, arras-

trándose por entre los matorrales como una culebra, hasta llegar a una distancia en que podian oir las palabras de los soldados enemigos. Estos no podian creer en tanta audacia; i alzando sus fusiles, muchos de ellos gritaron:

—Son pasados!

—No tiren!

—Vienen pasados!

Concha i sus soldados pasaron, pero no a las filas enemigas, sino mas allá de las filas; i con toda la lijereza que sus piernas le permitian, corrieron hácia la tapia de la viña i la salvaron bajo el fuego graneado del enemigo, que ya habia comprendido el verdadero objeto de aquel atrevidísimo movimiento.

Entónces fué cuando el batallon Pudeto recibió la órden de avanzar rápidamente. El coronel Tupper iba a su cabeza, i llevaba de ayudante a Anselmo, quien poco ántes queria morir peleando, pero ahora deseaba sobrevivir aun a la derrota misma. La infantería pelucona se vió, pues, entre los fuegos del Pudeto i de Concha que la acribillaba por la espalda, lo cual le hizo cambiar de posicion hácia el sudeste, inutilizando su propia artillería.

A ese tiempo, la caballería de Búlnes habia sido rechazada por tercera vez; i Lastra pudo marchar a paso de trote con el Concepcion i el resto de Chacabuco hasta envolver por completo la infantería enemiga, a la cual le era imposible salvar la tapia de la viña, porque de cada parra salia un tiro. La caballería de los patriotas, que no habia podido seguir en su rápida marcha a la infantería, se vió entónces amenazada de muerte por una cuarta carga de los escuadrones de Búlnes; i habria sucumbido irremediablemente, si a ese tiempo no hubiera llegado la mitad del batallon Pudeto a las órdenes del mayor Varela, que atacándola enérjicamente la puso en completo desórden. Porras, que en aquellos momentos entraba en el campo con poco mas de la mitad de sus soldados, se unió a los Húzares, mandados por el sarjento mayor Jofré, i entre ambos dieron a la caballería enemiga (puesta en desórden por Va-Varela) la última carga que la dispersó completamente.

Miéntras tanto, verificábase en medio de la refriega de la infantería, un hecho notable que apresuró la victoria de los liberales. El mejor de los batallones de Prieto era el Carampangue. Hubo un momento en que éste se vió entre dos fuegos, con el Chacabuco a vanguardia i parte del Pudeto a retaguardia. Solo unos pocos pasos de distancia separaban los tres cuerpos i ningun tiro salia

de las filas. Entónces el coronel Godoi, por cuya órden se habia ejecutado el movimiento que tenia envuelto al Carampangue, dirijió la palabra a este cuerpo: «Bajad a tierra la boca de vuestros fusiles (les dijo); ¡ved que teneis enfrente a vuestros compañeros de armas!»

Los soldados del Carampàngue titubean; entónces un sarjento de este cuerpo manda hacer fuego sobre el Chacabuco i apunta él mismo con su fusil; pero cae muerto de un pistoletazo. Los soldados bajaron sus fusiles i ambos batallonos se confundieron en un fraternal abrazo.

Diez minutos despues, ya no se oía en el campo un solo tiro. La infantería de los pelucones estaba rendida, i su caballería dispersa.

——:o:——

CAPITULO XX.

LA TRAICION.

.....«Pero la victoria fué entre chilenos; i la nobleza de alma del vencedor se apoyó en la fe del enemigo. El desprendimiento, la confianza, fueron burlados por el misterio, por la mentira, por el engaño, por la traicion.»

(F. Bilbao.—*Sociabilidad chilena III.*)

«Los vencedores.... en medio de su asombro, no podian creer en semejante infamia.»

(F. Errázuriz.)

Prieto, viendo deshecho su ejército, se habia dirijido hácia las casas que formaban el centro de su cuartel jeneral. Iba acompañado de algunos oficiales, i allí se encontró con don Rodrigo Aldeano que le servia de consejero. El jeneral era valiente; pero se ha menester mas que el valor de un soldado para resistir a la evidencia de una derrota.

—Todo es perdido! esclamó. ¡Hasta la caballería se ha dispersado!

—Aun quedan esperanzas, contestó Aldeano. Salga usted al en-

çuentro del enemigo, solicite una entrevista, i convide a los oficiales a tener un arreglo en las casas de la chacra....

—¿I he de esponerme a ser vejado por....?

—Ya no se oye un solo tiro: Lastra es un alma sin hiel, i Viel es un don Quijote, que, en hablándole de honor, patria, fraternidad etc., se vuelve loco. Si conseguimos que vengan a las casas, son nuestros!

No pudieron proseguir esta conversacion sostenida a media voz i segun lo permitia el trote de los caballos, porque fueron detenidos por una compañía del batallon Concepcion, que con el Pudeto se ocupaba en juntar los prisioneros dispersos.

—Jeneral, dice el oficial: ríndase Ud.!

—Lo haré ante Rondizzoni, contestó Prieto, sin entregar su espada.

Un momento despues llegó el jefe del Concepcion, quien trató a su ilustre prisionero con todos los miramientos debidos a su clase i a su desgracia.

—Deseo hablar con Lastra, dijo Prieto a Rondizzoni; lléveme Ud. a su presencia.

Lastra, que con varios oficiales venia ya a su encuentro, se acercó al jeneral enemigo, i le apretó cordialmente la mano. En aquel momento los oficiales prisioneros recibian de los vencedores las mas inequívocas manifestaciones de fraternal cortesía.

—Todo es concluido: ahora somos hermanos! decia el coronel Viel abrazando con efusion a los oficiales contrarios.

—Jeneral, dijo entónces Prieto dirijiéndose a Lastra: conozco demasiado su hidalguía para esperar de usted un trato indigno. Creo que Ud. usará conmigo de la misma jenerosidad que yo habria usado con usted en iguales circunstancias.

—No debe usted dudarlo, contestó Lastra, desde que le he tendido la mano de amigo. Ahora no hai aquí ni vencedores ni vencidos; todos somos chilenos.

—Por otra parte, prosiguió Prieto, aunque me queda poca infantería, Ud. sabe que mi caballería ha quedado intacta. Pronto estará reunida; tengo confianza en Búlnes. Así es que todavía no se ha decidido la víctoria. Pero no quiero que se derrame mas sangre, i estoi dispuesto a que tengamos un arreglo amigable.

—Acepto, contestó Lastra.

—Lo que deseo, principalmente, es salvar el honor de las tropas de mi mando i obtener las garantías necesarias.

—Tendré un placer en ello, jeneral.

—Pues, entónces, vamos a tratar el asunto a las casas: el calor que aquí hace es sofocante; allí encontrarémos algun refrijerio, del cual han menester nuestros oficiales.

Aceptó Lastra el convite; i despues de encargar a Tupper que quedase custodiando a los prisioneros, se dirijió con Viel, Godoi i otros oficiales, al cuartel de Prieto. Al entrar éste en la casa, un soldado puso en sus manos un papelito escrito con lápiz, que leyó rápidamente. Los oficiales de uno i otro bando entraron a la casa entremezclados como si nada hubiera sucedido entre ellos; pero apénas estuvieron dentro, cuando vieron que las puertas se cerraban i que las piezas eran invadidas por los soldados.

—¿Qué significa esto? preguntó Viel.

—Esto significa, contestó Prieto, que Ud, sus compañeros i su jeneral, son mis prisioneros! Entreguen al momento sus espadas.

—Esto es una infamia atroz! esclamó Lastra, tratando de resistir.

—Usted es un traidor! agregó Viel, dirijiéndose a Prieto; un miserable a quien le hago el honor de desafiarlo!...

—Coronel! le interrumpió Búlnes: cálmese Ud.

—¿Me cree usted bastante vil para mirar a sangre fria tanta infamia?

—Hágame el favor de darme su espada, señor, dijo Búlnes.

—¿Para que no la manche en la sangre de ese miserable? preguntó Viel...Siendo así, tiene Ud. razon; esa garganta merece un cordel.

En seguida arrojó a un lado la espada que Búlnes le pedia.

—Seria locura resistir, observó Lastra con calma; quien ha sido capaz de engañarnos de esto modo está dispuesto a llegar hasta al asesinato.

—¡Buena manera de estipular convenios tienen los pelucones! dijo a media voz el coronel Godoi. Pero aquí debe andar la mano de don Rodrigo. A Prieto no le da el palo para tanto.

—¿Qué decia Ud? preguntó Baquedano a Godoi.

—Decia ¡que don Rodrigo Aldeano es un gran político práctico!

Prieto habia salido de la pieza, dejando encargada la custodia de los prisioneros a los coroneles Búlnes i Baquedano.

—¿Por qué nos deja solos el jeneral? preguntó Godoi...Ah! prosiguió con una carcajada que puso mui de mal humor a Baquedano: el jeneral va a pedir órdenes.

—Ordenes ¿a quién? preguntó Baquedano.

—Al maestro de ceremonias. Pero ya vuelve!

En efecto, Prieto entraba en aquel instante, trayendo un papel en la mano.

—Amigos mios, dijo a sus prisioneros: ya veis que la rueda de la fortuna da vuelta rápidamente. Es preciso que os convenzais de que toda resistencia es inútil para que oigais lo que os voi a proponer. Ya no soi el vencido de hace poco. Se ha tomado medidas oportunas para rehacer nuestro ejército. Mi infantería se está reuniendo aquí; los soldados llegan en dispersion, pero llegan a su cuartel. Mi caballería está rehecha; i sé que, a la hora presente, han entrado a la ciudad algunas compañías como vencedoras. En vuestras manos está el evitar los males que es fácil preveer...

—¿Pero no me ha dicho Ud, jeneral, que queria celebrar un tratado de paz? preguntó Lastra.

—Pero para eso necesitamos de reunirnos aquí en consejo, contestó Prieto. Aquí traigo una órden que Ud debe firmar para que sus oficiales vengan al momento a reunirse con nosotros.

—Esa es una nueva traicion! esclamó Viel. Jeneral, prosiguió, dirijiéndose a Prieto: mandadnos fusilar; pero no nos obligueis a servir de reclamo para hacer caer en un lazo a nuestros compañeros!

En aquel momento fué contenido por Godoi, quien dijo a Lastra:

—Firme Ud la órden, señor jeneral.

—Pero.....

Por toda contestacion, Godoi tomó solapadamente la mano de Lastra i se la apretó, sacudiéndola lijeramente.

Este movimiento fué comprendido. Lastra tomó el papel i firmó; pero nunca habia hecho una rúbrica mas mal formada ni una letra con mas temblorosa mano. Sin embargo, el semblante del jeneral no era el de un hombre a quien le tiembla el pulso.

—¿No será preciso que esta órden vaya autorizada por el secretario? preguntó Godoi tomando el papel.

—Lo que abunda no daña, contestó Franco que entraba en aquel momento a la pieza.

Godoi estampó su firma, i agregó a la rúbrica unos nuevos rasgos que jamas usaba. Al poner la arenilla anduvo tan torpe, que medio borró la entintada rúbrica con la manga de su casaca.

—Cualquiera diria que tengo miedo al ver temblequear mi mano, murmuró, entregando el papel.

—¿I firma usted, coronel? preguntó Viel.

—Es el único medio de que podamos arribar a algo, contestó Godoi.

La órden fué entregada a uno de los oficiales de Cazadores a caballo, de Prieto, el cual la condujo a escape a donde se hallaba Tupper.

——:o:——

CAPITULO XXI.

SOSPECHAS REALIZADAS.

> «De este modo el ejército vencido, destrozado, imponia una capitulacion mediante el abuso que su jefe habia cometido de la confianza i jenerosidad de los vencedores.»

(J. V. Lastarria—*Juicio histórico sobre Portales.*)

Hallábase el coronel Tupper reunido con sus compañeros, no léjos de las casas de Ochagavía, custodiando los prisioneros que los soldados constitucionales iban trayendo allí, poco a poco, cuando tuvo noticias de que la ciudad habia sido invadida por algunas compañías de la dispersa caballería de Prieto. Agregábase que los soldados, secundados por la *Partida del Alba,* cometian las mayores fechorías en las casas de los indefensos habitantes de Santiago. Con este motivo habia comisionado a Anselmo para que, al mando de dos compañías de Granaderos, se trasladase sin pérdida de tiempo a la ciudad, a fin de prestar auxilio a los invadidos.

Media hora despues, llegó el comisionado de Prieto, con la órden firmada por Lastra para que Tupper, Rondizzoni i varios oficiales se trasladasen al momento a las casas de Ochagavía. Tupper leyó la órden i notó que las firmas parecian contrahechas. En seguida llamó a sus compañeros i conferenció con ellos.

—¿No es estraño, les dijo, que Lastra haya enviado esta órden con un oficial contrario?

—Debiera haber venido Godoi o Viel, dijo Rondizzoni.

—Ademas, agregó Varela, hemos notado que las puertas de las casas están cerradas ¿qué significa esto?

—Hai motivos para sospechar una traicion, dijo Tupper.

—Todo se puede esperar de estos infames, agregó Varela.

—Esta no es la firma de Godoi! esclamó Rondizzoni, examinando el papel detenidamente.

—¿Qué os parece que hagamos? preguntó Tupper. Yo creo que no debemos obedecer esta órden sospechosa.

—Yo tambien. Podemos resistir porque somos dueños del campo, dijo Rondizzoni.

—Nosotros somos del mismo parecer, contestaron los demas oficiales.

Entónces Tupper tomó el papel, i dirijiéndose al oficial portador, le dijo enérjicamente:

—Esta órden es falsa o arrancada por la fuerza. De todos modos, estamos convencidos de que esto no es mas que un lazo que se nos tiende. Dígale Ud. a Prieto, que si no pone en libertad a nuestros jefes en el momento, el ejército constitucional sabrá castigar su felonía.

—Señor, dijo el oficial, nuestro jeneral no...

—Voi a preparar el ataque a las casas, le interrumpió Tupper, i prometo arrazarlas en un cuarto de hora i quemar Uds. como a ratas en su guarida!

El oficial saludó i partió a escape.

La contestacion de los oficiales del ejército liberal desilusionó a los traidores, acerca de las esperanzas que la credulidad de los liberales les habia hecho concebir.

—El diablo proteje a los suyos! esclamó Franco.

—Dejemos al diablo a un lado, le interrumpió Aldeano, i vamos a lo que importa. Cuando no es posible obtenerlo todo, debemos contentarnos con algo siquiera.

En seguida, llamando aparte a don M. Jifreno, le dió sus instrucciones para que advirtiese a Prieto sobre lo que debia hacer en tales circunstancias. Jifreno se dirijió entónces al cuarto donde se encontraba Prieto con sus prisionoros; i poniendo en sus manos un papel plegado en forma de carta, sobre el cual habia escrito estas palabras: «Se niegan a venir» dijo al jeneral:

—Acaba de llegar el oficial comisionado, diciendo que el señor Tupper estará pronto aquí con sus compañeros. Pero como no llega

todavía i las circunstancias piden una pronta determinacion, talvez convendria firmar un armisticio.

—Soi por el armisticio, contestó Prieto, viendo que las palabras de Jifreno eran una verdadera órden de Aldeano. ¿Qué dice Ud. jeneral? prosiguió, dirijiéndose a Lastra.

—Yo nada puedo determinar desde que me encuentro en poder de Uds. contestó el viejo soldado con marcado disgusto.

—¿En nuestro poder? replicó Jifreno... ¿I puede Ud., señor jeneral, creer que nosotros hayamos querido valernos de esta circunstancia para obligarlos a nada que no sea honroso entre militares? Los hemos llamado para llevar a cabo un convenio amigable. Uds. están en libertad para aceptar o nó.

Estas palabras hicieron comprender a Prieto toda la verdad de lo sucedido; i en consecuencia, se decidió a tratar con muestras de cordialidad a los mismos que poco rato ántes habia tratado como a cautivos enemigos. El jeneral era un digno discípulo de Aldeano.

—Aquí tienen Uds. sus espadas, dijo, devolviéndoselas. Están Uds. en libertad; pero creo que como amigos de la tranquilidad pública, aceptarán el armisticio propuesto, durante el cuál se firmará un convenio definitivo de paz.

—No crean ustedes, agregó Jifreno, que nuestras intenciones hayan sido otras que las de arribar a un convenio honroso para ambas partes. Al principio se creyó necesario usar de esta estratajema para sacar mas partido; pero hemos pensado que no habia necesidad de esto, tratando con militares de honor.

—Los traidores se han enredado en sus propios lazos, murmuró Godoi al oido de Lastra.

El armisticio fué firmado en seguida. Duraria cuarenta i ocho horas, i dentro de este término debia celebrarse un tratado de paz por medio de plenipotenciarios nombrados por uno i otro bando.

Ya era tiempo porque aun no se habia concluido de firmar el armisticio, cuando llegaron a las casas las noticias de que el ejército liberal se preparaba al ataque. Al momento se puso una bandera blanca sobre los tejados, i los jefes liberales, puestos en libertad, fueron conducidos por los oficiales revolucionarios hasta fuera de las puertas de su cuartel.

Tal fué el desenlace de una batalla en la cual los liberales tuvieron los honores del triunfo, i los pelucones el provecho de la traicion, como se verá mas adelante.

CAPITULO XXII.

¡VIVA LA RELIJION! ¡MUERAN LOS HEREJES!

> «Os acordais de aquellos dias en que «Santiago tenia cerradas las puertas de «sus casas i en que el terror revestia el «rostro de sus habitantes?»
>
> (F. Bilbao.—*Sociabilidad chilena.*)

La credulidad con que los liberales se dejaron engañar por sus contrarios, dió en aquel entónces oríjen a mil sátiras i recriminaciones que no hacen gran honor al partido reaccionario. Comentóse los hechos de diversos modos, i se reía en los círculos pelucones a espensas de los *cándidos pipiolos* que habian sido víctima de su necia credulidad. Hé aquí cómo los que se decian amigos del órden i de la relijion echaban en cara su lealtad a los nobles amigos de la república. Por muchos años despues se ha seguido defendiendo de esta manera el partido dominante, sin echar de ver que nada lo denigra mas que esa defensa, porque nadie puede ser víctima de su propia credulidad sin serlo al mismo tiempo de la perfidia de sus contrarios, o bien, de lo que un historiador moderno llama *política ardidosa i arbitrista.* Dicho historiador rescata estos ejemplos, de gran sabiduría, ante los ojos de la juventud chilena, sin duda para que, aprendiendo por principios los arbitristas ardides i los ardi-

dosos arbítrios, se formen los ciudadanos, patriotas, francos, desinteresados i leales, de que tanto ha menester el país.

Pero dejando al autor de la *Historia de los cuarenta años* la tarea de elevar la perfidia i la traicion al rango de patriotismo (que lo demás es querer ponerle puertas al mar) proseguiremos la ingrata relacion de aquellos desastres.

Miéntras se decidia, en los campos de Ochagavía, la suerte de la democracia chilena, verificábanse en la ciudad las escenas mas escandalosas.

Recordará el lector que la *Partida del Alba*, persiguiendo al coronel Pórrás hasta cerca del puente de cal i canto, se habia desbandado en diversas direcciones con los soldados de Búlnes que la siguieron, adueñándose por completo de la capital.

Nada les fué entónces mas fácil i hacedero que atacar i robar las casas de los pipiolos ricos, (i aun las de muchos pelucones de poca importancia) pues la ciudad carecia de una formal custodia. Los pocos vijilantes que recorrian las solitarias calles, huyeron despavoridos o se enrolaron en aquellos salvajes grupos, que, al grito de ¡*Viva la relijion*! ¡*Mueran los pipiolos*! echaban abajo las puertas i desmantelaban las casas de los indefensos ciudadanos. Elejíase naturalmente aquellas casas cuyos dueños eran tildados de liberales, pipiolos o herejes, que para los pelucones todo esto era igual. Poco a poco fueron llegando del campo de batalla nuevas partidas de la caballería de línea, mandadas por sarjentos i aun por soldados que venian a ayudar en aquella obra de atroz vandalismo. Un cortejo formado por la última hez del populacho, ansioso siempre de disturbios i de trastornos, seguia aquí, allá i mas allá, a los soldados de ese ejército que se titulaba *libertador i protector de las garantías sociales*. Las principales avenidas estaban verdaderamente inundadas, i ese grito de: ¡*Abajo los estranjeros! Mueran los herejes!* repetido por mil i mil bocas, llenaba de pavor a los habitantes, detras de sus puertas atrancadas. Las granizadas de piedras acribillaban los balcones i las ventanas, o bien, zumbando por sobre los techos, iban a caer dentro de los patios. Una lijera indicacion bastaba para que una puerta de calle cayese en astillas o fuese arrancada de sus quicios, al son del murmullo o de la algazara i la rechifla de la desenfrenada multitud. Los muebles eran lanzados a la calle, cortadas en retazos las alfombras, i repartidas las piezas de bajilla así como los pedazos de espejos i porcelanas. Rompian, por el gusto de romper, i se hacia el daño sin mirar el provecho propio. Era aquello el

ataque del que no tiene contra el que posee, el odio del que sufre contra el que goza, la guerra del salvaje contra la civilizacion.

Entre todas las casas de la calle del Puente, con sus puertas cerradas, hacíase notable la habitacion de don Pablo Motiloni, cuyas ventanas estaban abiertas. La puerta del zaguan se veía a medio cerrar, i allí se hallaba el italiano hablando con nuestro amigo don Catalino Gacetilla, quien, muerto de miedo, rogaba a don Pablo que atrancase la puerta de calle.

—He concurrido a su llamamiento, decia Gacetilla, para probarle a Ud, mi señor don Pablo, cuánto es el cariño que le profeso. Yo no sé cómo he atravesado esas calles! Gritos aquí, pedradas allá, cuchilladas i puñetazos mas allá!...Vaya! Yo no soi cobarde, pero a cualquiera se la doi!...Le aseguro a Ud que casi he tenido miedo...

I don Catalino daba diente con diente, revelando el pavor que pretendia disimular.

—Como sé que usted no es hombre que tiene miedo, le dijo don Pablo, he enviado a buscarlo para pedirle un favor.

—Hable usted; estoi dispuesto a todo, con tal que no sea salir a la calle...digo, miéntras ruja la tormenta.

—Pero es el caso que lo necesito a Ud. en la calle, i al momento.

—Imposible! amigo mio...Oiga Ud esas vociferaciones...Caramba! mire Ud cómo caen las piedras en el patio!...¿No seria bueno cerrar la puerta? En boca cerrada no entran moscas.

—Ya le digo que tenemos que salir pronto de aquí...Necesito que usted me ayude a cumplir con una comision que se me ha encargado.

—¿I no podríamos dejar ese negocio para otro dia?

—Ha de ser hoi, hombre de Dios!

—Pero un dia mas o ménos...

—Si no se hace hoi, todo es perdido; i como confio en su lealtad...

—En cuanto a eso, no debe Ud. dudar.

—I en su valor...

—En cuanto a eso otro...Pero salir ahora...seria una temeridad, mi señor don Pablo! Yo no soi cobarde, pero...

—Pues bien, si no me ayuda, puede Ud irse a su casa.

—Pues estamos bien! Es decir ¿que si no salgo a cumplir con su comision, he de salir para irme a mi casa?...El caso es que yo no quisiera salir de ninguna manera... Pero despues de todo ¿qué comision es esa? quiero saberla.

—Se trata de arrebatar a Lucinda...

—¿De casa del cónsul?

—I llevarla a la de su padre, aprovechando el movimiento de hoi...

—¿I quién se ha de atrever...?

—Soi amigo de don Meliton, i le he prometido sacar de allí a Lucinda, prosiguió el italiano.

—¿Ir Ud, mi señor don Pablo?

—Nó. Yo no sirvo para estos negocios.

—Pero ¿quién será capaz de tanto arrojo?

—Me he acordado de Ud, amigo Gacetilla...

—No comprendo...No le entiendo a Ud.

—Para que arrebate a la muchacha.

—¿Está Ud. fuera de su juicio? ¡Robarla de casa del cónsul, i en este dia!...No es nada, señor don Pablo!

—No habrá peligro alguno; yo le daré jente que le sirva de custodia...Es jente de *pelo en pecho*.

—Oh! Ud. se chancea, don Pablo.

—No me chanceo. El caso es que usted cumplirá con la comision, mal que le pese, replicó Motiloni, con una seguridad que dejó confundido a don Catalino. Pronto llegará la jente: Ud irá con ellos; i como Lucinda sabe que usted es amigo de Anselmo, hará ménos resistencia i se dejará llevar creyendo que irá a dar a los brazos de su amante: Usted le hablará en este sentido.

—Oh! Jamas! esclamó Gacetilla temblando ¿Es conciencia hacer eso con una niña principal?

—Pero, hombre de lana! ¿Le pido yo acaso que vaya a esponer su vida? Nó: irá usted bien acompañado...Solo le pido que hable a Lucinda en sentido conveniente, porque en estos casos las resistencias suelen ser peligrosas...Pero en cuanto a su persona, no habrá peligro alguno...La casa del cónsul está sola, i la jente que va a dar el asalto es de la *cáscara amarga*...

—Pero, don Pablo, por Dios! usted me pide que cometa una iniquidad! ¿No sabe usted que Anselmo es mi amigo?

—I sin embargo, usted ha vendido su secreto.

—Por mi seguridad personal; pero ir yo en persona a arrebatar a su querida de la respetable casa endonde se encuentra? ¡Traicionar tan atrozmente a la amistad! ¡No señor!

—Mas es para llevar la niña a casa de su padre.

—Atacar al cónsul! a la Francia!....

—Si es un pobre *gabacho* que...

—Representante del pueblo francés, sobre cuyos tejados ondea el tricolor de...tres colores!

—Eso no es mas que tres tiras de trapo atados a un palo, hombre!

—¿Qué yo vaya a atacarlo? ¡Yo habia de esponerme a que mañana u otro dia viniera el rei de los franceses i me hiciera cargos!... Vaya don Pablo, que si no lo viera tan formal, creeria que Ud se chanceaba.

—Pronto verá usted que no me chanceo, contestó Motiloni, atisbando por las aberturas del postigo. ¡Allí viene, esclamó, la jente que lo ha de acompañar!

—¿Entónces usted insiste todavía? Pero ¿qué ruido de caballos..? Dios santo!

——:o:——

CAPITULO XXIII.

GACETILLA ASCIENDE A COMANDANTE SIN PRETENDERLO.

> «¿No visteis en esos dias de silencio pavoroso a una multitud de hombres que marchaban a escape por las calles? que llevaban la cabeza atada, la bota del campo, i el poncho del guaso? que blandian el hacha en una mano, i en la otra el puñal i las riendas? que llevaban el vandalaje en los ojos i la espuma de la rabia en la boca? que arrastraban alfombras, muebles despedazados i vestidos de habitantes? que pasaban en grupos gritando i formando un estrépito de demonios?.....»

(F. Bilbao.—*Sociabilidad chilena.*)

En aquel momento, una partida como de doce hombres llegó a escape a la puerta de don Pablo; i el capitan, que no era otro que Miguel Turra, habiéndose apeado, entró al zaguan de la casa, dijo a Motiloni:

—Ya estamos, señor.

—¿Cuántos son?

—Aquí venimos unos doce; pero del otro lado del puente me esperan mas de treinta.

—Bueno es eso!

—I como mi compadre Juan Diablo está advertido, debe venir con su partida del cerro Blanco.

—Está bien; lo que abunda no daña.

—Ademas hemos prevenido a muchos amigos de la Recoleta para que cada cual traiga su jente i nos ayude a despachar al hereje.

—Pero debe usted acordarse de que su principal objeto es traer a la niña.

—Sí, sí... Yo dejaré mis hombres encargados a Manuel Barragan... Agarro la chiquilla, la pongo por delante, i *patitas para que te quiero.* No necesito mas que de cuatro o seis hombres que me espaldeen... A los que encuentre por delante no les tengo miedo. Ayer afilé mi catana, i acabo de hacer la prueba. Está de atentar pechoña.

—Vea usted si habria peligro yendo con tales hombres, dijo don Pablo a Gacetilla, quien, parado en un rincon del zaguan, casi no creia lo que estaba oyendo.

—¿Conque todavía persiste usted, don Pablo, en que yo vaya? preguntó el sempiterno parlanchin.

—Su presencia es de absoluta necesidad para que convenza a la niña i la decida a no hacer una resistencia que la perjudicaria a ella misma.

—¿Tambien es de la partida este caballero? preguntó Miguel sonriendo.

—Sí, contestó Motiloni.

—Jamas! Prefiero que me ahorquen, esclamó Gacetilla.

—¿Hai algun buen caballo desocupado? preguntó el italiano.

—Nuestros caballos son a cual mejor, contestó Turra saliendo a la calle i llamando a uno de sus soldados, a quien le ordenó desmontarse.

Hízolo así el soldado, i Turra dijo:

—Ya está el caballo prontito. No hai mas que montar i apretar las piernas, porque es lo que hai que ver de bueno. Sí, señor; de lo que poco se enfrena.

—Pues, a caballo! dijo Motiloni, tomando del brazo a Gacetilla.

—Jamas, jamas! esclamó éste resistiéndose.

Entónces Motiloni habló algunas palabras al oido de Turra, i éste hizo apearse a cuatro soldados, los cuales tomando a don Catalino en el aire, lo subieron mas muerto que vivo sobre un fogoso caballo. Quiso Gacetilla arrojarse al suelo; pero dos soldados lo sostuvieron de las piernas i le obligaron a tomar la rienda en sus temblorosas manos. En seguida, acercándose Turra al soldado *por fuerza*, le dijo:

—Si no se porta como hombre de lei, lo traspaso de una cuchillada!

Estas palabras dichas a media voz i con un tono brutal, hicieron tiritar a don Catalino, quién ya no pensó en arrojarse a tierra, sino en tratar de sostenerse sobre el caballo, que ansioso por correr, tascaba el freno i saltaba lleno de fuego.

—Pero ya que he de ir a esta expedicion, dijo Gacetilla con voz lastimera, querria otro caballo ménos vivo.

—Es el mejor de todos, señor comandante! le gritó uno de los soldados con socarronería.

Esta palabra *comandante* escitó la hilaridad de todos, que esclamaron:

—¡Viva nuestro nuevo comandante!

—Pero ¿dónde se ha visto un jefe vestido de paisano? preguntó uno de los soldados.

—Cierto! dijeron otros: que se saque la blusa! fuera ese sombrero de paja! Aquí hai una casaca i un quepis!

Esto diciendo, uno de los circunstantes sacó de un atado los antedichos objetos, robados poco ántes; i *vellis nollis*, se los pusieron a don Catalino. En seguida, rodeando a éste de modo que no pudiera escaparse, partieron al galope con direccion al puente de cal i canto, endonde los demas compañeros los esperaban.

Iba el pobre don Catalino como encajonado en una gruesa montura de pellones, i metidos los piés en sendos estribos de madera, que no le dejaban mover las piernas como él lo habria deseado.

El vestido en desórden i el quepis echado atras, hacian de él una figura tan grotezca, que movia a risa a los soldados. Su caballo iba a saltos mas bien que al galope, i parecia dispuesto a aprovechar la menor oportunidad para escaparse, pues el jinete, atendiendo ántes a sostenerse con ambas manos que a dirijirlo, habia soltado la rienda.

Pasado el puente i llegados a la ribera norte del rio, se les incorporó el grueso de la partida, i el formidable peloton se dirijió en-

tónces a la calle de la Recoleta, endonde estaba la habitacion de Mr. La Forest. Ya el cónsul tenia noticias del asalto, i habia tomado algunas providencias con su familia, haciéndola ocupar las piezas del fondo de la casa. Estaba en aquellos momentos arreglando i poniendo en seguridad algunos papeles, cuando oyendo la gritería i el tropel de los asaltantes que se acercaban, mandó cerrar la puerta de la calle, sobre cuyo mojinete ondeaba el tricolor francés. Apénas estuvo Turra a media cuadra de la casa, cuando gritó a los suyos con voz estentórea:

—A la carga, muchachos!

I el peloton, formando un solo cuerpo, se lanzó como un rayo arrastrando tras de sí una inmensa cola de populacho que lo seguia sin saber de que se trataba, pero ansiosos de rapiña i descalabros.

En cuanto a don Catalino, no tuvo mas tiemo que para agarrarse con ambas manos de la cabeza de la enjalma. Su caballo iba como una fúria por los azotes que recibia de los de atras i por los furiosos gritos con que los bárbaros se animaban mutuamente. No sabia lo que le pasaba i corria como llevado por una lejion de demonios. El fogoso animal, espantado i no sintiendo el gobierno de la rienda, habia mordido el freno; i adelantándose a los demas, habia llegado el primero a la puerta que en aquel momento atrancaban los criados del cónsul.

El encontron dado a la puerta mencionada fué tan recio, que ésta se entreabrió, rompiéndose algunas trancas; i a pesar de ir don Catalino como clavado en su montura, saltó de ella i pasó hácia adelante como una bala, yendo a caer en cuatro piés al medio del zaguan. Los criados asustados redoblaron sus esfuerzos para afirmar de nuevo las trancas.

En aquel instante se acercaba el cónsul con un rifle en la mano, apuntando a Gacetilla, le dijo:

—¿Qué significa esto, señor?

—Ah! *Musiú*, esclamó don Catalino, alzándose medio aturdido: no me mate; yo soi amigo... A la puerta! Carguen las trancas, muchachos! dijo maquinalmente Gacetilla.

Diciendo esto, se fué él mismo a ayudar a los criados a sostener la puerta, cuyas hojas crujian a los recios empellones de afuera.

—Entréguesenos a nuestro comandante! gritaban los soldados de Turra.

—¿Es usted el comandante de la partida? preguntó Mr. La Forest

a Gacetilla ¿qué objeto tiene este desórden?

—Soi comandante a la fuerza, contestó don Catalino, i hemos venido... nó... quiero decir que ellos vienen a robar a Lucinda. Me han obligado a esto, i mi caballo me ha traido hasta aquí, sin querer-lo yo.

—¿Cómo?

—Como se lo digo, *Musiu!* Si estoi aquí, es solo porque no pude conseguir que mi caballo corriera para otra parte por mas que le torcia la rienda... Aunque tambien es verdad que yo no podia agarrar bien la rienda porque traia las manos tan ocupadas en sujetarme... Pero no hai que perder tiempo! prosiguió: la puerta cede..... Vamos a librar a esa pobre niña! Vamos pronto!

—Vamos, contestó el cónsul, espantado al ver que ya principiaba a caer la puerta hecha astillas.

Ambos se dirijieron al patio interior a fin de huir con las señoras por una puerta falsa. Pero ésta habia caido; i miéntras la desenfrenada turba invadia las piezas de la casa, Turra, guiado por la sagacidad del mal, se internaba en los patios con ocho o diez de sus compañeros.

—En estos casos, decia el bandido, debe buscarse a las mujeres en el fondo de las casas.... Siempre está lo mejor en el concho del baul.

En cuanto a don Catalino, tan pronto como vió invadida la casa, aprovechándose de un momento en que el cónsul se habia adelantado, entró en un cuartito cuya puertecilla entreabierta parecia convidarlo. Era la leñera, i allí se quedó oculto cubriéndose lo mejor que pudo con una pila de carbon que habia en un ángulo del cuarto.

Turra entró llamando a gritos al pícaro *gabacho* hereje, descomulgado. Sus compañeros rejistraban las piezas que iban encontrando, i pasaban adelante. Miéntras tanto, los demas bandidos se ocupaban de robar i destrozar los objetos de las piezas principales, las cuales en un momento estuvieron desmanteladas. Rompian lo que no podian llevarse; sacaban a la calle los muebles para entregarlos a la turba que en seguida los hacia trizas. Nada se respetó. Los libros, la correspondencia oficial i demas papeles del consulado, fueron hechos pedazos i lanzados por las ventanas a la calle endonde los recibia la multitud que no cabia en el interior de la casa.

Miéntras tanto un hombre observaba desde un lugar seguro cuanto pasaba. Era don Pablo Motiloni, quien montando a caballo,

habia seguido la partida de Turra, de la cual se separó enfrente de la iglesia de la Recoleta Francisca. Allí entregó su caballo al sacristan i subió al pequeño campanario de la iglesia desde donde miraba, con diabólica satisfaccion, las escandalosas escenas.

—Yo veré, decia Motiloni; yo veré, gabacho pícaro, si otra vez te metes a servir de apoyo a las malas ideas que van perdiendo a estas Américas!

I luego se puso a cantar.

«Mala la hubiste franceses
«En esa de Ronsesvalles!»

Tanto fué lo que Turra i sus amigos revolvieron i trajinaron, que al fin dieron con la pieza que servia de escondite a la familia del cónsul. Este no habia podido llegar hasta su familia por haber sido detenido por tres o cuatro de los asaltantes, de los cuales logró deshacerse apelando a su rifle. Viéndose interceptado por Turra que se hallaba entre él i el cuarto donde estaban las señoras, rompió los balaustres de una ventana que caia a una huerta, i saliendo por allí, rodeó la casa con el fin de defender la pieza, haciendo fuego por el postigo de una puerta. Pero al acercarse notó que el ruido habia cesado; i escalando otra ventana que caia a la misma huerta, entró a la habitacion. Allí encontró a su mujer acompañada de dos o tres criados.

—¿I Lucinda? preguntó.

—La han arrebatado esos bárbaros! contestó llorando la señora.

Viendo M. de la Forest, que no habia tiempo que perder, hizo salir del cuarto a toda su familia con el fin de ocultarse entre los matorrales i zarzas de la huerta, endonde permanecieron hasta que se restableció la calma.

——:0:——

CAPITULO XXIV.

EL MATRIMONIO INESPERADO.

«Oh! estrecharte entre mis brazos,
Con tu aliento respirar
Un instante! de tus ecos,
Que interrumpe la ansiedad.
Sentir vagar por mi oido
El concierto celestial;
Como un viento de ventura,
Venir mi frente a enjugar
La seda de tus cabellos.»

(Salvador Sanfuentes.—*Tendo, parte* 1.ª *XXXI.)*

Hé aquí lo que le habia sucedido a Lucinda.

Habiendo oido llantos dentro de uno de los cuartos, Turra dijo a sus compañeros:

—Aquí lloran! Aquí está lo que buscamos!

I despues de echar abajo la puerta, a puntapiés, entraron a la pieza con una alegría feroz.

—Son cuatro! esclamó Barragan.

—No es mas que una la que venimos a buscar! le interrumpió Miguel. No hai que entretenerse con las otras, pues no debemos perder tiempo, hijos mios!

Las pobres mujeres estaban desoladas creyendo que aquel era el último dia de su vida.

—¿Quién de ustedes se llama Lucinda Rójas? preguntó Turra con brusca voz. Si me contestan pronto, prometo no hacer ningun daño a las otras!

Ninguna de ellas contestó una palabra.

—¿Es Ud.? prosiguió Miguel, dirijiéndose a la señora del cónsul.

—Ah! no hagais ningun mal a mi amiga! esclamó Lucinda.

—Entónces ¿por qué no contestan?

—La que buscais soi yo, respondió la niña, mirando de frente a Turra.

—Lucinda! ¿qué haces? preguntó la señora en tono de amistoso reproche.

—Evitar que insulten a una amiga, contestó Lucinda. ¿Venis a asesinarme? prosiguió, dirijiéndose al bandido. Aquí estoi; concluid pronto!

Miguel titubeó ante el digno aspecto de aquella niña cuya palidez realzaba su extraordinaria belleza.

—No es eso, nó, contestó el bandido; solo vengo a buscarla para llevarla a casa de don Marcelino.

—¿De mi padre?

—Sí, señorita, i si no se decide a seguirme, me veré en la necesidad de emplear la fuerza.

—Me dejaré matar ántes que seguir a usted, respondió Lucinda con firmeza.

Apénas hubo dicho esto, cuando Miguel dió dos pasos hácia la jóven; i levantándola en el aire a pesar de la resistencia que ella oponia, se lanzó fuera de la pieza.

—Síganme todos! gritó el bandido.

I viendo en un estremo del corredor una puerta escusada que daba a una callejuela, se dirijió a ella i gritó a sus amigos:

—Por aquí! Por aquí vamos mas derecho! Yo conozco el camino....I tú, Barragan (prosiguió) corre a la calle i dile a Juaco i a Ñico que den vuelta los caballos por la esquina.... Aquí los esperamos....Pronto, pues, hombre del diablo!.... Ya te quedaste encantado mirando a esas mujeres!

Barragan salió a cumplir la órden de su jefe. Miéntras tanto, éste se dirijia a la puerta llevando en brazos a la niña, que se encomendaba a Dios, sin tener fuerza ni aun para pedir auxilio. Al llegar a la puerta falsa, el bandido la depositó en tierra, pero tenién-

dola siempre tomada de una mano. Lucinda, con el desórden de su traje que tan bien se aunaba con la melancólica espresion de su semblante, parecia aun mas bella. Era imposible mirarla sin conmoverse; i Turra tuvo ocasion de contemplarla algunos momentos. El alma del asesino tembló de emocion; su hercúlea mano apretó con fuerza el brazo delicado de la niña, i casi se olvidó de que tenia que huir pronto. So pretesto de asegurar mas a Lucinda, rodeó su talle con el brazo derecho, i atrayéndola hácia sí, quedóse estático mirándola. La mirada del bandido se habia dulcificado, el movimiento de su brazo alrededor de la cintura de Lucinda, habia sido suave i casi tímido. A Lucinda le aconteció lo que a toda mujer (cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre) conoció la impresion que habia hecho en aquel hombre, i le dijo con una voz tan dulce que hizo saltar el corazon del tigre:

—Es imposible, amigo, que usted quiera hacer mal a una mujer que jamas lo ha ofendido!

—¿Yo hacerle mal a usted, señorita? contestó Miguel. De ningun modo. No es otro mi objeto sino llevarla a casa de su señor padre, porque así me lo han mandado.

—¿I quién se lo ha mandado a usted?

—No puedo decirlo; pero si usted quiere permanecer aquí o que la lleve a otra parte, no tiene mas que decírmelo a condicion de...

—¿A condicion de qué? le preguntó la niña entre el temor i la esperanza.

Miguel se calló i la miró de un modo particular.

—No me haga usted ningun daño; déjeme aquí endonde estoi, i le daré cuanto usted me pida... Soi rica, mui rica, le dijo Lucinda. Prometo darle a usted un fundo con el dinero necesario para cultivarlo, si me deja en libertad.

—No le pido a usted plata, señorita, le interrumpió Turra... Prometo hacer lo que usted me diga con tal de que usted se comprometa a...

—¿A qué?

—A casarse conmigo, contestó Miguel, estrechándola nuevamente con su brazo.

—Dios mio! esclamó Lucinda, cubriéndose la cara con la mano que tenia libre i tratando de deshacerse de aquel brazo que rodeaba su cintura como un círculo de fierro.

—Tonto de mí! dijo Turra, lanzando una carcajada de despecho. He sido un tonto al creer que una señorita quisiera casarse con un

pobre como yo... Los pobres causan repugnancia a los ricos... Ya vienen los caballos, prosiguió, dirijiéndose a sus hombres que esperaban en el patio. Vamos pronto, muchachos!

En efecto, sintióse en aquel momento un gran tropel en la avenida de la Recoleta; pero cuando Turra creyó ver a sus hombres, observó que entraba por la callejuela una compañía de Granaderos a caballo. Eran los soldados que Tupper enviaba a las órdenes de Anselmo. Sabedor éste del meditado ataque contra el cónsul, habia venido a todo escape; pero llegó cuando la casa estaba ya desmantelada.

Miéntras que una de las compañías pugnaba por obligar a los asaltantes a evacuar la casa, se dirijió con la otra por la callejuela a fin de entrar por la puerta falsa. Turra estaba parado en la vereda junto a la dicha puerta; así fué que Anselmo, en cuanto entró en la callejuela, conoció a su querida, i batiendo los hijares de su caballo, cayó como un rayo sobre Turra i sus compañeros, que a pesar de su corto número, se atrevieron a resistir. Cinco minutos despues, Turra i siete de sus compañeros estaban atados a los pilares del corredor.

Lucinda creia soñar viéndose sostenida por Anselmo, quien le juraba que nada tenia que temer. Miéntras tanto los bandidos, atacados por los Granaderos, retrocedieron hasta el último patio de la casa; i viendo a sus compañeros presos, los desataron sin que pudieran impedirlo los soldados de Anselmo, ocupados en resjistrar todas las piezas para ver si encontraban la familia del cónsul. Turra entónces tomó el mando de los suyos, i dividiéndolos en dos partidas hizo resistencia a un mismo tiempo hácia las dos calles. La casa se convirtió en un verdadero campo de batalla, por manera que Anselmo no pensó sino en sacar de allí a Lucinda. Montando inmediatamente a caballo, puso la niña por delante i partió a escape por la callejuela. La retirada era protejida por Pepe Tronera, que se batia como un leon.

—Atajen al pipiolo, al hereje que se escapa, gritaba Turra a sus compañeros de la gran avenida miéntras él los acosaba por la retaguardia. Al desembocar la callejuela, vió Anselmo un mar de jente que era preciso atrevesar; i volviéndose a los suyos les gritö:

—Al convento, al convento!

Diez Granaderos marcharon adelante, i veinte mas tomaron al jóven en el centro miéntras Tronera sostenia el combate por la retaguardia.

Anselmo no se acordaba sino de llegar cuanto ántes a la portería del convento, i escudando a Lucinda, a quien sostenia entre sus brazos, enterraba sus espuelas en los hijares de su fatigado caballo. Una lluvia de piedras i de balas zumbaba por sobre su cabeza. Habíale tocado una bala en una pierna, i una pedrada en la frente, de cuya herida salia un chorro de sangre que caía sobre los vestidos de Lucinda. Esta, reanimada con esa escitacion nerviosa producida por la presencia de un gran peligro, olvidando el que ella corria, se empeñaba en restañar con su pañuelo la sangre de su amante.

—Alma mia! esclamaba el jóven sin sentir el dolor de su herida. Casi no me atrevo a creer en tanta dicha! Verte aquí entre mis brazos, habiendo tenido la suerte de librarte de tantos peligros, servirte de escudo i defensa, respirar el aroma de tu perfumado aliento, i sentir que tu mano toca i refresca con su dulce contacto mi acalorada frente; ¡oh, Lucinda! dime que todo esto es cierto! Dime que no estoi soñando al escuchar la melodía de tu encantadora voz!

Oyendo estas palabras, Lucinda lanzó un grito: rodeó con sus brazos el cuello de su amante; i reclinando la cabeza sobre su hombro, pronunció cerca de su oido estas palabras:

—Anselmo! Anselmo mio! ¡Quién pudiera amarte aun mas de lo que te amo!

El jóven se estremeció de dicha, olvidando completamente el peligro que por todos lados los amenazaba. El caballo corria en la misma direccion, como por instinto, i las balas i las piedras se cruzaban por sobre aquel veloz grupo. Al llegar a la portería del convento, ésta se abrió como por encanto; i entrando al claustro Anselmo con una parte de sus soldados, volvió la puerta a cerrarse. El padre que salió a recibir a los refujiados, era frai Prudencio Alvarez, que, como recordará el lector, estaba confinado a la Recoleta por el padre provincial de la Casa Grande.

—Desde una ventana de las celdas del oriente he visto lo que pasaba i he venido a abriros la puerta, dijo frai Prudencio al jóven... Pero ¿qué es esto? prosiguió ¡Lucinda aquí!

—Vengo a pedirle a su paternidad refujio para ella, le dijo Anselmo.

—Perdóneme, padre mio, el que me haya atrevido a entrar al claustro, dijo Lucinda.

—Al contrario, hijos mios, contestó el padre: os agradezco el que

me proporcioneis la ocasion de serviros.

—Pues entónces, dijo Anselmo, dejo a Lucinda en manos de su paternidad.

—¿I tú, preguntó la niña, qué piensas hacer?

—Voi a cumplir con mi deber.

—Oh! por Dios! ¡Mire su paternidad como viene herido, i así quiere volver a la lucha!...

—Es necesario, dijo Anselmo.

—¿I si no nos volvemos a ver? Ah! quiero ser tu esposa ántes de separarnos... Si vuelves herido de gravedad, quiero tener el derecho de cuidarte i... i si mueres, quiero conservar tu nombre hasta el fin de mis dias!... Padre mio, prosiguió Lucinda dirijiéndose a frai Prudencio. ¡Bendecidnos!

Anselmo lanzó a Lucinda una mirada llena de amor, i dijo al padre:

—Oh! si pudierais hacerlo!

El padre hizo una seña afirmativa; i abriendo una puertecita que comunicaba con la nave de la iglesia, condujo allí a los jóvenes.

Todo el mundo miraba aquella escena con un profundo silencio, el cual contrastaba con los gritos i el estruendo del combate esterior.

—Aquí, en presencia de Dios os pregunto, dijo el padre con voz sonora dirijiéndose a los jóvenes que, apoyados el uno en el otro, formaban un grupo lleno de gracia i de dulzura: os pregunto a vos, Anselmo ¿quereis a Lucinda por esposa? A vos Lucinda ¿aceptais a Anselmo por esposo?

—Sí! contestó la niña inclinando su cabeza, debilitada por la emocion, sobre el hombro del jóven.

—Sí! respondió éste, rodeando con su brazo la cintura de Lucinda, que parecia desfallecer.

El padre prosiguió con voz grave:

—¡Que el cielo bendiga vuestra union como yo lo hago en el nombre del Padre, del Hijo i del Espíritu Santo!

——:o:——

CAPITULO XXV.

DE COMO DON CATALINO ESTUVO EN PELIGRO DE PASAR POR HEREJE.

> «Es verdad que se encontraban doblemente expuestas a esperimentar estos exesos las personas i propiedades de los estranjeros, a quienes el partido pelucon profesaba un odio ciego, dirijido mui especialmente contra ingleses i franceses.»
>
> (F. Errázuriz.)

—Este matrimonio es nulo! gritó una voz que salia de la nave de la iglesia.

Los circunstantes volvieron la cara i vieron a don Pablo Motiloni, quien dirijiéndose a frai Prudencio, dijo:

—Padre Alvarez! ¿Cómo se ha atrevido usted a casar estos jóvenes sin cumplir con las formalidades?

—Tengo permiso para ello cuando median imperiosas circunstancias, contestó el padre....I por otra parte, añadió, frunciendo el ceño ¿con qué derecho viene usted, señor, a pedirme cuenta de mis acciones?

—Tengo mas derecho del que usted piensa: vengo a hacerle ver

un impedimento para este matrimonio.... Esta señorita ha estado con las informaciones hechas para casarse con un amigo mio, i yo exijo....

—Es tarde, contestó el padre: están casados.

—Casados! esclamó Motiloni con mal reprimida rabia. Yo daré cuenta al padre provincial de lo que usted ha hecho, i si es necesario me presentaré al señor Obispo.

—El padre provincial podrá hacer lo que quiera de mí, porque soi su humilde súbdito, contestó frai Prudencio; pero carece de poder para deshacer una union ratificada por Dios i bendecida en su santo nombre.

—Una union realizada sin las formalidades debidas!

—Ya he dicho que yo puedo dispensarlas.

—Pero....

—Dios ratifica i bendice la union de dos jóvenes que se aman lícitamente, le interrumpió el padre; i ¡ai del que se oponga a su voluntad! Lo que no puede bendecir un Dios justo, prosiguió, son esas uniones hijas de la ambicion i de la codicia, i en las cuales lo único que hai de formal son las fórmulas i las exterioridades.

Notará el lector que sabiendo el padre Alvarez la amistad que ligaba a Motiloni con el reverendo Hipocreitía, todo cuanto acababa de decir al primero, eran golpes asestados a la conducta del segundo....I volviéndose a los soldados que estaban pendientes de sus palabras, les dijo:

—Id, amigos mios, a cumplir con vuestro penoso deber, i dad gracias al cielo por haberos hecho los guardianes de la lei. Dios ha puesto la espada en vuestras manos para que defendais la misma causa por la que Jesucristo murió en una cruz: la causa de la libertad! Pero acordaos de que vais a luchar con vuestros hermanos; sabed que el uso de la fuerza solo es justo hasta allí donde es necesario, i que Dios os pedirá cuenta de la última gota de sangre que derrameis sin necesidad!

Dicho esto se dirijió con Lucinda a la celda del padre guardian, quien, sabedor de lo que pasaba, venia a ofrecer sus buenos oficios a la niña.

Anselmo salió con sus soldados a la plazuela endonde encontró a Tronera acosado todavía por la partida de Turra. Pepe habia sido rechazado por los *del Alba* hasta apoyarse en el costado oriente de la iglesia.

Viendo Anselmo el peligro en que su amigo se encontraba, des

cribió con su jente un cuarto de círculo, i atacó a Turra por la espalda.

Las fuerzas de éste, ya fatigadas al verse entre dos fuegos, se replegaron hácia el norte i permitieron que Anselmo se pusiera al lado de Tronera. Por último, una carga entre ambos, hizo volver grupas a los bandidos quienes se dispersaron a las dos cuadras de persecucion.

Mientras tanto, tenian lugar otras escenas en la casa del consulado francés. Don Catalino habia tenido la suerte de que nadie hubiese entrado a la carbonera endonde todavía permanecia oculto. Cuando cesó el ruido interior i creyó él que la casa estaba desocupada, pensó en salir de su escondite, i empezó por asomarse poco a poco, a ver lo que pasaba. Daba algunos pasos fuera de su encierro i al menor ruido que sentia en la calle, volvia a meterse entre el carbon, diciendo:

—Una de las cosas mas necesarias en la guerra es la prudencia!

En efecto, no podria encontrarse un jefe mas prudente que Gacetilla. Lo único que no cuidaba era su vestido, pues se metia una i otra vez en la pila de carbon, sin gastar miramiento alguno con la galoneada casaca. Considere el lector cómo se pondria el señor comandante con su contínuas escaramuzas en la carbonera. Parecia un espantajo. Cuando se cercioró de que podia salir sin peligro, se dirijió al zaguan, pero tomando sus medidas para no caer en una emboscada. La puerta de calle estaba en el suelo, i el patio lleno de escombros i de muebles hechos pedazos.

—Hé aquí nuestra obra! esclamó. ¡I que yo haya sido por un momento el comandante de estos demonios! Maldito Motiloni! Tú has de ser siempre mi mal jenio; pero ya me la pagarás!

En esto se oyó en la calle un ruido que lo hizo meterse apresuradamente dentro de una de las piezas que comunicaban con el zaguan. El tropel, que crecia por momentos, era formado por partidas de guasos de a caballo que habian llegado apuradísimos *para ver descuartizar* al *gringo hereje* i *escomulgado*. Pero encontrándose con que ya estaba todo concluido, se lamentaban de su retardo i revolvian sus caballos con notable despecho.

—¿I el gringo? preguntaban.

—¿Mataron al hereje?

—Es preciso acabar con la casta!

—Imposible, compadre! El señor cura dice que los herejes brotan por virtud del diablo.

—Se ha escapado ese maldito: no lo hemos podido encontrar, dijeron algunos que se habian hallado en la refriega.

Gacetilla oía estas palabras metido debajo de unos pedazos de alfombra que habian quedado dentro de la pieza. En seguida oyó que entraban dentro del zaguan i revolvian los trastos despedazados.

—Nada! nada de provecho! esclamaban algunos que buscaban entre los escombros algo que llevarse como por vía de memoria de aquella jornada.

En seguida invadieron las piezas, i Gacetilla empezó a temblar como un perlático.

—Aquí hai algo que se mueve, esclamó uno levantando los pedazos de alfombra.

Don Catalino se alzó con el vestido desordenado i tiznado como estaba de piés a cabeza. El miedo que tenia pintado en su semblante, daba a aquel hombre una espresion singular.

—Jesus María! esclamaron retrocediendo los que vieron por primera vez aquel fantasma carbonizado.

La esclamacion fué oida por los de afuera, i en el momento se llenó la pieza de curiosos.

—El diablo! dijo uno.

—El diablo! el diablo! repitieron en coro los demas haciéndole la cruz.

—Pero, hombre! si no revienta ni por esas!

—Este diablo es a prueba de cruces, dijo riendo un chulo.

La risa de éste reanimó a los demas, quienes pudieron ya prestar oido a las palabras de Gacetilla.

—Nó, amigos mios; yo no soi el diablo, les decia.

—Entónces es por lo ménos el hereje, interrumpió un guaso, lanzándose sobre él.

—Eso es! que se dé a preso el escomulgado!

—¿Yo hereje? yo descomulgado? gritaba Gacetilla arrinconándose en una esquina del cuarto i armándose de unas astillas como un gato que se dispone a arañar a su perseguidor cuando no puede huir. Para que vean que no soi hereje, prosiguió, voi a rezarles un Padrenuestro, i una Salve, i un Credo i un....

—Que rece! Veremos si revienta o no, gritó una mujer.

—Creo en Dios Padre, Todopoderoso....Dios te salve Reina i Madre!...decia Gacetilla tartamudeando.

—Qué hacen, hombres de Dios! entró diciendo uno de los solda-

dos de Turra, que en vez de acompañar a sus compañeros, había preferido quedarse. ¿No ven que es nuestro comandante?

—Ah! se me habia olvidado que era el jefe! esclamó don Catalino. Ustedes me tomaban por el hereje cuando yo soi uno de sus perseguidores!

—Sí!

—El comandante de la partida!

—¿De veras?

—Hemos tenido una refriega espantosa....Ya ven ustedes cómo he quedado!

—Es cierto. Está como si lo hubieran arrastrado por la calle.

—Esos pícaros, no contentos con barrer el suelo conmigo, han querido asesinarme.... Pero así les ha ido a los malditos! No les hemos dejado estaca en la pared.... La victoria ha sido completa....

—Sí, demasiado completa, dijo tristemente un guaso; no nos han dejado nada qué hacer a nosotros!

—¡Se lo han llevado todo!

—I yo, agregó don Catalino, he quedado por muerto entre estos escombros.

—¡Viva el comandante! gritaron algunos.

—Viva! viva!

—¡Qué lástima que se haya escapado el estranjero!

En aquel momento acertó don Catalino a mirar por entre las rejas de la ventana, i vió en la acera de enfrente a un hombre que montaba a caballo miéntras otro le sostenia el estribo.

—¿No es Motiloni? murmuró entre dientes.

En efecto, aquel hombre era don Pablo, que, despues de sus palabras con frai Prudencio, habia resuelto ir a hablar al momento con el guardian de San Francisco; pero no habia creido prudente salir del convento, sino cuando vió que la batalla cesaba i los tumultos se deshacian. El sacristan le habia tenido oculto su caballo i le ayudaba a montar.

——:o:——

CAPITULO XXVI.

MOTILONI SE HIERE CON SUS PROPIAS ARMAS.

«¿Qué se hizo? Adónde está?
Era acaso una alma en pena?
Se la llevó Satanas?
O se la tragó la tierra?»

(Antiguos versos populares.)

A don Catalino se le ocurrió en aquel momento una idea diabólica.

—Qué casualidad! esclamó: Mirad, amigos, cómo Dios lo pone en vuestras manos!

—¿A quién?

—Al hereje, al gringo de esta casa, contestó Gacetilla mostrando con el dedo a Motiloni que se acomodaba ya en su montura para marcharse.

—¿Dónde está?

—Allí, allí...¿No veis aquel hombre alto, rubio, con anteojos, que acaba de montar a caballo?

—Sí! tiene cara de estranjero.

—¿Pues no ha de tenerla?...¡si es el gringo en persona!

—Pues vámonos sobre él! dijeron algunos montando en sus caballos.

—Lo pillaremos vivito!...

—O muerto, no importa: la cuestion está en que no se escape.

—Pero si tiene pacto con el diablo es imposible pillarlo.

—Aun cuando fuera el mismo Lucifer, no se escaparia de mi lazo, interrumpió uno, haciendo su armada i dirijiendo su caballo hácia Motiloni.

—Comandante! gritó otro dirijiéndose a Gacetilla. Usted debe marchar a la cabeza de nosotros!

—Lo haria; pero como he quedado tan fatigado con esta refriega, no puedo!

—Nó, nó! es preciso que usted nos acompañe, señor comandante!

—Pero, amigos mios, no tengo caballo! esclamó don Catalino con suplicante voz.

—Eso nunca falta: aquí hai caballo!

Nuestro comandante tuvo que resignarse a montar en un caballo que le presentaban, miéntras el peloton de guasos se dirijia al galope hácia el punto endonde estaba Motiloni. Este, comprendiendo al momento de lo que se trataba, en vista de las amenazas que oía contra él, quiso refujiarse en el convento; pero ya el sacristan habia cerrado i atrancado las puertas, i no contestaba a los recios golpes de don Pablo.

—Ese lugar es sagrado i no te corresponde, pícaro escomulgado! le gritó el guaso de la armada.

I luego agregó dirijiéndose a los que venian atras:

—*Manguéenmelo* por esa orilla i verán si se me escapa! Prometo enlazarlo con caballo i todo.

Don Pablo sacó entónces del bolsillo una gran navaja i aplicó fuertemente las espuelas a su caballo que partió a escape por el centro de la calle. En seguida el hombre del lazo dió a los rollos dos o tres vueltas sobre su cabeza, i lanzó aquella especie de madeja sobre el fujitivo. Los rollos volaron por el aire; la cuerda se estiró como una espiral que se convierte en línea recta, i la armada fué a caer con exacta precision sobre el fujitivo, envolviéndose como una serpiente en torno de él i de su caballo espantado.

—Ya está cazado! esclamaron algunas voces.

—¡Qué costalada va a dar el hereje!

Pero nada de esto sucedió, i todos vieron con la mayor estrañeza,

que Motiloni pasaba adelante, enteramente desembarazado del lazo.

—Milagro! milagro! gritó uno.

—Nó, compadre, le interrumpió otro: ese no es milagro sino arte diabólica. ¡Santito es el escomulgado para que haga milagros!

—¿No les decia yo, que si tenia pacto con el diablo no lo habríamos de pillar?

—Me ha cortado el lazo este condenado! esclamó el guaso de la armada.

En efecto, tal era la esplicacion del milagro! Motiloni habia abierto su navaja, i en cuanto se vió envuelto con la cuerda, la cortó i pasó adelante. Los guasos lo seguian de cerca; pero el caballo del italiano, que era mui bueno, lo libraba cada vez que lo querian atajar. Metido por la primera callejuela que encontró al paso, se dirijió al puente de cal i canto i de allí a su casa. Sus perseguidores iban tan cerca, que algunos alcanzaban a darle de latigazos por las espaldas. Pero el jeneroso caballo parecia redoblar a cada rato sus esfuerzos con los latigazos que su dueño recibia i con los desaforados gritos de:

—Al hereje! al escomulgado!

Don Catalino, montado en su arrogante Bucéfalo, iba tambien entre los perseguidores. Parecia un Fierabras, todo teñido i desmelenado, siendo de notar que esta vez no llevaba miedo. Gritaba como el que mas, i aun hubo momentos en que se creyó capaz de cualquiera arriesgada empresa en lo sucesivo. Al ver que Motiloni entraba por la calle que conducia a su casa, dijo a los suyos:

—El hereje va a entrar en aquella casa de puerta verde con mojinete caido! Córtenle la retirada! Cárguese la jente al lado derecho! Atájenlo!

—Ya llega el condenado a su madriguera! Atajen! Atajen!

Pero a pesar de las órdenes del señor comandante, don Pablo logró entrar por el zaguan de su casa dando una recia topada a la puerta, que se abrió de par en par. Sus perseguidores entraron detras; pero él, saltando de su caballo al suelo, se fué derecho a un cuarto, metió la llave en la cerradura i entró a tiempo de que ya uno de los guasos le habia echado el guante. Pero éste se quedó teniendo en la mano un pedazo del vestido de Motiloni, el cual cerró i atrancó la puerta por dentro.

—El pájaro se voló! dijo el guaso. Solo me han quedado las plumas en la mano!

—Pero es preciso pillarlo, repuso otro.

—Fuego a la casa! dijeron algunas voces. Démosle un humazo al condenado para que desde luego sepa cómo ha de ser tratado en el infierno.

—Nó! nó! interrumpió Gacetilla. ¿No veis que se pueden quemar las casas de los cristianos vecinos?

—Tiene razon nuestro comandante, agregaron otros. ¡Seria lástima que por este maldito se fuera a quemar un cristiano de Dios!

—Bueno! no lo quememos por ahora. El diablo lo hará cuando le llegue su turno; pero es preciso atraparlo.

—Echémosle la puerta abajo, i santas pascuas.

—Eso es! Hacha con la puerta!

—Vengan piedras!

La puerta del cuarto era fuerte; pero en ménos de cinco minutos vino al suelo, bajo los golpes de las grandes piedras que sobre ella lanzaron. Los asaltantes estaban furiosos, i en cuanto cayó la puerta se lanzaron dentro del cuarto; pero retrocedieron espantados al ver de pié, en medio de la pieza, a un sacerdote con un crucifijo en las manos.

—¡El padre Hipocreitía! esclamaron algunos.

—El padre! milagro patente!

—¿Qué quereis? desalmados, sin relijion ni temor de Dios! preguntó el fraile con voz de trueno. ¿Venis a matarme?

—Nó, reverendo padre! contestaron. ¿Cómo habíamos de atrevernos a eso? Somos jentes relijiosas!

—Pues si venis a asesinarme, aquí estoi, interrumpió el padre; pero preparaos a que el rayo del cielo caiga sobre vuestras cabezas!... Aquí teneis a Jesucristo en la cruz, que os está mirando!...

—Perdon! perdon! contestaron algunos, inclinando humildemente la cabeza.

—Pero el hecho es, observó otro, que por esa puerta ha entrado el hereje....

—¿Qué hereje?

—El estranjero a quien veníamos persiguiendo.

—En resumidas cuentas, la cosa no es con su paternidad sino con el otro.

—Aquí no ha entrado nadie, contestó el padre. Buscad i veréis.... El diablo os ha engañado, hijos mios.

Dos o tres individuos entraron en el cuarto i salieron haciéndose cruces.

—No hai nadie! dijeron a los demas.

—Se habrá salido por otra puerta, replicaron.

—El cuarto no tiene otra puerta que esta, i hemos rejistrado hasta por debajo del catre, respondieron los otros.

—El diablo os ha equivocado, dijo el padre, i os ha traido aquí para que insulteis a un ministro del Señor. Yo conozco sus arterías. Retiraos, prosiguió con voz sonora. ¡Os lo mando en nombre de nuestro Señor Jesucristo que veis aquí. ¡El que no me obedezca queda escomulgado!

Al oir este anatema, la mayor parte de los circunstantes evacuaron el patio.

Don Catalino lo observaba lleno de asombro, i murmuraba:

—Es un hecho! Motiloni i el padre son una misma cosa. ¡I qué yo no lo hubiera descubierto ántes! No se lo puedo perdonar.

I a medida que recordaba varias circunstancias anteriores, convencíase mas i mas de su idea.

—¿Quién es aquel hombre? preguntó el padre mostrando con el dedo a don Catalino.

—Es nuestro comandante, contestaron.

Don Catalino, al verse designado, se ocultó detras de los suyos por temor de ser conocido por el fraile.

—Ved cómo se esconde! dijo éste. Ya sé quién eres.... Tienes miedo de encontrarte enfrente de un crucifijo! Mirad, prosiguió, dirijiéndose a la turba. ¡Ahí teneis al diablo: sacadlo de aquí!

—No habíamos caido en ello! Este sí que es el diablo, dijo uno.

—O por lo ménos un hereje. ¡Qué cara!

—Parece recien salido del infierno!

—Agarrémoslo, ya que se nos ha escapado el otro.

—Nó, nó! replicaron algunos, no permitiremos que se toque a nuestro comandante!

Trabóse entre la turba una disputa que auguraba malos resultados, i a favor de la cual logró don Catalino llegar hasta el cuarto del padre endonde entró.

—Señor don Pablo, dijo al fraile: estoi enterado de todo, i si usted no me defiende de estos diablos, canto aquí la cosa clarito! Ya usted me entiende!

—Don Catalino, usted está loco, contestó el fraile.

—Ya verá usted si estoi loco, replicó éste, lanzándose sobre una peluca i unos anteojos que estaban en el suelo. ¡Aquí veo los anteojos de Motiloni! Estos son sus mismos cabellos!

El padre palideció i dijo a don Catalino:

—Oculte esos objetos i lo salvaré a usted.

En seguida dijo a la turba que habia vuelto a invadir el patio:

—Retiraos, amigos mios. Dejadme aquí al hereje que ya está arrepentido. Voi a catequizarlo i a convertirlo a nuestra santa relijion.

Los circunstantes se retiraron, dispersándose por las calles de la ciudad.

—Vaya, don Pablo! esclamó don Catalino, que se ha escapado usted de una i buena!

—¿I usted? observó Motiloni.

—Lo que son estas jentes! esclamó Gacetilla. En este dia he aprendido mas que en cuarenta años de mi vida. He pasado de ciudadano pacífico a hombre de guerra, de jefe de una banda de asesinos a fujitivo oculto, de aquí a perseguidor de herejes, i de perseguidor a perseguido para llegar a ser catequizado por usted! ¡Lo que son las cosas!

El padre no contestó una palabra.

—I despues de todas estas peripecias, prosiguió don Catalino, quien se mostraba mas locuaz miéntras ménos miedo tenia: ¿no es cosa milagrosa que no me haya tocado ni un rasguño? He sido en jeneral afortunado. Sin embargo, no volveré a meterme en otra. Es malo jugar con pólvora. Nunca habia comprendido como hoi, la facilidad con que estas jentes se convierte en instrumento con solo pronunciar la palabra «*relijion*»... Si uno quiere deshacerse de un enemigo, no hai mas que decirles: ¡al hereje! i mostrarle al hombre con el dedo para que se lancen sobre él como perros rabiosos... Pero tambien he visto que se suele cambiar la tortilla, envolviéndose el mismo atizador en los lazos que ha armado. ¿No es verdad, padre mio?

—Estoi mui fatigado, contestó el padre, i quisiera que usted me dejara solo, amigo mio.

—Me retiro, contestó Gacetilla viendo que podia llegar sin peligro a su casa, pues la calle estaba despejada. Déjeme su paternidad lavarme i quitarme este polvo de carbon que me convierte en un verdadero demonio. Respecto de su secreto (prosiguió, miéntras se lavaba la cara) no debe usted tener cuidado alguno, mi señor don Pablo!... Adios: yo estoi resuelto a dejar la carrera que hoi habia comenzado.

—Adios, dijo tétricamente el fraile. No olvide que usted está tan interesado como yo en silenciar este negocio.

—No tenga cuidado su paternidad. Ya sé que no me conviene el que se sepa que yo he sido el jefe de la jornada contra el cónsul francés.

Don Catalino pudo retirarse a su casa sin que le sucediera ningun percance, pues ya se habia restablecido el órden en las calles de la ciudad, especialmente en las centrales. Tupper, enviado por Lastra, habia ya limpiado de malhechores las calles, obligando al populacho a retirarse hácia la Cañada i a la ribera norte del Mapocho.

——:o:——

CAPITULO XXVII.

¿QUÉ ES DE DON MARCELINO?

«I cuando yo no pensaba
Volver a darme porrazos,
Como otra vez me los daba,
Alzo los ojos i... esclava
Mi alma se queda en tus brazos.
¡Pues es bonita cancion!
De mozo dejé el pellejo,
I ahora despues de viejo...
¡Maldito mi corazon!

(José A. Torres.)

En cuanto doña Estrella supo el desenlace del matrimonio de Lucinda, no esperó consultar a don Cándido para ir al convento de la Recoleta Francisca i traer a su amiga a su casa. Don Cándido tuvo que conformarse por de pronto con vivir bajo un mismo techo con un hereje como Anselmo, que habia tenido el atrevimiento de contrariar los proyectos del santo padre Hipocreitía ajando tan escandalosamente la autoridad paternal.

Aunque doña Estrella deseaba que Lucinda se reconciliase con

don Marcelino, i por mas que la niña ardia en deseos de ir a arrojarse a los piés de su airado padre, no habian podido conseguir ver a éste en las repetidas visitas que las señoras habian hecho a la casa con tan plausible objeto. No deseaba ménos don Cándido el arreglo de este negocio, pues así se deshacia de aquella braza de fuego, como llamaba a Anselmo. Este por su parte, conociendo la mala voluntad del señor de la Rueda, habia vuelto a tomar su alojamiento en casa de Andres, i aun habia querido llevar allí a su esposa, lo cual de ningun modo lo permitió doña Estrella.

Miéntras tanto, se trabajaba por ver a don Marcelino, cuya casa ocupada por criaturas del reverendo Hipocreitía, permanecia cerrada. El señor de Rójas habia caido a la cama desde la muerte de su mujer, i nadie podia verlo, segun prohibicion espresa del médico. Esceptuábase sus dos íntimos amigos, el padre Hipocreitía i don Meliton, de quienes no era posible obtener permiso para entrar en el cuarto del enfermo. No dejaba de comentarse este hecho de un modo poco favorable al astuto jesuita; pero éste se reía de los dimes i diretes del público, agregando que, «en cumpliendo él con la obligacion de prestar hasta el fin sus amistosos servicios, no importaba que el mundo hablase o callase.»

Pero ¿qué cosa puede permanecer oculta por mucho tiempo en este mundo? Una criada que salió disgustada de la casa, contó a sus amigas, i éstas a otras, que don Marcelino daba muestras de estar loco. No queria que nadie, ni los criados, entrasen a su cuarto, i no recibia ninguna clase de servicios, sino de parte de sus jesuitas amigos. El padre pasaba las noches a la cabecera de la cama, i desde afuera se solia oir sus consoladoras exhortaciones. Don Meliton preparaba los remedios; i aunque viejo i achacoso, solia trasnochar, cuando lo pedia la necesidad. Mas de una vez se habia oido llantos i gritos en el cuarto del enfermo; i los criados que todo lo atisban i escudriñan, vieron que en cierta noche don Marcelino andaba desnudo fuera de su cuarto, llamando a voces a Lucinda.

Pero sus enfermeros habian conseguido volverlo a la cama, diciendo:

—Qué lastima! Está loco!

Pronto corrió por la ciudad la noticia de tan tremenda desgracia, noticia que se iba abultando i echando ramas como un pólipo, con los repetidos comentarios que cada dia le agregaban una nueva circunstancia.

—Dicen que es manía.

—Nó: es locura verdadera.

—Habrá perdonado a Lucinda?

—Sí!

—Nó!

—Estaba decidido a desheredarla.

—¡Es imposible que haga esa barbaridad! ¿No ven ustedes que está dirijido por ese santo relijioso?

—¿I por qué ese misterio?

—El médico dice que no se puede hablar todavía con él.

—¿I si muere sin haber perdonado a su hija?

—Peor para ella!

—Peor para él!

—Dicen que no ha hecho testamento.

—Sin embargo, se corre que ha estado varias veces en la casa del escribano Uñeta.

—Yo conozco a don Tragalon Uñeta i nada me ha dicho.

—El testamento está todavía secreto.

—¿Si se habrá confesado?

A juzgar por lo que decia el reverendo, mui poca verdad habia en todo aquello que se corria entre las jentes. Verdad que don Marcelino estaba atacado de cierta monomanía, razon por la cual debia permanecer separado de todo trato, pero habia mucha esperanza de que sanase. En cuanto a su reconciliacion con Lucinda, era preciso esperar la mejoría. Una impresion fuerte en aquellas circunstancias podia ser mui peligrosa; si! mui peligrosa.

Sin embargo, doña Estrella i Anselmo habian resuelto hacer el último esfuerzo para hablar con don Marcelino, i se resolvieron a ir un dia, sin dar parte a Lucinda a quien llevarian despues, segun fuese el estado en que encontrasen al enfermo.

La pobre niña habia escrito dos veces a su padre pidiéndole el permiso de ir a solicitar su perdon; pero la carta habia sido devuelta por órden del médico.

En una pieza que ántes servia de sala de recibo a doña Trinidad, i endonde entónces tenia su cama don Meliton, hablaba éste con su reverendo amigo sobre un asunto que le importaba sin duda mantener oculto, pues la conversacion era a media voz.

—Pero hábleme francamente su paternidad, decia don Meliton: ¿no cree Vd. que el matrimonio podrá anularse? Los cánones dicen...

—Digan lo que quieran los cánones, contestó el fraile, el hecho

es que están casados. El padre Alvarez tenia facultad para casarlos.

—Maldito fraile! Dios me perdone! Ave María Purísima! interrumpió don Meliton santiguándose dos veces. La verdad es, padre mio, que..... vaya! seré franco.....

—¿Qué?

—Soi hombre ¿qué quiere su paternidad? hombre débil..... Yo queria a la muchacha... i a pesar de lo que habia pasado, concebia esperanza.....

—¿A su edad?

—Sí, padre de mi alma, a mi edad. Lo confieso para vergüenza mia.

—Déjese de niñerías, señor.

—Es verdad que no soi un niño, i a veces creo que el diablo ha puesto este tropezon ante mí para que caiga, quiero decir, para que mi corazon caiga en la red.

—¿Qué dice Ud? por las llagas de San Francisco! esclamó el padre.

—Que a pesar de mis años, soi un hombre de carne i hueso..... ¿Quién lo habia de pensar? Aunque a decir verdad, no son tantos mis años para que nos admiremos de... Aguarde su paternidad: yo tenia treinta i nueve años ocho meses cuando el pronunciamento de.....

—Ya sé que en España se clasifican las épocas por pronunciamientos; pero le repito a Ud., que perdiendo hemos ganado.

—Ganado! Ah! lo que son las niñas!... ¡Lo que es el *sí* de las niñas, lo dan solo con la boca... ¡Sí, señor, nada mas que con la boca!

—Sí, amigo mio, a la vejez; pero a la juventud no se lo dan con la boca. Désengáñese usted: pierda toda esperanza a este respecto, observó el reverendo.

—No puedo resignarme!... Lo que es el *sí* de las muchachas del dia!... En mi tiempo era otra cosa, pues.....

—Todos los tiempos son iguales, interrumpió el jesuita, aunque nuestro amor propio nos haga decir que el nuestro fué mejor. Le repito que no piense en esto; primero, porque es cuestion perdida...

—Ah!

—Segundo, porque si Ud. no obtiene la heredera, logra la dote o parte de ella. Esto es lo principal.

—¿I tercero?

—¿Quiere Ud. mas razones? Sin embargo, podria decirle que aun-

que Lucinda pudiera i quisiera casarse con usted, encontraríamos oposicion de parte de su imbécil padre.

—Es verdad que he notado cierta antipatía desde aquella horrible noche de la boda. Sin embargo, lo he amanzado a fuerza de mansedumbre siguiendo las instrucciones de su paternidad.

—Es lo que importa. Con la mansedumbre i la paciencia se gana no solo los bienes del cielo, sino tambien los de la tierra.

—No puede su paternidad quejarse de mí.

—De ningun modo: Ud. se porta como un verdadero hombre fuerte. Por fortuna, el viejo ha caido en ese ensimismamiento...

—Yo a lo que le temo es a esa manía que ha tomado de llamar a su hija. Esta mañana la llamaba a gritos.... ¡Le aseguro que me dió compasion, padre mio!

—No olvide Ud. que es un loco. Ha odiado a Lucinda, i quién sabe si no es el odio lo que le hace hablar!

—No lo crea su paternidad. Me parece que era impulsado por el amor paternal.

—A veces; pero ¿no se ha fijado en que hai dias que amanece furioso contra la muchacha?

—Es cierto.

—Entónces, dijo el padre, nosotros no debemos dejar que se junten porque seríamos responsables de lo que pudiera suceder despues.

—Tiene razon su paternidad, contestó el viejo con supino candor.

—Afortunadamente hemos concluido ya la cuestion del testamento... Pero ¿quién viene?

En aquel instante se abrió la puerta de calle, i entraban al patio don Cándido con su esposa.

—Son *ellos!* dijo el padre, saliendo a recibirlos al corredor.

—Amigos mios! les dijo, poniéndose el dedo en la boca; por favor: chitt! chitt! el médico ha encargado mucho silencio!.....

—¿Cómo está su paternidad? preguntó don Cándido, sin cuidarse de bajar la voz a pesar de las advertencias del enfermero... ¿I usted, amigo don Meliton?

—Aquí vamos pasando como Dios quiere.

—¿I no seria posible hablar con mi compadre? preguntó don Cándido.

—¿Está usted loco? interrumpió el fraile.

—Su debilidad es suma, agregó don Meliton.

—Sin embargo, dijo la señora, yo creo.....

—Imposible, señora mia: la prohibicion del médico es espresa, hoi principalmente. Estamos en los dias de crísis. Ya usted ve ¡la crísis!

—Eso es, dijo don Meliton; i miéntras la crísis no pase.....

—Claro es que el enfermo permanece en la crísis, dijo don Cándido arreglándose la valonilla de su camisa.

—Pues nosotros veníamos a ver si Lucinda podia hablar con él.

—Entrevista con la niña! ¿I en este caso? Seria matarlo... Pobre amigo! Nó, nó! dijo el fraile, limpiándose un ojo con la manga de su hábito.

—¿No te lo decia Estelita? dijo don Cándido, sin comprender las señas que le hacia la señora para que callara i no fuera a decir un disparate. ¿No te lo decia? Pero tú, que no siempre atiendes a lo que yo te aconsejo, me repetias esta mañana: nó! nó! es preciso que Lucinda hable con su padre, a pesar de todo... Ya ves que el médico mismo opina al contrario.

La señora que estaba en ascuas, interrumpió a su marido, diciendo:

—Lo que yo creo es que el reverendo padre ha de encontrar razonable que Lucinda desee reconciliarse.....

—¿Querrá reconciliarse con el autor de su existencia... ¿no es esto? Pues estos son mis propios sentimientos, señora, i hasta he trabajado... Pero.....

—¿I qué?

—El hombre persiste... Es preciso esperar... El golpe ha sido mui recio... Son cosas que el tiempo cura...

—Soi de su mismo parecer, dijo don Cándido. El tiempo! el tiempo!

—¡Pero dejar morir a un padre sin que perdone a su hija! esclamó doña Estrella.

—Sin que le eche la bendicion! agregó don Cándido. Yo tambien creo como Estelita que.....

—Imposible, por ahora, interrumpió el padre. Es preciso que el médico decida. La cosa es grave. Don Marcelino se halla en un estado de irritabilidad suma.

—Pero haciéndole ver la razon poco a poco, observó la señora, ¿no podríamos conseguir que escuchase?

—Eso es, poco a poco, dijo don Cándido. ¡Nada, nada de repente!

—Ya les he dicho que he trabajado i trabajo sin descansar en

este sentido. Pero solo el nombre de su hija lo exaspera hasta el estremo de volverlo loco. Ayer me decia:-«no la perdonó! nó, no la perdonaré jamas!»

—Mentira! gritó en aquel momento una voz estenuada, detras de la puerta que comunicaba con las piezas pordonde se iba al cuarto de don Marcelino.

Todos volvieron la cara i lanzaron un grito de horror al ver que la puerta se abria de repente, apareciendo en ella el mismo don Marcelino. Venia casi desnudo. Su cuerpo flaco i seco, el rostro pálido i desencajado, los ojos hundidos i entelados, su respiracion torpe i forzada; todo anunciaba el fin de aquella existencia. Parecia un cadáver que se moviera mecánicamente.

—Compadre! esclamó asustado don Cándido.

—Señor don Marcelino, dijo el fraile ¿qué ha hecho Ud.?

—Venir a oir lo que hablaban, contestó el viejo, tratando de deshacerse de los brazos del padre que queria volverlo a la cama. Pero no me han contestado, prosiguió ¿quién ha dicho que un padre, ántes de morir, no desea hablar con su hija?

—No hemos dicho eso, contestó el padre temblando. Vamos, señor, a su cuarto.

—Pues yo lo he oido aquí, aquí, detrás de esta puerta, replicó don Marcelino, cuyos dientes chocaban con un movimiento convulsivo.

—Vamos, compadre, déjese Ud. llevar, dijo don Cándido ayudando al reverendo.

—¿I tambien Ud. me quiere llevar a la prision? preguntó don Marcelino a su compadre.

—Nó, señor, le dijo doña Estrella: solo queremos librarlo del peligro que corre. Somos amigos suyos los que estamos aquí.... Yo soi su comadre Estrella.

—Ah! ¿cómo está, comadre? Sí! la madrina de la boda, eh! dijo don Marcelino dando una gran carcajada. ¿I don Meliton?

—Aquí estoi, amigo mio....

—Pues bien! Estése Ud. ahí.... No venga para acá, prosiguió el enfermo, dejándose conducir sin oponer resistencia alguna.... No venga Ud. Estoi con mis amigos.... Sí! mis amigos.... ¿No es Ud., compadre Cándido?

—Sí, compadre, yo soi....

—Mui bien: ahora dígame ¿cuánto tiempo hacia que no nos veíamos?... Desde aquella noche que... já! já! já! Los tres amarra-

dos.... Sí.... I la pobre Trinidad.... Ella no vió a su hija, así como yo.... Pero.... ¡quién sabe ahora si Lucinda.... ¿La conocen ustedes? Oh! es un ánjel.... ¡Mi hija!

Don Marcelino, rendido de fatiga, cayó como un cuerpo muerto sobre su cama.

—Está aletargado, dijo el padre: voi a buscar al médico.... ¿I la cuidadora? Dónde está esa vieja imbécil que lo ha dejado salir?

—Aquí estoi, contestó una mujer desde un rincon endonde dormitaba con el mate en la mano.

—Yo cuidaré al enfermo miéntras tanto, dijo doña Estrella al padre. Vaya su paternidad a buscar al médico.

Sacó el padre a don Cándido del cuarto; i cuando se disponia a salir a la calle, vió con gran disgusto que entraban, el padre Alvarez con Anselmo. No fué menor la rabia de don Meliton al ver a su afortunado rival; i apretando los puños se dirijió a él, diciéndole:

—¿Con qué derecho se atreve Ud. a venir aquí?

—Con el que un hijo tiene de entrar a la casa de su padre....

—Oh! señor Guzman, le interrumpió el jesuita.... siéntese Ud.... Padre Alvarez, bienvenido sea. Aquí tiene asiento su paternidad.... I Ud., don Meliton, atienda a estos señores miéntras voi a buscar al médico.

Antes de salir a la calle, el jesuita se acercó a don Meliton i le dijo a media voz:

—Sea Ud. prudente!

—Estoi en un suplicio! contestó el viejo.

—Si Ud. no sabe conducirse, todo es perdido! El deber!

—Ruegue por mí, padre de mi alma!

—El deber! el deber! respondió el fraile, saliendo al trote con el sombrero en una mano i su baston en la otra.

——:o:——

CAPITULO XXVIII.

LA DISPUTA.

«Ahora ¡voto va! no hai Tierra Santa;
Ni escudo, ni blazones, ¡tontería!
Ante la heróica edad que se levanta.
Para que valgan con razon hoi dia
Los hombres, caro Andres, i al mundo entero
Den la lei, con soberbia gallardía,
Dinero es necesario; sí, dinero....»

(David Campusano.)

—¿Ha venido la señora?

—¡Ha visto usted a don Marcelino! Tales fueron las preguntas que el padre Alvarez i Anselmo hicieron a don Cándido, sin acordarse para nada del enfermero, don Meliton.

—Estelita está adentro con mi compadre, contestó don Cándido. ¡Pobre compadre de mi alma! Lo acabo de ver...

—¿En su cama?

—Nó, aquí en este cuarto...

—Entónces ¿está en pié?

—Fué para mí una especie de encanto verlo de pié ahora poco rato aquí. Parecia un esqueleto andante.

—Esplíquese usted, por Dios!

—Me esplico... Estábamos aquí hablando sobre la enfermedad... Mi Estela deseaba ver a mi compadre; pero este caballero i el reverendo Hipocreitía se oponian, diciendo que era matar al hombre el obligarlo a ver a un amigo, i sobre todo a hablar con su hija... cuando ¡gran Dios! se nos aparece ahí en esa puerta, cadavérico, medio desnudo i diciendo con voz hueca... ¿qué fué lo que dijo? ¿Se acuerda usted, mi don Meliton?

—Este hombre es un asno, murmuró el señor de Rójas.

I luego dijo en voz alta:

—Me voi, quédense ustedes con Dios!

—¿Se va usted i nos deja solos? Ah! es esta la cortesía que se usa en España? preguntó don Cándido. Nó, señor, siéntese usted. Ahora nosotros somos las visitas i usted el dueño de casa, encargado del cuidado de nuestro inmejorable amigo... ¡Seria una inhumanidad irse i... Eso es, prosiguió, viendo que don Meliton volvia a sentarse: ocupe usted su asiento... Ah! ya me acuerdo! Mi compadre interrumpió nuestra conversacion con estas palabras: «¿I quién ha dicho que un padre no desea ver a su hija ántes de morir?»

—Ah! esclamó Anselmo, ¿i cómo decian que él no queria perdonar a su hija?

El padre Alvarez miró fijamente a don Meliton, cuyos ojitos lanzaban chispas de cólera.

—Es verdad, dijo éste, que a pesar de los consejos del reverendo Hipocreitía, nuestro buen amigo estaba resuelto a no perdonar la falta de su hija miéntras no la viera entrar por sí misma en el camino del deber; pero...

—¿I por qué no dice usted, señor mio, siguiendo los consejos del reverendo, en vez de decir a pesar de eso?

—¿Qué significan esas palabras?

—Que su santo amigo ha convertido en un instrumento de su codiciosa ambicion al dueño de esta casa.

—Oh! eso es ya demasiado!

—Todo Santiago es de la misma opinion.

—Me rio de su Santiago! esclamó con desprecio don Meliton.

¿Cómo se atreve usted a hablar así de un hombre tan evanjélico, tan santo, tan cristiano?

—Sí! se necesita mucho espíritu evanjélico para introducir la discordia en una familia! ¿Qué mayor santidad que la de ponerse entre dos esposos, soplando el odio? El evanjelio dice: «amaos los unos a los otros»; pero hai hombres evanjélicos que dicen: «¡aborreceos los unos a los otros, en nombre de Dios!»

—Jesus! esclamó don Meliton, esto no se puede oir! Por la Vírjen de Atocha!

—Sí; yo sé que quienes entienden de cierto modo el evanjelio no pueden oir la verdad. Lo primero que hacen es malquistarse con ella i hacerla antipática a la multitud, a quien pretenden dirijir. Quieren convertir al mundo en instrumento, i las mas veces ellos son los instrumentos...Pero volvamos a nuestro objeto. ¿Le parece a Vd. mui grande la santidad de un hombre que trabaja por separar a dos personas que se aman? preguntó Anselmo.

—Pero observe Vd., jóven insensato, que ese hombre es un sacerdote!

—Sacerdote que convierte en pobre oficio su santa mision de unir a los hombres, estrechando los vínculos del amor i dando ejemplo de caridad. Porque respeto tanto la mision del sacerdote sobre la tierra, es por lo que no puedo mirar a sangre fria a ningun mal sacerdote.

—¡Qué manera de hablar en esta tierra!

—Es preciso contentarse con los usos, interrumpió don Cándido riendo. A la tierra que fueres haz como vieres.

—Yo deseaba una ocasion para hablar con Vd. i con su reverendo amigo sobre esta materia, prosiguió Anselmo. Ahora, dígame Vd. ¿Le parece a Vd. buen modo de evanjelizar a un hombre el introducir en su pecho el odio contra sus hijos i contrariar a la naturaleza en lo que tiene de mas sagrado?

—Calle Vd!

—¡Que calle! cuando veo que por intereses mundanos se calumnia a mi padre!

—Su padre! esclamó don Meliton.

—¡Cuando veo que se prepara a un hombre para aparecer ante Dios con el corazon ardiendo en el fuego de un odio contra la naturaleza!

—Su padre! su padre! murmuraba sordamente el viejo.

—¡I qué todo esto se haga en nombre de la relijion de un Dios

que dijo: «¡amaos los unos a los otros!» ¿Por acaso, apegándose a los bienes terrestres es cómo un sacerdote cumple con su celeste mision? ¡Hé ahí a lo que ustedes llaman cristiandad!

—Pues, amigo, no habia caido en ello, interrumpió don Cándido. Talvez será un bellísimo medio de obligarlo a uno a mirar al cielo, el desposeerlo así o asá de los bienes de la tierra...Por lo demas, no entiendo una jota de lo que ha dicho Anselmo, i no sé a qué viene todo eso.

—Anselmo, hijo mio, cálmate, por Dios! dijo el padre Alvarez.

—Su padre! su padre! decia don Meliton meneando la cabeza.

—Es el esposo de Lucinda, dijo don Cándido.

—¡I con qué atrevimiento habla delante de mí! ¿no sabe Vd. quién soi?

—Un digno amigo del padre Hipocreitía, contestó Anselmo. Vd. no quiso creerme cuando en dias pasados fuí a convencerlo a su propia casa de que no debia aspirar a la mano de Lucinda.

—Mano que me habia ofrecido su propio padre!

—¿A virtud de qué méritos? preguntóle Anselmo.

—Mis antecedentes, la nobleza de mi sangre...¿No sabe Vd. que soi un español noble de la casa de Sandoval i Rójas que ha dado ministros a España...?

—Ah! sí! dijo don Cándido, ministros, casi reyes! inquisidores! De todo! de todo como en botica...!

—Pero Vd. que habla de méritos, preguntó colérico don Meliton: ¿cuáles podria presentar un criollo, sin antecedente alguno, digno de compararse con los mios?

—En primer lugar, contestó Anselmo con calma, tengo sobre Vd. el mérito de ser amado, que, en tratándose de estos negocios, es el mérito principal, con perdon sea dicho, de todos los pergaminos i...

—Eso no mas faltaba! ¡Qué Vd. venga a reirse en mis barbas de una cosa tan sagrada como son los antecedentes de familia!

—Cosas de estas repúblicas, amigo mio, le interrumpió don Cándido. Es verdad que en España se estima en mucho eso de los pergaminos...

—¿I por acaso aquí...?

—Aquí se ha arreglado las cosas de otro modo. No hai mas antecedentes que la plata.

—Válgame la Vírjen del Pilar! esclamó don Meliton.

—No se admire, hombre de Dios, interrumpió don Cándido, i

convénzase de que la riqueza vale mas que un apellido ilustre. Es cosa que nosotros hemos descubierto.

—I aun cuando así fuese, dijo don Meliton dirijiéndose a Anselmo, ¿podria Vd alegar ese mérito de la riqueza?

—Nó, señor, respondió el jóven; pero tengo el de amar...

—¡Vaya con los méritos! esclamó don Meliton fuera de sí... ¡Ser amado! amar!

—Ya le digo, que en tratándose de matrimonio....

—Cosas de esta tierra, interrumpió riendo don Cándido. Aquí se usa así, porque como no estamos en España.... No se enoje Ud., amigo mio, prosiguió, golpeando el hombro de don Meliton que se revolvia en su silla; no se enoje Ud., i siga el proverbio de: a la tierra que fueres, haz lo que vieres. Así lo enseña la filosofía, i Ud. es un latino excelente para no comprender que en los asuntos de matrimonio es preciso que lo quieran a uno para.... Ya Ud. me entiende... así lo han dispuesto las mujeres en estas Américas.

—Entónces ¿aquí se tiene en nada la voluntad del padre de una niña? preguntó don Meliton poniéndose de pié.

—Oh! esclamó don Cándido, casi arrepentido de lo que habia dicho. La autoridad paterna es una cosa sagrada; i yo que tambien soi padre, quiero decir, que no he tenido hijos porque Estelita.... Pero. ¿Qué es lo que digo? Ah! por fortuna ella no me oye.... La autoridad paterna! Yo estoi por ella!

—Pero la voluntad del padre favorece mis derechos, esclamó fuera de sí, don Meliton. El compromiso de don Marcelino es serio: la muchacha no ha cumplido aun su menor edad para que se haya atrevido a amar sin consultar a su padre; ese matrimonio es nulo; i juro a Ud. que yo sabré hacer respetar mi derecho, si es que en este país hai leyes justas i razonables.

—Todavía nó, le contestó Anselmo, porque estamos bajo la férula de las leyes españolas; pero un tiempo vendrá en que leyes dictadas por la naturaleza i la humanidad, suplanten ese inmundo fárrago. En cuanto al derecho, prosiguió, dirijiéndose a don Meliton (que lo miraba con ojos espantados) en cuanto al derecho, bien sabe Ud. cuánto hemos peleado por verlo imperar en estas rejiones.

—Rejiones de demonios! murmuró don Meliton, paseándose ajitadamente por el cuarto. Ustedes verán si ese matrimonio no se anula! El mismo señor Obispo me ha prometido....

—Permítame Ud., señor, que le diga, le interrumpió el padre

Alvarez, que ese matrimonio es legal i verdadero.... Yo mismo he sido quien los ha casado.

—Veremos, dijo don Meliton, veremos si Ud. ha tenido la autoridad suficiente para casarlos.

—Vea Ud. que es el padre Alvarez, le interrumpió al oido don Cándido.

—Qué me importa a mí el padre Alvarez! respondió con nueva cólera el viejo.

—Un sacerdote que.....

—Sacerdote que no sabe su obligacion.....

—¿I Ud. era, le interrumpió frai Prudencio, el que ahora poco le echaba en cara a Anselmo su atrevimiento por hablar de los sacerdotes?

—Vaya! dijo don Meliton ¡qué tierras estas! No conocer la diferencia que hai entre un sacerdote español i un fraile criollo! Lo que a mí me admira, prosiguió, es que llevando Ud. sobre sus hombros el santo hábito del Seráfico Padre, se haya estraviado hasta el estremo de predicar el error, como sé que lo ha hecho, poniéndose de parte de los pipiolos.

—Señor! interrumpió con gravedad frai Prudencio, basta de locuras!

—¿Qué dice Ud.?

—¡Que no permitiré jamas a nadie que aje mi dignidad con insultos groseros!

—Mire, amigo mio, que es el reverendo Alvarez, repitió don Cándido a don Meliton.

—¡Digno hijo de San Francisco! esclamó don Meliton, riendo de rabia. Jamas he visto un hábito mas bien puesto: basta la humildad con que habla el frailecito! Já! já! já!

—¿I cree usted, le contestó el padre, que yo he cargado este hábito para envilecer mi naturaleza de hombre?

—¡Qué virtud la de estos sacerdotes!

—¿Le parece a usted que la virtud consiste en aceptar ideas erróneas, en protejer las preocupaciones i en servir de estorbo a la marcha de una sociedad?

—Pero ¡qué ideas, Dios mio!

—No es este el sitio, señor, para ponerme a disputar con usted sobre esta materia; pero le diré, cumpliendo con mi mision de sacerdote (cual es la de ilustrar a sus hermanos cada vez que la ocasion se presente), que la humildad no consiste en el envilecimien-

to; que la fe no debe estar basada en la ignorancia; i que la virtud ha de ir acompañada de la conciencia de sí misma, de la ilustracion en la verdad para que produzca en un país los buenos frutos que los amigos de la libertad desean.

—¡Los amigos de la libertad! Al oir esas orgullosas ideas en un siervo de nuestro padre San Francisco, no estrañaré ya mas que estos reinos estén plagados de revoltosos, trastornadores del órden establecido desde siglos há por el poder de Dios mismo.

—No profane usted ese Santo nombre, le interrumpió el padre, ni llame revoltosos a los que han luchado contra la tiranía para cimentar el derecho en su propia patria. El trastorno no es un mal por solo el hecho de ser trastorno, pues para establecer el bien, se ha menester derrocar el mal. La sangre que se derrame caerá solo sobre la cabeza de los que se opusieron al desarrollo de la verdad. ¿Qué hizo Cristo sino trastornar las sociedades romanas cuyos vicios habian prendido como un cáncer por todo el mundo? Hé ahí al gran Trastornador, cuyo ejemplo debemos imitar.

—¿I su mision de paz i de caridad cristiana, le preguntó don Meliton, le manda a su paternidad gritar: guerra! guerra! fuego! fuego?

—Sí, contestó el padre con ojos mas animados. Miéntras conserve un átomo de vida, cumpliré con mi deber gritando: ¡guerra! fuego! pero no contra los hombres, sino contra el vicio i el error. Gritaré siempre; guerra contra los absurdos sistemas, contra todo órden de cosas que sea contrario a la naturaleza i que desfigure la obra de Dios. Hé aquí, prosiguió frai Prudencio, lo que han hecho estos que ustedes llaman revoltosos. Han conquistado su independencia política desterrando un poder injusto....

—El del rei nuestro señor!

—Será señor de usted, pero nó de los americanos, contestó Anselmo.

—La independencia política nos llevará a la social, dijo el padre, cuando nos deshagamos de las preocupaciones que atan nuestro espíritu, i de aquí a la independencia relijiosa no hai mas que un paso.....

—¡Independencia relijiosa! Inaudita herejía dicha por un fraile! i qué esto se tolere!! Entónces ¿piensan estas Américas deshacerse de la autoridad del Pontífice romano i meterse de rondon en el protestantismo?

—No me entiende usted, i juzga en seguida con demasiada prontitud...

—Bueno para juez! esclamó don Cándido; acortaria los pleitos en los cuales es tan necesaria la prontitud. Dígalo yo, que hace ya tres años que estoi peleando sobre el callejon entre mi casa i la de mi vecino, por cuya tenacidad se me ha humedecido mi dormitorio. Sí! el pleito lo ganaré al fin, segun dice mi sabio abogado; pero ello será cuando yo haya muerto de reumatismo.

——:o:——

CAPITULO XXIX.

EL ENFERMO.

«¿Qué importa la riqueza,
La pompa i la grandeza,
Mísera escoria que el orgullo viste,
Cuando nada resiste
De airada muerte la fatal herida?»

(Rosendo Carrasco.)

En esos momentos entraba el jesuita trayendo de la mano al doctor Matatias.

Hizo el doctor una vénia a los que se hallaban en el corredor de la casa, miéntras el jesuita decia a don Meliton:

—¿Qué tiene Ud., amigo? Qué significa esa cara avinagrada?

—Me voi, me voi de este maldito país! contestó el señor de Sandoval con reconcentrada cólera.

—Bueno. Pero ántes de irse es necesario cumplir con su deber...

—A España, a España! interrumpió don Meliton.... Un hombre de mis principios, de mi temple, de mis antecedentes no puede vivir entre estos malditos criollos.....

—¿Está Ud. loco, hombre de Dios? Venga Ud. acá, que hai todavía tiempo de pensar en ese viaje.

—¡Decirme incrédulo, impío i *ateo* en mis propias barbas!... Nó, nó: a España, a España.....

—Tenemos dos locos en vez de uno, murmuró el jesuita, dejando a don Meliton para seguir al médico que se dirijia al cuarto del enfermo.

—Esperemos, dijo el padre Alvarez a Anselmo, el resultado de la visita: el doctor Matatias nos dirá despues si hai o no inconveniente para que yo hable con don Marcelino.

Don Cándido no hizo esta reflexion sino que, siguiendo al médico, entró tras de él en el cuarto del paciente.

—¿Cómo está el enfermo? preguntó el médico, tosiendo doctoralmente.

—¡Gracias a Dios que ya está Ud. aquí, doctor! esclamó doña Estrella, quien con otras mujeres se hallaba ocupada en confeccionar algunas bebidas caseras. Gracias a Dios!

—*Deo Gratias!* contestó como un eco don Cándido entrando en aquel momento.

—Hace mas de media hora que duerme i no ha sido posible despertarlo, dijo doña Estrella.

—I ¿para qué despertarlo? la interrumpió el doctor medio enfadado. El sueño es una reparacion necesaria.

—Ah! sí, interrumpió don Cándido, ¡mui necesaria!

El doctor miró de una manera particular a don Cándido, a quien no conocia, i prosiguió preguntando a doña Estrella sobre el estado del enfermo miéntras tenia en la mano el brazo de don Marcelino, cuyo pulso examinaba atentamente.

—Hemos querido despertarlo, dijo doña Estrella, porque ha tenido un sueño tan intranquilo que daba lástima. ¿Qué cree Ud. de esta pesadez de sueño?

—Esto significa que aún no ha acabado de dormir, contestó gravemente el doctor.

—Pero es que se ha llevado hablando palabras desacordes...Ha llamado a sus amigos, a su hija.....

—¡Oh, las manías no duermen, interrumpió el doctor. Aunque el pulso indica una completa paralizacion en los miembros del cuerpo...

—¿En los miembros del cuerpo? observó don Cándido, sin echar de ver la acre mirada que le volvió á lanzar el médico.

—No obstante, prosiguió éste, los espíritus vitales, desalojados de todo el sistema inferior, se han elevado a las rejiones del cerebro, i combinando su accion con la somnolencia jeneral, que en casos como este, envuelve todo el sistema nervioso, produce esas imájenes en la medio aletargada memoria de la persona dormida, esto es, del sujeto a medio dormir, o mas bien dicho, del sér que se halla atacado del dormir imperfecto. Este casi dormir, segun la famosa teoría de Platon....

—Por Dios! interrumpió doña Estrella con su acostumbrada vivacidad, deje usted en paz, doctor, al pobre Platon i vea lo que conviene hacer con el enfermo!

—Tiene razon Estelita, agregó don Cándido mirando al doctor. ¡Mire Ud cómo mi compadre se revuelve en la cama!

En efecto, don Marcelino se volvia de un lado a otro i movia los brazos como queriendo arrojar léjos de sí las ropas de la cama, pero las fuerzas no le ayudaban. El médico tomó entónces un frasquito de álcali, i lo aplicó a las narices del enfermo. Este abrió los ojos; quiso incorporarse en la cama, pero volvió a caer desfallecido sobre la almohada.

—Oh! qué cosa tan horrible! esclamó entre dientes. Qué terrible cosa es sentir las ánsias de la muerte, cuando uno quisiera tener vida para...¡Dios mio! ¿Por qué no mueren los deseos mundanos i las vanas esperanzas ántes que nuestros cuerpos? Sí!...Este es Satanas que me persigue hasta el borde de la sepultura...¡Ave María!...¡Léjos de mí, espíritu maligno!...¡Señor, Dios mio! yo pequé... tened misericordia de mí!

Don Marcelino calló, pero sus labios se movian como si rezara. Despues de un corto rato empezó a balbucear:

—¿I para esto he juntado riquezas?...Sí, riquezas que hoi de nada me sirven...Aunque hubiera conseguido ser un grande de España...¿de qué me aprovecharia hoi?...Oh! nó! nó! yo quiero salvarme... *Vade retro Satanas!* yo quiero salvarme...¡Perdóname, esposa mia!...Pobre Trinidad!...¿Ha muerto mi hija?

—Nó, compadre! le contestó doña Estrella acercándose. Lucinda vive i lo ama a Vd. como siempre...Está en mi casa, i cada dia son mayores sus deseos de verlo...Oh! voi a buscarla!

Diciendo esto, la señora se echó sobre los hombres su pañuelo i salió sin atender a las palabras del reverendo padre que, siguiéndola, le decia:

—Señora, mire Vd. lo que hace! ¡La vista de la niña puede ser fatal a nuestro pobre amigo!

—¿Se puede entrar? preguntó el padre Alvarez a doña Estrella.

—Sí! contestó ésta sin detenerse. ¡Pobre hombre! es preciso que muera sin ese peso que parece aflijirlo!

Anselmo siguió a doña Estrella; i miéntras tanto, frai Prudencio se dirijia al cuarto del enfermo, endonde entró a pesar de las observaciones del jesuita. Don Marcelino habia despertado completamente i no cesaba de hablar miéntras las enfermeras que lo asistian, cumpliendo con las prescripciones del doctor, se empeñaban en envolverle las piernas con bayetas calientes, aplicándole ladrillos ardiendo a las plantas de los piés.

—Es estraño lo que me pasa ahora, decia con voz entera...Nunca habia visto tantas personas en mi cuarto...¿Es Vd., compadre Cándido?

—Sí, contestó éste: yo soi, compadre!

—¿Quién es Vd, padre? preguntó, dirijiéndose a frai Prudencio.

—Frai Prudencio Alvarez, su amigo, contestó éste, su amigo que viene a visitarlo.

—Ah! el confesor de la...pobre Trinidad! ¿Me habrá perdonado, padre?

—Sí, amigo mio, contestó frai Prudencio. ¡Desechе usted esas ideas!

—Es que la engañé muchas veces..!...Padre Hipocreitía, prosiguió ¿Se acuerda cuando le finjíamos cartas de Lucinda?...

—Está atacado de su manía, dijo el jesuita: seria bueno despejar el cuarto.

—¡I la pobre Trinidad! lloraba i me pedia por favor ver a su hija, nuestra hija Lucinda! ¿Dónde está?... Pero el padre no queria! Es cierto que no era conciencia dejar que ese mozo hereje se casase con mi hija...¡Nó! nó! no quiero que se case! gritó de repente, volviendo a quedar exánime.

—Doctor, dijo el padre Hipocreitía ¿por qué no manda evacuar el cuarto?

—¿I don Meliton?... Dónde está que no lo veo? preguntó el enfermo.

—Aquí estoi, señor, contestó don Meliton.

—Ah! esclamó el enfermo ¡qué jugarreta tan pesada nos hizo ese maldito muchacho.!

—Señor, le interrumpió el padre Alvarez: vuelva en sí; tranquilicese; prepárese a recibir a su hija.

—¿Dónde esta Lucinda?

—Luego llegará.

—¡Pero no alcanzaré a verla porque me siento morir! contestó don Marcelino con voz desfallecida.

En seguida empezó a hablar palabras inconexas i sin sentido. A veces parecia dominado por la cólera, otras por el arrepentimiento; i las mas, por cierto dolor vago que parecia haberse posesionado de todo su sér. Se quejaba, suspiraba, se reía, i pronto volvia a quedar exánime. En uno de estos paroxismos, dijo el médico que ya no habia esperanza. En efecto, la parálisis que con levantarse de la cama, habia adquirido poco ántes, le habia cojido hasta el tronco del cuerpo. Por último, habiendo permanecido aletargado durante unos veinte minutos, despertó; i con voz reposada aunque balbuciente, dijo:

—Padre Alvarez: necesito quedar solo con su paternidad.

—Aquí me tiene Vd, amigo mio, contestó el padre, sentándose a la cabecera miéntras los demas salian del cuarto.

—Déme la mano, padre mio! ¡Ayúdeme su paternidad a salvarme! He sido un gran pecador...Pero, Dios mio! He sufrido tanto! tanto! dijo el pobre viejo con voz apénas intelijible.

Frai Prudencio se apresuró a cumplir con su caritativo ministerio. Entre tanto las salas esteriores se iban llenando de jente, especialmente de señoras, que, sabiendo por doña Estrella que ya se podia ver al enfermo, venian, atraidas unas por el deseo de ser útil, i otras por la curiosidad. Entre los recien llegados estaba el siempre visible Gacetilla, quien, no contento con poner de manifiesto su persona, andaba preguntando aquí, allá i mas allá, las mas pequeñas circunstancias como si se tratara de un amigo íntimo. Todos iban i venian; todos hablaban a un tiempo formando la mas irrespetuosa algarabía i convirtiendo en un *pandemonium* aquella mansion endonde poco ántes reinaba la tranquilidad.

—¿Se habrá confesado? preguntaba una.

—¿Qué médico lo asiste? demandaba otra.

—Ya no es tiempo de médico ahora, decia una tercera.

—Sí! su salvacion ántes que todo! el confesor! el confesor!

—Si se está confesando, niña!

—¿I su testamento?

—Debe haberlo hecho ya.

—Dicen que no ha tenido tiempo.

—No es posible.

—¿I por qué no?

—¡Morir intestado!

—Hai a veces mucho descuido en esto, niña de mi alma!

—No importa: en componiéndose con Dios, lo demas es nada.

—Es cierto.

—Pero no está demas dejar arreglados sus negocios, en este mundo, dijo don Catalino.

—Tiene razon el señor: esto de morir intestado un hombre, es para que quede un semillero de pleitos.

—Yo lo sé eso por experiencia, niña. Todavía están siguiendo los juicios de la testamentaría de mi finado.

—Nó, nó! En cuanto a eso, yo le he dicho a mi marido: hijo, el testamento es lo primero!

—Sí, pues, nàdie tiene la vida comprada.

—Pero como los hombres son tan incrédulos, les parece que nunca se han de morir; i cuando uno ménos lo piensa.,. cae al hoyo!

En aquel instante frai Prudencio llamó al doctor.

—Se muere! se muere! esclamaron muchas voces.

A tiempo que el doctor entraba en el cuarto del moribundo, Lucinda llegaba a la casa acompañada de Anselmo i de doña Estrella.

—¿Cómo está el enfermo? preguntaron algunas señoras al padre Alvarez.

—Encomiéndenlo a Dios! contestó éste.

—Jesus! pobre niña! esclamaron las señoras, viendo entrar a Lucinda.

Esta conoció su desgracia en los semblantes de los concurrentes, i corrió llorando al cuarto de su padre. No es posible decir si éste alcanzó a oir los sollozos de su hija que lo abrazaba anegada en llanto. Pronto tuvieron que sacar de allí a Lucinda desmayada, i llevarla a otro cuarto para suministrarle los socorros necesarios.

—Hé aquí su obra! padre Hipocreitía, dijo frai Prudencio al jesuita, quien se retiró sin dar muestra de haber oido una palabra.

—Está muerto! dijo el médico saliendo de la casa. Me voi.

—Hace bien el doctor en irse, dijo Gacetilla. Desde que está muerto el enfermo, su mision está cumplida. Buen viaje!

——:o:——

CAPITULO XXX.

EL TESTAMENTO.

«Cual ánjel en el cielo, a Dios saluda:
Que ahora con la muerte,
Su espíritu escapó del anatema
De la materia inerte,
I en la mansion suprema;
Luce en su sien de arcánjel la diadema.»
.....

(B. Carabantes)

Idos que fueron muchos de los concurrentes, i no quedando sino los amigos mas íntimos en la casa mortuoria, empezóse a tratar mas sériamente la importante cuestion de si el difunto habria hecho o nó su testamento. A todas estas demostraciones de interes; a todas estas razones, dudas, cavilaciones i preguntas, respondió el padre Hipocreitía diciendo:

—Ya ven ustedes, señores mios, que nuestro inolvidable amigo ha muerto como un verdadero cristiano...Si su vida ejemplar ha sido envidiable, no es ménos digna de envidiar su muerte. ¿Cómo un hombre tan honrado, piadoso i timorato, cual lo fué don Marcelino, habia de haber descuidado sus sagradas obligaciones? Les aseguro bajo mi palabra, que ha hecho su testamento como un verdadero cristiano: i creo, añadió, enterneciéndose a medida que hablaba, creo en mi conciencia, que sus últimas disposiciones pondrán de manifiesto ante todo el mundo, no solo la piedad sino tambien la jenerosidad i espíritu evanjélico que animaba la bella alma de nuestro buen amigo, a quien Dios habrá dado ya su galardon!

—El testamento debe ser corto, dijo a esta sazon Gacetilla que en todo se habia de meter. Sí, debe ser de dos o tres items...No tiene mas que un heredero i esto acorta los testamentos.

—En cuanto a eso, contestó el padre mirando de reojo a don Catalino, bien poco sé, porque no me agrada mucho averiguar vidas ajenas, mayormente en lo que toca a intereses...Solo sé que don Marcelino ha dejado una gran parte de su caudal para beneficio de su alma, segun me lo ha asegurado don Meliton de Rójas, a quien, como uno de sus mas queridos parientes, ha dejado de albacea nuestro don Marcelino.

—¿Pariente? dijo don Catalino. Yo no sé cómo podrá ser eso, cuando el mismo don Meliton me ha asegurado bajo su palabra, que no habia venido a estas Américas ninguna persona de su noble familia.

—A eso podría contestar don Meliton, si estuviese aquí, dijo el padre suspirando. No tengo mi ánimo para pensar en familias i parentescos.

—¿I dónde se halla el señor albacea? preguntó don Catalino, recalcando la voz en la palabra *albacea*.

—Fué a buscar al escribano, don Tragalon Uñeta, en cuyo poder está el testamento para que dicho señor lo lea en público hoi mismo.

—¿Por qué?

—Porque tal es la voluntad del testador, respondió el jesuita. Várias veces le oí yo mismo que decia a don Meliton: «amigo mio, no quiero que nadie sepa mi última voluntad miéntras yo viva; pero en cuanto cierre los ojos, le encargo que haga leer por el escribano mi testamento delante de todas las personas que quieran oirlo.»

—Cosas de don Marcelino, refunfuñó Gacetilla sonriendo. Era

así el hombre tan... !Pobrecito! agregó medio arrepentido, no te ofendan mis palabras...! Dios lo tenga en la gloria!...

—Amen, contestó el jesuita.

El testamento de una persona rica es cosa que todos quieren oir leer, desde los herederos beneficiados hasta los que no tienen la mas mínima esperanza de ser legatarios. Este placer se parece mucho al que reciben ciertos individuos con tocar o ver contar el dinero ajeno. Así fué, que muchos de los circunstantes se quedaron hasta apurar las últimas peripecias de aquellas lúgubres escenas.

Un cuarto de hora despues, llegó don Meliton con el honorable don Tragalon Uñeta, antiguo escribano de corte en tiempo de Fernando VII, i que se habia pasado al servicio de la república sin dejar sus costumbres del tiempo del coloniaje, como muchos otros.

—Señores, dijo el escribano, sentándose junto a una mesa en torno de la cual se habia allegado una multitud de curiosos. Voi a leer la postrimera voluntad del señor don Marcelino de Rójas, en cumplimiento del solemne encargo que me hizo cuando vivia...

—Claro es, dijo Gacetilla, que debió hablarle en vida, porque despues de muerto...

—Chit! callen! dijeron algunos.

—«En el nombre de Dios (leyó el escribano) Padre, Hijo i Espíritu Santo, tres personas distintas i un solo Dios verdadero!... Sepan todos cuantos vieren esta carta de mi última voluntad, como yo don Marcelino de Rójas...

—Hai jentes que ni al morir dejan el *don*, murmuró Gacetilla... Pobrecito!... Dios lo haya perdonado!

—«Don Marcelino de Rójas, prosiguió el escribano, natural de esta ciudad de Santiago de Nuestra Señora del Socorro i capital de este reino de Chile...

—Se le olvidó a don Tragalon que estamos en república, interrumpió don Catalino.

—Es verdad, dijeron otros.

—¿Qué importa que diga reino o república? preguntó una vieja. Siga no mas, señor Uñeta, que todo eso está mui cristiano!

—«Hallándome, por la gracia de Dios, en mi entero i cabal juicio...

—¿No decian que estaba loco? volvió a interrumpir don Catalino.

—Qué trabajo! esclamó el escribano. Con estas interrupciones no acabamos nunca. Cuando se hizo el testamento estaba en su

juicio cabal, i bastaba que yo lo afirmara, yo, el escribano, para que se tuviera por cierto. ¡Soi el escribano público!

—No es nada: siga, señor.

El escribano prosiguió leyendo, i en breve llegó a lo siguiente:

—«Primeramente, lego i mando mi cuerpo a la tierra de que fué formado, etc.»

—Cuando yo me muera, dijo Gacetilla, no he de legar mi cuerpo a la tierra: veremos qué hacen con él los vivos!

—«En segundo lugar, (prosiguió don Tragalon): «doi i encomiendo mi alma a Dios que la redimió, etc.»

—Buena cosa! Primer legatario, la tierra; segundo, Dios! Yo me espero a otros *items*, volvió a interrumpir el incansable don Catalino... Pobrecito!... Dios lo haya perdonado!...

El escribano habia leido ya un buen trozo, cuando Gacetilla volvia a seguir escuchando.

—«Item—Declaro por universal heredera a mi hija doña Lucinda de Rójas, a condicion de que no verifique su matrimonio con Anselmo Guzman; pero en caso de que, despreciando las razones antedichas, se casare con él, la dicha mi hija solo será dueña, por esta mi última voluntad, de aquella parte de mi hacienda que estrictamente le corresponde por la lei. Declárolo así para que conste.....

Todos se miraron las caras sin pronunciar una palabra. El escribano prosiguió:

—«Item—En caso de verificarse el matrimonio antedicho, mi albacea, el ante nombrado señor don Meliton Sandoval i Rójas, etc dispondrá de toda aquella parte de mis bienes de que por la lei esté yo autorizado a legar especialmente bajo la siguiente forma i manera: se hará de ellos cuatro partes iguales. La primera se empleará en misas a beneficio de mi alma, i bajo la direccion de mi amigo i confesor, el reverendo padre Hipocreitía.—La segunda, la empleará mi albacea en la construccion de una casa para un colejio relijioso, o seminario particular, con el fin de educar a aquellos jóvenes pobres que quisiesen seguir la carrera eclesiástica. Nombro de patronos de este establecimiento a mi albacea i a mi antedicho confesor, pudiendo ellos encargar su direccion a las personas que crean mas idóneas i capaces. Con la tercera parte, se fundará una

capellanía de legos a favor de mi albacea, miéntras viviera, quedando despues de sus dias a favor del director del establecimiento antedicho. Por último, la cuarta parte se repartirá como limosna entre clérigos pobres, a juicio de mi confesor. Declárolo así para que conste....

Dejóse oir entre los circunstantes un murmullo que no era posible distinguir si era de aprobacion o reprobacion.

«Item,—prosiguió el escribano....

—No siga usted, le interrumpió el padre Alvarez... Señor Uñeta, ese testamento es nulo....

—Reverendo padre! contestó don Tragalon. ¿Cómo ha de ser nulo, cuando está en regla, firmado por los testigos de la lei, i ademas autorizado por mí?

—¿Nulo? preguntó temblando de coraje don Meliton.

—Aquí tengo yo un documento que lo anula, contestó frai Prudencio, sacando un papel de la capilla de su hábito.

—¿Qué documento es ese?

El padre leyó en alta voz:

—«En el último trance de la muerte; pero en mi cabal i entero juicio, por la gracia de Dios, ante cuya presencia voi a comparecer, declaro por único i universal heredero de todos mis bienes, i sin condicion alguna, a mi hija doña Lucinda de Rójas, a quien nombro mi albacea testamentario. En consecuencia, será de ningun valor todo otro testamento o codicilio de fecha anterior a la presente que apareciese con mi firma. Lo declaro así para que conste, hoi veinte de enero de 1830, ante los testigos abajo firmados, doctor Matatías i don Cándido de la Rueda.—*Marcelino de Rójas*—Testigo, *Dr Matatías*—Testigo, *Cándido de la Rueda.*

—Pues este testamento me gusta mas: es mas corto, dijo Gacetilla, miéntras los demas daban muestras de atenerse unos al primer testamento, i otros al codicilio.

—I ¿qué escribano ha autorizado ese papel? preguntó Uñeta.

—Ninguno.

—Ustedes han hecho firmar al pobre loco lo que han querido, interrumpió don Meliton.

—No entraremos en disputas inútiles, contestó frai Prudencio. Los tribunales decidirán.

—Nos atendremos a ellos, dijo el jesuita. Se verá de parte de quién está la justicia.

En seguida se retiraron todos, quedando solamente en la casa mortuoria las personas necesarias para prestar los últimos servicios al cadáver de don Marcelino.

En cuanto a Lucinda, fué llevada por doña Estrella a su casa con el fin de seguirle suministrando aquellos tiernos consuelos que sus tristes circunstancias requerian.

——:o:——

CAPITULO XXXI.

TRAICION SOBRE TRAICION.

> «Del todo ciego, i confiando en la buena fe de sus falsos amigos, el jeneral Freire se entregó de esta manera, sin defensa, a las maquinaciones indignas de los que solo querian anularlo i quitarlo del medio para que no fuese un obstáculo a sus planes traditorios.»
>
> (F. Errázuriz.—*Chile bajo el imperio de la Constitucion de* 1828, *Cap. VI, X.*)

Despues de todo, don Cándido estaba gozosísimo viendo el color que habian tomado los asuntos de su ahijada, porque el pobre hombre miraba mui en poco el dolor que ésta sufria por la muerte de su padre, i solo se acordaba de verla casada i poseedora de una rica herencia. El mismo se daba el parabien de haber sido (como decia a sus amigos) el autor principal del matrimonio de los jóvenes, i creía de buena fe, que, a faltar su poderosísimo apoyo, no se habrian vencido jamas los inconvenientes a tal union. A don Cándido le pasaba igual cosa todos los dias, i no se verificaba ningun

hecho importante a su alrededor, sin que él creyese que el buen éxito era debido a las influencias de su personalidad i de sus relaciones.

—Al fin ya hemos conseguido su union, decia a su mujer: ahora nos resta, Estelita, hacer que el testamento del escribano Uñeta no tenga efecto. He hablado con el padre Alvarez sobre el particular.

—Me han dicho que don Meliton está resuelto a echarse sobre todo i a sostener el juicio, dijo la señora. ¡Pobre Lucinda!

—No te dé cuidado, hijita, mi ahijada ganará la partida: haremos valer nuestras influencias. Yo tengo amigos en las dos Cortes de justicia... amigos de pro, ¿entiendes?

Pero la satisfaccion de don Cándido no era completa. Si bien es cierto que le interesaba la suerte de su ahijada, no podia dejar de mirar con cierta distancia a Anselmo. Ademas, los últimos acontecimientos políticos le hacian mirar como peligrosas sus relaciones con el jóven, i don Cándido era un hombre demasiado prudente para esponerse a pasar por enemigo del gobierno, cultivando la amistad de un mozo mirado entre ojos por las autoridades.

Estraños parecerán al lector los temores de don Cándido, pues, ¿qué podia temer Anselmo de parte de las autoridades siendo jefe de la Junta de gobierno, el mismo jeneral Freire, su protector?

Sin embargo, los temores del señor de la Rueda eran fundados. Para esplicar su embarazosa situacion, permítasenos volver algunos dias atras.

Dos dias despues de la batalla de Ochagavía, es decir, el dieziseis de diciembre, se firmó por los dos partidos un tratado de paz, en el cual se estipulaba, entre otras cosas: «que Prieto i Lastra de«jarian el mando de sus respectivas divisiones; que se pondria todo «el ejército bajo las órdenes del jeneral Freire; que habria completa «amnistía por una i otra parte; i que se nombraria una Junta pro«visoria de gobierno, bajo la direccion del jeneral Freire.» La Junta se instaló, compuesta de los señores don José Tomás Ovalle, don Isidoro Errázuriz, i don José María Guzman, teniendo por secretario a nuestro conocido, el prebístero Franco, quien, ayudado por el padre Hipocreitía, habia llegado al fin a poner los piés dentro de los umbrales del gobierno, objeto único de las aspiraciones de aquel ambicioso clérigo.

El carácter i los principios de los miembros de esta Junta, halagaban las codiciosas esperanzas de los reaccionarios; miéntras los

liberales, por su parte, lo esperaban todo de Freire, puesto a la cabeza del ejército.

Veinticuatro horas despues de firmados los tratados, el jeneral Lastra les dió cumplimiento, en la parte que le tocaba, poniendo en manos de Freire las fuerzas de su mando. La honradez de este viejo soldado de la patria, contrastaba notablemente con la descarada deslealtad de Prieto, quién defirió el cumplimiento de su deber. Miéntras tanto, los reaccionarios estudiaban las intenciones de Freire; i viendo que este jeneral estaba dispuesto a defender la Constitucion, formaron el plan de debilitar sus fuerzas, haciendo al mismo tiempo que Prieto conservase las suyas. Incapaz el jeneral Freire de sospechar ocultas miras en las operaciones de la Junta de gobierno, se dejó gobernar por ella; i creyendo que nada habia que temer de parte de los revolucionarios, dispersó las tropas constitucionales que guarnecian a la capital, enviándolas a diversos puntos de las provincias. La Junta, entónces, empezó a tomar activas medidas para dar el golpe de mano que los pelucones tenian premeditado.

El 25 de diciembre destituyó en masa al cabildo de Santiago, nombrando en su lugar otro, compuesto de sus partidarios; i diez dias despues, decretó la destitucion de todos aquellos jueces letrados de las provincias que podian ser contrarios a sus proyectos. Con dichas operaciones, la Junta infrinjia abiertamente la Constitucion que estaba obligada a defender.

No solo fué esto: la Junta provisoria se atrevió aún a ordenar al jeneral de las fuerzas constitucionales, que separase de sus destinos en el ejército a algunos de sus subalternos. Freire abrió por fin los ojos; pero ya era tarde. El 17 de enero de 1830, ofició a Prieto, demandando el cumplimiento de los tratados, a lo cual se negó redondamente el jeneral revolucionario, i puso en movimiento sus tropas para entrar en la indefensa capital. El golpe estaba dado: principió por una traicion i concluyó por otra. Dos dias despues, la Junta de gobierno deponia a Freire, i nombraba en su lugar al jeneral Prieto. La noticia corrió por toda la república, i dispuso los ánimos a la guerra civil, comenzada por el partido reaccionario para posesionarse del mando, i alimentada en lo sucesivo por su mal sistema de gobierno, cuya base fundamental fué siempre la persecucion de todo hombre que abrigase ideas liberales. Fueron dados de baja, no solo los principales jefes del partido republicano, entre los cuales se veía viejos soldados de la independencia (cuyas virtudes i cuyos laureles no supieron ni apreciar ni respetar los

enemigos de la libertad), sino tambien algunos subalternos, víctimas de su leal amor a la república.

Huyendo de las venganzas de aquellos que poco ántes lo llamaran sú amigo, salió el jeneral Freire de Santiago el 18 de enero, i se dirijió a Valparaiso con el fin de reunir allí las tropas fieles a la Constitucion. Bien pronto estuvieron bajo las órdenes de su antiguo jefe, el *Chacabuco*, el *Concepcion* i el *Pudeto;* i una semana despues, zarpaba de aquel puerto la pequeña expedicion con rumbo al norte, valiéndose para ello de los buques de la escuadra, anclados en la bahía, i llevándose consigo todos los pertrechos de guerra que pudieron embarcar. La lucha, pues, no habia concluido, i debia aun derramarse mas lágrimas i mas sangre.

Entre los dados de baja estaba tambien Anselmo, cuya decision por el partido constitucional era tan conocida. Aun mas: se susurraba de que el gobierno tenia mui serios informes en contra del jóven, razon por la cual le aconsejaban sus amigos a éste que huyese prontamente de la capital. Pero el jóven, hallándose bajo el imperio de las circunstancias narradas en los capítulos anteriores, no podia resolverse a abandonar a su esposa, ni a dejar sus intereses a merced de sus ávidos enemigos.

Don Cándido era uno de los mas interesados en que Anselmo dejase a Santiago, pues no podia permanecer tranquilo miéntras frecuentase su casa un individuo sospechoso al gobierno, i mas todavía, protejido por el desgraciado jeneral Freire. Desde que éste asumió el mando del ejército, el señor de la Rueda fué el primero en manifestar ardientemente su adhesion al popular jefe, llevando su amor al partido constitucional hasta el estremo de predicar la persecucion, sin cuartel, contra los enemigos de las santas instituciones, como él decia. Sin duda queria hacerse perdonar todo lo que ántes hubiera hablado a favor de los reaccionarios, pues no cesaba de pregonar el apoyo que él habia prestado i que estaba decidido a prestar en lo susesivo al partido liberal. Pero en cuanto vió que este partido caía, cambió de ideas, con la misma facilidad con que una veleta jira a impulsos del viento sobre la aguja de un campanario. Las visitas de Anselmo fueron desde entónces para él una verdadera pesadilla. ¿Cómo habia él de permitir que el gobierno dudase de su lealtad? ¿Cómo seguir teniendo relaciones con un mozo tildado de hereje i perseguido por las autoridades?

——:o:——

CAPITULO XXXII.

LUCINDA EN SU CASA

> «La decepcion fué dolorosa. Aquel lecho estaba vacío; i en lugar de las sonrisas del amor, debia encontrar la nada, la realidad fria que iba a herir su corazon. Cayó de rodillas al pié del lecho; i estrechando con mano convulsa los cobertores de la cama, miró al cielo con dolor infinito, miéntras con voz desesperada esclamaba: ¡Dios mio! ¿qué te hacia ella para que la alejaras de mí? ¿Qué te hacia yo para que me privaras de su amor?»
>
> (R. Pacheco.—*El Puñal i la Sotana.*)

Los acontecimientos subsiguientes vinieron a satisfacer los deseos de don Cándido.

Lucinda, cuerdamente aconsejada por doña Estrella, trató de tomar posesion de su casa, de la cual habia querido adueñarse don Meliton, fundado en las disposiciones testamentarias de don Marcelino. Despues de vencer algunas dificultades, consiguió la hija de doña Trinidad posesionarse del hogar de sus padres, que no le fué

posible volver a ver sin derramar amargas lágrimas. Al pisar los umbrales de su casa, al recorrer los cuartos, al ver los muebles i otros objetos que recordaban su infancia, parecíale a la pobre niña como que volviera de un largo viaje o de un prolongado letargo.

Uno de los primeros cuartos endonde entró, fué el de su padre. Allí estaban el bracero, la tetera i el mate de don Marcelino. Lucinda miró con tierno interes estos objetos, i se acercó a la silla de vaqueta en que su padre se sentaba. Del respaldo de la silla colgaba un gran rosario i un escapulario del Cármen: ella los tomó; i acercándolos respetuosamente a sus labios, oró por el autor de su existencia. Salió de allí con el corazon oprimido de penosos recuerdos, i prosiguió su escursion por toda la casa. En un momento lo recorrió todo con ansiedad febril i como buscando algo que le hiciera falta. Dos veces pasó por enfrente del dormitorio de doña Trinidad, i no se atrevió a entrar. Al fin entró, i corriendo hácia el lecho, con los brazos abiertos, como si tratase de abrazar a su querida madre, dió un grito i cayó de rodillas junto al borde de la cama.

—¡Madre mia! esclamó; mi corazon te buscaba, i ha sido necesario el que yo vea desierto tu lecho para convencerme de que ya no te veré mas!

Doña Estrella i Anselmo que la acompañaban, respetando en silencio su dolor, apénas se habian atrevido a dirijirle algunas palabras de consuelo. Pero viendo la necesidad de distraerla, sacáronla de allí i la llevaron al jardin. La vista i el aroma de las flores que ella habia cultivado, hicieron mas que las tiernas palabras de sus amigos, pues los grandes dolores no saben escuchar, i solo el cambio de escenas puede a veces mitigarlos algun tanto.

Apesar de esto, Lucinda escuchaba agradecida las amistosas palabras de doña Estrella; i sentia aumentarse su amor por Anselmo al tocar con la mano la realidad de los hechos que a cada paso le advertian que no tenia mas apoyo que su marido.

—Ah! querido mio! solia esclamar al oido de Anselmo; ¡qué seria de mí, si no fuera por tu amor!

I luego agregaba en voz alta, dirijiéndose a doña Estrella:

—¿En qué consistirá, amiga mia, esto de parecerme que hace muchos años que me hallaba separada de mi casa?

¡Pobre niña! no echaba de ver que los dias dolorosos porque acababa de pasar, eran para ella como muchos años de vida!

——:o:——

CAPITULO XXXIII.

LEALTAD.

> «La mejor i principal garantía del órden es la libertad. Si un gobierno concede a los ciudadanos la libertad de ejercer sus derechos, sin amenazas ni presion, el órden está asegurado por sí mismo, i reposa en bases mas indestructibles que las que podria prestarle el mas aguerrido i numeroso ejército.»
>
> (V. Reyes.—*Discurso en las Cámaras Lejislativas. Sesion de 6 de junio de 1871.*)

La dicha de Anselmo, como toda dicha de este mundo, no era completa. Aunque se hallaba poseedor del inapreciable tesoro por el cual habia suspirado durante años enteros, bastábale ver en desgracia a su antiguo jefe, a su protector i amigo, para no ser completamente feliz. Casi se echaba en cara su propia dicha al acordarse de la mala fortuna de su querido jeneral, i cada dia se afirmaba mas en la idea de reunirse con él i con sus demas compañeros para poner su espada al servicio de la causa constitucional, que aun no se creía perdida del todo.

Pero nadie sabia el objeto de Freire al dirijirse con sus fuerzas hácia Coquimbo, i todos sus partidarios sentian que el jeneral hubiese tomado una determinacion tan inconducente, pues no era hácia el norte, sino hácia el sur de la república, adonde debia haberse dirijido, en atencion a que solo allí podia encontrar puntos de apoyo para obrar contra las fuerzas reaccionarias. I era tanto mas estraña la determinacion del jefe constitucional, cuanto que al mismo tiempo de zarpar su pequeña escuadra hácia el norte, una parte de la division, bajo las órdenes de los coroneles Viel i Tupper, habia puesto proa hácia el sur, con intencion de alcanzar hasta Talcahuano, en cuya bahía fondearon en los primeros dias de febrero de 1830. Allí supieron que la provincia de Concepcion les era favorable, pues los habitantes de la capital se habian pronunciado por la causa liberal, deponiendo a las autoridades peluconas, i poniendo al mando de la provincia al jeneral Rivera. Este mandatario se condujo con sus enemigos políticos con toda la hidalguía i jenerosidad características de los defensores de las ideas democráticas; i los hechos volvieron a evidenciar que los liberales no abrigaban odio contra las personas, i que solamente habian tomado las armas para defender sus queridas instituciones.

En efecto, apénas se restableció el órden interrumpido, cuando el jefe de la provincia mandó sacar de sus prisiones a todos los reos políticos, bajo palabra de no hacer armas contra el gobierno provincial, i de que ninguno de ellos saliese de su respectiva casa hasta nueva órden. Pero esta jenerosidad no podia ser dignamente apreciada por un partido sin ideas, animado por el odio mas implacable contra las instituciones republicanas, lleno de ambiciones personales, i que despues elevó el fraude i el engaño al rango de elementos de gobierno.

Así fué que el coronel don José María de la Cruz (a cuyo cargo habia puesto el gobierno pelucon las fuerzas de la provincia) no tuvo el menor escrúpulo de faltar a su palabra, fugándose a Chillan endonde pudo reunir unos setecientos hombres con los cuales se fué sobre Concepcion.

No parecia sino que los hombres del partido reaccionario hubiesen pactado secretamente entre sí, el faltar a su palabra para convertir a los liberales en víctimas de su jenerosidad.

Concepcion estaba indefensa; i tan pronto como vieron los soldados de la pequeña guarnicion, que su antiguo jefe estaba con un ejército a las puertas de la ciudad, empezaron a desertar pasándo-

se a los sitiadores. Los pocos soldados que permanecieron fieles a la causa de la Constitucion, desalojaron la ciudad; i el coronel Cruz pudo entrar triunfalmente en ella, sin encontrar otra resistencia que la pasiva de los consternados habitantes, cuya jeneralidad se habia decidido por la Constitucion.

Nada de esto se sabia positivamente en Santiago. Corrian de boca en boca las noticias mas contradictorias, que cada cual comentaba a su placer, enjendrando aquí i allí la esperanza o la intranquilidad. El gobierno mismo no estaba mas adelantado, i tenia escasa noticia sobre el cambio que en las opiniones se habia operado en el sur de la república. Para oponerse a esta reaccion, habia dispuesto la Junta de gobierno, que el jeneral Prieto marchase hácia el sur a la cabeza de un ejército de mas de dos mil hombres que él iba engrosando a su paso por las provincias.

Anselmo desorientado, como todo el mundo, sin saber en dónde se hallaba Freire, i detenido ademas por la dulce cadena del amor, estaba indeciso sobre el punto hácia adónde se dirijiria, cuando una circunstancia imprevista vino a decidirlo.

Despues de mil conjeturas sobre la expedicion de Freire al norte, se supo en Santiago que este jeneral volvia de Coquimbo con intencion de desembarcar sus tropas en el sur de la república. Los amigos de Freire, i especialmente Anselmo, se alegraron, pues la reaccion operada en el sur en favor de la Constitucion, debia ser alentada i protejida oportunamente. Pero la buena noticia habia llegado junta con otra mala: la escuadra liberal habia perdido dos buques i algunos hombres.

——:o:——

CAPITULO XXXIV.

POLÍTICA DE LOS VENCEDORES.

«¡Oh, libertad! despues te profanaron,
I en un siglo de luz para matarte
Tus altares de víctimas mancharon,
I alcanzaron al fin a esclavizarte!
Asesinos tu nombre proclamaron
Del crímen i el terror hicieron arte».....

(C. W. Martínez)

Rejía en esos dias la República, don Francisco Ruiz Tagle, el cual habia recibido (aunque no aceptado) formales instigaciones de parte del padre Hipocreitía para que aprisionase al peligrosísimo enemigo, Anselmo Guzman, que a su cualidad de ardiente pipiolo, reunia la de ser amigo i protejido del jeneral Freire.

Pero esta última circunstancia fué la que libró a Anselmo de ser aprisionado (como a otros muchos pipiolos, por la única razon de serlo), pues Ruiz Tagle apreciaba las buenas cualidades de Freire,

de quien habia sido amigo, i naturalmente le repugnaba obrar, sin motivos serios, contra un pariente cercano del jeneral enemigo. Por otra parte, el presidente conocia los motivos que hacian obrar al jesuita, pues no ignoraba nada de lo últimamente ocurrido en la familia del finado don Marcelino de Rójas, i esto era otra razon mas para que Ruiz Tagle dejase tranquilo en su casa al jóven Guzman. Desgraciadamente para éste, a las hipócritas insinuaciones del jesuita, se unian los imperiosos consejos del clérigo Franco que de sempeñaba dos ministerios, el del Interior i el de Relaciones Esteriores; i por último, se agregaba a todo esto, varias cartas dirijidas al Presidente i a su Ministro Franco, en las cuales se les advertia que Anselmo era un espía de Freire i un enemigo del partido del órden (ya comenzaba a tomar este nombre, despues de haber desordenado a todo el país) tanto mas peligroso cuanto mas rica era la herencia que esperaba por su matrimonio con Lucinda. El presidente, mas bien por no contrariar de frente al rencoroso clérigo, que por dar crédito a sus palabras o a las cartas recibidas, mandó llamar un dia a Anselmo. Presentóse éste en el palacio, i tuvo allí que sufrir un vergonzoso interrogatorio que el mismo Ruiz Tagle le hizo sobre sus relaciones con el enemigo. Contestó el jóven de una manera que pareció satisfacer al presidente; i ya éste le habia ordenado retirarse, cuando se dejó oir fuera un ruido como de jentes que se acercaban. No tuvo el presidente tiempo para preguntar la causa de aquel ruido porque la puerta de la sala del despacho se abrió, i al mismo tiempo se oyeron estas palabras dichas con una voz ronca i ajitada:

—Señor *Tresidente! Tictoria, tictoria!*

—¿Qué hai, señor Franco? Qué significa esto? preguntó el Presidente a su Ministro, miéntras los que lo acompañaban habian quedado en la antesala.

—Yo se lo diré a Vuesencia, respondió don Cándido de la Rueda con ajitada voz i adelantándose de entre los acompañantes. El caso es, señor Presidente, que la relijion va triunfando, i que ese perro de Tupper ha muerto en Talcahuano.

—Aquí traigo las comunicaciones que relatan todo el hecho, agregó el Ministro, mostrando a Ruiz Tagle unos papeles que llevaba en la mano.

—Señor Franco, le interrumpió el presidente con tono severo: ruego a Ud. que haga despejar la antesala; pero ántes de esto (prosiguió en voz alta) seria bueno que Ud. hiciese ver a esos caballerso,

que es poco digno, poco humano, el manifestar de ese modo su adhesion al gobierno!

Franco salió de la sala refunfuñando, a tiempo que el padre Hipocreitía entraba i decia confidencialmente a Ruiz Tagle:

—Tiene mucha razon Vuesencia. No es de hombres que se dicen cristianos el alegrarse de la muerte de los enemigos, aun cuando éstos sean herejes. ¡Qué Dios lo haya mirado en caridad!

Ruiz Tagle no contestó al jesuita por estar embebido en la lectura de las comunicaciones que su ministro acababa de entregarle.

Por lo que toca a Anselmo, que habia sido testigo de aquella vergonzosa escena, sintió hervir la sangre en sus venas al oir la fatal noticia. Habia muerto su querido jefe! i esta noticia habia llenado de especial regocijo a sus crueles enemigos! Sin querer saber mas, bajó precipitadamente las escaleras del palacio, i al salir a la plaza vió con indignacion que un grupo de jente del pueblo corria gritando:

—¡Gracias a Dios que murió el maldito hereje!

—¡Viva la relijion!

—¡Mueran los estranjeros descomulgados!

Anselmo se dirijió apresuradamente a su casa.

—¿Qué tienes, Anselmo? le preguntó Lucinda en cuanto lo vió entrar. ¡Tú estás pálido! ¿qué te ha sucedido?

—Lucinda! respondió él, abrazando a su solícita esposa: ¡traigo el alma destrozada!

En seguida le relató en breves palabras las escenas de que habia sido testigo, agregando:

—Yo no podia creer a mis ojos, pues entre aquellas jentes que se alegraban por la muerte de un hombre tan digno de mejor suerte, venian caballeros que se dicen respetables i que se tienen por cristianos. ¡Si hubieras visto al clérigo Franco con su manteo terciado, su sombrero echado atras, capitaneando a aquellos fanáticos! Ménos que un sacerdote, parecia un capitan de bandidos vestido de sotanas! ¡Ah! Lucinda mia! ¡Qué tenga yo que dejarte!

—Qué dices! le interrumpió ella. ¿Por qué te has de separar de mí?

—Porque mi deber me llama a otra parte, querida mia.

—Ah! nó! Eso no puede ser! esclamó Lucinda estrechando a su marido entre sus brazos. ¡Es imposible que tú pienses formalmente en dejar sola a tu esposa que te ama tanto, que ha sufrido tanto

por tí, i que te prometeria, Anselmo mio, amarte mas, si me fuera posible amarte mas de lo que te amo!

Estas últimas palabras fueron moduladas cerca del oido de Anselmo, con tal acento de ternura, que le fué a éste imposible contrariar con su contestacion a su amante esposa. Ella habia cesado de hablar; pero seguia hablando mas elocuentemente aún con sus ojos preñados de lágrimas. Miróla Anselmo, i viendo en aquella mirada el apasionado corazon de su mujer, inclinóse sobre ella cual si tratase de respirar el aroma de un manojo de flores que tuviera entre sus brazos. Sus alientos se confundieron, i un doble beso resonó en el espacio.

Al mismo tiempo se dejó oir afuera un ruido de voces que despertó a los amantes esposos de sus sueños de oro. Quiso Anselmo abrir la ventana que caía a la calle para ver la causa de aqnellas voces que parecian de carácter amenazador, pero se detuvo al sentir várias pedradas que chocaron en las rejas de las ventanas.

—¡Dios mio! esclamó Lucinda; i así me querias dejar! Parece cómo que atacaran la casa! ¿Qué significará esto?

—Yo te esplicaré lo que esto significa, respondió Anselmo; o mas bien, los asaltantes lo esplicarán. Oye lo que dicen, pero no tengas miedo.

I miéntras él salia apresuradamente a hacer que se atrancase la puerta de calle, Lucinda, temblando, se puso a escuchar el vocerío que habia aumentado considerablemente.

—¡Muera Freire! gritaban. ¡Viva la relijon!

—¡Ya ha muerto el condenado Tupper, i así irán muriendo poco a poco todos los malditos herejes i pipiolos!

—¡Bala fria, muchachos! Bala fria contra el pipiolo Guzman!

——:o:——

CAPITULO XXXV.

EL DEBER I LAS CIRCUNSTANCIAS.

«¿Merecen nuestros gobiernos el nombre de republicanos? En vez de gobernar con el pueblo, por el pueblo i para el pueblo, han gobernado con el partido, por el partido i para el partido.»

(Justo Arteaga A.—*Discurso, Agosto* 4 *de* 1870.)

«Bajo la influencia de una mala política se pervierten los mejores talentos i los mejores caractéres: desaparece la dignidad de la intelijencia, i la probidad del corazon».

(Domingo Arteaga A.—*Discurso.—Octubre* 14 *de* 1871.)

Lucinda se habia hincado a rezar en un ángulo de la pieza: las pedradas continuaban resonando en las puertas de las ventanas, cuyos vidrios caían hechos trizas.

—Ya ves, querida Lucinda, dijo Anselmo entrando de nuevo; ya ves la suerte que me espera si me quedo en Santiago.

—Pues nos retiraremos a vivir léjos de aquí, en uná de nuestras haciendas.

—Ah! querida mia! Todavía no podemos saber qué cosa de tu herencia nos pertenezca miéntras el padre Hipocreitía i don Meliton tengan en su poder esa arma contra nosotros....

—¿El primer testamento de mi padre?

—Sí, hijita; pero tranquilízate, esto pasará.

—Estoi tranquila... Pero, díme: ¿no está anulado ese primer testamento por el segundo?

—Es cuestion de tribunales, Lucinda; i ya echarás tú de ver si estando el poder en manos de nuestros encarnizados enemigos, podremos tener fe en los juzgados que ellos han empezado ya a corromper. Nó, hijita, es preciso que yo salga pronto de aquí....

—Bien! interrumpió Lucinda con exaltacion... ¡Está bien! Salgamos: yo te acompañaré....

—Pero, advierte que yo tengo que ir a....

—No te detengas; concluye: ¿a la guerra quieres decir?

—Es verdad, respondió tristemente el jóven.

—Pues yo no tengo miedo en acompañarte cualquiera que sea el lugar adonde quieras ir. ¿No soi tu mujer?

Anselmo por toda contestacion abrazó a su idolatrada esposa, diciendola:

—Lucinda: ¡eres el ánjel de mi dicha! No puedo esplicarte lo que siento al tener que separarme de tí; pero un deber sagrado me llama cerca de mi jeneral, de nuestro amigo, i mas que todo eso, Lucinda mia, del protector de nuestros amores. ¿Te acuerdas cuándo sus palabras nos alentaban dándonos esperanzas sobre nuestra union, que a veces nos parecia imposible? Ahora, él se encuentra en el campo de batalla, i yo debo correr a su lado. La patria reclama mis servicios, i es preciso que desenvaine esta espada en defensa de nuestras instituciones i nuestra libertad, la mas preciosa herencia que podemos dejar a nuestros hijos. ¡Oye las voces de esos hombres feroces que quisieran beber mi sangre porque he dado la mia por darles libertad a ellos mismos! Ellos no saben lo que dicen ni lo que hacen, pero han sido azuzados por los jefes de un partido sanguinario, que, a nombre de la relijon, predica la matanza i trabaja por implantar en Chile el despotismo i todos los vicios que de él se derivan. ¿Cómo permanecer a sangre fria, viendo que los enemigos de la democracia se han adueñado del gobierno? ¡Perdóname, Lucinda, que te hable así, pronto nos volveremos a ver!...

Tú te quedarás con doña Estrella, quien ya me ha ofrecido su casa.

Lucinda callaba miéntras tanto; pero se conocia la violencia que tenia que hacerse para no contrariar a Anselmo. Ya la bulla habia cesado en la calle, i los grupos se habian deshecho, yéndose a alborotar otras calles i apedrear otras casas de pipiolos.

Anselmo llamó a su asistente que le servia de portero, i de cuya fidelidad tenia repetidas pruebas.

—Pedro, le dijo: yo tengo que salir mañana de aquí: prepara los caballos.

—¿Nos vamos al sur, mi capitan? preguntó Pedro.

—Me iré yo, respondió Anselmo.

—I yo?

—Tú te quedarás aquí.

—Pero.....

—Calla. ¿No dices que me quieres?

—Mas que a mi vida, i por eso me admira de que me ordene quedarme.

—Porque quedándote me darás una prueba de tu fidelidad i cariño por mí. Te encargo a Lucinda: si algo le sucede por tu descuido...

—Ya entiendo, mi capitan. La señora tendrá en mí un perro dispuesto, no solo a ladrar sino a morder al que trate de hacerla el menor daño.

—Está bien. Ahora, búscame un buen baqueano que me acompañe a Talca por el camino de la costa. Será bien pagado.

Pedro saludó militarmente i se retiró a cumplir su comision.

——:o:——

CAPITULO XXXVI.

ANSELMO SE DESPIDE DE ANDRES.

«Así perece la infancia
I la blanca juventud,
Del patricio la arrogancia,
Del patriota la constancia,
I la voz de la virtud.»

(Domingo Arteaga A.)

Habiendo tomado su resolucion, Anselmo se fué a casa de doña Estrella; i despues de haber hablado con ésta, se dirijió a la morada de su amigo, el capitan Andres Muñoz, a quien le comunicó su proyecto, creyendo que su antiguo compañero seguiria su ejemplo.

Andres dejó hablar a su amigo, i cuando hubo concluido, le dijo con tristeza:

—Te acompañaria, Anselmo; pero mi mala suerte me lo impide.

—¿Por qué?

—He dado mi palabra de honor al gobierno actual de no hacer armas contra él.

—¿Tú, uno de los soldados que mas han peleado por el sosten de nuestras instituciones?

—Es cierto, Anselmo, que he derramado mi sangre por esa causa, porque la creo santa. Estaria dispuesto a dar mi vida por ella. ¿Qué es la vida de un hombre, i mas cuando ese hombre es un soldado? Una puñalada, un sablazo, una bala tirada al acaso, pueden cortarla en un momento... Pero cuando de esa vida depende la de otros seres queridos e inocentes... Mira...

Andres no concluyó su espresion; pero mostró con el dedo a su amigo las ventanas de una pieza que estaba enfrente del cuarto endonde hablaban. Miró el jóven, i al traves de las rejas vió a Cecilia sentada con un niño en los brazos, miéntras otros dos mayores se entretenian en jugar alegremente al rededor de su cariñosa madre. Este cuadro, digno del pincel de Rembrandt, oprimió el corazon de Anselmo porque le trajo a la memoria su separacion de Lucinda, cuyas últimas palabras resonaban aún temblorosas en sus oidos.

Pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo a su amigo:

—Te comprendo, Andres!

—No tengo, dijo éste, a quien encargar el cuidado de mi familia... Tú sabes que este gobierno, no solo persigue a sus enemigos, sino tambien a las mujeres i a los niños... ¿qué seria de ellos si yo los dejase aquí abandonados a merced de hombres irritados i rencorosos.? ¡Ah! yo tambien quise acompañar a Picarte para reunirme con Freire en Valparaiso; pero me pusieron entre la espada i la pared, i juré no hacer jamas armas contra estos traidores!

—Comprendo tu posicion i te compadezco, respondió Anselmo.

—En cuanto a tí, prosiguió el capitan, alabo la determinacion que has tomado... Vete a reunir con Freire i dile... Nó! no pronuncies mi nombre ante mis antiguos compañeros! Solo te digo que pueden estar seguros de mi amistad, i tú mas que todos ellos!

—Lo creo, amigo mio, dijo tristemente el jóven. ¡Adios!

—Adios! Anselmo ¡qué la victoria te acompañe siempre!

—Dime, Andres, esclamó de repente Anselmo: ¿no podrias...Pero nó... es preciso que cumplas tu palabra empeñada... Adios! otra vez... Despídete por mí de tu esposa, i dile...

—Así lo haré, interrumpió precipitadamente Muñoz. ¡Pobre Cecilia! prosiguió, mirando tristemente hácia la ventana endonde se divisaba su familia reunida. Mejor es que no vayas a despedirte de

ella... Evitémosle un mal rato... ¡Ha tenido que sufrir tanto, amigo mio!

Al decir esto, se abrazaron; i con las lágrimas en los ojos, se separaron estos dos antiguos compañeros a quienes talvez estaba reservado el encontrarse bien pronto el uno enfrente del otro en el campo de batalla.

—¡Maldita sea la lucha que así divide a los hijos de un mismo país i que obliga a la patria a destrozarse las entrañas con sus propias armas! esclamó Andres cayendo sobre una silla.

En seguida se puso de pié como por un movimiento febril, i empezó a pasearse a lo largo del cuarto con una ajitacion que revelaba bien claro la intranquilidad de su alma.

—¡Ah! decia, como si su amigo pudiera oir sus entrecortadas espresiones: tienes razon, Anselmo! Tienes razon en compadecerme por haber tenido que renegar de mi bandera... ¡I quién sabe si debiera yo decir: *¡por haber traicionado!*... Porque aquí, en mi conciencia, siento que es algo como una traicion esto de quebrar su espada cuando podria esgrimirla contra los enemigos de mi causa!... ¡Fatalidad de mi suerte! ¿Por qué no me mató una bala en el campo de Ochagavía? Pero nó! Soi un insensato!... Gracias, Dios mio! por haberme conservado esta vida, que es la vida de mi pobre mujer i de mis hijos! Sí! prosiguió, apretando la empuñadura de su sable: ¡he jurado no hacer armas contra esos miserables traidores; pero tambien juro ahora no pelear a su lado contra los amigos de la república!

En aquel momento entró al cuarto, Julia, la hijita mayor de Andres.

—Papá! esclamó la niña, con las lágrimas en los ojos, al notar la tristeza de su padre.

—¿Qué tienes? le preguntó éste acariciándola. ¿Por qué lloras?

—I Ud. ¿por qué está triste?

—Yo no estoi triste, hija mia!

—I entónces yo tampoco lloro, contestó la niña sonriendo miéntras se limpiaba los ojos.

Abrazóla Andres; i al besarla en la frente, una lágrima que rodó por las tostadas mejillas del soldado, cayó como el bautismo de la desgracia sobre los ensortijados cabellos de la niña.

——:o:——

CAPITULO XXXVII.

LA BARRA DE CONSTITUCION.

«Es una torpeza en un hombre de estado cerrar la puerta para toda conciliacion, i poner a sus adversarios en la alternativa de perecer o combatir.»

(M. L. Amunátegui.—*Dictadura de O'Higgins, capítulo XI.*)

«Cuando un pueblo se divide en vencedores i vencidos, en verdugos i víctimas; cuando el gobierno jamas perdona, sino que persigue sin tregua a sus adversarios rendidos..... en tal caso, es buena i útil, justa i santa la reaccion que se intente para restablecer el equilibrio perdido.»

(Marcial González.—*Los proscritos i las letras.)*

Pero Tupper no habia muerto; i hé aquí el oríjen de esta falsa noticia, que tan de buen humor habia puesto al belicoso clérigo Franco.

Segun hemos dicho en el capítulo anterior, Tupper i Viel habian llegado a Talcahuano en el bergantin *Constituyente* poco despues de

la sublevacion de Concepcion a favor de la causa liberal. Veinticuatro horas despues de haber fondeado ellos en el puerto antedicho, llegaba a la isla *Quiriquina*, situada en la boca de la estensa bahía, el bergantin *Aquiles*, de la escuadra pelucona, que habia seguido la pista al *Constituyente*. Tupper concibió el proyecto de tomarse al *Aquiles*, atacándolo al abordaje por medio de lanchas que solo le habian de servir para conducir sus soldados. Una sola tarde le bastó para formar el proyecto i preparar su jente, que hizo embarcar en ocho lanchas en cuanto las sombras de la noche cubrieron la bahía. La noche era oscura i el mar estaba en calma. Los asaltantes alcanzaron a rodear el bergantin, i habrian acertado su atrevido golpe de manos, si no hubiesen sido descubiertos a tiempo de abordar el buque. El combate fué corto, pero terrible. Se peleaba cuerpo a cuerpo. El mismo Tupper, herido en un brazo, cayó al agua i se le creyó muerto, por amigos i enemigos, lo cual decidió la victoria en favor de los asaltados. Los asaltantes fueron rechazados; pero tuvieron la felicidad de salvar la vida a su valiente jefe, que habia conseguido permanecer a flote i a quien recojieron casi exánime.

Por manera que el placer del ambicioso i feroz clérigo, se tornó en rabia cuando se supo despues en Santiago que el bravo coronel, léjos de haber muerto, habia tomado por asalto, en union con Viel, la plaza de Chillan defendida por el coronel don José María de la Cruz, cuyas fuerzas eran el doble de la de los sitiadores.

Poco despues de estos sucesos, es decir, a fines del mes de marzo, llegó Freire al puerto de Constitucion con solo dos buques: el bergantin *Aquiles*, endonde iba él i la mayor parte de los oficiales, i la goleta *Dilijente*. A estos dos buques habia quedado reducida la escuadra liberal, compuesta de seis embarcaciones al salir de Coquimbo. Dos de éstas, la balandra *Juana Pastora* i el bergantin *Dos Hermanos*, habian sido capturadas casi en las aguas del puerto antedicho por la goleta contraria *Colocolo*. Los otros dos bergantines (*Railef* i *Olifante*), habian navegado en convoi hasta la costa de la Navidad, endonde, combatidos por una tormenta, estuvieron a punto de perderse con mas de trescientos soldados del *Concepcion* i del *Chacabuco* que conducian, al mando de sus respectivos jefes, el coronel Rondizzoni i el teniente coronel Castillo. Hubo que desembarcar la tropa, despues de lo cual se fué a pique el *Olifante*. I habiendo determinado los antedichos jefes conducir sus soldados por tierra hácia Constitucion, volvióse el *Railef* a Valparaiso.

Nada de esto sabia Freire, así es que esperaba ver llegar de un momento a otro los buques atrasados. La tropa estaba en tierra; pero el jeneral no habia querido desembarcarse, manteniéndose en observacion con su bergantin listo para prestar auxilio a sus otros buques en caso necesario. Mas habiendo tenido noticias de que Rondizzoni, i Castillo se acercaban por tierra; i sospechando lo sucedido, determinó desembarcar al momento. Aunque los conocedores le hicieron ver los peligros que ofrecia la poca agua de la barra de aquel puerto, famosa en siniestros, a lo cual se agregaba el mucho calado del *Aquiles*, no desistió de su idea i ordenó entrar en el puerto. Los temores se realizaron, i el bergantin encalló en un banco de arena, abriéndose por la proa. Un grito de horror fué lanzado por la multitud de jentes que desde la playa presenciaban la terrible escena, i al momento se prepararon varios botes i lanchas para socorrer a los naúfragos.

El buque, combatido por las marejadas del sur, que cual ariete inmenso golpeaban su costado de babor, se iba abriendo cada vez mas i hundiéndose por la popa. Cada marejada arrastraba una parte de la obra muerta, llevándose ya un marinero, ya un soldado de los que habian quedado abordo. El golpe de las olas sobre el casco, el silbido del viento por entre la arboladura, el chasquido de las cuèrdas que se cortaban, i el crujimiento seco de los mástiles sacudidos en su base, formaban un ruido aterrador.

Los botes se habian echado al agua, i embarcádose ya en ellos una gran parte de la tripulacion.

El jeneral, de pié, cerca de la proa i asido fuertemente a una parte de la obra muerta, parecia empeñado en no bajar a la lancha que lo aguardaba, hasta que no desembarcase el último hombre. Habiase atado a la borda el estremo de una escala de cuerda que descendia hasta la lancha, i por ella acababa de bajar don Nicolas Freire, sobrino del jeneral, quien gritaba a su tio que descendiese pronto.

El buque seguia crujiendo horriblemente, i amenazaba hundirse de un momento a otro cuando el jeneral bajó a la lancha. Desgraciadamente el mar estaba ajitado, i las corrientes del sur impelian la lancha hácia la playa de Quivolgo, en cuyos bancos de arena se han perdido tantas embarcaciones. De las demas lanchas i botes, unos habian quedado atras, i otros iban entrando por la boca del rio, i solo una lancha se habia perdido enfrente de las jigantescas rocas llamadas las «Ventanas.»

Por en medio de estas rocas el mar parecia vomitar olas que atravesaban el canal de entrada, dificultando el paso hácia el interior del puerto. Al pasar por el punto antedicho, la lancha del jeneral sufrió, de costado, el choque terrible de una marejada que hizo volver su proa hácia el norte, poniéndola en inminente peligro de perderse, pues el timon se habia quebrado; i no pudiendo virar, una segunda marejada la llenó casi de agua.

La tripulacion hacia grandes esfuerzos por enfilar la corriente del rio; pero la falta del timon les impedia maniobrar en este sentido. Ya creían su pérdida segura, cuando vieron venir hácia afuera tres lanchas i un bote, impulsados no solo por los remos, sino por la corriente del reflujo. El bote i una de las lanchas venian adelante; las otras dos lanchas se habian quedado atras como temerosas de arrostrar el peligro. Este, en efecto, era considerable en atencion a que, para llegar a la lancha amenazada, se debia virar hácia el noroeste, lo que esponia a recibir por el costado las repetidas marejadas de las «Ventanas.»

Al enfrentar a estas rocas, el bote se adelantó rápidamente, i el jeneral Freire pudo ver que el oficial que allí venia con dos marineros, era Anselmo Guzman.

—Anselmo! gritó Freire, no te espongas a una muerte segura! Mira que es imposible que esta embarcacion tan débil pueda resistir el golpe de la ola!

Pero Anselmo, saludando con la mano a su jeneral, dirijió la palabra a los dos marineros i requirió el timon.

El bote volvió con la prontitud de un lijero corcel i se lanzó como una flecha hácia la lancha, a la cual le era imposible salir de un remolino formado por las encontradas corrientes. En balde quisieron los bogadores neutralizar con los remos el empuje de la marejada, a fin de evitar un peligroso choque contra la lancha: el bote chocó contra la proa de ésta, haciéndola virar hácia el sur i pasando unas diez o doce brazas adelante. Con el cambio de posicion, la lancha, ya en mui mal estado, recibió por la popa un terrible golpe de ola que acabó de abrirla, llenándola de agua. Afortunadamente uno de los marineros del bote habia lanzado al pasar un cabo que otro marinero de la lancha pudo cojer en el aire; i hé aquí porque aquella embarcacion, a pesar de la velocidad que traia, no se habia alejado de la lancha sino el largo de la cuerda. Tomados de ésta, pudieron atraer hácia ellos el bote, a tiempo que la desencuadernada lancha se hundia bajo de las olas.

Solo quedaron flotando los que sabian nadar. En aquel momento supremo fué cuando don Nicolás Freire, viendo que su tio luchaba en vano contra la corriente, se lanzó hácia él; i tomándolo de un brazo, pudo llevarlo a nado hácia el bote en el cual solo se veían los dos marineros de su tripulacion, otros dos de la lancha i un oficial que llegó despues nadando.

—¿I Anselmo? preguntó el jeneral. ¡Ha muerto! esclamó viéndolo exánime en el fondo del bote.

—Nó, señor, respondió uno de los marineros que se ocupaba de atar con un pañuelo la cabeza del jóven.

—Respira! dijo con alegría el jeneral examinando de cerca al que amaba como si fuera su propio hijo... ¡Pronto a tierra! gritó. Pronto! pronto!

Miéntras el bote se dirijia hácia el desembarcadero, le contaron que, al dar éste contra la lancha, le habia sido imposible a Anselmo evitar que su cabeza chocase con la proa por debajo de la cual habia pasado el lijero bote con estrema velocidad.

El golpe le habia roto la frente cerca del ojo izquierdo, dejándolo aturdido instantáneamente; pero pronto empezó a dar señales de vida. Sin embargo, no hablaba i parecia atacado por una fiebre que algunos momentos despues se hizo violenta.

Llegados a tierra, pusiéronlo sobre una camilla improvisada, i cuatro soldados lo llevaron al alojamiento del jeneral. Este, que lo atendia con el mayor interes, ordenó que lo acostaran en su propia cama, sentándose él mismo a la cabecera del enfermo.

El cirujano habia examinado i curado la herida, declarando peligrosa la fiebre que se habia producido. El enfermo empezó a delirar:

—¡Pobre Lucinda! esclamó con palabras entrecortadas. Ven, mi querida esposa; acércate!..... ¡Mas todavía, porque apénas tengo fuerzas para hablar!... El corazon no te engañaba cuando me decias llorando que yo habia de venir a morir aquí!... ¡Que yo iba a dejarte para siempre!... ¡Pero, perdóname, alma mia...! ¿Cómo no habia yo de venir a compartir la suerte de mis compañeros de armas?... ¡Tú sabes cuánto me costó separarme de tus brazos!... Ah! era tan dulce aquel lazo que me detenia!... Pero, ¿cómo dejar que mi querido jefe, mi protector... sufriese solo las fatigas de la guerra... sin volar a su lado para pelear contra los malvados que lo han engañado tan miserablemente?... Oyes Lucinda?... ¡El amor me manda quedarme junto a tí... pero el deber me ordena poner al

servicio de la república esta espada que el mismo jeneral Freire me regaló!... Adios, Lucinda! Adios!...

El febrítico, haciendo un esfuerzo como para levantarse, volvió a caer exánime sobre la almohada. El jeneral, que se habia alzado de su asiento, lo miraba lleno de emocion; i no bien hubo concluido de hablar el enfermo, cuando él, volviendo la cara, entró en la pieza inmediata. No queria que sus oficiales allí presentes lo viesen llorar.

——:o:——

CAPITULO XXXVIII.

EL CONSEJO.

> «Meneses sentia una gran repugnancia por toda innovacion, i estaba mui distante de poner su voluntad o su brazo al servicio de una política que no hubiese recibido el aliento de su propia inspiracion.»
>
> (R. Sotomayor Valdez.—*El Ministro Portales.*)

La pobre Lucinda habia quedado desolada en la capital, i seguia siendo víctima de la mas cruel zozobra, pues desde que Anselmo le dió el último abrazo de despedida, no habia tenido noticias de él. Por fortuna la pobre niña habia encontrado en Andres Muñoz i en Cecilia (para quienes Anselmo dejó una larga carta encargándoles a su querida esposa), habia encontrado, decimos, en los dignos amigos de su marido, un consuelo que le hacia mas soportable la soledad de su corazon. Tener cerca de sí una persona con quien hablar íntimamente de su esposo, era para ella una verdadera ne-

cesidad; así fué que, habiéndole rogado Cecilia que se fuese a vivir a su casa, miéntras volvia Anselmo, Lucinda aceptó con gratitud la oferta de su buena amiga, i se trasladó a casa de Andres.

Pero esto no bastaba para tranquilizar el combatido espíritu de la hija de don Marcelino, para la cual los dias eran cada vez mas largos. Acostábase todas las noches con la esperanza de que al dia siguiente llegarian noticias del sur; pero amanecia el dia siguiente, i las noticas no llegaban; i si llegaban, eran tan contradictorias que mas servian para desorientarla que para conocer la verdad.

El gobierno mismo no estaba mas adelantado sobre el particular; i tanto a él como al partido pipiolo les sucedia lo que a todo interesado en la realizacion de un hecho cualquiera: cada cual comentaba a su modo las contradictorias noticias llegadas a la capital; i despreciando las adversas, daban acojida solamente a las que estaban acordes con sus mas ardientes deseos.

Por fin llegó a saberse, de una manera fidedigna, el desembarco de Freire en Constitucion; i las conjeturas i chismes cesaron para dar lugar a chismes i conjeturas de otra especie. No faltaba quien asegurase que Freire habia muerto ahogado; pero otros mostraban cartas de puño i letra del jeneral, escritas desde Constitucion. Habia quienes miraban como una locura el querer derrocar un gobierno como el de la *Junta*, tan sólidamente establecido ya; miéntras que otros, perdonándole al jefe pipiolo su antorior estravío, lo miraban como al redentor de las libertades públicas, i lo esperaban todo de su heroismo, con una fe ciega en el prestijio de su antigua gloria.

Por su parte, el gobierno se habia reunido en consejo para resolver sobre las medidas que convendria adoptar. ¿Debia esperarse a Freire en Santiago o salirle al encuentro en su marcha hácia la capital? Hé aquí una cuestion de suma trascendencia que requeria una solucion tanto mas pronta i enérjica cuanto que, en casos como el presente, el éxito depende las mas veces de la prontitud i de la enerjía en las operaciones. Pero era menester oir la opinion de los prohombres del partido; i en consecuencia, fueron llamados al Consejo los amigos mas íntimos, entre los cuales se distinguian nuestros antiguos conocidos don Víctor Dorriga i el incansable jesuita, quien ya no hacia misterio de su adhesion a los relijiosos pelucones, i hablaba de las ideas anticristianas de los pipiolos, no solamente dentro del palacio del gobierno, sino tambien delante de los amigos de su antiguo confesado, el jeneral Pinto.

—¡Señores! dijo el ardiente clérigo Franco, arrebatando, mas bien que tomando la palabra: ya sabemos el arribo del revoltoso Freire a la Nueva Bilbao....

—Constitucion, señor, le interrumpió don Francisco Ruiz Tagle.

—Constitucion o Nueva Bilbao, poco importa por ahora el nombre, replicó, terciándose el manteo el antiguo realista, que no podia avenirse aún con dar a los lugares los nombres dados por los republicanos. Lo que importa es saber, como ya lo sabemos de positivo, que el revoltoso enemigo del órden ha desembarcado en aquel puerto. Mas, por gracia de la Divina Providencia, que tan evidentemente está favoreciendo nuestra santa causa, no ha podido Freire desembarcar allí sino con mui pocos soldados. Siendo como es un iluso, no es extraño que pretenda venir a arrebatarnos el poder que Dios ha puesto en nuestras manos, i que la relijion misma nos ordena i manda defender a todo trance, muriendo, si es preciso, ántes que entregarlo a los que tan mal uso saben hacer de él. Esas pretensiones del cándido Freire las vemos reflejarse aquí en el semblante de sus crédulos adeptos, que llenan esta capital, i de los cuales debemos defendernos i librarnos, ántes que de su ya desprestijiado jeneral. Tenemos, pues, al enemigo en casa; por manera que no me parece prudente dejar indefensa esta ciudad, enviándo nuestras fuerzas a combatir contra un enemigo casi reducido ya a la impotencia, i que la Divina misericordia acabará de....

—Sí! aténgase a la Vírjen i no corra! interrumpió Aldeano sonriendo.

—¿Qué decia Ud., señor don Rodrigo? preguntó Franco con mirada chispeante.

—Decia, respondió el interpelado, que, cuando se divisa un inconveniente a nuestra marcha, es preciso ir pronto hácia él, para quitarlo del camino, i no esperar que ese estorbo ruede hácia nosotros, porque puede llegarnos mui crecido!

—Pues yo creo al contrario que ese inconveniente, léjos de crecer disminuirá, porque llegará hecho pedazos a nosotros.

—¿Por virtud del Altísimo? preguntó Aldeano.

—Nó, sino por su propia virtud, respondió Franco, moviendo su brazo como quien juega al sable.

—Pues yo soi del parecer del señor Aldeano, dijo el padre Hipocreitía. Mas fácil es pasar el curso de un rio en su nacimiento que mas adelante....

—En cuanto a mí, interrumpió Franco, hallo mas fácil pasar

la corriente del rio, cuando parte de sus aguas se han consumido en el camino.

—I ¿si han sido aumentados con ricos afluentes? replicó el jesuita.

—Oh! esclamó don Diego Portales, que estaba sentado cerca del presidente: hablen de modo que se entienda, por el amor de Dios! Don José Tomás me acaba de decir que no ha comprendido palabra de lo que han dicho ustedes!

—Yo no he dicho eso, replicó el presidente mirando de reojo a Portales. Lo que he dicho es que aquí hemos venido a ver si conviene o nó enviar tropas al sur. ¿Qué le parece a Ud., señor Dorriga?

—Yo creo que debieran ya estar nuestros soldados a orillas del Maule, respondió con voz clara don Víctor. Verdad es que Freire tiene ahora pocos soldados; mas por lo mismo debemos impedir que aumente sus fuerzas, lo cual conseguirá, si llega a Talca i pasa prontamente a Colchagua, cuyos habitantes son, en su mayor parte, pipiolos. Es menester que no nos engañemos: Freire tiene muchos partidarios entre el Maule i el Cachapoal; por consiguiente, no debemos dejarlo poner el pié en esos centros de poblacion, endonde puede formar i equipar un ejército. Es preciso, pues, irnos en derechura al Maule, i ojalá no sea demasiado tarde para impedir el paso a los soldados de Rondizoni i de Castillo, que harán por reunirse cuanto ántes con su jeneral.

Prevaleciendo el parecer de Dorriga, dióse órden a Prieto de que alistase su ejército para ponerse prontamente en marcha hácia el sur.

La Junta nombró auditor de guerra al mismo don Víctor, i los sucesos posteriores probaron el acierto de este nombramiento.

Junto con las noticias que tanto preocupaban a los pelucones, habia llegado la del siniestro acaecido en la barra de Constitucion. Lucinda oyó, mas muerta que viva, la relacion de un acontecimiento que tan cruelmente la heria en el corazon; i como no faltaba quien dijera haber visto cartas de Constitucion en que se hablaba de la segura muerte de Anselmo, la pobre niña se resolvió a ir ella en persona, a prestar los indispensables servicios a su esposo; i rogaba a Dios que si habia de morir el hombre que tanto amaba, lo conservase siquiera el tiempo necesario para ir a recibir su último aliento. En vano le hicieron ver, Andres i Cecilia, los peligros a que se esponia con un viaje tan largo, por caminos intransita-

bles, plagados de salteadores, i teniendo que atravesar un territorio conmovido por la guerra civil. Ella, no escuchando mas que a su corazon, allanaba todas las dificultades que Muñoz trataba de pintarle con los mas vivos colores; i siendo el amor tan injenioso para concebir un proyecto, como activo i enérjico para llevarlo a cabo, en ménos de veinticuatro horas, ya Lucinda habia preparado su pequeño equipaje de viajero, agregando a él un vestido completo de hombre, que Pedro le aconsejó llevar.

Viendo Andres que nada podia disuadir a Lucinda de su pensamiento, resolvió acompañarla; pero por desgracia, en esos mismos dias, recibió el capitan Muñoz la perentoria órden de no salir de la ciudad, miéntras el gobierno no dispusiera otra cosa, advirtiéndosele que tendria que desempeñar, en pocos dias mas, una comision importante en Valparaiso.

Bien conoció Andres que no se tenia confianza en su lealtad al nuevo gobierno, i que solo se buscaba un pretesto para separarlo del ejército que pronto debia batirse con los liberales. Léjos de resentirse por esto, agradeció que se le tuviera por leal a las ideas a que siempre habia servido; pero sintió grandemente el no poder acompañar a Lucinda, la cual se dirijió al sur por el camino de Melipilla, que era la vía de ménos inconvenientes, en aquellas circunstancias.

Vestida como una pobre mujer del pueblo, i acompañada solamente por Pedro, para evitar sospechas, emprendió su peligrosísimo viaje, confiando en que llegaria a su término sin ser conocida.

Al mismo tiempo que Lucinda se dirijia al sur, por el camino de la costa, (mui conocido por su fiel asistente,) el jeneral Prieto conducia su ejército hácia Talca, por el camino llamado entónces *de la Concepcion*, que divide lonjitudinalmente el gran valle central de Chile. Constaba el ejército pelucon de mil trescientos infantes, mas de ochocientos hombres de caballería, i doce piezas de artillería bien montadas. Aunque, segun el parecer del consejero Dorriga (cuya opinion respetaba grandemente el jeneral Prieto,) debia andarse en marchas forzadas para llegar a tiempo, no era posible conducir con mayor prontitud un ejército por una vía mala de suyo, i que las primeras lluvias habian hecho casi intransitable. Mas, a pesar de tales dificultades, una semana despues de dada la órden de marcha por la Junta de Gobierno, es decir, el 2 de abril, el ejército habia atravesado el rio Tinguiririca, i su vanguardia se hallaba ya acampada sobre la márjen izquierda del Chimbarongo. Allí se supo

que las fuerzas constitucionales no habian atravesado aún el Maule, i que Freire se ocupaba en reorganizar su ejército, al cual ya se habia incorporado Viel i Tupper, quienes habian traido del sur algunos veteranos de caballería, con los cuales venian como auxiliares, unos ciento cincuenta a doscientos indios bien montados.

Esta noticia puso de buen humor al hábil Dorriga, que a todo trance queria pasar los rios Lontué i Claro, ántes de que el enemigo se enseñorease del ondulado llano que se estiende hácia el sur, atravesado por una multitud de quebradas i esteros, cada uno de los cuales presentaban un punto de apoyo i de defensa al ejército allí acampado, mayormente si ese ejército carecia de cañones bien montados i de una robusta caballería, que era precisamente lo que se verificaba en el ejército constitucional. Por el contrario, don Víctor lo esperaba todo de su caballería, i deseaba encontrarse con el enemigo en un lugar endonde ésta pudiese obrar ventajosa i libremente.

Otra idea preocupaba ademas al sagaz consejero. Nadie habia podido decirle con certeza si Rondizoni i Castillo habian atravesado el Mataquito, con su jente desembarcada en la Navidad. Si los antedichos jefes conseguian reunirse con Freire, éste adquiriria un refuerzo de cerca de cuatrocientos soldados pertenecientes a los aguerridos batallones *Chacabuco* i *Concepcion*. Era, pues necesario impedirles el paso; i el lugar mas apropósito para ello, era el valle pordonde el rio Mataquito, (formado por el Lontué i el Teno), se dirije hácia el mar. I como en tal incertidumbre, la prudencia aconsejaba por una parte, no perder tiempo, i por la otra no dividir las fuerzas hasta no saber si Castillo i Rondizoni estaban al norte del Mataquito, don Víctor hizo despachar un emisario secreto para inquirir este importantísimo dato. El emisario debia partir a matacaballos hácia la costa, i allí se cercioraria de la verdad de los hechos. En seguida, atravesando el antedicho rio, se dirijiria por el costado sur hácia la estancia de las Quechereguas endonde se uniria al ejército.

Cúpole el desempeño de esta comision a nuestro antiguo conocido Juan Diablo, quien, deseando ganar *por dos lados* (como él decia), habia dejado a su intelijente esposa vendiendo aguardiente aguado en la calle de San Pablo, miéntras él, enrolado en las filas del *órden*, no solamente ganaba su sueldo de sarjento, sino que tambien hacia su negocio de proveedor de los soldados, por medio

del intelijente Vizco, que podia apostárselas a la mas experta vivandera.

Aquí conviene advertir al curioso lector, que, solo a condicion de hacerse soldado del *órden*, habia conseguido Juan Diablo que el gobierno le perdonase al Vizco aquella travesura que costó la vida al verdugo Catana, i que dió tanto que hablar a la ciudad de Santiago.

——:o:——

CAPITULO XXXIX.

LA EXPEDICION.

Para viajar, prudencia; i para mentir, memoria.

(Dicho popular).

Montados en mui buenos caballos, con los bolsillos repletos de dinero i disfrazados de paisanos, Juan Diablo i el soldado que lo acompañaba, dejaron el ejército, sin que nadie lo echase de ver, i se dirijieron rectamente hácia la costa.

Todavía era de noche cuando comenzaron a subir la montaña occidental; i aunque estos cerros estaban plagados de salteadores, nada temian, pues el asistente del bodegonero era un digno soldado de la Partida del Alba, gran conocedor de aquellas cerranías, así como de las prácticas, usos i costumbres de los salteadores que las habitaban.

Amanecióles sobre el portezuelo de la Higuera; i ya habia salido el sol cuando comenzaron a galopar, atravesando diagonalmente el estenso i feraz valle de Santa Cruz. De cuando en cuando se paraban o andaban al paso; pero era solo el tiempo necesario para refres-

car sus cabalgaduras medio fatigadas, o bien, para «hacer la mañana» con largos tragos de aguardiente, i *abrigar el estómago con un causeito.* Mas no porque mascaban perdian tiempo, pues, a una con meterle el diente a los fiambres que llevaban en las alforjas, metíanles las espuelas a sus caballos: por manera que, aún no eran las siete i media de la mañana, cuando ya ellos se habian alejado mas de once leguas del ejército.

En todo el camino hecho, no habian encontrado ni una sola persona a quien preguntarle nada; i como deseaban dar con álguien a quien interrogar, paráronse cerca de una vía trillada que atravesaba el abierto llano, i allí les quitaron el freno a sus caballos para refrescarlos un rato, esperanzados en que bien pronto habia de pasar algun sér viviente por aquel camino, que parecia mui traficado.

Los transeuntes no se hicieron esperar mucho rato. El digno bodegonero fué quien primeramente vió, por entre los espinos del gran llano, dos bultos que venian del lado del norte, los cuales no eran sino dos hombres de a caballo, que marchaban, el uno al lado del otro, ya al trote, ya al paso.

El previsor Juan Diablo ordenó entónces a su compañero que pusiera prontamente el freno al caballo, i lo mismo hizo él con el suyo, pues aquellos hombres que se acercaban podian mui bien ser *mala jente;* pero habiéndose acercado mas los transeuntes, conocieron nuestros hombres que nada tenian que temer de ellos, en atencion a que el uño parecia ser fraile franciscano (por el hábito que vestia), i el otro era sin duda su mozo de servicio, segun lo indicaba la maleta que traia sobre las ancas de su caballo.

Traia el fraile la cabeza i parte de la cara atadas con un gran pañuelo de seda; la capilla, a medio calar, le cubria la nuca, i un gran sombrero de paja de Italia le sombreaba el rostro, que, a pesar de sus regulares facciones, parecia un poco desfigurado por ciertas manchas rojo-negruscas (vestijios tal vez de alguna antigua enfermedad) que presentaban sus redondos carrillos.

Juan Diablo no pudo ver el color de sus ojos, pues el devoto sacerdote los tenia fijos sobre las cuentas de un gran rosario que llevaba en las manos; i tan embebido parecia ir en su rezo, que apénas contestó con un lijero movimiento de cabeza al saludo que se le dirijiera.

Acercóse entónces el bodegonero al criado, quien, a diferencia de su patron, no habia despegado de Juan i de su compañero, el único

ojo que le quedaba libre, pues llevaba el otro cubierto con un gran parche de trapo azul.

—¿Para dónde bueno, amigazo? preguntó el bodegonero, despues del saludo de cortesía.

—Vamos *aquí luego*, señor, respondió el del parche, poniendo la mano (distraidamente al parecer) sobre el laboreado mango de la catana que llevaba en la cabeza de la enjalma, i cuya aguda punta alcanzaba a pasar una pulgada mas abajo de los pellones de su montura.

—¿Cómo dice usted que va *aquí luego*, observó el compañero de Juan, i lleva esa gran maleta que no se usa sino para los viajes largos?

—Ménos averigua Dios i perdona, respondió el del parche, mirando de reojo al que lo interpelaba, i acariciando de nuevo su catana.

Al oir esta contestacion, el fraile volvió la cara i miró a su mozo, que pareció arrepentirse de haber hablado con demasiada acritud, porque dirijiéndose a Juan, le dijo con la voz mas suave:

—Es cierto, señor, que no vamos *aquí mui lueguito*, i por eso dije: *aquí luego* solamente. Mi patron es un padrecito que recien ha cantado misa en San Fernando, i ahora va mui enfermo de las muelas, i no puede hablar palabra. ¿Se le ha pasado el dolor, señorcito? preguntó, acercándose a su patron, el cual respondió con voz baja, algunas palabras que los otros no pudieron oir. Dice que se le ha pasado algo, prosiguió el del parche, volviéndose a Juan; pero siempre va punzándole la cara esta muela condenada, ¡Dios me libre! ¿Para qué diablos le mandará Dios estos dolores a un santo como es él, que no se lo pasa sino reza que reza?

—Pero, despues de tanto hablar, no nos ha dicho para a dónde marcha? preguntó el bodegonero sonriéndose.

—Ah! creia habérselo dicho a usted! esclamó el del parche, con cierto movimiento de disgusto. El hecho es que vamos a un convento de San Francisco que hai en San Pedro de Alcántara, endonde el padrecito tiene que cantar misa pasado mañana.

—Pero ¿no me dijo usted que ya habia cantado misa en San Fernando?

—Ah! es verdad, respondió mui contrariado el del parche. Esto quiere decir que va a cantar misa otra vez en San Pedro de Alcántara. Porque ha de saber usted, mi señor, prosiguió, bajando la voz con cierto misterio, que este padrecito no es de esos padres

que bota la ola, sino que el mismo Santo Papa, segun dicen, mandó desde allá de Roma las órdenes que lleva encima, con una multitud de induljencias i bendiciones, porque es herejía el número de induljencias que vinieron con las órdenes, i todas ellas mas grandes, por supuesto, que las que puede dar el señor Obispo de Santiago. I al mismo tiempo envió a decir el Santo Papa de Roma, que el que tocase a este siervo de Dios, o lo moslestase lo negro de la uña, caeria lisiado al momento, i moriria de mala muerte: todo lo cual ya ha comenzado a verificarse.

—¿Cómo así? preguntó Juan Diablo abriendo tamaños ojos.

—Ha de saber usted, que anoche tuvo mi patron con el provincial de San Francisco no sé qué dimes i diretes, cuando, sin saber cómo ni cuándo, cayó el pobre provincial al suelo, con un mal de hora que daba compasion. ¿No ha oido usted decir...?

—No he oido nada de esto, pues no soi de este lugar, respondió Juan mirando fijamente al sacerdote que marchaba adelante pasando unas tras otras las cuentas de su rosario.

—Pues si esto hace Dios con los sacerdotes que le dicen una mala palabra a mi patron ¿qué hará con los demas cristianos? Preguntéselo usted a todos los del convento de San Fernando i verá lo que le responden. En solo dos noches que allí estuvo, hizo como tres milagros, fuera de lo del padre provincial. Para que vea usted! Pero... esto es nada comparado con....

—¿Todavía mas? preguntó Juan Diablo con marcado interes.

—Mire usted! respondió el del parche, con ese tono animado de quien ha producido efecto. Mírelo que parece que no quiebra un huevo; pero ahí donde usted lo ve, es capaz de cantárselas al mas pintado, i no le tiene miedo a alma nacida, sobre todo cuando va como ahora con su pistola de virtud....

—¿Qué dice usted?

—Una pistolita de virtud, pues, señor, que mi patron tiene, la que jamas yerra tiro....

—¿I tambien se la mandó el santo Papa? preguntó Juan con cierta sonrisa.

—*No le sabré decir*, respondió el del parche; pero de todos modos la pistola es bendita, porque segun dicen, la cacha es hecha del mismo palo de la Santa Cruz, i aquel a quien se le apunta con ella, cae redondito al tiro...¡Jesus...! Dios me libre!

—Mire, *ño* Diab... *ño* Juan, dijo a esta sazon el asistente del bodegonero; mire que ya se va haciendo tarde!

—Ah! esclamó Juan; se me habia olvidado! Dígame, amigo, i perdone ¿no ha oido usted decir si han marchado o no para el sur los soldados enemigos del gobierno, que han desembarcado *por aquí por estos medios*?

—Nada sé de eso, respondió el del parche, porque yo no soi de este *partido*.

—Pues yo necesito apurar la marcha para llegar hoi mismo al Mataquito, dijo Juan despidiéndose de su interlocutor.

—Adios, señor, i que le vaya bien, murmuró éste, viendo con gran gusto que los otros dos echaban a andar a buen galope.

Una o dos cuadras se habria separado Juan con su compañero, cuando éste le dijo:

—¿Sabe en lo que estaba pensando, *ño* Diablo?

—¿Cómo lo he de saber, si no me lo has dicho? respondió el otro.

—Pues voi a decírselo. Yo creo que conozco a este tuerto del parche.

—Bien puede ser.

—Aunque cuando lo conocí, no estaba tuerto.

—Tambien puede ser así.

—I así es. No estaba tuerto, i era un diablo, no agraviando a lo presente. Se llamaba Pedro Cáceres, i peleamos juntos en Chiloé. Me acuerdo como si fuera ahora.....

—I ¿qué nos importa todo eso?

—Voi a decírselo, *ño* Diablo. Este Pedro Cáceres era un embusterazo, i nadie le creia ni lo que rezaba, por lo cual lo llamábamos don Costal de Mentiras. Como se lo cuento, *ño* Diablo: este hombre las inventaba en un santiamen,i las echaba al vuelo que era horror! A mí nadie me quita de la cabeza que éste es el mismo don Costal, i que todo lo que le ha encajado a usted no es mas que una cáfila de mentiras. Ni pestañaba el hombre cuando las echaba *rabiataditas* por la boca.

—Nada nos importa eso, dijo el bodegonero. Ahora no debemos pensar sino en picar fuerte!

Calló el otro; pero un poco mas allá volvió a decir:

—¿Sabe en lo que estaba pensando, *ño* Juan? Yo creo que seria una cosa mui acertada.

—¿Qué cosa es esa? preguntó Juan Diablo sin dejar de galopar.

—La cosa es que el caballo de don Costal me ha gustado mucho, i a usted le debe haber parecido bien el del padrecito. Son unos preciosos animales, que, segun parece, van mui cuidados i marchan

con un paso que da gusto.... ¿No es verdad que son dos buenas piezas....? I como los nuestros van aflojando algo i tenemos que andar tanto todavía.....

—¿Quieres que volvamos a quitarle los caballos al padre? preguntó Juan, mirando fijamente a su compañero.

—Oh! esclamó éste, bien *haiga* quien tiene potencias i entiende las cosas al momento!... Usted me lo ha comprendido todo, como si se lo hubiera dicho! ¿Quiere que volvamos a trocar nuestros caballos por esos otros?

—Badulaque! esclamó el honradísimo bodegonero ¿cómo te atreves a proponerle tal cosa a un hombre como yo?

—Pero, *ño* Diablo, replicó el otro ¿por qué encuentra la cosa tan mala? Dígame usted: ellos van *aquí luego*, como dicen, i nosotros *tenímos* que andar como un descosido para llegar mañana en la noche a las Quechereguas; ¿será, pues, conciencia que ellos vayan en buenas bestias i que nosotros tengamos que hacer tan largo viaje en estos animales medio gastados? ¡Mire que todavía es tiempo, *ño* Diablo!

—Te prohibo que me vuelvas a hablar de esto! esclamó enérjicamente el bodegonero.

—Pues si no le gusta, lo deja, refunfuñó el soldado, picando de nuevo su caballo. Ya se ve! prosiguió: mas adelante encontraremos remuda en los potreros de algun rico. ¡Para eso le vamos sirviendo al gobierno i a la relijion!

Ya en esto habian llegado al pié de la cadena de montañas que cierra por el sudoeste el gran valle de Santa Cruz. Un camino trillado los condujo a la cuesta llamada *de la Lajuela*, que aunque no presentaba como ahora una carretera de fácil tránsito, era el único punto pordonde podia trasmontarse aquellos cerros, sin grave peligro de estraviarse, o de caer con caballo i todo, en alguna profunda quebrada. Emprendieron, pues, la subida por la tortuosa i estrecha senda, endonde apénas cabia la uña del caballo, al cual era necesario que el jinete se entregara a discrecion. Las rocas que a veces interceptaban la vía, invadiéndola con sus puntas salientes, parecian querer empujar a los viajeros hácia los precipicios; i los gruesos árboles, estendiendo sus ramas sobre el camino, ayudaban a las rocas, como si allí los hubiese plantado el dios del *Statu quo* para impedir el paso a los transeuntes.

Solo el que haya tenido que atravesar nuestras montañas de la costa (que, a pesar de la necesidad de cortarlas por buenos caminos,

habrian seguido en el mismo estado, durante diez o veinte siglos mas de la dominacion española) solo ellos, decimos, podrán apreciar los peligros que el transeunte corria, teniendo que pasar, ya por sobre una roca resbaladiza entre un peñon tajado a pico i un oscuro precipicio, en el cual amenazaba el peñasco hundirse con viajero i todo, ya por debajo de troncos de árboles, de cuyas ramas solian quedar pendientes el sombrero o los jirones del vestido del pobre transeunte.

En tales casos, era menester abandonarse a la sagacidad i destreza de su caballo; i léjos de pretender dirijirlo, el jinete debia cuidar solamente de sí mismo, i estar atento, para no caer a los movimientos del noble animal, cuando ladereaba, inclinando lijeramente su cuerpo hácia el cerro; cuando subia arañando la tierra, o afirmando sus cascos en las puntas de las rocas; i por fin, cuando bajaba, resbalando, sentado sobre sus cuartos traceros.

Llegados a la cumbre del portezuelo, nuestros hombres se apearon con el doble fin de dar descanso a sus caballos fatigados, i de hacer medio dia con lo que llevaban en las alforjas.

En seguida bajaron, así como habian subido, es decir, caracoleando o saltando de grada en grada, hasta llegar al pié occidental de la cuesta, endonde la vía comenzaba a ser ménos áspera, corriendo a lo largo de los estrechos i montuosos valles de Nerquihue i Caillihue.

Una vez salidos de estos oscuros i entretejidos bosques de espinos seculares, se encontraron en la sábana despejada i blanquisca, conocida con el nombre de *valle de Lolol.* Ninguno de los pobres transeuntes que encontraron habian sabido darle la menor noticia sobre las tropas de Rondizoni.

Cabizbajo i sediento marchaba Juan Diablo seguido de su compañero, no ménos sediento que él, cuando al dar vuelta una puntilla, se encontraron de repente con un hombre que venia montado en un macho, i arreaba una yegua cargada con un par de *chiguas* que servian de base a un voluminosísimo sobornal elevado como una torre sobre el lomo de la yegua.

Juan miró al hombre de arriba abajo, i en el momento conoció que era costino, pues así lo revelaba su puntiagudo bonete azul, su chupa de bayeta negra, su calzon corto de cordoncillo, i sus calcetas de lana cortadas en los piés, que el hombre traia desnudos, nó, sin duda, por carecer de calzado, pues llevaba los zapatos colgando

hácia uno i otro lado de la cabeza de la enjalma para ponérselos en cuanto llegase a poblado.

—Buenos dias, amigo, le dijo Juan. Oigame una palabrita!

—Buenas tardes, señor, respondió el pescador: aquí me tiene, mi su merced, al su mandar.

—Dígame ¿viene usted de la costa?

—Sí, mi señor; yo soi de la boca de Llico; i esta mañana salí de allá, al canto de los gallos, con esta carguita de pescado i de *luche*, para irla a vender a San Fernando, adonde llegaré esta noche, al venir el dia, con el favor de Dios. Voi atrasado, porque, con perdon de su merced, esta mañosa (i miró a la yegua) se ha venido *mañereando* por todo el camino; así es que.....

—Bueno, bueno, le interrumpió Juan: ahora, dígame ¿Sabe si han pasado las tropas pipiolas para el sur?

—No le daré razon, respondió el hombre de la carga.

—I ¿por qué no me dará razon?

—Porque... porque no le sabré decir a su merced. Yo me lo paso ocupado en mi pesca, i nada mas, porque con esto me mantengo, gracias a Dios, pues en algo se ha de ocupar el pobre para ganar la vida; i yo no soi hombre para estar mano sobre mano, no lo habia de decir yo: ahí está todo el lugar que me conoce.....

—Con mil diablos! esclamó Juan ¿Qué me importa a mí todo eso que me está diciendo? Lo que le preguntó es ¿si han pasado el Mataquito los soldados que desembarcaron ahora poco en la Navidad?

—Sí, mi señor, en la Navidad, eso es! Allí fué donde se quebró un barco lleno con los soldados de los señores pipiolos que gobiernan en la *ciudá*.

—Ya no gobiernan los pipiolos, sino nosotros los pelucones! esclamó Juan, mirando con altivez al pescador.

—Asi será, pues, señor, respondió el costino: nosotros los pobres no sabemos esas cosas de gobiernos, que son hechos para los ricos.

—Pero, en fin ¿me dará usted las noticias que le pido?

—Vaya, pues, mi su merced, le diré como si me fuera a confesar, que esa quebradura del barco ha metido mucha bulla por todos estos *medios*.

—¿I los soldados?

—Hai ciertos runrunes sobre la soldadesca, porque unos cristianos dicen que ya pasaron para el sur; otros dicen que no han pasado; otros aseguran que ya pasaron, miéntras otros juran que no

han podido pasar. Pero otros dicen que los han visto atravesar el rio, i otros no creen tal cosa, porque.....

—I a usted ¿qué le parece?

—A mí me parece que ya pasaron; pero tambien me parece que nó, porque no es bueno arriesgar la verdad, i las cosas se han decir como son.

—Es decir ¿qué usted no sabe nada?

—Así es, mi señor ¡para qué es decir una cosa por otra! No sé palabra de si pasaron o no han pasado; i, con perdon de su merced, mentiria, si le dijera que algo sé de cierto sobre los runrunes que corren.

—Pues, buenas noticias nos da el amigo, despues de tanto hablar! exclamó Juan soltando una carcajada.

—Cada cual da las noticias que sabe, observó el pescador mirando de traves al bodegonero.

—Ahora, dígame, preguntó éste ¿cuál es el camino que va derecho a la costa?

—Mire, su merced, respondió el costino, apuntando con el dedo a medida que hablaba. No tiene usted mas que irse por aquí, estero abajo; i cuando llegue a aquella puntilla *redondona* con tres espinitos en la coronilla, pasa el estero, i lo va orillando por el lado del sur, hasta unos cardones quemados que hai en la barranca del estero; i luego allí pasa el estero para el norte, i mas allá vuelve a pasar el estero, en una puerta de tranqueros, i vuelve a orillarlo por entre un *renovalito* de espinos; i cuando llegue a la estancia de don Choño el rico, vuelve a pasar el esteró.....

—¡Hasta cuándo diablos me hace pasar el estero! esclamó Juan desesperado.

—Pues, mi señor, replicó flemáticamente el pescador, si no pasa otra vez el estero, no llega nunca al camino de Llico, i se quedará embolsado en la estancia de don Choño. No hai remedio pues! Es preciso que éntre otra vez a la caja del estero, i entónces se va, caja adentro, hasta llegar al bebedero que el rico tiene en otra puerta de trancas; i allí agarra el camino real que atraviesa derecho como una vela, el valle de Nilagüe, subiendo por la cuesta que llaman de.....

—Bueno, bueno, amigo: hasta otro dia! interrumpió Juan, picando su caballo.

—Queriendo Dios! mi señor, respondió el pescador, dando al mismo tiempo un recio latigazo sobre la cargada yegua.

CAPITULO XL.

RESULTADOS DE LA EXPEDICION.

«Si no principia el chicote
A hacerles operacion,
No quedará monigote
Que no haga revolucion»

JUAN DE LA VIÑAS.

Merced a las circunstanciadas señas del pescador, pudieron, Juan Diablo i su compañero, llegar al camino que debia conducirlos a las costas de Llico. Habiendo salido del despoblado valle de Lolol, se internaron en el de Nilagüe, uno de los mas importantes de nuestras costas, que, comenzando en el elevado monte de Ránguil, se estiende mas de catorce leguas, entre dos risueñas cadenas de cerros que van separándose i estrechándose, formando entre sus lomajes cuchillas morros i puntillas salientes, caprichosas ramificaciones del mismo valle, hasta llegar a la playa de Cahuil, endonde se encuentran las mas ricas salinas de Chile.

Un estero caudaloso, corriendo medio escondido por entre un tupido bosque de altos espinos, divide al valle lonjitudinalmente; i

despues de recibir el agua de muchos esterillos tributarios que bajan por los cajones de los cerros laterales, desemboca en el mar con todo el aspecto de un gran rio. Las márjenes de este estero, cubiertas de chacarerías de *rulo*, sembradas anualmente desde tiempo inmemorial, demuestran la feracidad del valle (que ya en aquel tiempo se veia dividido en estancias), entrecortado por las cercas de los potreros i sembrados de habitaciones i arboledas.

Nuestros viandantes respiraron con satisfaccion al llegar a la habitada comarca, despues de haber atravesado una cerranía i un bosque casi salvajes. La sabana despoblada, seca, pulverulenta i desnuda de vejetacion que acababan de dejar, formaba contraste con aquel campo cubierto de rastrojos hasta mas allá de la média falda, i endonde el bramido de las vacas, el ladrido de los perros i el chirrido de las carretas de algunos chacareros atrasados, hicieron concebir a Juan Diablo ardientes deseos de acercarse a pedir hospitalidad en algunos de los simpáticos humos que se elevaban aquí i allá sobre los techos de algunas habitaciones.

El soldado acompañante fué del mismo parecer; i habiendo encontrado a un hombre que iba a pié descalzo, con una hacha sobre el hombro, i colgando del hacha un par de *ojotas chacareras*, le preguntaron dónde vivia el juez prefecto, que era como se llamaba entónces a los señores subdelegados de hoi.

—Don *Chuma*, el Guapo, es mi patron, respondió el chacarero. Vive detras de aqnella puntillita baja, sobre la cual se ve aquel corral de piedra, que es donde duermen las ovejas i las cabras de mi patron. Sigánme no mas, caballeros, que yo los *indilgaré por lo mas corto.*

Echaron a andar detras del chacarero; i cuando llegaron a casa de don Tomás (o don Chuma, como aquel decia), ya el sol se habia escondido detras de los cerros de la costa, i sus mortecinos rayos daban el último adios al valle, dorando pálidamente las orientales cumbres de granito.

El oficioso guia, despues de hacer entrar a los recien venidos dentro de una especie de corral, formado por un gran pajar a la derecha, un largo rancho de totora enfrente, i una gruesa estacada de espino en lo demas del circuito, señaló con el dedo hácia el pajar, i dijo:

—Allí está el patron don Chuma.

Salió éste del pajar, con un gran *harnero* lleno de paja en la mano, haciendo resonar sobre el desigual i pedroso pavimento las

claveteadas suelas de sus zapatones. Aquel hombre, con una capa de polvo, i paja menuda sobre el cuerpo, barbas i cabellos revueltos, chaqueta i chaleco desabotonados, i abierto de par en par el cuello de la camisa, como para mostrar la fortaleza de un bien formado pecho, miró a los recien llegados con cara de pocos amigos (como suele decirse), i les preguntó entre hablando i gruñendo:

—¿Qué se les ofrecia a ustedes, caballeros?

El tono áspero i la mirada escudriñadora con que el señor prefecto acompañó su pregunta, eran para intimidar a otro que no fuera Juan Diablo. Apeóse éste sin contestar; i acercándose al montaraz dueño de casa, lo impuso en voz baja, de la comision que el jeneral Prieto le habia encargado. Al oir el relato, frunció don Tomás el entrecejo; pero cambiando repentinamente de fisonomía, llegó casi a sonreirse, i convidó cortésmente a sus huéspedes para que se fueran a sentar en el gran banco de roble puesto debajo del corredor de la casa.

En seguida, entregando el harnero a un peon, para que concluyese de cribar la paja que habia de cenar su caballo favorito, ordenó que se preparase pronto una buena merienda para el señor sarjento.

Miéntras llegaba la merienda, pusiéronse a hablar sobre los últimos sucesos. Cada nueva noticia que el señor prefecto ignoraba (que eran las mas) lo hacia esclamar:

—Oh! ¿quién lo habia de creer? bueno! Cúmplase la voluntad de Dios!

—Sí, señor, decia Juan; la voluntad de Dios se ha cumplido, pues no podia Dios permitir que el gobierno siguiese permaneciendo en manos de los herejes que tanto han perseguido a los ministros del Señor. Ahora es otra cosa; i si conseguimos no dejar uno, verá usted cómo la relijion cunde por todo el país, pues es bien sabido que nosotros somos hombres de cristiandad i de temor de Dios; razon por la cual ,nosotros los pelucones que ahora gobernamos, hemos prometido apretarle las medidas al pipiolaje. Porque es menester convencerse (agregó) que si no se les va a la mano, no nos dejarán quietos jamas en el gobierno, por ser ya cosa sabida que ellos nacieron para hacer revoluciones i aspirar a subir al mando, como si los herejes supieran lo que es gobernar cristianos que tienen un Dios i una relijion.

Don Tomás no contestó una palabra, sino que miró de arriba abajo a su interlocutor.

Despues de un corto instante, dijo:

—Yo tambien, señor, soi hombre de relijion como el que mas, i mui devoto de la Vírjen. Todas las noches, a esta hora, se reza en esta casa el santo rosario; i ahora espero que ustedes nos acompañarán miéntras llega la merienda.

—Ah! esclamó Juan dando un bostezo: venimos tan cansados, que yo preferiria comenzar por la cena. Prometo rezar mañana dos rosarios por uno.

—Vaya, pues, que así sea! respondió el dueño de casa, sonriéndose imperceptiblemente.

En seguida mandó servir la merienda; hizo acostar en buenas camas a sus huéspedes, i se fué a un cuartito que habia en un estremo del corredor. Encendió luz, cerró i trancó la puerta; i cortando una hoja de papel del cuaderno endonde hacia sus apuntes, escribió, o mas bien, dibujó temblorosamente estas palabras:

«Crean en un todo cuanto les diga el portador.

«I con esto se despide su afectísimo Q. B. S. M. Rajen el papel.

Tomás Espina:

Posdata.

«No se les olvide rajar el papel, porque ya saben lo vengativos «que son estos diablos. I no les digo mas, por falta de tiempo. El «portador es carta viva. Rájenlo i échenlo al fuego.

Vale.»

Una vez escrita la esquela, le echó un poco de tierra que recojió del suelo; i doblando cuidadosamente el papel, salió del cuarto i se acercó al corredor del pajar. Allí dormia un hombre, que, al sentir pasos cerca de sí, despertó i alzó la cabeza.

—Narciso! dijo el patron en voz baja.

—Aquí estoi, señor, respondió Narciso, poniéndose de pié al momento.

—¿Estás bien despierto?

—Sí, señor! He despuntado bien el sueño.

—Entónces, oye lo que voi a decirte. Ensilla mi caballo rosillo al momento, i dale un refregon, sin descansar hasta Naicura.

—Sí, mui bien, señor.

—Es preciso que este papel llegue a manos de Rondizoni o de Castillo, o bien de alguno de los oficiales patriotas. Si todavía no han acabado de pasar los soldados, diles que pasen luego i que sigan sin parar hasta que se junten con Freire, porque el ejército de Prieto ya está en Quechereguas i tienen intencion de atajarlos. ¿Te acordarás bien de todo?

—Sí, señor, no me diga mas, respondió Narciso calándose su poncho.

Aunque Juan Diablo i su compañero se levantaron mui temprano al dia siguiente, encontraron a don Tomás en pié i tomando mate bajo el corredor de la casa.

—Mala noticia tenemos, señor sarjento! esclamó el señor prefecto al ver a su huésped.

—¿Cómo así, señor? preguntó éste, ¿qué mala noticia es esa?

—Que ya los soldados pipiolos deben estar mui cerca del Maule, porque segun lo que me envia a decir un amigo de Licanten, han pasado el Mataquito, hace dos o tres dias.

—Se nos han escapado! exclamó Juan.

—Pero no se escaparán del jeneral Prieto, dijo don Chuma soltando una carçajada; así como no se escaparán de nuestros dientes unos pasteles que acabo de mandar hacer para festejarlos a ustedes, señor sarjento.

—Muchas gracias, señor, respondió Juan: prometo conducirme valerosamente con los pasteles, ya que no es posible pillar a los pipiolos.

—No esperaba ménos de su patriotismo, señor mio; i le advierto que los pasteles serán remojados con una chichita que tengo ahí, para cuando repican fuerte.

—Viva la patria! esclamó Juan Diablo, sobándose las manos con satisfaccion.

Las diez de la mañana serian, cuando Juan i su digno asistente, despues de haber hecho honor a los pasteles, i mas que honor a la añeja chicha, se despidieron del señor prefecto, alegres como unas pascuas, i tomaron el camino de Quechereguas, por parecerles inútil proseguir su excursion hasta la costa.

Precedíalos un guia que don Chuma el Guapo les habia suministrado, i al cual le habia dicho a solas ántes de salir:

—Oye, Cayetano: es preciso que lleves a estos caballeros por caminos extraviados, para que no se encuentren con personas que puedan darles noticias ciertas sobre el paso de los pipiolos para el

sur. Ellos no conocen estos caminos, i tú puedes llevarlos por donde se te antoje. Vete de manera que cuando bajen a los planes del Mataquito, se haya entrado el sol, para que hagan de noche todo ese atravieso. Ya me entiendes. I cuenta con hablar nada, fuera de lo necesario! En boca cerrada no entran moscas; por callar, nadie perdió palabra, i por hablar, muchos han quedado mudos.

Sonrióse Cayetano, sin decir esta boca es mia; pero el jesto de intelijencia con que respondió a su patron, manifestó que comprendia mui bien el encargo que se le habia hecho.

En efecto, miéntras anduvieron por el valle de Nilagüe, no se separaron ni un ápice de la vía recta que conduce al sureste; pero, no bien hubieron entrado en la escabrosa faja de cerros que separa al interior del valle pordonde serpentea el Mataquito, cuando empezó el guia a dar vueltas i rodeos, pretestando que habia en el camino real varios trechos intransitables, o peligrosos por lo ménos.

Cayetano, despues de andar unas pocas cuadras hácia el sur, torció al poniente, llevando a los viajeros por el fondo de uno de esos vallecitos estrechos i profundos, llamados *cajones*. En seguida los encaminó sobre un alto cordon de cerros, para hacerlos descender mas allá a otro cajon tan profundo i solitario como el anterior.

De esta manera fué como el buen baqueano consiguió llegar a los planes de la márjen derecha del Mataquito, cuando ya comenzaba a oscurecerse, sin que los comisionados del gobierno hubiesen *atravesado* (como él dijo despues a su patron) una sola palabra con cristiano nacido.

Como los caballos estaban fatigados, Cayetano se dirijió al rancho de su compadre, endonde, si bien no podian las personas encontrar en qué dormir ni qué cenar, hallarian siquiera un poco de paja para sus cabalgaduras.

El hambriento Juan Diablo i su compañero, no ménos hambriento, tuvieron que contentarse con el charque machucado de sus alforjas, humedecido una i otra vez con aguardiente; i acordándose de los pasteles del almuerzo, se acostaron sobre los pellones de sus monturas hasta el primer canto de los gallos, que fué cuando los despertó el baqueano, pues queria hacerlos pasar de noche todo aquel valle.

Desgraciadamente para el guia, no podian galopar, pues el camino estaba entrecortado por quebradas i zanjones de peligroso atravieso. Cuando comenzó a alborear el dia, se encontraron cerca de una ranchería de miserable aspecto.

—Estamos en el pueblo de Indios de la Huerta, dijo el baqueano. Allí enfrente de aquel *culenar* tupido, hai un vado; pero con este Mataquito no se juega *naide*; i se llama así, segun dicen, porque *mata* i *quita* cristianos por docenas todos los años.

—Me habian dicho que por aquí encontraríamos lanchas para pasar este rio, dijo Juan Diablo.

—La lancha está enfrente de aquella puntilla que llaman *del Barco* (respondió el baqueano, mostrando con el dedo un cerro redondo i pedregoso, coronado de *quiscas*, que se divisaba hácia el sur por entre la blanquesina niebla del valle); pero yo le tengo mas miedo a la lancha que al vado. En fin, sus mercedes sabrán lo que han de hacer; pero si por mí fuera, iríamos a pasar el rio a Peteroa, pues allí está mancito como una oveja, i *de llegar i entrar*.

Miéntras Juan hablaba con el baqueano, el asistente se habia separado de ellos, i acercádose a un rancho endonde se veia dos caballos ensillados.

Luego volvió diciendo a Juan con aire misterioso:

—¿Sabe, *ño* Diablo, que he hecho una buena *pillada*?

—¿A quién? preguntó Juan.

—Al padrecito del llano de Santa Cruz, o mas bien dicho, a don Costal de Mentiras que va con él. ¿No se lo decia yo? ¡Si este cristiano ha de mentir hasta despues de muerto! Le dijo a usted que iban para San Pedro de Alcántara, i la verdad es que van para el Maule. Ahora me acuerdo que este don Costal era mui apipiolado. ¿No le parece que pueden ser espías o propios que los pipiolos de Santiago le envian a Freire, con papeles i qué se yo qué mas?

—Todo puede ser, respondió Juan, reflexionando. Vamos a hablar con ellos.

—Yo me adelantaré, dijo el otro, para hacer una prueba.

I picando su caballo, se acercó al rancho a tiempo que salia de allí el padre de los milagros, seguido de su tuerto sirviente para montar a caballo.

—Buenos dias, Don Costal! gritó con voz clara i sonora, dirijiéndose al tuerto.

Volvió éste rápidamente la cara, i se puso pálido al encontrarse de manos a boca con Juan i su compañero; pero bien pronto se rehizo, i contestó:

—Yo no me llamo don Costal, señor mio!

—Ah! esclamó el otro: usted no me engaña a mí! Lo he conoci-

do al momento de verlo; i apuesto a que ese parche que lleva sobre el ojo zurdo, es para engañar a la jente.

No contestó el del parche, sino que volviéndose hácia su patron (que sin hablar palabra, parecia estar temblando de miedo) le habló algo en voz baja, i lo empujó hácia el interior del rancho.

En seguida, dirijiéndose mas bien a Juan que al asistente, les dijo:

—Caballeros, todo el mundo sabe que no es bueno meterse en vidas ajenas. Sigan ustedes su camino, que nosotros seguiremos el nuestro, como Dios manda.

—Es que tambien manda Dios que las jentes digan la verdad, replicó Juan, terciando en la cuestion. Usted nos dijo que se dirijia a San Pedro de Alcántara, i....

—Hemos mudado ahora de parecer, interrumpió el del parche.

—Así será ello; pero yo creo que en todo esto hai gato encerrado, replicó Juan; i para descubrirlo, es preciso que usted i su patroncito nos sigan hasta las Quechereguas, endonde está el jeneral Prieto con su ejército.

—Nosotros nada tenemos qué hacer con el señor jeneral Prieto, repuso el del parche con visible exaltacion.

—Pero el jeneral tiene qué hacer con ustedes! esclamó Juan, picando su caballo. Sí, amiguito: nosotros los del gobierno tenemos qué hacer (i mucho) con los revoltosos, porque no somos como los pipiolos que gobernaron *a la buena de Dios es grande*, sino que hemos jurado ponerle las peras a cuarto a todo pipiolo que quiera alzar el gallo. Con que, no perdamos tiempo, dígale a su patroncito que salga, para que nos acompañe a Quechereguas.

—¿Piensan ustedes llevarnos presos? preguntó el del parche, sacando rápidamente la catana que llevaba en la cabeza de la enjalma, i poniéndose contra la quincha del rancho. Yo quisiera saber ¿con qué derecho se nos quiere capturar?

—Aquí tiene usted el derecho i el reves, respondió Juan, sacando del bolsillo una órden que facultaba al bodegonero para tomar preso a cualquier individuo que le pareciese sospechoso.

—Esos no son mas que papeles! esclamó el del parche, rojo de cólera. Ahora lo que vale es el puño; i si alguno de ustedes se atreve, o bien sea los dos juntos, aquí los espero!... *crúcenle no mas...*

—Bravo es el sacristan del padrecito! esclamó Juan Diablo riéndose; pero veamos si puede barajar esta bala con su catana!

—Cobarde! exclamó el hombre del parche, rujiendo como un leon acosado por los perros. ¡Contra esa bala, tengo estas dos!!!

I con una rapidez inconcebible, arrojó al suelo la catana; i metiendo ambas manos en su ancha faja de lana lacre, sacólas armadas de sendas pistolas, que apuntó, una a Juan, i otra a su compañero.

—Acuérdate, esclamó, dirijiéndose a este último; acuérdate, ladron sempiterno, de que con estas manos te pasé el santo en....

La cara de aquel hombre, roja con la sangre que habia afluido a su cabeza, se puso de repente pálida como el mármol, al oir por entre la quincha un agudo jemido en el interior del rancho. Las palabras murieron en sus labios, que temblaron de emocion, i una lágrima apareció en el ojo chispeante que tenia clavado sobre sus enemigos.

—Señor! dijo a Juan, lanzando un suspiro que se asemejaba a un rujido: me doi a preso con una condicion....

—Baje sus pistolas i hablemos, respondió Juan.

—I usted tambien la suya, dijo el del parche.

Las tres pistolas se inclinaron a un mismo tiempo, dejando su posicion amenazante.

—Diga usted ¿con qué condicion se da a preso? preguntó el sarjento.

—La de que usted no le hará ningun daño a mi patron, respondió el del parche, con voz conmovida. Mátenme, descuartícenme a mí, si quieren; pero ¡por lo que usted mas estime i ame, señorito! (prosiguió con voz suplicante i acercándose al bodegonero), no le haga ningun daño, porque le juro por mi salvacion, que él es incapaz de hacerle mal a nadie! ¿Me lo promete usted?

—No tenemos intencion de hacer mal a cristiano nacido, repondió Juan, con tal que no se resista a las órdenes que traemos.

—Pero, señor, ya ve usted que no nos resistimos, repuso el del parche, con voz temblorosa, poniéndose de mil colores.

—Entónces, vamos andando! El padrecito debe tambien acompañarnos.

—Aquí estoi, dijo el sacerdote, saliendo del rancho con cierta entereza que ántes no se habia notado en él.

Miéntras se verificaba esta rápida escena, el baqueano se habia acercado a varios de los vecinos ranchos, cuyos moradores, cerrando sus puertas, atisbaban por entre las quinchas.

Montados a caballo, dijo a Juan Diablo, su compañero:

—Vea, *ño* Diablo ¿cómo permite que esa maleta vaya a las ancas de don Costal? Ahí debe estar todo *el gato*

—Dices bien, respondió Juan: quita de ahí la maleta i llévala tú mismo.

La órden no fué dada a un sordo, porque, en pocos segundos, la maleta pasó a manos del ájil compañero de Juan, a pesar de las observaciones de sus dueños. I no parece sino que las manos de aquel hombre estuviesen acostumbradas a abrir i rejistrar todo cuanto se ponia a su alcance, pues la maleta se abrió como por encanto.

—¿Qué has hecho, badulaque? esclamó Juan, alzando sobre su compañero el ramal de sus riendas.

—Ah! *ño* Diablo! respondió cínicamente el otro. Yo creia que era necesario ver si aquí venia el gato encerrado! *Vei no, pués!* prosiguió, sacando de dicha maleta un gran paquete de cartas. Aquí está el gato, *ño* Juan! Córtenme las dos orejas, si estas cartitas no son para los pipiolos!

—Señor! esclamó el padre con dolorida voz, deme esos papeles, que a nadie importan sino a mí, i llévese la maleta con todo lo que contiene!

—No es nuestra intencion robarle a usted nada, respondió el bodegonero; i en cuanto a estas cartas, quedarán como ántes en la maleta, para que nuestro jeneral haga de ellas el uso que crea conveniente.

El honorable bodegonero puso el paquete en su lugar; i notando que su asistente guardaba algo debajo del poncho, le preguntó:

—¿Qué otra cosa has sacado de la maleta?

—Nada, *ño* Juan! respondió el otro.

—Nada? quien no te conoce que te compre!

—Ya le digo; *ño* Diablo, que no he sacado mas que las cartas. Nadita mas! como si me fuera a confesar!

—¿I eso que tienes debajo del poncho?

—Qué es lo que tengo, pues! *Trasbúsqueme*, si quiere!

Diciendo esto, el bellaco alzó ambas manos i presentó su pecho como para que Juan lo rejistrase; pero este, sin examinar los bolsillos de su compañero, le tomó súbitamente la mano izquierda que tenia en el aire medio abierta con el poncho; i abriéndosela, vió que el ladron tenia empuñada una gran bolsa de seda llena de onzas i escudos de oro.

—Ah! bribon! esclamó Juan ¿con que este era el gato tras de que ibas?

—Es que siempre conserva su antigua costumbre, observó el del parche.

—Mire, *ño* Juan! replicó el cínico ladron: le juro, como si me fuera a confesar, que no me habia fijado en la bolsa platera! Ello fué que, cuando saqué las cartas, salió tambien enredada esta bolsa; i como usted agarró solamente los papeles....

—Bueno, bueno, interrumpió Juan. Despues darás tus disculpas a quien te las crea. Ahora es preciso que nos pongamos luego en camino. Lleva tú la maleta, que yo llevaré la bolsa, pues esto es lo mas prudente.

Miéntras así hablaba el prudentísimo Juan Diablo metió el dinero en sus bolsillos, i ordenó que el convoi se pusiese en camino, en direccion del cercano vado. I aunque el baqueano le volvió a hablar de los peligros que allí ofrecia el rio, Juan repitió la órden con aire de autoridad, i fué obedecido.

Poco ántes de llegar a la orilla del rio, el asistente de Juan dijo a éste:

—Si no amarramos a don Costal, se nos cae del caballo i se nos pierde. Yo lo conozco mucho!

—Atalo con tu lazo, le dijo entónces Juan Diablo.

Apeóse el otro; sacó su lazo, i ató los piés del hombre del parche por debajo de la barriga de su caballo. El hombre, conteniendo con dificultad la cólera que aparecia en sus ojos, se dejó atar; pero no sin decir en voz baja a su verdugo:

—Pícaro ladron! Véngate ahora de la tunda de porrazos que te dí en San Cárlos! Pero ya llegará la mia i me la pagarás!

—Mire, señor don Costal, respondió el bribon con burlezca sonrisa; sepa que ès usted el que va a pagar todas las hechas i por hacer.

—Pues yo hablaré con el señor jeneral Prieto, i le diré quién eres! esclamó en alta voz el del parche.

—Mire, *ño* Juan! dijo entónces el otro: mire cómo de picadito saca versos! ¡Sabe Dios cuántas mentiras no estará inventando este don Costal en contra mia, para irlas a vaciar al ejército!

——:o:——

CAPITULO XLI.

LA LOCA.

> «Aquella niña está desmayada o aletargada; el conjunto de sus facciones es tan perfecto i seductor, que mas bien parece una de aquellas fantasías trasladadas al lienzo por un hábil pintor que la creatura condenada como las demas a las penalidades i exijencias de la vida.»

(Ramon Pacheco.—*El Puñal i la Sotana.*)

Miéntras los demas hablaban i cuestionaban, el baqueano iba adelante con la cabeza baja, mui contrariado al parecer con la determinacion de atravesar por allí el rio. Su patron le habia dicho que las personas que conducia no debian hablar con los transeuntes que encontrasen, i la márjen izquierda del Mataquito era sumamente poblada. ¿Cómo evitar que el sarjento no obtuviese noti-

cias ciertas sobre el paradero de los soldados liberales, que casi habian naufragado pocos dias ántes, en las costas de la Navidad?

Habiendo atravesado el Mataquito, sin grandes dificultades, nuestro baqueano tomó la huella trazada por el tráfico de las jentes sobre el pedregal del rio. I como esta se perdia a veces, borrándose por completo, le fué fácil al guia el separarse del camino recto i conducir el convoi por veredas mas o ménos torcidas. Pero tanto fué lo que abusó de sus ventajas de baqueano, que al fin le preguntó Juan:

—Dígame, amigazo ¿es este el camino real?

—Aquí no hai camino real, contestó el guia, pues el rio borra las huellas todos los años, i tenemos que ir *rumbeando* hasta llegar al llano alto, endonde tenemos el camino carretero.

—Pero, hombre! esclamó el bodegonero, no convencido todavía: por aquí vamos cayendo i levantando por esta *pedrazon* que solo el diablo ha podido atravesar ántes que nosotros. Dígame ¿no es el camino aquella faja ancha i blanquisca que se ve por entre aquellos *chilcales*?

—Ya le digo, señor, que aquí todo es camino, respondió el guia.

—Pues si aquí todo es camino, repuso Juan, tomemos aquel que debe ser mejor que éste, pues veo venir por él a algunas personas. ¡Cuarto de convercion sobre la izquierda! gritó con voz sonora. Acerquémonos a aquellos hombres que allí vienen, para preguntarles si saben algo sobre estos diablos de pipiolos! Casi estoi arrepentido de no haber llegado hasta la costa.

No era posible eludir esta órden; i el baqueano tuvo que torcer, sin chistar, hácia el camino real pordonde venian unos cinco hombres de a caballo. Mas, no por eso desmayó el buen servidor de don Chuma, sino que, acercándose a Juan, le dijo:

—¿Su merced quiere saber noticias de aquellos hombres? Pues entónces, voi a salirles por aquí al encuentro para no perder tiempo i preguntarles si saben algo de los pipiolos.

I diciendo i haciendo, echó a correr por lo mas derecho, saltando mas bien que galopando sobre el pedregal.

Llegado que hubo al grupo de transeuntes, les dijo frunciendo el entrecejo:

—¡Alto ahí!

—¿Qué significa esto? preguntó uno de los hombres. ¿Quién es usted para hacernos parar en medio del camino?

—Quién soi? un soldado del gobierno. Allí viene mi jefe quien les manda decir a ustedes que lo esperen aquí.

—¿Con qué objeto?

—Con el de llevarlos al ejército del jeneral Prieto, porque nosotros somos reclutadores de jente.

Los tres hombres abrieron tamaños ojos, sin decir una palabra.

—¡I cuenta con resistirse! prosiguió el baqueano, porque mi jefe es de malas pulgas, i no aguanta pellejo en el lomo. En Licanten le dió un balazo a uno porque no quiso seguirnos.

—Pero, ¿dónde está la jente reclutada? preguntó otro, dudando todavía.

—Está descansando un rato en el pueblo de la Huerta. Nosotros nos hemos adelantado para reclutar algunos en estos ranchos del camino.

Apénas el guia hubo dicho estas palabras, cuando dos de los transeuntes volvieron rápidamente sus caballos, i echáron a correr hácia atras, gritando al pasar por enfrente de los ranchos que habia sobre el camino:

—La recluta! Viene la recluta de Prieto! Dicen que no perdonan ni a los chiquillos!

En cuanto al tercero, parecia aún dudar sobre lo que haria; i habiéndole preguntado nuestro baqueano si era casado, él contestó:

—Sí, señor, i tengo mucha familia menuda.

—Pues, entónces, lo perdono por ser padre de familia; pero arranque luego, porque mi sarjento no perdona a nadie.

Al oir esto el hombre torció la rienda hácia el rio, i se perdió entre los matorrales a tiempo que llegaba Juan Diablo.

—¿Por qué se han arrancado esos hombres? preguntó con voz ágria.

—Yo no sé qué les ha dado a estos cristianos, respondió el guia. No han querido responder palabra.

—Mas adelante hallaremos quien nos conteste, dijo Juan picando su caballo.

Pero, aun cuando mas allá encontraron muchos ranchos i casitas de agricultores, no les fué posible dar con ningun hombre. Todas las puertas estaban cerradas; i muchos ranchos habian sido abandonados repentinamente, segun lo indicaba el fuego de las cocinas.

Juan notó que de algunas casitas salian mujeres medio desgreñadas con atados en la cabeza i llevando sus hijos de la mano; i de otros ranchos se alejaban hombres a caballo con mujeres en ancas

i niños en los brazos, internándose todos en los potreros para meterse en los primeros bosques que encontraban.

Era que el grito terrible de *¡la recluta!* llevado en alas del viento, habia derramado la alarma por toda la pacífica comarca.

Marchaba el baqueano contentísimo por haber conseguido su objeto. Sin embargo, no daba la menor muestra de la satisfaccion que experimentaba, i seguia su camino sin desplegar los labios.

Al avistar el valle de Curicó, acercóse a Juan i preguntóle:

—Dígame, señor, i perdone ¿tiene *horero?*

—No le entiendo, amigo, respondió Juan. ¿Qué cosa es *horero?*

—Esos *redondones* que llevan los ricos en la cartera para ver la hora.

—Ah! reloj! esclamó el bodegonero soltando una carcajada. No lo llevo ahora porque se me quedó olvidado en casa; pero yo creo que serán como las diez.

—Nosotros los pobres no tenemos mas *horero* que el sol, respondió el guia; i cuando el dia está nublado como ahora, tenemos que escucharle al estómago. A mí me parece que ya deben ser las doce i *un poco*, segun es la hambre que llevo. ¿No cree usted mui justo que pasemos a hacer medio dia a un bodegoncito que hai al fin de este callejon?

—Así lo haremos, respondió el bodegonero, mirando de reojo al hombre del parche, que platicaba en voz baja con su patron.

Llegados al punto indicado por el guia, se apearon i comieron i bebieron a discrecion.

El padrecito estaba cada vez mas triste i taciturno, apénas comió algunos bocados; i como al parecer iba enfermo, nadie se admiraba de que permaneciese callado i con la cara medio envuelta en dos grandes pañuelos.

Acabada la comida, Juan pagó jenerosamente por todos, i entónces el guia le dijo:

—Comida hecha i amistad deshecha, señor mio.

—¿Qué quiere usted decir? le preguntó Juan.

—Que hasta aquí dura mi mala *compaña* porque yo tengo que volverme luego a casa de mi patron, i su merced ya no me necesita para nada. Este camino va derecho a la estancia de las Quechereguas, i su merced no podrá perderse porque, como dice mi patron: «quien boca tiene a Roma llega.» I ahora que me acuerdo (agregó), mi patron me encargó mucho que no le recibiera a su merced ni un cuartillo, aún cuando quisiera su merced pagarme algo por este

viaje que he hecho en mi propia bestia, pues la hacienda no da bestias para estos mandados, i yo soi un pobre que.....

—Bueno, bueno, interrumpió Juan pasando al baqueano cuatro reales que éste recibió i guardó en su bolsillo, diciendo:

—Vaya pues, ya que su merced se empeña, le admitiré. Dios se lo pague! i hasta otro dia, patroncito.

Miéntras el sirviente del señor prefecto apellidado el Guapo, se volvia a su lugar, Juan i sus compañeros de viaje proseguian su marcha hácia el oriente. Cuando llegaron a Quechereguas, ya la vanguardia del ejército habia partido en la mañana, i la retaguardia estaba a punto de ponerse en marcha.

Juan Diablo se fué al momento a hablar con Dorriga para darle cuenta de su comision.

—Señor, dijo a don Víctor, ya los pipiolos pasaron el Mataquito; pero hemos hecho una buena presa. Es un padre franciscano que marcha para el sur, acompañado de un hombre de mala cara, al cual le quitamos una maleta con unos papeles, que segun parece, son cartas de los pipiolos de Santiago, escritas a los del Maule.

—¿Dónde están esas cartas? preguntó Dorriga.

—En la mismas maleta endonde venian.

Don Víctor, sin decir una palabra, tocó un pito i se presentó al momento un oficialito pequeño, delgado, de accitunado semblante i de ruin aspecto; pero que en sus ojos vivos i penetrantes, revelaba cierta sagacidad i perspicacia, miéntras vagaba en sus delgados i pálidos labios la indefinible sonrisa con que la solapada malicia suele cubrir sus intenciones.

—Garduño, dijo don Víctor, dirijiéndose al oficial; haga usted conducir aquí a esos dos individuos que ha traido presos este sarjento; i usted, prosiguió, dirijiéndose a Juan, tráigame la maleta con todo lo que contiene.

Salió Garduño seguido del bodegonero, i a poco rato volvió éste trayendo en sus brazos la maleta de los presos. Detras venia el oficial conduciendo al fraile i a su criado. Don Víctor, ansioso de saber lo que el paquete contenia, abrió él mismo la maleta; i ya habia sacado una de las cartas, cuando el fraile entró precipitadamente a la pieza; i adelantando éste sus manos como para impedir que Dorriga leyese la carta que ya tenia estendida, le dijo con voz entera:

—Si usted es un caballero, no ponga los ojos sobre esas cartas, señor don Víctor!

Miró éste al relijioso; i disgustado de su actitud al mismo tiempo que sorprendido de su juventud i de su belleza (pues parecia un adolescente), le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Se lo diré al señor jeneral, respondió el jóven fraile. ¿Dónde está el señor Prieto? Quiero hablar con él!

—El jeneral está ocupado en hacer marchar al ejército: puede usted hablar conmigo.

—No puedo hacerlo delante de estas personas, repuso el fraile. Si usted manda despejar esta pieza, le diré quien soi.

En aquel momento entró, por una puerta que comunicaba a la pieza con otra vecina, un sacerdote vestido de viaje, con hábito o sotanas arremangadas i calzadas las espuelas.

Era el padre Hipocreitia, que todo esos dias anteriores habia estado dando unos *ejercicios públicos* en Molina, endonde habia predicado el evanjelio contra los pipiolos.

Al ver al jóven fraile, se puso pálido; pero luego se rehizo; i dando dos pasos hácia él, le dijo con cierta emocion que apénas pudo ocultar:

—Usted no es lo que parece, amigo mio!

—I usted trata de parecer lo que no es ni podrá ser jamas! respondió el interpelado, mirando fijamente al jesuita.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que usted trata de desempeñar el rol del hombre de bien en esta comedia, contestó el jóven fraile.

Púsose el jesuita de mil colores, i se acercó a don Víctor, quien, habiendo visto solamente la firma de la carta, dijo entre dientes:

—Esta carta viene firmada por Anselmo Guzman.

—No puede ser eso, observó Garduño, pues Anselmo está en el Maule.

—I ademas, acabamos de saber que ha muerto, agregó el jesuita con voz sorda.

—¿Ha muerto? Decís que Anselmo Guzman ha muerto? esclamó, sin poderse contener, el jóven fraile dando dos pasos hácia el jesuita.

Este, mirando de arriba abajo al mozo, respondió con esta sola palabra:

—Sí.

Ese *sí*, agudo i rápido como un dardo, pareció atravesar el pecho del pobre fraile, pues, pálido como un cadáver, permaneció unos cuantos segundos como clavado en el suelo i sin pronunciar una

sola palabra. Sus labios se pusieron lívidos; i sus ojos extraordinariamente abiertos, i sin pestañar, estaban fijos sobre el jesuita que en aquel momento abria su caja de rapé.

De repente, la cara del fraile se coloreó como iluminada por la rojiza luz de un incendio; e irguiendo la cabeza, arrancóse el pañuelo que ocultaba a médias su fisonomía.

Con el rápido movimiento, la capilla del hábito cayó hácia atras, i una gran madeja de cabellos negros se esparció sobre sus espaldas.

Todos los circunstantes lanzaron un grito de sorpresa, ménos don Víctor que habia ya descubierto el secreto, leyendo la carta de Anselmo, i el jesuita, que habia conocido a Lucinda en el momento de verla, a pesar de lo bien disfrazada que venia.

El oficial Garduño miraba a la preciosa niña sin ocultar la impresion que su belleza le causara.

—Lucinda! esclamó el jesuita, manifestando gran admiracion i adelantándose a tomarla de la mano ¿Por qué veo aquí a la hija de mi inolvidable amigo, i en un traje tan ajeno de su sexo?

—Porque vosotros me habeis obligado a ello, i especialmente vos, padre Hipocreitía! esclamó Lucinda, dando un paso atras como si viera acercarse una culebra. No me toqueis, vil ladron, miserable asesino, que no contento con desposeerme del amor de mi padre para arrebatarme una pobre herencia, matásteis de dolor a mi madre, i fuísteis el verdugo del desgraciado autor de mis dias!

—Ah! con que es una mujer! se oyó decir a una voz en la puerta exterior de la pieza.

—Sí, jeneral! respondió Lucinda, volviéndose rápidamente hácia Prieto, que en aquel momento entraba al cuarto: Soi la esposa, o mejor dicho, soi la viuda de Anselmo Guzman, asesinado por ustedes!

—¿Por nosotros? ¡Señora!

—Sí, por ustedes, sobre cuya cabeza caerá la sangre que se ha derramado i que seguirá derramándose en el pais! Por ustedes, que despues de haber dado el ejemplo de la mas escandalosa guerra civil, han perseguido a hombres indefensos como mi esposo, hasta el punto de mandarlos insultar cobardemente en su propia casa!

—Pero, señora.....

—Ah! prosiguió Lucinda con vehemencia: Ustedes dirán que no le han dado órden al populacho para que fuera a apedrear nuestras ventanas. Solamente dejaron que las apedrearan i que nos insultasen soezmente, obligando así a mi esposo a que dejase su hogar, i...

—Cálmese usted, señora, interrumpió don Víctor acercándosele.

—I advierta, agregó Prieto, que léjos de perseguir a Guzman, el gobierno lo ha considerado mas de lo que convenia al órden público, a pesar de tenerse conocimiento de sus traidoras intenciones.

—Orden público! esclamó Lucinda moviendo la cabeza de arriba abajo i con los ojos medio extraviados.... ¡ Orden público! Bien está esa palabra en boca de los que han sembrado i cultivado el desórden en el país! Esperad la cosecha! Pero mas me admira, jeneral, el que usted pueda pronunciar la palabra traidor con la misma boca con que mandó a sus soldados que volviesen contra la república las armas que ella habia puesto en sus manos para su defensa; con los mismos labios con que convidó al jeneral Lastra a entrar en las càsas de Ochagavía para traicionarlo un momento despues!

—Oh! Esa es una calumnia infame! esclamó el jeneral fuera de sí...¡Joaquin Prieto no ha sido ni será jamas un traidor!

—Tiene usted razon, repuso Lucinda con irónico acento. Joaquin Prieto no ha sido ni será jamas un traidor: solo ha sido i será el instrumento de miserables traidores.

I al decir esto, lanzó una carcajada seca que se asemejaba a un quejido de dolor. El jeneral Prieto, exaltadísimo, quiso hablar; pero Dorriga acercándose a él, le dijo:

—Cálmese, jeneral, i acuérdese de que es una mujer.

—I ademas loca! agregó el jesuita ¡Pobre niña!

—En este momento no soi una mujer, dijo ella, dando un paso hácia la puerta: soi la verdad que habla i que algun dia será escuchada en Chile. En cuanto al padre Hipocreitía (prosiguió, mostrando al jesuita con el dedo, pero sin mirarlo) como él es mui cuerdo, no dice nunca la verdad.

En seguida salió de la pieza con cierta ajitacion febril.

Uno de los soldados que habia en la puerta, quiso oponerse a su paso; pero ella, sin decirle una palabra i aun sin mirarlo, le ordenó con un movimiento de la mano, que se hiciese a un lado, i él la dejó pasar libremente.

Los que estaban en la habitacion la siguieron conmovidos, especialmente Garduño que no habia separado los ojos de ella. Cuando estuvo en el corredor, llamó a su sirviente, el cual, con una barra de grillos en los piés, se mantenia afirmado a un pilar i estiraba sus brazos como para socorrer a su señora.

—Pedro! dijo ésta con dolorida voz: tu patron ha muerto! Él co-

razon no me engañaba. Prepara pronto los caballos porque es preciso que vea siquiera su sepultura!

Pedro quiso andar, pero no pudo, i echó a llorar como un niño. Entónces ella, viendo a su criado que apénas podia tenerse de pié, pareció como que despertaba de una atroz pesadilla; dió un grito terrible, i cayó sobre el suelo como un cadáver.

Al ver caer a su señora, Pedro lanzó un rujido i se arrastró hácia ella, dando una bofetada a un soldado que lo sujetaba.

Todos los circunstantes manifestaron la compasion que la desgraciada esposa de Anselmo les inspiraba; pero el primero que llegó corriendo hácia ella, fué el padre Hipocreitía.

—Loca! loca! decia el jesuita ¡qué desgracia! Pobre amigo mio! Ruega al Señor por tu hija, a la cual te prometí servirle en cuanto mis débiles fuerzas alcanzasen.

Miéntras así hablaba, trataba de alzar del suelo a Lucinda, que apénas daba señales de vida; i ayudado por Garduño i otros, la condujo a un cuarto endonde habia una cama. Vinieron en seguida dos o tres mujeres que le empezaron a hacer algunos remedios caseros; pero el jesuita dijo al jeneral:

—Señor, esta pobre niña no puede quedar aquí. Yo fuí amigo de su padre, i tengo que cumplir con un deber de amistad i de conciencia. Ruego a Usía que me dé permiso para hacerla trasladar a casa de unas amigas mias que residen en Molina, endonde será tratada con toda la caridad i cristiandad que caracterizan a esas santas señoras.

Concedióle Prieto el permiso que se le pedia; i Garduño, por indicacion de Dorriga, se quedó con cinco soldados de caballería para servir de escolta a la enferma.

——:o:——

CAPITULO XLII.

PRIETO I DORRIGA.

«En el estado en que se encuentra el país, el gobierno ha estimado necesario i prudente ver correr alguna sangre chilena....»

(*Nota del ministro Portales al jeneral Aldunate.*—25 *de mayo de* 1830.)

La retaguardia del ejército se habia ya puesto en camino, con intencion de ir hacer noche en el Camarico, endonde lo esperaba la vanguardia. Bien pronto emprendió la marcha el estado mayor, escoltado por una parte de la caballería, tras de la cual iba Pedro atado sobre el lomo de un macho que un soldado llevaba tirando. Llegado el convoi a la estancia de Itagüe, atravesaron el rio Claro, enfrente de la vega del Camarico, endonde encontraron acampado el ejército.

Apénas Dorriga se hubo desmontado del caballo, cuando pidió a un sarjento una maletita que éste le llevaba; i metiéndose en un

cuartito del rancho, endonde habia de dormir el jeneral, encendió una vela de sebo, i se puso a leer unos papelitos de diversos tamaños i colores que llevaba en la maleta. Habia papelitos blancos, amarillosos, azules, i hasta los habia sucios i ajados. Unos eran de algodon, otros de hilo, i otros de seda. La letra de cada papel era tambien distinta de la de los demas; pero todos concluian con una firma i una rúbrica mas o ménos llena de rasgos, cruces i comillas. En seguida plegó i cerró todas estas esquelas (algunas de las cuales tenian pretensiones de cartas); i pegando, la mayor parte de éstas, con sendas obleas, i solo dos o tres con pan mascado, hizo de todas un buen paquete. A ese tiempo entró el jeneral en jefe, quien le dirijió la palabra en estos términos:

—Señor don Víctor; estoi perplejo ¿qué le parece a usted conveniente hacer con ese hombre?

—¿Qué hombre?

—El sirviente de Lucinda. Me han dicho que es un *empecinado* pipiolo, i de mucho arrojo. Si por casualidad se escapa, puede hacernos mucho, daño con solo ir a poner en conocimiento del enemigo las interioridades de nuestro ejército: ¿cree usted conveñiente que lo hagamos fusilar?

—¿Para qué? ¿En qué aparece culpable ese hombre? Si se ha resistido cuando se le quiso tomar preso, ha sido por defender a su señora, i cumplir mejor con su deber. Una accion como esa no merece cuatro balazos, jeneral!

—Convengo en ello; pero yo hablaba de hacerlo fusilar *por política*, pues ya usted sabe lo que dice Portales a este respecto. Su opinion es *que conviene a veces derramar un poco de sangre chilena*, pues de otro modo no se pone a raya el loco atrevimiento de ñuestros enemigos. Con esos cuatro balazos nos desharemos de un enemigo....

—I nos haremos de cien enemigos mas, interrumpió Dorriga. Créame, señor jeneral, la crueldad inútil perjudica siempre al que la emplea. El rigor, aún en la guerra misma, es como ciertos venenos que suele hacerse entrar en la composicion de las medicinas. Usados con cordura, pueden sanar al enfermo; pero el abuso de ellos, produce necesariamente la muerte. Al contrario, yo creo que podemos sacar partido de la huida de ese hombre al campamento enemigo.

—¿Cómo puede ser eso?

—Sirviéndonos de él como de un emisario seguro, para enviar estas cartitas.

—Ah! esclamó Prieto ¿todavía está usted con esa idea? Los pipiolos son inocentes; pero no tanto para que traguen ese anzuelo! I ademas, prosiguió sonriéndose ¡les hemos hecho ya tragar tantos!

—Pues yo tengo seguridad de que estas esquelitas, firmadas por algunos de nuestros oficiales mas *apipiolados*, han de producir un magnífico resultado. Todas ellas hablan del deseo que sus autores tienen de pasarse al enemigo, unos por evitar la efusion de sangre, otros porque sus antiguas convicciones los arrastran al bando opuesto, i algunos por consideraciones personales de amor i respeto hácia Freire.

—¿Creé usted que este jeneral no se llene de satisfaccion al leer estos papeles, i no se descuide, por consiguiente, confiando mas en una mentida popularidad que en las fuerzas de su ejército?

—Haga usted lo que le parezca, dijo el jeneral; pero yo solo tengo fe en nuestros cañones i en nuestra caballería.

—Trazas quiere la guerra, señor jeneral, repuso don Víctor; i usted se convencerá mas tarde, de que mas hace la maña que la fuerza, i que cada uno de estos papelillos vale por diez balas de cañon.

Un ruido de caballos que se oyó en el exterior del rancho, cortó la conversacion.

El jeneral salió del cuartejo, i poco despues entró Garduño.

—¿Cómo queda esa niña? preguntó don Víctor.

—Ha vuelto en sí, respondió el oficial; pero no ha sido posible conseguir que se despoje del hábito franciscano que tiene puesto. Dice que ya no quiere pertenecer a este mundo, i que aquel traje que lleva es el que mas le conviene, por ser el de la sepultura.

Dorriga se conmovió al oir la relacion del oficial, pues tenia un corazon humano; i, aunque lleno de preocupaciones contra los pipiolos, e incapaz de comprender las ideas que éstos defendian, no alcanzaba su odio hasta las mujeres i los niños, como sucedia con muchos otros defensores del sistema colonial vestido a la republicana. Su contraido semblante revelaba una profunda impresion; i con voz apagada, murmuró;

—Pobre muchacha! Ojalá no sea cierta la muerte de su marido!

En seguida, haciendo un movimiento con la cabeza como para desechar una triste idea, dijo:

—Bueno! Vamos a otra cosa. Ya sabe usted, Garduño, lo que tiene que hacer con ese hombre. Nada tengo que repetirle. Tome usted las cartas.

—Obraré en todo como usted me ha ordenado, respondió el oficial recibiendo el paquete i saliendo del cuarto.

——:o:——

CAPITULO XLIII.

GARDUÑO I PEDRO.

> «Acompañaba a Prieto en las campañas el español don V... tan famoso por su fecundidad en la invencion de ardides i estratajemas de todo jénero. Este se valió de diversos oficiales i sarjentos, a quienes hacia que escribiesen a Freire, o lo verificaba él mismo tomando el nombre de aquellos, protestando su adhesion a este jeneral i asegurándole, con todo el misterio necesario, que estaban dispuestos a pasarse a sus filas.»
>
> (F. Errázuriz).

Garduño se dirijió en seguida al lugar endonde tenian preso a Pedro. Este se hallaba rodeado de cuatro soldados, con una gruesa barra de grillos en los piés, i atado de las manos al tronco de un *maiten*.

—Señor oficial! dijo en cuanto conoció a Garduño; hágalo por lo que mas quiere en esta vida, dígame si la señorita vive o muere?

—Está viva, respondió Garduño.

—Gracias a Dios!...Ahora le suplico que se empeñe usted con los jefes para que la traten bien i no la hagan sufrir. ¡Harto ha sufrido ya!...I ahora, hágame el bien de decirme, *si le nace de corazon*: ¿es cierto que mi patron ha muerto?

—Esa es la noticia que aquí ha llegado, respondió Garduño con voz lúgubre.

Pedro no habló mas, pues su entrecortada respiracion indicaba el nuevo dolor que le habia causado la certeza de la fatal noticia.

—I ¿para usted no pide nada? preguntó Garduño.

—¿I qué quiere que pida para mí, cuando se me trata de esta manera? esclamó Pedro con mal reprimida cólera: Se me tiene atado a este árbol, como si fuera un animal i como si pudiera huir con esta pesada barra de grillos. ¿Qué he hecho, señor, para que me castiguen de este modo?

—Usted se ha resistido i ha amenazado a los que querian tomarlo preso.

—No he hecho mas que defenderme de dos ladrones que me atacaban i que, por mas señas, me robaron todo el dinero que traíamos.

—Non eran ladrones, repuso el oficial, sino comisionados por la autoridad lejítima para.....

—En eso de ser comisionados por la autoridad, no me meto, interrumpió vivamente Pedro; pero sí sostendré siempre, que son ladrones como el mismo Judas. ¡Los conozco hace mucho tiempo!

—De todos modos, usted ha hecho armas contra la autoridad, i el consejo de guerra lo ha condenado a muerte.

—¿Me han condenado a muerte? I por qué? I entónces ¿para qué me preguntaba usted si yo tenia algo que pedir?

Garduño no respondió, sino que, volviéndose a uno de los soldados, le dijo:

—Desate usted a ese hombre.

Miéntras el soldado cumplia con la órden, Pedro decia al oficial:

—Muchas gracias, señor: prefiero cuatro balas, a seguir aquí amarrado como un facineroso.

El oficial, sin responder una palabra, dió dos silbidos con un pito que sacó de sus bolsillos; i luego aparecieron seis soldados a caballo con sus tercerolas a la espalda. Otros dos soldados mas, traian

dos caballos ensillados; i montando Garduño en uno de éstos, ordenó a Pedro que lo hiciera en el otro, despues que le hubieron sacado los grillos.

—Ya sé lo que esto significa, murmuró Pedro, montando en su caballo i poniéndose en marcha rodeado de los soldados.

—Prepárese usted, le dijo el oficial.

—Ya estoi preparado, respondió Pedro.

Por toda precaucion, habíanle atado los piés al preso por debajo de la barriga del caballo. El convoi marchaba dando mil i mil vueltas por entre los matorrales que cubrian la márjen izquierda del Rio Claro.

La noche estaba oscura; espesos nubarrones cubrian la atmósfera; nadie hablaba una palabra, i solo se oia el ruido de las patas de los caballos, medio apagado por el sordo murmullo del rio.

Habiéndose separado del campamento unas diez o doce cuadras, hicieron alto debajo de unos árboles, i Garduño mandó desmontarse a los soldados. Bajaron al preso de su caballo; i habiéndolo atado al tronco de un árbol, se retiraron a regular distancia.

—*Buen dar!* esclamó Pedro, con triste acento ¡El pago de Chile! Morir como un ladron, despues de haber peleado por la patria sin haber recibido ni el sueldo siquiera!

—¿Tiene usted miedo? le preguntó Garduño.

—*No le sabré decir* si tengo o no tengo miedo, respondió Pedro, porque no puedo mentir ahora: pero lo que sé mui bien, es que tengo rabia, mucha rabia, señor, al ver que se me va a asesinar aqui como a un perro, por mano de mis mismos compañeros con los cuales hemos peleado juntos contra los godos ¡Denme un fusil, prosiguió con exaltacion, i verán si tengo miedo!

—Pues bien! respondióle Garduño; usted tendrá un fusil i vivirá si me promete una cosa.

—¿Qué cosa?

—Enrolarse en nuestras filas.

—Calle la boca, señor, por Dios, i no me proponga eso!

En seguida, haciendo un esfuerzo, prosiguió:

—Por el amor de Dios! señor oficial, no me esté matando *a pocos*! Despácheme luego, porque ya tengo *el ánimo hecho*!

I se puso a rezar un Credo en alta voz.

Garduño dió a sus soldados la órden de prepararse, i se dispuso a mandar el fuego. Pero ántes tuvo la crueldad de decir al preso:

—Ah! es usted mui *freirista!*

—Porque soi un hombre leal, respondió Pedro exasperado, poniéndose en seguida a gritar:

—Viva Freire! Viva la Constitucion! Creo en Dios padre, Todopoderoso, Criador del cielo i de la tierra.....

—Fuego!! gritó Garduño.

Oyóse una sola detonacion, compuesta de los seis tiros que sonaron a un tiempo, i todo quedó en silencio.

Garduño se acercó a Pedro; i habiéndolo tocado, dijo:

—Esta muerto. ¡A caballo!

Montaron todos; uno de los soldados tomó las riendas del caballo en que se habia conducido al preso, i partieron al trote hácia el campamento.

Cuando Pedro volvió en sí, apénas se oía el ruido de los caballos que se alejaban: Pero él no se preocupaba de ruido alguno, sino que, admiradísimo de no sentir el mas pequeño dolor en todo su cuerpo, se hizo maquinalmente estas dos preguntas:

—¿Estaré vivo? ¿Estaré muerto?

En seguida se puso a respirar con fuerza. Su cabeza se habia debilitado notablemente por la emocion sufrida, i tenia los miembros como engarrotados por las ligaduras i el frio de la noche. Quiso moverse i no pudo; pretendió tocarse el cuerpo, i sus manos no obedecieron a su voluntad. Su cuello estaba tieso; i su cabeza, pegada contra el tronco del árbol, parecia carecer de movimiento.

—Qué será esto! exclamaba el pobre hombre lleno de pavor. ¿Si estaré entre la vida i la muerte, i aún no habré llegado al otro mundo por no haberme acabado de matar? Pero si he muerto, i estoi en el otro mundo, no hai duda de que los dos mundos se parecen mucho. La misma oscuridad, los mismos árboles, el mismo aire, el mismo ruido del rio...I ¿cómo dicen *que la muerte duele tanto?* Pero nó! no puede ser! ¡Estoi en este mundo! esclamó respirando con mayor fuerza i con la conviccion de su propia existencia.

—Silencio! le dijo a ese tiempo una voz cerca de sus oidos.

—Ah! ¿es usted, señor Garduño? preguntó Pedro ¿Viene usted a acabar de matarme? Concluya usted pronto porque todavía estoi vivo.

—A mí me debe usted la vida de que goza, repuso Garduño. Óigame usted, i no hable. Yo mismo extraje las balas de las tercero las que hice dar a los soldados, i por esto es que usted no está herido.

Ellos están en el campamento, creyendo haberlo muerto a usted; i

miéntras tanto, yo he vuelto a librarlo de sus ligaduras; pero con una condicion....

—Cuál es? diga usted, señor!

—La de que lleve usted este paquete al campamento enemigo i lo ponga en las propias manos de Freire.

Pedro creyó no haber oido bien, i esclamó:

—Qué? El jeneral Freire? ¿Usted?...Yo? ¿Qué me ha dicho?

—Que usted debe llevar a don Ramon este paquetito con el mayor sijilo posible. Son cartas que algunos de los oficiales de Prieto le escribimos a Freire, advirtiéndole que estamos descontentos de nuestro jeneral, i queremos pasarnos a la division de los liberales porque nosotros hemos sido solamente pelucones de circunstancias. Yo quise ver hasta dónde llegaba la lealtad de usted; i por eso le hice denantes todas esas preguntas. Ahora sé que puedo contar con su fidelidad.

—Me comeré esos papeles ántes de entregarlos, i moriré si es necesario! esclamó Pedro. Démelos usted, señor Garduño, i partiré al momento. Ah! pero estoi atado i no puedo moverme!

—Yo lo desataré, respondió el oficial, poniendo por obra lo que decia.

Al verse libre, Pedro dió dos o tres saltos en el aire, como para cerciorarse de que estaba vivo i libre.

En seguida dijo:

—Pero ¿no le parece a usted, señor, que debo hacer este viaje a caballo?

—Aquí tiene usted el mio.

—¿I usted?

—Yo me volveré de a pié al campamento; i allí diré que mi caballo se ha arrancado. Tome usted el paquete, i ¡cuenta con que nadie sepa una palabra de todo lo que hemos hablado!

—No le dé a usted ningun cuidado. Mas hablará un muerto que yo! Vaya! lo que es la vida! ¿Creerá, señor Garduño, que casi habia yo creido que estaba muerto?

En seguida tomó el paquete; lo metió en sus bolsillos, i montó a caballo.

—En ese atadito que cuelga del arzon de la silla encontrará usted que comer, le dijo Garduño.

—Dios se lo pague, señor! Ahora quisiera pedirle una gracia.

—Diga usted.

—Quisiera tener noticias de la señorita. ¿Podria usted escribirme...?

—Prometo hacerlo, respondió el oficial; i si no le escribo, crea usted en todo i por todo lo que la persona, que al saludarlo le diga al oido: «*Lucinda i Garduño.*»

Pedro miró al oficial meneando en seguida la cabeza, como para desechar una idea insensata.

Luego contestó:

—Mui bien, señor, así lo haré. Adios.

—Que tenga feliz viaje, respondió Garduño, volviéndose al campamento.

A poco andar, el oficial encontró a un soldado que lo esperaba entre unos matorrales con un caballo de la rienda. Montó de un salto, i se dirijió con su asistente al rancho endonde debia pasar el resto de la noche.

Antes de llegar, dijo al soldado:

—Si algun curioso pregunta por el cadáver, dile que entre los dos lo hemos echado al rio.

—Sí, señor, respondió el soldado, i ademas con una piedra atada al pescuezo.

Garduño hizo un jesto de aprobacion, sin contestar una palabra. Llegado al alojamiento se apeó; i vestido como estaba, tendióse sobre una cama de pellejos que el soldado le tenia preparada. Pero miéntras éste empezó luego a roncar, tendido sobre su poncho i con un tronco por cabecera, el pobre Santiago no pudo pegar los ojos, como si su espíritu fuera presa de algunos de esos terribles pensamientos, cuya ejecucion espanta al mismo que desea realizarlos.

Poco despues se levantó; despertó al soldado, i le ordenó ensillar de nuevo los caballos. Miéntras tanto él escribia, a la luz de un candil, un papelito que encargó a otro soldado entregar a Dorriga. Por último, montando a caballo atravesó el rio, i galopó hácia Molina, seguido de su soñoliento asistente.

—Oh! murmuraba Santiago, con ajitacion febril; esta no es una mujer sino un ánjel... ¡Qué dulzura, al mismo tiempo ¡qué majestad en aquella fisonomía radiante...! ¡Con cuánto placer no le consagraria mi vida entera...! I su marido ¿vive? ¿ha muerto...? Pero puede morir en la refriega, i entónces....

——:o:——

CAPITULO XLIV.

A ORILLAS DEL MAULE.

«Se sabe cuán propensos son los bandos políticos a forjarse ideas halagüeñas, sobre todo, cuando están caidos.»

(M. L. Amunátegui.—*Dictadura de O'Higgins: cap. XIII.*)

Volvamos ahora la vista al ejército constitucional.

Poco despues del desembarco de las tropas de Freire en Constitucion, llegaron los jefes Rondizzoni i Castillo, con sus soldados desembarcados en la Navidad, a los cuales se habian agregado algunos reclutas de las costas de Colchagua i de Talca. Freire esperaba con impaciencia a los coroneles Viel i Tupper, ocupados en esos dias en sitiar a Chillan, defendido por el coronel Cruz (que tan arrepentido se mostró despues de haber sostenido la causa pelucona). Sabedor el jeneral de que Viel i Tupper habian abandonado el sitio de Chillan, i se dirijian hácia el norte, puso en movimien-

to sus tropas i se dirijió hácia Talca por la ribera izquierda del rio Maule. Algunos dias despues, es decir, el 29 de marzo, todo el ejército liberal estaba reunido a orillas del antedicho rio; i entónces Freire no pensó sino en llegar cuanto ántes a la ciudad de Talca, posicion estratéjica de la mayor importancia, i cuyos habitantes eran adictos a la causa constitucional.

Se nos olvidaba decir que Anselmo no habia podido marchar con sus compañeros de armas, pues, aunque lo intentó varias veces por creerse ya restablecido de su enfermedad, no quiso consentirlo el jeneral; i el jóven tuvo que moderar su impaciencia i quedarse en Constitucion siguiendo las órdenes de su jefe, de acuerdo con las prescripciones del primer cirujano del ejército.

Ese mismo dia en que las tropas liberales se disponian a pasar el rio, al oriente del puentecito de Perales, miéntras los soldados comian las reses que se les acababa de matar con este objeto, Freire i Tupper hablaban acaloradamente debajo de una ramada, sobre la orilla del rio.

—Ya le digo a usted, coronel, decia Freire, que aún cuando su plan sea mui bueno, me es imposible aceptarlo, pues tengo la seguridad de vencer a ese traidor, sin haber para qué descargar un fusil. La mayor parte de los oficiales han peleado a mis órdenes, i están arrepentidos de haber abrazado tan mala causa. Esté usted seguro de que, en cuanto nos vean, se pasarán con sus soldados a nuestras filas. ¿Para qué derramar sangre entónces, si tenemos la victoria segura?

Tupper no respondió, i solo meneó la cabeza con aire de duda. En aquel momento se presentó un oficial seguido de un hombre que traia un caballo de la rienda, i del cual, segun parecia, acababa de apearse.

—Señor, dijo el oficial dirijiéndose a Freire; aquí viene un hombre que se dice portador de una noticia importante.

El jeneral ordenó a aquel que se acercase; i apénas hubo éste hablado, cuando a una con Tupper, esclamó:

—¿No eres Pedro...? ¿qué es de Lucinda?

—La he dejado enferma en Quechereguas, respondió tristemente el buen servidor.

En seguida les refirió el viaje que con su señora habia hecho desde Santiago, concluyendo por imponerlos de todo cuanto les habia sucedido, omitiendo solamente las últimas circunstancias de su fusilamiento i del modo cómo habia escapado con vida, pues no po-

dia de otro modo conservar el secreto de las esquelas de que era portador.

—Pues no te habia conocido, dijo el jeneral. Pobre niña! Es preciso despacharle un propio para hacerle saber que Anselmo vive.

—Acabo de saber aquí esa buena noticia, observó Pedro, i estoi pronto a llevársela.

—I tú ¿cómo pudiste escapar del enemigo?

—He tenido que disfrazarme para llegar aquí, dijo Pedro, sin responder directamente a la pregunta del jeneral. Nadie me ha conocido; i así disfrazado, puedo llegar hasta Quechereguas. En cuanto al modo cómo escapé de los ocho balazos que mandaron tirarme, solo puedo decírselo a su merced.

Al oir esto, retírose el oficial, i Tupper se fué a hablar con Viel, que no léjos estaba, comiendo un trozo de carne asada, debajo de un ruinoso rancho.

Pedro refirió entónces al jeneral la manera cómo fué librado por Garduño; i concluyó por entregarle el paquete de cartas traidoras, que Freire abrió al momento i leyó con avidez.

En seguida, habiendo hecho repetir a Pedro la última parte de su relato, murmuró:

—El triunfo es seguro. El traidor tiene la traicion en casa.

I luego ordenó a Pedro partir para Quechereguas, con encargo de traer noticias ciertas de Lucinda, i al mismo tiempo pensó en enviar a llamar a Anselmo. Pero como no sabia si el restablecimiento del jóven le permitiria ponerse desde luego en camino, creyó prudente enviar un oficial a Constitucion con el encargo de volverse con Anselmo, solamente en caso de hallarse éste en estado de montar a caballo sin peligro alguno.

El oficial que recibió esta comision fué Pepe Tronera, quien, despues de haber combatido valientemente en el sur, a las órdenes de Tupper, se habia venido con su jefe al campamento de Freire.

Miéntras éste daba las órdenes antedichas, Tupper decia a Viel:

—No sé a qué atribuir la ceguera del jeneral. Ha rechazado el plan que le propuse de pasar el rio esta noche con quinientos hombres i sorprender a Prieto en su campamento de Lircai. Por nuestros espías sabemos la situacion que ocupa su ejército; ¿no cree usted, coronel, que un buen golpe de mano nos podia dar la victoria?

—Mui bien podria ser, respondió Viel; pero ¿cómo desenfrascar a Freire de la creencia que tan preocupado lo tiene? A él le parece que con solo presentarse, se pasará el enemigo a nuestras filas.

—Así me lo ha dicho; i no hai modo de hacerlo convenir en lo absurdo de esa idea. A él se le figura que todavía goza de su antigua popularidad en el ejército.

—Pues yo tengo otro proyecto, que, a mi juicio, nos daria la victoria sin necesidad de batalla alguna, dijo Viel.

—¿Puede usted decirme ese proyecto? preguntó vivamente Tupper.

—Por ahora no tenemos tiempo de hablar sobre ésto, respondió el otro, pues debemos ponernos en marcha al instante. Mire usted cómo ya los soldados comienzan a pasar el rio!

Así era en efecto. Valiéndose de dos balsas que se habia construido de palos cruzados i de algunas lanchas i botes llevados desde Perales, el ejército atravesaba el rio Maule, miéntras la caballería habia ido a vadearlo por otro punto.

La operacion fué larga; pero ejecutada sin mayores inconvenientes i con toda la presteza que podia esperarse, atendidos los escasos recursos con que se contaba.

Las cuatro de la tarde serian, cuando el ejército liberal se encontraba solo a dos leguas de la ciudad de Talca. Ya Pedro habia llegado a esta ciudad, pues, deseoso de alcanzar a Quechereguas esa misma tarde, se habia puesto en camino en el momento de recibir las órdenes del jeneral. Su objeto, al pasar por Talca, era hablar con un carnicero, antiguo amigo suyo, i preguntarle qué camino le convendria seguir para no encontrarse con las tropas del gobierno. Al pasar por enfrente de la quinta llamada *El Palacio* (antigua residencia del liberal Obispo Cienfuegos, situada hácia el sudoesto de la ciudad), Pedro fué detenido en su marcha por un mendigo, que, estirando la mano, decia con lastimera voz:

—¡Por los clavos de Cristo! por María Santísima! una limosnita, señor, para un pobre baldado; hágalo por el amor de Dios! por lo que mas quiere! por Nuestra Señora del Cármen! por... ¡Dios se lo pague, señorcito, prosiguió, recojiendo la pequeña moneda que Pedro dejó caer. ¡En el cielo hallará la *caridá*; i Dios quiera que le florezca la suerte en todo cuanto ponga mano!

Pedro notó que dentro de la pequeña *ruca* o cobertizo de fajina dedonde el mendigo habia salido a encontrarlo, se veia otro mendigo, que, por entre las ramas de la *quincha*, miraba con marcada atencion al transeunte. Este, sin parar gran cosa la atencion en tal circunstancia, picó de nuevo su caballo; i a poco mas andar, entró en la ciudad con direccion a la Recova, endonde esperaba encon-

trar a su amigo el carnicero. Pero no fué así, pues solamente dió con la mujer del vendedor de carne, la cual le dijo que su marido volveria pronto de una dilijencia que habia ido a hacer al *centro*. I como Pedro deseaba guardar el incógnito, no quiso descubrirse ante la esposa de su amigo; i solo dijo que lo aguardaria hasta que llegase, para proponerle la compra de cinco bueyes gordos que su patron vendia, *poco ménos que de balde*.

En seguida compró, en medio real i se puso a comer, una colosal empanada, con el fin de matar el tiempo, como él decia; i tambien (preciso es decirlo), para matar el hambre que llevaba: con lo cual conseguia el buen hombre matar dos pájaros de una sola pedrada.

Con la rienda de su caballo sobre el brazo izquierdo, i sin dejar de mirar a lo largo de la calle, para ver si su amigo venia, abrió Pedro su empanada, destapándola, como quien abre un estuche de joyas. I a la verdad que allí dentro encontró algo, para él mas precioso que las mismas perlas i diamantes, pues el pequeño baul de dorada masa no estaba lleno de aire (como la industria moderna lo practica actualmente), sino de carne de vaca esquisitamente preparada con presitas de pollo, aceitunas, huevo picado i frescas pasas del Huasco, cuya mezcla prometia ser tán sabrosa como era agradable e incitante el olor que exhalaba.

Luego hizo pedazos la cóncava tapa de aquella sabrosa caja; i, sirviéndose de los trozos como de cuchara, empezó a echar unos bocados sobre otros, mascándolos i tragándolos a veces con cuchara i todo; i acabando al fin por comerse el plato mismo, así como se habia comido las cucharas.

Cuando se sacudia las manos i se limpiaba la boca con una *esquina* de su poncho, vió que por la calle venia, no el amigo a quien aguardaba, sino el mendigo que por entre las ramas de la quincha lo habia observado poco ántes.

Pedro se acercó instintivamente a su caballo, i se afirmó en la silla con aparente indolencia, silbando al mismo tiempo una tonada popular. Aunque no miraba al mendigo, pudo notar que éste se dirijia rectamente hácia a él; i cuando se halló a dos pasos de distancia, oyó que le dijo:

—¡Dios se lo pague, mi señor!

—¿A qué viene ese *Dios se lo pague?* preguntó Pedro, ya medio sobresaltado por la asiduidad con que el mendigo lo miraba.

—Le doi las gracias, respondió éste, por la limosna que le dió a

mi compañero allá enfrente del *Palacio*, pues los dos hemos hecho compañía para *trabajar*.

—Pues, amigo, dijo entónces Pedro, buen provecho le haga, como a mí la empanada que me acabo de comer.

—Muchas gracias, señor don Pedro, contestó el mendigo con voz clara aunque mas baja, dando un paso mas hácia su interlocutor.

Al oir su nombre, Pedro no pudo dejar de manifestar su sorpresa; pero rehaciéndose bien pronto, repuso:

—Yo no me llamo Pedro; usted me ha tomado sin duda por otro.

—I sin embargo, murmuró el hombre harapiento, yo no puedo equivocarme.

I acercándose aún mas hácia Pedro, pronunció en voz mui baja estas dos palabras:

—«*Lucinda i Garduño.*»

—¿Quién es usted? preguntó Pedro, mirando fijamente al otro.

—¡Silencio! respondió rápidamente el mendigo. No alce usted la voz, i sígame si quiere saber noticias de la señorita Lucinda. Aquí en la calle no podremos hablar.

Diciendo esto, echó a andar por la misma calle; i Pedro lo siguió aguijoneado por la curiosidad que en él se habia despertado, i mas aún, por el vehemente deseo de saber noticias de su señora.

El mendigo andaba sin volver la cara; i al llegar (unas dos cuadras mas adelante), a un rancho de miserable aspecto, tocó una puerta de mal clavadas tablas, la cual se abrió dejando ver en el interior del triste cuarto tres o cuatro mendigos mas, sentados en el suelo i ocupados en jugar a los naipes.

—Entre usted pronto, dijo a Pedro el misterioso guia.

—¿I mi caballo, cómo lo dejo solo en la calle? preguntó Pedro, dudando sobre si entraria o nó.

—Entre con caballo i todo, respondió prontamente el otro, porque adentro tenemos un buen sitio endonde puede estar el caballo miéntras platicamos. No tenga miedo.

—Yo no tengo miedo, dijo Pedro, llevando su bestia de la rienda hácia el interior del sitio, miéntras los otros mendigos proseguian su juego sin poner, al parecer, atencion a lo que pasaba junto a ellos.

Llegados al interior del sitio (que estaba completamente solo i rodeado de ruinosas tapias), el compañero de Pedro dijo a éste:

—Puede usted tener entera confianza en mí, porque soi liberal i amigo de don Santiago.

—¿Quién es don Santiago?

—Don Santiago Garduño, que con otros oficiales de Prieto han resuelto pasarse a las filas del jeneral Freire.

—¿I en qué me ha conocido usted?

—¡Vaya! esclamó el otro, sonriendo. Usted ha mudado de caballo, pero no ha cambiado la silla, ¡i quiere que no lo conozcan! Yo sabia que usted andaba en la misma silla de don Santiago.

—Es verdad! dijo Pedro dándose una palmada en la frente ¡qué chambonada he hecho, sin pensarlo! Pero despues de todo: ¿qué me dice usted de mi patrona?

—Está buena, respondió el mendigo, como lo verá usted por esta carta.

I sacando un papelito doblado lo pasó a Pedro.

—No sé leer, amigo, dijo éste, encojiéndose de hombros.

—Pues yo se lo leeré, repuso el otro, desdoblando el papel, el cual decia:

«Señor don Pedro:

La señorita Lucinda está mui buena de salud, aunque algo triste. Créale en todo i por todo al dador de esta, que es liberal i mui *freirista*; i dígale si entregó en mano propia las esquelitas que remití con usted.

SANTIAGO GARDUÑO.»

—Ah! se las entregué al señor jeneral en propia mano, dijo Pedro. ¡Pobre señora mia! qué gusto no va a tener cuando le diga que mi patron vive!

—¿Cómo vive? ¿Quién es su patron? preguntó el mendigo vivamente.

—Mi capitan Guzman, pues, el esposo de la señorita.

—¿No ha muerto?

—Nó, gracias a Dios: está en Constitucion bueno i sano... Pero, ¿qué tiene usted que se ha puesto tan pálido de repente! exclamó Pedro. ¿Está enfermo?

—Sí, tengo una fatiga de estómago, respondió el mendigo, tratando de reponerse de la impresion que parecia haber sufrido con saber que Anselmo vivia.

En seguida, diciendo que iba a beber un trago de aguardiente,

entró al rancho, dedonde salió poco rato despues, trayendo un vaso de licor que ofreció a Pedro. Bebió éste, de un sorbo, casi todo el contenido del vaso, i luego dijo:

—Dios se lo pague! amigazo: esto vale mas que la lismosna que les dí a ustedes en el callejon. Ahora puede usted decirle a don Garduño que cumplí con el encargo que me hizo, i que...

—Entónces puede usted entregar estas otras cartas, interrumpió el pordiosero sacando un paquete de entre sus andrajos.

—Me es imposible por ahora

—¿Por qué?

—Porque debo ponerme al momento en camino para Quechereguas.

—¿I cómo piensa usted atravesar de dia el ejército enemigo?

—Espero a un compadre carnicero que tengo aquí, el cual me dará consejo sobre el camino que debo tomar para que no me atajen.

—Pues yo le aconsejo que aguarde la noche para ponerse en marcha. Yo soi mui conocedor de estos campos, i prometo indicarle un caminito seguro, si usted entrega a Freire estas cartas.... ¿No dicen que hoi estará el ejército en Talca?

—Llegará esta tarde.

—Entónces tiene usted tiempo para hacerme este favor; i en cerrándose la noche, puede ponerse en camino; porque, ya le digo, seria una imprudencia hacerlo de dia. Todos los pasos del rio están bien custodiados; pero yo conozco un punto pordonde puede usted pasar sin peligro alguno.

—Dice usted bien; esperaré la noche. Deme las cartas para irme luego a la recova, que, de todos modos, bueno es que hable tambien con mi compadre el carnicero.

—¿Qué compadre es ese?... Cómo se llama?

—Cucho Espinosa, respondió Pedro.

—Ah! Espinosa, el carnicero! Lo conozco mucho. Desconfíe usted de ese hombre porque es un espía de Prieto, i será capaz de venderlo a usted, como Júdas vendió a Cristo.

—Imposible! replicó Pedro. Cucho es mui *freirista*; i yo sé que no me traicionará.

—Pues yo le digo que Cucho Espinosa se ha pasado a los pelucones; i aunque representa mui bien el papel de *freirista*, sepa usted que es un espía de Prieto. Esta mañana estuvo en el ejérci-

to, i, segun supe, habló con el jeneral en persona, el cual, por mas señas, le regaló una onza de oro.

—Todo puede ser, observó Pedro, dudando ya de la fidelidad de su amigo; i como lo mejor de los dados es no jugarlos, nada pierdo con no ver al cumpa *Cucho.*

—Miéntras tanto, platicaremos aquí un ratito, agregó el mendigo. Dígame, señor, ¿cómo viene el ejército? ¿Mucha caballada traen? ¿Son buenos los caballos?

—No ví la caballería, respondió Pedro, porque anduve perdido varios dias en la montaña; i cuando llegué al paso del Barco, me encontré solo con la infantería.

—Pues la caballería de Prieto no vale nada, dijo el mendigo sonriendo. Yo no sé cómo quiere salir victorioso con aquellos *cuatro pingos de mala muerte.*

—Usted se engaña, replicó Pedro. Yo he visto la caballada del gobierno, *i es mui lucida.*

—Ah! entónces ¿usted no sabe la jugarreta que nosotros, quiero decir, que los de nuestro partido le han hecho al gobierno? preguntó el pordiosero.

—¿Qué diablura es esa?

—Voi a decírsela. En la noche que durmieron en el Camarico, un oficial, ayudado de un sarjento mui freirista, se fueron al corral, endonde tenian los caballos i le dieron a los mejores un buen tajo en el lagarto...

—¿Qué me dice usted?

—Lo que oye. De modo que al otro dia se encontraron con los mejores caballos todos rengos.

—Qué tiro! exclamó Pedro. Se lo he de decir a mi jeneral, para que se anime mas, porque aquí para entre los dos, le diré que nuestra caballería es poca i mal montada. Me dijeron que el coronel Viel habia traido del sur unos cien indios; pero estos diablos (Dios me perdone) no sirven mas que para la primera embestida, i si la yerran, adios, compadre, porque se dejan charquear de lo lindo; i mas es lo que estorban, a veces, que lo que hacen entre una caballería bien disciplinada; razon por la cual solo sirven para echarlos adelante, como si dijéramos *de carnaza,* aunque entónces se corre el peligro de desordenar las propias filas, en caso de ser ellos rechazados, pues, en arrancando uno, siguen todos los demas; i no los hará volver cara ni la misma madre que los parió!

—¿I la infantería? volvió a preguntar el otro ¿viene bien equipada? Temo mucho que no traigan bastantes pertrechos.

—Algo *escasones* vienen, respondió Pedro suspirando; pero si faltan municiones, sobra el valor i el patriotismo.

—Así me gusta oirlo hablar, respuso el pordiosero. Tengo muchos deseos de que los dos ejércitos se vean luego las caras.... I dígame: ¿cuántos cañones traen?

—Vienen tres piezas bien montadas, con diez artilleros cada una, a las órdenes del jefe Amunátegui.

—¿I no supo usted, poco mas o ménos, el número de los soldados?

—Yo creo que han de venir *de mil hombres para arriba*, respondió Pedro.

—Con ochocientos que vengan basta i sobra, dijo el mendigo con tono de complacencia.

Cada vez que el pordiosero hablaba, Pedro no despegaba de él los ojos, como si algun recuerdo le asaltara i quisiese hallar en la fisonomía de aquel hombre la contestacion a una pregunta que ya él se habia hecho varias veces en su interior.

Al llegar a este punto de su conversacion, le dijo:

—Mire, amigo, porque no me tuviera por demasiado curioso, no le habia hecho una pregunta.

—¿Qué pregunta es esa?

—Dígame ¿por qué se parece tanto su habla a la de don Garduño?

Turbóse algo el pordiosero; pero luego respondió:

—Eso será, sin duda, porque (le diré la verdad) somos *medio parientes* con don Santiago: quiero decir, que yo soi pariente de esos que llaman de contrabando.....

—Ya entiendo: ahora caigo en la cuenta de la semejanza. Solo que usted es mui trigueño, i él es blanco.....

—Qué quiere usted? El lo pasa debajo de sombra, i yo, pidiendo limosna al sol. Mas no por esto quiero mal a mi primo, sino que lo sirvo en todo lo que puedo.

—Es un buen caballero, agregó Pedro. Yo le estoi mui agradecido, pues le debo nada ménos que la vida.

—¿Cómo es eso? preguntó el pordiosero, manifestando una gran curiosidad. Cuéntemelo usted, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, respondió Pedro, comenzando en seguida a relatarle la lugúbre escena del Camarico que ya conoce el lector.

CAPITULO XLV.

EL EJÉRCITO LIBERAL LLEGA A TALCA.

> «Como insistiesen Viel i Tupper, en las ventajas de su plan, tratando de vencer la resistencia que les oponia Freire, llegó éste a incomodarse; i sacando de los bolsillos puñados de papeles, los colocó sobre la mesa, diciéndoles: «lean ustedes!»
>
> (F. Errázuriz.)

Ann no habia concluido Pedro su relato, cuando se oyó en la calle cierta ajitacion que fué creciendo por momentos.

Salió el mendigo a ver lo que pasaba, i luego volvió diciendo:

—Acaba de llegar la caballería de nuestro ejército, i pronto estará aquí el jeneral Freire con toda la infantería. Monte a caballo,

don Pedro, i trate de entregar luego las cartas. Yo lo esperaré aquí ahora, en cuanto comience a teñir la noche, con un buen asado de vaca.

—No le desecho sus favores, respondió Pedro; i tome usted para que le agregue al asado una buena *cazuela* i un poco de mosto, porque tengo que correr toda la noche.

Diciendo esto, pasó al mendigo un peso, que éste recibió despues de alguna hesitacion. En seguida, se puso el paquete en los bolsillos; montó a caballo i se dirijió a la plaza.

Las calles estaban llenas de curiosos viendo pasar las tropas, parte de las cuales se acuarteló en el convento de Santo Domingo, miéntras el resto permaneció al sur de la ciudad, endonde no podia ser atacado por el enemigo, cuya principal fuerza era la caballería. Las jentes iban i venian, manifestando el mayor alborozo en sus semblantes; i los jefes constitucionales tuvieron la satisfaccion de ver que podian contar con las simpatías de los liberales hijos de Talca.

Poco despues de haber llegado Pedro a la plaza, vió entrar en ella al jeneral, rodeado de la mayor parte de sus oficiales, entre los que venia una multitud de caballeros que habian salido a encontrarlo.

Siéndole imposible al leal servidor llegar hasta donde su jefe se encontraba, contentóse con seguir de atras el numeroso convoi. Detúvose éste enfrente de la casa que se habia destinado para que alojara el estado mayor; i echando todos pié a tierra, reunióse al momento el consejo de guerra en que debia tratarse sobre las medidas que convenia tomar.

La plaza se fué despejando poco a poco; los curiosos comenzaron a retirarse; pero Pedro, apeándose de su caballo, se puso a esperar que el jeneral se desocupase para hablar con él.

Concluido el consejo, quedó Freire en la pieza acompañado de los coroneles Viel i Tupper.

—Señor, le dijo el primero, ya hemos hablado largamente con nuestro valiente amigo que nos oye, sobre una idea que, puesta en práctica con decision i prontitud, puede, i no solo puede darnos, sino que nos dará precisamente la victoria, sin tirar un solo tiro.

—Veamos, qué idea es esa, dijo Freire sonriendo con incredulidad.

—Es mui sencilla, prosiguió Viel. Dejamos descanzar hoi i mañana a nuestros soldados, miéntras se hacen los preparativos nece-

sarios. Mañana en la tarde pasamos el río Claro, en el punto llamado *Guapí*, i nos dirijimos a marchas forzadas hácia la capital, que a la fecha está indefensa.....

—I entónces le será mui difícil a Prieto volver a adueñarse de Santiago, concluyó Tupper.

—Encuentro una dificultad, dijo Freire; i es que nosotros no podemos marchar con la rapidez que puede hacerlo Prieto, quien, teniendo tan buenos caballos, puede hacernos mucho mal por la retaguardia.

—Pero observe usted, jeneral, replicó Viel, que, tomando nosotros el camino que corre por el pié de las montañas del poniente, entre éstas i el rio Claro, nada tenemos que temer de la caballería enemiga.

—Un camino quebrado! esclamó el jeneral medio impacientado. ¿No echan de ver ustedes que, si tomamos ese mal camino, Prieto puede llegar mucho ántes que nosotros a Curicó, i cortarnos la marcha?

—Eso no es posible, señor, desde que nosotros podemos tomar caballos en las haciendas pordonde hemos de pasar.

—Pues yo sé que Prieto ha dejado las haciendas exhaustas, pues ha tomado a su paso los mejores caballos, respondió Freire. ¿Quieren ustedes que nos separemos de esta ciudad endonde contamos con tantas adhesiones i recursos de todo jénero? Por otra parte, agregó, exaltándose mas; ya les he dicho la conviccion que tengo de que la mayor parte del ejército de Prieto viene descontenta de él; i si sus oficiales i soldados desean que llegue el momento de la batalla, es para pasarse a nuestras filas.

—¿I puede usted creer eso, jeneral?

—Tengo mis razones para creerlo así, respondió Freire levantándose del asiento con marcado disgusto. ¡Yo no soi un niño para abrigar una idea, o tomar una resolucion séria sin motivo alguno!

En aquel momento, por una ventana entreabierta que caia a la calle, el jeneral vió a Pedro, de pié en la vereda, con su caballo de la rienda.

Admirado de verlo allí, cuando lo creia cerca de Quecheregua s, llamólo al instante.

—¿Cómo es eso, bribon? le preguntó exasperado ¿Así cumples con las órdenes de tu jefe?

—Por cumplir mejor con ellas, me he quedado en la ciudad, respondió Pedro, saludando militarmente. Aquí he encontrado a uno

de los nuestros que ha prometido llevarme esta noche por cierta senda en la cual no tropezaré con el enemigo, que tiene tomados todos los pasos del Lircai. Ademas, prosiguió, bajando la voz; ese mismo individuo me ha encargado decir a mi jeneral que la caballería enemiga viene mui mala i que los oficiales están (con perdon de su merced) renegando contra su jefe. Por último, me dió estas cartitas para que se las trajese.

El jeneral tomó el paquetillo que Pedro le pasó con aire misterioso; i no bien hubo reconocido a la lijera algunas de las esquelas enviadas por Garduño, cuando se dirijió apresuradamente hácia el rincon endonde Viel i Tupper observaban lo que pasaba sin hablar palabra.

—Aquí tienen, les dijo, la razon por qué no quiero seguir ninguno de los planes que se me ha propuesto. Lean ustedes estas cartas, prosiguió, pasándoselas; i se convencerán de que no soi víctima de una ilusion. I adviertan que esas no son las únicas que he recibido. Hé aquí tambien otras que dicen lo mismo.

I sacando de sus bolsillos un puñado de papelitos doblados, los arrojó sobre la mesa i salió a largos pasos de la sala.

—:o:—

CAPITULO XLVI.

LA MERIENDA.

«En este pícaro mundo
El que ménos corre, vuela;
El diablo parece santo,
I el mas amigo la pega».

(Versos populares)

Pedro, una vez cumplida su comision, se habia vuelto al rancho del mendigo, pues se acercaba la hora en que debia ponerse en marcha. Llegado al rancho, se encontró solamente con los otros pordioseros, los cuales le dijeron que su compañero les habia encargado darle de merendar a su merced, i llevarlo en seguida a cierto punto endonde el otro mendigo estaria esperándolos cuando hubiera anochecido por completo.

Pedro puso su caballo a comer dentro del sitio, endonde habia yerba en abundancia, i en seguida se vino a merendar con los otros pordioseros, que lo trataron a él i se trataron ellos mismos como si no fueran lo que parecian.

Despachó con buen apetito su racion de *carne*; hizo grandes elo-

jios al charquican, que remojó con un cacho lleno de mosto que manaba por la manizuela de un cuero, puesto sobre dos adobes que servian de mesa; i por último, le sobró gana para arremeterle al asado, el cual, ensartado en una larga varilla de *coligüe*, tenia uno de los mendigos *al amorcito del fuego*, miéntras los demas, armados de sendos cuchillos, le daban (como decia Pedro despues) una carga cerrada a la bayoneta, que no habia mas que ver. I a cada tajada que tragaban, acudian al cacho, que pasaba de mano en mano i de boca en boca, miéntras otros (por estar el cacho ocupado) agarraban el cuero a dos manos, i haciéndole cariñitos, chupaban la manizuela con tanto ahinco, que si los que miraban no se las quitaban de la boca, se habrian quedado allí dormidos, mamando como el niño pegado al pecho de la madre.

Pedro estaba encantado, i decia que en cuanto dejara de ser soldado, habia de tomar el oficio de limosnero, por ser, como parecia, tan lucrativo, mayormente en estos tiempos (agregaba) en que no se le paga a uno ni el sueldo.

—Mui bien pensado! le respondió uno de los alegres compañeros. Cuando le vaya a usted mal por esos mundos, no tiene mas que venirse con nosotros, i verá como lo pasa bien i con la barriga llena.

—Pero es el caso que yo no soi baldado, dijo Pedro riendo.

—*Eso es lo de ménos*, replicó otro. Para pedir limosna no hai necesidad de estar lisiado, porque nada cuesta hacerse una grande hinchazon en una pierna, con trapos i un poco de afrecho; o si usted quiere, no tiene mas que aprender a andar todo descoyuntado, i cayéndose al suelo de cuando en cuando, que es mui bonita manera de pedir limosna, por lo bien que así se ablandan los corazones. Véngase no mas, amigo, a trabajar con nosotros, que aquí le enseñaremos a andar a lo patuleco, a hacerse ciego, a levantarse unas buenas potras en la barriga, a figurar mui preciosas hinchazones de cara, con ataditos de estopas metidos en la boca; i por fin, a hablar con voz lastimosa i triste, que es lo mejor para *limosnear*. Yo que tengo experiencia se lo digo. Los ricos son así: bien pueden ver a un hombre enfermo de veras i muriéndose de hambre, sin que ellos le digan *por allí te pudres*. Pero en cuanto lo oyen a uno hablar con tono triste i quejumbroso, se les ablandan las entrañas... Vaya, pues! esclamó, mirando de repente al que tenia la manizuela en la boca: ¡no te lo *chupís* todo, Ñico!

I al decir esto, arrancó de un tiron la manizuela que el otro tenia entre los dientes, agregando:

—Vaya que este Ñico tira mas que el buei negro!

—Bebo porque me ha costado mi bueno, dijo Ñico, pues todo el santo dia lo he pasado trajinando por esas calles, con esta joroba de lana que me ha retostado los lomos.

—Calle la boca, Ñico, replicó el otro, disponiéndose a beber; no vengas a echarnos en cara lo que has trabajado hoi, pues si no fuera por la plata que nos dió el caballero...

—¿Qué caballero? interrumpió Pedro.

—No les haga caso, cumpita, le respondió al oido el que habia tenido el asador, miéntras los demas cortaban i comian: no les haga caso a estos borrachos.

—Yo no estoi borracho! esclamó Ñico sentándose en el suelo, endonde poco ántes estaba echado de barriga. Digo que me ha costado mi sudor i mi trabajo, porque es así, miéntras que éste (i señaló con el dedo al que poco ántes hablaba con Pedro) no sabe sino estarse aquí en el rancho *camastreando*; i solo tiene habilidad para echarla de sabido i dar lecciones, cuando no es capaz de hacer ni siquiera una potra bien hecha!

—¡Qué no sé hacer ni una potra! esclamó el otro, herido en su amor propio.

—¿I quién fué, badulaque, quien te enseñó a andar con la joroba?

—*Vos no sos* capaz de enseñarme a mí, replicó Ñico con orgullo. Yo aprendí solo; i tambien le aprendí a un limosnero de Rancagua, que sabia mas que Catete; ¡ese sí que era hombre! prosiguió, dirijiéndose a Pedro. Si usted quiere, amigo, venirse con nosotros, yo le enseñaré todas las argucias de que aquel cristiano se valia para sacarle plata a todo el mundo. Vaya pues! dijo a su interlocutor, si *sos* tan hábil, te apuesto dos reales ¿a qué no *hacís* un tullido como yo?

Diciendo ésto, quiso levantarse del suelo para manifestar su destreza; pero el estado en que se hallaba se lo impidió, o mas bien dicho, el vino que habia bebido lo hizo representar tan bien su papel de tullido, que, doblándosele las piernas, cayó de bruces sobre el suelo.

—Es verdad que ni un tullido verdadero podria hacerlo mejor, dijo Pedro riendo.

En esto se acercó a Pedro el que habia tenido el asador (que no habia bebido sino unos pocos tragos), i le dijo al oido:

—Ya es hora, cumpita, de ir a donde el compañero nos está esperando.

—I se me habia olvidado! esclamó Pedro. ¡Lo que es el diablo!

—I el mostito, agregó el otro sonriendo.

Pedro montó a caballo i siguió al mendigo que iba a pié, adelante, sirviéndole de guia. Este echó andar hácia el norte por la calle Tres, oriente; i al llegar a la Dos, norte, torció sobre su izquierda i empezó a trotar, diciendo a Pedro que apurase el paso.

La noche estaba tan oscura, que el guia creyó necesario advertir a Pedro que se fuese por la vereda de la derecha, para que no cayese en el profundo estero de Baeza, que corria a lo largo de la acera izquierda.

En poco rato llegaron a la pequeña colina, endonde hoi se encuentra situado el Seminario, i que en aquel tiempo se hallaba coronada por el cementerio de la ciudad.

—¿Para a dónde diablos me lleva, amigazo? preguntó Pedro. Yo creo que estamos sobre el *pantion.*

—Así es, dijo el guia, i por eso es que usted no debe pronunciar esa mala palabra.

—¿Qué palabra?

—El *Diacho.* Mire que estamos cerca de lugar sagrado!

—¿I qué venimos a hacer aquí?

—Aquí es donde nos está esperando el compañero. ¿No ve esa tapia negra? Es la del campo santo. ¿No divisa allá, al fin de la tapia, unos dos bultos que se mueven?

—No veo ni palabra, respondió Pedro.

—Pues ellos son, quiero decir, que debe ser él, que habrá venido con otro para que lo acompañe, porque no es nada bueno andar solo su alma por estos lugares.

Pedro no respondió, sino que, habiéndose santiguado, empezó a rezar un Padrenuestro.

En aquel momento tocaban la hora de ánimas en la torre del convento de San Agustin (patron de la ciudad) situado entónces en la calle Dos, poniente, i en el mismo lugar que hoi ocupa la Penitenciaría.

El guia entónces, poniéndose en cuatro piés, empezó a ladrar, concluyendo con un lastimero ahullido, tan bien imitado, que Pedro estuvo casi por creer que su compañero se habia convertido en perro. I habiéndose dejado oir un ahullido igual en el otro estremo de la tapia, alzóse el hombre del suelo i dijo:

—El es; no hai duda.

—Vaya! ¿con que ustedes saben hasta la lengua de los perros? preguntó Pedro con aire zumbon.

—De todo es preciso saber en este mundo, respondió sentenciosamente el guia; i mi abuela, que era una médica que curaba a lo divino, i era mui buscada, porque estaba bienquista con los brujos, i tenia unas manos de ánjel para curar el mal de daño, de manera que no habia enfermedad que le aguantase mas de un dia i una noche... digo, pues, que mi abuela decia siempre que dos cosas no estaban nunca demas; i eran: el tener i el saber, aunque no fuera mas que tener achaques i saber rebuznar.

—Pues yo le habria preguntado a su abuela (¡Dios la tenga en buen lugar!), ¿de qué le sirve al cristiano tener achaques? dijo Pedro riendo, como para distraerse de las ideas lúgubres que le ocasionaba la proximidad del cementerio.

—Mi abuela está enterrada detras de esa tapia, dijo el guia; i si ella pudiese hablar, como allá en su tiempo, que no habia nadie que la dejara callada, le responderia que los achaques le sirven al cristiano para entretenerse con ellos, pues no hai mayor gusto para un enfermo que hablar i volver hablar de sus enfermedades. ¡Mire si sirven todas las cosas que Dios ha hecho! i en cuanto a lo de saber, le diré, que andando una noche por las montañas de Curillinque, me libré de las garras de un leon (despues de Dios), solo porque sabia ladrar. Para que vea si sirve a veces saber la lengua de los perros!... Pero ya hemos llegado, i aquí está nuestro compañero.

—¿Quién vive? preguntó Pedro, al ver en medio de la oscuridad un hombre que se acercaba a su guia sin hablar una palabra.

—Jente de paz! respondió el hombre, por cuya voz reconoció Pedro al mendigo de la tarde.

—Ah! es usted, amigazo, le dijo ¿cómo se halla para indicarme el camino que debo seguir?

—Estoi pronto. Dígame ántes si usted cumplió con mi encargo?

—Como bala i pinta, respondió Pedro. Yo mismo puse las cartas en manos del jeneral.

—Entónces vamos andando, dijo el otro. Sígame usted, i tenga cuidado de hacer el menor ruido posible, para que los centinelas no nos sientan, porque vamos a pasar mui cerca de ellos. Ahora se me ocurre una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que usted debe quitarse las espuelas, para que los centinelas no oigan el *tilinteo* de las rodajas; i tambien seria bueno desenfrenar el caballo que va metiendo mucha bulla con el *rodajon.*

Pareciéndole bien a Pedro uno i otro consejo, los siguió al pié de la letra; i echando a la boca del caballo el bozal llamado *riendero*, montó de un salto, despues de haber dado a su primer guia una peseta, con la cual se santiguó aquel, deseándole un buen viaje.

En seguida, nuestro viajero echó a andar, paso a paso tras de su segundo guia, el cual, despues de un corto trecho, le dijo con lastimera voz:

—Don Pedrito, voi con un pié lastimado: ¿podria hacerme la gracia de llevarme en ancas? Ya estamos cerca del rio: ¿no oye sonar la corriente del agua?

—Como aquella noche en que me llevaban para fusilarme a la orilla de este mismo rio, respondió Pedro con voz lúgubre. Monte usted.

Montó el mendigo a la grupa, i dijo a Pedro:

—¿No divisa aquella mancha negruzca?

—Sí, la veo, respondió este.

—Es el Carrisal de Guapi. Dirija su caballo a la punta del norte, que por allí hemos de pasar.

Pedro taloneó su cabalgadura dirijiéndola al punto que se le indicaba, cuando en ese mismo instante se oyó un silbido.

—Jesus! qué miedo! exclamó el mendigo, rodeando con sus brazos a Pedro.

—Suélteme usted, con mil diablos! exclamó éste, tratando de desasirse de aquellos brazos que lo aprisionaban.

Pero el mendigo, en vez de soltar, apretó mas fuerte i contestó al silbido con otro igual. Entónces se oyó un tropel de caballos que se acercaba. El pobre Pedro quiso echar a correr a la ventura; pero estaba sin espuelas, con el caballo desenfrenado, i mas que todo, preso entre aquellos brazos de fierro que no lo soltaban. Empezó al instante a pedir socorro, lo cual sirvió para que los asaltantes diesen mas presto con él, guiados por los gritos que daba.

Pocos momentos despues, se vió rodeado de un piquete de caballería, cuyo oficial, mostrando con el dedo a nuestro viajero, gritó imperiosamente.

—Amarren al momento a ese hombre!!... I tambien al otro! (agregó despues).

Pedro vió que era inútil hacer resistencia, preso como estaba en-

tre los robustos brazos de su guia, así fué que se dejó maniatar i amarrar los piés por debajo de la barriga de su caballo, al mismo tiempo que montaban en otro a su compañero, sin tomar ninguna precaucion para que el reo se escapara.

Miéntras lo ataban, nuestro viajero quiso preguntar por qué lo capturaban; pero, en vez de contestarle, le pusieron en la boca un pañuelo retorcido, atado fuertemente sobre la nuca.

En seguida, los soldados empezaron a desfilar por la orilla izquierda del rio hácia el oriente, llevando del diestro el caballo de Pedro, quien, no pudiendo hablar, pensaba en su interior:

—No hai duda que he vuelto a caer entre los *prietistas*... De esta sí que no me escapo... Si no hubiera sido porque mi baqueano me hizo sacarle el freno al caballo i a mí las espuelas, no me habrian pillado... I luego este hombre de Dios, que me abrazó de modo que no pude moverme...! Pero ¿no podria ser este baqueano el mismo que me ha vendido? A mí me amarran i a él lo dejan suelto sobre su caballo... I ahora que me acuerdo: aquel silbido que dió, contestando al otro de estos pícaros... No hai duda, este diablo se venia haciendo el santito, i me ha hecho caer en el *guachí*... Pero yo tengo la culpa sabiendo como sé que, en estos tiempos, el mas amigo la pega... Eso me pasa por confiado ¡Dejarme engañar como un *leso*! Qué le diré a mi jeneral cuando me pregunte... Pero ¡qué diablos he de poder decir nada a nadie, cuando luego me han de meter cuatro balas en la caja del cuerpo! Sí, señor, ya se acabó todo, porque ahora sí que no me fusilarán *de por ver*, como allá en el Camarico.

——:o:——

CAPITULO XLVII.

LUCINDA ENCUENTRA AMIGOS.

> «Triste destino del hombre! Por mas que su razon se esfuerce; por mas que trate de elevarlo sobre las miserias de la vida, el corazon lo arrastrará siempre al fuego de la desgracia, i lo hundirá mas cada dia en el abismo tenebroso de los deseos insaciables.»
>
> (Víctor Torres A.—«*La Loca.*»)

El órden de la narracion nos obliga a dejar al buen Pedro otra vez preso en el campamento de Prieto, a orillas del rio Lircai, i trasladarnos a Quecheregnas, para dar cuenta al lector del estado en que se hallaba la triste Lucinda.

En la misma noche en que Santiago Garduño tuvo la crueldad de hacer sufrir a Pedro todas las angustias de un verdadero fusilamiento, miéntras el fiel servidor marchaba hácia el sur llevando el paquete de las traidoras esquelas, el oficial, principal instrumento i autor en parte de aquellas farsas, se dirijia a todo galope a

la estancia de Quechereguas, con el fin de ver cuanto ántes a Lucinda, cuyo tenaz recuerdo no lo habia dejado dormir.

Al amanecer, atravesó corriendo la villa de Molina, i diez minutos despues, se apeaba en la estancia de Quechereguas.

Apénas se hubo apeado cuando el caballo, rendido de fatiga, cayó al suelo; pero Garduño, a pesar del cariño que tenia a su corcel, no hizo mas que mostrárselo con el dedo a su soñoliento asistente, para que le aflojase las cinchas, miéntras él se encaminaba a las piezas que ocupaba Lucinda.

La primera persona que encontró, fué el padre Hipocreitía que, debajo del corredor, estaba paseándose con aire meditabundo.

—Mucho ha madrugado su paternidad, dijo Garduño despues de saludar al jesuita. ¿Cómo está la enferma?

—No he podido informarme de su salud, porque aún no se han levantado en la casa, respondió el padre; pero, a juzgar por lo que ha sufrido en la noche, creo que no podemos llevarla hoi a la villa.

—Sin embargo, repuso el oficial, seria bien que la llevásemos cuanto ántes. En la villa estará mejor atendida que aquí. Allí hai un italiano que, si no es médico, lo parece siquiera. Ademas, en la misma plaza vive una tia mia mui intelijente en medicina i en cuya casa puede estar Lucinda con toda comodidad.

—Parece que usted se interesa verdaderamente por esta pobre muchacha, dijo el padre, clavando en Garduño la punzante mirada de sus ojitos grices.

—No puedo negarlo, respondió Garduño con un lijero temblor en la voz. La desgracia de esta niña me ha afectado grandemente; i el deseo de saber de su salud me ha hecho venir ahora, a pesar de mi trasnochada.

—Agradezco a usted el interes que toma por ella, dijo el jesuita sacando su caja de rapé. Yo fuí mui amigo de su señor padre.....

—Don Marcelino de Rójas: siempre oí hablar bien de ese caballero, interrumpió Garduño.

—Era un hombre de pro, a quien Dios tenga en su santa gloria! Yo le debí mucha amistad i confianza; i no puedo ménos de pagar esos favores, amparando a esta pobre niña: fuera de que, agregó el jesuita, a ello me obligan la caridad cristiana i el ministerio que ejerzo.

—Pues aquí me tiene a su disposicion, para ayudarle en todo cuanto su paternidad reverenda crea conveniente hacer en favor de

esta desgraciada niña. Le repito, que en casa de mi buena tia puede ella.....

—Yo sé bien, interrumpió vivamente el padre, que Lucinda no tendria nada que desear en casa de la tia de usted, doña Manuelita. Conozco mucho a esa santa señora: es mi confesada. Pero ya he hablado con esas santas mujeres, en cuya casa tengo establecida la mision.... .

—Ah! Las Peñalozas!

—Sí. Ellas me han prometido atender a Lucinda como si fuese una hija de la casa.

—¿I le ha hablado su paternidad a Lucinda sobre llevarla a casa de las beatas.... quiero decir, de las niñas Peñalozas?

El padre miró a Garduño de una manera particular, i luego dijo:

—No comprendo su pregunta, amigo mio:

—Yo decia eso, prosiguó el oficial con cierta hesitacion, porque, como Lucinda es una niña tan principal, quién sabe si ella tendria a bien el que se le ofreciese aquel alojamiento.....

El jesuita sin hablar una palabra, interrogó a su interlocutor con una mirada escudriñadora.

—Verdad es que las niñas Peñalozas son *mui españolitas*, prosiguió Garduño, es decir, algo *ajentadas*.....

—Son unas santas esas señoras, interrumpió el jesuita.

—Yo no digo lo contrario, reverendo padre, prosiguió Garduño. Cada cual es señor i rei en su casa; pero por mas santas que sean las niñas Peñalozas, ya sabe su paternidad que no son *mui trigo limpio*, quiero decir, de mui buena sangre; i no seria bien visto llevar allí a una señorita de alcurnia como Lucinda.

El oficial cortó aquí su majadero razonamiento, i miró al padre, que no contestó sino con una sonrisa despreciativa, miéntras decia en su interior:

—¡I estos son los republicanos que han peleado i pelean por la libertad! Pues son tan republicanos como mi abuela.

—¿Qué le parece lo que le digo? preguntó Garduño.

—A mí me parece que Lucinda es dueña de elejir lo que ella crea por mas conveniente.

—Es cierto.... Sí.... pero, ahora que se me ocurre ¿i si elije volverse a Santiago, que tal vez seria lo mas acertado... ¿No podria su paternidad aconsejárselo, si es que ella puede hacer el viaje? Yo me ofrezco a llevarla con el mayor cuidado!

—Cómo! exclamó el jesuita: ¿i abandonaria usted sus banderas cuando la patria reclama sus servicios?

—No es mi ánimo desertarme, dijo riendo el oficial. Decia eso solamente, porque me parece que es lo que Lucinda debe hacer. Yo creo que don Víctor Dorriga desea que ella se vuelva a la capital, i, por lo que hemos hablado sobre esto, me parece que don Víctor no llevaria a mal el que yo escoltase, con tres o cuatro soldados, a esta desgraciada niña.... Usted podria escribir al jeneral, pidiéndole que yo.....

—¿Tanto desea usted separarse del campo de batalla? preguntó el fraile con sarcástico tono. ¿Tiene usted miedo de encontrarse con los pipiolos?

—Padre! esclamó Garduño, poniendo la mano sobre el pomo de su espada; mui mal sientan en la boca de un Ministro del Señor las palabras injuriosas, puesto que su hábito nos impide dar la contestacion que ellas merecen!

—Buen empleo encontraria su espada en un pobre viejo como yo, dijo Hipocreitía sonriendo melosamente.

—No tengo tan cobarde intencion, repuso Garduño; pero ya sabe su paternidad, que palabras sacan palabras.

—I ¿cree usted que yo he tenido ánimo de ofenderlo?

—No lo creo; pero ningun soldado de honor puede oir impasiblemente que lo llamen cobarde. En fin, dejemos esto, i dígame si le parece conveniente escribir al jeneral.....

—Es inútil, amigo mio, interrumpió el jesuita. Lucinda no volverá a Santiago hasta que no se convenza de que Anselmo.....

—Ah! sí! de que Anselmo ha muerto! esclamó Garduño con cierto temblor en la voz, que no se escapó a la penetrante observacion del fraile.

—Eso es lo que iba a decir, i me lo quitó usted de la boca, agregó éste. Pero despues de todo ¿qué ha sabido usted sobre la muerte de ese moro?

—No he encontrado noticias ciertas; pero luego las tendremos, respondió el oficial con voz sorda i sin mirar a su interlocutor.

Este tenia la vista fija sobre el oficial; i tanto en el temblor de la voz, como en los cambios de color i contracciones del semblante de Garduño, habia, el astuto jesuita, llegado a descubrir la verdad que poco ántes sospechaba solamente.

De repente, pareció que Garduño tomaba una resolucion definitiva. Separóse bruscamente del padre; i llamando a su asistente, le

ordenó que fuese al momento a dejar a su tia una pequeña hoja de papel, endonde él puso con el lápiz unas pocas palabras a la lijera.

En seguida se puso a arreglar, él mismo en persona, ayudado de dos soldados, una silla de vaqueta con el objeto de convertirla en silla de manos, atándole dos palos uno en cada costado.

Veíalo obrar el jesuita, observándolo hasta en sus menores movimientos, sin que el oficial pareciese apercibirse de aquella tenaz i asídua observacion.

Por último, atados los palos i tapisada la silla con pellones i ponchos, Garduño dijo al padre, mostrando con el dedo su obra:

—¿No le parece a su reverencia que aquí puede ir la enferma con toda comodidad?

—Todavía no sabemos si ella permite ser conducida de ese modo o de otro, respondió el padre meneando la cabeza; pero creo que ya se puede hablar con ella.....

—Es verdad, interrumpió el oficial mirando hácia los cuartos que ocupaba Lucinda. Se han abierto las puertas i ventanas, i ella debe estar en pié. Dios lo permita! De todos modos, conviene hablar con ella para consultar su parecer, pues don Víctor me ha encargado tratarla con todos los miramientos i atenciones a que es acreedora, tanto por su alcurnia como por su desgracia.

Nada dijo el padre; i aunque algo hubiera dicho, es mui probable que Garduño no se hubiera quedado escuchándole, pues parecia dudoso de llegar a las piezas de Lucinda, hácia adonde se dirijió.

Serian las nueve de la mañana, i en aquel momento salia del cuarto una vieja que parecia ocupada en servir el desayuno a la hija de don Marcelino. Preguntó Garduño a la vieja, si la señora estaba en pié; i habiendo contestado aquella que Lucinda *se habia levantado de una vez alentada, despues de haber pasado una noche no tan peor*, él envió a solicitar de la niña el permiso de hablar con ella, de parte del señor don Víctor Dorriga.

Poco despues volvió la vieja, diciendo que Lucinda esperaba en su cuarto al oficial.

No se hizo aguardar mucho el enamorado Garduño; i sin reparar en que el jesuita estaba a su lado, siguió a la vieja, con el contento pintado en el semblante.

El padre echó a andar tras él, murmurando entre dientes:

—Veamos en lo que va a parar todo esto para obrar en consecuencia. La lójica es tan necesaria para entender los hechos, como para hacer producir buenos resultados a los hechos mas ilójicos.

El padre i Garduño entraron a las piezas de Lucinda, quien los recibió con cierta reserva, al traves de la cual se echaba de ver la ansiedad por obtener las noticias que deseaba.

La pobre niña tenia el dolor pintado en su pálido i bello semblante, a pesar del esfuerzo que hacia por dominar la exaltacion de su ajitado espíritu. Olvidándose, al parecer, del padre Hipocreitía, fijó marcadamente su atencion en Garduño, quien la miraba de hito en hito, como deseoso de no perder un solo instante de verla.

—Señor oficial, le dijo con triste sonrisa; ya que usted viene de parte del señor Dorriga, podria decirme si estoi aquí presa o soi dueña de mis acciones?

—Enteramente dueña, señorita, respondió Garduño, inclinándose cortésmente.

—¿I esos soldados que veo pasearse por el corredor?

—Esos soldados son servidores de usted, como lo es el jefe que tiene el honor de dirijirle la palabra en este momento, i que tendria el placer de servirla en lo que usted ordenase.

—Mil gracias, respondió ella con voz conmovida.

—Todo eso lo habria sabido usted anoche, hija mia, dijo el jesuita con melosísima voz, si hubiera querido oirme.

Al oir estas palabras, Lucinda miró fijamente al padre; sus ojos se abrieron extraordinariamente; sus labios temblaron, i varias manchas rojas aparecieron en su frente i en sus mejillas, para volver a quedar mas pálidas que ántes.

En seguida, hizo un movimiento como para rehacerse, i dijo al jesuita:

—No he querido oir a su paternidad, porque... Vaya! no me obligue su paternidad a decir el por qué.

—No comprendo, hija mia, el proceder de usted con un viejo amigo de su señor padre, a quien Dios tenga en gloria, dijo el jesuita acercándose lentamente hácia Lucinda.

—Vaya, pues, replicó ésta; ya que su paternidad me obliga a ello, le diré una vez por todas, que no le creo ; que no está en mis facultades el creer una sola palabra de lo que su paternidad habla, i hé aquí la razon porqué no he querido escucharlo.

Garduño, que no cesaba de mirar a Lucinda, hizo un movimiento en la silla, endonde se encontraba, i el padre tocó i sacó su caja de rapé, sin que su semblante revelase la menor intranquilidad.

En seguida dijo con melosa voz; pero con el aire de la amistad herida en sus mas vivos sentimientos:

—Jamas habria creido yo que la hija de mi inolvidable amigo, don Marcelino de Rójas, me tratase de una manera que tan poco merezco; pero el recuerdo de mi amigo me haria olvidarlo todo, si de esto necesitase un hombre como yo, cuya relijion le manda perdonar las ofensas, mayormente cuando ellas vienen de parte de una persona como usted, a quien no me es posible dejar de amar, i compadecer en su desgracia:

Lucinda, no prestando atencion a las palabras del jesuita, dijo a Garduño:

—Pero, señor oficial, si yo no estoi presa ¿por qué no se me entrega lo que me pertenece?

—Por acaso no se le ha entregado a usted su equipaje, exclamó Garduño alzándose de su asiento. ¿Qué le falta usted, señorita?

—El dinero que traia en mi maleta, respondió ella. Lo necesito porque debo pagar a estas pobres mujeres los cuidados con que me han favorecido.

—Nada tiene usted que pagar, hija mia, interrumpió el jesuita. Esas mujeres las sirven a usted por encargo mio.

—Gracias, padre; pero...

—Tranquilícese usted...

—No puedo estar tranquila miéntras me crea como en una guarida de ladrones. Se me ha arrebatado a mi sirviente; me han robado mi dinero, i luego se me dice que soi dueña de mis acciones... ¿no es esto, señor oficial, lo que usted me venia a decir de parte del señor Dorriga? Qué es de mi fiel servidor?

—Señorita, respondió Garduño con voz temblorosa, desgraciadamente nada puedo yo decirle acerca de la suerte de su sirviente. Marchó con el ejército; i nada mas sé por ahora, pero bien pronto podré darle noticias ciertas. Miéntras tanto, le repito que tengo encargo de servirla, como usted merece ser servida. No se preocupe usted por la falta de ese dinero, cuya desaparicion yo ignoraba. Dígame si usted desea volverse a Santiago...?

—Nó! nó! interrumpió vivamente Lucinda. No me volveré hasta no saber la suerte de mi esposo...!

Al decir esto, fuéle imposible dejar de romper en llanto. Sus interlocutores trataron de consolarla: al fin Garduño dijo:

—De todos modos, señorita, necesita usted un alojamiento cómodo i seguro...

—Yo tambien creo lo mismo, dijo el jesuita, i por esto he mandado preparar en Molina una habitacion endonde...

—No prosiga su paternidad, dijo vivamente Lucinda. Prefiero quedarme aquí miéntras veo lo que debo hacer en seguida.

—Pues yo me atrevo a ofrecer a usted la casa de una tia mia, a quien miro como a mi propia madre, dijo a su vez Garduño. Le aseguro a usted, señorita, que mi buena tia tendrá a mucha honra el que usted se digne aceptar. No sé por qué he tenido la presuposicion de creer que usted no despreciaria mi pobre oferta, i aún habia ya preparado la silla de manos en que pensaba trasladarla, en caso de que no pudiese hacer este camino de otra manera.....

—Ah! esclamó Lucinda ¿para mí habia usted preparado esa silla que me habia hecho creer que existia otro enfermo en casa?

—Sí, señorita: Ya le digo que yo temia el que usted no pudiese.....

—Mil gracias, señor, por haber pensado en esta desgraciada, interrumpió ella.

—Nada tiene usted que agradecerme, señorita. Afortunadamente, usted puede andar a caballo la legua corta que nos separa de Molina. Ah! i me olvidaba!... Con el permiso de usted, señorita!

Garduño, saludando a Lucinda, salió con cierta precipitacion de las piezas, i se dirijió al patio exterior de la casa. Su exclamacion habia sido producida por la vista de un gran carreton con toldo de madera pintado de verde, que en aquel momento se dirijia hácia la casa, tirado por una robusta yunta de bueyes overos, tan cuidados i límpios como el carreton. Llegado éste al patio, paráronse los bueyes, i Garduño se adelantó a recibir a una señora que salió por una de las puertas de aquel castillo ambulante.

—¡Mi querida tia! esclamó Garduño ¡cuánto le agradezco que usted se haya dignado venir en persona! Yo solo le habia enviado a decir que me mandase el carreton.

—I ¿por qué no habia de venir yo? dijo la señora. Aun cuando tú no te hubieses empeñado, me habria bastado saber la desgracia de esta pobre niña, para que yo la hubiera venido a buscar. ¿En dónde está?

—En las piezas del rincon.

—Pues vamos andando, Santiago, porque la caridad perezosa es caridad a médias.

La buena señora echó a andar con mas ajilidad de lo que sus cincuenta años parecian permitirle. Garduño se adelantó a anunciarla, i Lucinda salió a recibirla.

Apénas la señora hubo visto a ésta, cuando corrió hácia ella i la estrechó entre sus brazos, diciéndola:

—No he necesitado sino verte, hijita, para quererte. Sí, niña. Sé que eres desgraciada, i esto aumenta mi cariño. Al momento de recibir la esquelita de mi sobrino Santiago, mandé que me enyugasen los bueyes i colgasen el carretou, para venirte a buscar. Nada tienes que decirme, (prosiguió, viendo que Lucinda, medio confundida con la franca cordialidad de la señora tia, trataba de manifestarle su agradecimiento); no me digas nada, porque en el mundo estamos para ayudarnos i no para estorbarnos los unos a los otros, como dice el adajio: «hoi por ti i mañana mí.» Te ofrezco mi casita i todos mis posibles para que dispongas de ellos.

—Dios le pagará a usted esta óbra de caridad que hace, le dijo Lucinda, correspondiendo al tercer abrazo de la afectuosa tia de Garduño.

—Déjate de eso, mi alma; no hablemos sino de ponernos luego en camino. Es preciso que me trates como a una antigua amiga. Yo no puedo ver los cumplimientos; i las etiquetas me dan jaqueca. Ya mi sobrino te habrá dicho que yo me llamo Manuela Villagran: este es mi nombre para servirte, mi vida. Ah! reverendísimo padre! esclamó, viendo al jesuita que se hallaba a pocos pasos de distancia; dichosos los ojos que merecen ver a su paternidad! ¿cómo lo pasa de salud?

—Estoi bueno, señora, gacias a Dios, respondió el padre. Voi a llamar a álguien que venga a poner el equipaje de Lucinda en el carreton.

Salió el jesuita, i en la puerta se encontró con Garduño que ya venia con dos soldados al efecto. Miéntras se arreglaba en el carreton el corto equipaje de Lucinda, no cesaba doña Manuela de prodigar su afecto a la hija de don Marcelino la cual le correspondia en la misma moneda: por manera que, aún no se habian puesto en camino, i ya las dos mujeres se trataban con la cordial franqueza de dos antiguas amigas.

——:o:——

CAPITULO XLVIII.

LOS CONSEJOS DE LA TIA.

«La mala intencion
Siempre es tropezon»

(Dicho popular).

Bien pronto se puso el carreton en movimiento, seguido de Garduño a la cabeza de cuatro soldados. El oficial iba con el gozo pintado en el semblante; i el jesuita (que marchaba a su lado) parecia tan contento como él, pues aun cuando sentia grandemente que Lucinda no hubiese aceptado el hospedaje en casa de las beatas Peñalozas, no por eso dejaba de manifestar la mayor satisfaccion.

El padre sabia ocultar su despecho mucho mas que su alegría, i tenia por máxima el mostrarle siempre buena cara a los acontecimientos. Jamas se daba por vencido; i a pesar de lo que habia oido de boca de Lucinda, no abandonaba la esperanza de reconciliarse con ella, en beneficio de sus ambiciosas miras.

Durante el viaje, Lucinda contó su historia a doña Manuela,

quien se mostraba cada vez mas interesada en favor de la desgraciada niña.

Llegado el convoi a la casa, doña Manuela renovó sus afectuosos ofrecimientos, i Lucinda respiró con esa satisfaccion que se experimenta al sentirse (especialmente la mujer) bajo el techo de un hogar amigo.

El padre Hipocreitía se habia despedido de sus compañeros de viaje, e ídose a su casa.

Doña Manuela instalando a Lucinda en la cuadra, sentóla sobre su gran cojin, el cual ocupaba una buena parte de la tarima de su estrado, endonde los piés profanos apénas osaban pisar. En seguida llamó aparte a su sobrino; i con voz de autoridad, le dijo:

—Santiago, es preciso hacer el bien por entero; i ya sabes que no me gustan las cosas a médias... Acuérdate de lo que decia tu abuela.....

—Pero, tia, ¿de qué se trata ahora?

—Tu abuela, esto es mi madre (que Dios tenga en gloria), decia que ser bueno a médias, era ser malo casi siempre. Se trata de obtener noticias del marido de esta pobrecita... Se llama... se llama... ya se me olvidó! Tengo una memoria de perro!

—Se llama Anselmo Guzman, dijo Garduño.

—Ese es el nombre! lo tenia en la punta de la lengua; pero... I ahora que me acuerdo ¿no es *freirista?*

—Sí, tia: pelea en las filas contrarias.

—Entónces me has de prometer que si se encuentran... quiero decir, en la pelea (lo que Dios no permita!), tú habrás de protejerlo en vez de herirlo, porque, hijo, el hacer bien nunca es perdido aun cuando sea a nuestro mayor enemigo, tanto mas al marido de esta pobrecita, a quien ya he comenzado a querer, por lo que ella me ha dicho... Porque has de saber, sobrino, que ella lo quiere a morir. ¡Vaya! a mí me encantan los matrimonios de dos que se quieren así. Con que ¿me lo prometes?

—No es posible prometer eso, tia, dijo Garduño con voz sorda.

—Bendito sea Dios! esclamó doña Manuela. ¿I por qué no puedes prometer eso?

—Porque ya echará de ver usted, tia, que en medio de la refriega, nadie conoce a nadie.

—¡Vírjen purísima! ¿Entónces en esas guerras pelean como perros rabiosos, i cierran los ojos i se embisten sin acordarse de que

Dios hizo a los unos i tambien a los otros? ¡qué herejía, por las llagas benditas.....!

—Tia, replicó Garduño, no hablemos mas de esto. Yo no puedo responder de mí, si en medio de la batalla.....

—Santiago! interrumpió la exaltada señora. ¡Vaya que tú tienes unas ocurrencias lo mismo que tu padre! Pobrecito: ¡no te ofendan mis palabras! pero era así, que a veces andaba con el alma al reves, como parece que tú la tienes ahora, Dios me perdone! ¿Cómo me dices en tu esquela de hoi que te interesas tanto por la suerte de esta pobrecita?

—Ah! yo... pero, tia.....

—¿I cómo si te interesas por su bien, no me prometes que protejerás a su marido a quien ella quiere tanto? Que me corten las dos orejas, si entiendo esto!

Garduño habia guardado silencio durante el largo razonamiento de su tia, i parecia sumamente contrariado; pero tomando al fin una resolucion, dijo:

—Concluyamos, tia, por Dios! Le prometo que haré todo lo que esté a mis alcances por que no le suceda ningun daño al marido de Lucinda.

—Dios te guie por buen camino, hijo, repuso la señora; i ten seguro que así lo hará si tienes sana intencion; pero de lo contrario, será el *Malo* quien te guie (no lo permita Dios). I ya sabes que tu santa abuela decia: «que nosotros vemos las acciones i el Señor las intenciones». Ahora sí que quedo contenta, aunque sintiendo los peligros a que te vas a esponer. Malditas guerras! ¿Por qué no tratarán estos cristianos de vivir en paz... que no parece sino que Dios los echara al mundo como echan los gallos en la rueda... Pero las ánimas benditas del purgatorio (a las cuales les rezo todas las noches su novena para que hagan por que esto acabe buenamente) habrán de alcanzar de su divina Majestad que no se verifique esta última pelea, que nos tiene a todos con el Credo en la boca. Sin embargo, bueno es, por sí o por nó, estar preparado, pues solo Dios sabe lo que será. Quiero hablarte, sobrino, del *cocavi* para el otro mundo. Dime ¿te has confesado?

—Sí, tia, respondió riendo el oficial. Tengo arregladas mis cuentas.

—No te rias, Santiago, replicó la señora, acentuando sus palabras con el dedo índice. Mira que nadie tiene la vida comprada; ni hai aquí abajo hora segura, porque para la muerte, que no respetó

ni a Cristo, lo mismo es de noche que de dia, i tanto trabaja en invierno como en verano, i es tan traicionera que se parece al perro bravo, pues si a veces ladra, en mil ocasiones muerde sin ladrar; i cuando ménos se piensa se corta la cuerda, i hombre al hoyo! Así lo decia siemprecito mi madre (que del reino de Dios esté gozando). A los mozos de hoi les parece (Bendito Dios!) que solamente los viejos se mueren; pero mira, Santiago, no te olvides de que tan pronto se va el cordero como el carnero; i muchas veces sucede que un viento apaga la vela i el candil ardiendo queda: mayormente en estos calamitosos tiempos tan llenos de trompezones i peligros, que el que no cae resbala; así es que las pobres mujeres que han quedado aquí solas, lo pasan con el Credo en la boca, pues sus maridos i parientes están como quien dice: «con un pié en la sepultura i el otro en una concha de jabon»...

—Bueno, tia, tendré presente sus advertencias, interrumpió Garduño, tratando de huir de la letanía de refranes con que su buena tia acostumbraba *catequizarlo*, como ella decia. Es preciso que me ponga pronto en camino, i voi a despedirme de Lucinda.

—Vamos, dijo la tia encaminándose hácia las piezas endonde Lucinda habia quedado. Miéntras tú andás por allá, nosotras te encomendaremos a Dios i a la Virjen i a las Animas benditas del purgatorio, que son de las que se agarraba mi buena madre siempre, en todos sus apuros. Pero, despues de todo, prosiguió la prudente señora, aun no hemos hecho medio dia; i tú, por mas apurado que estés, no puedes irte sin hacer ántes algo por la vida. No es caridad matarse de hambre aunque sea por la patria; i si Dios manda cuidar el alma, tambien nos manda cuidar el cuerpo, porque de carne i hueso somos hechos, i es preciso tener fuerzas para servir a la patria, pues no habiendo fuerzas, de nada sirve la buena voluntad i, tripas llevan piernas.....

Diciendo esto, se fué doña Manuela a preparar el almuerzo para su sobrino, miéntras éste entraba en la cuadra endonde se hallaba Lucinda.

—Dispense Ud, señorita a mi tia, le dijo. Es sola i no puede atenderla a Ud. como ella quisiera.

—Léjos de eso, respondió la niña sonriendo,... su señora tia me tiene avergonzada con sus demostraciones de afecto que yo...

—Que Ud. merece por mas de un motivo, interrumpió el oficial. Lo que yo siento es que Ud. no encuentre en esta su casa las comodidades que nosotros quisiéramos proporcionarle; i siento mas toda-

vía, que mis deberes me impidan quedarme aquí para servirla, como ardientemente lo deseo.

—Mucho tengo que agradecer a Ud. i a su bondadosa tia, dijo Lucinda; i si yo no temiese ser importuna, le rogaría a Ud. que me comunicase las noticias que sobre la suerte de mi esposo pudiese obtener; i por último, que hiciera valer su influencia cerca de los jefes del ejército, para que se me devuelva a mi sirviente.

—Prometo hacerlo todo tal como usted me lo ordena, respondió Garduño.

—Santiago! Santiago! gritó desde afuera doña Manuela. Ven que ya el almuerzo se enfria; i el que come frio, mal sabe abrigar su estómago, como decia mi madre. Camina luego, prosiguió, entrando a la pieza, que bastante necesidad tienes de fuerzas; i ya sabes que en estos tiempos de revueltas, el prudente soldado debe andar con una comida adelantada, como decia tu padre, aunque él agregaba siempre: «*i con dos bebidas*».

I echó a reir con la mejor gana del mundo, diciendo a Lucinda cuando Santiago hubo salido:

—Perdóname, hijita, por no poder hacerte la corte como yo quisiera; pero las dueñas de casa somos esclavas, i no siempre puede una repicar i andar en la prosecion. Yo no sé cómo tengo fuerzas para reirme ahora (prosiguió la señora con voz triste), viendo a este muchacho que se va quizá para no volver a verlo. Pero ese es mí jenio; i jenio i figura hasta la sepultura. Te aseguro que cuando me acuerdo de estas guerras, me dan ganas de llorar. Vaya! no está en mí dejar de pensar en esto; i si a veces me rio, es solo por hacer pecho ancho. Pero las Animas benditas me lo han de traer sano i salvo. Es un buen muchacho; de mui buenas partidas, i lo quiero como si fuera mi hijo: lo he criado en mis brazos, i al fin i postre, vendrá a ser el dueño de estos cuatro trapos, cuando Dios me eche la tierra encima.

Aun hablaba la impresionable doña Manuela, cuando entró de nuevo su sobrino para despedirse.

—Dios se lo pague, tia, le dijo; el almuerzo ha estado magnífico.

—Eso es! esclamó ella. A barriga llena, corazon contento. Ahora no te olvides de mis encargos, prosiguió riendo, para que no se diga: a comida hecha amistad deshecha. En cuanto tengas noticias de don Anselmo, me despachas un mozo que yo lo pagaré aquí. Yo misma te he puesto en las alforjas un poco de charque machu-

cado, i al asistente le entregué dos botellas de aguardiente *de sustancia*, que eso conforta. I cuenta con andarte metiendo mui adentro en la refriga, porque una sola vez no mas se muere el cristiano; i mas vale que digan aquí arrancó el falso, que aquí murió el guapo. Eso de morir por la patria es cosa para dicha en versos. Sí, Santiago, bueno es ser patriota; pero tambien es bueno cuidar el número uno, como Dios manda. Con que, adios! hijo, que yo quedaré aquí rogando a las benditas Animas... I ahora, dime: ¿tienes el escapulario del Cármen que te dí?

—Sí, tia; lo llevo al cuello como usted me lo encargó.

—Bien hecho: mira que ese escapulario me lo dieron las Capuchinas, i tiene una relíquia. No dejes de llevarlo: mira que han sucedido mil casos en que un relicario ha librado de las balas al que lo cargaba con devocion. I adios otra vez, querido sobrino.

Ido Santiago, la señora entró en la sala llorando a mares, miéntras Lucinda trataba de consolarla con las mas afectuosas espresiones.

—Tienes razon, hijita, dijo al fin doña Manuela. No debemos llorar sino por nuestros pecados; i alma que se amilana es alma de lana. Vámonos a hacer medio dia, que ya es hora.

Cinco minutos despues, doña Manuela hacia los honores de la mesa, con la cara mas risueña del mundo.

——:o:——

CAPITULO XLIX.

QUE SIRVE DE ESPLICACION A OTRO CAPITULO ANTERIOR.

«El demonio se revestia de la astucia, i avanzaba en la prosecucion de sus propósitos.»

(V. Murillo.—*Una víctima del honor*).

Solo la obligacion que Garduño tenia de volver al campamento, habia podido hacerlo separarse de Lucinda; i sintiéndose cada vez mas dominado por la fatal pasion que ella sin pensarlo le inspirara, maldecia sus deberes de soldado, que lo obligaban a alejarse del objeto de su loco amor. I era tal la locura que se habia apoderado del jóven oficial, que, a pesar de los encargos, consejos i refranes de su bonísima tia, habia ya comenzado a aborrecer a Anselmo, como se aborrece a un afortunado rival.

Al mismo tiempo que envidiaba su dicha, deseaba que fuese cierta la noticia de su muerte; i cual si Guzman le hubiese hecho algun agravio, el sobrino de doña Manuela ardia en deseos de vengarse.

Bien habia echado de ver el jesuita lo que pasaba en el interior del fogoso oficial; pero no estando aún seguro, i temiendo dar un

paso en falso, aguardaba que las circunstancias se aclarasen lo suficiente, para obrar con esperanzas de éxito seguro.

Habíase separado Garduño unas dos cuadras de la plaza i poco mas de la casa de su tia, cuando se encontró de repente con el jesuita, que parecia haber estado esperándolo en una boca calle.

—Sabia que usted habia de pasar por aquí, dijo el fraile, i he estado aguardándolo para rogarle que le lleve a mi señor don Víctor una carta.

—Con mucho gusto, respondió el oficial. Démela su paternidad.

—La tengo en mi cuarto, dijo el jesuita; i no he querido ir a buscarla por temor de que usted se me fuese sin verlo. Podemos ir allá; i miéntras tanto aprovecharemos el tiempo hablando del mismo asunto de la carta, pues se me ha ocurrido que conviene mucho que usted lo sepa.

—¿Qué asunto es ese? preguntó Santiago volviendo su caballo en direccion del alojamiento del padre, despues de ordenar a su asistente i demas soldados que lo acompañaban, que lo esperasen a la salida del pueblo.

—Se trata, amigo, de un proyecto que he comunicado ya al señor Dorriga, respondió el fraile bajando la voz. ¿No le parece a usted que es mui conveniente conocer bien la opinion de los habitantes de Talca, respecto de la lucha que hemos emprendido contra el pipiolismo?

—Eso es evidente, padre mio, pues aquella ciudad ha de ser el punto de apoyo de uno u otro bando, segun sean las ideas de sus principales habitantes. Para llegar a saber cuáles son esas ideas, ha preparado don Víctor.....

—Los espías que yo le aconsejé, concluyó el fraile. Aun hice mas: le dí un hombre mui ladino para esta clase de negocios; i yo creo que desempeñará a las mil maravillas la mas ardua comision que se le encargue. ¿Conoce usted a Nicolás Peñaloza?

—¿No es el hermano de las niñas.....?

—El mismo.

—Solo lo conozco de vista.

—Trate usted de sacar partido de él. Parece tonto; pero en eso consiste su mayor habilidad, porque no es lo que parece ser. Para espía no tiene precio, porque, sobre ser astuto i poco hablador, conoce a todo el pueblo de Talca, endonde ha nacido i vivido muchos años. No hace mucho tiempo que me descubrió el paradero de una muchacha que se robaron en San Fernando, la cual estaba destina-

da a ser monja Clara; i aun ya se habia reunido entre sus tios la dote necesaria, cuando desapareció de repente. Espliquéle el caso a Nicolás, díle las señas, i él empezó a calcorrear por aquí i por allá, hasta que llegó a Talca, i allí, vestido de mendigo (papel que hace divinamente) vino a dar con la muchacha, que estaba viviendo con su amante en una solitaria calle. Haciendo yo memoria de este suceso, he creido que Nicolás, vestido de mendigo, puede entrar en todas las principales casas de la ciudad i escuchar lo que se hable, sin que nadie ponga atencion en ello, pues de un mendigo nadie se recata.

—Comprendo mui bien, interrumpió Garduño; i aun podria yo dar otros compañeros a Nicolás. No ha echado su paternidad en saco roto esta advertencia, i le prometo sacar de ella todo el partido posible.

Si el lector recuerda las excenas aquellas en que los mendigos hicieron caer en el garlito al servidor de Lucinda, verá bien, cómo Garduño supo cumplir su promesa. Solamente debemos advertir aquí (i es una circunstancia esencial de esta historia) que aquel mendigo que sirvió de conductor a Pedro por las calles de Talca hasta el cementerio, i que tan bien sabia ladrar como perro, no era otro que el mismo Nicolas Peñaloza en persona, que mas tarde tendrá ocasion de conocer el mismo lector.

—Ya creo que siembro en buena tierra, prosiguió el astuto fraile; i estoi seguro de que usted realizará mi idea, en caso de que don Víctor haga poco caso de ella. Nicolas conoce a todos los pordioseros de Talca, endonde (sea dicho entre parentésis) los hai de todas clases, no siendo mui pequeña la clase que podemos llamar de mendigos fraudulentos, por estar llenos de granos, quebraduras, potras i lobanillos postizos. Por consiguiente, aun dado caso de que sorprendan a uno de nuestros mendigos, cuando mas, será mirado como pordiosero fraudulento, mas nó como espía. Pero ya hemos llegado. Desmóntese un momento, que tiene tiempo de sobra para alcanzar el ejército.

Desmontáronse enfrente de una casa situada a tres cuartos de cuadra de la plaza hácia el sur en la calle que entónces se llamaba del Estado, i hoi de Quechereguas, i que era i es todavía la calle principal de Molina.

Allí era donde habia establecido su mision el jesuita, quien, entre otros privilejios, tenia el dar sus misiones en el lugar que mejor le acomodara, con notable perjuicio de los intereses de muchos párro-

cos, que nunca miraban con buenos ojos que otro viniese a cultivar i cosechar aquel pedazo de Viña del Señor que se habia puesto a su cuidado.

Apeáronse, pues, còmo queda dicho; i entrando por un zaguan tejado a teja vana i cerrado exteriormente por una gran puerta de mal acepilladas tablas de roble, se encontraron en un gran patio cuadrado, cubierto con una estensa ramada de fajina i sostenida por horcones de espino.

Era aquel el cuerpo de la iglesia de la mision, cuyas naves estaban formadas por las cuatro filas de horcones, i cuyo *santa-santorum* se hallaba en un cuarto, llamado el *Oratòrio*, i situado en el frente del patio. El costado sur de éste, cerrábalo un edificio de vetusto aspecto, ocupado por las *Niñas*, o como muchos decian, las beatas Peñalozas, i hácia el costado norte, se estendia una arboleda de frutales plantados en desórden. Por último, el edificio que cerraba el patio por el lado de la calle, en no mejor estado que lo anterior, era el que las beatas Niñas habian aderezado para habitaciones del padre i de su ayudante, el clérigo O*, al cual conoce ya de nombre el memorioso lector, por ser el mismo que sirvió de confesor de Lucinda durante su forzada permanencia en el monasterio de las Capuchinas.

Cuando el jesuita i Garduño entraron al patio, o mejor dicho, a la ramada, notaron cierto movimiento i ajitacion interior que hizo fruncir las cejss del padre, i admirarse grandemente a Garduño. Varias mujeres salian corriendo de las piezas de las Niñas; i miéntras unas se santiguaban i rezaban en alta voz i otras corrian desgreñadas hácia la arboleda, una se dirijió al oratorio; i sacando el lebrillo de greda que servia de pila para el agua bendita, empezó a regar con ella el pavimento, pronunciando en alta voz: *¡Vade retro! vade retro, Satanas!*

—Mala visita tenemos! exclamó el padre, poniendo el oido con direccion a las habitaciones de las Niñas, dedonde se oía salir jemidos i sollozos, que bien pronto se cambiaron en gritos descompasados i aullidos que nada tenian de humano.

Iba Garduño a preguntar lo que aquello significaba, cuando vió venir corriendo (otro diria rodando) por entre los horcones de la ramada, a un cleriguito retaco, rechoncho i casi redondo, con la sotana rasgada de arriba abajo, el bonete pastoral echado atras, un hisopo en la mano derecha, un santo Cristo en la izquierda, i sobre las sotanas, un roquete hecho jirones.

—¿Qué sucede, señor presbítero O*...? preguntó el jesuita.

—Qué ha de suceder, reverendo padre, respondió jadeando el otro, sino que tenemos al diablo en casa!

—Ah! lo presumia; i bien se echa de ver que usted ha tenido una buena lucha con Lucifer.

—Así es la verdad, contestó el clérigo O*, echando una mirada de compasion sobre sus rasgadas vestiduras. Lucifer no respeta ni lo mas santo; i no solamente me ha insultado, como indigno ministro i gran pecador que soi, sino que me ha arañado con sus uñas, i me ha hecho pedazos las sotanas i todo. Jamás habia visto al Demonio tan resistente como hoi: se ha reido del agua bendita, ha escupido el hisopo, i se mofado del crucifijo.

—Pero, hombre, por la Vírjen Santa! exclamó el padre escandalizado. ¡Usted ha olvidado la estola!

—Tiene razon su paternidad! exclamó el clérigo. Con la precipitacion me olvidé de ponerme al cuello la estola. Voi a buscarla, i veremos si el diablo se resiste ahora!

—Oiga, señor presbítero, dijo el jesuita: prepáreme a mí tambien mis vestiduras.

Miéntras el presbítero O*... rodaba hácia el oratorio, Garduño miraba al jesuita como interrogándolo con los ojos, sin atreverse a hacerlo con la lengua. Comprendiólo el padre i le dijo:

—Si usted ve esto por la primera vez, amigo mio, debe causarle mucha admiracion.

—Es cierto, respondió el oficial. Varias veces he oido hablar de esta niña mal espirituada, así como de sus otras dos hermanas...

—No son hermanas las tres, le interrumpió el padre, sino solamente dos de ellas: la mal espirituada, a quien llaman la *Sierva de Dios* (i con mucha razon), i la paralítica, que es la mayor...

—¿A quien llaman la *Médica Santa*?

—Sí, mi amigo, i le aseguro a usted que es una verdadera Santa. Yo la confieso. Por lo que respecta a sus conocimientos en medicina, yo la he visto hacer prodijios (por no decir milagros). Por último, la tercera niña es sobrinita de las primeras, e hija única de Nicolás Peñaloza.

—Ah! ¿Es la que llaman *Beatita* en el pueblo?

—La misma. Esta muchacha es un dechado de virtud. A pesar de ser jóven i bien parecida, ha rehusado varias propuestas de matrimonio por dedicarse al servicio del Señor.

—¿Piensa ser monja?

—En el convento de las Claras, para lo cual sus otras dos hermanas han reunido ya la dote.

—Ah! yo creia que eran pobres.

—No son ricas, dijo el jesuita; pero Dios las ha protejido i las proteje. La médica con sus curaciones, i la Sierva de Dios con las limosnas que recibe, han conseguido reunir algo; i como viven con gran economía... Pero es menester que me prepare a la batalla. Sírvase usted aguardarme un momento, i será testigo de verdaderos prodijios.

——:o:——

CAPITULO L.

QUE ENSEÑARÁ AL LECTOR LO QUE ERAN LAS NIÑAS PEÑALOZAS.

«Una india estaba enferma, i el diablo la perseguia mucho, incitándola a que se ahorcase... mas no lo consiguió el Maligno, disuadida ella de los consejos del padre..—Llevando la extremauncion a una india enferma, un padre de casa, al entrar el padre en el rancho, le dijo la india: así que entraste aquí, se fueron muchos demonios.—Yendo otro padre a confesar otra, que estaba en mal estado, la avisó el padre que debia dejar aquella mala ocasion. Respondió a que con todas veras prometia la enmienda; i en este punto le parecia al padre que salia de ella un bulto entre una niebla, como puerco....»

(El P. Olivares.—*Historia de los Jesuitas en Chile.*)

Quedóse Garduño debajo de la ramada miéntras el padre entraba al oratorio, endonde el presbítero O*. lo esperaba con las vestiduras preparadas sobre la mesa del altar. Hincóse el jesuita al pié de un crucifijo i se puso a hacer oracion, despues de haber or-

denado al clérigo O*, que no se moviese de allí.

Garduño lo observaba todo desde afuera; i detenido allí por la curiosidad, olvidó sus deberes de soldado, i no se atrevia a ponerse en camino hasta no ver en lo que iban a parar aquellos preparativos. Repetidas veces habia oido hablar de las tres Niñas Peñalozas, a quienes el pueblo daba los nombres de *Médica Santa, Sierva de Dios i Beatita*; pero jamás habia creido ni la décima parte de lo que se decia. Sin embargo, celebraba que la casualidad le hubiese presentado la ocasion de ver por sus ojos a una mujer con el diablo dentro del cuerpo, cosa que allá en lo antiguo se veia a cada paso.

Por fin salió el padre Hipocreitía revestido de sobrepelliz i estola, llevando en las manos el viejo libro que le servia para exorcizar. Seguiálo el presbítero O*, ya mas animado contra Lucifer, por la estola que colgaba de su cuello, i tambien (sea dicho sin agraviar la fe del presbítero) por la compañía del santo jesuita, que lo confortaba mucho mas que la estola i que la caldereta de agua bendita que llevaba en las manos.

Al ver salir a los sacerdotes, todos los curiosos que habian entrado al patio, atraidos por la bulla, se prosternaron devotamente i se encaminaron en convoi hácia las piezas endonde seguia sintiéndose el gritar i aullar del Demonio. Garduño se acercó a los sacerdotes que encabezaban el convoi, pues queria satisfacer cuanto ántes su aguijoneada curiosidad, i, despojado al parecer de su incredulidad, se santiguaba i rezaba en voz alta (oh, poder del ejemplo!) ni mas ni ménos, como la mas crédula de las viejas que asistian a la ceremonia.

Llegados a la pieza, el oficial miró ávidamente hácia el interior. Las blanqueadas paredes del cuarto estaban cubiertas de estampas de santos, i varias efijies de madera o de otro material se veian aquí, allí o mas allá, sostenidas por pequeñas repisas, o metidas en nichos dentro de la pared. Habia otras en urnas de hoja de lata, colocadas sobre mesas que mas se parecian a la mesa de un altar, que a las de una habitacion humana.

En un rincon del cuarto habia una cama encortinada con angaripola de dibujos lacres en fondo blanco, i en el otro estremo, una alta tarima sobre la cual se veia un altarcito con un Niño Dios dentro de una grandísima urna adornada de flores de esmalte i de papel.

En la cama yacia una mujer al parecer enferma, i al pié del altar

de la tarima, se hallaba hincada una jóven como de quince años i de una fisonomía tan simpática, que era imposible mirarla sin sentirse conmovido.

Vestía la niña una especie de hábito negro, i sobre su cabeza tenia unas tocas blancas que daban cierto aire de candidez a su bello semblante.

Embebida en su oracion, i con los ojos fijos en el Niño Dios, parecia no haberse apercibido de la llegada de los sacerdotes.

El presbítero O*, despues de recorrer con la vista todo el cuarto, abrió los brazos en señal de asombro, i esclamó:

—Dios mio! Si se la habrá llevado el Diablo!

Sonrióse el jesuita, sin quererlo, i dijo:

—En efecto, no se la ve en ninguna parte. ¿Cómo me dijo Ud. que estaba aquí?

—Aquí la dejé yo, respondió el otro; i estoi seguro de que no ha salido, pues no he dejado de tener los ojos fijos en la puerta del cuarto. Preguntemos...

—No pregunte Ud., le interrumpió el padre. ¡Espíritu infernal! gritó con voz de trueno ¿en dónde estás? ¡contéstame!

—No quiero! respondió una voz chillona que parecia venir del techo del cuarto.

Todos alzaron los ojos i quedaron mudos de sorpresa, al ver que sobre una de las descubiertas vigas del enmaderado habia una mujer acurrucada como un gato que huye de sus perseguidores. Con el semblante contraido, las manos crispadas sobre la viga, la boca llena de espuma blanca i los ojos sanguinolentos, miraba la mujer a los circunstantes, i se recojia mas i mas en el rincon, adonde se habia subido como para escaparse de sus enemigos.

—Baja de ahí! espíritu inmundo! gritaron a un tiempo los dos sacerdotes.

—No quiero bajar! respondió enérjicamente la endemoniada.

—Hermanita! esclamó entónces la enferma de la cama, medio incorporándose con gran trabajo: bájese, por Dios!

—Yo no soi hermana tuya, respondieron de arriba.

—Hágalo por nuestro Señor Jesucristo! esclamó la niña con una voz dulcísima, desde el otro estremo del cuarto.

—Yo no tengo nada que ver con tu Señor Jesucristo, volvieron a contestar.

—Pues habrás de obedecer a él, mal que te pese! dijo valerosa-

mente el presbítero O*, mostrando a la mujer la estola que él llevaba al cuello.

Esta vez la mujer dió una gran carcajada, i esclamó:

—Ah! ¿Es el clerigo Bola el que habla? Já! já! já! ¿Piensas tú vencerme a mí, monigote redondo? A mí, que tengo el poder suficiente de echarte a rodar hasta los mismos infiernos? Pues es divertido el tono de autoridad con que viene a mandarme! Estos monigotes creen que les basta meterse en una sotana, para que yo les obedezca! Es para morirse de risa! Pero, ten entendido (prosiguió, amenazando con los puños cerrados al presbítero O*), que aun cuando te hayas embolsicado en esa sotana i en esa sobrepelliz, siempre te has quedado tan redondo como ántes, i mas todavía, porque ahora comes i bebes mas que cuando eras seglar. Sigue comiendo i bebiendo hasta quedar como bola hecha a torno, que es lo que yo estoi esperando para echarte a rodar hasta las calderas de plomo derretido. Já! já! já! jaá!

Todos manifestaron el terror i la admiracion que los poseia; i muchos huyeron de aquel endiablado lugar, miéntras el padre Hipocreitía acercaba sus labios al oido de su compañero, i le decia en voz baja:

—Mire, señor presbítero, como yo tenia razon, cuando le aconsejaba que no se entregara demasiado a los placeres de la mesa.

El presbítero bajó los ojos sin contestar una palabra, miéntras Garduño miraba aquello sin saber lo que le pasaba.

—Por la última vez te mando que bajes de ahí! gritó el padre Hipocreitía.

—Me bajaré, respondió la mujer; pero a condicion de que el clérigo redondo se vaya. Su vista me hace reir, i yo no estoi ahora para reirme.

—Que me vaya! esclamó el presbítero O*, mirando rencorosamente a la endemoniada e interrogando con los ojos al jesuita.

—Es necesario, respondió éste, haciéndole una señal para que saliese.

—Pero, reverendísimo padre ¿será bueno hacerle su gusto al diablo? ¿Cómo hemos de permitir que se ria de un sacerdote?

—Dios permite estas cosas, amigo mio, respondió el jesuita, para edificacion de las almas; i aun, en mil ocasiones, es necesario hacerle su gusto al diablo, para encaminar a los hombres por la vía del cielo. Sálgase Ud.

Salió el presbítero refunfuñando, al mismo tiempo que la mujer decia desde las vigas:

—Padre Hipocreitía! Voi a bajar; pero no porque tú me lo mandas, sino por eso que traes en la mano!

Diciendo esto, saltó de viga en viga, como lo habria hecho un saltimbanquis; i llegando a un rincon dedonde pendia una soga que nadie habia visto, bajóse por ésta como un gato, i cayó sobre la tarima cerca del altarcito endonde su sobrina estaba incada.

La niña, léjos de huir, echó sus brazos sobre los hombros de su tia, rogándole que se estuviese quieta; pero ésta, separando bruscamente a la niña, esclamó:

—Vete de aquí! Te aborrezco porque tú no me quieres!

—Sí la quiero mucho, tia! decia llorando la pobre niña.

—Ah! esclamó la poseida, con ojos amenazantes: si me quisieras, no pensarias en irte al monasterio.... ¡Déjame!

I diciendo esto, saltó de la tarima i se encaminó a la cama de su hermana, con ánimo al parecer de maltratarla.

Varios de los concurrentes quisieron sujetarla, interponiéndose entre ella i la cama de la enferma; pero ninguno se atrevió a tocarla.

—Déjenme rasguñar a esta pícara! (gritaba), a esta pícara embustera que se hace enferma, para que le den limosnas i quiere hacer creer que es médica!

A este tiempo la puerta se habia despejado un tanto; i aprovechando esta circunstancia, la endiablada saltó fuera del cuarto atropellando al padre, que no cesaba de dirijirle la palabra, i a cuantos quisieron oponerse a su salida.

En seguida empezó a saltar i a correr como una bestia feroz, por debajo de la ramada, dándose golpes contra los horcones i aullando terriblemente.

Bien pronto fué ella el centro de un círculo formado por los circunstantes, círculo movible que variaba de posicion ensanchándose o estrechándose, con el fin de encaminarla al oratorio, que era adonde los sacerdotes querian llevarla sin poderlo conseguir.

Ella, entre los insultos que dirijia al clérigo O* i al jesuita, no cesaba de repetir que no entraria jamas en el oratorio.

Viendo el padre que era menester emplear la fuerza, dijo:

—Los que sean capaces de llevarla al oratorio, sin hacerle mal, ganarán cuarenta dias de induljencia.

Al oir esto, varios se avalanzaron hácia la mujer, la cual supo defenderse tan bien con sus puños i con un palo de que se habia armado, que los mas animosos renunciaron de la empresa.

—Déjenmela a mí! esclamó entónces un guaso que acababa de llegar. Esas induljencitas me las voi a ganar en un santiamen.

Dicho esto, se sacó el poncho; i lanzándolo diestramente sobre la cabeza de la espirituada, tomóla entre sus robustos brazos i la condujo al oratorio. I como la mujer pataleaba i trataba de morderlo, pugnando por desasirse de él, decia el guaso:

—Menéate no mas, diablito, que al fin habias de dar con la horma de tu zapato!

Llegado al oratorio, depositó su carga sobre la tarima del altar mayor, i preguntó cándidamente al padre Hipocreitía:

—Dígame, señor cura, ¿he ganado o nó bien mis induljencias?

No contestó el padre porque estaba ocupado en hacer que cuatro o seis individuos sujetasen de piés i manos a la poseida.

La pobre mujer habia caido como desmayada sobre la tarima; i solo con la respiracion daba muestras de vida.

—Sujétenla bien, decia el guaso a los que la sostenian. Yo sé lo que es el diablo cuando se le mete a una mujer en la caja del cuerpo: se hace muerto para que lo velen; i en cuanto uno se descuida *¡cataplum!* No hai que confiarse mucho en esos desmayos. ¿No ven que hace mas de doce años que soi casado?

La mujer habia vuelto en sí, i hacia esfuerzos por levantarse; pero los diez o doce brazos que la sujetaban, la tenian como clavada sobre la tarima.

El clérigo O* le puso la estola sobre el pecho, miéntras el jesuita pronunciaba las palabras del exorsismo. Pero Satanas permanecia en aquel cuerpo sin querer dejarlo, a pesar de los *vade retro* i de las aspersiones.

Por no mirar la estola o tal vez por no ver al presbítero O*, la mujer habia cerrado los ojos i no queria responder a lo que se le preguntaba.

El jesuita hizo entónces despejar el oratorio, dentro del cual solo quedó Garduño con tres personas mas, fuera de los que sujetaban a la mujer.

En seguida se acercó a ésta; i aplicándole la boca al oido, pronunció algunas palabras que nadie oyó.

La poseida empezó poco a poco a calmarse; pero no daba señales de haber vuelto a su estado normal cuando, lanzando un suspiro, exclamó:

—¡Quítenme a ese hombre de delante!

—¿A quién? le preguntó el jesuita.

—No lo puedo nombrar porque no me es permitido; pero lo estoi viendo con los ojos cerrados.

—¿Es el señor presbítero O*?

—No es él, sino otro que anda en malos pasos, i tiene su pensamiento fijo en una mujer casada, i desea la muerte del marido, i aún ha concebido el proyecto de matarlo...

—Calla, espíritu infernal...! esclamó el presbítero O*, poniendo la estola sobre la boca de la mujer.

Esta se calló, miéntras el jesuita se daba vuelta hácia los circunstantes para rogarles que salieran del oratorio; pero su verdadero objeto habia sido ver qué efecto producian en Garduño las palabras de la *Sierva de Dios.*

El oficial se habia puesto pálido como los manteles del altar; pero el jesuita, sin darse por apercibido de ello, hizo evacuar el oratorio, diciendo que ya la mujer estaba libre, pues se le oia rezar el Credo.

—Sí! esclamó el presbítero O*, con acento de triunfo. No hai que dudarlo; el demonio ha tocado retirada, i podemos cantar el *Te Deum* de la victoria. No era posible que el padre de la mentira tuviera fuerzas para resistir a los golpes de estola, mayormente cuando han sido dados en nombre de las tres Marías; i yo juraria que al tercer golpe fué cuando salió, pues ví pasar algo como un relámpago por entre los labios de esta infeliz.

Despues de pocos momentos salió el padre del oratorio; i, sin mirar a nadie, se dirijió a su cuarto endonde entró dejando entornada la puerta.

Garduño entró en seguida i sin mas preámbulo, díjole:

—Padre mio! Yo soi ese hombre...! Yo!

—¿Qué hombre? preguntó el jesuita, afectando una gran sorpresa. No le entiendo, amigo mio. Esplíquese usted.

—Ni yo tampoco entiendo lo que pasa! esclamó el oficial confundido. Pero el hecho es que esa mujer, o ese demonio, ha dicho la verdad.

—Ha dicho tantas cosas que no tengo memoria para acordarme de todas, dijo flemáticamente el jesuita.

—Me refiero a lo que dijo sobre ese hombre que habia puesto sus pensamientos en una mujer casada, i que...

—Ah! hizo el reverendo.

—¡I que deseaba la muerte del marido...! Verdad es, padre, que yo no sabré decir si deseo positivamente la muerte de Anselmo; pero...

—Pero si se muriera, usted no lo sentiria grandemente, concluyó el padre. Ah! ahora caigo en todo. Usted es esa persona a quien la *Sierva de Dios* se referia. Cada dia me convenzo mas de que esta bienaventurada tiene el don de adivinacion, i talvez el de profecía. Siéntese Ud, amigo mio... Por lo visto, Ud. ama a Lucinda?

—Padre mio! esclamóGarduño; la amo a pesar mio i sin poderlo remediar. Pero mi amor es honesto...

—Es decir, que usted se casaria con Lucinda si ella fuera libre?

—Sí, padre.

—Eso nada tiene de reprehensible, desde que usted solo desea obtener una cosa marchando por las vías lejítimas. De lo contrario Ud. seria culpable, mui culpable!

—Bien puede ser que haya deseado la muerte de Anselmo, prosiguió Garduño, dominado por la escudriñadora mirada del fraile; pero en cuanto a lo de querer asesinarlo... creo no haber tenido jamás tal pensamiento. Sin embargo, padre, yo quisiera hacerle una pregunta como se la haria a mi confesor.

—Pues le contestará el confesor i el amigo, respondió el jesuita.

—El caso es, prosiguió el oficial, que bien pronto nos hemos de ver en el campo de batalla, i yo quisiera saber a qué atenerme para obrar como corresponde a un hombre de bien. En este momento me hallo en tal estado de ajitacion, que no sabria distinguir lo malo de lo bueno, i espero que su paternidad me indique lo que debo hacer si las peripecias del combate me llegan a poner enfrente de Anselmo Guzman... ¿Debo cargar sobre él, o permanecer siempre a la defensiva? Porque ya ve, su paternidad, que el honor me impediria huir de él.

—Oiga Ud., dijo el jesuita con voz solemne: si Ud. se encuentra con el marido de Lucinda, debe tratarlo como trataria a cualquier otro de los enemigos. El pelea en las filas contrarias, i Ud. defiende una causa justa: sus deberes de soldado leal le enseñarán el resto.

—Ya sé lo que debo hacer, respondió Garduño alzándose de la silla. Su paternidad me descarga de un gran peso.

—I ahora, dígame Ud., preguntó a su vez el padre: Si el hado le fuese a Ud. favorable, quiero decir, no el Hado, porque éste es un dios pagano, sino en caso de que Dios permitiese la viudez de Lucinda, i Ud. llegase a obtener su mano i sus grandes riquezas ¿cuál seria el uso que Ud. haria de estas?

—No he pensado en las riquezas sino en el corazon de Lucinda, respondió Garduño con entusiasmo.

—Ya! ya! dijo el fraile; pero usted debe tener entendido que el Señor nos encamina al logro de nuestros deseos, segun sea la santidad de nuestras miras. Yo no digo que usted haya pensado en las riquezas; pero el poseedor de Lucinda lo será tambien de su fortuna; i no es lo mismo, por ejemplo, pensar en obtener dinero para gastarlo en placeres mundanos, que desear una riqueza para emplear una parte de ellas en servicio de Dios.

—Ah! dijo Garduño con vehemencia ¡si Dios me da la dicha de poseer lícitamente a Lucinda, juro por mi salvacion eterna, emplear una buena parte de la fortuna que obtenga, en obras piadosas, segun los sabios consejos de su paternidad!

—*Amen*, respondió el padre, sacudiendo amigablemente la mano de Garduño que se despidió de él i salió al patio, descargado de un *grave peso*, como él decia.

El patio estaba lleno de jentes que habian acudido, unas a escuchar la plática del presbítero O*... i otras a consultar a la *Médica Santa* sobre sus enfermedades i dolencias.

Garduño se acercó al cuarto de la médica, por cuya puerta entraban i salian personas de uno i otro sexo i de diversas edades i condiciones. Habia consultas en alta voz i en voz baja. Unas se hacian allí mismo los remedios, que consistian, ya en sobarse la parte enferma con la llavecita de la urna del Niño Dios, ya en recibir las aspersiones de agua bendita prodigadas por la *Beatita* que servia de ayudante a su tia, la *Médica Santa*. Otros llevaban consigo las bebidas para tomar tres tragos por la mañana, tres al medio dia i tres al acostarse, todo a nombre de las tres Marías. Lo mismo eran los *sorbetorios* para repetirlos de tres en tres veces, o de cinco en cinco, en nombre de los cinco mandamientos de la Iglesia; i habia muchos que salian contentísimos, despues de haber dejado en la bandeja del Niño Dios, la indispensable limosna, en cambio de la receta de «sobarse (un lobanillo u otro tumor) con *saliva en ayunas*, todos los dias por la mañana, rezando un Credo con fe.» En faltando la fe, la saliva no hacia efecto.

—Ai! comadre! decia, al salir de la pieza, una mujer a una amiga suya: ¡milagro mas patente no lo he visto en todos los dias de mi vida! Ya usted conocia a mi marido *que no la oreaba;* i no se contentaba con *hacer San Lúnes*, porque solia pasar bebiendo (Dios me favorezca!) hasta los mártes. Pero, con haberle echado en la chicha los polvitos de la médica santa, he conseguido que solo se emborrache los domigos i demas dias de guarda.

—Qué me ha de decir a mí, respondió la otra, cuando ya hace mas de cuatro años que estoi viendo los prodijios de esta médica. I lo mejor es que no cura con botica.....

—¡I qué necesidad tiene de boticas, que ojalá pudiera yo prenderles fuego (interrumpió una tercera), cuando sabe curar a lo divino que es bendicion! ¡Mire usted, *ña Petita;* yo sufria el año pasado de un *emboticamiento,* a causa de unos polvos blancos que me dió un boticario de Curicó. No hice mas que tomar aquellos malditos polvos, cuando se me plantó un dolor *entre pecho i espalda,* que se me bajaba al costado izquierdo, i me corria por todo esto, a modo de mal flato. I luego aquella hinchazon de vientre, *ña* Petita, que me daba vergüenza salir a la calle, porque nadie es real de carita para que los otros piensen siempre bien de una. Hasta que un dia, una prima hermana mia, que es así medio *aplicadona* a curar por encanto, me dijo que yo estaba *emboticada,* i me prometió que me *desemboticaria.* Hizo la cruz de Salomon, *pronunció las palabras,* i todo; pero *fué para lo mismo,* porque quedé tan hinchada como ántes. Yo creo que mi prima no ha aprendido bien el *arte* todavía; pero ella me echaba la culpa a mí, diciéndome que yo no tenia fe. Entónces fué cuando se me ocurrió hacerle una manda a la *Sierva de Dios* i otra al Niño, i me vine a Molina. La *Médica Santa* se enojó mucho con el boticario, judío hereje, de Curicó, porque conoció al momento de donde venia el *daño;* i ese mismo dia me dió la bebida de los *tres palos* que (¡válgame Dios!) casi me hizo echar las tripas, i en la noche me sobó nueve veces con la llavecita de la urna del Niño Dios, con lo cual se me pasó la dolencia como con la mano.

Garduño habia oido, sin pretenderlo, la conversacion anterior así como otros relatos análogos de los milagros de la Médica. Su cabeza se habia despejado i su espíritu se habia deshecho de las pasadas impresiones; por manera que aún cuando el incrédulo oficial (es menester decirlo), se habia dirijido allí con el objeto de hacerles un regalo a aquellas santas mujeres, a trueque de que rogaran porque él alcanzase sus deseos, fué tan grande el número de disparates que oyó, que volvió atras medio avergonzado de su idea. I acordándose de que debia encontrarse pronto en el campamento, corrió hácia la huerta endonde estaba su caballo, montó apresuradamente i partió a escape por el camino del sur.

——:o:——

CAPITULO LI.

EN DONDE EL CURIOSO LECTOR CONOCERÁ MEJOR A DOÑA MANUELA.

> Los males del país llegaron al exceso durante las vicisitudes ocurridas desde el pronunciamiento de Concepcion i del ejército del sur, hasta el combate de Lircai. La fuerza pública, ocupada en los combates civiles, dejó sin seguridad a muchos pueblos; i el robo i el salteo a mano armada, el asesinato i los ataques contra la seguridad, se multiplicaron extraordinariamente.

(Sotomayor Valdés.—*Historia de los cuarenta años. cap. I.)*

Merced a lo solícitos cuidados de la buena tia de Santiago Garduño, habia logrado Lucinda tranquilizar algun tanto su ajitado espíritu. Doña Manuela era mui querida i respetada entre las jentes del pueblo, cuyas simpatías habia sabido conquistarse por la

natural franqueza de su bondadoso carácter, i por su espíritu de beneficencia para con los pobres, quienes encontraban en ella el sosten de su miseria i el alivio de sus dolores. Ningun necesitado acudia a la buena señora sin que se separase bendiciéndola con mil *Dios se lo pague*, que ella estimaba grandemente, pues decia: «mas vale un Dios se lo pague que un almud de plata.»

Lucinda la queria cada vez mas, i, estimulada por la alegría i la viveza de la ájil señora, ayudábala en sus quehaceres domésticos, encontrando en ellos no solamente distraccion para su preocupado espíritu, sino tambien ese placer natural que la mujer siente con el ejercicio de las ocupaciones propias de su sexo.

Dos o tres dias se habian pasado sin recibir noticias ciertas del sur, lo cual no era extraño en aquellos tiempos en que, a la carencia de caminos i a la falta de toda especie de movimientos, social i comercial, se unian los peligros ofrecidos por la guerra civil. Lucinda habia pensado i deseado con ardor enviar al campamento de Freire un baqueano, que internándose por la montaña de la costa, pasase el Maule por alguno de los puntos intermedios entre Perales i Constitucion, cuando le llegó un propio enviado por Garduño con una carta, en la cual el oficial le décia que solo podia darle noticias dudosas sobre lo que tanto le interesaba a ella, pues aún no habia llegado al campamento un soldado de confianza que él habia enviado al puerto de Constitucion; pero que, en cuanto aquél llegase, le comunicaria las noticias que el propio trajese. «De todos modos (concluia la carta), cualesquiera que sean esas noticias, ya favorables o adversas, puede usted, señorita, contar con la decision de este su fiel servidor, para el cual no hai sacrificio alguno que no esté dispuesto a hacer en obsequio de usted.»

La lectura de esta carta, en la cual un espíritu frio i despreocupado habria echado de ver el fuego de una pasion contrariada, así como las insensatas esperanzas alimentadas por la misma pasion, cautivó, al contrario, la inocente alma de Lucinda, haciéndola tomar por jenerosidad lo que no era sino el efecto del mas refinado egoismo.

Combatida constantemente por una cruel intranquilidad, i preocupada por su dolor, cual sucede a toda alma ardiente i sensible, la inexperta niña encontró mui natural i justo el interes que sus desgracias habian sabido inspirar al noble corazon del oficial. I como ella, en un caso análogo, habria obrado de la misma manera, léjos de encontrar exajeracion o inconveniencia en las ardorosas fra-

ses de Garduño, solo vió en ellas el anhelo de ser útil, anhelo que, animando a toda alma bien puesta, da a las mas insignificantes acciones, los colores de la simpatía i el perfume de la benevolencia.

No es estraño, pues, que la hija del que fué don Marcelino de Rójas, contestara alsobrino de su protectora i amiga, manifestándole su gratitud, i dándose los parabienes de haber encontrado en su desgracia, amigos tan nobles i desinteresados... «Jamás olvidaré (concluia Lucinda) los servicios con que Ud. se ha dignado favorecerme, i siempre recordaré con satisfactoria gratitud, las cariñosas i delicadas atenciones con que cada dia sigue distinguiéndome la tia de Ud.» Por último, en una posdata, le recordaba la promesa que él le hiciera al partir, de devolverle a su sirviente Pedro, en caso de poder hacerlo.

Todas las amigas de doña Manuela se habian apresurado a visitar a Lucinda, atraidas, unas por el cariño, i aun podria decirse, por el respeto con que miraban a la señora, i llevadas otras por el deseo de conocer a la *santiaguina*, para ver por sus ojos cómo hablaba i cómo venia vestida i tocada, sobre todo lo cual se hacia en el pueblo los mas serios comentarios, fundados en las noticias mas extrañas i contradictorias. Miéntras una decia haber visto a la niña de la capital con un vestido *de altranco*, hecho de rica i brillante lana, otra aseguraba que el camison era de angaripola, tan ancho como una pollera de barragan; i una tercera juraba que no era ni lo uno ni lo otro, pues el vestido era de Pequin, i todavía mas angosto que los de *altranco*, pues apénas la dejaba dar paso.

La misma contradiccion de noticias habia respecto del calzado, pretendiendo unas que los zapatos eran *cuchuchos*, otras que eran *gabuchas recortadas*, con média de seda *calada i de cuchilla*, i con atacados hasta mas allá de la media pierna.

Entre los hombres, casi todos estaban acordes en que la santiaguina era niña de *mucho garbo* i de mui preciosos *bajos*, no faltando quien asegurase haberle visto la pierna (por mas señas, que los atacados eran verdes i de cinta de seda doble), cuando Lucinda habia pasado a saltitos por sobre las piedras i palos que servian para atravesar un gran barrial de la Plaza de Armas. Pero si los hombres convenian de algo, las mujeres no querian convenir en nada; i dos matronas respetables tuvieron que ser separadas por sus propios maridos, pues llegaron al estremo de irse a las manos, porque una decia que el peinado de Lucinda era de tres castañas i *moño de trueno*, miéntras la otra queria probarle, a puñadas i rasguñones, que

no habia tal moño de trueno, por haberse pasado la moda, ántes que Pinto dejase la presidencia, sino que ella sabia mui bien que el peinado de la santiaguina era de *raton dormido.*

Por último, i para que se vea la curiosidad que en aquellos tiempos despertaba en provincia la llegada de una persona de Santiago, solo agregaremos que, al decir de varios cronistas de esa época, una orgullosa señora, enemistada desde años atras con doña Manuela (a la cual habia jurado no visitar miéntras ésta conservase el honroso privilejio solicitado ardientemente por la otra, de atender al servicio i limpieza del altar del Cármen de la iglesia parroquial), olvidando tan serios motivos de devoto encono, fué en persona a casa de su enemiga i la abrazó i charló con ella, solo por conocer a Lucinda, para que nadie le contase cuentos sobre el particular.

Olvidábasenos decir (i es una circunstancia por demas esencial en esta historia), que casi todas esas visitas eran precedidas de regalitos o presentes, que consistian en pavos mechados, chanchitos en adobo, frascos i botellas con mistelas, calabazas de aloja, frutas, flores, dulces en almíbar, masas delicadas, u otras golosinas juzgadas allá en lo antiguo mui a propósito para coservar viejas amistades, asi como para dar sólido cimiento a las nuevas, o reanudar los lazos rotos por algun choque casero.

Las sociedades humanas han conservado siempre esas costumbres bíblicas que brillaron allá en los tiempos de Isaac i de Jacob, i de las cuales se deshacen los pueblos al pasar a ese grado de refinamiento social, en que los amistosos vínculos que unen a las familias se convierten en amanerada i engañadora cortesía.

No sucedia así en la época a que nos referimos: nuestros padres creian que la amistad era algo como los árboles, que debia cultivarse, abonándole el terreno con presentes, no tan ricos que fuesen a herir el amor propio del que los recibia, ni tan escasos que manifestasen la mezquindad o mala voluntad del que los ofrecia.

Doña Manuela estaba contentísima i (por qué no decirlo?) orgullosa, viendo las pruebas de afecto que en esos dias habia recibido, no solamente de sus amigas íntimas, sino tambien de otras cuyas amistosas relaciones estaban rotas o enfriadas (que a veces suelen ser peores que rotas). Por esto, decia a Lucinda, despues de despachar a la criada que habia traido un azafate de hojuelas, una bandeja de coronillas o una reverenda torta *de gradas:*

—Mira, mi vida, así me gustan las amigas. Mira qué torta me ha mandado mi comadre Pascualita. Sus hijas tienen unas manos

de ánjeles para toda clase de dulces rellenos; i auuque no necesitaba mi comadre hacerme este regalo, para que yo siguiese creyendo en su eterna amistad, sin embargo, como decia mi madre (que Dios tenga en el cielo!), somos de carne i hueso, i nunca dejan de ser útiles estos *recorderis*, pues, como dijo el otro:—fuego endonde no se echa leña, pronto se convierte en ceniza, i solo con aceite arde la lámpara. No me den a mí esas amistades de sombrero o de puros abrazos i cortesías, porque yo diré siempre como decia mi madre: obras son amores i no buenas razones. ¿No te parece así, mi alma?

Lucinda se apresuraba a aprobar todo cuanto decia la injenua señora, quien sin esperar ni oir la contestacion de la niña, proseguia alegremente:

—Sí, pues! obras son amores... i no lo que sucede cuando se juntan dos de esas amigas *por encima*. Es de ver los abrazos i apretones de manos, las cortesías, risas, gritos i alharacas con que parece que se estuviesen engañando (Dios me perdone!); i una vez que se separan, si te he visto no me acuerdo. I lo peor es, que si se acuerdan a veces, suele ser para mal: no lo digo por hacer malos juicios de nadie, sino por haber visto muchos cristianos, que son como mi madre decia: amigos en presencia i cuchillos en ausencia. Nó, hijita, no estoi ni estaré jamas con esa moda que ha comenzado en la capital endonde, segun yo misma he visto i palpado, se visitan i se despiden con tarjetas, i se dan pésames con esas tarjetas que llaman de luto, i tambien la felicitan a una en el dia de su santo con una tarjeta pelada, sin que venga un ramito de flores ni un dulcesito, ni nada que demuestre que su amiga ha estado pensando en una. I luego con mandarnos su nombre escrito en un pedazo de carton blanco, les parece que nos han visitado i cumplimentado, o que han venido a consolarnos en nuestra desgracia! Esto es lo que yo llamo visitas en el nombre, parabienes en el nombre, i pésames en el nombre; razon por la cual las personas que así obran, solo merecen el nombre de amigos en el nombre. Já! já! já! I ojalá ese nombre lo hubieran puesto ellas mismas, porque algo seria siquiera; i en vista de la dichosa tarjeta, vendríamos en cuenta de que quien nos la envia se acordó de nosotros ese ratito que ocupó en escribir su nombre de su puño i letra: pero nó, señor, sino que las tales tarjetas las escriben en las imprentas, o qué se yo, i luego las empaquetan a modo de naipes para repartirlas como si fueran de algun provecho, fuera del provecho que saca el comerciante que las vende! Já! já! Casi les agradeceria yo mas

que mandasen una carta de la baraja con que en las largas noches de invierno solemos todos, cual mas cual ménos, entretenernos jugando al *comercio*, al *tenderete* o a la básiga, porque así, já! já! já! nos regalaríamos mutuamente objetos de nuestro uso particular, que ademas tendrian el mérito de haber sido testigo de nuestros placeres i sinsabores en el juego. Já! jáá! ¡Si es para la risa!

I la señora se reia con toda la fuerza de sus pulmones, logrando hacer que Lucinda la acompañase en su hilaridad.

En seguida, acercándose doña Manuela a un gran canasto de biscochos, i dando sobre él unas cuantas palmaditas de satisfaccion, dijo con la cara llena de risa:

—Esta sí que es tarjeta, Lucinda! Esta sí que es tarjeta!

I luego se acercó vivamente a la niña; i abrazándola con muestra de gran cariño, le dijo:

—Perdóname, hijita, son arranques de mi jenio. Quién sabe cuántas barbaridades he dicho; pero no ha sido por hablar mal de la capital, endonde están todos los tuyos, sino solo por entretenerte i hacerte reir ¡Me hace tanto daño el verte triste!

Lucinda contestó echando los brazos al cuello de la buena señora, quien viéndose cubierta de las mas tiernas caricias, murmuró:

—Dios mio! Cuán grande es sin duda la felicidad de tener una hija que nos ame!

La pobre señora ignoraba, en su candidez, que la mujer nace madre i que lo es, por su corazon, de todos los que sufren.

Permanecian aun abrazadas ambas mujeres, cuando aparecieron en la puerta de la sala dos criadas trayendo en sus manos, sendas bandejas, cada una de las cuales contenia una figura de dulce que hoi pareceria extraña, pero que nada tenia de chocante en aquella época en que hasta la relijion misma se deformaba con la devocion si el amor a las formas, ántes que a las ideas relijiosas. Una de la bandejas estaba ocupada con un gran monte-calvario de alfeñique, coronado por tres cruces de azúcar, al pié de las cuales se veia sentada a la Vírjen María, toda hecha de pasta de almendras, así como tambien el cuerpo de su sacratísimo Hijo, que tenia en los brazos. El cerro, cubierto de rocas figuradas por almendras i cocos confitados, se abria en varias grietas, por las cuales parecia haber vomitado de su seno, mil i mil cadáveres informes de chocolate, canillas i otros huesos de azúcar, i una multitud de calaveras de almendra rellenas de manjar blanco, *huevo-molle* i otras sustancias

mas o ménos a propósito para figurar los sesos. Por último, en la falda del cerro se veia, enarbolada en un mástil de alambre, la bandera chilena, hecha de papel.

La otra mujer, que era lo que todavía se llama en nuestros hogares, una criada *de respeto*, traia una bandeja cubierta con un gran paño de manos lleno de caladuras, miñaques, puntas, recortes, ojetillos i bordaduras de realce.

Adelantándose hácia doña Manuela que la miraba con aire interrogativo, habló de esta manera:

—Mui buenos dias, mi *siá* Manuelita: dice mi *ñorita* que cómo ha amanecido; que tenga su merced mui buenos dias: que aquí le manda este *engañito*, para que vea que se acuerda de su merced i para que lo tome con la otra señorita; i tambien me dijo, que sentia mucho que el presente no fuera mucho mejor; pero aunque no es como la persona lo merece, le servirá para *diferenciar*; i que ella la está encomendando mucho a Dios todos los dias que amanece: i me dijo tambien que le dijera (prosiguió bajando la voz), que me entregase el *pañomañito*, para tapar este monte-Calvario que mi *ñorita* le manda al señor cura, que hoi es dia de su santo.

Doña Manuela, recibiendo la bandeja, depositóla sobre la mesa i alzó el paño que la cubria

—Bendito sea Dios! exclamó con admiracion al ver una preciosa cuna de alfeñique, dentro de la cual venia un albo Niño Jesus de almendras. ¡Qué manos de ánjel son la de esta *Sierva de Dios!* ¡Miren cómo parece que se sonrie...! i con las *manitas* puestas como para enseñar a rezar a los cristianos, i sus ojitos azules tan humilditos, como si él no fuera el dueño de cielos i tierra, i su linda boquita de clavel, que solo hablar le falta!

I besando devotamente al Niño, sacó de su bolsillo medio real de carita i lo entregó con el paño a la criada.

—Tome, *ña* Pechoñita, le dijo, para que compre flores. ¿I cómo están de salud aquellas santas niñas?

—Dios se lo pague, señorita, respondió la criada. Ahí lo pasan como el Señor lo quiere; la *Médica Santa*, que ni se hace ni se deshace, tendida en su camita, que es bendicion ver las curas i milagros que hace todos los dias; la *Sierva de Dios*, ya bien repuesta de su último ataque, que no parece sino que el *calchilla* no tuviera otra cosa que hacer (Dios me libre!) sino llevarse *de punta* con ella, pues cuando ménos una lo piensa ¡tras! se le mete en la caja del cuerpo, que es compasion ver a la pobre Siervecita como salta por so-

bre las vigas i se da contra los palos; pero no se mata, porque todo es permision de Dios (bendito sea!).

—Amen, respondió doña Manuela. ¿I la *Beatita*?

—Ahí está mas *virtuosa* que nunca, i *reuta* en que ha de ser monja. Dios la guarde!

—Oh! en cuanto a eso, esclamó vivamente doña Manuela, no me parece bien... quiero decir, no es justo... Pero yo no debo meterme en tales negocios, pues mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena: cada cual sabe su cuento, i Dios el de todos, i acabóse. I ahora, *ña Pechoñita*, dígale a su señorita: que es mi hijita, que no tiene por que andarse molestando para que yo me acuerde de ella; que la tengo siempre en mi corazon; que le agradezco infinito su regalo, que está mui precioso, como de mano de monja, i que siga encomendándome en sus santas oraciones.

—Así se lo diré, mi *siá* Manuelita: hasta otro dia, dijo la vieja sirviente retirándose con su compañera.

Idas las criadas, dijo doña Manuela a Lucinda, que habia presenciado la escena sin desplegar los labios:

—Mira, hijita, lo que son los presentes, o como dijo *ña Pechoñita*, los *engañitos*, que es como aquí los llaman. I tienen razon, porque verdaderamente se engaña con ellos a las personas, pues dádivas quebrantan peñas, como suele decirse, i a un *toma, toma*, no hai quien no se amanse. ¿Querrás creer que yo estaba mal con las beatas Peñalozas, i ahora con su Niño Dios *me han vuelto otra*? No digo que estaba enteramente mal con ellas, prosiguió la locuaz señora, sino así así, *medio medio;* pues te sabré decir, mi vida, que a mí me gusta mui poco la jente beata, porque como mi madre repetia siempre: «de dia beatas, de noche gatas»: lo cual no quiere decir, ni por pienso, que las Niñas Peñalozas dejan de ser unas santas. Pero, con santidad i todo, suelen decir cosas que a mí me hacen reir (Dios me perdone!); razon por la que se han enojado mucho conmigo, i se han atrevido a asegurar que mi sobrino Santiago es un hereje, que está condenado a penas eternas; i le han negado la entrada al cielo, como si ellas tuvieran las llaves de San Pedro. Pero esto, ni me calienta ni me enfria, porque yo sé que solo Dios es dueño del cielo, i nadie sabe lo que será hasta que no sea, que todo es hablar por hablar. Lo que me calienta i me retuesta la sangre, es la creencia de estas pobres mujeres en que la una es médica santa o adivina, i la otra, *malespirituada*. Porque si la médica santa fuera médica, ya se habria curado de la enfermedad que

la tiene en cama há mas de veinticinco años; aunque ella dirá tambien que: en casa del herrero, el cuchillo mangorrero. Nada digo de la otra, a la cual se le ha puesto en la cabeza (¡Dios me perdone el mal juicio, si lo fuere!), que el diablo la persigue i repersigue, i que cada mes se le mete dentro del cuerpo, como si el Malo hubiera necesitado meterse dentro de nuestra madre Eva, para tentarla i hacerla comer de aquella maldita manzana (el Señor nos libre i nos proteja!). Pero callemos, concluyó en voz baja la señora, viendo entrar a una criada:—En boca cerrada no entran moscas, i nadie se arrepintió jamas de haber callado.

Al mismo tiempo, acercando su boca al oido de Lucinda, dijo:

—Yo les tengo, mi alma, mucho miedo a estas *cholas*, porque son siempre candil de la calle i oscuridad de su casa.

Avisóles la criada que ya estaba la fuente en la mesa, noticia que hizo esclamar a doña Manuela:

—¡Santa palabra! Vamos, hijita, a hacer medio dia; i ten confianza en la Vírjen, pues las noticias que nos ha enviado mi sobrino no son para desanimarnos. Ya le tengo hecha una manda a mi señora del Cármen, (que está en mi altar de la parroquia) porque libre de las balas a tu marido i a mi sobrino. ¡Cuándo se acabarán estas guerras!

Pasadas a la pieza siguiente, que hacia de comedor, sentáronse a la mesa. Lucinda habia logrado deshacerse algun tanto de sus lugúbres ideas, por la locuacidad de doña Manuela, quien aprovechando los ratos en que la sirviente las dejaba solas, proseguia:

—Sí, hijita, no está en mí: yo no puedo perdonarles a estas mujeres lo que hacen con su sobrina, que es una muchacha mui *españolita*, nada fea i tan *bien hablada*, tan recatada i hacendosa, que ya habria encontrado un buen marido, si las tias... Mira, muchacha, llévate esos platos i traelos lavados... Se le ha puesto en la cabeza a estas mujeres que la chiquilla no se ha de casar, a pesar de que yo sé que andan ya mui buenos mocitos por ahí, a las vueltas. Yo he tanteado a la muchacha, i tiene el ojo vivo. ¿Te parece que así podrá ser buena monja?

—Imposible, respondió Lucinda sonriendo i suspirando al mismo tiempo.

—Lo mismo digo yo; pero dale con que la han de meter entre las cuatro paredes de un convento.....

La llegada del padre Hipocreitía interrumpió la conversacion. Traia el jesuita la intranquilidad pintada en el semblante; i des-

pues de saludar cortés i afablemente a las señoras, no admitió el asiento que le ofrecieron, diciendo que solo habia pasado a hacerles una advertencia.

—Qué hai? qué sucede? le preguntaron. ¿Ha sabido noticias del sur?

—Nada sabemos de positivo, respondió el padre. Las noticias son algo contradictorias, i no es fácil saber la verdad, pues el camino está interceptado por varias partidas de malhechores que han querido aprovecharse del estado actual de cosas. Pero no se asusten ustedes, pues hemos estado tomando algunas medidas, para que el pueblo no sea invadido por los facinerosos.

—Ave María Purísima! esclamó doña Manuela. ¿I cree su paternidad que.....

—Yo no creo que se atrevan a invadirnos; pero bueno es estar prevenidos, i por esto he venido a avisarles, para que en cuanto tiña la noche cierren ustedes sus puertas.

En aquel momento entraba por la puerta de calle un mendigo que con mirada escudriñadora examinó todo el patio; i oyendo hablar en el comedor, se fué acercando allí con pasos que nadie podria decir si eran indolentes o temerosos.

Al divisar desde afuera al padre Hipocreitía, el mendigo volvió sobre sus pasos i dió muestras de querer retirarse; pero doña Manuela alcanzó a verlo, i dijo saliendo a la puerta:

—Aquí anda un limosnero que parece no atreverse a pedir. Razon demas para darle. ¡Pobrecito! El hacer bien nunca es perdido, sino que es hacer escalera para subir al cielo, como decia mi madre. ¡No te vayas, hijo, que esta no es casa de moros para que salga de ella un pobre con las manos vacías! Espérate por ahí, miéntras voi a buscarte algo. I su paternidad me perdonará que lo deje un momento, prosiguió, dirijiéndose al padre, pues ya sabe su paternidad que si Dios nos da es para que demos, i la necesidad no espera, razon por la que tengo para mí:—que dar a tiempo es como dar dos veces.

Doña Manuela se dirijió a la despensa sin cortar su letanía de dichos i refranes, segun su inveterada costumbre, i luego volvió trayendo un pedazo de charque, dos panes i una fuente llena de trigo que vació en el poncho del pordiosero.

Este parecia querer dirijirle la palabra; pero las miradas recelosas que lanzaba hácia el comedor, endonde estaba el fraile, indicaban bien claro que la presencia del reverendo hacia callar al pobre.

—Toma, hijo mio, decia la buena señora: llena la barriga i agradécele a Dios, no a mí, que solo El es el dador de todo. Pero te pido reces por mí tres Salves a la Santa Vírjen del Carmelo, que yo sé bien que la oracion del pobre, siempre el Señor la oye. I vete en paz, i sufre con paciencia los rigores de la pobreza, que el pobre que no sabe ser pobre es pobre dos veces; i el que anda bien su camino, bien llegará a su destino.

En seguida entró en el comedor, diciendo:

—Dios se lo pague, padre mio, por las advertencias que ños hace. Estaremos prevenidos, porque hombre prevenido nunca fué vencido.... I a propósito de salteadores... yo no sé por qué me ha saltado el corazon al ver este limosnero; i el corazon nunca engaña. Yo conozco a todos los limosneros de Molina, i nunca he visto esta cara. ¿No podria ser alguno de los salteadores vestido de pordiosero que venia a tantear el pueblo, para dar el golpe con mas seguridad? Pero no debemos pensar mal de nadie sin haber dado motivo para ello ni el no conocerlo es razon para no darle, pues Dios dice: has bien, i no sepas a quien... I si el tal hombre quiere pagar con un mal el bien recibido, no me arrepiento de lo hecho, porque hai un Dios en el cielo que ve los corazones i cuida de las criaturas. Pero, despues de todo. ¿Sabe su paternidad en dónde se halla a esta hora el ejército del gobierno?

—Sobre las márjenes del Lircai, respondió el padre.

—I Freire? preguntó tímidamente Lucinda.

—Se presume que haya entrado a Talca; porque ya les digo a ustedes que no es posible saber nada de positivo. En cuanto al esposo de usted, Lucinda, hai razones para creer que haya sanado de su herida, segun los informes que he recibido de don Santiago Garduño.....

—¿No te lo decia? interrumpió palmoteando las manos doña Manuela, miéntras que la niña, olvidándolo todo, daba sinceramente las gracias al padre por tan grata noticia. Ya ves tú, mi vida, cómo mi buen sobrino no olvida lo que una vez promete. ¡I dicen que es hereje!

—Eso no puede decirse de un caballero tan cumplido como él, dijo el jesuita. Mas como quiera que sea, bueno es vivir prevenido contra la desgracia, i no olvidar que Dios es dueño de la vida de los hombres, i que en este mundo estamos como el viajero en la posada.

Dicho esto, el jesuita se despidió i salió, volviendo en seguida desde la calle para decir a doña Manuela:

—Señora, olvidaba indicar a usted que puede disponer de la casa de la mision, así como todas las personas a quienes he hecho la misma oferta para que se refujien en ella, pues creo que, aun cuando el pueblo sea invadido por los facinerosos, de que tengo noticias, la mision será respetada como lugar sagrado.

Ambas le dieron las gracias, prometiéndole acudir a aquel sagrado refujio, en caso necesario, i él volvió a salir murmurando un *pater noster*.

—Dormiria una siestecita con alma i vida! esclamó doña Manuela (que jamás dejaba de hacerlo, segun la jeneral costumbre de la época); pero ¿quién podrá pegar los ojos con estos sustos? Vamos, niña, vamos a rezar el santo rosario, para que la Vírjen nos ampare. Madre i Señora mia del Cármen! hago promesa solemne de vestirme un año entero con tu santo hábito por que este muchacho salga sano i salvo de esta guerra de mis pecados.

Cinco minutos despues, toda la familia rezaba en alta voz el rosario, que doña Manuela tenia costumbre de alargar con Salves, Credos i Padrenuestros aplicados a mil diversas necesidades. Pero esta vez la señora se olvidó de agregar muchas oraciones, pues obligada por el sueño de la siesta, dejó para despues las últimas rogativas, i se fué a la cama *a echar una pestañadita*, segun dijo a Lucinda.

Serian las dos de la tarde cuando doña Manuela despertó, i ya Lucinda le tenia preparado el mate que la señora acostumbraba tomar despues de la siesta.

—Ai! esclamó, chupando la bombilla ¡qué sueño tan horrible he tenido! Te lo cuento, niña, para que no salga cierto. He visto a mi sobrino Santiago, al hijo de mi hermana, herido de un balazo i tendido sobre el santo suelo en un charco de sangre ¡Ave María! Me dan calofríos de solo acordarme; pero todo es mentira, gracias a Dios!... Está mui bueno tu mate, hijita; pero no le pongas tanta azúcar. Dame ahora *una agüita* para quitar el dulce de la boca. ¡Tienes unas manos de ánjel para *cebar* mate, mi vida!

Diciendo esto, miraba hácia afuera por entre las rejas de la ventana que daba a la calle; i como viera por segunda vez al mismo mendigo a que le habia dado limosna, esclamó.

—¿Qué significa esto? Ahí anda a las vueltas el mismo limosnero, i nunca acostumbran estos venir dos veces al dia. Tal vez se usa-

rá así allá en su tierra, porque apostaría yo una oreja a que este hombre no es de Molina. Pero mal uso es ese de pedir dos veces al dia en una misma casa, pues con una basta para ejercer la caridad, que todo exceso es malo, como decia mi madre, hasta en la virtud misma. Sí, pues, amiguito! prosiguió (viendo que el mendigo habia llegado hasta la puerta de la pieza); acuérdese de que ya le dí una buena *causa* de charque, con dos panes i su racion de trigo. Bueno es el cilantro, pero no tanto, i sepa que al amigo i al caballo no hai que cansarlo, mayormente ahora que estamos en los *meses azules* del año, i ya no se merece un poroto partido por la mitad.

—Señorita, respondió el hombre con tono humilde, perdóneme su merced, que tengo que hablar con...

Al oir esta voz, Lucinda se habia alzado repentinamente de su asiento i corriendo hácia el mendigo, lo abrazó con muestras de la mayor alegría.

Doña Manuela admirada, no sabia qué creer de lo que veia, i dijo:

—Si será don Anselmo!

—No es Anselmo, sino Pedro, mi fiel criado, respondió Lucinda arrastrando de un brazo al finjido mendigo hasta sentarlo junto a ella.

—Bendito sea Dios! esclamó doña Manuela, haciendo resonar el mate con el último chupeton. Cuéntenos ahora las noticias que trae.

—Eso mismo le iba a decir yo, agregó Lucinda. Dime Pedro si has visto a Anselmo.

—Nó, señorita, respondió aquel; pero sé que está en Constitucion, ya mui mejorado de sus heridas.

Lucinda elevó los ojos al cielo en señal de gratitud, i se dispuso a escuchar la relacion de Pedro, quien era interrumpido a cada rato por las esclamaciones i preguntas de doña Manuela.

—Quién lo habia de haber creido! ¿Con que mi sobrino fué comisionado para hacerlo *baliar* a usted?

—Sí, señorita.

—I cómo es que estás vivo, por Dios!

—Va su merced a oirlo, respondió el asistente, relatando la escena en que Garduño lo librara de la muerte.

—Loado sea Dios! esclamó doña Manuela juntando las manos. Casi se me ha cortado la respiracion, porque ya me parecia que

usted iba a caer muerto al pié de aquel árbol. ¿No te lo decia, niña? prosiguió, dando un salto de gusto: ¿no te decia que mi sobrino es todo un hombre de palabra i bueno al remate.? Vengan ahora las beatas Peñalozas a decirme que el hijo de mi hermana es un hereje, sin temor de Dios! I usted, amigo, ¿qué hizo despues?

Pedro relató entónces su viaje al Maule, i su vuelta a Talca, con la entrada del ejército liberal en esta ciudad, sin olvidar las escenas con los mendigos, hasta el momento en que fué capturado por los soldados del gobierno, sobre la márjen izquierda del Lircai.

—La noche estaba tan oscura que no se veia ni las manos, prosiguió el leal asistente, i yo habia perdido ya toda esperanza, por mas señas, que empecé a rezar una estacion mayor...

—I dicen que los pipiolos no tienen relijion! interrumpió doña Manuela.

—Iba, pues, mas muerto que vivo, prosiguió injenuamente Pedro, cuando sentimos un tropel de caballos por la retaguardia, i luego nos alcanzaron tres jinetes, los cuales a nuestro «¿quién vive?» despondieron «Prieto i relijion!» Yo conocí al momento la voz de don Santiago Garduño en el que habia contestado; pero me quedé como en misa, pues por ir amordazado no podia hablar una sola palabra. Oiga usted! dijo don Garduño al jefe de los soldados que me llevaban: «rodee con su jente por el lado de la Chimba, hasta dar con alguna persona que le diga en dónde tiene su caballada el enemigo... Pero llevamos aquí un preso para el campamento, dijo el otro. Haga como le ordeno, repitió don Santiago, i déjeme a mí el preso, que yo lo conduciré con mis dos hombres. El otro se fué, i yo quedé con don Garduño, el cual, acercándose a mí, me dijo que ya sabia que me habian pillado i que venia a librarme, para enviarme a esta villa con la condicion de que me disfrazara bien, pues corria peligro su vida si llegasen a conocerme. En seguida me desataron la boca i me dieron este vestido de limosnero i el mejor de los caballos. Me puse estas tirillas, monté a caballo, i aquí me tiene su merced.

—I mi sobrino ¿qué contestará al jeneral cuando le pregunte por el preso?

—Le dirá que me hizo ahorcar, arrojándome despues al rio. ¡Ah! se me olvidaba decir que don Garduño habia estado ese dia en Constitucion, segun me dijo, i allí habló con mi patron...

—¿I no escribió Anselmo? preguntó Lucinda.

—Eso mismo le pregunté yo tambien a don Garduño; pero me

respondió que no habia escrito, porque las cartas en estos tiempos son peligrosas; pero que habia dicho *de boca*, que no tuviese su merced cuidado alguno; que ya estaba casi sano, i que don Garduño era ya mui su amigo, como él mismo me lo dijo anoche en el rio Lircai, i que le diera muchos recaditos a doña Manuela, tambien me dijo don Santiago.

Aquí llegaban de la conversacion cuando oyeron un ruido como de caballos al galope, i grandes voces en la calle.

—Ellos son! Los salteadores! exclamó doña Manuela. ¡Me lo estaba diciendo el corazon!

Pedro salió corriendo de la pieza, al mismo tiempo que tres hombres a caballo entraban de rondon al patio de la casa. El resto de la partida (a juzgar por los gritos de la jente i los ladridos de los perros que se dejaban sentir en varios puntos) se habia dividido en grupos para atacar a un tiempo varias casas. Uno de los tres hombres que habian entrado, saltó de su caballo i se fué derecho hácia Pedro, i echándole ambas manos sobre el cuello, le dijo con feroz alegría:

—Ahora sí que no se escapará el señor don Costal de Mentiras!

—Tú eres el que las vas a pagar todas! exclamó Pedro dando un salto atras, i descargando sobre la cabeza del bandido el grueso palo que llevaba en las manos.

Cayó el agresor al suelo, dando un rujido de dolor, pero al mismo tiempo los otros dos atacaron a Pedro por la espalda; i tomándolo entre ambos, lo ataron con sus lazos, i lo arrastraron hácia la puerta de calle. Ya el caido se habia alzado del suelo, i ciego de furor habia sacado un cuchillo para herir a su indefenso enemigo.

—Eso sí que nó! gritó con voz de trueno uno de los otros; cuidado con tocarle un pelo, porque yo entónces te acomodo a tí la persona.

—Pero *ño* Turra, con mil *rejiones!* cómo quiere que yo me quede con el garrotazo que me acaba de dar este pícaro! Deme siquiera licencia para aplicarle unos planazos.

—No me opongo, respondió Miguel Turra (que no era otro el que parecia mandar en jefe); pero dale con lástima, porque hemos prometido llevarlo sano i salvo, i de otra manera no nos pagan.

Doña Manuela i Lucinda, casi muertas de susto, lo miraban todo desde el interior de la pieza, por la endija de una puerta entreabierta. Pero, por grande que fuera su temor, no pudo la jóven contenerse, al ver que el miserable asesino descargaba furiosos golpes

sobre Pedro que no podia defenderse, i salió a rogar a los bandidos que no maltrataran a su sirviente. Doña Manuela al verse sola, salió por otra puerta que daba al huerto o patio interior plantado de árboles, endonde encontró a la cocinera i a la criada llorando i metidas dentro del horno. A pocos pasos estaba *el Corbata*, ladrando furiosamente i amenazando cortar el tramojo. Al ver a su gran perro (al cual la señora solia dar el nombre de *dueño de casa*) tuvo una inspiracion que se resolvió a poner en práctica al momento. Hizo salir del horno a las mujeres, que por lo encenizadas se asemejaban a las brujas de Walter Scott, i les ordenó que soltaran a Corbata. Ya a este tiempo los bandidos habian resuelto llevarse a Pedro, a quien tenian atado con sus lazos a los *pehuales* de sus monturas, cuando Turra, que se habia quedado algo atras, oyó los gritos i súplicas de Lucinda, a quien conoció al momento. I dejando que sus compañeros se llevasen la presa, cerró la puerta de calle, la atrancó i corrió hácia a donde estaba la niña.

—Qué suerte la mia! dijo Miguel riendo. No pensaba yo que la habia de encontrar aquí solita. Pero esta vez sí que hemos de ser amigos, i no como allá en Santiago endonde usted me despreció i se fué con aquel mocito, que algun dia me las pagará todas juntas.

No bien comprendió Lucinda las intenciones del bandido, cuando lanzando un grito de horror, quiso entrar a las piezas. Pero Miguel le impidió el paso, diciéndola:

—Vaya pues! no sea esquiva, i deme por bien lo que puedo obtener por mal!

—Si usted se acerca, creo que Dios me dará fuerzas para matarlo! exclamó enérjicamente Lucinda, arrimándose a un rincon del corredor i enarbolando el palo de Pedro que habia recojido con resolucion de defenderse hasta la muerte.

—Ya que usted prefiere pelear, dijo Miguel sacando su catana de la cintura, pelearemos, para tener el gusto de hacer despues las paces.

I sin cuidarse de lo que pasaba a sus espaldas, el bandido se acercó resueltamente a la víctima. Lucinda, con las fuerzas de la desesperacion le asestó un garrotazo en la mano derecha, haciendo saltar léjos el afilado puñal del bandido.

A ese tiempo doña Manuela abrió la puerta que comunicaba los dos patios, i echó por ahí al perro, el cual se lanzó furioso sobre las espaldas del bandido, hincándole sus colmillos en un hombro, i trayéndolo al suelo en un instante. Lucinda huyó despavorida, lle-

vando en sus manos el garrote, que doña Manuela le quitó al pasar, para irle a ayudar a Corbata.

Este i el bandido se revolcaban en el suelo, como dos bestias en feroz i terrible lucha; i al mismo tiempo que la alentada señora azuzaba a su perro, con el *túmele, túmele, Corbata!* descargaba pausados, pero fuertes garrotazos sobre los puntos del enemigo que Corbata dejaba libre. Miguel, rujiendo de dolor i de cólera, pedia que le quitaran de encima aquel demonio de animal que lo hacia pedazos; pero doña Manuela, sin dejar de apalear, le respondia:

—Todavía no es tiempo, picaronazo, hasta que quedes imposibilitado para hacernos daño, porque en toda lei de conciencia, la defensa es permitida, i el mismo Dios dice: ayudate, que yo te ayudaré. ¿O pensabas que, porque somos mujeres, podias tú venir aquí con tus manos límpias a hacer de las tuyas? Sí! buena es la hija de mi madre para quedarse mano sobre mano, viendo que un pelagatos como tú, viene a faltarle al respeto en su propia casa, como si todo fuera decir i hacer! Nó, amiguito! porque hai un refran que dice: a Dios rogando i con el mazo dando. Toma! *túmele* Corbata, que todavía no es tiempo de dejar en paz al que paz no quiere. Para que veas que a cada puerco le llega al fin su San Martin! Juana! Juana! Mulata! ¿A dónde se han ido éstas, que no vienen a ayudarme?

—Aquí vamos, señora! respondieron las criadas llevando en sus manos, la una el brasero lleno de fuego, i la otra el tacho con agua caliente.

—Nó! nó! esclamó la buena señora: no sean *herejes!* ¿Quieren asar vivo a este cristiano?

—Este no es cristiano! esclamó la cocinera, vaciando el brasero sobre el herido cuerpo del miserable.

—Que me quemo! Socorro! gritaba Miguel, mirando con ojos espantados a las encenizadas fantasmas. O son brujas éstas, o diablos del infierno! Jesus, María i José!

—Apaguen, apaguen! gritaba la señora. ¿No ven que ya dijo Jesus?

—Pues allá va el agua para apagar las brasas, dijo Juana derramando el tacho sobre el cuerpo de Miguel, quien ya no tenia ánimos para defenderse del perro.

—Basta! ya es tiempo! dijo la señora separando al perro que no queria dejar su presa.

—Nadie debe querer la muerte del pecador, sino que se arrepienta i viva, i acordémonos de que tambien el malo, hijo de Dios es.

Quitado el perro, levantaron al herido que apénas podia marchar por sus piés. I llevándolo a un cuarto, endonde le hicieron una cama con los pellones de su montura, acostáronlo i le curaron las heridas i quemaduras como mejor pudieron. Miéntras tanto, Miguel no decia una sola palabra, i solo se echaba de ver que vivia por la trabajosa respiracion i por los gritos de dolor que le arrancaban las llagas de que su cuerpo estaba cubierto.

—Mira, hijo, le decia doña Manuela miéntras, ayudada de Lucinda i de sus criadas, preparaba los paños i cataplasmas: nada te habria sucedido si te hubieras estado en tu casa cumpliendo tus obligaciones como hombre de bien, en vez de andar de Seca en Meca, metiéndote en las casas ajenas sin decir:—aquí me entro que llueve. Tu mala cabeza te hace andar en malos pasos; i el que anda en malos pasos, cuando no cae rezbalá. Porque, como dice el adajio: el que obra mal no espere bien, i yo siempre le oia decir a mi madre que: quien en sus fuerzas se fía, al cielo desafía. No eches en saco roto lo que te digo, porque estas desgracias son advertencias del cielo. ¿No has oido decir que la letra con sangre entra? Pues lo propio sucede con el juicio. Hai cristianos a los cuales no les entra sino a mazo, i por eso se dice mui bien: que a golpes se labran santos. Déjame ponerte este paño con clara de huevo, que es santo remedio para las quemaduras. I tú, muchacha, no le tires tan fuerte la camisa que tiene pegada sobre las espaldas. ¡Es preciso hacer las cosas con su señor modo! Eso es, hijo; quéjate; no tengas vergüenza, que el cristiano solo debe avergonzarse de haber hecho el mal, o de haber dejado de hacer el bien, pudiendo. Por eso te repito que tengas siempre en la memoria: que estos polvos traen estos lodos, para que no presumas de bravo, pues es bien sabido que donde hai unos hai otros, o como suele decirse: donde las dan las toman, i cuando uno ménos lo pienza, se encuentra con la horma de su zapato, razon por la que estamos viendo a cada vuelta de esquina, que uno va por lana i vuelve trasquilado; asi es que...

—Señora! esclamó Miguel colérico ¿quiere que le pida un favor?

—Pide, hijo, pide, que ahora que necesitas de mí, estoi pronta a servirte.

—Pues entónces, hágame la gracia de no decirme mas refranes por el amor de Jesucristo! Prefiero que me eche su perro encima para que me mate luego i me coma a pedazos! esclamó el bandido rujiendo de cólera.

——:o:——

CAPITULO LII.

EN DONDE EL SAGAZ LECTOR ECHARÁ DE VER QUE SANTIAGO GARDUÑO ESTABA DECIDIDO.

—«Es una equivocacion...
—Está bien. La discrecion es una virtud.....; pero entre nosotros es inútil en este caso.»

(J. M. Torres A.—*Los Mártires del deber.*)

Miéntras en casa de doña Manuela se verificaban los sucesos que acabamos de narrar, los compañeros de Miguel Turra se habian desparramado por la villa como una partida de zorros hambrientos en un corral de gallinas, echando abajo las puertas de las casas i robando i maltratando a los indefensos habitantes. Una partida de cuatro o seis bandidos se habia presentado a las puertas de la mision, i pretendian nada ménos que adueñarse de la custodia i vasos sagrados del oratorio, así como de los demas objetos preciosos que poseyesen las Niñas Peñalozas, cuya fama de ricas corria parejas

con la de santas que el pueblo les daba. Pero al querer entrar, encontráronse los facinerosos con el padre Hipocreitía, de pié en medio del zaguan, vestido de sobrepelliz i estola, i con un crucifijo en las manos. Acompañábalo el presbítero O*, quien, a las armas sagradas, habia creido prudente agregar una pistola de dos cañones que ostentaba en su mano derecha, miéntras con la izquierda alzaba el santo cristo. Por último, la Sierva de Dios habia traido la urna del Niño Jesus; i colocándola en medio de la entrada, decia a gritos:

—Yo veré si se atreven ahora a pasar estos desalmados por sobre el mismo Dios en persona!

Pero su confianza en Dios no impidió a la prudentísima Sierva el pensar en medios de defensa mas mundanos, i corriendo a la huerta, desató un par de perros bravos que allí habia, i los trajo al zaguan.

No nos seria dable decir cuál fuera la causa que impidió a los bandidos penetrar en el sagrado recinto de la mision; i lo único que como concienzudos historiadores podemos afirmar, es que los asaltantes no se atrevieron a entrar, a pesar de estar abierta la puerta, i huyeron a todo correr, con gran admiracion de cuantos presenciaron el hecho que luego tuvieron por milagro patente. Sin embargo, no todos creyeron que la repentina huida de aquellos malvados fuera un hecho sobrenatural, i sobre esto hubo en aquel entónces mil pareceres, suscitándose disputas, algunas de las cuales pararon en verdaderas riñas. Porque unos atribuian el hecho al temor de Dios, que el padre Hipocreitía habia sabido despertar en aquellos endurecidos corazones, i otros al miedo del diablo i de las excomuniones con que el presbítero O* los amenazaba. Habia quien pretendia probar que no era el diablo sino la pistola i los perros lo que habia hecho huir aquella canalla; i por último, los devotos (que estaban en notable mayoría) júraban que la victoria se debia a los crucifijos i al Niño Jesus.

En cuanto a lo que a nosotros atañe, no nos decidimos por ninguna opinion, i dejamos que el sagaz lector adopte lo que mejor cuadre a su entendimiento, en vista de los hechos que minuciosa i fielmente vamos relatando. Pero sí diremos, porque de ello estamos seguros, que la opinion mas jeneralmente admitada en la villa, fué la que atribuia a milagro del Niño Dios aquella repentina huida de los malhechores. I hacemos notar esta circunstancia porque ella esplica la nueva fama adquirida por el milagroso Niño, i

en consecuencia el aumento de mandas hechas por los devotos habitantes.

En el año siguiente, las Niñas, aconsejadas por el padre Hipocreitía, emplearon el dinero recojido en la compra de una casa en Santiago i de un fundo cerca del rio Maipo, todo lo cual admiraba a unos i edificaba a la mayor parte de las jentes, que decian: «así paga el Señor de cielos i tierra a quien bien le sirve.»

Pero sigamos el hilo de nuestra historia. Bien pronto los bandidos no tuvieron nada que hacer en la villa, i se retiraron siguiendo diferentes direcciones, pero con el fin de reunirse en un punto fijado por su jefe Miguel Turra. Nadie sabia que éste habia quedado herido en casa de doña Manuela, i en cuanto esta noticia llegó a oidos del jesuita, se fué volando a casa de la señora, i manifestó deseos de hablar con el enfermo para prestarle los auxilios de la relijion, solicitud que nada tenia de extraño en un espíritu tan evanjélico i propagandista como el del reverendo Hipocreitía.

Miéntras éste cumplia con sus deberes de sacerdote (mal o bien que esto no hemos podido jamas averiguarlo) cerca del lecho del dolor, doña Manuela habia salido a la puerta de calle con el fin de «pillar las noticias al vuelo.» como ella decia. Instalada allí, empezó a preguntar cuanto se le ocurria a todos los que pasaban, i aun llamaba a las personas que, reunidas en grupos, habia en la plaza, para que viniesen a relatarle los principales sucesos del dia, especialmente lo ocurrido en la mision, que, si no es milagro (decia ella) *le pasa raspando.* Pero tuvo la desgracia de no encontrar dos personas que le relataran los hechos de la misma manera. Unos referian el suceso, esplicándolo natural i sencillamente; otros venian despues i le agregaban tan crecido número de circunstancias mas o ménos sobrenaturales, que lo desfiguraban por completo o lo convertian en un verdadero milagro; i por fin, llegaban algunos mas atrevidos que contradecian todos los relatos anteriores i juraban contarlo todo tal como pasó. I lo peor era que cada cual decia haber visto o sabido de buena tinta los sucesos. Por manera que doña Manuela, deseosa de conocer la verdad, se vió envuelta i confundida entre mil i mil noticias extraordinarias e increibles, llenas de circunstancias contradictorias que la desorientaron por completo.

—Bendito seas, tan gran Señor! exclamó, dando una gran carcajada. ¡Lo que son las noticias! Ahora que me las han contado todas,

estoi ménos enterada que ántes. Bien dice el adajio: que la verdad solo Dios la sabe.

Diciendo esto, quiso cerrar la puerta de calle para irse a sentar tranquila en su cojin, cuando vió pasar por la vereda a un hombre de buen parecer. I como la curiosidad jamas se cansa de inquirir, aun despues de mil engaños i desengaños, preguntóle al hombre si conocia los sucesos de la mision.

—Yo no los he visto del todo, señora, respondió gravemente el interpelado, porque llegué al fin; pero me los acaba de referir un amigo de mucha verdad, en cuya casa estoi alojado, pues yo no soi de Molina, i ni aun sé cómo se llama la calle endonde está la mision.

En seguida refirió el acontecimiento de tal modo, que doña Manuela creyó haber dado con la pura verdad.

—Dios se lo pague! amigo, dijo la señora contentísima. Ahora sí que puedo decir que sé lo que ha pasado.

—Pero eso es nada, prosiguió el hombre, comparado con lo que ha pasado en casa de una señora rica de aquí de la plaza, segun me contó tambien mi buen amigo, que lo vió todo.

—¿I qué le contó su amigo? preguntó doña Manuela, pensando naturalmente que su interlocutor se referia a lo que acababa de suceder en su propia casa.

—Mi amigo me dijo (prosiguió inocentemente el hombre) que los salteadores se dirijieron, en primer lugar, a casa de esa señora, que por mas señas, es mui guapa i tiene fama de sabida i refranera, pues sabe mas adajios que Catete, i a cada tranco que da se le andan cayendo de la boca como cuando llueve. Su merced debe conocerla.

—Sí, amigo, respondió la señora sonriendo. La conozco algo; pero no es tan bravo el toro como lo ponderan. I ahora, cuénteme lo que le dijo su amigo, sin meterse en vidas ajenas ni separarse del camino real, pues quien se aparta del camino, tarde o mal, llega a su destino. Ya le oigo.

—Es pues el caso, prosiguió el hombre, que esa santa señora, en cuanto vió entrar a los facinerosos, agarró un baston de virtud que tiene, i, acompañada de un perro bravaso, se echó sobre la cuadrilla, i a punta de palo los hizo correr a todos hasta la calle.

—¿De veras?

—Sí, señora, i lo mejor fué que el perro agarró del poncho al jefe de los salteadores i lo tiró para adentro, a tiempo que la patro-

na cerraba la puerta. De modo que el perro aquel, casi hizo pedazos al dicho jefe, llamado Miguel Turra, i quién sabe si lo mató (Dios lo haya perdonado!). Esto es todo lo que yo sé.

—Pues si así es todo lo que su amigo le ha contado, enterados quedamos! esclamó doña Manuela, riendo con tantas ganas, que el hombre se retiró mohino i con pocos deseos de repetir su relato a nadie.

Rióse la buena señora durante dos largos minutos; pero como no podia estar mucho tiempo sin hablar, aun cuando fuese consigo misma (lo cual le sucedia amenudo), cortó al fin su risa para decir:

—Pues no sabia yo que tenia fama de refranera! Bien dicen que nadie se conoce, i que los ojos de la cara, con estar casi juntos como están, no se ven el uno al otro, ni tampoco así mismos, si no se miran en el espejo. I ahora caigo en que este espejo en el cual nos debemos mirar para conocernos, son los demas cristianos, pues en ese hombre he venido a ver que yo soi refranera. I tal vez será así, porque mi santa madre era amiguísima de los adajios; i de tal padre tal hijo, por lo cual se dice: hijo de gato, caza ratones, i quien lo herada no lo hurta. En fin, sea como se fuere, no creo hacer mal a nadie con esta costumbre (si es que la tengo); i quien a nadie hace daño, no pasará mal año. Pero, despues de todo, yo me he quedado en ayunas de lo que venia a saber, despues de haber oido mas cuentos i opiniones que pelos tengo en la cabeza. Es mucha cosa esta. ¡I qué haya cristianos que pretendan escribir historias de lo que pasó allá en aquellos siglos remotos cuando andaban las culebras paradas! No será la hija de mi madre la que crea en tales historias, cuando hoi mismo, contándome hechos sucedidos aquí a cuatro trancos, i aun en mi presencia, me han llenado la cabeza de mentiras. Pero ¿quiénes son aquellas? prosiguió, poniéndose la mano sobre los ojos para ver si conocia a tres mujeres que por la misma vereda venian a un cuarto de cuadra de distancia. ¿No son las Beatas? Que me corten una oreja si no son! Pues ellas me lo han de contar todo como bala i pinta.

Doña Manuela no se habia equivocado. Por la misma vereda venian la Sierva de Dios i su sobrina la Beatita, seguidas de la *señá* Pechoña.

No bien hubieron llegado a pocos pasos de la señora, que las esperaba con la curiosidad elevada a la quinta potencia, cuando la Sierva de Dios esclamó:

—Mi *siá* Manuelita! Gracias a Dios i al Niño que tengo el gusto de verla! Dios me la guarde!

La señora correspondió amablemente al saludo de la tia i acarició a la sobrina, sin olvidarse de dirijir la palabra a la criada, con risueña benevolencia.

—Mi *siá* Manuelita ¿es cierto lo que cuentan? preguntó a media voz la vieja criada.

—¿I qué es lo que cuentan? dijo la señora sonriéndose.

—Que su merced, con un palo de virtud que tiene.....

Una carcajada de doña Manuela cortó la palabra en boca de la *señá* Pechoñita.

—Entónces ¿no es verdad? preguntó cándidamente la Sierva de Dios.

—Nó, hijita, respondió la señora. De dineros i bondades, la mitad de las mitades. Es verdad que ha habido palo, perro i salteador.

En seguida contó el hecho tal como habia sucedido, i convidó a la Sierva a que entrase un momento a descansar. Siguió ésta con sus compañeras a la señora, quien la llevó a la cuadra endonde se hallaba Lucinda.

La hija de don Marcelino no pudo ménos de fijarse en la meticulosa gasmoñería de la llamada Sierva de Dios, quedando al mismo tiempo sumamente prendada de la simpática fisonomía de la sobrina.

Era tal el contraste que presentaban entrambas, que costaria trabajo creer que fuesen parientes o que vivian en familia, si no sucediese amenudo ver en el mismo hogar diversas fisonomías i caractéres diametralmente opuestos.

Miéntras la tia, con su cara enflaquecida i escuálida, los ojos fijos en el suelo, i casi sin movimiento en todo su cuerpo, parecia un palo vestido, la sobrina con su faz risueña, sus miradas chispeantes, su voz graciosa i atrayente i sus movimientos llenos de vida, se asemejaba a la lozana flor de mil colores, mecida por el zéfiro primaveral.

Encantada Lucinda por aquella injenuidad de semblante, no pudo resistir a los espontáneos impulsos de su corazon, i abrazándola cordialmente, la dijo:

—Antes de conocerla, ya era amiga de usted por lo que me habia dicho mi *sía* Manuelita.

—I yo tambien la queria a usted mucho, respondió sencillamen-

te la niña, pues el padre Hipocreítia nos habia contado su historia, i desde entónces tuve grandísimos deseos de conocer a usted.

La tia, que en aquel momento contaba a doña Manuela el milagro del Niño Dios; pero que no por eso dejaba de fijarse en lo que hablaba su sobrina, dijo, sin mirar a Lucinda:

—El santo padre Hipocreítia la ama a usted mucho, en el Señor; así es que nosotras no podemos dejar de quererla.

—Yo trataré de merecer ese afecto, que agradezco de corazon, correspondiendo a él del mismo modo, respondió Lucinda.

—¿Cómo no ha de merecer usted el afecto de todas las personas que oigan hablar de sus desgracias! esclamó la sobrina con adorable candidez. Seria preciso no tener corazon para...

—Nuestro corazon debe ser solamente de Dios, interrumpió sentenciosamente la tia.

—Déjela usted hablar; mire que me gusta mucho oirla, dijo Doña Manuela a la severa tia.

—Decia yo eso, prosiguió tímidamente la sobrina, porque apénas supe que la señorita se habia venido de Santiago siguiendo a su marido...

Al llegar aquí, la niña se interrumpió por un movimiento brusco que su tía hizo en la silla. En seguida continuó:

—Apénas supe eso, cuando empecé a quererla a usted como si fuese mi hermana. I cuando me dijeron que el caballero andaba en la guerra i lo habian herido, i usted no sabia si estaba vivo o muerto, entónces se me rodaron las lágrimas, sin quererlo, i me puse a llorar i a rezar por que el caballero volviese sano i salvo.

Lucinda, sin decir una palabra, abrazó a la cándida niña i la besó en la frente, miéntras la tia hacia mil movimientos de impaciencia sobre su silla.

—Nada tiene usted que agradecerme, prosiguió en voz mas baja la sobrina, porque ¿quién podrá mirar con indiferencia el dolor que usted sufre sin duda, al encontrarse aquí como atada i sin poder ir a prestarle a su esposo los cuidados que usted quisiera? Debe ser cosa mui dolorosa esto de verse una mujer así, de repente, separada de su marido...

—¿I quién te mete a tí hablar de esposos i de maridos i de cuidados i de amores mundanos? interrumpió la tia con irritado tono. No parece sino que hablaras por experiencia.

—Yo no hablo por experiencia, tia, sino por lo que me parece; i si hago mal, me callaré.

—No te calles, hijita, replicó doña Manuela. Sigue hablando, porque lo que dices es el evanjelio...

—Señora, interrumpió la tia; el Evanjelio es una cosa sagrada, i lo que está diciendo esta chiquilla.....

—Es tambien sagrado porque es la pura verdad, interrumpió vivamente la señora. Deje Ud. que la niña hable la verdad como ahora, para que sepa conducirse con su marido cuando se case.....

—Mi *sia* Manuelita, por Dios! esclamó la tia en voz baja ¿cómo se atreve Ud. a decir eso delante de oidos castos?

—Yo creia que no era pecado decir la palabra «casamiento» delante de una muchacha que, tarde o temprano.....

—Eso será respecto de las niñas del siglo; pero no de ésta que hemos criado para Dios.

—¿I acaso porque Ud. se la da a un buen marido, se la entrega a *calchilla?* preguntó doña Manuela en alta voz.

—Allá se va lo uno por lo otro, respondió la tia, no de mui buen humor.

Doña Manuela soltó una estrepitosa carcajada.

—Ah señora! esclamó la beata con solemne tono; si Ud. hubiera leido la Santa Bíblia, no se reiria!

—I ¿cree Ud., replicó doña Manuela, que yo necesito haber leido la Bíblia para decirle a Ud. la bíblia? Sí! buena era mi madre para que me dejara leer libros prohibidos! Dios sabe cómo me dió licencia para que aprendiese a leer i a firmarme, que es todo lo que sé, para servir a Ud. Pero volviendo a lo que hablábamos, le diré que yo no le entiendo a Ud. ni jota, pues no parece sino que Ud. no hubiera sido mujer jamás, en razon a que ignora que el gran negocio de toda mujer en este mundo es hallar un buen esposo; i por eso dice aquel refran, a modo de oracion: Dios mio, dame lo que te pido: -plata i un buen marido.....

—¿I quiere comparar Ud., señora, los maridos de la tierra con el Esposo celestial?

—El Señor dió a nuestra madre Eva un marido de la tierra, respondió riendo doña Manuela, i por eso es que todos nos inclinamos, cual mas cual ménos, a los maridos terrestres, que miéntras estemos en el mundo, dos llevan mejor la carga que uno solo, sin dejar por esto de amar a Dios, pues Dios no pide imposibles i se le puede servir en todos los estados, ménos aquel en el cual una mujer no está contenta; razon por la cual no me gusta que a una niña la forcen a tomar un estado para el cual no ha nacido, porque eso es ha-

cer morir de risa al diablo, como sucederia, por ejemplo, si obligasen a una chiquilla a meterse entre las cuatro paredes de un convento.

—Esa es la puerta del cielo, i la Bíblia dice.....

—Muchas puertas tiene entónces el cielo, i yo no sé cómo nos salvaremos las mujeres aquí en Molina, no teniendo ninguna puerta para entrar en el cielo.....

—Pero la Bíblia dice que el estado de castidad es el mas santo.

—Yo no digo lo contrario; pero contésteme ¿qué quiere Ud. que hagan los hombres, si todas las mujeres nos metemos en los monasterios para irnos al cielo? No les queda a los pobres otro recurso que meterse a frailes. ¡Mire qué mundo tan lindo no seria ese lleno de frailes i monjas! Nó, mi amiga, convénzase Ud. de que no todas las mujeres son nacidas para el monasterio; i yo sé mui bien que casi a todas ellas les gusta mas *de a dos en celda*, como dicen. ¿O le parece que yo no he sido muchacha para que me venga a contar cuentos? Mucho sabrá Ud., amiguita, en asuntos de salvacion; pero en los mundanos, creo que la gano a borneo de chicote.

—Entónces ¿Ud. no cree que hai vocaciones?

—A la muchacha que tenga vocacion verdadera, yo le echaré mi bendicion, i le diré que vaya a servir a Dios a donde Dios la llama; pero la que no tenga, que se quede en el mundo aun cuando ello sea para vestir santos, que vistiendo santos tambien se sirve al Señor; i si no, dígalo yo que tengo mi altar del Cármen en la parroquia, el cual no trocara por el mas puntiparado de la capital (no lo habia de decir yo). I aquí donde Ud. me ve, no crea que por mi gusto me he quedado para el oficio, sino que hasta ganas tuve de casarme, i bastante se empeñó mi madre; i si no se verificó, fué porque: -estado i mortaja, del cielo baja... I nó porque me faltaran pretendientes... pues a nadie le falta Dios en este mundo, sino porque los tales pretendientes eran tales, que yo dije: mas vale sola que mal acompañada, i el buei suelto, bien se lame.

No pudo dejar de reirse Lucinda al ver los aspavientos de la tia cuando escuchaba las palabras de la señora.

En aquel momento salió el padre Hipocreitía del cuarto del enfermo; i entrando en la cuadra, dijo a doña Manuela:

—Señora, el hombre está herido de gravedad i será menester llevarlo a la mision para curarlo.

—Pero ¿es caridad mover a ese pobre en el estado en que se ha-

lla? preguntó la señora. Aquí lo podemos curar, i aun puede venir el médico italiano, que yo lo pagaré.....

—Aquí se le puede curar de la enfermedad del cuerpo; pero nó de la del alma, interrumpió gravemente el jesuita. Es un pecador endurecido, i ahora está delirando.....

—Entónces debe habérsele metido el Malo dentro del cuerpo, dijo temblando la Sierva de Dios. Yo lo sé por experiencia.

—Jesus María! I quieren llevar a la casa otro *calchilla!* murmuró la *señá* Pechoñita, sentada en un estremo de la tarima de honor de doña Manuela... *Contimas* que ya no sabemos qué hacernos con el *calchilla* de mi *ñorita!*

—Vamos a verlo, dijo doña Manuela alzándose de su cojin.

—Nó, mi señora, nó! interrumpió el jesuita poniendo sus dos manos delante de la señora como para sujetarla. No vaya usted porque se espone a oir cosas horrendas de boca de aquel endurecido pecador.

—Ave María! esclamó la Sierva, santiguándose i levantándose para irse. Entónces ya debe estar condenado a penas eternas...

—Jesus! No diga usted eso! interrumpió vivamente doña Manuela.

—¡Qué no diga eso, cuando es de fe.....

A una seña del jesuita, calló la obediente Sierva como si le hubieran tapado la boca. Miéntras tanto doña Manuela decia:

—Cada cual con su fe, i Dios obre. Pero yo tengo para mí que es cosa dura esto de condenar a un cristiano a velas apagadas, por quita allá esas pajas. No parece sino que Dios nos hubiera echado al mundo para que nos condenásemos los unos a los otros.

Habria proseguido la señora si el padre no le hubiera cortado la palabra diciendo:

—De todos modos, señora, conviene llevarlo pronto. Está delirando, o tal vez es el demonio quien habla por su boca. Figúrense ustedes que se le ha metido en la cabeza que si ha venido con su jente a Molina, ha sido por mandanto de don Santiago Garduño!

—Jesus! esclamó doña Manuela. ¡Mi sobrino! ¿I puede creer su paternidad que el hijo de mi hermana.....

—Pero si yo no creo nada de eso, señora! interrumpió el jesuita. Se lo digo para que vea cómo estará su cabeza.

—I su alma tambien, agregó la Sierva de Dios.

—Tiene razon su paternidad, dijo doña Manuela. Lléveselo a la

mision para que lo curen allá, que miéntras el alma está en el cuerpo, no hai que perder la esperanza.

Salió el padre a dilijenciar la conduccion del enfermo, i la Sierva de Dios pensó en despedirse.

—Vamos, dijo a su sobrina, que ya se acerca la hora de arreglar el altar del Niño, para la distribucion de la novena cantada que le estamos siguiendo, a fin de que consiga con su Eterno Padre que dé fuerzas al gobierno para que venza i estirpe a la herejía. Adios, pues, mi *siá* Manuelita; que el Señor me la guarde muchos años. Ayúdenos a rogar por la causa del gobierno, que es la de Dios.

—No me meto yo en si Dios es gobiernista u opositor, dijo jovialmente doña Manuela, i solo deseo que se cumpla su santa voluntad.

—Pero su voluntad ha de ser el triunfo de la relijion i el vencimiento de los herejes, como dice el reverendo Hipocreitía...

—Mui santo será el padre, amiga mia; pero yo me estoi en lo dicho, pues solo el Señor sabe lo que es bueno, que nosotros, miserables gusanos, apénas podemos distinguir lo blanco de lo negro, i no siempre...

—Ah! señora! señora! esclamó la beata, herida en sus mas caras afecciones. ¿Cree usted que el padre puede engañarse? Acuérdese de esa falta de fe en la primera confesion que haga. I para que usted lo vea bien claro, yo le traeré la Sagrada Escritura esta noche, i leeremos el pasaje de la guerra de los judíos, que era el pueblo de Dios, con los Filisteos, pueblo de Satanas. Allí verá como la voluntad de Dios era que los Filisteos muriesen, i por eso envió a Sanson...

—¿I dónde está aquí Sanson i los Filisteos? preguntó doña Manuela, creyendo que la otra se habia vuelto loca.

—¿Pero no lo ve usted claro? Sanson es el jeneral Prieto; los Filisteos son los pipiolos herejes...

—¿Entónces los judios son los pelucones?

—Eso no se pregunta.

—Pues entónces, dijo la señora riendo a carcajadas, yo soi del partido de los Filisteos, pues no estoi ni estaré jamas con los que azotaron a Cristo. Adios, mi vida, prosiguió, correspondiendo al abrazo de despedida de la Beatita. Dios te me guarde, que no pierdo la esperanza de verte convertida en una dueña de casa hecha i derecha.

Miéntras tanto la Sierva de Dios, abrazando a Lucinda, decíale al oido:

—Tenga mucha fe, hijita, en los ministros del Señor, i verá como le va bien; yo me acordaré de usted en mi oracion mental de esta noche, que, aunque pecadora, tambien suele oirme su Divina Majestad, no agraviando lo presente.

Fuéronse las visitas; i al pasar la Sierva de Dios por enfrente del cuarto del enfermo, presentó el rosario que llevaba en la mano, como para parar los golpes que Satanas pudiera lanzarle desde adentro.

Pocos minutos despues, llegó el padre Hipocritía con dos ganapanes que llevaban una litera, en la cual metieron, mal de su grado, a Miguel Turra i se lo llevaron a la mision.

Iba el bandido rujiendo de dolor; i habria hablado a gritos, si el reverendo padre no le hubiera hecho la caritativa advertencia de que a la menor palabra que dijese, se le aplicaria una docena de disciplinazos en medio de la calle, para hacer callar al hablador i porfiado demonio que tenia dentro del cuerpo.

Doña Manuela, que habia oido la amenazante advertencia i visto como calló el bandido rechinando los dientes de cólera, dijo a Lucinda:

—Vaya, hijita ¡que hasta el mismo Satanas es prudente ante el látigo i sabe apearse en los malos pasos... Bien dicen que el miedo es cosa viva, i que el loco por la pena es cuerdo.

Tal vez se preguntará el curioso lector ¿por qué se empeñaba tanto el padre Hipocreitía en llevarse al enfermo? Hé aquí una cuestion importantísima que no hemos podido resolver a pesar de nuestros esfuerzos por encontrar los motivos que esplicaran el hecho. Pero es el caso, que el jesuita no era de los que dejan rastro, por los cuales se venga despues en cuenta, así de los motivos como de los fines de sus operaciones; i bien sabe Dios cuánto hemos tenido que rejistrar i revolver para esplicar lo que hasta aquí hemos relatado, i lo que (Dios mediante) contaremos hasta el fin de esta historia.

El discreto lector sabrá perdonarnos cuando le digamos francamente que, a fuer de concienzudos historiadores, mas bien queremos confesar nuestra ignorancia, que inventar causas, motivos i fines para fraguar explicaciones antojadizas con notable detrimento de la verdad.

Hecha esta necesaria advertencia, proseguimos diciendo que, así

que hubo llegado el padre a la mision, hizo acostar al enfermo en la cama que se habia preparado en un cuarto retirado de la casa, i allí lo dejó con el presbítero O*, para que le suministrase las medicinas espirituales i corporales que necesitaba.

En seguida se fué al confesonario, endonde estuvo mas de dos horas ejerciendo su ministerio, i por fin, subió al púlpito para tronar contra los herejes i los impíos, concluyendo por pedir una estacion mayor por la victoria de la causa de la relijion, es decir, del gobierno de Santiago i de sus partidarios.

Concluida la distribucion, se fué a su cuarto. Ya era mui entrada la noche, i pidió su cena, que inmediatamente le fué servida. Cenó con apetito; i habiendo dicho el alabado i el responso a las ánimas, el incansable fraile se puso a escribir una larga carta para Garduño. Estaba ésta al terminarse, cuando sintió dos golpecitos en la puerta, con estas palabras dichas a media voz:

—*Deo gratias*!

—Por siempre! respondió el padre, levantándose i quitando la gruesa tranca con que aseguraba siempre la puerta cuando se ponia a trabajar en su cuarto.

—Amigo don Santiago, dijo, volviendo a trancar la puerta; si usted hubiese llegado ántes, me habria ahorrado el escribir esta larga carta.

—Es para mí? preguntó Garduño tomando la carta en sus manos.

—Para usted, respondió el padre; i ya que ha llegado a tiempo (pues me ha ahorrado siquiera el trabajo de cerrarla) pase la vista por ella, miéntras que yo pongo en órden estas notas.

Al mismo tiempo que hablaba, hojeaba un librito de memorias que tenia en las manos.

Garduño leyó:

Mi querido amigo:

Permítame decirle cuán imprudente ha sido usted en comisionar a un hombre como Miguel Turra.....

—Ah! esclamó Garduño palideciendo, ¿por acaso ese bribon ha venido a decir aquí, que yo.....

—Siga leyendo, respondió el fraile con voz glacial, sin dejar de hojear en su librito de memorias.

Garduño, dominándose un tanto, prosiguió:

....Como Miguel Turra para capturar al sirviente de Lucinda...

—Pero, padre, por Dios! volvió a decir Garduño, dígame ¿qué es

lo que ha sucedido? Yo acabo de llegar, i no sé si Miguel Turra u otro de su laya habrá venido a calumniarme.....

—Hablemos claro, amigo mio, le interrumpió el jesuita clavando en él sus ojitos grices. Entre jentes como nosotros debe hablarse la verdad: lo demas es perder el tiempo, i el tiempo vale plata. ¿Por qué no me impuso usted de su proyecto?

—Pero ¿qué proyecto, señor? preguntó Santiago, manifestando la mayor admiracion.

—Este hombre seria capaz de engañarme si yo no fuese un jesuita, refunfuñó el fraile. Vale la pena el tratar con él. Oigame, amigo mio, prosiguió en voz alta.... Usted ha querido separar a Lucinda de su sirviente ¿por qué no me consultó su idea?

—¿I la habria aprobado su paternidad?

—Sí, pero con tal de no inferir ningun daño a la hija de mi antiguo amigo.

—Estoi mui léjos de eso, padre mio; i si mandé prender a Pedro despues de haberle dado libertad en el Lircai, fué porque temí que Lucinda, viéndose con su valiente i fiel criado, quisiera marcharse a la capital. No puedo ocultarle mis deseos de que ella permanezca en casa de mi tia.

—Eso nada tiene de malo, con tal que los fines de usted sean honestos respecto de Lucinda.

El oficial relató entónces la manera como habia atrapado a Pedro, valiéndose de mendigos reales i ficticios, entre los cuales se habia metido él en persona. Al mismo tiempo dijo que, por medio de los pordioseros, habia obtenido noticias importantísimas sobre el estado de los negocios en Talca.

Oíalo el padre con notable atencion, i mas de una vez se le vino al pensamiento de que el oficial habia nacido para jesuita.

—Mi objeto al dar libertad a Pedro, prosiguió Garduño, fué hacer ver a Lucinda mis deseos de serla útil. Pero al mismo tiempo, temiendo que Pedro la arrastrase a Santiago, comisioné a Miguel Turra para que con seis u ocho de los suyos, viniese a tomarlo preso. A esta hora deben tenerlo guardado en el rancho de un antiguo sirviente de mi tia.....

—Así debe ser, interrumpió el padre, porque los facinerosos se llevaron a Pedro; pero el jefe ha quedado aquí.

—Miguel? Cómo lo sabe su paternidad?

El padre contestó a esta pregunta, narrando todos los sucesos de la tarde. A cada cosa que decia el jesuita, interrumpia el oficial:

—Pícaro! Cuando le encargué tanto que diese el golpe con la mayor prudencia!

—La prudencia es jénero raro entre los hombres, dijo sentenciosamente el fraile.

—Por fortuna, agregó al fin Garduño, ni Lucinda ni mi tia han sufrido; i por lo que su paternidad me cuenta, han respetado la mision.

—Ahora necesito que usted me diga ¿qué es lo que piensa hacer con el asistente del marido de Lucinda?

—Voi a decírselo a su paternidad, respondió Garduño bajando la voz.

Pero lo que en seguida dijo el enamorado oficial, no ha podido aún descubrirse por los biógrafos; i esta es otra laguna que en esta historia quedará hasta que historiadores mas felices que nosotros, no den con la verdad sobre tan delicadísima materia.

——:o:——

CAPITULO LIII.

ANGUSTIAS.

> «Cuando ya Tuppper habia entregado su espada, llegó un oficial de innoble memoria, i dió a los soldados la voz brutal de: «*Hachen, muchachos*!» señalando a los prisioneros; i como los soldados hirieran a Amunátegui, gritóles el asesino: «*A ese nó: al gringo*!»
>
> B. V. Mackenna. (*Biog. de Tupper.*)

El dia siguiente al de los sucesos referidos, fué de gran ajitacion en la Villa de Molina.

Un caballero llegado en la mañana, que parecia venir huyendo de la temida catástrofe, aseguraba que el jeneral Prieto habia movido sus tropas para empeñar de una vez la batalla, i que, si Freire no tenia miedo i dejaba sus ventajosas posiciones, en pocas horas mas se haria el desenlace de la jornada.

Esta noticia exaltó los ánimos de todos los moradores, a muchos de los cuales se habia hecho creer que Freire tenia en su ejército una gran partida de Araucanos, i que si salia vencedor, derrama-

ria sus Indios por aquellas indefensas comarcas, entregándolas al pillaje i a la devastacion.

El miedo a los *malones*, profetizados varias veces, habia reunido en la Villa un gran número de habitantes campestres, lo cual, dejando indefensas muchas habitaciones rurales, multiplicó los robos i salteos, haciendo al mismo tiempo encarecer los artículos mas necesarios para la vida. A tales causas de comun intranquilidad, se agregaba la angustia particular de cien madres, esposas, hermanas e hijas que temblaban por la suerte de sus deudos, en la fratricida lucha.

A cada rato llegaban noticias del sur, tanto mas creidas por unos u otros de los diversos partidos cuanto mas contradictorias eran; i esto, léjos de tranquilizar, exaltaba e irritaba los ánimos, ahondando mas i mas el abismo que se habia abierto entre ambos partidos. Los unos a nombre de la Constitucion que defendian, i los otros a nombre de la constitucion i de la relijion que aparentaban defender, se echaban mutuamente en cara los actuales sufrimientos de la patria.

Tal era el estado de los espíritus en la Villa (que no por ser pequeña dejaba de contener jentes animadas de los mismos afectos, pasiones, deseos i aspiraciones que suelen fermentar en las grandes ciudades), cuando amaneció el dia 17 de Abril de 1830.

Aquella mañana estaba nublada; pero bien pronto apareció el sol, que deshaciendo las nubes que lo entoldaban, se alzó radiante sobre el horizonte, inundando de luz los campos pordonde corre el Lircai, ántes de echar sus aguas en el Rio Claro, campos que habian de ser por segunda vez tan fatales a la causa de la democracia chilena.

Veintidos años ántes, se habian encontrado allí dos ejércitos: representantes, el uno de la monarquía i el otro de la república; i hoi estaban a punto de venir a las manos otros dos ejércitos, que sostenian tambien sendos principios; el uno en contra i el otro a favor de la lei i de la libertad. Verdad que el tiempo se ha encargado de demostrar durante cuarenta años de experiencia i de ruda enseñanza.

En aquel entónces, el triunfo fué de la monarquía; i ahora lo habia de ser tambien de los representantes de la idea monárquica, disfrazada bajo el manto republicano.

Un descuido de San Martin dió la victoria a los Españoles que supieron aprovecharse de la sorpresa del ejército patriota; i la des-

medida confianza de Freire iba a dar la victoria al español Dorriga, quien, despues de alimentar esa confianza, supo aprovecharse tan bien de ella. Ossorio i Ordoñes vinieron a librar a Chile del terrible azote de los insurjentes: Prieto i Dorriga iban a librar a Chile del terrible azote de los pipiolos. Tan facinerosos fueron los patriotas para los españoles i sus amigos, como llegaron a serlo los liberales para los pelucones i sus partidarios. Los españoles de entónces pugnaron por su rei, a nombre de Dios i de la relijion; los pelucones luchaban por su partido, a nombre de Dios i de la relijion. Los pelucones, así como los españoles de antaño, se decian tambien animados por el mas acendrado patriotismo, i llamaban a sus enemigos los enemigos de la patria. Unos i otros persiguieron sin compasion a sus contrarios como a eternos perturbadores del órden social: porque, tanto los españoles realistas como los pelucones monarquistas, hacian consistir el órden social en su dominacion, i la tranquilidad pública en el anonadamiento del pueblo. El rei de España gobernó sin acordarse para nada del pueblo chileno; el partido pelucon ha gobernado como haciendo abstraccion de la voluntad del país. I sin embargo, éste i aquél se han decretado coronas cívicas. El gobierno del rei era tan personal, que alcanzó a serlo mas (pero solo un poco mas) que el del partido reaccionario. La voluntad del rei era la lei, allá en lo antiguo: acá, los pelucones dictaron una constitucion para imponer siempre su voluntad. I los chilenos llegaron a ser tan sumisos como los españoles de la colonia. Todos los que no eran del rei estaban fuera de la lei para los españoles: todos los que no eran del partido, llegaron a estar fuera de la lei para los pelucones. El clero español lanzó terribles anatemas contra los patriotas, i el clero pelucon tronó sin cesar contra los liberales. Las puertas del cielo se han visto cerradas para insurjentes i pipiolos.

Perdónenos el benigno lector este paralelo en gracia de que, pudiendo alargarlo cuatro veces mas, no lo hacemos, i solo apuntaremos, por último, la circunstancia notable de que, ocupando Freire sus posiciones del sur, cerca de la ciudad, i Prieto las del norte, cerca del rio, vino a empeñarse la batalla despues de un completo cambio de posiciones entre ambos ejércitos, hallándose los pelucones hácia el mismo viento que los realistas de 1818, i los liberales hácia el viento contrario, ocupado por los insurjentes de San Martin.

Nuestros amigos de Molina esperaban de un momento a otro noticias sobre el encuentro de ambos ejércitos.

A cada instante llegaban diversas jentes del sur, cuyas exajeradas, i a veces contradictorias aseveraciones, aumentaban la intranquilidad de la villa. Lucinda habia recibido en la mañana la siguiente carta:

Adorada mia:

Sé que estás en Molina. Mi buen amigo G*, (el que tú sabes) me lo ha contado todo. Gracias, vida mia!... Ya que no puedo correr a abrazarte, te escribo para decirte que estoi bueno. Ambos ejércitos están para venir a las manos. Si la suerte me es adversa, moriré siquiera sin el gran desconsuelo de dejarte sola en una ciudad extraña, i espuesta a sufrir quién sabe qué clase de insultos de parte de esos malvados. Nuestro amigo G*, (que a pesar de estar aparentemente con ellos, es de los nuestros) me ha prometido servirte...

Aquí la carta tenia casi renglon i medio borrados; i luego concluia:

No puedo estenderme mas por ahora. El tiempo urje, i están tocando llamada.

Tu esposo

—Esta carta no es de Anselmo! esclamó Lucinda. Mi corazon me lo dice.

En seguida, llamando al hombre que habia traido la esquela, preguntóle:

—¿Quién le entregó a usted esta carta para que la trajese aquí?

—Un oficial, señorita, respondió el interpelado; i por mas señas, que me pagó mui bien, haciéndome jurar que no le cobraria nada a su merced. Pero me dijo que entregase la carta en mano propia de doña Lucinda de Rójas, i ademas me dijo que le advirtiera a su merced, que la carta no venia escrita de su puño i letra de él, ni se nombraba en ella a ninguna persona, porque los tiempos están mui peligrosos.

Lucinda quedó sumamente perpleja con esta contestacion, pues, atendiendo al estilo de la carta, no podia creer que Anselmo la hubiese escrito. Sin embargo, se resolvió a esperar el resultado de los

acontecimientos, poniendo su corazon i su confianza en Dios, apoyo necesario de la debilidad humana en las tribulaciones de la vida.

Durante media hora permaneció sentada en el estrado de doña Manuela, que andaba ocupada en sus quehaceres cotidianos.

Serian cerca de las diez de la mañana, cuando, sintiendo bulla en la calle, se asomó por la ventana que daba a la plaza, i vió que las jentes iban i venian con inusitada animacion. Iba a salir para inquirir la causa de aquel movimiento, cuando entró doña Manuela diciendo con gran exaltacion:

—Ya están! hijita! Ya están peleando! Animas benditas del purgatorio!

—¿Quién ha traido la noticia? preguntó Lucinda palideciendo.

—El viento sur, respondió doña Manuela. La noticia ha llegado traida por el viento sur. ¿No oyes los cañonazos?... Mira cómo está la plaza llena de jente!

Dicho esto, salió a la plaza, i siguióla Lucinda sin saber lo que hacia. Allí encontraron diversos grupos de jentes que hablaban, disputaban o callaban, poniendo el oido como para percibir algun ruido lejano.

Lucinda se puso tambien a escuchar, i sintió como los demas, el sordo ruido del cañon que la hizo estremecer.

—¡Cuántos habrán muerto, hijita! esclamaba doña Manuela. ¡Animas benditas del purgatorio!

Los cañonazos siguieron sintiéndose a intérvalos; i aunque mui apagados por la distancia, resonaban lo suficiente para ajitar dolorosamente el corazon de Lucinda, quien, con las lágrimas en los ojos, nada decia i solo miraba al cielo.

—Vámonos de aquí, hijita, le dijo doña Manuela: vámonos a rezar para las benditas ánimas.... Válgame Dios! ¡Cuántos no habrá allí en pecado mortal! Si se confesaría Santiago ántes de entrar en la pelea? Harto se lo dije, porque yo sé lo que son los mozos del dia, que tan en poco miran el asunto de la salvacion, cuando es cierto que solo se gana el cielo miéntras dura el resuello, i que una vez no mas se muere el cristiano. Madre i Señora mia del Cármen! Acuérdate de que yo, con estas manos con que cuido i limpio tu altar todos los miércoles, le puse al cuello tu santo escapulario para que lo librases de las balas! Juana! Mulata! prosiguió, llamando a sus criadas: dejen todo eso como está, i vengan a rezar, que despues haremos medio dia como podamos.

I en seguida la señora púsose con su familia a rezar el trisajio,

al cual le agregó una corona o rosario completo de quince casas; i luego siguieron los dolores i gozos de la Vírjen, los de San José, la novena de las ánimas, las *llagas* de San Francisco, una estacion mayor, tres Credos, média docena de Salves, i una multitud de oraciones mas o ménos largas.

Concluido el rezo, se fueron a la mesa; pero apénas habian principiado a comer, cuando les llamó la atencion un canto relijioso que se dejaba sentir en la calle.

—Concluyamos de comer pronto, dijo doña Manuela, para ir a ver qué es eso. Parecen letanías cantadas. Juana, prosiguió, dirijiéndose a su criada; dile a la Mulata i al Chino que masquen i traguen pronto, para que salgamos a acompañar la procesion, pues esto debe ser i no otra cosa; i en asuntos relijiosos, nadie debe andar moroso. Eso es, i pronto han de pasar por enfrente de la ventana... ¡Animas benditas de mi corazon!... Hinquémonos, Lucinda, porque como dicen: a Dios en oyendo, i al rei en viendo.

Arrodillóse la señora, i se puso a murmurar Padrenuestros i Avemarías, interrumpiéndose a cada rato para entremezclar sus oraciones con los dichos i refranes que ella acostumbraba, cualesquiera que fueren las circunstancias en que se encontrase. Por fin, vinieron las criadas; i saliendo todos a la plaza, incorporáronse en la procesion.

Era ésta, en efecto, una rogativa a los santos para que intercediesen con el Dios de los ejércitos, a fin de que el cielo concediera la victoria a las armas del gobierno, armas defensoras de la relijion i del órden.

Precedia la ceremonia el padre Hipocreitía, con el presbítero O.* a su derecha, i el cura párroco a su izquierda. En pos de ellos, marchaban en dos filas los principales caballeros de la Villa, con sendas velas en las manos, i luego seguia el pueblo formando una cola de hombres i mujeres revueltos, que se estendia mas de tres cuadras.

La procesion dió vuelta por el contorno de la plaza, i entró en la iglesia parroquial, endonde se dirijió una plegaria a Nuestra Señora del Cármen, patrona de las armas chilenas (pues al hacernos independientes de la España, era natural i justo que elijiéramos en la corte celestial otro santo que el Señor Santiago, para que tomase cartas en nuestras disensiones con moros i cristianos); i concluida que fué la devotísima plegaria, encaminóse todo el convoi hácia la mision, punto dedonde habia salido. Allí hubo Credos, Padre-

nuestros i Salves, i luego oracion mental, con la divina Majestad expuesta i el altar iluminado. Por último, el presbítero O.* subió al púlpito; i en un sermon dividido en siete puntos (fuera de la peroracion, del exordio i de la salutacion a la Vírjen), probó, con grandísima cantidad de testos latinos, que los chilenos eran católicos, pues provenian de un país tan católico como la España; que fuera del catolicismo no habia salvacion posible; que el gobierno de los pipiolos habia puesto en peligro la relijion, protejiendo a los estranjeros i quitando sus bienes a la Santa Iglesia, para emplearlos en objetos mundanos; i que, en consecuencia de lo dicho, i segun el parecer de los Santos Padres, todos los chilenos estaban obligados, bajo pena de pecado mortal, a combatir por todos los medios posibles á los pipiolos, hasta estirpar el pipiolismo en Chile.

Concluida la distribucion, acercóse la *Sierva de Dios* a doña Manuela; i saludándola afablemente, así como a Lucinda, convidólas a descanzar. Aceptaron las invitadas, pues bien lo habian menester; i siguiendo a la *Sierva*, entraron a un cuarto contíguo al de la *Médica Santa*; cuyas paredes estaban cubiertas de estampas benditas. En seguida entró la beatita, que fué mui bien recibida por doña Manuela i Lucinda, i todas cuatro se pusieron a platicar sobre los sucesos que las preocupaban, concluyendo la Sierva de Dios con decir que en la noche anterior habia tenido, en sueños, una revelacion por la cual podia asegurarse el triunfo de Dios i de la relijion, en los llanos del Lircai.

En esto estaban, cuando sintieron que álguien entraba con espuelas al patio de la casa, i salieron a ver quién venia.

—¡Es Pedro! esclamó Lucinda, reconociendo a su leal sirviente. ¡Ya estás libre!

—Sí, señorita, respondió Pedro, marchando aceleradamente hácia su señora.

—¡Gracias a Dios! esclamó doña Manuela.

—Diga tambien «i a la Vírjen», le apuntó en voz baja la Sierva de Dios.

—Calla la boca! (esclamó medio enfadada doña Manuela), que sin Dios no habria Vírjen; i estando bien con Dios, los Santos son inquilinos!

I despues volvió en sí, como arrepentida, i murmuró:

—Madre i Señora mia del Cármen! Perdóname si he dicho una herejía; pero esta Sierva de Dios es capaz de hacerme decir barbaridades con sus cosas que tiene!

—¿I cómo te libraste de ellos? preguntaba Lucinda a Pedro: Dime ¿qué sabes de Talca?

—En primer lugar, respondió Pedro, me libré de los salteadores por permision de Dios...

—I de la Vírjen, interrumpió la Sierva.

—Eso es, prosiguió Pedro, i de la Vírjen de Mercedes, de quien soi tan devoto!... Me llevaron maniatado a donde llaman la Rinconada de los Gutierres...

—Es decir, de los *ladrones*, interrumpió doña Manuela, pues allí saben robar hasta los niños de pecho.

—Así debe ser, prosiguió Pedro, pues los salteadores encontraron allí muchos conocidos i amigos. Metiéronme en un rancho, i en él estuve hasta esta mañana al venir el dia, hora en que una patrulla de veteranos, mandada por don Santisgo Garduño, me libertó como por milagro...

—I dicen que mi sobrino es hereje! esclamó doña Manuela, dando una palmada de gozo... ¿I después?

—Despues me hizo llevar don Garduño a la casita de un hombre que vive al otro lado del portezuelo de Pulmudon.

—¿Se llama Ambrosio Cornejo, ese hombre? preguntó doña Manuela.

—No le sabré decir, respondió Pedro, porque el hombre no estaba allí ni he averiguado cómo se llama.

—Pues ese debe ser, repuso la señora. ¿I por qué no lo envió aquí?

—Me dijo que era preciso que me quedase allá, i yo le obedecí, pues me habia librado de la muerte por tercera vez. Ahora soi capaz de dejarme fusilar por él. Yo no ví mas a don Garduño, porque se fué para Talca; pero esta tarde, al entrarse el sol, llegó a la casita con el caballo bañado en sudor, i me dijo ántes de apearse:—Pedro, ya sabes que te he librado la vida tres veces. Ahora es menester que hagas lo que te digo.... Mande, señor, i obedeceré, le respondí yo.... El me dijo entónces: Yo vengo huyendo, pues ha vencido Prieto i han descubierto mi traicion...

—Jesus! esclamó doña Manuela ¿qué traicion es esa?

—I Anselmo? preguntó Lucinda.

—Loado sea Dios! esclamó la Sierva. Mi revelacion ha salido cierta.

—Mi capitan está vivo, señorita, prosiguió Pedro, porque don Garduño me dijo: Vengo con Anselmo Guzman, el cual no ha po-

dido llegar conmigo, porque viene herido... No se asuste, señorita, por Dios, que la herida no es nada. En fin, don Garduño me dijo despues: es preciso que vayas al momento a Molina, i le digas a Lucinda que Anselmo quiere verla ántes de morir, porque viene mal herido...

—I no me lo decias! interrumpió Lucinda. Un caballo, Pedro! un caballo! Vamos al momento!

En vano le hicieron presente a Lucinda los peligros a que se esponia, porque a pesar de todo, quiso ponerse en camino en el mismo instante.

Afortunadamente la noche estaba clara; i Pedro habia venido acompañado de tres soldados, que podian servir de custodia. Ademas habian traido, por encargo de Garduño, un caballo mui manso para Lucinda: así fué que habiéndose pedido prestado un sillon de montar, pudo la esposa de Anselmo ponerse en camino, ántes de tres cuartos de hora, i cuando la luna se habia elevado sobre el horizonte.

—Dios te guie por buen camino! esclamó doña Manuela, al despedirse de ella. Si yo pudiera marchar tan lijero como tú habrás de irte, te acompañaría, porque a mí me gustan mucho las mujeres que quieren a sus maridos... Mire usted! prosiguió, dirijiéndose a la Sierva de Dios, i señalando a Lucinda, que partia azotando enérjicamente a su caballo: mire usted, amigaza! Eso es lo que se llama servir a Dios!

La Sierva, al oir esto, se cubrió los ojos con ambas manos i ordenó a la Beatita que se retirase de allí.

Iba a retirarse doña Manuela, pues ya era hora de cenar, cuando fué detenida por la llegada de otra persona. Era Nicolás Peñaloza, el hermano de las Niñas i padre de la Beatita, que venia del campo de batalla. Habia corrido mas de doce leguas sin descansar, por poder decir, ántes que otro alguno: *regocijaos; hemos vencido*! Pero mas feliz que el griego (que cayó muerto al pronunciar estas palabras), Nicolás Peñaloza pidió que le dieran de comer i de beber, pues juraba que jamás habia tenido una hambre i una sed como aquellas. Trajéronle de lo uno i de lo otro; i miéntras comia, contaba el caso de la batalla al padre Hipocreítia, a doña Manuela i a varias otras personas que habian ocurrido a saber noticias.

—Chambonada mas grande que la que Freire ha hecho hoi, no la ha cometido alma nacida, dijo Nicolás, echándose una tajada de

carne asada a la boca. No parece sino que se hubiera vuelto loco para darnos la victoria...

—Todo eso sucede por permision de Dios, interrumpió la *Sierva*, pues su Divina Majestad, para castigar a los enemigos de la relijion, les quita el juicio, como lo hizo con Nabucodonosor...

—Déjate de Nabucodonosor, hermana; i dáme de aquella chichita de las damajuanas, porque la sed que ahora traigo es de chicha, i no de mosto, dijo Nicolás. Figúrense ustedes, prosiguió, que Freire, no trayendo caballería, i sabiendo que nosotros teníamos buenos escuadrones, tuvo la ocurrencia de dejar el campo quebrado cerca de la ciudad que lo favorecia, para venir a torearnos al llano de Cancha Rayada, endonde nuestra bien equipada caballería podia hacer de las suyas. Prieto dijo entónces: «aquí es la mia»; i echando de sopeton sus escuadrones entre la cuidad i los pipiolos, les cortó la retirada. Los pipiolos herejes tuvieron que sufrir dos ataques a un tiempo, el de nuestra infantería que los atacó de frente, i el de nuestra caballería que les dió una carga por el flanco derecho. Eran como las once de la mañana; i a las doce, se habia ya enredado la pita de tal modo, que no la desenredaria el mismo diablo...

—Nicolás! interrumpió la Sierva de Dios, con acento de reproche.

—Vaya pues! exclamó Nicolás, no diré diablo, aunque un soldado tiene derecho para decir eso i mucho mas. Lo cierto del caso fué que en aquel momento no quedó títere con cabeza. Ellos se defendian desesperadamente; pero el Señor de los ejércitos (como dice mi hermana) estaba de nuestra parte. A la tercera carga de nuestros escuadrones, la caballería enemiga fué puesta en desórden por los mismos indios (que una vez que vuelven las espaldas no los sujeta el mismo *Dia...cho*), i tuvo que replegarse sobre el rio, en el bajo de las Pulgas.... Miéntras tanto, las dos infanterías cruzaban sus fuegos un poco mas al oriente; i allí me encontraba yo, con mi jefe Garduño. Qué hombre! Ha hecho prodijios de valor; pero despues contaré esto... No se puede negar tampoco que los pipiolos se han portado valerosamente; i hubo un instante en que el maldito Tupper casi nos arrolló; pero en esos momentos, Freire, con su caballería, se echaba dentro del rio Lircai, i huia a todo escape, lo cual permitió a una parte de nuestros escuadrones atacar la infantería enemiga. Nosotros nos rehicimos, i cargamos a la bayoneta sobre el flanco derecho del enemigo, miéntras nuestra artillería hacia

pedazos su flanco izquierdo. ¡Aquí sí que fué lo bueno! Su caballería estaba derrotada, su artillería apénas podia moverse, pues llevaban las cureñas tiradas por bueyes, i su infantería se encontró entre dos fuegos. ¡Qué diablos nos habian de resistir...! ¡Ya fuí a decir diablo otra vez...! Desde entónces, el campo fué nuestro; i como a las tres de la tarde, ya no habia mas que hacer sino *dar hacha i hacha!* por manera que cayeron pipiolos como moscas. Yo habia perdido de vista a mi capitan Garduño; i empecé a buscarlo, cuando me encontré con cuatro hombres que llevaban preso al hereje Tupper con otro mas. Entónces ví aparecer de repente a mi capitan acompañado de diez soldados gritando: al hereje! al gringo! Los soldados se echaron sobre el otro; pero yo, que conocia a Tupper, fuí el primero en darle un hachazo en la cabeza. Los demas compañeros acabaron la *santa obra* de matar al condenado, pues yo tuve que obedecer a la voz de mi capitan que me ordenó seguirlo, con otros tres soldados mas. Era que mi capitan queria atrapar a un oficialito que iba arrancando por la orilla del rio abajo. ¡Es un hereje descomulgado! nos dijo don Santiago; i el que lo mate gana cuarenta dias de induljencias, i una onza de yapa. Lo alcanzamos en el pedregal del rio, i en un dos por tres lo trajimos a tierra. Despues supe que el oficial se llamaba Anselmo Guzman.

—Jesus, María i José! exclamó doña Manuela. ¿Está usted seguro de lo que dice?

—¿Pues no he de estarlo, señora? El filisteo (como dice mi hermana) iba en un caballo rosillo-moro, que era la seña que le habian dado a mi capitan para encontrarlo. Yo mismo me apeé, no solo para cerciorarme de si estaba muerto, sino para quitarle al cadáver un cinturon con seis onzas, de las cuales, tres he dejado para mí i estas otras tres se las ofrecí al momento al Niño Dios de mi hermana, como su devoto que soi.

I al mismo tiempo que así hablaba, sacaba del bolsillo tres onzas de oro, que entregó a la Sierva de Dios, diciéndole:

—Toma, hermana mia, i pónsela en su urnita al bendito Niño para pagarle el milagro de librarme de las balas piopiolas, que hoi ha hecho conmigo.

Doña Manuela no tuvo paciencia para seguir oyendo a Nicolás todas las peripecias del combate. Despidióse friamente de los circunstantes, i se retiró a su casa.

—No es posible! (repetia en el camino) no puede ser eso! mi so-

brino es incapaz de cometer tal crímen, matando a la misma persona que llevaba encargo de protejer.

La pobre señora se puso a llorar en cuanto llegó a su casa. Por una parte, la falta de Lucinda, i por otra, la narracion de Nicolás Peñaloza, habíanla afectado lo bastante para no poder cenar a gusto.

Despues de cenar se puso a rezar con sus criadas, hasta que éstas, rendidas de fatiga, cayeron dormidas sobre el suelo.

Admirada doña Manuela de la poca caridad de aquellas mujeres, que se dormian, habiendo muerto tantos cristianos ese dia en Lircai, se fué a la cama, endonde su intranquilidad apénas la dejó dormir unos pocos momentos.

Al amanecer despertó sobresaltada, oyendo en el patio ruido de caballos i de espuelas. Vistióse apresuradamente, i, saliendo a ver lo que pasaba, encontróse con un oficial de desembarazado continente, que le preguntó:

—¿Es la señora doña Manuela Villagran a quien tengo el honor de hablar?

—Una servidora de usted, caballero, ¿qué se le ofrecia a usted?

—Ruégole a usted que me dispense el haberla venido a molestar tan temprano; pero hai mil ocasiones en que la necesidad.....

—Sí, ya sé, interrumpió la señora, que la necesidad tiene siempre cara de hereje. I ¿para qué me necesita usted?

—Necesito hablar con Lucinda de Rójas, que segun me han dicho, se encuentra en esta casa, respondió el oficial.

—Ah! esclamó doña Manuela; ahora no está aquí Lucinda.... Pero ¿quién es usted?

—Mi nombre es José; pero me llaman Pepe Tronera, respondió el otro. Soi íntimo amigo del marido de Lucinda.

—¿Vive don Anselmo? preguntó la señora.

—Sí vive, respondió Pepe; i me ha encargado traerle esta carta a Lucinda.....

—Gracias a Dios! esclamó la señora, respirando con mas descanso. Pero es el caso que Lucinda se ha separado anoche de nosotras.

En seguida contó a Pepe todos los sucesos que tenian relacion con la intempestiva ida de Lucinda, agregando lo que habia dicho Nicolás sobre la muerte de Anselmo, i concluyendo con decir que daba gracias a Dios de que todo aquello fuera mentira.

—Desgraciadamente, dijo Pepe, hai algo de verdad en todo eso, pues.....

—Mui bien puede ser, interrumpió la señora, porque siempre la mentira es hija de algo.

—Ahora es menester que yo hable cuanto ántes con Lucinda, prosiguió Tronera. ¿Podria usted proporcionarme un baqueano? Yo no puedo dejarme ver mucho, porque soi liberal.

—Pero cuénteme usted.....

—No podemos perder tiempo, señora. Sepa solamente que Lucinda corre gran peligro; i si el que le ha tendido ese lazo (que ahora comprendo), no fuera un pariente de usted, diria yo que ese hombre es el mayor bribon que pisa la tierra.

—Quién? Mi sobrino? Entónces usted cree.....

—Creo lo que he visto, señora, i adivino el resto. No me desdigo de lo dicho; i para que vea que tengo razon, le diré que don Santiago Garduño ha mandado asesinar a Anselmo...

—Ah! esclamó la señora, ¡con que es verdad!... ¡Vírjen del Carmelo!

—Por fortuna Anselmo se escapó, por no haber alojado en el rancho endonde pensábamos hacer noche cuando nos vinimos de Constitucion. Yo no me separé de Anselmo en toda la batalla. Cuando cada cual huia por su lado, me mataron mi caballo de un balazo. Mi amigo me convidó entónces a montar en las ancas del suyo; pero viendo yo que el caballo no podia correr con los dos, le dije que huyese solo, i yo me metí por entre un tupido *chilcal*. Entónces Anselmo se apeó, i dejó ir su caballo a la ventura, diciéndome que preferia correr mi misma suerte.

—Tan jeneroso i bueno como Lucinda! esclamó doña Manuela. Bien haya quien a lo suyo se parece! I despues?

En seguida vimos por entre las *chilcas* que otro oficial, montado en el caballo de Anselmo, era perseguido de cerca por tres o cuatro enemigos. Es el mismo! gritaba Garduño (que iba a la cabeza de los perseguidores) *¡hachen*, muchachos, sin misericordia! Lo conozco por el caballo rosillo-moro!

—No me diga usted mas, interrumpió doña Manuela llorando. Ahora lo comprendo todo. ¡El hijo de mi buena hermana! Bien dicen que la gallina negra pone huevos blancos, i que ni los dedos de las manos son iguales!

—Por consiguiente, agregó Tronera, Pedro ha sido engañado; i temo mucho que su sobrino no se haya valido de él como de un anzúelo para arrancar a Lucinda del lado de usted.

La señora no contestó una sola palabra; i con el dedo índice sobre

la frente i la mirada vaga en el espacio, parecia reflexionar. Estaba pálida; pero enrojeciéndose repentinamente su semblante, i dando una patada en el suelo, exclamó:

—Es menester que yo vaya! Quien no se arriesga no pasa el rio.

—¿Qué dice usted?

—Que yo seré el baqueano que habrá de llevarlo a usted al lugar endonde está Lucinda. Conozco la casa: es de un antiguo sirviente del padre de mi sobrino. Yo, aunque vieja, puedo andar a caballo. Ojalá lleguemos a tiempo. Dios mio! El hijo de mi hermana, a quien he criado en mis brazos! Pero, ai! de él, si es verdad lo que usted me ha contado! Mas valiera no haber nacido, porque yo le aseguro a usted que nos han de oir los sordos!

——:o:——

CAPITULO LIV.

LUCINDA I GARDUÑO.

> «Se hallaba a merced de un hombre, en un sitio apartado... La vehemencia de su pasion la habia conducido ahí, sin calcular los peligros a que podia esponerse.
>
> (V. Murillo.—*Una víctima del honor.*)

Como hemos dicho anteriormente, Lucinda, acompañada de su fiel asistente i de cuatro o cinco soldados de caballería, salió de Molina cuando ya habia entrado la noche, circunstancia que habria puesto temor en otro espíritu que en el de una mujer apasionada como ella. Nada intimidaba a la valerosa niña, i marchaba sin acordarse de los peligros que el camino ofrecia, como si en su espíritu, lleno de esperanzas i de deseos de ver al objeto de su cariño, no pudiese tener cabida ningun sentimiento indigno de su amor.

La comitiva, precedida un baqueano (que los accidentes del terreno hacian indispensable), se dirijió hácia el poniente, cortando el pantanoso valle, situado entre la Villa de Molina i las primeras cadenas de cerros de la costa. Despues de dos horas de penosa marcha, llegaron al portezuelo de Pulmudon, el cual trasmontaron sin el menor inconveniente, merced a la claridad de la luna; i apénas hubieron llegado a la base occidental del cerro, cuando el baqueano dijo:

—Ya estamos cerca de la casa. Ahora es menester que nos dirijamos al norte.

—Dígame, amigo, le preguntó Lucinda ¿podremos acelerar mas la marcha?

—Sí, señorita, respondió el guia, porque el camino es como la palma de la mano.

Lucinda, al oir esto, dió un azote a su caballo, apurando el paso todo cuanto lo permitian las asperezas del terreno. Pocos minutos despues, divisaron un rancho de totora, iluminado por una fogata, i oyeron los ladridos de diez o doce perros.

—Aquella es la casa? preguntó Lucinda, con emocion.

—Sí, señorita, respondió el baqueano. Pero tenga cuidado, por Dios! esclamó, viendo que la niña ponia su caballo al galope, en direccion de la fogata. Mire, señorita, que poco ántes de llegar al rancho, hai un zanjon de mal paso! Al lado del mar está la posada! Al lado del mar...! Pero en fin, ya pasó! qué señora tan varonil.! Vaya! yo no me tengo por tan *cutama* que digamos; i sin embargo, me habria temblado la barba al atravesar el zanjon pordonde ella acaba de pasar.

En efecto, la destreza del caballo de Lucinda la habia librado de un gran peligro. Pedro, que seguia de cerca a su señora, lanzó un grito al ver el precipicio pordonde el caballo bajó, i luego volvió a subir sin que Lucinda hubiese abandonado su recta posicion sobre la silla.

El baqueano i los soldados, encantados de tan valiente ajilidad, no cesaban de alabar a la jóven; pero ella, sin curarse de tales alabanzas, prosiguió al galope hácia el rancho, endonde fué recibida por la cuadrilla de perros de que todo rancho chileno está siempre provisto.

Dos mujeres desgreñadas que habia cerca del fuego, salieron armadas de sendos palos; i despues de algun trabajo, consiguieron ahuyentar a los *quiltros* i perros mayores, saludando al mismo

tiempo, con mucha cortesía a los recien llegados, a quienes parecian esperar, segun lo indicaban dos o tres ollas que hervian, i un gran asado que se *doraba al amorcito del fuego.*

Apeóse Lucinda en brazos de su asistente, i luego preguntó por Anselmo.

—Señorita, respondió en voz baja la mas vieja de las mujeres; el caballerito está durmiendo como un tronco, i la médica ha dicho que no lo despierten ni por pienso.

—Ah! esclamó Lucinda; ¡cómo me olvidé de traer un médico!!

—Mas vale así que no *haiga* venido, respondió la otra mujer, pues la *méica* que aquí *tenimos* sabe mas que todos los *méicos* juntos, cura a lo divino i a lo humano que es bendicion, sin necesidad de boticas ni cosa que se le parezca.

—No obstante, replicó Lucinda, alarmada sin saber porqué; yo querria ver por mis ojos al enfermo.

—Hablemos primero con la médica, i ella nos dirá lo que conviene hacer, dijo la que habia hablado primero. Miéntras tanto, venga su merced a sentarse, pues debe venir mui cansada.

Diciendo esto, condujo a Lucinda al cuarto principal de la casa, endonde habia una cama, i una mesa cubierta con manteles límpios.

Las paredes del cuarto eran de *quincha* embarrada, i colgaban de ella varias estampas, un mal labrado crucifijo i muchas cruces de palma bendita. En un rincon, pendia de una estaca de *coligüe,* una guitarra, i en el centro del pavimento habia un hoyo endonde se echaba las brasas que calentaban la pieza. El hoyo, o mejor dicho, el brasero, estaba rodeado de bancos de diversos tamaños i formas, i junto al catre, se veia un espacio del suelo cubierto con pieles de carnero. A este lugar fué adonde la dueña de la casa llevó a Lucinda, quien, sintiéndose fatigada, se sentó sobre los pellejos, no sin hacer mil preguntas sobre las heridas de Anselmo, rogando a la mujer que fuese a buscar a la médica, para saber de ella noticias positivas.

Salió la que parecia dueña de casa, i entónces fué cuando Lucinda se acordó de Garduño. ¿Por qué no se habia presentado el oficial, que tan solícito se habia mostrado en servirla? Quiso llamar a Pedro para preguntarle por Santiago; pero a ese tiempo, entró la médica, la cual era tan vieja, que, a juzgar el saber por los años, mereceria el título de doctora en todas las Universidades de Italia i Alemania.

Saludó a Lucinda, haciendo una mueca de contento, i le dijo que no tuviese cuidado por el herido, pues, merced a los emplastos, ca-

taplasmas, *sorbetorios*, bebidas, labatorios i enjuagatorios con agua *agarrada en el corazon de la* corriente, habria de sanar, no mas, con el favor de Dios; i que al presente se encontraba durmiendo con gran tranquilidad, para lo cual le habia puesto a la cabecera de la cama la cruz de Salomon, hecha con varillas de *palqui* pasadas por el rescoldo, que era santo remedio para no tener malos sueños; i que por fin, le tenia los piés envueltos en su mismo refajo de castilla lacre, sahumado con palma bendita, *pronunciando las palabras* al tiempo de quemar la palma: lo cual *era un primor para tirar la calor para abajo.*

Lucinda no hallaba qué pensar de lo que estaba oyendo; i, sobresaltada sériamente, esclamó:

—Yo quiero ver a mi marido! ¿En dónde está don Santiago Garduño?

—Los soldados se fueron, respondió la dueña de casa.

—I mi sirviente?

—Tambien se fué con ellos al monte a buscar a don Garduño, que se ha ido a esconder, porque... ¿no sabe su merced que agora está mal con el gobierno?

—Dios mio! esclamó la pobre niña llena de susto ¿Si me habrán engañado?

—Aquí no hai engaño, señorita, dijo la mujer, con todas las apariencias de la buena fe. Don Santiago vendrá pronto; pero es preciso que su merced cene alguna cosa.

—Esto es lo principal, agregó la médica; i créame a mí, que tengo esperiencia, pues si el enfermo que come no se muere ¿qué será con los sanos que comen?

—Esto parece una burla o un engaño atroz! esclamó Lucinda aterrorizada.

I abriéndose paso por entre las mujeres, salió de la miserable cobacha, llamando a Pedro, a grandes voces. Pero Pedro no contestó; i en vez de él, respondió Garduño, que parecia haberse desmontado recientemente del caballo.

—Señorita! dijo, cálmese usted, por Dios!

—Ah! es usted, señor don Santiago? esclamó Lucinda en tono de reproche. Esplíqueme usted ¿por qué razon no se me deja ver a Anselmo?

—Todavía nó, señorita, porque...

—Antes de todo ¿está aquí mi esposo?

—Entre a la pieza i hablaremos, respondió Garduño. Yo le esplicaré todo lo que ha sucedido.

Lucinda, temblando de emocion entró al cuarto, i tras ella, Santiago, despues de haber ordenado que sirvieran la cena.

—Dígame, por Dios, lo que hai! volvió a esclamar Lucinda con tono suplicante... Ud. no ha contestado a mi pregunta.

—Por no sobresaltarla demasiado. Cálmese usted, señorita: voi a contestarle. El caso es que mi buen amigo Anselmo no está aquí...

—I ¿cómo me dijo Pedro que lo habia visto traer en hombros de cuatro soldados?

—Era otro oficial enfermo, del cual debe haberle hablado la médica.

—Ah! entónces he sido víctima de un engaño! I Pedro?

—No está aquí... serénese usted... Lo he enviado a buscar a Anselmo.

—¿En dónde está?

—A média legua de distancia, oculto en un bosque.

—Ah! ¿Será verdad? I la herida...?

—No es de gravedad. Pronto lo veremos llegar. Ahora es menester que usted tome algun alimento, prosiguió Garduño, con voz insinuante.

A ese tiempo las mujeres habian entrado con dos fuentes, una de *cazuela* i la otra de carne asada.

Lucinda hizo un esfuerzo, i comió algo, no sin abrumar a preguntas a Garduño, cuyas contestaciones evasivas la intranquilizaban mas i mas. Por último, viendo que ya habian pasado mas de dos horas i aun no llegaba Pedro, dijo a Santiago, mirándolo fijamente:

—Señor Garduño, usted me está engañando.

—Señorita, respondió Santiago, con voz temblorosa, es cierto que me he visto precisado a decirle la verdad a médias, pues el afecto que siento por usted...

—¿Siente usted afecto por mí, i me engaña...?

—Es que a veces la verdad es demasiado cruel, señorita.

—Lo que hai aquí cruel, es usted! esclamó Lucinda fuera de sí. Está viendo cuánto sufro! i me tiene en tan gran incertidumbre...!

—Vaya, pues, le diré la verdad, a mi pesar. Yo queria preparar su ánimo para que recibiera la fatal noticia de...

—La muerte de mi marido? interrumpió Lucinda.

Garduño no respondió sino con una seña afirmativa.

—¡I para esto me ha traido usted a este sitio! esclamó la pobre jóven llorando i cayendo desfallecida sobre un banco. ¡Entre qué jentes estoi, Dios mio!

—Está entre amigos, señorita, repuso Garduño, tratando de hacerse oir de Lucinda. La he hecho venir a usted por encargo del mismo Anselmo. Juntos hemos peleado en la batalla, pues yo me pasé al enemigo, razon por la cual se me debe andar buscando para fusilarme. Lucinda, créame que siento entrañablemente el tener que decirle esto. Cuando Anselmo cayó herido, lo hice salir del campo, dándole dos soldados que lo atendiesen; i al ver derrotada la caballería liberal, yo busqué a mi amigo... Preguntéle si tenia fuerzas para montar a caballo, i me contestó que sí, i que deseaba seguir a los suyos. Juntos emprendimos la retirada trayendo con nosotros ocho soldados. Como no era posible que nos dirijiéramos a Molina, yo le propuse venirnos por este camino estraviado, i él aceptó. Como a dos leguas de aquí, encontramos a Pedro, i presintiendo mi pobre amigo, su cercano fin, envió a llamarla a usted. Pedro partió con cuatro soldados para Molina, i yo traté de conducir a Anselmo a este rancho, cuyo dueño es un antiguo sirviente de mi padre; pero mi desgraciado amigo no alcanzó a llegar. Antes de morir, me hizo jurar que la serviria a usted, i que la conduciria a Santiago, defendiéndola i protejiéndola como lo habria hecho él mismo. ¡Pobre amigo mio! prosiguió el miserable, poniéndose el pañuelo en los ojos: yo juré servirla a usted de criado, si necesario fuere; él, habiéndome dado su reloj para que se lo entregase a usted, me apretó la mano, i...

El hipócrita empezó a sollozar, al mismo tiempo que mostraba a Lucinda un reloj que habia sacado de sus bolsillos.

La pobre niña tomó el reloj, cubriéndolo de besos con ajitacion febril, i sin cesar de llorar, llamábase así misma la mas desgraciada de las mujeres. Pero habiendo echado una mirada sobre aquella prenda que ella creia de su esposo, exclamó:

—Este no es el reloj de Anselmo!

Garduño se puso pálido de emocion i murmuró:

—¡Si me habré equivocado!

—Caballero! dijo Lucinda, con repentina enerjía, es menester que yo vuelva al momento a Molina!

—Es imposible, señorita. Ya usted conoce el camino, i a estas horas de la noche...

—Pues entónces me iré mañana, interrumpió Lucinda, con voz seca. Por ahora le ruego a usted que me deje llorar sola.

I habiendo hecho una seña a Garduño para que se retirara, fué al momento obedecida.

En seguida, llamó a la dueña de la casa, i le ofreció recompensarla mui bien si le servia con lealtad.

La mujer prometió velar toda la noche, «miéntras la señorita dormia en la cama limpiecita que ella misma habia hecho ese dia por órden de don Garduño»I el decir esto la solícita mujer cerró la puerta i la afirmó con dos trancas.

—Con estas trancas, dijo, no le tengo miedo ni a los mismos Pincheiras!

Lucinda se metió en el lecho, pero no pudo dormir tranquila un solo instante. Rendida de fatiga, apénas se quedaba dormida un momento, cuando despertaba llorando a gritos, aflijida por las sangrientas i espantosas imájenes que la asaltaban en sus sueños. Hubo instantes en que creyó haber perdido el juicio, hasta que la llegada del dia, hizo desaparecer los fantasmas de muerte que rodeaban su lecho.

Vistióse i oró, rogando al Señor que fuera mentira todo aquello, que aun no podia hallar cabida en su mente.

En seguida hizo llamar a Garduño, i le manifestó imperiosamente sus deseos de volverse a Molina.

—Señorita, le respondió Santiago, con mentida tristeza: yo mismo en persona la conduciría a casa de mi tia; pero advierta usted que ando prófugo, i que al presente debe estar la Villa ocupada por una parte de las tropas de Prieto. Por la misma razon no puede usted ser conducida por soldados que son tambien de los pasados al enemigo. Nada seria que a mí me capturasen i me hicieran fusilar, pues con gusto haria el sacrificio de mi vida por satisfacer el menor de sus deseos; pero ¿cómo habria yo de esponerla a usted a sufrir insultos de una soldadezca desenfrenada, despues de la victoria?

En fin, fué tanto lo que el hipócrita habló, con tan lastimero tono, que Lucinda se decidió a esperar. Verdad es que no podia hacer otra cosa. Entónces fué cuando Santiago le propuso formalmente llevarla desde allí a la capital, diciéndole que podia hacerlo sin peligro alguno, por un camino mui conocido de los ocho hombres que les servirian de escolta. Pero Lucinda rechazó tenazmente la idea, i preguntó por su sirviente; a lo cual respondió Santiago, que ha-

bia enviado a Pedro a Molina, para saber noticias de su tia, cuya casa habria sido necesariamente asaltada, pues los vencedores creerian que él se encontraba allí refujiado.

Acabada esta conversacion, Garduño montó a caballo i se separó del rancho. Dos o tres horas despues, volvió acompañado de un soldado, el cual dijo que Pedro habia caido en manos de los prietistas, i relató el cuento con tantos detalles, que no dejó lugar a ninguna duda.

Aflijióse i lloró de nuevo Lucinda, a pesar de que parecia que ya no le quedaban lágrimas que derramar: pero para poder soportar sin sucumbir, esta vida de dolores, Dios quiso que la fuente de nuestras lágrimas fuese inagotable.

No obstante el desamparo en que Lucinda se veia, supo resistir enérjicamente a las nuevas instancias de Garduño, que pretendia ponerse con ella en marcha ese mismo dia, con direccion a la capital. Por fin, viendo el sobrino de doña Manuela que no le seria posible vencer la resistencia de su víctima, quiso tentar la suerte; i, solicitando de Lucinda que le oyese algunas palabras a solas, cometió la locura de hablarle de esta manera:

—Lucinda: una fuerza imperiosa i a la cual no me es dable resistir, me obliga a manifestarle el profundo afecto que siento por usted.

Lucinda miró al oficial, como preguntándole qué significaban sus palabras.

—Este afecto, prosiguió Garduño, dando un paso hácia el banco endonde estaba sentada la jóven: este cariño que usted me ha inspirado desde el primer momento que la ví...

—No comprendo el objeto de sus palabras, dijo vivamente la jóven, alzándose del banco.

—Mi objeto es manifestarle a usted cuán grande es ese cariño, cuánto la amo a usted, Lucinda! esclamó Santiago con el acento de la pasion verdadera.

—Ahora lo comprendo todo! esclamó ella, mirando a Garduño con tan alto desprecio, que éste bajó los ojos ante aquella mirada llena de reconvenciones.

—Tiene usted razon hasta para odiarme, prosiguó Santiago con humilde tono. Comprendo que no son éstas las circunstancias oportunas para hablarle a usted de esta manera; pero es tal la vehemencia de mi amor, que yo mismo no sé lo que hago. La amé desde que la ví, i lo que no podia decirle ayer, se lo digo hoi...

—Ni hoi ni nunca debiera usted haber dicho eso, interrumpió Lucinda, con severa voz; i si usted no fuera el sobrino de una señora a quien yo debo tanto, habria contestado como lo merecen, a sus atrevidas, i, podria decir, crueles palabras.

—Lucinda! repuso Garduño; sepa usted que mi amor es tan respetuoso como verdadero, i que...

—En lo que usted ha hecho conmigo, conozco el respeto que le debo! esclamó Lucinda sonriendo amargamente. Señor Garduño, le ruego a usted que me deje sola. Ahora veo que debo irme hoi mismo a la Villa, aun cuando sea a pié... Pues entónces saldré yo, prosiguió, viendo que Santiago no se movia; i ya que usted no puede facilitarme elementos para irme, sin comprometer su seguridad....

—Nó! no saldrá usted! esclamó Santiago fuera de sí, e interponiéndose entre ella i la puerta, cuyas trancas puso en un momento. No saldrá sin haberme dado esperanzas siquiera de...

—Socorro! socorro! gritó Lucinda al notar en la mirada de su verdugo que nada podia esperar de él.

—No llame usted en balde, le dijo Garduño tratando de apoderarse de una de sus manos, que ella retiró vivamente. Nadie oirá sus gritos, porque estamos solos.

—Solos, nó!... esclamó Lucinda. No estamos solos, porque Dios está presente! El oye mis voces!

I empezó de nuevo a pedir socorro con todas sus fuerzas.

En aquel momento se oyó un ruido de caballos en el patio, i luego un fuerte empellon a la puerta, la cual saltó de su quicio cayendo al suelo con trancas i todo.

Garduño lanzó un rujido de cólera, como la pantera sorprendida dentro de su cueva; i dando vuelta sobre sus talones, quedó allí plantado como si hubiera visto la misma cabeza de Meduza. Era su tia en persona, quien, acompañada de Pepe Tronera i un sirviente, acababa de llegar de la Villa.

—¡Gracias a Dios que te encuentro! esclamó doña Manuela abranzando a Lucinda. No me digas nada! prosiguió: todo lo sé; todo, todo, todo!

En seguida miró a su sobrino con irritadísimo semblante, i quiso hablar; pero las palabras parecian atropellarse en su boca: por manera que hubo un momento en que la exaltada señora, deseosa de decir mucho, no dijo nada. Garduño, sin poder resistir aquella mirada de fuego, que estaba acostumbrado a respetar, quiso salir;

pero Tronera, de pié en medio de la puerta, dijo, sacando su espada:

—Oiga usted a su señora tia! i despues saldrá.

—Sí! es preciso que me oigas! rompió por fin doña Manuela. Desleal, atrevido, ingrato, embustero, mal hijo, desvergonzado, sin conciencia, ni relijion, ni temor de Dios! Todo lo sé! todo! todo! I asesino tambien.....

—Tia, balbuceó el pobre Santiago, óigame usted...

—Yo no soi tu tia! interrumpió doña Manuela. No quiero ser tia de un pícaro sin vergüenza, que no ha respetado mis canas. ¿Son éstos los consejos que yo te he dado? ¿Es esta la doctrina que yo te he enseñado?... mocoso deshonesto, que no habias de ver mas sino que yo te crié, desde que dejaste la teta, aquí sobre mis rodillas! ¡Ah! cria cuervos i te sacarán los ojos! I te enseñé a rezar, i te dotriné yo misma; i para qué? para sacar tanto en una mano como en la otra, pues, por mal de mis pecados, veo ahora que toda mi enseñanza cayó en saco roto! ¡Cuántas veces no te he dicho que quien obra mal no espere bien, pues Dios da la vida a condicion de ser buenos! Dime que miento, i déjame aquí fea, delante de la jente. Para que veas, picaronazo, que no hai plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; i agradécele a Dios el tener que pagarlas aquí, en vez de ir a lastarlas en el otro mundo. ¿O pensabas poder ocultarme tus picardías i engañarme para siempre? Nó, hijito, que el que en malos pasos anda, tarde o temprano resbala, i la basura aparece al fin en la espuma. Bien dicen las Beatas Peñalozas que eres un hereje sin relijion; i no será tu tia la que te defienda en lo sucesivo. Tia! tia! Bien dicen que a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos! Pero, lo que es desde hoi, renuncio del *tiazgo*, i tú puedes irte a donde te *lamba* un buei, que no es la hija de mi madre para querer a *malos agradecidos*. I ahora te digo que, si no me he casado, ha sido por dejártelo todo a tí, a puertas cerradas; pero mándenme sacar una letra, si tal hago!

Miéntras la señora hablaba, Lucinda se habia acercado a Tronera, el cual le referió el modo como Anselmo habia escapado de la batalla, sin lesion alguna, i tenido que seguir a Viel. Este coronel habia conseguido organizar la retirada de una gran partida de caballería, con la cual se dirijió hácia el norte, por el camino de la costa. Al mismo tiempo, Tronera dió a Lucinda una esquela escrita de puño i letra de Anselmo, en la cual éste le decia que hiciese lo que Pepe le dijera de viva voz.

Por fin, doña Manuela, cansada ya de reprender a su sobrino, puso los ojos en Lucinda; i mirándola con mas atencion, quedó admiradísima de los estragos que en el semblante de la jóven habian hecho aquellas pocas horas de dolor contínuo.

—Alma mia! la dijo, abrazándola i llorando al mismo tiempo; ¡cuánto has sufrido! Canas! prosiguió, diciendo con balbuciente vòz, i palpando i mirando de cerca la cabeza de Lucinda. Mira, infame! mira, para que te arrepientas ¡cómo le has hecho salir canas a esta pobrecita, en solo veinticuatro horas!

Garduño puso los ojos sobre los cabellos de Lucinda, i en efecto, vió que en varios puntos habian comenzado a blanquear prematuramente. Algo debió pasar por la mente de aquel hombre, porque se estremeció de piés a cabeza, i sin decir una palabra salió del cuarto.

Tronera preguntó entónces a Lucinda si podria ponerse en marcha desde luego; i habiendo contestado ella que sí, salió Pepe a buscar las jentes de la casa (que parecian haberse perdido), para preguntarles por el sillon de Lucinda. Al fin encontró a las mujeres metidas en un rincon de la cocina, las cuales le dieron noticias de los arreos de montar. La dueña de casa salió llorando a lágrima viva, i fué a pedir perdon a doña Manuela, por la participacion que habia tenido en aquel asunto.

—Que te perdone Dios, que te crió, que de mí estás perdonada, Agustina, díjole la señora; i déjate de *lloriqueos*, que de nada sirven los ayes, despues de clavado el pié. Levántate de ahí, i arrepiéntete de lo que has hecho, pues Dios no pide rodillas sino corazones, i mas vale un buen propósito que mil golpes de pecho.

En ese momento se oyó un estallido detras del rancho; i en seguida apareció la médica, gritando pavorosamente:

—Señor, por Dios! don Santiago se ha *baliado* él mismo!

—Jesus, María i José! esclamó doña Manuela. Yo tengo la culpa por haberlo reprendido tan duramente. El hijo de mi pobre hermana, que me lo encargó tanto al morir, muerto por su propia mano! En dónde estás, Santiago! prosiguió, llorando i encaminándose al sitio de la catástrofe. Tu tia te perdona! Animas benditas del purgatorio!...Que siquiera haya quedado con vida, para que se confiese, pues su salvacion es lo primero...¡Madre i Señora mia del Cármen! Para qué iria yo a ser tan dura con él! Este jenio que tengo, Dios mio!

CAPITULO LV.

DIOS DISPONE.

> «Era la primera vez que se sentia turbada en presencia de un hombre. Pudor precioso, que es la prueba mas convincente de la virjinidad del corazon i el primer preludio de un amor que se despierta.»
>
> (Víctor Torres A.—*La Loca.*)

Pepe Tronera habia sido el primero en llegar a donde estaba Garduño, nó tendido en el suelo como todos lo esperaban, sino afirmado en la quincha del rancho, con la mano izquierda sobre el corazon, dedonde manaba un chorro de sangre, i teniendo aun en la derecha la homicida pistola. Doña Manuela tuvo un rayo de esperanza al ver de pié a su sobrino, i volvió a invocar por la vijésima vez a las benditas ánimas del purgatorio. Miéntras tanto, Pepe, examinando con atencion la herida, notó que no era de muerte, noticia que llenó de gozo a la aflijida tia.

Garduño, pálido como un cadáver, sin hablar una sola palabra i

con los ojos medio cerrados, como si no quisiera ver a nadie, se dejó conducir hasta la cama, endonde lo acostaron para hacerle las primeras curaciones. Ni hablaba, ni se quejaba, ni prestaba la menor resistencia a lo que se queria hacer con él. Parecia un cadáver que aun no ha adquirido la rijidez de la muerte; pero, tanto por la regularidad de la respiracion, como por los acordes aunque precipitados latidos del corazon, aseguraba Pepe a doña Manuela que su sobrino viviria.

En efecto, la bala, entrando casi enfrente del corazon, habia dado vuelta en torno de las costillas i salido un poco mas abajo del homoplato izquierdo.

La médica, miéntras le lavaba i curaba la herida, dijo que estaba acostumbrada a curar cuchilladas *entre cuero i carne*, i que no tuviesen temor alguno, pues lo mismo debia ser con los balazos que no penetraban en la caja del cuerpo. Por fin, el enfermo se quedó dormido, i todos creyeron conveniente dejarlo descansar i recuperar por medio del sueño, algo de las fuerzas perdidas con la sangre.

Despues de comer, por ser llegada ya la hora de medio dia, determinaron ponerse marcha para la Villa.

Doña Manuela, que no se habia separado de la cabecera del enfermo, resolvió quedarse para cuidarlo miéntras podia llevárselo a la Villa, o traer de allí al italiano que se daba los títulos de doctor i gozaba de los fueros de tal. Pero habiendo despertado Santiago, despues de una hora de sueño, i manifestado que se sentia mejor, doña Manuela se decidió a marchar esa misma tarde con Lucinda. Eso sí que no partió la bondadosa tia, sino despues de haber encargado a las mujeres el cuidado de su sobrino, i visto por sus propios ojos que habia una buena provision de carne i de huevos. Al mismo tiempo hizo recojer i entregó a Pepe las pistolas i demas armas que se pudo encontrar en el rancho.

Cuando andaba en esto, seguida de su sirviente, sintió que de un rincon, que servia de pajar, salia una especie de quejido humano; i habiéndose asomado, vió moverse entre la paja a un hombre maniatado, que hacia esfuerzos por gritar, sin poder consiguirlo. Dió voces al momento, i luego vino Tronera, quien, ayudado del sirviente, desenterró i desató al hombre, quitándole de la boca un pañuelo retorcido, que le impedia hablar i gritar.

Todos reconocieron en el momento a Pedro, el cual les dijo que estaba allí por órden de Garduño, agregando que habia oido los

gritos de su señora i que habia sufrido grandemente por nó poder socorrerla.

—¿I los soldados que nos acompañaron? preguntó Lucinda, contentísima con el hallazgo de su leal sirviente.

—Dos de ellos, respondió éste, se fueron de aquí anoche, i otros dos quedaron custodiándome; pero, segun ciertas palabras que les oí esta mañana, creo que deben haberse ido a beber a un rancho que hai junto al camino que va para el norte.

Doña Manuela decidió llevar a Pedro en lugar de su sirviente, i dejar a éste para que acompañase al herido.

Al tiempo de montar a caballo, vió a Lucinda, que, rendida por el cansancio i las emociones del dia, se habia sentado sobre una piedra de moler, i afablemente le dijo:

—Quítate de ahí, hijita; mira que quien en piedra se sentó, no preguntes de qué murió; i no te amilanes, porque: a grandes trabajos, gran corazon. Es preciso hacer de tripas *guatas* i de la necesidad virtud, que mañana será otro dia, i Dios dirá lo que será, porque no todos los tiempos son unos, ni todos los dias se parecen. I ahora, vamos andando, pues el sol se ha ladeado bastante, i lo que se ha de hacer tarde que se haga temprano, i el mal camino andarlo luego; i el que deja de andar, àtras se queda.

Miéntras así hablaba la señora, montaban todos a caballo. Doña Manuela iba llena de satisfaccion, Pedro riéndose de gusto, i Lucinda con esa alegría al traves de la cual se echa de ver el dolor pasado; porque, si bien el dolor borra hasta los recuerdos de la anterior alegría, ésta suele ser siempre impotente para borrar de nuestro semblante el sello del sufrimiento.

Pepe Tronera no iba ménos contento que doña Manuela, con la cual le gustaba platicar, pues decia haber conjeniado grandemente con ella.

—Pues lo mismo me pasa a mí, don Pepito, contestaba doña Manuela riendo. Me gustan los hombres como usted, que encuentran las cosas hechas i no amarran el mundo en un trapito. Si no estuviera tan vieja como estoi, creo que haríamos mui buen casamiento.

I la alegre señora se echaba a reir, con lo cual hacia reir a Lucinda, que era lo que ella queria.

—Pues aquí me tiene Ud. a su disposicion, señora mia, contestaba Pepe, en el mismo tono.

—Nó! no! decia ella: ya está viejo Pedro para cabrerò; aunque nadie puede decir «de esta agua no beberé, por turbia que esté».

—Eso mismo digo yo, le replicó Pepe; i cada vez que la oigo hablar, me admira el que usted no se haya casado.

—Es que: estado i mortaja, del cielo baja, don Pepito: ademas de que no me aflije el haberme quedado soltera, pues de todo ha de haber en la Viña de Cristo, i ya sabe usted que el buei suelto... i no digo mas, que Dios me entiende. I mire usted lo que es el mundo: de dos hermanas que fuímos, se casó la otra que era mas fea que yo. Pero la suerte de la fea la bonita la desea, con lo cual no quiero decir, ni por pienso, que yo fuera bonita, sino así, así. Con todo, aquí donde usted me ve, tambien me pretendieron, porque a nadie le falta Dios, i no hai mujer que no haya tenido su *peor-es nada*, pues si no hubiese malos gustos no se venderian los jéneros; i como dice el refran...

—No tiene usted necesidad de decirme otro refran para que yo le crea, interrumpió riendo Pepe, pues hai de sobra con los que acaba de decir.

—Já! já! já!! Me gusta su franqueza! exclamó la señora; i con jentes así *me entierren*, pues quien la verdad te dirá no te traicionará. I ya que a usted no le gustan los refranes, no los diré, pues, como decia mi madre: para vivir con los vivos, obrar como ellos. Pero ¿qué quiere usted, don Pepito de mi alma? Mi madre era un libro de adajios, i ya usted sabe que quien lo hereda no lo hurta, i como dicen: bien haya quien a lo suyo se parece.

—I dice que no echará mas refranes! exclamó Pepe, soltando una gran carcajada.

—Ah! es cierto, don Pepito; pero ya sabe usted que una cosa es prometer i otra es hacer, pues la cabra tira siempre al monte, i la maña vieja, tarde, mal i nunca se deja. Este es mi jenio; i jenio i figura hasta la sepultura, como decia mi madre, que el Señor tenga en el cielo... Ríete, Lucinda. Eso es, hijita! Así me gusta verte.

Platicando de este modo, atravesaron el camino sin sentir, i llegaron al vallecito que se estiende entre los cerros de Pulmudon i la villa. Cuando estuvieron a poca distancia del término del viaje, se encontraron con el padre Hipocreitía que venia montado en una lustrosa mula i acompañado de un mozo. Mostróse el reverendo mui complacido de aquel encuentro, i dijo a doña Manuela que, habiendo sabido su repentina partida de Molina, habia resuelto ir él en persona al lugar endonde creia encontrarla, por presumir que algo de

grave debia pasar allí cuando ella se habia puesto en marcha con tanta precipitacion.

Agradeció doña Manuela la solicitud del jesuita, i en seguida, sin dejar a nadie la palabra ni aun al mismo Pepe, que reventaba por hablar, contó lo sucedido,con todos sus detalles, agregando que esperaba de su paternidad el favor de que iria a auxiliar espiritual i corporalmente a su sobrino. Prometiólo así el padre; i despidiéndose de sus interlocutores, picó su mula i prosiguió su interrumpida marcha.

Nuestros amigos siguieron tambien la suya, i en poco rato mas llegaron a casa de doña Manuela, a quien, (segun ella misma decia) la habian oido las ánimas del purgatrio, en todo i por todo, pues ya no dudaba de que su sobrino comenzaria desde entónces una nueva vida, merced a la confesion jeneral que ella le habia encargado hacer, i que sin duda haria en cuanto viese al reverendo padre.

En seguida se trató de lo que le convendria hacer a Lucinda; i despues de mil proyectos, se resolvió que la esposa de Anselmo descansase algunos dias mas en casa de doña Manuela, ántes de ponerse en viaje para Santiago con el alegre Pepe Tronera.

Esta determinacion parecia ademas mui prudente, en atencion a que el estado político del país hacia por demas peligroso un viaje, mayormente si se trataba de conducir señoras a tan larga distancia. I como Lucinda deseaba tener noticias de su marido, i dárselas de ella, despachó a Pedro para el norte, con una larga carta para Anselmo, a la cual Tronera agregó una posdata, diciendo en ella a su amigo que se reservaba para contarle de viva voz todo lo acontecido.

Al mismo tiempo, la dilijente doña Manuela habia hecho que, en la tarde de su llegada a Molina, fuera, el que se decia médico italiano, a ver a su sobrino.

En la noche volvió aquel diciendo que ya no habia nada que temer por la vida del enfermo, i que en dos semanas mas estaria completamente curado de su herida. Del mismo parecer fué el padre Hipocreitía, quien estuvo de vuelta al dia siguiente.

—Señora, dijo a doña Manuela, su sobrino me ha dejado edificado, i debo decir a usted que se prepare para recibir una agradabilísima sorpresa.

—¿Trae usted alguna noticia nueva? preguntó la señora.

—Es menester que usted lo sepa ántes que todos, respondió el

jesuita. Don Santiago está desengañado de la vida del siglo, i desea dejar el mundo; mas, para ponerse el santo hábito, me ha enviado a pedir el consentimiento de usted.

—De mil amores! esclamó la señora contentísima. ¿Quiere meterse fraile? Pues que se cumpla la voluntad de Dios! i si tiene vocacion.....

—Es una vocacion verdadera.

—I ¿a qué convento le tira.....?

—Quiere entrar en nuestra órden; i como yo tengo facultades para iniciar a los hermanos, voi a enviarle un hábito con el presbítero O.*

—Miel sobre buñuelos, padre mio! repuso doña Manuela, palmoteando de gozo. Pero se me ocurre una cosa, i es que, como no existe en este país la Orden de Jesus, yo creia que no pudiesen aquí ordenar jesuitas.

—No tenga usted temor por eso, respondió el padre. A los jesuitas no se les destierra de un país, con un decreto ni con una real órden. Precisamente ahora que ha vencido en Chile el partido católico, es cuando ménos tenemos que temer los hijos de nuestro bendito padre San Ignacio

—Ojalá sea un santo relijioso, padre mio; i ahora veo que las ánimas benditas del purgatorio me han oido por completo. Yo habia querido que se casara, para que le entrara el juicio, i por eso habia pensado dejarle todo lo que tengo, a puerta cerrada.....

—El que su sobrino se meta fraile no es un impedimento para que usted le legue sus bienes, interrumpió el jesuita. Al contrario, con ello hace usted ahora, no solamente una obra de caridad con su pariente, sino tambien mil i mil obras de beneficencia pública, pues en eso se habrá de emplear despues todo su haber.

—Si eso es así, nadie será mi heredero sino frai Santiago Garduño. Dígaselo así de mi parte, i agréguele que le mando mi bendicion, i que espero verlo aquí vestido con el santo hábito.

Dos o tres dias despues, vió doña Manuela cumplidos sus deseos, i casi se volvió loca de gusto al abrazar a su sobrino convertido en un casi padre jesuita, cuyo papel hacia maravillosamente. El nombre de frai Santiago Garduño corrió de boca en boca por toda la villa, i todos querian ver al antiguo oficial que, despreciando el mundo i sus vanidades, habia cambiado la casaca por los hábitos.

La Sierva de Dios estaba contentísima; aseguraba a doña Ma-

nuela que ella no estrañaba esta trasformacion, pues le habia sido revelada en la semana anterior.

Preciso es decir como fieles historiadores que el cambio de Santiago Garduño parecia ser completo. De alegre i comunicativo, se habia convertido en taciturno i reservado; i al meterse dentro del hábito, se habia revestido ademas de toda aquella gravedad que tan bien cuadra al continente de un sacerdote. Sus conversaciones eran sérias i edificantes, i desde luego se entregó al estudio i a la lectura de los libros que el padre Hipocreitía puso en sus manos. Pasaba horas enteras con el reverendo padre, en conversaciones útiles e instructivas; i no salia de la mision, sino para dar por la calle algunos paseos, tal cual lo reclamaba el restablecimiento de su salud; i eso solamente cuando así se lo ordenaba el padre Hipocreitía, bajo de santa obediencia. Todos los dias ayudaba a misa i llevaba el coro en el rosario de la noche, con grandísima complacencia de la Sierva de Dios, quien alababa mucho la buena voz de frai Santiago para rezar el rosario. La Beatita solia quedarse mirando, durante largo rato, al candidato para jesuita; i mas de una vez, se habria podido sospechar en el movimiento de su bien contorneado pecho, un suspiro apagado.

El presbítero O* notó con secreto disguto, el ascendiente que el ex-oficial, iba alcanzando en el ánimo de las santas mujeres. La Médica Santa recetaba los emplastos que se debia aplicar a la herida del *convertido a Dios*, como ella lo llamaba. La Beatita corria a la huerta a arrancar por sus manos las yerbas necesarias para los remedios, i la Sierva de Dios confeccionaba las cataplasmas, i aún hubo veces que la necesidad la obligó a aplicarlas ella misma sobre la herida (eso sí cerrando los ojos, i rezando tres Avemarías contra las tentaciones). Cierto es que Santiago pagaba con usura éstos i otros servicios, leyéndoles la vida i milagros de todos los santos, en el Año Cristiano del presbítero O*, obra que componia toda la biblioteca del buen clérigo.

Las devotas Niñas no hallaban a veces qué cosa era mas digna de admiracion, si los milagros portentosos que el libro relataba, o el portentoso milagro del militar hereje convertido en oficioso lector del Año Cristiano. Habia vidas que no se terminaban sino allá cerca de la media noche, i tan interesantes eran, que, durante la lectura, no separaba la Beatita los ojos del lector, concluyendo al fin con suspirar, ya fuera por el interes que le inspirara el santo protagonista, ya por el conmovido tono de frai Santiago, i por el

sentimiento que sabia darle a todo lo que leía. Nicolás solia acompañarlos en las veladas, aunque ello era siempre para dar escándalo, pues, cinco minutos despues de comenzada la lectura, ya estaba bostezando, cuando no roncando diabólicamente, como decia la Sierva de Dios, que se tenia por mui entendida en todo cuanto atañía i tocaba a las malas *mañas del Demonio.* Pero ella sabia espantarle el diablo del sueño a su indevoto hermano, aplicándole, en cada punto acápite, un pellizco en las pantorrillas, que lo hacia saltar sobre el asiento.

El presbítero O* se sentaba siempre cerca de la Sierva de Dios, para resolverle todas las dificultades i dudas que solian ocurrírsele, pues es cosa averiguada ya por los historiadores que ella hacia mui buenas migas con el clérigo, i que solo parecia aborrecerlo, cuando tenia metido a Satanas dentro del cuerpo.

Una noche en que frai Santiago leia la vida de Santa Teresa de Jesus, la Sierva llamó la atencion del presbítero O* sobre su sobrina, la cual miraba sin pestañear al lector, i lo escuchaba con manifiesta i grata emocion.

—Mírela usted, señor, dijo en voz baja, la Sierva al presbítero: vea con qué devocion oye leer. Tiene la gracia de Dios pintada en los ojos, i el fuego del divino amor se nota en sus suspiros. ¿No es verdad que parece una santita? Dios quiera que no me echen la tierra encima, hasta no verla en las Claras, lograda i convertida en monja de velo blanco!

Miéntras la Sierva hablaba de esta manera, el presbítero miraba a hurtadillas a la linda Beatita, cuya emocion daba nuevos atractivos a su candoroso semblante. Miraba a Garduño con un abandono anjelical, i no parecia sino que tuviera el alma en los ojos: tal era la brillantez de su mirada, medio humedecida por las lágrimas de la emocion. De repente Garduño cesó de leer, i alzando la vista, alcanzó a recojer algunos destellos de la mirada de la niña, que al verse observada, bajó los ojos i se ruborizó. Garduño se estremeció; i ahogando un suspiro, prosiguió su lectura con temblorosa voz. La linda Beatita no volvió a mirar a Santiago en toda la noche; i sin atender ya a la lectura, pareció haberse preocupado de repente de los flecos de su pañoleta, que pasaba i repasaba entre sus dedos.

Ya la mision o mejor dicho, las misiones del padre Hipocreitía habian concluido; i el jesuita pensaba ponerse en camino para la capital, llevándose a Garduño, i con él, las esperanzas de obtener los bienes de doña Manuela Villagran, para emplearlos en el servicio

de Dios i de la relijion, cuando una circunstancia, que nadie habia previsto, vino a cruzar los planes del jesuita.

Despues de la escena que acabamos de narrar, notó la Sierva de Dios que su sobrina fué acometida de cierta tristeza, que aquella creyó al momento ser obra del diablo. Así era que, hablando a solas i apretando los puños como si amenazara a Satanas, decia:

—A tí se te ha puesto en la cabeza, picaronazo enemigo de las almas, que me has de sujetar en el mundo a este anjelito que he criado i dotrinado para Dios; pero no lo conseguirás, aunque eches la lengua por esa boca. Ella será monja, i, queriendo Dios, hasta abadesa de las Claras.

Los temores de la Sierva de Dios se hicieron mayores desde un dia en que vió a su sobrina en la huerta, sentada precisamente debajo de un gran nogal, endonde solia frai Santiago ponerse a leer los libros que el padre Hipocreitía le facilitaba.

La Beatita, medio oculta por el tronco del árbol, se entretenia en arreglarse los cabellos, enredando en ellos unas flores de siempreviva que acababa de cortar en su jardincito.

Su tia, sobresaltada con aquella diabólica accion, iba a llamarla para hacerle ver cuán mal sentaban los adornos mundanos en una niña prometida al Señor, cuando le vino el pensamiento de espiarla, i se puso en observacion.

La Beatita, despues de haberse paseado unos diez minutos, no léjos del nogal, agachándose de cuando en cuando como si estuviese ocupada en limpiar los arbustos i quitar la maleza de entre las plantas, parecia mui contrariada; i arrojando por última vez una mirada escudriñadora entre los árboles, salió de la huerta i se fué al oratorio.

—Es el diablo que anda en su persecucion, decia la tia, oculta detras de un gran rosal. Bien se echa de ver por el aire de intranquilidad que manifiesta. Es preciso saber a dónde va.

Dicho esto, se encaminó hácia una puertecilla que comunicaba el oratorio con la huerta; i entrando cautelosamente por allí, escondióse detras del altar.

Afortunadamente para ella, no podia ser vista, pues la pequeña puerta estaba en un ángulo cubierto por el gran retablo que hacia de altar mayor. Por entre el calado de los manteles de la sagrada mesa, vió la Sierva a su sobrina, hincada delante de la urna de un San Antonio quiteño, colocado en una de las paredes laterales i cerca de la puerta principal del oratorio.

La Beatita rezó unos pocos minutos, i luego, como animada por una repentina idea, se puso de pié, abrió la urna i separó del San Antonio al Niño Dios que éste tenia en los brazos.

La Sierva, al observar esto, fué todo ojos; i entónces vió que su sobrina, colocando al Santo Niño sobre la mesa de la urna, cubriólo con un pañuelo i empezó a rezar de nuevo con mayor fervor.

—Ya sé lo que eso significa! murmuró la Sierva. Lo que es el Diablo! ¡Miren no mas cómo ha conseguido el *Cachudazo* que esta chiquilla, *gusto a la leche*, inocente como es, le venga a pedir novio a San Antonio! Ya veo la necesidad de llevarla pronto a la Casa de Dios; i hoi mismo he de hablar sobre esto con el reverendo Hipocreitía.

En seguida salió por donde mismo habia entrado, i se fué al cuarto de su sobrina, la cual seguia aún rezándole a San Antonio.

La dilijente Sierva rejistró en un momento, i revolvió de arriba abajo todo el cuarto, pronunciando al mismo tiempo ciertas jaculatorias para que el demonio la dejase obrar libremente. A fin de no ser sorprendida, echó llave por dentro a la puerta del cuarto.

No fueron sin resultado sus pesquisas, i su celo inquisitorio fué premiado con tres hallazgos. El primero consistia en un envoltorio de trapos que sacó de una gran cueva de ratones. Deshaciendo el atado, con ajitacion febril, encontró una pequeña imájen de un San Antonio mui milagroso, que, segun se contaba, habia hecho muchos casamientos en la Villa. El segundo hallazgo fué una estampita del mismo Santo, doblada de manera que éste no viese a su querido Niño. Por último, el tercero fué un ramo de siemprevivas, atado con una cinta verde i envuelto en un papel lleno de caladuras, en cuyo centro se veía, dibujado a pluma, un corazon atravesado con una flecha.

Esto puso el colmo al piadoso mal humor de la Sierva; i saliendo del cuarto, con el cuerpo del delito en el seno, dirijióse apresuradamente a las habitaciones del jesuita.

Hallábase éste platicando con frai Santiago sobre las excelencias, prerogativas, virtudes i poderío de la Santa Orden de Jesus, cuando entró la Sierva, que, sin reparar en Garduño, exclamó:

—Padre! padre mio de mi alma! el diablo trata de impedir nuestra santa obra!

—¿Qué sucede? preguntó el jesuita alzándose de su silla. Hable usted, prosiguió, viendo que aquella parecia embarazada por la presencia de Santiago; hable usted, pues el hermano Garduño es hombre de secreto.

—El caso es, prosiguió la Sierva, que mi sobrina, incitada por Lucifer, se ha vuelto tan devota de San Antonio, que ya raya en escándalo.

En seguida contó todo lo que habia visto, i concluyó por mostrar los objetos encontrados.

—Mire su paternidad, decia... ¡mire cómo esta chiquilla, *gusto a leche*, ha comenzado ya a darle martirio al Santo, para hallar novio. Como San Antonio es así, que solo entiende por mal.... pero no lo conseguirá, estando yo de por medio. Ha de ser monja! Para eso me he sacrificado en juntar el dinero necesario, a fin de dársela a Dios. ¡I qué venga ahora el diablo, con sus manos límpias, a llevársela! ¿No le parece a su paternidad que seria bueno que me fuese a la capital con ella, para metarla pronto al convento?

—Me parece bien, respondió el padre. Haremos el viaje juntos, pues yo tambien deseo llegar pronto a la capital. Miéntras tanto, el hermano Santiago se quedará aquí con el presbítero O*, a fin de empaquetar nuestras ropas i ornamentos.

Frai Santiago oyó las palabras del jesuita aparentando humildad; pero no pudo reprimir un lijero jesto de disgusto.

En seguida salió del cuarto, a tiempo que el reverendo preguntaba a la Sierva, en tono confidencial:

—Dígame ahora: ¿i usted ha reunido ya la cantidad que se ha menester para que la niña sea admitida en el monasterio?

—Sí, padre, respondió ella sonriendo con orgulloza satisfaccion. Tengo enterrados tres cantaritos debajo de la tarima del altar mayor. Uno está lleno de pesos fuertes i onzas *narigonas*, hasta el gollete; otro está ya hasta mas de la mitad de la *guatita*, con las medias onzas, los cuartos i los escuditos; i en el tercero, que es mayor, tengo toda la plata de cruz.

Miéntras la Sierva hablaba con el fraile, Garduño habia enviado a decir a su tia que la necesitaba urjentemente, i que, no pudiendo ir él a su casa, pues habia jurado no ver mas a Lucinda, esperaba que ella vendria a la mision.

En seguida, viendo entreabierta la puerta del oratorio, entró en él i encontró allí a la Beatita, que aún permanecia hincada a los piés de San Antonio.

Sobresaltada ella, quiso huir, pero se contuvo al oir que Garduño le decia:

—Escúcheme usted; mire que está sucediendo algo de mui grave en esta casa!

—¿Qué sucede? preguntó la niña, poniéndose colorada como una amapola.

—Que su tia la ha espiado a usted, i que ha encontrado el ramito de siemprevivas que yo le dí a usted en la semana pasada...

—¿Sí?... Por Dios! Mi tia me va a matar!

—No se aflija usted, que todo tiene remedio. Ya nuestro amor no puede permanecer oculto...

—Nuestro amor! esclamó la jóven asustadísima. No pronuncie, por Dios, esa palabra aquí en lugar sagrado.

—¿I qué lugar mas a propósito que éste, para hablar de una cosa tan santa como el amor que usted me inspira?

—Oh! calle usted!... Si mi tia lo supiera! Ah!... Mire! no vaya ella a venir, por la Vírjen Santísima!... Salga usted, porque...

—No saldré hasta que usted no me diga...

—Vaya! qué trabajo! ¿Cómo quiere que le diga eso aquí delante de Cristo crucificado?... Nó, nó; ahora en la huerta se lo diré todo... Me he llevado esperándolo hoi, concluyó la Beatita con aire de reproche.

—He tenido que estar con el padre Hipocreitía.....

—Pues yo creia que usted se habia arrepentido.

—¿Arrepentirme yo de amarla a usted?

Iba a hablar la Beatita, cuando se oyó sonar la puerta del cuarto del padre, que estaba casi enfrente de la del oratorio; i como ésta se hallaba a medio cerrar, la niña pudo ver, sin ser vista, que el jesuita i su tia se dirijian hácia a donde ella estaba.

—Aquí vienen! esclamó, empujando a Garduño hácia el altar mayor. Salga por la puertecita que cae a la huerta!

Frai Santiago corrió en direccion a dicha salida; pero encontrándola con llave, metióse como un gato debajo de la mesa del altar, a tiempo que entraba el padre seguido de tres o cuatro mujeres, con sus *rebozos* de lana sobre la cabeza.

El jesuita dirijió los ojos hácia el altar, i vió que la Beatita oraba a los piés del Cristo crucificado.

En seguida se puso a confesar a las mujeres que habian rodeado ya el confesonario, así como a las que poco a poco fueron entrando despues. Miéntras tanto, la aflijida Beatita prosiguió su rezo pidiendo, sin duda, a la Vírjen que no fuese oida la sofocada respiracion del pobre frai Santiago, que permanecia acurrucado aun en el sitio que hemos dicho. Por último, la jóven se levantó i salió al

patio, endonde la esperaba su tia paseándose debajo de la ramada.

No bien hubo visto la Sierva a su sobrina, cuando le preguntó:

—¿A quién le estabas rezando?

—¿Yo, tia...? respondió la niña con notable turbacion.

—Sí! tú, buena alhaja! Rezándole a San Antonio, eh? Mui bien! I quitándole el Niño, para martirizarlo... i luego... envolviéndolo en trapos, para meterlo en las cuevas de los ratones... ¿Quién te ha enseñado a tratar así a un Santo como ese? Dime que no te tengo adivinadas las intenciones!

—Yo... tia... nó; pero...

—¿Piensas engañarme a mí? interrumpió la Sierva, con los ojos inyectados de sangre. Muéstrame el San Antonio que llevas al cuello!

Al decir esto, abrió la pañoleta de su sobrina; i metiéndole bruscamente la mano en el seno, sacóla llena de escapularios, cruces i medallas que pendian de rosarios, cintas i cordones de diversos colores i formas. Entre las medallas encontró una de San Antonio; i su enojo no reconoció límites, cuando vió que el pobre Santo, en lugar de estar pendiente de la cabeza, estaba colgado de los piés, i, por consiguiente, con la cabeza para abajo.

—Picaronaza! esclamó: ven acá a decirme ¿quién es ese novio por el cual estás martirizando a este pobre Santo de mi corazon?

—Yo no tengo novio, tia, respondió la niña temblando.

—Ah! bien decia yo que todo eso no es mas que instigaciones de Satanas. Dime, como si te fueras a confesar: ¿quién te dió estas siemprevivas?

Al ver las flores que su tia le mostraba, la jóven soltó el llanto, sin poder responder. Pero la Sierva, que deseaba una pronta contestacion, repitió la pregunta, acentuándola con un par de recios pellizcos, que hicieron lanzar a la sobrina un agudo quejido de dolor.

Este quejido llegó hasta mas allá de los oidos, es decir, hasta el corazon de Santiago, que aun no abandonaba su escondite.

—Ven acá a mi cuarto, i allí te haré contestar a disciplinazos, prosiguió la Sierva, arrastrando de un brazo a su sobrina.

Pero ésta, que tan bien conocia a su tia, en lo que ménos pensaba era en seguirla a su pieza: así fué que, tratando de desasirse de aquellas manos de acero, empezó a rogar a la Médica Santa (enfrente de cuya pieza estaban) que la librara de la disciplina.

La resistencia hizo producir nuevos esfuerzos, i éstos aumentaron la resistencia, hasta convertirse aquello en una tenaz porfía,

que pronto se resolvió en pellizcos por parte de la Sierva i en llanto por la de su sobrina.

El presbítero O*, que en ese momento estaba estudiando la plática de despedida que debia pronunciar esa noche, salió corriendo de su cuarto a defender a la Beatita; pero al ir a poner en práctica su caritativa intencion, recibió de la Sierva de Dios una feroz puñada que lo hizo rodar al suelo. La Médica Santa llamaba al órden, intertanto a su irritada hermana; pero ésta hacia tanto caso de aquella, como del padre Hipocreitía, que habia salido a poner paz entre el verdugo i la víctima.

Al sentir Garduño los gritos de la atormentada niña, no fué ya dueño de sí, i salió corriendo del sitio endonde estaba oculto, llevándose por delante a las devotas que llenaban el oratorio. I como Santiago no habia tenido tiempo de limpiarse la cabeza, llena de las telarañas que habia recojido debajo del altar, ni de arreglarse el hábito, todo empolvado, su aparicion hizo apoderarse tal miedo de los ánimos de los concurrentes, que las mujeres huyeron despavoridas i pidiendo a gritos misericordia contra el diablo, pues por tal tuvieron a Garduño. Este, sin curarse de tal circunstancia, se fué derecho hácia la Sierva de Dios i le arrancó la presa de entre las uñas.

—*Vade retro*! gritó la Sierva haciendo la cruz a frai Santiago.

—Se equivoca! respondió Garduño... El diablo es usted!

—Frai Santiago! esclamó el presbítero O*, que a duras penas habia conseguido ponerse de pié.

—Sí! yo soi, señor presbítero, respondió Garduño. ¡Ayúdeme a sujetar a esta mujer, pues ya me faltan las fuerzas!

En efecto, Garduño hacia por sujetar entre sus brazos a la furiosa Sierva de Dios, cuyas contorsiones i saltos casi habian traido al suelo al ex-oficial. En cuanto al presbítero O*, no hacia mas que rodear el ajitado grupo, manteniéndose a respetuosa distancia, por temor a la lluvia de puntapiés que lanzaba la Sierva.

—Está con el diablo adentro! dijo el presbítero; i yo no me le atrevo, en tal estado, pues me hallo sin armas. Sosténgala usted, hermano Garduño, miéntras voi a buscar mi estola.

El padre Hipocreitía se habia acercado i dirijia la palabra a la Sierva; pero sin conseguir que ésta contestase, sino con insultos, razon por la que ya no quedó duda de que se hallaba en aquel momento poseida del mal espíritu.

En aquel instante entraba al patio doña Manuela Villagran, quien, al ver tal desórden, preguntó la causa.

—Es que la Sierva le estaba pegando a la Beatita, contestóle una mujer.

—¿I por qué? preguntó la señora con viveza.

—Dicen que ha sido porque la Sierva ha descubierto que su sobrina quiere casarse.....

—¿I por eso le pegaba? ¿En dónde está la Beatita? Venga para acá, hijita, dijo a la niña, haciéndole señas con la mano. Dígame: ¿es verdad que su tia la estaba maltrando porque.....?

—Señora, le interrumpió el padre Hipocreitía, en voz baja: acuérdese de que la prudencia aconseja.....

—Es cierto, padre mio, replicó la ya exaltada señora: es verdad que no es bueno meterse en vidas ajenas, pero a veces falla la regla, pues no hai regla sin escepcion; i casos hai en que el entrometido es el prudente. Así dice el adajio:—ni mui adentro que te quemes, ni mui afuera que te hieles. Todo estremo es vicio; i perdóneme, su paternidad, si le digo que a mí se me ha puesto en la cabeza que quieren sacrificar a esta pobrecita, metiéndola entre cuatro paredes, para lo cual no ha nacido ella.

—I eso ¿qué le importa a usted? preguntó colérica la Sierva de Dios, que, en estremo cansada, se habia echado sobre un banco, sostenida por tres o cuatro mujeres.

—Vaya si me importa! esclamó doña Manuela exaltándose mas i mas. Dime, niña, prosiguió, dirijéndose en voz baja a la Beatita: ¿es verdad que quieres casarte, en lugar de ir al monasterio?

—Conteste usted la verdad, dijo Garduño al oido de su amante.

—Ah! Santiago! esclamó la señora. ¡No te habia visto! ¿Por qué te hallas en tal estado de desarreglo? Para qué me enviaste a llamar? Mira que a mí no me gustan esos frailes que hacen consistir la virtud en andar como unos estropajos!

—Está así, porque me ha querido defender, dijo la Beatita.

—Eso es bueno! agregó la señora; pero usted, hijita, no me ha contestado.

—Es cierto... eso que usted dice, respondió la niña en voz baja.

—Pues lo decia yo! esclamó la señora. Ahora dime: ¿vale la pena el novio? Quién es? Si es bueno, te prometo ser la madrina.

La beatita soltó el llanto i se colgó al cuello de la señora. Nadie oyó lo que ella dijo a doña Manuela, quien hizo un movimiento de sorpresa; pero sobreponiéndose, esclamó:

—Dios dispone! I a quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

—No se casará, miéntras yo viva! gritó la Sierva, pidiendo que le acercaran a su sobrina. Yo no doi mi consentimiento!

—Nadie se lo pedirá a usted sino al padre de la niña, respondió doña Manuela. ¿Dónde está Nicolas Peñaloza?

—En la fonda de la esquina, respondió un hombre que acababa de llegar.

—Mire, amiguito, le dijo doña Manuela: si quiere ganar dos reales de carita, vaya a decirle a Nicolas que quiero hablar con él, al momento.

Salió corriendo el hombre, miéntras la Sierva proseguia diciendo:

—Aquí no hai mas padre que yo!

Doña Manuela, sin hacer gran caso de las palabras de la Sierva de Dios, estrechó contra su cuerpo a la Beatita, con aire de la mas decidida proteccion. I como toda la Villa estaba acostumbrada a respetar a la señora, nadie se admiraba de que ella quisiera mandar allí en jefe. El padre Hipocreitía observaba la escena a pocos pasos de distancia, como si no hallara qué partido tomar, i junto a él estaba el presbítero O.* mirándolo todo, con la boca abierta; con la estola al cuello, el Santo Cristo en una mano i el hisopo del agua bendita en la otra. Habiéndole dicho el jesuita algunas palabras al oido, acercóse el presbítero a doña Manuela, i le dijo:

—Mire usted, señora, lo que hace; que eso de protejer la sublevacion de esta muchacha contra su tia, es cosa contraria al derecho natural, al derecho canónico, al derecho.....

—¿Cuántos derechos hai? interrumpió la señora. Yo no conozco mas que un derecho i un reves; i para mí tengo que el derecho es lo bueno, i el reves es lo malo, i santas pascuas. Todo lo demas es puro velorio i palabrería, señor presbítero. ¿O le parece cosa mui al derecho esto de sacrificar a una pobre niña, en la flor de su edad? ¡Cómo si la lei de Dios pidiese imposibles! Déjeme usted obrar, interrumpió de nuevo la señora, sin dejar hablar al presbítero O.* Déjeme, i verá si sé hacer las cosas al derecho. Mire que no siempre está el huevo donde cacarea la gallina; i yo que conozco tanto las uvas de mi majuelo, sé mui bien en donde me aprieta el zapato.... ¡Gracias a Dios que llegaste, Nicolas! esclamó, viendo que el padre de su protejida se aproximaba al grupo... Acércate, que quiero hacerte un par de preguntas.

—Pregunte usted lo que quiera, señora, dijo Nicolas.

—No le oigas, hermano mio! interrumpió la Sierva: mira que esta señora tiene al diablo en el cuerpo.

—Eso sí que nó, hijita! contestó vivamente la señora, porque yo no he sido nunca beata. Ahora dime en conciencia si te parece mal lo que he hecho, prosiguió, dirijiéndose a Nicolas. Al entrar aquí, he oido los llantos de tu hija, maltratada por su propia tia; i yo he tomado a la niña bajo mi proteccion, miéntras llegaba su padre para entregársela. Aquí tienes a tu hija. Dime si he hecho mal.....?

—No! señora, nó: Dios se lo pague! respondió Nicolas, enternecido, aunque no siempre se acordaba de que tenia una hija.

Los circunstantes callaban, sin saber en lo que iria a parar todo aquello. La señora prosiguió:

—Como yo conozco las uvas de mi majuelo, i sé donde el diablo tiene las uñas, puedo asegurarte que, miéntras siga viviendo aquí tu hija, seguirán maltratándola todos los dias, a fin de hacer que ella tome el hábito, para lo cual no ha nacido. Dime, pues, (i esta es la otra pregunta) ¿quieres darme a tu hija para esposa de mi sobrino Santiago Garduño?

Nicolas abrió tamaños ojos, sin responder una palabra; i todos lanzaron una esclamacion de sorpresa.

—No se admiren ustedes, repuso la señora: que no es señor quien señor nace, sino el que lo sabe ser; i esta niña sabrá ser señora, como la mas pintada... Pero, ¿en dónde está mi sobrino?

Todos buscaban con la vista a frai Santiago, el cual habia repentinamente desaparecido, cuando lo vieron salir de su cuarto, vestido, nó con el hábito sino con su casaca de militar. Esta nueva trasformacion de Garduño produjo una admiracion jeneral. La Sierva de Dios se cubrió los ojos: el presbítero O.* temió caerse de espaldas, i el padre Hipocreitía sacó su caja de rapé de la cual tomó una narigada con los tres dedos.

—Espero tu contestacion, Nicolas, insistió doña Manuela.

Iba éste a responder, cuando la Sierva dijo:

—Pues yo no doi mi consentimiento; i si mi sobrina se casa sin mi gusto, no le daré ni un cuartillo partido por la mitad.

—Nada importa eso, repuso doña Manuela, porque yo me obligo a dotar a la niña con la mitad de lo que tengo, i prometo aquí solemnemente legarle despues de mis dias la otra mitad a mi sobrino.

Los circunstantes acojieron las palabras de la señora, con las mayores muestras de contento, miéntras Nicolas respondia:

—Si mi capitan me hace el honor de casarse con mi hija i ella lo quiere, yo doi mi consentimiento, con el mayor gusto.

—Ella lo quiere, i él tambien la quiere, respondió doña Manuela. Uno i otro me lo acaban de decir, pues han tenido tiempo de arreglar este negocio en estas tres semanas.

—Jesus, María! esclamó la Sierva. ¡I todo lo han hecho aquí en nuestras barbas, durante la mision, i sin que nosotros lo echáramos de ver!

—Mire, amigo mio, dijo el jesuita en voz baja, tocando a Garduño sobre el hombro: yo siento mucho no haber hecho de usted un sacerdote de la Orden; pero el que usted se case, no impide que siga siendo nuestro hermano.

—De ningun modo, respondió Santiago, apretando la mano del padre. Ustedes pueden contar siempre conmigo.

—Ya te digo i te repito, decia la Sierva a su hermano. Llévate a tu hija! No quiero verla mas, ni tendrá de mi parte ni un solo cuartillo!

—Hija mia, le dijo el jesuita acercándose: no diga usted eso. La niña es su sobrina; i ya que ha encontrado esta suerte, ella no ha podido ni debido despreciarla. Deseche esas ideas de odio, i perdónela.

La beatita se habia aproximado poco a poco a su irritada tia; i echándose a sus piés, empezó a llorar como una Magdalena. La naturaleza hizo su oficio, como dicen, i la tia perdonó i abrazó a su sobrina, desdiciéndose en cuanto a lo de no darle nada.

Dos dias despues de los sucesos que acabamos de contar, Griselda Peñaloza (que así se llamaba la Beatita) dió la mano de esposa a Santiago Garduño, en la misma puerta de la iglesia parroquial, delante de una gran muchedumbre, que, de lo mas apartado de aquella comarca, vino a ver el nunca visto prodijio de que una señora de tan alta alcurnia como doña Manuela Villagran i Santelices, hubiese hecho por que su sobrino se casara con una jóven de tan humilde condicion.

Las jentes en jeneral alababan el desprendimiento i llaneza de la señora; no así algunas de sus aristocráticas amigas, que nunca pudieron perdonarle el haber olvidado el lustre de su apellido, hasta el punto de querer mezclar su sangre azul con la sangre roja de los Peñalozas.

Este matrimonio no impidió la traslacion de las Niñas a Santiago, endonde, como queda indicado ántes, compraron una chacra, de

cuyo cultivo se encargó Garduño. Allí siguió la Médica Santa admirando a la capital con sus milagrosas curaciones; pero nada dicen las crónicas sobre si la Sierva de Dios seguiria siendo perseguida por Satanas.

No concluiremos este capítulo sin dar a conocer la suerte de Miguel Turra. Completamente curado de sus heridas, el bandido se habia quedado en la casa, esperando que el padre Hipocreitía se pusiera en camino para la capital con el fin de servirle de compañía. En cambio, el jesuita le habia prometido una colocacion; i sin tener que empeñarse grandemente, obtuvo para este buen servidor del sistema pelucon, el destino de *perseguidor de ladrones*, en el partido de Colchagua.

——:o:——

CAPITULO LVI.

LOS TRATADOS DE CUZCUZ.

«Así se inauguraba la política pelucona desde un principio falsa, odiosa e inmoral.»

(F. Errázuriz).

Tres o cuatro dias ántes de celebrarse el matrimonio de Santiago Garduño, Lucinda habia recibido por conducto de Pedro, una carta de Anselmo, en la que éste contaba detalladamente a su esposa todo cuanto le habia acontecido desde su separacion en Santiago hasta la batalla de Lircai. Respecto de los acontecimientos posteriores, la carta decia de esta manera:

«*Mayo* 19 *de* 1830.

«Ya nuestro buen amigo Tronera te habrá dicho que yo tuve que seguir al coronel Viel, despues del desastre de Lircai, con el fin de ayudarle a este jefe a reorganizar nuestra caballería. Pero ademas de este motivo, habia otro que Tronera no sabe. Viel me pidió que lo acompañase i le ayudase a influir sobre el ánimo del jeneral para tentar de nuevo la suerte de las armas, dirijiéndonos con nuestra

caballería hácia la capital. Yo no pude negarme, i fuí con el coronel a encontrar a Freire, a quien hallamos sumamente abatido. No sé cómo espresarte, alma mia, el dolor que me causó ver a un hombre a quien debo i quiero tanto, sentado sobre el tronco de un árbol caido, i con la cabeza entre las manos. Rodeábanlo unos pocos oficiales.—Señor, le dijo Viel: aun no está todo perdido, i todavía podemos tentar la suerte. Nos queda la mayor parte de nuestra caballería: ¿por qué no nos dirijimos rápidamente sobre la capital, que a la fecha se halla indefensa?—Nó, coronel, respondió Freire moviendo a uno i otro lado la cabeza: ya esto no tiene remedio; i con esta nueva tentativa, no conseguiríamos otra cosa que derramar inútilmente sangre de chilenos.—Pues yo estoi resuelto a conducir mis escuadrones al norte, repuso Viel, llevándolos por el camino de la costa.—Hágalo así, dijo Freire, que yo me iré derechamente a Santiago, con los oficiales que quieran acompañarme. —Estamos prontos a compartir la suerte de nuestro jeneral, respondieron los oficiales allí presentes.—Freire les dió las gracias, con una mirada de reconocimiento, i me preguntó qué pensaba hacer yo.—¿Quiere usted permitirme que lo acompañe? le dije.— Nó, amigo, me respondió, nó: vete con Viel. A él le quedan esperanzas, que yo no quiero destruir, esperanzas que en mí han muerto ya del todo.—Pero ¿por qué se ha de esponer usted a caer prisionero en Santiago? le pregunté entónces.—Allí es donde puedo permanecer oculto, mejor que en ninguna otra parte, me contestó; i si me descubren, no se atreverán a aprisionarme. A pesar de su abatimiento, no podia aun persuadirse de que se le dejara de respetar. Ah! querida mia! no contaba él con el espíritu de odio i de venganza que anima al partido reaccionario!»

«Mayo 20.

«Separámonos al momento: él para dirijirse directamente a Santiago, como un prófugo, i nosotros para tomar con la caballería el camino de la costa, con direccion al norte. Pasamos ese dia el Lontué, i proseguimos nuestra retirada, acosados por el teniente coro-

nel Lezaeta, quien nos picaba la retaguardia con un rejimiento de cívicos. La indisciplina de la caballería de Lezaeta nos permitió dispersarla con dos o tres cargas que le dimos; i al dia siguiente llegamos al rio Maipo, que atravesamos bajo el fuego de los cívicos que defendian a Melipilla. Pero los milicianos huyeron bien pronto, i pocas horas despues, pudieron entrar en esta ciudad, endonde no encontramos enemigos, sino una buena cantidad de fusiles i de municiones que trajimos con nosotros.»

«Mayo 21.

«Antes de dejar a Melipilla habia escrito Viel a nuestro jeneral dándole cuenta del estado de las cosas, i proponiéndole el plan de echarnos sobre la capital. Teníamos sobrado fundamento para creer en el éxito de este plan, pues la capital no estaba defendida sino por unos pocos milicianos. Proseguimos, pues, nuestra marcha; i al llegar a San Francisco del Monte, nos encontramos con la contestacion de Freire, que estaba aún oculto en Santiago. Esta contestacion nos causó una agradable i reanimadora sorpresa. Por ella supimos que la provincia de Coquimbo se habia revolucionado contra el gobierno pelucon, i que don Pedro Uriarte, jefe de aquel levantamiento, marchaba hácia la capital, con una division de mas de cuatrocientos hombres entre infantería i caballería. Concluia el jeneral con ordenar a Viel que se dirijiese hácia el norte, hasta encontrarse con la division coquimbana. Al mismo tiempo, nos prometia dejar inmediatamente a Santiago, para ir a reunirse con nosotros. Viel obedeció la órden, sin pérdida de tiempo; i siete dias despues, nos encontramos con la division de Uriarte, como a unas tres leguas hácia el sur de la Villa de Ovalle. El ejército entero, a las órdenes de Viel, siguió entónces su marcha hácia Santiago, dedonde recibíamos todos los dias noticias tan contradictorias, que nos tenian desorientados.

«Nuestras fuerzas alcanzaban a mas de seiscientos hombres, de los cuales, cuatrocientos eran de caballería, perfectamente montada, teniendo ademas caballos, hasta para montar la infantería, lo

que nos daba la ventaja de poder movilizar nuestra tropa sin fatigarla. Llevábamos dos cañones, con quince artilleros cada uno, i como sabíamos que el gobierno no podia disponer de fuerzas veteranas, miéntras no llegaran las del sur, tratamos de acelerar nuestra marcha.

«Durante muchos dias esperamos inútilmente la llegada de Freire. Nada sabíamos de nuestro jeneral, i llegamos a temer, con mucha razon, que hubiese caido prisionero al salir de Santiago, para ir a encontrarnos, como nos lo habia prometido. Ah! querida mia! Cuánto tuve yo que sufrir durante esos dias de incertidumbre!.....

.....

«Mayo 22.

(*En la noche*)

«Mi querida: ya que no me ha sido posible dedicarte ni un momento, en todo el dia, prosigo mi carta ahora en la noche, cuyo silencio i tranquilidad animan mi abatido espíritu de las mas dulces ilusiones, pues me parece que tú me oyes al vaciar mis pensamientos sobre el papel.

«Como te decia ayer, todos estábamos intranquilos, sin saber a qué atribuir la demora de nuestro querido jeneral en ir a tomar el mando de la division.

«Al llegar a Yllapel, tuvimos noticia de lo sucedido: allí supimos que don Ramon habia rodado, con caballo i todo, por una escarpada cuesta, al atravesar las cerranías de Panquehue, para dirijirse hácia nosotros, i aun se nos dijo que habia muerto. Esta fatal noticia, que aflijió profundamente a los verdaderos amigos del jeneral, desanimó a una gran parte de nuestra jente.

«Al mismo tiempo tuvimos conocimiento de las fuerzas que el gobierno enviaba para impedir nuestra entrada en la provincia de Aconcagua, lo cual se temia, en razon al prestijio de que goza Freire en dicha provincia. El ejército pelucon constaba de unos cuatrocientos hombres, mitad caballería i mitad infantería, a las órdenes

del jeneral don Santiago Aldunate, antiguo amigo de mi padre, i al cual quiero i respeto como su natural bondad i su hidalguía lo merecen. Si ha hecho algo de bueno Portales, es la eleccion de Aldunate para pacificar el norte de la República. Pero ¡ai, querida mia! Lo que son los hombres sin principios! Esa misma eleccion ha sido hecha estudiadamente, con el fin de cometer una nueva infamia, no solo contra nosotros sino contra el mismo Aldunate, que tan bien acaba de servir al país. Eso tienen los hombres sin principios, sin honradez ni moralidad política: hasta sus propios amigos suelen ser sacrificados en los lazos que su felonía tiende a los enemigos.

«Perdóname, alma mia, que te hable en un estilo tan contrario a los dulces sentimientos que tu anjelical bondad sabe siempre inspirarme. Pero ¿qué quieres? No es posible dejar de indignarse, al considerar este tejido de traiciones de que el peluconismo se vanagloria.

«Mira, no mas, lo que ha pasado:

«Estábamos en Yllapel, cuando nuestro jefe recibió una carta del jeneral Aldunate, en la cual le hablaba éste de las recíprocas ventajas de un avenimiento, para evitar la efusion de sangre. Encontrándose Viel sin el apoyo del jeneral, cuyo prestijio nos era tan necesario, pensó en capitular, a condicion de garantírsenos nuestro honor militar i nuestra seguridad. En este sentido escribió a Aldunate una carta, que yo entregué a este jeneral, en su campamento de las Cañas.

«Aldunate me recibió con los brazos abiertos, pues yo le he debido siempre mucho cariño. Díjome que, careciendo de instrucciones de parte del gobierno, estaba perplejo sobre lo que habia de hacer; pero que su horror a la efusion de sangre lo impelia a tratar. Agregóme que, despues de haber pedido una i otra vez al gobierno las instrucciones que necesitaba, no habia recibido mas que la promesa de dárselas por escrito; promesa que el gobierno no supo cumplir. Por último, concluyó con decirme que habia manifestado a Portales, nó solamente sus tendencias al empleo de medios pacíficos,

para la conclusion de la guerra civil, sino tambien su formal resolucion de *no tomar el mando de la division, si el gobierno no concedia garantías a los individuos que continuaban en el norte haciendo la guerra.*

«Tales fueron las palabras del noble Aldunate, que tan vilmente habia de ser sacrificado, pocos dias despues, en aras de los mal entendidos intereses de un partido que parece haber iniciado en Chile la política del dolo i de la deslealtad. Porque has de saber, querida mia, que despues de haberse firmado i ratificado en la aldea de Cuzcuz, el dia 17 de mayo, los tratados habidos entre Viel i Aldunate, han sido altamente desaprobados por el gobierno, es decir, por el ministro Portales. I sin embargo, el mismo Portales que conocía las pacíficas intenciones de Aldunate, i que nunca contradijo sus opiniones a este respecto, fué el mas empeñado en hacer que aquel jeneral se hiciera cargo de la division. Al no darle instrucciones contrarias, es evidente que el gobierno, esto es, Portales, se conformaba tácitamente con la manera de pensar del jeneral. Si no se conformaba con ella, debió haberlo espresado, en instrucciones claras i terminantes, o haber empleado otro instrumento mas digno de sus miras anti-patrióticas. Pero no lo ha hecho así, i Portales ha llevado aun su cinismo hasta querer hacer cómplice de esta nueva felonía al mismo Aldunate, a quien le ha escrito diciéndole: «que no habia sido dueño de la palabra empeñada, i que por lo mismo no le ligaba.» ¡Qué jentes estas en cuyas manos ha caido nuestro desgraciado país! No parece sino que desde la traicion de Ochagavía se creyesen ya dispensados de cumplir toda palabra solemnemente empeñada. ¡A esto llaman política los pelucones!

«Tan indecoroso proceder (que ha indignado a muchos de los mismos amigos del gobierno), pone en evidencia, por una parte, que se ha querido anular a un hombre honrado que no aprueba la conducta del gobierno, i por la otra, que éste necesita de un pretesto para proseguir su sistema de inútiles i odiosas venganzas. Tú considerarás, alma mia, lo que tenemos que esperar de Portales, cuando te

diga que en la misma carta antedicha, agrega: «*que el gobierno ha encontrado prudente ver correr alguna sangre chilena.*» I esto lo dice, despues que los enemigos del gobierno han depuesto las armas!»

«Yo sé mui bien que Portales es un espíritu irritable i hasta estrafalario; varias veces he notado su completa ignorancia de los principios republicanos; pero jamas habria creido que su crueldad llegara hasta el estremo del descaro. Creo firmemente que si don Diego Portales sigue ensangrentando al país con su atrabiliario sistema de gobierno, es imposible que muera en su cama.

«No tengo para qué decirte, Lucinda mia, que esto no es un deseo de mi corazon, que tú conoces sin duda mas que yo mismo. Dios es el único dueño de la suerte de los hombres; i me estimo lo suficiente para no acordarme de los dolores que esa fatal política me ha hecho sufrir, cuando estoi hablando de los dolores de mi patria. Te estimo demasiado, alma mia, para decirte una mentira; i seria mentirte el tomar como un pretesto los sufrimientos presentes i futuros del país, para hablarte de mis propios dolores. Nó, mi querida Lucinda, nó... Tú me conoces, i sabes que soi incapaz de darte como patriotismo lo que no seria mas que un egoismo refinado de mi parte. No necesito hacerme violencia para perdonarle a los reaccionarios, o mejor dicho, a Portales, los dolores que por su causa he sufrido; pero no me es posible dejar de indignarme, al considerar los males que han hecho i que harán sufrir a la nacion.

«Son las dos i media de la mañana.—Hasta luego, amor mio.»

«Mayo 23.

(*Por la mañana.*)

«Ratificados los tratados i disuelto nuestro ejército, el coronel Viel pasó a Valparaiso, endonde ha tenido que ponerse bajo el amparo de la bandera francesa, para librarse del rencor de Portales. Yo me vine a la provincia de Aconcagua, con el fin de obtener noticias del jeneral, i ver si podia serle útil en su desgracia. Despues

de algunas pesquisas, supe que se hallaba aun enfermo, en la estancia de un amigo de confianza, cerca de San Felipe. Al momento me dirijí allí, endonde encontré al jeneral ya en pié, pero no completamente restablecido.

«Aquí me hallo con él al presente; i desde este mismo lugar te escribo, esperando enviarte esta carta a Molina, en cuanto pueda encontrar un hombre que me inspire confianza.

«Tenemos el proyecto de irnos secretamente a Santiago, tan pronto como el jeneral pueda montar a caballo. Este se quedará allí oculto, i yo me pondré en camino para Molina.

«Tengo tantas ganas de verte i de hablar contigo, que ya que no puedo conseguirlo, me contento con escribirte esta carta, tanto mas larga cuanto mayor sea el número de dias que me demore en encontrar con quien mandártela, sin peligro de que se estravie.

«La desaprobacion de los tratados nos hace pasar aquí temiendo ser descubiertos. Los traidores, ya dueños absolutos del poder, están desplegando tal actividad en perseguir a sus indefensos enemigos, que hacen recordar los tiempos de Ossorio i de Marcó. ¿I qué mucho, cuando vemos en el gobierno de la República a un antiguo asesor de este último? Ayer no mas firmaba decretos contra los insurjentes de Chile, i hoi ocupa uno de los primeros puestos creados por esos mismos insurjentes. ¡I tiene la desvergüenza de llamarse un patriota! Pero ya se ve! Va siendo de moda el llamar patriotas a los liberticidas, a los que echan de ménos el réjimen colonial i a los que, como don Diego Portales, no se habian acordado hasta hoi de que tenian patria!

——:o:——

CAPITULO LVII.

CONCLUYE LA CARTA DE ANSELMO.

«Hai quienes pretenden someter a inventario las obras de este estadista, i preguntan: ¿qué hizo al fin Portales? ¿Qué nos dejó Portales?—¿Qué hizo?—*Sacó del caos la República*—¿Qué nos dejó?—*Nos dejó la República*...

R. Sotomayor. V. (*El Ministro Portales.*)

«En el fondo, nuestro gobierno no es republicano sino monárquico electivo, en que el rei gobierna por cinco años i tiene de hecho la facultad de designar a su sucesor i de nombrar a las mayorías de ambas Cámaras.

Z. Rodríguez. (*Independiente*–Junio 23 de 1876.)

«Mayo 23.

(*Por la noche*)

«A mí no me admira, Lucinda mia, que el viejo espíritu monárquico haya aparecido hoi en Chile bajo una nueva forma. Se ha reaccionado contra la república, desde que se dió en América el grito de independencia. Aun este mismo no fué un gritó espontáneo

de libertad sino de simple emancipacion política, tendencia cuyo orijen debe, a mi juicio, buscarse allá en la natural audacia que produjo el descubrimiento i la conquista del Nuevo Mundo. Los conquistadores tuvieron desde luego que formar como una sociedad aparte, cuyos intereses estaban casi siempre en contradiccion con los de la Metrópoli, que desde un principio fué, no la madre sino la madrastra de sus colonias. Nuetros padres heredaron de sus abuelos la gloria de mil hechos heróicos i memorables; i junto con esas gloriosas tradiciones, el espíritu de insubordinacion i turbulencia que caracterizaba a los primeros conquistadores, así como el odio sordo contra la Metrópoli, cuya manera de gobernar injusta i atrabiliaria era la ménos a propósito para mantener contentas a las colonias. I obrando a una todos estos elementos reunidos, debian producir, tarde o temprano, el deseo de la emancipacion; deseo que iba siendo tanto mas profundo i ardiente, cuanto mas se relajaban los vínculos nacionales, con la separacion de la madre patria, i cuanto mas se cortaban las relaciones de familia, con la formacion de nuevas casas en América.

«Pero este amor a la independencia política, que solamente podia existir en las aristocracias americanas, estaba mui léjos de ser el amor a la libertad. El primero era mui natural, pues para ello no se habia menester mas que descontento i un poco de ánimo. No así el segundo, para lo cual necesitaban aquellas aristocracias, no solamente conocer la libertad, sino tambien poseer bastante jenerosidad i desprendimiento para deshacerse de sus fueros i privilejios en favor del pueblo, al cual miraban como a una raza inferior.

«Así pues, si la América deseaba emanciparse, desde mui antiguo, eran mui contados los americanos que tenian ideas netas sobre la libertad; i nadie desea o ama lo que no conoce. Aclimatados en una patria nueva, habian dejado de amar a la antigua, que no conocian ya sino de nombre; pero seguian adorando los fueros i privilejios, las costumbres, usos i preocupaciones que les legaran sus mayores. Por consiguiente, todas las aristocracias de las colo-

nias acariciaban mas o ménos la idea de formar acá en América estados independientes, gobernados por un monarca. No querian un cambio radical en la manera de ser social i política, sino un cambio de rei, que conciliase su odio i su egoismo con sus costumbres i sus preocupaciones.

«En los Estados Unidos del norte, los prohombres de la independencia ofrecieron a Washington una corona, que él rechazó con indignacion, porque éste ha sido sin disputa, el hombre que mejor comprendiera el objeto de la revolucion americana. En la América latina, procedente de una Metrópoli mas corrompida que la inglesa, sucedió lo contrario, pues fueron los libertadores Bolivar i San Martin los autores de la peregrina idea de convertir a las colonias en monarquías. Méjico, despues de haber peleado valerosamente por su independencia i proclamado la repúbiica, colocó sobre las sienes de su Libertador Iturbide la diadema de emperador. El doctor Francia fué el Libertador, para convertirse en seguida en el dictador brutal del Paraguai. Posteriormente hemos visto aparecer en las demas repúblicas esas encarnaciones del despotismo monárquico, bajo el disfraz republicano. No quiero molestarte con mas ejemplos de traicion a la libertad; i concluiré con traer a tu memoria solamente otro caso, por haber sucedido en Chile... El glorioso vencedor de Chacabuco, precisamente despues de asegurada la independencia de su país, por la batalla de Maipo, se convierte en el supremo Dictador de la República. Tanto valdria decir *rei de la República chilena.*

«Pero si el antiguo espíritu monárquico habia encontrado en O'Higgins un digno representante de sus tradiciones i un instrumento de sus miras liberticidas, tambien es verdad que el pueblo chileno supo conservar la dignidad de la república, obligando a O'Higgins a entregar la banda tricolor i el sable republicano, convertidos ya, aquella en látigo i éste en puñal. Esta vez la victoria fué de la idea republicana: mas no por eso se dieron por vencidas las ideas monárquicas; i despues de haber rujido sordamente mas de siete años, han logrado encarnar hoi en don Diego Porta-

les. Así tambien allá en el otro lado de los Andes, el absolutismo ha encontrado su representante en don Juan Manuel Rosas.

«I no porque don Juan Manuel sea mas brutal que don Diego; no porque Iturbide fuera mas condecorado que Francia, dejarán todos ellos de ser una misma cosa: caricatura de estadistas. ¿I por qué? Porque en todas partes han obrado (unas veces de buena i otras de mala fe) contra las mismas ideas que aparentaban defender .....

.....

«Pero me dirás tú: ¿I dónde están entónces los verdaderos defensores de las ideas republicanas? A lo cual yo te contestaré: están en el pueblo. Porque como solamente los que sufren son los que suelen mirar al cielo, es allí, entre los desheredados de la fortuna, endonde encontramos algunos individuos privilejiados que aman de veras a la libertad.

«Perdóname, Lucinda mia, esta digresion con la cual he querido poner ante tus ojos la imájen de esa antigua lucha del espíritu republicano, que hace por conquistar sus derechos, contra el monárquico usurpador, que no quiere abandonar su presa, o trabaja por empuñar hoi lo que ayer se le fué de las manos.

«Por lo que acabo de decirte, bien echarás tú de ver, querida mia, que en estas nacientes repúblicas, sin grandes tradiciones, ni antecedentes históricos, no puede haber sino dos partidos: el uno progresista i el otro retrógrado. Todos los demas partidos no pasan de ser fracciones i matices de los dos colores antedichos.

«Don Diego, puesto entre esas dos entidades sociales, la una representante del sistema antiguo; i la otra, de la era moderna, no dudó en tomar el partido de aquella, pues este hombre no tiene idea de lo que son los principios republicanos. Tan ignorante es a este respecto, que achaca a dichos principios las faltas de los hombres que dicen profesarlos. Un dia se lo dije, estando en una tertulia. Acababa de leer el «*Hambriento*» ¿Deja de ser excelente (le dije) el sistema democrático, porque algunos necios o malvados se dan el nombre de demócratas? El se rió

a carcajadas; i pasándole la vihuela a una niña de la casa, rogóle que tocase una *zamacueca*, para bailarla él mismo. Ni me admira tampoco que desee derramar sangre chilena el que se entrega a los mismos que ayer no mas eran los verdugos de los patriotas chilenos.

«Siempre hallaré mui natural i lójico el que se declare enemigo de la Constitucion i de la República, desde que supo permanecer indiferente durante la guerra de nuestra Independencia. Miéntras peleábamos por la libertad los pipiolos (cuya sangre él desea ver correr, *para bien de la patria)*: ¿qué hacia Portales en bien de la patria? Especulaba con el monopolio del tabaco, monopolio legado por los españoles; hacia consistir la base de su fortuna personal en una institucion contraria al progreso de su país. ¡I nos llama enemigos de Chile, a nosotros que peleábamos por el porvenir de Chile, cuando él traficaba a la sombra del pasado! Cuando especulaba con uno de los viciosos legados del coloniaje! Cuando ni aun siquiera se acordaba de la libertad de su país! En cambio, se ha venido a acordar ahora, cuando Chile comenzaba a respirar la atmósfera de la libertad. ¿I para qué? Para poner sus talentos al servicio de los reaccionarios; para servir de tropezon a la marcha democrática de la República, que él es incapaz de comprender; para ensangrentar a la nacion con la atroz guerra civil, que los chilenos no conocíamos, ántes de que los reaccionarios la hubieran creado i fomentado; para emplear, en fin, toda su enerjía en satisfacer odios personales, en ejercer estúpidas venganzas, i en convertir a nuestros gobiernos hácia las antiguas i feroces prácticas del coloniaje, persiguiendo cruelmente a los mismos que hemos derramado nuestra sangre por la libertad de la patria. ¡Esto se llama hoi patriotismo! Hé aquí lo que me admira: el atrevimiento para bautizar a un crímen con el nombre de una virtud.

«Perdóname, alma mia, que te hable de esta manera... No sé qué seria de mí, si no encontrara en tí otro corazon, al cual acercar el mio hecho pedazos!... Si tú no estuvieras en el mundo, yo quisiera morir, para no ver los males de mi patria; para no oir

el llanto de mis conciudadanos; para no ser testigo del envilecimiento en que habrá de caer este país, tan digno de mejor suerte.

«Te hablo de esta manera, mi Lucinda, porque al prever los males que habrán de aflijir a Chile, no puedo permanecer indiferente ante las imájenes sangrientas, ante los cuadros dolorosos que veo dibujarse allá en el porvenir. Ojalá fueran fantasmas de mi imajinacion; pero mi razon me muestra con tal evidencia los fundamentos de mis temores, que mi corazon se conmueve, al considerar cuánto no tendrán que sufrir nuestros hijos, bajo el sistema de dolo, de falsía, de traicion, de espionaje, de injusticias, de persecuciones i de venganzas, iniciado por don Diego Portales.....

.....

«Mayo 24.

(A las 5 de la mañana)

«Yo conozco mui de cerca a don Diego Portales, i siempre he admirado en él las raras dotes con que la naturaleza ha adornado su espíritu. Cultivado éste, habria producido una abundante cosecha de virtudes, que se han convertido, por la falta de cultura, en afectos bastardos, en vicios i en preocupaciones de todo jénero. Lo que he oido referir de su niñez i de su primera juventud, coincide en todo con su modo de ser actual. El niño travieso, voluntarioso, indócil, díscolo i desobediente, del colejio, llegó a ser un mozo atrevido, irrespetuoso, caprichudo, insubordinado; i es hoi un hombre testarudo, orgulloso, intolerante, irascible i altanero hasta la insolencia. Perezoso e indolente a veces, sabe desplegar una asombrosa actividad i una enerjía a toda prueba, cuando ha tomado un partido. De pasiones vehementes, no sabe ni amar ni odiar a médias; pero sabe mas odiar que amar. Algo envidioso (él cree no serlo, porque: ¿a quién envidiaria un hombre que se cree digno del primer rango?), es profundamente rencoroso i vengativo hasta la crueldad. Es un gran carácter, enardecido por el odio; un talento natural, deslumbrado por las preocupaoiones; una poderosa voluntad, dirijida por su amor propio i templada en el espíritu de partido.

De aquí las persecuciones futuras que yo temo, ì que anegarán a la república en un mar de sangre.

«Valiente hasta la temeridad, sobre todo, cuando encuentra resistencias; no parece sino que las dificultades triplicaran sus fuerzas físicas i alumbraran su entendimiento, para encontrar espedientes, aun en medio de los mismos peligros que lo amenazan. Sus miras estrechas i a veces mezquinas, están mui léjos de hallarse a la altura de su talento para alcanzar sus fines. Es enemigo de los términos medios, i le gusta siempre jugar el todo por el todo. Animado por sus rencores, i en posesion del poder, preferirá siempre tomar la línea recta para llegar hasta su enemigo. Sin embargo, suele no desdeñar la intriga; i sabe esperar los resultados... El tigre suele a veces ser gato... De una organizacion delicada i sensible, la vehemencia de sus pasiones, jamas contenidas, lo hace tomar resoluciones súbitas, que no por ser prontas dejan de ser duraderas. Pronto en concebir una idea i de admirable fecundidad para encontrar los elementos de su realizacion, posee una voluntad de fierro para ejecutar lo que se ha propuesto. No retrocede ante los inconvenientes i marcha derecho hácia sus fines, con una persistencia, que a veces es la tenacidad vulgar del amor propio, i en muchas otras, la constancia de las almas nobles i fuertes que persiguen un propósito elevado.

«No parece ambicioso, porque no lo es como el comun de las jentes. Su espíritu, elevado por naturaleza, desprecia el brillo i la pompa; i si aspira a los puestos públicos, es para influir en los destinos del país. Carece de la ambicion de honores i de riquezas, tan comun en las almas vulgares, i solo ambiciona el mando. Un puesto público es pues para él un lugar poco codiciable, i endonde le gusta ver a sus amigos. En cuanto al poder, ya es otra cosa; i tratará de obtenerlo, adueñándose del ánimo del mandatario o imponiéndole la lei de su férrea voluntad. Su pasion es mandar por mano de otro; i ántes que ser Presidente de la República, preferirá ser el ministro de un presidente necio.

«Portales posee el sentimiento de la justicia; pero cegado por sus rencores obra como si careciese de ideas, sobre la equidad. Todo

lo ve al traves de sus odios. En presencia de sus enemigos, su criterio se ofusca hasta no concederles ninguna clase de virtudes. Entre un pipiolo i un pelucon, él ya tiene de antemano pronunciada la sentencia. Siempre es justo el no serlo con los liberales. Estos no merecen que un pelucon honorable les cumpla su palabra empeñada. Ser desleal con ellos es ser leal con el país; engañarlos es ser un hábil político; no escuchar sus reclamaciones es ser un buen mandatario; perseguirlos sin necesidad; martirizarlos inútilmente i confiscar sus bienes, es ser un gran estadista. Estoi por creer que si don Diego ama el gobierno restrictivo i despótico, es solo porque los pipiolos aman la libertad, la igualdad i la fraternidad.

Nuestro poderoso ministro cree llegar por el rumbo opuesto a la tranquilidad de la república . . . Desea, con loable ardor, el progreso de su país, sin comprender netamente en lo que consiste el progreso, ni saber cuáles son los medios mas adecuados para alcanzarlo. Para él no hai medio que produzca mas adelantos sociales que la paz i tranquilidad públicas; i tiene mucha razon: pero ignora, u obra como si ignorara que no hai tranquilidad durable, si ella no sirve de base a la felicidad pública, lo cual sucederá solamente cuando los ciudadanos gocen de la paz, utilizándola en el libre ejercicio de sus derechos i de sus deberes. Entónces la paz, léjos de ser perturbada, encuentra sus defensores mas ardientes en la sociedad misma, interesada en su conservacion.

«No es ésta la tranquilidad apetecida por el ciego estadista, sino la que resulta de la presion; tranquilidad amenazada siempre de muerte por la sociedad misma, pues ésta no puede estar interesada en conservarse en un estado contrario a su naturaleza. Los gobiernos no podrán dar jamas la tranquilidad a los pueblos cuyas aspiraciones no satisfacen, porque la paz no se impone como se impone el silencio.

Nuestro estadista aborrece la anarquía popular, que es el despotismo del pueblo; i yo le ayudo con gusto a aborrecerla; pero su odio egoista no nace del amor al órden público sino del amor al despotismo aristocrático, que es la anarquía de las clases elevadas.

«Con medianos conocimientos siquiera en las ciencias sociales, don Diego habria llegado a ser un estadista de primer órden: así lo hacen presumir la sagacidad i perspicacia de su talento, junto con la actividad, enerjía i constancia de su carácter... Pero su ignorancia de los principios mas conocidos sobre los derechos i los deberes del hombre, su desprecio por el pueblo, su horror a la libertad, sus preocupaciones contra la sociedad en jeneral, su ninguna fe en el buen sentido público, su confianza excesiva en la propia superioridad, su desconocimiento de la equidad i de la justicia, su excesiva sed de influencia i de dominio, su tendencia al empleo de la intriga de mala lei, del fraude i del engaño, combinados con la presion i el terror, para dominar absolutamente, sus estrechas miras de círculo, i hasta su sensualidad misma, i sus instintos feroces, convertidos en pasiones, por su falta de educacion, le impiden elevarse a concepciones de un rango superior. Pero si le falta elevacion de miras, en cambio le sobra arrogancia i atrevimiento para no reconocer igual. El niño altanero, que en el colejio no respetaba a sus maestros i miraba de alto abajo a los condicíspulos que sabian mas que él, obra hoi de una manera análoga, aunque en otra escala mas elevada.

«Su espíritu es altivo, dominante i atrabiliario. A veces busca la lucha, por el placer de vencer en la discusion. Espresa sus opiniones, aún las mas absurdas, con un aplomo i seguridad que fascinan, no siendo estraño que muchas veces, su perspicacia adivine lo que no sabe. De todos modos, su palabra tiene siempre el tono de *ultimatum.* Es menester creer lo que él dice i aprobar lo que él hace, so pena de ser un necio, un díscolo, un malvado o un enemigo del país. El tono de su voz, acentuada siempre por la pasion, la mirada penetrante de sus ojos, la franqueza de su espresion clara i terminante, que revela una voluntad decidida e imperiosa, el perfil severo de su rostro simpático, el aire desembarazado de su persona i hasta la sonrisa temible de sus labios provocativos, comunican a su palabra esos atractivos de la elocuencia que arrastran i seducen. En mas de una ocasion lo he visto apropiarse las ideas ajenas, i presentarlas como suyas, con tal sagacidad, que el autor mismo

del pensamiento queda encantado de haber pensado conforme pensaba el señor don Diego. Su inflexibilidad es admirable para no darse nunca por vencido; i es tal su pasion a este respecto, que cuando no domina por completo en una discusion cualquiera, entónces se calla o exhala su bílis en sarcasmos punzantes. Lo he visto contestar con una carcajada a un argumento concluyente contra sus doctrinas. ¡Pero qué carcajada aquella!...

«Por esto huye de encontrarse con cualquiera superioridad. El talento ajeno lo abruma; las verdaderas gracias caidas de la boca de otro, le hastian; i encuentra un placer especial en rodearse de necios. Esto hace recordar su antigua pasion de colejial, cuando se entretenia horas enteras en perseguir cruelmente con sus burlas a alguno de sus condiscípulos. No parece sino que su espíritu sarcástico i burlon gozara, al palpar la inferioridad de los demas. Cuando éramos amigos, lo veía pasar horas enteras, entretenido con los disparates de cualquier mentecato.

«Sus burlas punzantes no perdonan ni aun a sus propios amigos políticos, en los cuales solo ve personajes secundarios que forman el fondo de los cuadros en que él figura en primer término. Parece que agradeciera la altura a que lo ponen las necedades i ridiculeces ajenas. Esta cualidad que, en medio de un partido homojéneo i unido por miras nobles i elevadas, le concitaria enemigos, ha formado, al contrario, en torno de su persona, un círculo de pelucones divididos por aspiraciones diversas que los hacen odiarse mutuamente. Cada uno de ellos agradece a su jefe las puyas i sarcasmos que éste lanza sobre el vecino enemigo.

«No solamente carece Portales de una educacion medianamente republicana, sino que posee las mas absurdas ideas sobre el sistema democrático, cuyas instituciones odia, sin comprenderlas. Si las comprendiera, i siguiera odiándolas, no mereceria compasion; pero lo cierto es que las desprecia porque no ha pensado jamas sobre ellas; i el rencor que les guarda no es mas que el reflejo del odio que profesa a los liberales. Verdad es tambien que nunca ha pensado sériamente sobre ningun sistema de gobierno; i así como cuan-

do colejial se jactaba ante sus condiscípulos de no haber estudiado sus lecciones, hoi hace gala de no haber estudiado nunca nada, ni leido con gusto mas que el Quijote i otro libro mas, que no recuerdo. I ojalá hubiera leido con atencion aquel libro extraordinario, pues así, su mente se habria enriquecido de ideas verdaderas sobre el corazon humano i sobre la equidad, la justicia i el fin social de los pueblos.

«En vez de esas ideas, tiene la mente llena de preocupaciones, nacidas de su propia ignorancia i de la atmósfera social en que se crió. Alejado de los campos de batalla, endonde se vivia odiando al rei i peleando por la libertad, miraba con indiferencia i desde léjos la contienda de nuestra Independencia; i entregado, miéntras tanto, a los placeres de una vida licenciosa, que alternaban con sus elucubraciones comerciales, no podia su espíritu impregnarse de las ideas republicanas, ni encenderse su corazon en el fuego del patriotismo.

«Esto no es decir, querida mia, que Portales no ama a su patria. Nó... La ama de corazon; pero su patriotismo está mui léjos de ser ilustrado i desinteresado. Es patriotismo egoista que ha dado oríjen a una política absorbente, injusta, esclusivista e intolerante. Para el ministro, no hai mas patria que el círculo que rodea a su persona; i de aquí es que su administracion ha comenzado i seguirá siendo eminentemente personal. Todos los que no aprueban su atrabiliario gobierno son i serán enemigos del país, i tratados como a tales. Su desmedido orgullo lo hace rechazar toda indicacion que venga de sus contrarios, a quienes negará el derecho de interesarse por el país. Los que secunden ciegamente sus miras, serán ciudadanos chilenos; los que nó, merecerán su odio, en castigo de su traicion a los intereses de la patria, es decir, a los intereses del partido, cuya encarnacion es Portales. I el odio de éste significará la persecucion, el insulto, la muerte, el destierro i la confiscacion de los bienes de los enemigos de la patria; es decir, de los que no aprueban la administracion del vengativo ministro.

«En todo esto, obra él de buena fe, pues obra con la conciencia de su infalibilidad política. El cree que así restablecerá en Chile la

tranquilidad que una libertad exajerada le ha quitado; i que de este modo morijerará la administracion, ya corrompida por los liberales. De manera que, en su fanastismo por el sistema restrictivo, creerá sacrificar a los pipiolos en aras del bien público, cuando lo que hace es sacrificar los principios republicanos en el altar de sus preocupaciones, de sus odios i de sus rencores patriótico-personales.

«Hé aquí, Lucinda mia, porqué te digo que este hombre, elevado por fatales circunstancias a director de la República, sin comprender el verdadero objeto de la revolucion contra el rei de España, implantará en Chile el viejo sistema del coloniaje, que tan bien cuadra con su carácter i con su educacion imperfecta. I no atreviéndose ese retrógrado sistema a presentarse en su atroz desnudez, ha tenido que hacerlo ataviado a la republicana. Uno de los rasgos característicos de esta i de las futuras administraciones peluconas será la falaz hipocresía. La administracion, republicana en las palabras i monárquica en el fondo, no será desde hoi mas que una copia (modificada segun las circunstancias actuales) de los gobiernos de la colonia. Es todo lo que Portales sabe de la ciencia de la administracion pública.....

.....

«I sin embargo, este hombre aspira a la perfeccion administrativa. Su alma elevada ha sufrido indudablemente, al ver el descamino i tropiezos de nuestras anteriores administraciones, i anhela por la honra i decoro del gobierno, i por la paz i tranquilidad de la nacion. Solo que se ha engañado en la eleccion de los medios para conseguir tan loable objeto. De aquí la serie de contradicciones que presentan el carácter i la vida política de Portales. No parece sino que en él hai dos espíritus: el uno que lo empuja a los deseos nobles i elevados, i el otro que lo pone al nivel de los hombres mas vulgares. Es que su alma, levantada i digna por naturaleza, cae en el fango de sus preocupaciones, de su ignorancia i de sus instintos bastardos, cuando trata de dar un paso en el camino de la práctica. Basta observarlo despreocupadamente, para notar las contradicciones de este carácter elevado i rastrero, atrevido i cobar-

de, jeneroso i mezquino, abnegado i egoista, desinteresado i ambicioso, compasivo i cruel, agrio i truhan, severo i burlon al mismo tiempo. Ha pugnado por defender la constitucion dictada por los liberales, i será su mas cruel verdugo. Ama a su patria, i se ha puesto al servicio de los enemigos de la república. Odia a todos los revolucionarios del mundo, i se olvida de que ha contribuido a echar por tierra el réjimen legal, sin que para ello hubiera otra razon que el odio de los pelucones a la libertad, i su propio odio a los liberales. Se indigna contra los que no respetan las leyes, i él es el primero en faltar a ellas. Desea la tranquilidad pública, i tiene al país en una constante intranquilidad, con sus persecuciones antipolíticas, que habrán de provocar disturbios a cada paso. Aborrece a los malvados, i él cria malvados i los apoya, premiando el espionaje, la delacion i la calumnia, i perdonando verdaderos crímenes, en cambio de adhesiones. Se ríe de los aduladores, respondiendo a veces a una alabanza con una burla o un sarcasmo; i no obstante, su sistema represivo i tirante es el mas a propósito para crear aduladores i envilecer el espíritu del pueblo. Tan pundonoroso como celoso de su honra, es al mismo tiempo mui poco escrupuloso en la eleccion de los medios para llegar a los fines que se propone. Con sus ojos fijos allá en el bien hácia donde él pretende ir, no ve ninguno de los males que hace en el camino. Jamás ha cesado de echar en cara sus vicios i sus malas costumbres a los liberales, con una acrimonía que sentaria mejor en otro hombre de costumbres ménos licenciosas e inmorales que las suyas; i luego vemos que no hai pillo, por vicioso que sea, que no encuentre apoyo, con tal de servir de cuña en su partido. Es un hombre honrado que se ríe a carcajadas de la necedad de los liberales, en haber tomado siempre a lo serio la palabra empeñada de los pelucones. Su veracidad es tan grande, que solo miente en política. Quiere que los puestos públicos sean servidos dignamente; i los provee de jentes viles, que no pueden servir sino de instrumentos de círculo. Ha consagrado el respeto ciego a los mandatarios, como el principal elemento de órden público; i es mui capaz de ridiculizar a su amigo el presidente,

delante del portero de palacio. Trabaja por introducir en la administracion pública la moralidad que, a juicio de los pelucones, faltaba al gobierno de los liberales; i sin embargo ¿qué administracion mas inmoral que la suya? Despues de haber debido ayer su existencia a una serie de traiciones i al derramamiento de sangre chilena, busca hoi su afianzamiento en odiosas persecuciones; i concluirá por elevar mañana el fraude i el engaño al rango de indispensables espedientes políticos. No puede ver a los malos jueces; i luego los obliga a dictar sus fallos i providencias, nó conforme a los principios de justicia, sino mirando los intereses del partido dominante. Le agrada oirse llamar el justiciero; i todavía no hemos visto que haya hecho justicia a sus contrarios.... Pero seria nunca acabar el seguir hablándote de los defectos i contradicciones de este hombre tan poco a propósito para rejir un país que comienza su aprendizaje democrático.

«Mayo 24.

(*A las* 3 *de la tarde*)

«En cambio, ninguno mas adecuado para servir de tropezon a la marcha republicana del país, i ayudar a los pelucones a llevar a cabo sus liberticidas miras.

«No creo que en la historia de las repúblicas hispano-americanas se encuentre un hombre que represente las ideas i tendencias de un partido, con mayor exactitud que la que el carácter, la educacion i los antecedentes de don Diego Portales representan el modo de ser i las tendencias del partido pelucon. Este hombre, verdaderamente estraordinario, bajo mas de un punto de vista, i que por su pésima educacion raya casi siempre en la mas comun vulgaridad, es algo como la encarnacion de las prácticas, usos, costumbres, vicios, preocupaciones i tendencias de los reaccionarios.

«Tal para cual. Sin un hombre de las cualidades i defectos que constituyen el carácter de Portales, no habrian podido los pelucones triunfar del elemento republicano, arraigado ya en todo el país; i sin los reaccionarios, todo el talento del ministro dictador i toda

su enerjía, habrian sido impotentes para llevar a cabo sus miras liberticidas. La misma diversidad de miras de los retrógrados, divididos en facciones que se observan con ojeriza, ha sido un elemento del cual ha sabido aprovecharse Portales, para dominarlos; i ellos se han dejado dominar, en cambio de que él sojuzgue i despotice al país en favor de ellos. Así es que este hombre ha venido a complementar a un partido que, por su diversidad de miras personales, no podia obrar de consuno sin un jefe absoluto que supliera las ideas, que le faltan, i que son el único elemento de union duradera entre los hombres.

«Cada faccion pelucona ha trabajado por ejercer un dominio mas o ménos exclusivo; i Portales, ayudado de la casualidad, ha podido halagar i fomentar las esperanzas de todas ellas. La faccion O'higginista creyó i aun cree que el glorioso vencedor de Chacabuco, convertido despues en miserable dictador de Chile, vendrá a sentarse en la silla presidencial. Los clericales esperan la devolucion de los bienes quitados a los conventos de regulares; i los conservadores en jeneral ven en su hombre de estado el mas poderoso apoyo de los usos, abusos, costumbres i vicios de la colonia. No están ménos contentos los temerosos i pacatos, pues encuentran en el gobierno restrictivo i cruel de Portales, la mas segura garantía de órden público. Los *estanqueros* andan con el placer pintado en la fisonomía; i hasta los que no son nada, han llegado a ser acérrimos partidarios de la administracion, pues durante los gobiernos despóticos, pocos son los que tienen el valor de no batir palmas. Por último, te hablaré, querida mia, de los monarquistas i de los secretos realistas. Estos no pueden ménos que simpatizar con un hombre que llevó su relijion i prudente cordura hasta no herir ni de palabras a los que defendian la Santa causa de Su Majestad; i aquellos aguardan de él la realizacion de una república monárquica, en la cual el presidente será un rei, centro de todos los poderes públicos i gran elector de senadores, diputados, cabildantes, jueces etc. Unos i otros echaban de ménos los buenos tiempos de Su Majestad; pero hoi están contentos, pues que Portales gobernará a lo rei.

«Ahora, si a todas esas cualidades, que tan del gusto son de los reaccionarios, pues que ellas concurren a formar un carácter despótico, agregas la circunstancia de llevar Portales un ilustre apellido, verás, mi querida Lucinda, como cada una de las facciones peluconas habrá de encontrar en don Diego algo que satisfaga sus deseos o esté acorde con sus preocupaciones. Ahora bien, no siendo posible que ninguna de ellas alcance a lograr el dominio a que aspira, sin que se lo impida la ambicion de su vecino, todas prefieren entónces entregarse en manos de un hombre que, sobre no contrariar sus preocupaciones, da pábulo a sus mas bajos instintos i fomenta sus esperanzas de recuperar algo de lo perdido. Por otra parte, los pelucones, a pesar de su discordancia en aspiraciones, codicias i miras de detalles, están acordes en el punto capital de odiar las instituciones republicanas i perseguir sin descanso a los liberales. I como nada hai que una tanto a los espíritus de bajas miras como el odio a un enemigo comun, el rencoroso i vengativo político será el natural vínculo de union entre los elementos heterojéneos que forman el partido reaccionario.

«Aun mas: ese mismo espíritu de intolerancia, de persecuciones hasta la crueldad, de que tantas pruebas ha dado el ministro, forma, con su insolente altanería, una aureola de grandeza para los reaccionarios, educados bajo el réjimen colonial i acostumbrados a la férula monárquica. Su ideal de gobierno es el absoluto, i Portales realiza ese ideal. Unos temen i otros aborrecen la libertad, i Portales parece temerla i aborrecerla al mismo tiempo. Hasta los mas perezosos de entre los pelucones serán capaces de desplegar una gran actividad i enerjía por oponerse a una innovacion, i ¿quién mas activo i enérjico para oponerse al desarrollo de las ideas republicanas que ese mismo Portales, tan perezoso ayer para servir a la independencia de su patria? Los reaccionarios son esclusivistas; su patriotismo es un egoismo disfrazado; ellos se creen la patria, i desprecian al pueblo hasta el punto de negarle toda iniciativa: pues bien, pocos caractéres mas esclusivos que el del intolerante i absoluto ministro, cuyo patrimonio no es mas que *partidarismo*

(perdóname, hijita, esta nueva palabra), i cuyo desprecio por el pueblo es ya proverbial. Acostumbrados los reaccionarios a ver allá en lo antiguo como era despreciada la lei por los gobiernos i como era ademas dictada, con el fin de esclavizar a los gobernados, admiran la noble arrogancia con que su hombre se sobrepone a las leyes, o las manda hacer, para atar las manos a la nacion. ¡Esto es grande!

«Hé aquí como los enemigos de la república entienden el principio de autoridad, el cual será consagrado como un dogma político bajo la administracion del caprichudo i voluntarioso ministro. Este ha dejado entrever que empleará el sistema del favor para premiar adhesiones, como en tiempos del rei; que no buscará talentos especiales para que sirvan a la patria en los destinos públicos, sino amigos ciegos que sirvan al partido; que pondrá la espada de la justicia en manos de los instrumentos de su torpe política; que tratará de arrebatar el derecho de sufrajio a los pueblos, convirtiendo al gobierno en gran elector; i que no retrocederá ante el dolo, el fraude, el espionaje, la injusticia i la crueldad, para mantenerse en su puesto contra la voluntad nacional. I ¿qué cosa mas del gusto de los pelucones que todo eso? Una política intrigante, falaz, engañosa, traidora, abusiva, i al mismo tiempo intolerante, represiva, perseguidora, injusta i cruel, tal como se inicia la política de Portales, es el ideal del peluconismo. I hé aquí como Portales, valiéndose de tantos instrumentos, viene a ser el gran instrumento de los reaccionarios, que han sabido i sabrán aprovecharse, así de las altas cualidades como de las bajas pasiones de su hombre, para realizar sus liberticidas miras.

Mayo 25.

(A la una i media de la tarde.)

«No seré yo, alma mia, quien niegue que en las administraciones pipiolas se ha cometido desaciertos; pero ¡cuán infinitamente mayor no es el número de adelantos que el país les debe! Lo que negaré siempre es que todos los errores cometidos por los liberales

no han podido autorizar razonablemente una revolucion. Porque, aún suponiendo que los liberales hubieran cometido grandes desaciertos ¿por qué no concurrian a enmendarlos, la cordura i el saber de los pelucones? Las administraciones pipiolas no tuvieron nada de esclusivistas; i con un espíritu de fraternidad que las honra, proveian los destinos públicos, sin distincion de colores políticos.

«Jamás han obrado de otra manera los verdaderos amigos de la república; i los pipiolos han probado prácticamente que quien ama a la libertad no aborrece a los hombres. Nunca olvidaré la noble conducta del ejército con que Freire venció a los realistas en Chiloé: no bien depusieron las armas, cuando les apretamos cordialmente la mano. Pero ¿a qué ir a buscar lejanos ejemplos? ¿No se acuerdan los traidores de que ayer no mas, despues de vencerlos en Ochagavía, los abrazamos fraternalmente?

«Los liberales sabian ver en el enemigo al ciudadano, al compatriota, i estaban dispuestos a escuchar las advertencias i consejos dictados por el amor a la patria. Bajo la última administracion se han verificado las elecciones mas libres, i sin fraudes ni engaños oficiales, que yo espero ver en Chile, miéntras sea rejido segun el sistema iniciado por el gran ministro. Ahora bien; siendo esto así, como es notorio, ¿por qué los señores pelucones, en lugar de ensangrentar atrozmente la república, no se valieron de las influencias que les proporcionaban sus riquezas, sus antecedentes sociales i los mismos puestos públicos que ocupaban en el gobierno, para hacer que éste dejara el mal camino? Pero nó: los que hoi se llaman amigos del órden, prefirieron establecer en Chile el precedente de las revoluciones sangrientas que, andando el tiempo, seguirá dando frutos de lágrimas, de desmoralizacion social i de atraso público.....

.....

«Fácil es prever, Lucinda mia, los resultados prácticos de tan fatal sistema de gobierno, atendidos el carácter de los hombres que lo ponen en práctica, i el estado social de un país sin experiencia, recien salido de una vida de envilecimiento; que se encuentra

en una época de transicion, i al cual es mui fácil corromper, i por consiguiente, dominar.

«Un país así, que salta de repente de la monarquía a la república, ha menester de un gobierno que le enseñe a ser republicano, presentándole cotidianos ejemplos de moralidad pública, de probidad política, de respeto a la lei, de patriotismo desinteresado i de amor al progreso. ¿Podremos esperar algo de esto de la administracion pelucona? Lo que estamos palpando dice que nó. ¿Qué buena fe política puede esperarse de los que no solo han faltado prácticamente a su palabra, sino que tratan de elevar la falsía al rango de teoría política, que ya va formando escuela? ¡Con decirte que los señores pelucones nos tachan de crédulos, ilusos e inocentes hasta la necedad, solo porque hemos cometido la mui grande de fiarnos en su palabra de honor! Ellos se han levantado en nombre de nuestra constitucion con el objeto ostensible de defenderla; pero como hacen gala de decir una cosa i hacer lo contrario, yo creo que borrarán la lei fundamental para hacer otra a su manera. I bien se echa de ver qué clase de constitucion dictarán los enemigos de la libertad! Ya andan diciendo que *el pueblo no está preparado para ser rejido por la constitucion pipiola.* Este es su principal estribillo, que se repite, creyendo haber dicho una gran cosa, porque no saben que son ellos los que no están *preparados* para rejir los destinos de un pueblo libre.

«Esta es la verdad; i si así no fuera, nuestros padres habrian sido unos imprudentes en dar el grito de libertad tan prematuramente. Porque ¿estaban los pueblos, en 1810, mejor preparados que hoi para la república? ¿Por qué no esperaron con patriótica paciencia, que los españoles acabaran su tarea de *preparar* a las colonias, para la vida democrática? Ah! Lucinda mia! Si yo tuviera la certidumbre de vivir a tu lado hasta ese dia en que las opresoras aristocracias encuentren ya *preparados* a los pueblos para ejercer sus derechos, te juro por nuestro amor que me creeria en posesion de la felicidad eterna.

«Sí, mi alma, son los usurpadores los que no acabarán jamás de *prepararse* para entregar lo que no les pertenece. Será preciso que

el pueblo les arranque a estirones los derechos i libertades que ha menester para adelantar en la via del progreso, que hoi entreve. Ai! alma mia! esos estirones harán correr rios de sangre.....

.....

«Así pues, don Diego Portales no será sino en el nombre, el ministro de un gobierno republicano. Es algo (si cabe) mas repugnante que un monarca, porque es un rei disfrazado; i bajo el pérfido disfraz republicano, cometerá los mayores crímenes contra la República. A nombre de la libertad nacional, esclavizará a la nacion. Habrá venganzas de todo jénero, i se mandará a los jueces dictar sentencias inícuas contra los enemigos de la administracion.

«Todo esto lo hará Portales, sin necesidad de ser un gran jenio (como ya comienzan a decirlo los necios i los aduladores que especulan con su propia vileza). Bástale favorecer con su activa enerjía las tendencias de los reaccionarios; tendencias acordes con su propio carácter. El jenio crea, inventa; i Portales no necesita crear ni inventar nada para gobernar a lo Virei.

Este hombre, no solamente dominará al partido que lo ha elevado al rango de oráculo infalible, sino que imprimirá a ésta i a las futuras administraciones el sello sangriento de una política de esterminio: sello que jamás habian presentado ántes los gobiernos republicanos en Chile; i voi a darte, mi Lucinda, las razones en que me fundo para pensar así.

«Pongo en primer lugar (aunque no es la primera razon) el talento, la enerjía i la constancia desplegadas por el ministro para hacer imperar su voluntad; a lo cual se agrega su espíritu vengativo, cruel i atrabiliario, que tan del gusto es de los pelucones. En segundo lugar, están la falta de ideas, (de los reaccionarios), su ignorancia de los principios democráticos i su miedo a la libertad: ignorancia i miedo que los harán entregarse a ojos cerrados en manos de su hombre. Ya ántes te he hablado de las analojías entre el carácter de Portales, i la manera de ser de los pelucones. Ahora te haré presente que, siendo los pelucones un partido eminentemente egoista, absorbente, esclusivista i codicioso del po-

der, ayudará al ministro, con todos los elementos que le proporcionen sus influencias personales i sus riquezas, a fin de que Portales los haga para siempre señores absolutos del país. Por último, adueñados del poder, nadie pondrá en duda que habrán de proseguir despues monarquizando la república. I gobernarán, cruel i despóticamente, no tanto porque el absoluto ministro haya impreso a la administracion el sello de la crueldad i del despotismo, cuanto porque esta manera de gobernar es esencialmente española, o lo que es lo mismo, reaccionaria, pelucona. Por consiguiente, los enemigos de la libertad chilena no han menester que Portales, ni nadie, venga a enseñarles a llamarse ellos mismos *la nacion;* a repartirse entre sí todos los puestos públicos; a escluir a sus contrarios de toda participacion en los destinos del país; a negarles sus derechos a los pueblos; a no hallarlos jamas preparados para darles lo que les pertenece; a valerse del poder para enriquecer a sus amigos, i para perseguir a sangre i fuego a sus enemigos; a calumniar a la libertad, echándole en cara todos los males ocasionados por el despotismo; a llamar órden al *statu-quo;* a conservar todo lo existente, sea malo o bueno, i rechazar sistemáticamente toda idea, sea buena o mala; a apropiarse de los adelantos realizados por las mismas ideas que poco há despreciaban, decretándose coronas cívicas por los progresos que el país ha alcanzado, a pesar de ellos mismos... Todo esto lo sabian ya los pelucones mucho tiempo ántes que Portales lo pusiera en práctica. Lo que necesitaban era un hombre que les ayudara a escalar los puestos públicos, i diera a la administracion el tono conveniente.....

.....

«Mayo 25.
(A las 9 de la noche.)

«Que el país progresará relativamente bajo las administraciones peluconas, eso es indudable; pero ello será, no porque los gobiernos sigan la política iniciada hoi por don Diego Portales, sino a pesar de esa política. Chile es un país sesudo, industrioso, traba-

jador i eminentemente comercial; i aunque el carácter pacífico de sus habitantes los aleja de toda clase de revueltas, no estarán jamás tranquilos miéntras no recuperen el uso de la libertad, que necesitan para hacer progresar su industria i su comercio. Por manera que cuantos pasos dé el país en la vía de los adelantos, serán debidos a la noble constancia del pueblo. Los gobiernos se ocuparán en oponerse sistemáticamente a la marcha progresiva de la nacion; en conservar prácticas abusivas, absurdas e inmorales, para conservarse ellos a todo trance, en sus puestos, i en esperar el dia del juicio, es decir, el dia aquel en que el pueblo adquirirá el juicio que (segun los pelucones) há menester para hacer uso de lo que le pertenece.

«Hé ahí, querida mia, la tarea de los pelucones: apénas les quedará tiempo para escribir la historia de los adelantos que la república les debe.....

.....

«Considera ahora cuál no será la corrupcion de un pueblo sin esperiencia, que al comenzar a abrir los ojos, ve en su propio gobierno los mas perniciosos ejemplos de dolo, fraude, traicion i engaños de todo jénero.

«Una de dos: o el país vive en una constante irritacion contra un gobierno así corrompido, o se envilecerá hasta el punto de amar esos mismos vicios consagrados por el ejemplo del poder. Lo primero producirá los levantamientos cotidianos i la constante anarquía; lo segundo corromperá las costumbres políticas, i de aquí pasará la corrupcion al hogar doméstico. No es posible decir cuál será el último grado de envilecimiento a que puede llegar el pueblo por este fatal camino.

«I no será este el mayor mal que don Diego Portales haga a la república, sino que con su fatal sistema de gobierno, desacreditará las instituciones republicanas; pues muchos espíritus lijeros achacarán a estas instituciones los disturbios, desórdenes, absurdos, torpezas, dolores i lágrimas que el país deberá solamente al espíritu monárquico encarnado en el sistema de Portales i disfrazado bajo el manto republicano.

«Mas a pesar de las despóticas dotes del gran estadista, a pesar de toda la riqueza de los pelucones, i por mas esfuerzos que hagan para esclavizar al pueblo, no alcanzarán jamás a apagar el amor a la libertad. Chile ha comenzado a saborear los efectos de este precioso don del cielo, i aspirará siempre a gozarlo por completo. Mui bien puede tropezar i aun caer; pero bien pronto querrá arrancar de manos del gobierno, los derechos i libertades que le usurpara.

«Por su parte, los pelucones harán consistir el decoro del gobierno en despreciar la voz de la nacion, en no escuchar las reclamaciones de los pueblos i en ahogar toda idea que de estos nazca. Hé aquí su gran principio de autoridad. Ellos carecen del espíritu de iniciativa, i tratarán de sofocar ese espíritu en el pueblo. De aquí la division entre gobernantes i gobernados; de aquí la guerra civil, guerra eterna i sin cuartel, que no cesará sino cuando el sistema absurdo, iniciado hoi por Portales, deje de ser practicado por nuestras futuras administraciones.

«Pero miéntras llegan esos tiempos ¡ai, querida mia! cuánta no será la sangre chilena que se derrame! Casi no puedo seguir escribiendo: la pluma tiembla en mis manos. Mas, por otra parte, tampoco me es dado dejar de seguir comunicándote mis ideas, a tí que eres la mitad de mi sér. Amor mio! al enviarte mis pensamientos, me parece que ellos han estado tambien en tu mente; i es tan dulce esta ilusion, que sigo figurándome que nuestras almas piensan a un mismo tiempo las mismas cosas. ¿I qué estraño seria que nuestras almas se unieran, a pesar de la distancia que nos separa? Mira, mi Lucinda, en este momento te siento aquí, junto a mí, sujetando tu respiracion, i con los ojos fijos en estas líneas que para tí escribo. En ellas te digo que yo amo todo lo que es bello i noble, i tú debes creerme desde que te amo a tí. Yo sé que tu amor tiene ese mismo objeto, i por eso aspiro a ennoblecer mas i mas mi espíritu, para hacerme digno de tu corazon. Así mi mente se confundirá con la tuya, cuando ambas tengan idénticos pensamientos; así nuestros corazones permanecerán siempre unidos, cuando ardan en el mismo amor de lo bueno i de lo bello.

«I para mí, no hai espectáculo mas bello que el que presenta un pueblo jóven i lleno de vida, que marcha sin separarse de la senda de la libertad, para hacerse digno de gozar este don de Dios. Hé aquí, alma mia, la verdadera grandeza, mui diferente de la grandeza ficticia de una nacion llena de brillo i de riquezas, pero postrada a los piés de un hombre. Porque la senda de la libertad es el aprendizaje de las ciencias i de las artes, el ejercicio del trabajo, el cultivo del amor i de la fraternidad universal, el fomento de todas las aspiraciones nobles, la realizacion de todas las ideas elevadas i la práctica de todas las virtudes que honran a la humanidad. El pueblo que sigue este camino no se postrará ante un hombre, porque no reconoce otro Dios que Dios; pero doblará la rodilla ante la lei, porque en una nacion así, la lei es la espresion de la verdad, la voluntad de Dios, manifestada por la voz de un pueblo libre.

«¿Encuentras tú, Lucinda mia, algo que sea mas bello, aquí en la tierra que la realizacion de este ideal? Yo sé mui bien la contestacion que me dará tu alma jenerosa, cuyo principal goce es recrearse en la felicidad de los demas. El deseo que tengo de que tu tierno corazon palpite por quien tanto te ama, me hace recordarte mis sacrificios por ese bello ideal. Ese fué el punto de mira de los héroes de nuestra independencia, i hácia él marchaban los buenos hijos de Chile, cuando la democracia ha caido de nuevo en los lazos del viejo espíritu monárquico.....

.....

Mayo 26.

(*Por la mañana.*)

«Acaba de llegar Pedro, que me ha entregado tu carta; i lo he abrazado dos veces, para pagarle el tesoro que me trae. Gracias, mil gracias, adorada mia! Me pides que te devuelva a Pedro prontamente, i así lo haré. Este leal servidor, a quien estimo como a un buen amigo, ha llorado, contándome... pero, olvidemos esto, i demos gracias a la Providencia que sabe velar por los que tienen fe, i hasta por los que no creen en ella.

«Miéntras Pedro encuentra donde comprar un caballo para volverse a Molina (pues el suyo ha caido muerto poco ántes de llegar aquí), yo voi a contestarte.

«Para esto tengo que hacer un esfuerzo sobre mí mismo, pues los ojos se me van sobre tu preciosa carta; i casi no me deja escribir, el deseo de volver a releer tus lindos párrafos, endonde veo trasparentada la ternura de tu corazon. Pero es preciso que concluya esta contestacion.

«El jeneral, ya algo restablecido, está mui contento por la manera como has escapado de tantos peligros; i me encarga manifestarte su gratitud por las cariñosas espresiones que para él vienen en tu carta.

«Dile a mi excelente amigo Tronera que su valeroso i abnegado comportamiento ha merecido mil alabanzas de parte del jeneral; i de la mia, agrégale que no le dices nada, porque no hallo cómo espresarle mis sentimientos de gratitud i cordialidad. A la bonísima señora, en cuya casa te has hospedado, le dirás que la quiero con toda mi alma; i que en cuanto las circunstancias me lo permitan, iré a Molina a satisfacer los deseos que tengo de conocerla i abrazarla.

«Tenemos fundadas razones para creer que nuestro escondite ha sido descubierto por los ajentes del gobierno, i pensamos ponernos en camino esta misma noche para Santiago, endonde podremos permanecer ocultos con ménos probabilidad de ser descubiertos que en cualquier lugar de provincia.

«Ah! querida de mi corazon! Es menester que huyamos del gobierno todos los que amamos la libertad i el progreso de Chile. Somos estranjeros en nuestra propia patria, i no nos es dado esperar misericordia ni benevolencia de parte de quienes están dispuestos a no concedernos aun el uso de nuestros derechos. Chile no es ya de los chilenos, sino de los antiguos amigos de España. Los que aun tenemos amor a la libertad i fe en la república, debemos ir a ocultar ese amor i esa fe, como se oculta un crímen. Sí, alma mia, nos alejaremos de aquí, porque no quiero que mis hijos abran los ojos,

viendo entronizada la injusticia, i elevados, el fraude i el engaño, al rango de virtudes.

Si algun dia la patria me ha menester, volveré a darle lo poco de vida que me quede; pero miéntras tanto, vivirémos allá, en aquel lugarcito de costa, de que ya otras veces te he hablado. Te acuerdas? Es una ensenada de cerros coronados de robles seculares i cubiertas sus faldas de *quillayes*, *peumos*, *litres* i avellanos. En la mitad de la falda hai una meseta, endonde parece que la mano de un jenio benéfico hubiera reunido los árboles mas hermosos. Mil matices del verde, alternan en el unido follaje de los árboles, desde el ceniciento de los *ulmos* i el brillante acerado de los corpulentos *quillayes*, hasta el oscuro del *boldo*, con sus granos de oro, i el lustroso de las pataguas salpicadas de flores olorosas i blancas como el azahar. Desde aquella meseta se divisa el mar, que rompe sus olas en la pedregosa base de la montaña. A là derecha i a la espalda se elevan los jigantescos cerros, i a la izquierda se despeña un torrente bullicioso, cuya corriente ha cavado en las faldas del monte una quebrada que desemboca en el océano. Solo se oye el ruido de la cascada en la cumbre del cerro, el golpe de la ola allá abajo, i el murmullo de la corriente que se desliza por debajo de los árboles que bordan la quebrada, ocultando a médias el abismo con los lazos, festones i cortinajes de *boqui*, de *coileras* i *copihues*, i de otras mil enredaderas. Allí en la meseta haremos una casita, medio oculta entre el precioso grupo de *boldos*, *litres*, *peumos* i arrayanes. Sobre el abismo de la quebrada, habrá un balconcito, que será nuestro lugar predilecto, porque allí platicarémos juntos: desde allí admirarémos todas las tardes la majestad del sol poniente, al hundirse en las aguas del mar, i gozarémos del canto de los pájaros que buscan sus dormitorios entre el follaje de los árboles.

«Me parece que te veo, alma mia, embelleciendo con tu presencia ese quequeño, pero dulce hogar. Me figuro verte allí adorada, no solo por mí, i por nuestros hijos, herederos de la bondad i dulzura de su madre, sino tambien por todas las jentes del lugarcito, a quienes

tú harás tantos beneficios, que llegarán a mirarte como su ánjel tutelar.

«Adios, vida de mi alma! ruega al cielo que se realicen estos sueños; que yo estoi seguro de que Dios oirá los ruegos de un ánjel.»

Lucinda habia leido esta larga carta, no sin que las lágrimas hubiesen venido varias veces a sus ojos. Cuando hubo concluido, lanzó un suspiro, que fué de dolor i de placer al mismo tiempo. Pero bien pronto no quedaron en su mente, sino las imájenes producidas por los últimos párrafos de la carta; i dando gracias a Dios, que le conservaba a su querido esposo, elevó sus ojos al cielo, i murmuró con ese acento que solo se encuentra en las palabras de una mujer:

—Dios mio! Sin duda que el amor es un precioso don, emanado de vuestra bondad infinita, cuando tan dulce es amar i ser amada de esta manera!

——:o:——

CAPITULO LVIII.

EL DESTERRADO.

«El pago de Chile!»

(Dicho popular.)

La carta anterior era seguida de una posdata que decia:

«Ultimamente habia pensado irme con Pedro, a Molina; pero se han confirmado las noticias que nos dieron esta mañana, de haber sido descubierto nuestro escondite. ¿Cómo dejar al jeneral solo en el estado en que se halla? Prefiero quedarme por ahora, i enviarte a Pedro. En cuanto deje a don Ramon en lugar seguro, me pondré en marcha para esa Villa, disfrazado de arriero. No obstante, si tú insistes en venirte, no dejes de hacerlo por el camino de la costa, sobre lo cual escribo largamente a Pepe. Yo tomaré esa misma via; por manera que si ustedes se vienen ántes de una semana, tengo por cierto de que nos habremos de encontrar en el camino. Pedro, que va bien advertido sobre el particular, conoce el disfraz que llevaré. De todos modos sigue las indicaciones de Tronera, en cuya prudencia i valor tengo plena confianza.—Adios otra vez, alma mia.»

Tronera, despues de leer su carta, pasó rápidamente la vista por la de Lucinda; i aunque manifestó cierta tristeza i desagrado durante esta última lectura, bien pronto volvió a su natural alegría. Preguntó a Lucinda si estaba dispuesta a ponerse en marcha al siguiente dia, i habiendo ésta contestado afirmativamente, empezó Pepe a disponer todo lo necesario. Ya habia comprado dos buenos caballos con este objeto, así como un sillon cómodo para Lucinda; pero con los últimos gastos, se le agotó el dinero, i tuvo que recurrir a la bolsa de doña Manuela.

La jenerosa señora puso a disposicion de Lucinda, no solamente el dinero que necesitaban, sino todo cuanto ella tenia, rogándo a Pepe que elijiese en su fundo los mejores caballos i mulas para el viaje; pero Lucinda solo aceptó el dinero, prometiendo devolverlo a su llegada a Santiago, i concluyendo con decir a doña Manuela, que jamas podria pagar los hospitalarios beneficios con que la habia favorecido. A esto la buena señora contestó, con las lágrimas en los ojos:

—¿I te parece poco pago, hijita, el placer que me has dado con tu sabrosa compañía? Bien sabido es aquello de que: quien bien te acompaña, te engorda; i yo creo que tú me has hecho engordar mas de dos dedos, a pesar de los sustos que hemos tenido que sufrir: que no hai paciencia para aguantar estos tiempos como están. Pero a lo hecho pecho, i lo pasado, pasado, i cúmplase la voluntad de Dios, quien nos manda sufrir con paciencia las adversidades i flaquezas de nuestros prójimos. Y el que no tiene paciencia no gana esperiencia; así como al que no aguanta, nadie lo aguanta, pues, como dijo el otro: hombre poco sufrido, siempre mal avenido; i el que no sabe llevar la carga, ántes se carga que no se descarga. Yo quisiera, mi alma, irme a vivir a la capital, solo por tener el gusto de verte todos los dias; pero no puedo, i los cortos medios son rigorosos jueces. Quien mas vive mas sabe; i ahora vengo yo a saber, por esperiencia, aquello de que no es bueno hacerse con lo que no ha de durar. Pero no digo esto para que te aflijas, prosiguió, viendo que Lucinda se entristecia. Eso sí que nó; mírame como yo estoi alegre, porque todavía te veo, pues tambien es preciso gozar del sol miéntras dura, i mas vale una hora de alegría, que cien años de tristeza, la cual dicen que es cosa inventada por el diablo, i solo sirve para matar al cristiano, como con cuchillo de palo; miéntras que la alegría es cosa de Dios. I ahora, espérame aquí sentadita en mi cojin, miéntras yo voi a la cocina a ver si se han cocido ya los pollos para el *cocavi* que has de llevar.

Diciendo esto, la señora salió tarareando una tonadilla; pero en cuanto estuvo fuera de la pieza, calló i se limpió los ojos con la falda de su camizon de angaripola.

Aun no habia amanecido el dia siguiente, cuando ya Tronera i Pedro tenian preparadas las cabalgaduras i cargadas dos mulas; la una con un almofrej, endonde llevaban las camas, i la otra con el *cocaví*, compuesto de una multitud de atados i canastos llenos de municiones de boca.

La carabana se puso en marcha, despues de haberse despedido de doña Manuela, quien, habiendo hecho persignarse a Lucinda al tiempo de montar a caballo, prometió quedarse rezando un rosario a la Vírjen, para que librase a los viajeros de todo peligro.

Lucinda, entre Tronera i Pedro, formaban la vanguardia; i las dos mulas, arreadas por dos inquilinos del fundo de doña Manuela, constituian la retaguardia. Estos iban armados solamente de sus catanas, pues no habian querido recibir las pistolas que Pedro les ofreciera, en razon a que ninguno de ellos sabia manejarlas.

En cuanto a Pedro, ademas del machete de que siempre estaba provista la cabeza de la enjalma de su montura, llevaba dos pares de pistolas en la faja que rodeaba su cintura: i Tronera, a sus pistolas de cuatro cañones, habia agregado su espada, que tan bien sabia manejar. Pepe, con el aire de un hacendado campesino, llevaba pantalones de barragan, grandes espuelas, chaqueta de paño azul con alamares negros, chaleco de cotonía amarilla, faja de seda, cuyas flecaduras le llegaban casi a las rodillas, poncho de lana *cari* con guardas lacres, i gran sombrero de pita, sujeto con el fiador por debajo de la barba, desde donde pendia una borla que le llegaba al estómago. A fin de evitar sospechas, llevaba su cortante espada envuelta en un atado de pasto seco, que habia acomodado sobre el almofrej.

Afortunadamente nuestros viajeros no tuvieron que hacer uso de sus armas, en los cuatro dias que duró la marcha, pues, gracias a las medidas tomadas por Pepe Tronera, cuya prudencia desmintió esta vez el apellido que llevaba, nada les sucedió que merezca ser narrado. Tan precavido fué entónces el amigo de Anselmo, que, a pesar de las largas patillas postizas i del polvo de carbon con que habia desfigurado su rostro, determinó entrar a la capital, cuando ya habia oscurecido. Eso sí que tuvo cuidado de enviar adelante a los mozos con las mulas, dándoles las señas de la casa de Andres

Muñoz: por lo que, cuando él llegó con Lucinda i Pedro, ya Cecilia los esperaba con la mayor impaciencia.

Abrazó Lucinda a su amiga, con muestras del mayor regocijo, i poco despues llegó Anselmo acompañado de Andres, quien habia ido a poner en conocimiento de aquél la feliz llegada de su esposa.

Renunciamos a pintar el contento de Anselmo i de Lucinda al estrecharse mutuamente entre sus brazos. Hablaban i reian a un tiempo; se hacian mutuas preguntas, que quedaban sin contestacion, i volvian a abrazarse, para quedar en seguida mirándose sin hablar una palabra. Restablecida algun tanto la tranquilidad de los espíritus, pudieron Lucinda i Pepe informarse del estado de las cosas en Santiago.

Hé aquí lo que Andres i Anselmo contaron a los recien llegados. El escondite del jeneral Freire habia sido descubierto por don Catalino Gacetilla, quien, deseando obtener una administracion de estanco, se habia convertido en declarado gobiernista. En ese mismo dia, Freire habia sido tomado preso, i permanecia aun en la prision, sin saber nadie lo que el gobierno pensaba hacer de él. Temíase que Portales lo hiciera juzgar i sentenciar a muerte, pues el gobierno, despues de su victoria en Lircai, habia desplegado un verdadero lujo de crueldad contra los vencidos.

Freire, con todos los jefes, oficiales i soldados que pelearon a sus órdenes en Lircai, habian sido dados de baja por un decreto, al cual se le puso una fecha mui anterior a la de su promulgacion, con el traidor fin de convertirlo en una arma arrojadiza contra enemigos indefensos. I no era esto solo; pues, a pesar de esceptuarse por dicho decreto «todos aquellos que depusieren voluntariamente las armas», hubo muchos a quienes no les valió su actitud pasiva para dejar de ser cruelmente perseguidos.

Portales queria pacificar el país i restituir la tranquilidad a los ánimos, persiguiendo sin cuartel a los pipiolos. No importaba que éstos fuesen jentes pacíficas, que no hubieran tomado parte activa en la revolucion. Sus simples opiniones políticas bastaban para condenarlos a prision, a destierro, a muerte, o a confiscacion de sus bienes. I habia llegado a tal punto el odio de Portales contra el pipiolismo, que el gobierno creia de su deber insultar a las mujeres de los pipiolos.

—A buen tiempo hemos llegado! esclamó Pepe Tronera, oyendo la relacion anterior hecha por Andres. Cualquiera diria que hemos retrocedido a la colonia.

—I diria la verdad, agregó Anselmo, pues Portales, a pesar de ser un hombre de talento, no tiene el suficiente, ni tampoco la instruccion que se necesita para conocer que a la fecha no es mas que un instrumento de los reaccionarios.

Conversando de esta manera estaban, cuando oyeron en el patio esterior la voz siempre elevada i clara de don Catalino Gacetilla, que preguntaba a álguien:

—Ah! ¿Eres Pedro? Bien disfrazado vienes: pero responde, hijo, porque no tienes para qué ocultarte de mí. ¿Sabes algo de Anselmo? Ah! estas mulas me indican que Lucinda ha llegado. Animal! En vez de responder, se echa sobre mí... Si estará borracho! Ay! ¡I me hace tortilla este pié, con sus bototos de puente de cal i canto!

—Don Catalino! esclamó Andres... Pepe! ponte tus patillas; i tú, Anselmo, sepárate de Lucinda. Acuérdense de que ha vendido a Freire!

Por fortuna, Anselmo conservaba su disfraz de hombre del pueblo, que se habia visto en la necesidad de usar para escapar a las pesquisas, i que consistia en unos pantalones de cordoncillo, un poncho listado i un bonete azul. Miéntras Andres hablaba, Tronera se habia puesto las patillas, diciendo en voz baja:

—Yo soi un guaso que vengo a comprar un par de caballos al amigo Muñoz; i tú, Anselmo, eres mi sirviente de confianza.

No tuvo tiempo de decir mas, porque Gacetilla entró. Lucinda i Cecilia se habian retirado a un rincon poco alumbrado. Pepe i Andres parecian tratar mano a mano su negocio, i Anselmo se habia sentado respetuosamente en una silla retirada, endonde permanecia sin hablar palabra i con su bonete en las manos.

—Mi señor don Andres, dijo Gacetilla al entrar: ¿cómo está usted?... I usted, mi *siá* Cecilia, cómo lo pasa? En cuanto a mí, no lo paso mui bien en este momento, pues un maldito guaso que encontré ahí fuera, me acaba de dar un pisoton en un callo que tengo mui sensible... Mui buenas noches, señor, prosiguió, dirijiéndose a Pepe, quien solo contestó con una inclinacion de cabeza i tocando el ala de su *guarapon*. Vaya, mi *siá* Cecilia: como se lo digo, ese guaso me ha hecho ver estrellas.

—No me gusta la bulla, dijo Pepe, con voz ronca; i si le parece a usted, señor Muñoz, podemos ir a tratar de nuestro negocio en otra parte.

—¡Qué guaso tan bruto! murmuró don Catalino. Apostaria mi

cabeza a que es de Colchagua. ¿Conque el señor es negociante? preguntó en voz alta, dirijiéndose a Muñoz.

—Sí, amigo mio, respondió éste. Ha venido a comprarme mi pareja de caballos tordillos; pero los encuentra caros por ciento sesenta pesos que le pido.

—Oh! esclamó el entrometido hablador; mui poca plata es esa por unos caballos tan buenos, i sobre todo, tan parecidos, *que son ver al uno, ver al otro.* Créame a mí, prosiguió, dirijiéndose familiarmente a Pepe: yo no conozco unos animales mas bien arreglados, *de mejor boca i mas atentos* que esos. Son como regalados, por esa plata!

—Acabemos, dijo Tronera, sin hacer caso de la palabrería del hablantin. ¿Me da o nó los caballos por ocho onzas de oro?

—Mañana le contestaré, respondió Muñoz, como dudando. Ahora le ruego que se aloje aquí.

—Le acepto, dijo Tronera; pero no se incomoden ustedes por mí en arreglarme cuarto para dormir, pues yo viajo siempre con cama i petacas. Mira, prosiguió, dirijiéndose a Anselmo. Desensilla los caballos, i ten cuidado de no desaparejar las mulas hasta que se enfrien. ¿Entiendes? Abre el almofrej, i hazme luego mi cama en un rincon del corredor, porque a mí me gusta dormir a todo campo. I mueve los piés, pues ya me va viniendo el sueño.

Miéntras Pepe decia esto a media voz, se habia acercado a Anselmo, a quien empujó hácia afuera, con el objeto de hacerle algunas advertencias en voz baja.

En seguida volvió a entrar, a tiempo que Gacetilla decia, clavando en Lucinda su escudriñadora mirada:

—Pues yo creí al principio que esos caballos i esas mulas eran de Lucinda, que acabaria de llegar, pues el reverendo Hipocreitía me escribió encargándome mucho el secreto (pero aquí hablo entre amigos): me escribió diciéndome que Lucinda estaba en Molina, i que pronto se pondria en marcha con destino a esta capital, acompañada de Pepe Tronera.

Diciendo esto, dirijió la vista hácia Pepe, quien sacó su pañuelo i se lo pasó por la cara. Poco despues, don Catalino volvió a mirar a Lucinda; i como viera que la jóven tenia la cara atada i cubierta la cabeza con su pañuelo de rebozo, le preguntó:

—¿Está usted enferma de las muelas, señorita?

—Sí, señor, respondió prontamente Cecilia; pero mi pobre amiga no ha podido contestarle, porque es sorda como una tapia.

—Qué desgracia! esclamó el novelero. Pues ya le digo, mi *siá* Cecilia: si Lucinda no ha llegado, llegará bien pronto; i yo he buscado mucho a Anselmo, para darle esta noticia... Pero, a propósito de noticias: ¿no sabe lo que hai, señor Muñoz? Ya el gobierno no piensa en hacer fusilar a Freire.....

Una esclamacion de Lucinda interrumpió a don Catalino.

—¿I qué piensa hacer? preguntó Andres, tratando de dominar su emocion.

—Desterrarlo al Perú, respondió Gacetilla. Lo sé de buena tinta. Mañana saldrá de aquí, bien escoltado, para el puerto de Valparaíso. ¡Pobre jeneral! tan bueno, tan patriota i tan valiente! ¿No es lástima que se destierre a un jeneral tan benémerito, que ha peleado tan bien por nuestra Independencia? Pero ya se ve! Este es el pago de Chile!

—Pues a mí me da lo mismo que lo destierren al Perú o la gran China, dijo Andres.

—I a mí tambien, agregó Pepe con voz sorda, i mirando de reojo a Gacetilla.

—Pues yo no puedo dejar de sentirlo, repuso éste, porque (no puedo negarlo) quiero verdaderamente al jeneral, i sé estimar sus méritos. Oh! el pago de Chile!

Al oir hablar de este modo al mismo que acababa de vender a don Ramon Freire, no pudo Tronera dejar de hacer un brusco movimiento de indignacion, con el cual tuvo la desgracia de cortar uno de los cordones que sujetaban por detras de las orejas sus postizas patillas. Estas cayeron por un lado, quedando en descubierto una parte de su rostro: i viendo esto el impávido Gacetilla, comenzó a reir sarcásticamente. Pero se le heló la risa en los labios, al notar que Pepe, alzándose rápidamente de su asiento, sacó la espada que llevaba debajo del poncho, i saltó hácia el imprudente parlanchin. Este vió relampaguear la espada sobre su cabeza, i quiso gritar; pero dos o tres golpes asentados con mano firme sobre sus espaldas, lo echaron al suelo.

—Si usted da el menor grito lo mato aquí como a un perro, le dijo Tronera.

—¿I qué he hecho yo para merecer este mal tratamiento? preguntó humildemente don Catalino.

—Usted ha vendido a nuestro jeneral.....

—¿Yo vender a un hombre tan benemérito, i a quien amo i respeto tanto?

—Calle el miserable! esclamó Pepe, quitándose el sombrero i arrancándose la barba postiza. Míreme usted! Yo soi Pepe Tronera, i se lo digo porque estoi seguro de que no me ha de ir a denunciar.

—¿Yo denunciarlo a usted, señor Tronera? dijo Gacetilla, alzándose del suelo i tomando su sombrero como para retirarse. Nó! jamás! Yo soi un hombre honrado e incapaz de delatar a nadie.

—Pues con gobiernos como el que tenemos, los hombres mas honrados se convierten en delatores, repuso Tronera con amenazante voz. Dígaselo usted así al gran Portales cuando vaya a hacerse cargo del estanco que le han ofrecido a usted por su deslealtad. I adviértale al estupendo político que, dando los destinos lucrativos en cambio de infamias como la que usted ha cometido, convierte la delacion en un oficio provechoso. Dígale de mi parte que siga sacrificando el decoro nacional en aras de la traicion, pues a esta diosa le deben ellos la victoria; que no perdonen a nuestra constitucion, a la cual, aparentando defenderla, le han dado el beso de Júdas: que la pisoteen i que dicten otra contraria a los principios republicanos. Agréguele usted a ese portentoso político que siga traicionando estos principios con la promulgacion de leyes torpes i restrictivas, en lo cual se obrará lójicamente, pues un gobierno endonde impera la voz de los antiguos perseguidores de los patriotas, debe dictar leyes contra la República chilena... No se le olvide decirle al profundo estadista i eminente patriota que emplee todos sus talentos en convertir a Chile en la caricatura de una república, i toda su enerjía i patriotismo, en vengarse de sus enemigos i en perseguir a sangre i fuego a los pipiolos, para que el país se tranquilice i permanezca quieto, así como está usted ahora, porque ve la penca sobre su cabeza. Y por último, adviértale usted al traidor a la libertad de su patria, que se cuide de los traidores!

Tronera habia llegado al último grado de exaltacion; i temiendo Andres que se dejase llevar de su arrebato, le dijo:

—Basta, amigo mio. Baja tu espada, pues no hai necesidad de amenazas, para que don Catalino guarde silencio.

—Yo no sé cómo no mato a este bribon! dijo sordamente Tronera, a tiempo que Cecilia i Lucinda salian del cuarto.

—No lo harás! observó entónces Anselmo, que entraba en ese momento. Dáme tu espada! Tu amigo te la pide.

—Tómala! contestó Pepe entregándosela, porque si la sigo te-

niendo en mi mano, no respondo de mí mismo. La vista de este traidor me revuelve las entrañas.

Don Catalino, que habia permanecido mordiéndose la lengua miéntras estaba amenazado de muerte, rompió a hablar, en cuanto cesó el peligro.

—Anselmo, amigo mio! dijo, abrazando al jóven. Líbrame, por tu vida! Mira que soi inocente... Yo te juro que nadie sabrá nada por mi boca.

—No necesita usted jurarlo, repuso Tronera: usted no nos denunciará, porque no saldrá de esta casa.

—¿I qué piensan ustedes hacer conmigo?

—Deberíamos cortarle la lengua, respondió Tronera, pero nos contentarémos con encerrarlo.

Diciendo esto, llamó a Pedro; i atando con unos cordeles al pobre don Catalino, lleváronlo a un pajar de la casa, endonde lo dejaron enterrado én la paja, hasta el pescuezo, i con un pañuelo retorcido en la boca, para que no gritase.

Miéntras se ejecutaba esta operacion, Andres i Anselmo decian al preso que se prestase buenamente a todo, i que en cuanto Tronera se marcharse, ellos vendrian a librarlo de su prision.

Nuestros amigos cenaron en seguida, i luego se acostaron a dormir tranquilos, sin temor de ser descubiertos.

Al dia siguiente, Andres fué, acompañado de Lucinda, a casa de doña Estrella Clavijo, la cual abrazó a su amiga con grandes muestras de contento. Afortunadamente no estaba allí el señor don Cándido de la Rueda, pues, a estar en casa, habria recibido con no poco disgusto a la esposa de un pipiolo cruelmente perseguido. El buen señor se habia metido de lleno con los pelucones, i pretendia nada ménos que ser Senador. Era pues, un furioso partidario del gobierno de Portales; así es que ya no podia mantener relaciones, ni aun indirectas, con nada que oliera a pipiolismo.

Lucinda rogó a doña Estrella que, valiéndose de su influjo con Portales, le consiguiese el permiso de ver a Freire en su prision: a lo que contestó la esposa de don Cándido que esto era imposible, pues esa misma mañana se habian llevado al jeneral, bien escoltado, para Valparaiso, donde debia embarcarse, con rumbo al Callao.

Habiéndose despedido de su amiga, volvióse prontamente Lucinda a su alojamiento, endonde habló con Anselmo para manifestarle la necesidad de trasladarse en seguida a Valparaíso. El jóven fué

de la misma opinion, i Andres se encargó de buscar un birlocho para el cual tenia buenos caballos.

Antes de medio dia, ya estaba todo preparado para el viaje. Lucinda ocuparia el birlocho; Anselmo haria de postillon, i Pepe Tronera, acompañado de Pedro, serian los que arreaban los caballos de remuda.

Dos dias despues, el muelle de Valparaiso estaba cubierto de curiosos, diseminados en diversos grupos, que parecian esperar algo. Varios botes i lanchas cruzaban el embarcadero o permanecian amarrados a las estacas de roble plantadas en la orilla. Al pié del muelle se veia un bote blanco, con cuatro bogadores por banda, que tenian sus remos alzados en alto. De repente, un movimiento se hizo notar entre las jentes del muelle, i todos los ojos se dirijieron a un grupo compuesto de ocho o diez personas, en cuyo centro venia un caballero vestido de paisano; pero cuyo aire marcial i apuesto continente, revelaban al jefe acostumbrado a vencer en los campos de batalla.

Era don Ramon Freire, que venia entre dos oficiales. Rodeábanlo varios caballeros que habian tenido la valentía de ir a decirle el último adios. Detras de ellos marchaba acompasadamente un piquete de infantería. Al pasar por enfrente de los grupos que cubrian el borde de la playa, muchas personas se tocaron el sombrero; saludo mudo pero espresivo, al cual contestó el jeneral, con muestras de verdadera satisfaccion.

Al llegar al bote, don Ramon dió el último adios a sus amigos, i se sentó en el banco de popa, entre los dos oficiales que lo custodiaban. Uno tomó la caña del timon i dió la voz de mando. Los remos cayeron a un tiempo en las chumaceras i empezaron a moverse como las aletas de un pescado. El bote viró i nadó velozmente hácia un bergantin que se columpiaba en la bahía, i cuyas blancas velas comenzaban a desplegarse como las alas del cisne próximo a emprender el vuelo.

Subidos sobre cubierta, los oficiales pusieron al prisionero a disposicion del capitan del buque, a quien entregaron, al mismo tiempo, un pliego de instrucciones firmado por el ministro Portales. Segun ellas, el bergantin debia zarpar al momento, i darse a la vela, con rumbo al Callao, endonde el capitan haria desembarcar al exjeneral Freire.

Cumplida su comision, los oficiales se despidieron de su antiguo jefe, deseándole un buen viaje, i se volvieron a tierra. Don Ramon

los divisaba alejarse, con marcadas muestras de tristeza, cuando acertó a ver que otro bote acababa de atracar al pié de la escala del bergantin, i que una mujer le hacia señas desde abajo con un pañuelo blanco. Inclinóse sobre la borda, i, con gran admiracion, reconoció a Lucinda que llegaba sin mas compañía que los remeros. Uno de estos, que parecia mas ájil i esforzado que sus compañeros, saltó sobre la escala i ayudó a subir a la jóven, a quien Freire recibió con los brazos abiertos.

—Lucinda! le dijo en voz baja: algo de estraordinario sucede cuando te has atrevido a venir sola.

—No vengo sola, respondió ella: ese marinero que me ha ayudado a subir, es Pepe Tronera, disfrazado.

El jeneral dirijió la vista hácia Tronera, que, a pocos pasos de distancia, parecia no apercibirse de la conversacion de que era objeto.

—Es un bravo muchacho, dijo Freire. ¿I Anselmo?

—Véalo usted, respondió Lucinda, mirando de reojo a un marinero que, con la mayor naturalidad, subia por una escala de cuerda.

—Ah! Parece un hombre de mar.... pero ya me acuerdo de que en Chiloé tuvo que ejercitarse en este oficio. Ahora esplícame: ¿qué significa todo esto?

—Esto significa, respondió Lucinda, que al verlo salir a usted del país, hemos resuelto acompañarlo i correr su misma suerte. Anselmo se contrató aquí de marinero, con la esperanza de que yo podria conseguir del capitan un camarote, aun cuando fuese pagando el doble.

—¡Cuánto te agradezco a tí, hija mia! i a ese pobre muchacho, con el cual he sido una vez injusto! Pero.....

—No hablemos de esto, señor. Yo deseo con toda mi alma salir de Chile con mi esposo. Dígame: ¿podria conseguirse del capitan.....?

—Aguárdame aquí un momento, dijo Freire. Ahora me acuerdo de que, en años atras, yo hice un buen servicio al capitan de este buque. Voi a hablar con él.

Dicho esto, se dirijió al camarote del capitan, i luego volvió diciendo:

—He conseguido para tí un buen camarote; pero es preciso que vayas pronto a encerrarte en él. Yo te llevaré, prosiguió, tomando a Lucinda de la mano i bajando una escalera. Acabo de recordar a ese hombre que lo he librado una vez de la muerte, i le he dicho

que tú eres una sobrina mia, sin mas apoyo que yo, i que deseas irte al Callao, endonde te espera tu esposo.

Lucinda entró en el camarote que Freire le indicó, i éste volvió a subir la escalera. Sobre la cubierta estaba Pepe observándolo todo, pero sin que nadie lo echase de ver. Al pasar junto a él, Freire le dió con el codo, pronunciando al mismo tiempo estas palabras en voz baja:

—Gracias, amigo. Vete.

Tronera se sacó el sombrero, sin mirar al jeneral (en cuyos movimientos nadie se habia fijado, ocupados como estaban en los arreglos de la partida); i bajando rápidamente la escala, saltó al bote, el cual se alejó del buque, impelido por los cuatro remos.

En ese momento se elevaban los últimos fardos del equipaje del jeneral, i solo quedaba una lancha al costado del buque. Poco despues no habia ninguna. Rechinó la cadena, envolviéndose en torno del cabrestante: arrancóse de raiz el ancla, i el barco, puesto en libertad, bamboleó indolentemente, i luego empezó a virar, obedeciendo a la accion combinada del timon i de las velas. Enhuecáronse al fin éstas, impelidas por una lijera brisa del sur-este, que susurraba por entre las jarcias, tendidas como las cuerdas de una harpa; i el bergantin, lijero como una gaviota, se lanzó mar afuera, resbalando sobre la líquida llanura.

Miéntras los marineros obedecian la voz de su jefe, el desterrado jeneral, de pié en la popa del buque, tenia los ojos fijos en el puerto, cuyos cerros, hogares i humos hospitalarios se iban poco a poco alejando. A medida que se ensanchaba el horizonte, los cerros se hacian mas pequeños i oscuros. El proscrito, sin separar de ellos sus ojos humedecidos, se aferraba de la borda del buque. Bien pronto no vió mas que una ancha faja verdinegra, al traves de un diáfano velo de vapor. En seguida vió descollar sobre aquella faja la nevada cresta de los Andes, matizada de mil colores por los últimos rayos del sol, que comenzaban a hundirse en el mar. El triste proscripto elevó su corazon a los ojos para mirar por la última vez esa gran montaña, que iba descubriéndose i alzándose poco a poco, hasta presentarse en todo su esplendor i majestad.

Al pié de ella se estendia un riquísimo valle, teatro de tantas proezas; allí quedaba esa patria que tanto habia amado; allí estaban los hogares de sus conciudadanos, que él habia defendido con su espada; allí estaba el hogar de su esposa i de sus hijos, hogar que ya no era el suyo i que tal vez no volveria a ver jamas. Una lá-

grima ardiente rodó por su mejilla, i suspiró. La montaña habia comenzado a descender; sus colores se apagaban a medida que el sol se ocultaba detras de la inmensidad de las aguas; i la alta cumbre se confundió con la línea de la costa, que al fin desapareció del horizonte. Mas no por esto dejó el desterrado de seguirla viendo en su imajinacion, exaltada por la tristeza. Podian desterrarlo de su país, pero no quitarle de su corazon el amor a la patria, que él habia ayudado a formar i a enaltecer.

FIN.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

PAJ.

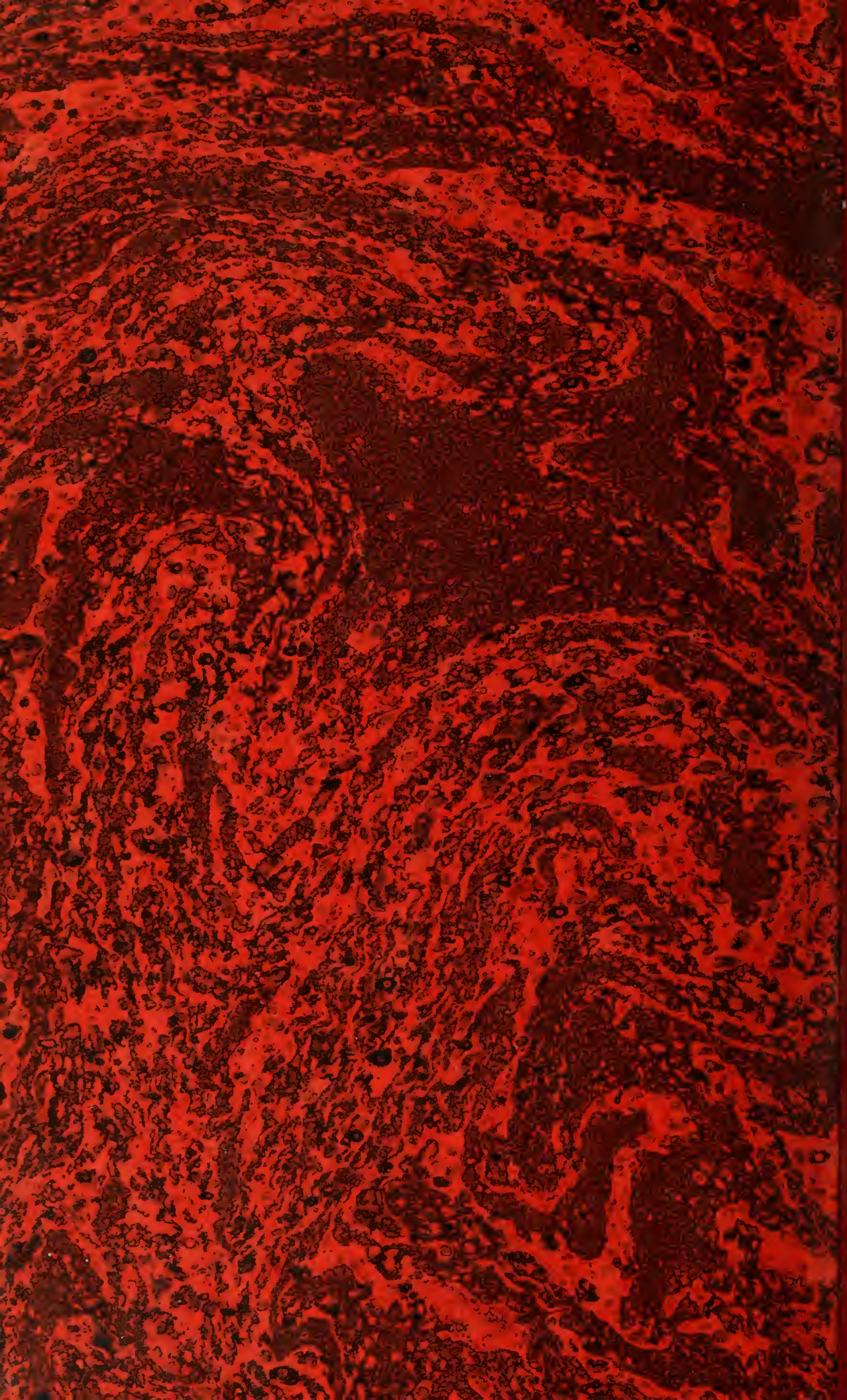
Cap. I.—Manera espedita i graciosa de elejir un presidente, descubierta i puesta en práctica por el partido pelucon..... 5
Cap. II.—Miguel Turra se retira del mundo i don Policarpo de Santiago..... 8
Cap. III.—Detras del placer está el dolor..... 14
Cap. IV.—Anselmo i Anjelina..... 19
Cap. V.—La intentona frustrada..... 23
Cap. VI.—Anselmo se encuentra entre la espada i la pared. 27
Cap. VII.—A desesperado mal, desesperado remedio..... 32
Cap. VIII.—¡Vivan novios i padrinos!..... 38
Cap. IX.—La sorpresa..... 43
Cap. X.—Tronera..... 48
Cap. XI.—El último pensamiento de una madre..... 53
Cap. XII.—El padre sigue rastreando..... 59
Cap. XIII.—Gacetilla se enreda de la lengua i cae a la cárcel..... 64
Cap. XIV.—Esfuerzos del gobierno para obtener la paz..... 69
Cap. XV.—Hipocreitía i Franco..... 75
Cap. XVI.—A nuevos esfuerzos, nuevas resistencias..... 83
Cap. XVII.—En vísperas de la batalla..... 89
Cap. XVIII.—Don Catalino visita, sin quererlo, el campamento enemigo..... 95
Cap. XIX.—La batalla..... 105
Cap. XX.—La traicion..... 111
Cap. XXI.—Sospechas realizadas..... 117
Cap. XXII.—¡Viva la relijion! Mueran los herejes!..... 121
Cap. XXIII.—Gacetilla asciende a comandante, sin pretenderlo..... 127

Cap. xxiv.—El matrimonio inesperado 133
Cap. xxv.—De como don Catalino estuvo en peligro de pasar por hereje 139
Cap. xxvi.—Motiloni se hiere con sus propias armas 145
Cap. xxvii.—¿Qué es de don Marcelino? 153
Cap. xxviii.—La disputa 161
Cap. xxix.—El enfermo 169
Cap. xxx.—El testamento 177
Cap. xxxi.—Traicion sobre traicion 183
Cap. xxxii.—Lucinda en su casa 187
Cap. xxxiii.—Lealtad 189
Cap. xxxiv.—Política de los vencedores 193
Cap. xxxv.—El deber i las circunstancias 197
Cap. xxxvi.—Anselmo se despide de Andres 201
Cap. xxxvii.—La barra de Constitucion 205
Cap. xxxviii.—El Consejo 211
Cap. xxxix.—La expedicion 219
Cap. xl.—Resultados de la expedicion 229
Cap. xli.—La loca 241
Cap. xlii.—Prieto i Dorriga 251
Cap. xliii.—Garduño i Pedro 255
Cap. xliv.—A orillas del Maule 261
Cap. xlv.—El ejército liberal llega a Talca 271
Cap. xlvi.—La merienda 275
Cap. xlvii.—Lucinda encuentra amigos 283
Cap. xlviii.—Los consejos de la tia 293
Cap. xlix.—Que sirve de esplicacion a otro capítulo anterior 299
Cap. l.—Que enseñará al lector lo que eran las niñas Peñalozas 305
Cap. li.—En donde el curioso lector conocerá mejor a doña Manuela 315
Cap. lii.—En donde el sagaz lector echará de ver que Santiago Garduño estaba decidido 335
Cap. liii.—Angustias 351
Cap. liv.—Lucinda i Garduño 365
Cap. lv.—Dios dispone 377
Cap. lvi.—Los tratados de Cuzcuz 397
Cap. lvii.—Concluye la carta de Anselmo 405
Cap. lviii.—El desterrado 433

773804

LS Barros Grez, Daniel
B2782p Pipiolos i pelucones. Vol.2.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED